



Chain of Gold

CASSANDRA CLARE

THE LAST HOURS BOOK ONE

A SHADOWHUNTERS NOVEL

#1 *New York Times* and *USA Today* Bestselling Author



THE LAST HOURS

BOOK ONE

Chain of Gold

CASSANDRA CLARE

Margaret K. McElderry Books

NEW YORK LONDON TORONTO SYDNEY NEW DELHI

ESTIMADO LECTOR:

El libro que estás por leer llega a ti gracias al trabajo desinteresado de lectores como tú.

Gracias a la dedicación de los fans esta traducción ha sido posible, y es por y para los fans. Por esta razón es importante señalar que la traducción diferirá de una hecha por una editorial profesional, y no está demás aclarar que esta traducción no se considera como oficial.

Este trabajo se ha realizado sin ánimos de lucro, por lo que queda totalmente prohibida su venta en cualquier plataforma. En caso de que lo hayas comprado, estarías incurriendo en un delito contra el material intelectual y los derechos de autor, en cuyo caso se podrían tomar medidas legales contra el vendedor y el comprador.

Las personas involucradas en la elaboración de la presente traducción quedan deslindadas de todo acto malintencionado que se haga con dicho documento. Sin embargo, te instamos a que no subas capturas de pantallas de esta traducción a las redes sociales ni que la subas a Wattpad o cualquier plataforma similar a ésta hasta que la traducción oficial al español haya salido. (Ya sea en España o en Latinoamérica)

Todos los derechos corresponden al autor respectivo de la obra.

Como ya se mencionó, este trabajo no beneficia económicamente a nadie, en especial al autor. Por esta razón te incentivamos a apoyarlo comprando el libro original —si te es posible— en cualquiera de sus ediciones, ya sea en formato electrónico o en copia física, y también en español, en caso de que alguna editorial llegue a publicarlo.

SINOPSIS

Cordelia Carstairs es una Cazadora de Sombras, una guerrera entrenada desde la niñez para combatir demonios. Cuando su padre es acusado de un crimen terrible, ella y su hermano viajan a Londres con la esperanza de prevenir la ruina de la familia. La madre de Cordelia la quiere hacer contraer matrimonio, pero Cordelia está determinada en ser una heroína en lugar de una novia. Pronto Cordelia se encuentra con sus amigos de la infancia James y Lucie Herondale, y es atraída a su mundo de bailes relucientes, asignaciones secretas y salones sobrenaturales, donde vampiros y brujos se mezclan con sirenas y magos. Todo el tiempo, ella debe esconder su secreto amor por James, quien ha jurado casarse con alguien más.

Pero la nueva vida de Cordelia está destrozada cuando una serie de chocantes ataques de demonios devastan Londres. Estos monstruos no son nada como aquellos a los que los Cazadores de Sombras se han enfrentado antes, estos demonios caminan de día, derriban a los incautos con veneno incurable y parecen imposibles de matar. Londres es inmediatamente puesto en cuarentena. Atrapada en la ciudad, Cordelia y sus amigos descubren que su propia conexión con un legado oscuro los ha dotado de poderes increíbles... y pronto aprenderá el precio cruel de ser una heroína.

—The Last Hours #1

STAFF

TRADUCCIÓN:

- ❖ BLACKTHORN
- ❖ Lost Carstairs
- ❖ Mare
- ❖ Cortana
- ❖ Roni Turner
- ❖ Jeivi37
- ❖ Lovelace
- ❖ ♥Herondale♥
- ❖ LadyBridgestock
- ❖ Nay Herondale
- ❖ Helkha Herondale
- ❖ Mechanical Angel
- ❖ Fairchild
- ❖ Ale Blackthorn
- ❖ A_herondale
- ❖ Lady_Herondale

CORRECCIÓN:

- ❖ BLACKTHORN
- ❖ Jeivi37
- ❖ Roni Turner
- ❖ Cortana
- ❖ ♥Herondale♥
- ❖ Lady_Herondale
- ❖ Nay Herondale
- ❖ Lovelace
- ❖ Helkha Herondale
- ❖ A_herondale

EDICIÓN DE PDF:

- ❖ BLACKTHORN
- ❖ Jeivi37
- ❖ Pigeon

ÍNDICE

Estimado Lector

Sinopsis

Staff de Traducción

Índice

Dedicatoria

Parte Uno

Días Pasados: 1897

1: Mejores Ángeles

Días Pasados: Idris, 1889

2: Cenizas de Rosas

3: Esta Mano Viviente

Días Pasados: Cirenworth Hall, 1900

4: Harta de las Tinieblas

5: Caídos con la Noche

Días Pasados: Idris, 1900

6: No más Alegría

Días Pasados: Idris, 1900

7: Discurrir de Canciones

8: Ninguna Tierra Extraña

9: Vino Mortal

Días Pasados: París, 1902

10: La Lealtad Ata

11: Talismanes y Hechizos

12: El Fin de Ello

13: Ruina Azul

14: Entre Leones Salvajes

Parte Dos

15: La Habitación de los Susurros

16: Legión

Días Pasados: Cirenworth Hall, 1900

17: El Mar Vacío

Días Pasados: Londres, Grosvenor Square, 1901

18: Oscuridad se agita

19: Todos los Lugares del Infierno

20: Menos que los Dioses

Días Pasados: Cirenworth Hall, 1898

21: Quemadura

22: Las Reglas del Compromiso

23: Nadie que ama

Epílogo: Casa Chiswick, Londres

Escena Extra: Boda de Will y Tessa

Notas

Sobre el Autor

Para Clary (la verdadera)

PARTE UNO

“El cual fue memorable para mí, porque me hizo cambiar en gran manera. Pero siempre ocurre así en cualquier vida. Imaginémonos que de ella se segrega cualquier día, y piénsese en lo diferente que habría sido el curso de aquella existencia. Es conveniente que el lector haga una pausa al leer esto, y piense por un momento en la larga cadena de hierro o de oro, de espinas o de flores, que jamás le hubiera rodeado a no ser por el primer eslabón que se formó en un día memorable.”¹

—Charles Dickens, *Grandes Esperanzas*.

¹ Traducción tomada de: <https://drive.google.com/file/d/1KZ1IQ11-7ZPIACzGrb-uuTa3J2PGFSO/view?usp=drivesdk>

DÍAS PASADOS: 1897

Traducido por: BLACKTHORN

Corregido por: Roni Turner

Lucie Herondale tenía 10 años cuando conoció por primera vez al chico del bosque.

Crecida en Londres, Lucie nunca se había imaginado un lugar como Brocelind. El bosque rodeando la mansión Herondale por todos lados, sus árboles doblados juntos en la cima como susurradores cautelosos: verde oscuro en el verano, oro bruñido en el otoño. La alfombra de musgo debajo de los pies era tan verde y suave que su padre le dijo que era una almohada para hadas en la noche, y que las blancas estrellas de las flores que solamente crecían en el país escondido de Idris hacían brazaletes y anillos para sus delicadas manos.

James, por supuesto, le dijo que las hadas no tenían almohadas, ellas dormían bajo tierra y se robaban pequeñas niñas traviesas mientras dormían. Lucie pisó su pie, lo que significaba que Papá la cargó y la llevó de regreso a la casa antes de que sucediera una pelea. James venía del antiguo y noble linaje Herondale, pero eso no significaba que estuviera por encima de tirar las trenzas de su hermana pequeña si surgía la necesidad.

Una noche, tarde, el brillo de la luna despertó a Lucie. Se estaba vertiendo en su habitación como leche, colocando barras de luz sobre su cama y a través del piso de madera pulida.

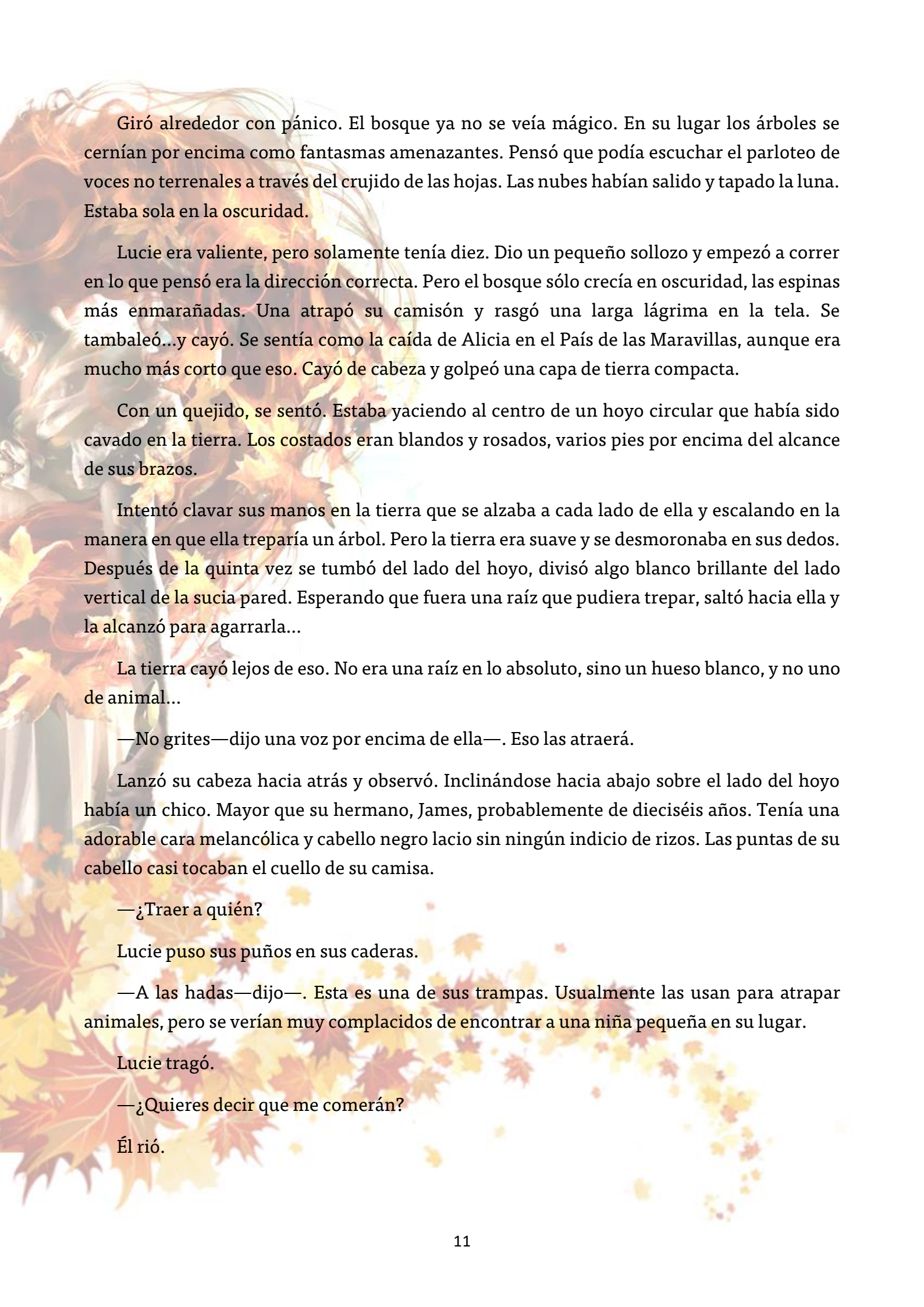
Salió de la cama y trepó por la ventana, cayendo ligeramente a la cama de flores debajo. Era una noche de verano y ella estaba cálida en su camisón.

El borde del bosque, justo pasando los establos donde sus caballos eran guardados, parecía brillar. Ella revoloteó hacia él como un pequeño fantasma. Sus pies resbaladizos apenas molestaron al musgo mientras se deslizaba entre los árboles.

Al principio se divirtió haciendo cadenas de flores y colgándolas de las ramas. Después de eso, pretendía que era Blancanieves huyendo del cazador. Ella correría a través de los árboles enredados y después girar dramáticamente y jadear, poniendo el dorso de su mano sobre su frente. —Tú nunca me matarás—dijo—. Porque soy de sangre real y algún día seré reina y dos veces más poderosa que mi madrastra. Y le cortaré la cabeza.

Era posible, pensó después, que no haya recordado la historia de Blancanieves completamente bien.

Aun así, era muy agradable, y estaba en su cuarta o quinta carrera a través del bosque cuando se dio cuenta que estaba perdida. Ya no podía ver la forma familiar de la mansión Herondale a través de los árboles.

A background illustration featuring a cascade of autumn leaves in shades of orange, red, and yellow. On the left side, there is a faint, artistic depiction of a girl's long, wavy hair in a similar color palette, blending into the leafy background.

Giró alrededor con pánico. El bosque ya no se veía mágico. En su lugar los árboles se cernían por encima como fantasmas amenazantes. Pensó que podía escuchar el parloteo de voces no terrenales a través del crujido de las hojas. Las nubes habían salido y tapado la luna. Estaba sola en la oscuridad.

Lucie era valiente, pero solamente tenía diez. Dio un pequeño sollozo y empezó a correr en lo que pensó era la dirección correcta. Pero el bosque sólo crecía en oscuridad, las espinas más enmarañadas. Una atrapó su camisón y rasgó una larga lágrima en la tela. Se tambaleó...y cayó. Se sentía como la caída de Alicia en el País de las Maravillas, aunque era mucho más corto que eso. Cayó de cabeza y golpeó una capa de tierra compacta.

Con un quejido, se sentó. Estaba yaciendo al centro de un hoyo circular que había sido cavado en la tierra. Los costados eran blandos y rosados, varios pies por encima del alcance de sus brazos.

Intentó clavar sus manos en la tierra que se alzaba a cada lado de ella y escalando en la manera en que ella treparía un árbol. Pero la tierra era suave y se desmoronaba en sus dedos. Después de la quinta vez se tumbó del lado del hoyo, divisó algo blanco brillante del lado vertical de la sucia pared. Esperando que fuera una raíz que pudiera trepar, saltó hacia ella y la alcanzó para agarrarla...

La tierra cayó lejos de eso. No era una raíz en lo absoluto, sino un hueso blanco, y no uno de animal...

—No grites—dijo una voz por encima de ella—. Eso las atraerá.

Lanzó su cabeza hacia atrás y observó. Inclinandose hacia abajo sobre el lado del hoyo había un chico. Mayor que su hermano, James, probablemente de dieciséis años. Tenía una adorable cara melancólica y cabello negro lacio sin ningún indicio de rizos. Las puntas de su cabello casi tocaban el cuello de su camisa.

—¿Traer a quién?

Lucie puso sus puños en sus caderas.

—A las hadas—dijo—. Esta es una de sus trampas. Usualmente las usan para atrapar animales, pero se verían muy complacidos de encontrar a una niña pequeña en su lugar.

Lucie tragó.

—¿Quieres decir que me comerán?

Él rió.

—Improbable, aunque podrías encontrarte a ti misma sirviendo a hadas de la alta burguesía en la tierra bajo la colina por el resto de tu vida. Nunca verías a tu familia otra vez.

Meneó sus cejas hacia ella.

—No trates de asustarme—dijo ella.

—Te aseguro, hablo solamente la verdad perfecta—dijo él—. Incluso la verdad imperfecta está por debajo de mí.

—No seas tonto, tampoco—dijo ella—. Soy Lucie Herondale. Mi padre es Will Herondale y una persona muy importante. Si me rescatas, serás recompensado.

—¿Una Herondale?—preguntó—. Vaya suerte la mía.

Suspiró y se deslizó más cerca de la entrada del hoyo, estirando su brazo hacia abajo. Una cicatriz brillaba en el dorso de su mano derecha... una fea, como si se hubiera quemado a sí mismo.

—Arriba.

Ella agarró su muñeca con ambas manos y él tiró de ella con fuerza sorprendente. Un momento después los dos estaban de pie. Lucie podía ver más de él ahora. Era mayor de lo que había pensado, y estaba formalmente vestido en blanco y negro. La luna había salido otra vez y ella pudo ver que sus ojos eran del color verde del musgo en el suelo del bosque.

—Gracias—dijo ella, muy cariñosamente propia. Se cepilló el camisón. Estaba algo arruinado con tierra.

—Ahora ven—dijo él, su voz amable—. No estés asustada. ¿De qué deberíamos hablar? ¿Te gustan las historias?

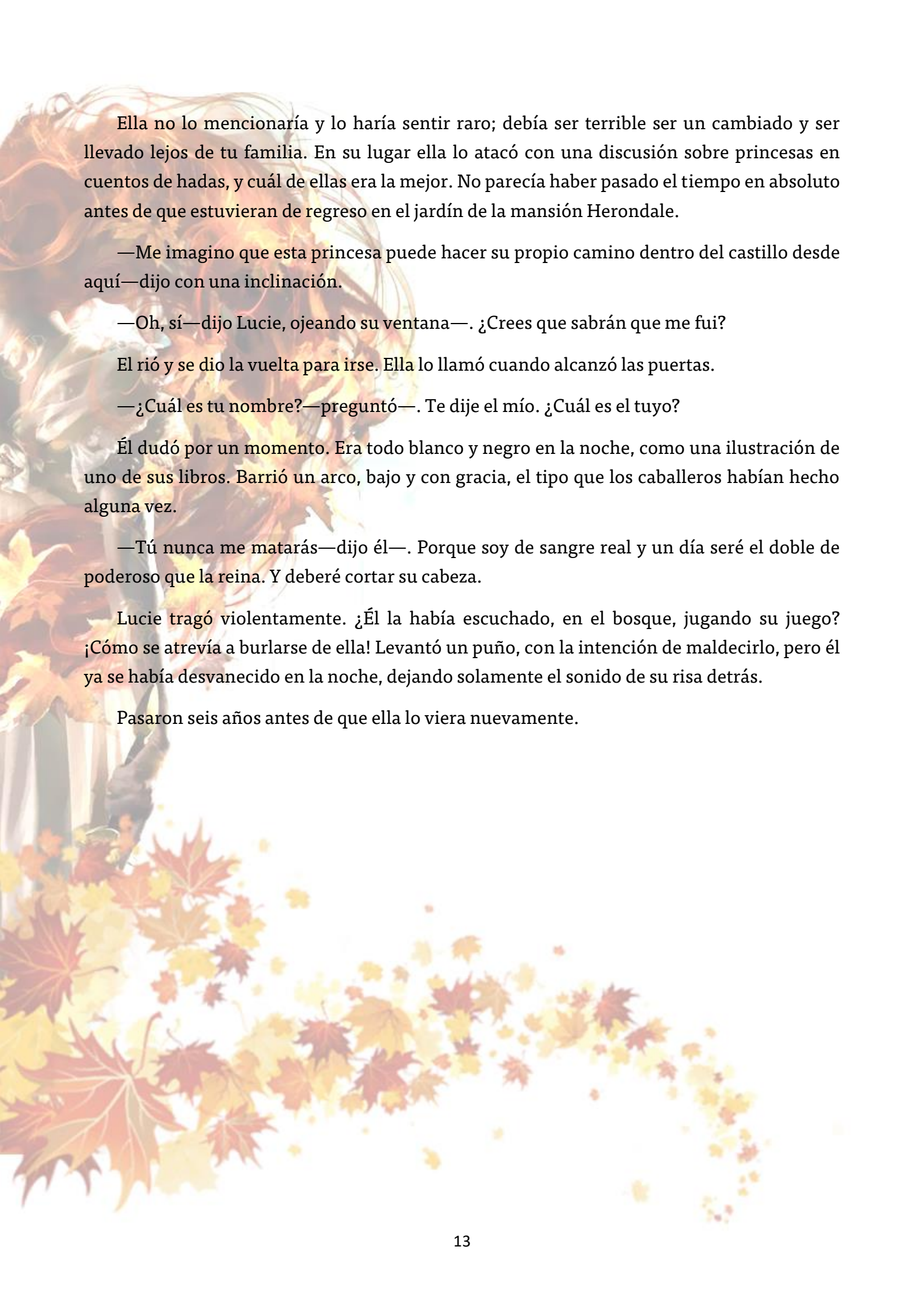
—Amo las historias—dijo Lucie—. Cuando crezca, voy a ser una escritora famosa.

—Eso suena maravilloso—dijo el chico. Había algo de anhelo en su tono.

Caminaron juntos a través del camino bajo los árboles. Parecía saber hacia dónde iba, como si el bosque fuera muy familiar para él. *Debe ser un cambiado²*, pensó Lucie sabiamente. Él sabía bastante sobre hadas, pero claramente no era uno de ellos; le había advertido sobre ser robada por la Gente Justa³, lo que debía ser lo que le había pasado a él.

² Así se le conoce a un chico humano que desde pequeño fue secuestrado por las hadas de su hogar, dejando a un hada enfermiza en su lugar.

³ Forma de referirse a las hadas.



Ella no lo mencionaría y lo haría sentir raro; debía ser terrible ser un cambiado y ser llevado lejos de tu familia. En su lugar ella lo atacó con una discusión sobre princesas en cuentos de hadas, y cuál de ellas era la mejor. No parecía haber pasado el tiempo en absoluto antes de que estuvieran de regreso en el jardín de la mansión Herondale.

—Me imagino que esta princesa puede hacer su propio camino dentro del castillo desde aquí—dijo con una inclinación.

—Oh, sí—dijo Lucie, ojeando su ventana—. ¿Crees que sabrán que me fui?

El rió y se dio la vuelta para irse. Ella lo llamó cuando alcanzó las puertas.

—¿Cuál es tu nombre?—preguntó—. Te dije el mío. ¿Cuál es el tuyo?

Él dudó por un momento. Era todo blanco y negro en la noche, como una ilustración de uno de sus libros. Barrió un arco, bajo y con gracia, el tipo que los caballeros habían hecho alguna vez.

—Tú nunca me matarás—dijo él—. Porque soy de sangre real y un día seré el doble de poderoso que la reina. Y deberé cortar su cabeza.

Lucie tragó violentamente. ¿Él la había escuchado, en el bosque, jugando su juego? ¿Cómo se atrevía a burlarse de ella! Levantó un puño, con la intención de maldecirlo, pero él ya se había desvanecido en la noche, dejando solamente el sonido de su risa detrás.

Pasaron seis años antes de que ella lo viera nuevamente.



1

MEJORES ÁNGELES

Traducido por: BLACKTHORN, Lost Carstairs & Mare

Corregido por: BLACKTHORN & Roni Turner

“Las sombras de nuestros deseos vienen a colocarse entre nosotros y nuestros custodios que eclipsan a nuestros ojos.”⁴

—Charles Dickens, *Barnaby Rudge*.

James Herondale estaba en medio de una pelea con un demonio cuando fue repentinamente llevado al infierno.

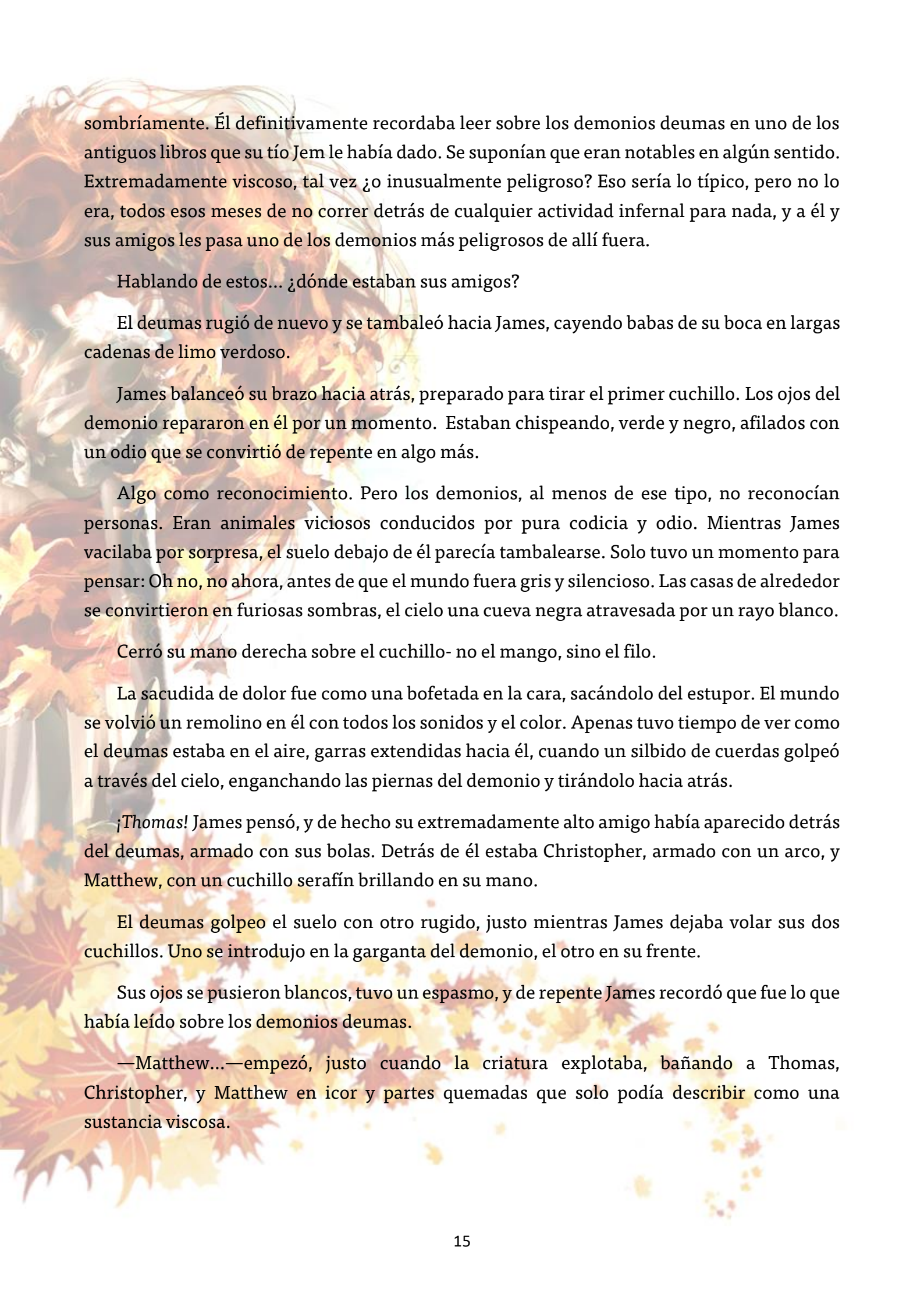
No era la primera vez que sucedía, y no sería la última. Momentos atrás había estado arrodillado en el borde de un techo inclinado en el centro de Londres, con un delgado cuchillo para lanzar en cada mano, pensando en lo disgustante que eran los restos que coleccionaba la ciudad. Además de la suciedad, botellas vacías de ginebra y huesos de animal, definitivamente había un pájaro muerto atorado en uno de los canales que la lluvia había creado justo debajo de su rodilla izquierda.

Qué glamurosa era la vida de un cazador de sombras, claro que sí. Sonaba bien, pensó, mirando el callejón vacío debajo de él: un espacio reducido inundado de basura, iluminado débilmente por la luna sobre él. Una raza especial de guerreros, descendientes de un ángel, dotados con poderes que les permitían empuñar armas de brillante adamas y soportar marcas negras de runas sagradas en sus cuerpos, runas que los hacían más fuertes, rápidos y más letales que cualquier humano mundano; runas que los hacían quemar brillantemente en la oscuridad. Nadie nunca mencionaba cosas como arrodillarse sobre un pájaro muerto mientras esperaban que un demonio apareciera.

Un grito resonó en el callejón. Un sonido que James conocía bien: la voz de Matthew Fairchild. Se lanzó del techo sin dudar por un segundo. Matthew Fairchild era su parabatai, su hermano de sangre y pareja de combate. James había jurado protegerlo sin importar que pasara: él podría haber dado su vida por la de Matthew, con votos o sin ellos.

Un movimiento relampagueó al final del callejón, donde se curvaba detrás de una fila estrecha de casas. James giró como un demonio emergiendo de las sombras, rugiendo. tenía un cuerpo gris acanalado, un pico curvo y afilado con dientes en forma de gancho, y patas en forma de pata de las que salían garras desgarradas. Un demonio DEUMAS. James pensó

⁴ Traducción tomada de: https://drive.google.com/file/d/1Maf0D5yGgK93T9-WwMc_RveXke2or_q7/view?usp=drivesdk



sombríamente. Él definitivamente recordaba leer sobre los demonios deumas en uno de los antiguos libros que su tío Jem le había dado. Se suponían que eran notables en algún sentido. Extremadamente viscoso, tal vez ¿o inusualmente peligroso? Eso sería lo típico, pero no lo era, todos esos meses de no correr detrás de cualquier actividad infernal para nada, y a él y sus amigos les pasa uno de los demonios más peligrosos de allí fuera.

Hablando de estos... ¿dónde estaban sus amigos?

El deumas rugió de nuevo y se tambaleó hacia James, cayendo babas de su boca en largas cadenas de limo verdoso.

James balanceó su brazo hacia atrás, preparado para tirar el primer cuchillo. Los ojos del demonio repararon en él por un momento. Estaban chispeando, verde y negro, afilados con un odio que se convirtió de repente en algo más.

Algo como reconocimiento. Pero los demonios, al menos de ese tipo, no reconocían personas. Eran animales viciosos conducidos por pura codicia y odio. Mientras James vacilaba por sorpresa, el suelo debajo de él parecía tambalearse. Solo tuvo un momento para pensar: Oh no, no ahora, antes de que el mundo fuera gris y silencioso. Las casas de alrededor se convirtieron en furiosas sombras, el cielo una cueva negra atravesada por un rayo blanco.

Cerró su mano derecha sobre el cuchillo- no el mango, sino el filo.

La sacudida de dolor fue como una bofetada en la cara, sacándolo del estupor. El mundo se volvió un remolino en él con todos los sonidos y el color. Apenas tuvo tiempo de ver como el deumas estaba en el aire, garras extendidas hacia él, cuando un silbido de cuerdas golpeó a través del cielo, enganchando las piernas del demonio y tirándolo hacia atrás.

¡Thomas! James pensó, y de hecho su extremadamente alto amigo había aparecido detrás del deumas, armado con sus bolas. Detrás de él estaba Christopher, armado con un arco, y Matthew, con un cuchillo serafín brillando en su mano.

El deumas golpeo el suelo con otro rugido, justo mientras James dejaba volar sus dos cuchillos. Uno se introdujo en la garganta del demonio, el otro en su frente.

Sus ojos se pusieron blancos, tuvo un espasmo, y de repente James recordó que fue lo que había leído sobre los demonios deumas.

—Matthew...—empezó, justo cuando la criatura explotaba, bañando a Thomas, Christopher, y Matthew en icor y partes quemadas que solo podía describir como una sustancia viscosa.

Sucio, James recordó tardíamente. Los demonios deumas eran notablemente sucios. La mayoría de los demonios se desvanecían cuando morían. Los demonios deumas no.

Ellos explotaban.

—¿Cómo...qué?—Christopher tartamudeó, en una clara pérdida de palabras. Limo resbaló de la punta de su nariz y de sus gafas con montura de oro.

—¿Pero cómo...?

—¿Te refieres a cómo es posible que hayamos finalmente localizado al último demonio en Londres y que también fuera el más asqueroso?

James estaba sorprendido con lo normal que había sonado: Ya estaba fuera del shock de su vislumbre en el reino de las sombras. Al menos su ropa estaba intocable: el demonio parecía haber explotado la mayor parte sobre el otro final del callejón.

—No se pregunta por qué, Christopher.

James había sentido a su amigo mirándole resentido. Thomas puso sus ojos en blanco. Se frotaba a sí mismo con un pañuelo que estaba también medio quemado y cubierto de icor, así que no estaba haciendo mucho bien.

El cuchillo serafín de Matthew estaba empezando a derretirse. Los cuchillos serafines, hechos con la energía de los ángeles, era a menudo el arma más segura de los cazadores de sombras y la mejor defensa contra los demonios, pero todavía era posible fundir uno con suficiente icor.

—Esto es indignante—dijo Matthew, lanzando el cuchillo extinto aparte.

—¿Sabes cuánto me gasté en este chaleco?

—Nadie te dijo que salieras en busca de demonios vistiendo como un extra de *La Importancia de Llamarse Ernesto*⁵—dijo James, ofreciéndole un pañuelo limpio. Cuando lo hizo, sintió que su mano le picaba. Allí había un corte sangrante cruzando su palma debido a la hoja del cuchillo. Cerró su mano en un puño para prevenir que sus compañeros lo vieran.

—No creo que vistas como un extra—dijo Thomas, que había centrado su atención en limpiar a Christopher.

—Gracias—dijo Matthew con una ligera inclinación.

⁵ *La Importancia de Llamarse Ernesto* es una obra de Oscar Wilde escrita en 1895. Es una comedia que trata sobre las costumbres y la seriedad de la sociedad. Está dividida en tres o cuatro actos.

—Creo que vistes como el personaje principal. —Thomas sonrió. Él tenía uno de los rostros más amables que James había conocido, y gentiles ojos avellana.

Nada de lo cual significaba que no disfrutara burlándose de su amigo.

Matthew frotó su pelo dorado y sin brillo con el pañuelo de James.

—Esta es la primera vez en un año que hemos salido de patrulla y encontramos un demonio, así que había supuesto que mi chaleco podría probablemente sobrevivir a esta noche. No es como si ninguno de ustedes vistiera el equipo tampoco.

Era verdad que los cazadores de sombras usualmente cazaban con un equipo, una especie de armadura flexible hecho de un duro material parecido al cuero negro resistente al icor y espadas, pero la falta de presencia demoníaca fiable en las calles hizo que todos se relajaran con las reglas.

—Deja de limpiarme, Thomas—dijo Christopher, sacudiendo sus brazos.

—Deberíamos ir al Diablo⁶ y limpiarnos ahí.

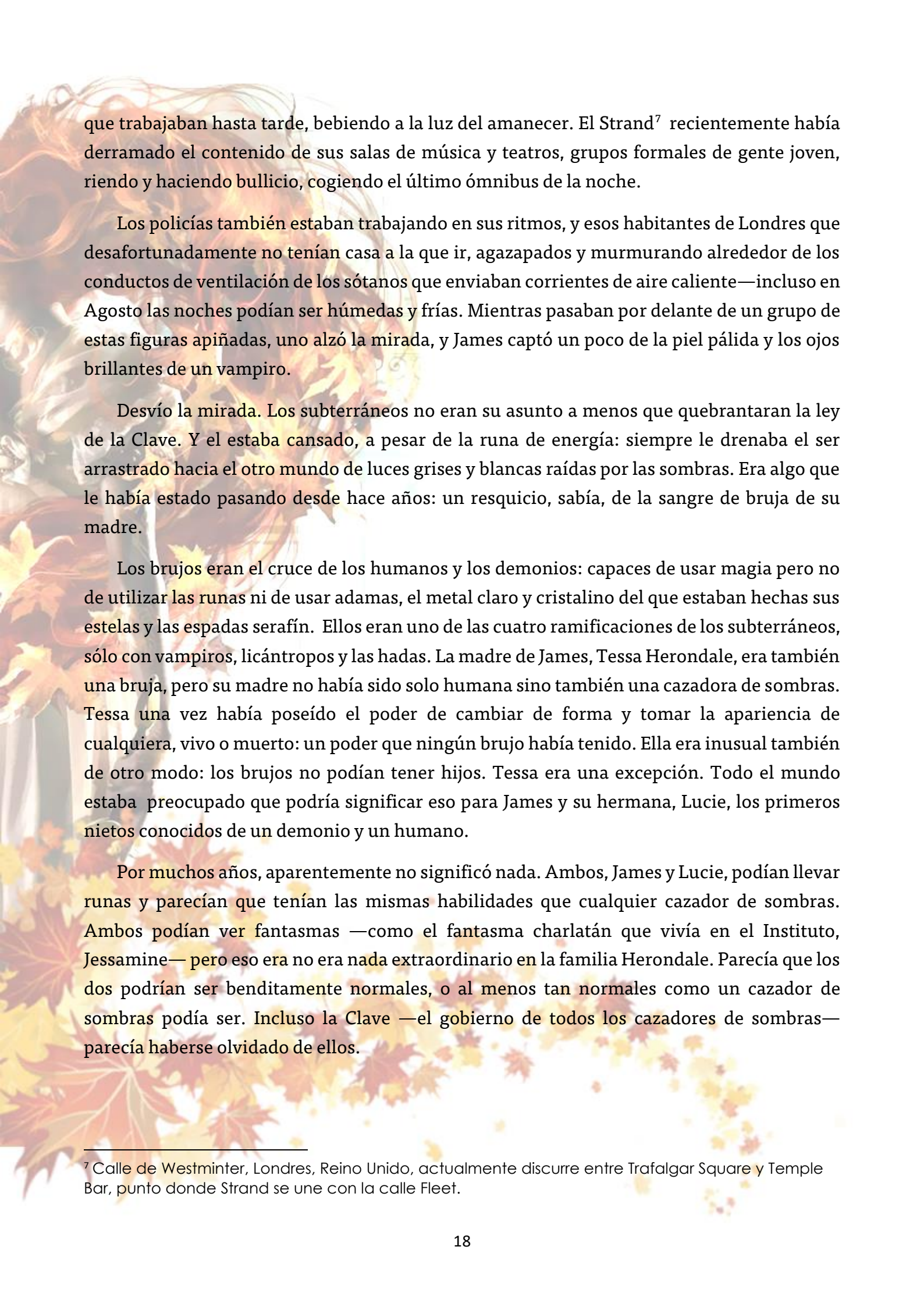
Hubo un murmullo de aprobación entre el grupo. Así que cogieron el pringoso camino de vuelta a la calle principal, James consideraba el hecho de que Matthew estaba en lo cierto. El padre de James, Will, le había contado a menudo sobre las patrullas que solía hacer con su parabatai Jem Carstairs —ahora el tío Jem de James— cuando habían luchado contra demonios juntos cada noche.

James y otros jóvenes cazadores de sombras todavía patrullaban fielmente las calles de Londres, buscando demonios que podrían dañar a la población mundana, pero en los últimos años la aparición de demonios había estado yendo y viniendo. Eso era algo bueno —claro que era algo bueno— pero aun así. Era decididamente extraño. La actividad demoníaca estaba siendo todavía normal en lo que respecta al resto del mundo, así que ¿qué hacía especial a Londres?

Había un montón de cosas mundanas en las calles de la ciudad, aunque era tarde. Nadie echó un vistazo al desaliñado grupo de cazadores de sombras mientras bajaban por la calle Fleet; sus runas de glamour los hizo invisibles a los ojos de los no dotados de la visión.

Era siempre extraño el estar rodeado de humanidad que no te veía, James pensó. La calle Fleet era el hogar de las oficinas de prensa y tribunales de justicia de Londres, y en todas partes había pubs muy iluminados, con trabajadores de la imprenta, abogados y oficinistas,

⁶ Hace referencia a la Taberna del Diablo, la historia de dicha taberna es un contenido extra que salió desde Mayo del 2019, pueden leerlo aquí: <https://drive.google.com/file/d/1-pULGUkHis-qN2Hz7nllMMNfRcMGuYnm/view?usp=drivesdk>



que trabajaban hasta tarde, bebiendo a la luz del amanecer. El Strand⁷ recientemente había derramado el contenido de sus salas de música y teatros, grupos formales de gente joven, riendo y haciendo bullicio, cogiendo el último ómnibus de la noche.

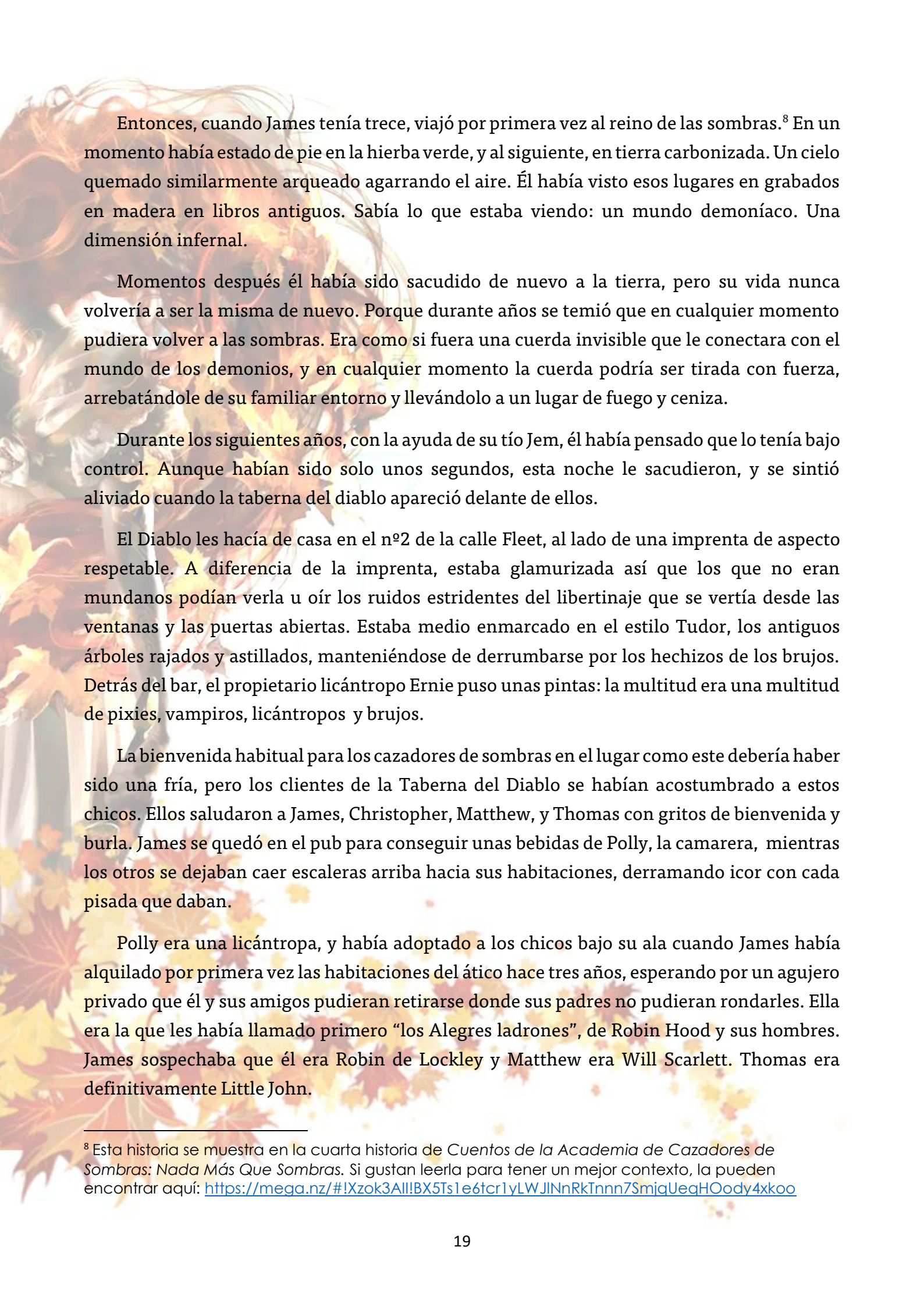
Los policías también estaban trabajando en sus ritmos, y esos habitantes de Londres que desafortunadamente no tenían casa a la que ir, agazapados y murmurando alrededor de los conductos de ventilación de los sótanos que enviaban corrientes de aire caliente—incluso en Agosto las noches podían ser húmedas y frías. Mientras pasaban por delante de un grupo de estas figuras apiñadas, uno alzó la mirada, y James captó un poco de la piel pálida y los ojos brillantes de un vampiro.

Desvió la mirada. Los subterráneos no eran su asunto a menos que quebrantaran la ley de la Clave. Y él estaba cansado, a pesar de la runa de energía: siempre le drenaba el ser arrastrado hacia el otro mundo de luces grises y blancas raídas por las sombras. Era algo que le había estado pasando desde hace años: un resquicio, sabía, de la sangre de bruja de su madre.

Los brujos eran el cruce de los humanos y los demonios: capaces de usar magia pero no de utilizar las runas ni de usar adamas, el metal claro y cristalino del que estaban hechas sus estelas y las espadas serafín. Ellos eran uno de las cuatro ramificaciones de los subterráneos, sólo con vampiros, licántropos y las hadas. La madre de James, Tessa Herondale, era también una bruja, pero su madre no había sido solo humana sino también una cazadora de sombras. Tessa una vez había poseído el poder de cambiar de forma y tomar la apariencia de cualquiera, vivo o muerto: un poder que ningún brujo había tenido. Ella era inusual también de otro modo: los brujos no podían tener hijos. Tessa era una excepción. Todo el mundo estaba preocupado que podría significar eso para James y su hermana, Lucie, los primeros nietos conocidos de un demonio y un humano.

Por muchos años, aparentemente no significó nada. Ambos, James y Lucie, podían llevar runas y parecían que tenían las mismas habilidades que cualquier cazador de sombras. Ambos podían ver fantasmas —como el fantasma charlatán que vivía en el Instituto, Jessamine— pero eso era no era nada extraordinario en la familia Herondale. Parecía que los dos podrían ser benditamente normales, o al menos tan normales como un cazador de sombras podía ser. Incluso la Clave —el gobierno de todos los cazadores de sombras— parecía haberse olvidado de ellos.

⁷ Calle de Westminster, Londres, Reino Unido, actualmente discurre entre Trafalgar Square y Temple Bar, punto donde Strand se une con la calle Fleet.



Entonces, cuando James tenía trece, viajó por primera vez al reino de las sombras.⁸ En un momento había estado de pie en la hierba verde, y al siguiente, en tierra carbonizada. Un cielo quemado similarmente arqueado agarrando el aire. Él había visto esos lugares en grabados en madera en libros antiguos. Sabía lo que estaba viendo: un mundo demoníaco. Una dimensión infernal.

Momentos después él había sido sacudido de nuevo a la tierra, pero su vida nunca volvería a ser la misma de nuevo. Porque durante años se temió que en cualquier momento pudiera volver a las sombras. Era como si fuera una cuerda invisible que le conectara con el mundo de los demonios, y en cualquier momento la cuerda podría ser tirada con fuerza, arrebatándole de su familiar entorno y llevándolo a un lugar de fuego y ceniza.

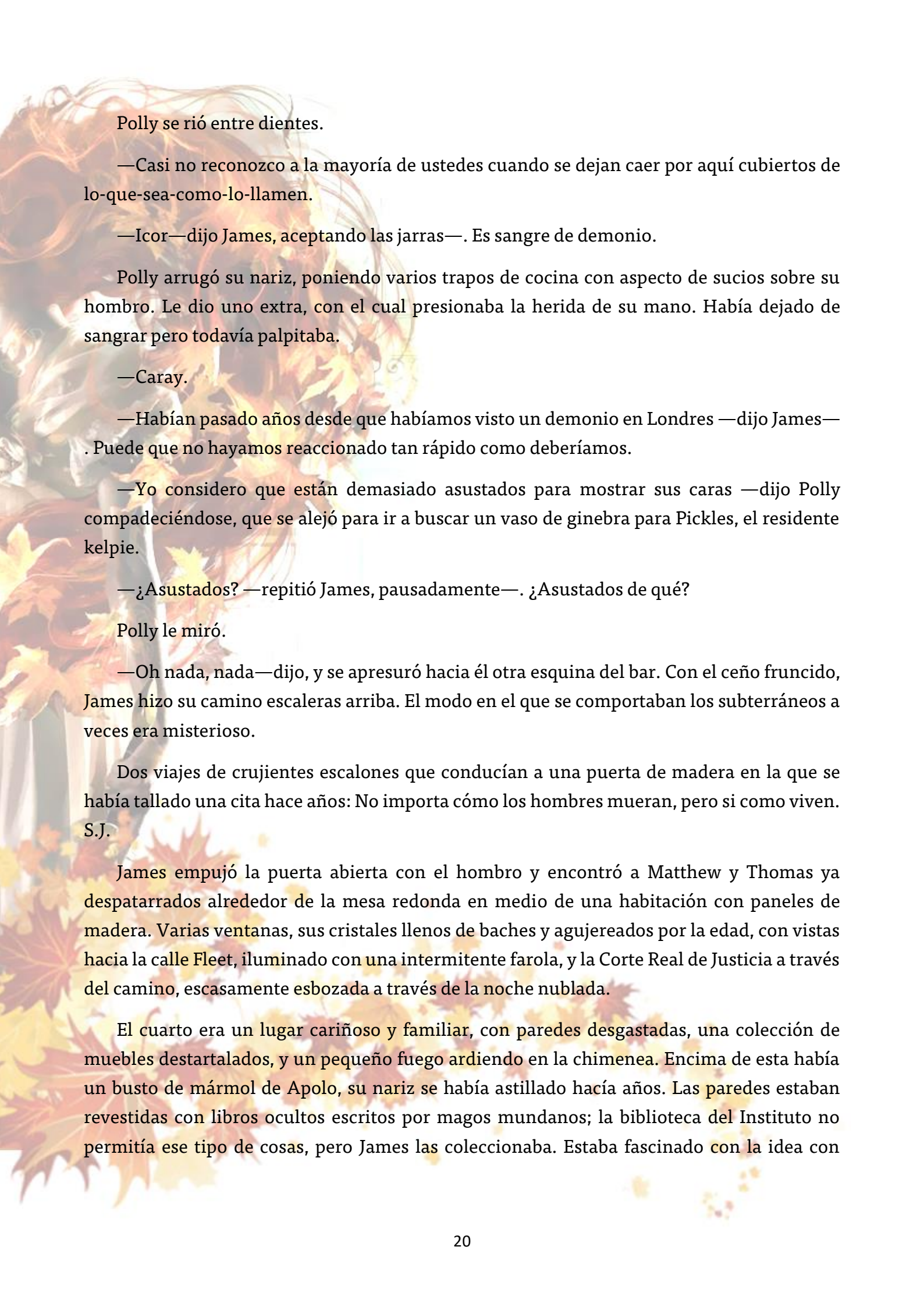
Durante los siguientes años, con la ayuda de su tío Jem, él había pensado que lo tenía bajo control. Aunque habían sido solo unos segundos, esta noche le sacudieron, y se sintió aliviado cuando la taberna del diablo apareció delante de ellos.

El Diablo les hacía de casa en el nº2 de la calle Fleet, al lado de una imprenta de aspecto respetable. A diferencia de la imprenta, estaba glamurizada así que los que no eran mundanos podían verla u oír los ruidos estridentes del libertinaje que se vertía desde las ventanas y las puertas abiertas. Estaba medio enmarcado en el estilo Tudor, los antiguos árboles rajados y astillados, manteniéndose de derrumbarse por los hechizos de los brujos. Detrás del bar, el propietario licántropo Ernie puso unas pintas: la multitud era una multitud de pixies, vampiros, licántropos y brujos.

La bienvenida habitual para los cazadores de sombras en el lugar como este debería haber sido una fría, pero los clientes de la Taberna del Diablo se habían acostumbrado a estos chicos. Ellos saludaron a James, Christopher, Matthew, y Thomas con gritos de bienvenida y burla. James se quedó en el pub para conseguir unas bebidas de Polly, la camarera, mientras los otros se dejaban caer escaleras arriba hacia sus habitaciones, derramando icor con cada pisada que daban.

Polly era una licántropa, y había adoptado a los chicos bajo su ala cuando James había alquilado por primera vez las habitaciones del ático hace tres años, esperando por un agujero privado que él y sus amigos pudieran retirarse donde sus padres no pudieran rondarles. Ella era la que les había llamado primero “los Alegres ladrones”, de Robin Hood y sus hombres. James sospechaba que él era Robin de Lockley y Matthew era Will Scarlett. Thomas era definitivamente Little John.

⁸ Esta historia se muestra en la cuarta historia de *Cuentos de la Academia de Cazadores de Sombras: Nada Más Que Sombras*. Si gustan leerla para tener un mejor contexto, la pueden encontrar aquí: <https://mega.nz/#!Xzok3AII!BX5Ts1e6tcr1yLWJINnRkTnnn7SmjqUeqHOody4xkoo>



Polly se rió entre dientes.

—Casi no reconozco a la mayoría de ustedes cuando se dejan caer por aquí cubiertos de lo-que-sea-como-lo-llamen.

—Icor—dijo James, aceptando las jarras—. Es sangre de demonio.

Polly arrugó su nariz, poniendo varios trapos de cocina con aspecto de sucios sobre su hombro. Le dio uno extra, con el cual presionaba la herida de su mano. Había dejado de sangrar pero todavía palpitaba.

—Caray.

—Habían pasado años desde que habíamos visto un demonio en Londres —dijo James—. Puede que no hayamos reaccionado tan rápido como deberíamos.

—Yo considero que están demasiado asustados para mostrar sus caras —dijo Polly compadeciéndose, que se alejó para ir a buscar un vaso de ginebra para Pickles, el residente kelpie.

—¿Asustados? —repitió James, pausadamente—. ¿Asustados de qué?

Polly le miró.

—Oh nada, nada—dijo, y se apresuró hacia él otra esquina del bar. Con el ceño fruncido, James hizo su camino escaleras arriba. El modo en el que se comportaban los subterráneos a veces era misterioso.

Dos viajes de crujientes escalones que conducían a una puerta de madera en la que se había tallado una cita hace años: No importa cómo los hombres mueran, pero si como viven. S.J.

James empujó la puerta abierta con el hombro y encontró a Matthew y Thomas ya despatarrados alrededor de la mesa redonda en medio de una habitación con paneles de madera. Varias ventanas, sus cristales llenos de baches y agujereados por la edad, con vistas hacia la calle Fleet, iluminado con una intermitente farola, y la Corte Real de Justicia a través del camino, escasamente esbozada a través de la noche nublada.

El cuarto era un lugar cariñoso y familiar, con paredes desgastadas, una colección de muebles destartalados, y un pequeño fuego ardiendo en la chimenea. Encima de esta había un busto de mármol de Apolo, su nariz se había astillado hacía años. Las paredes estaban revestidas con libros ocultos escritos por magos mundanos; la biblioteca del Instituto no permitía ese tipo de cosas, pero James las coleccionaba. Estaba fascinado con la idea con

aquellos que no habían nacido en el mundo de la magia y las sombras y aun así los anhelaban con tanta fuerza que habían aprendido a abrir las puertas.

Ambos, Thomas y Matthew, estaban libres de icor, usando ropa arrugada pero limpia, su pelo —el de Thomas era como la arena oscura y el de Matthew oro oscuro— todavía estaba húmedo.

—¡James!—Matthew exclamó una vez que vio a su amigo. Sus ojos estaban sospechosamente brillantes; ya había media botella de brandy en la mesa.

—¿Es una botella de licor barato lo que veo ante mí?

James puso el vino en la mesa justo cuando Christopher emergió de una pequeña habitación en el punto más lejano del ático. La cama había estado allí antes de que ellos cogieran la habitación; había todavía una cama en ella pero ninguno de los Ladrones Felices la usaba para nada además de para lavarse y guardar armas y ropa de cambio.

—James—Christopher dijo, mirándole—. Pensé que te habías ido a casa.

—¿Por qué demonios me habría ido a casa?

James cogió un sitio al lado de Matthew y lanzó los trapos de Polly en la mesa.

—No tengo ni idea—dijo Christopher alegremente, sacando una silla.

—Pero podrías haberlo hecho. La gente hace cosas extrañas todo el tiempo. Nosotros tuvimos una cocinera que fue a comprar y la encontramos dos semanas después en el parque de Regent. Se había convertido en una cuidadora de zoológico.

Thomas alzó sus cejas. James y el resto del grupo nunca estaban seguros si creer del todo la historia de Christopher. No es que fuera un mentiroso, pero cuando se trataba de cualquier cosa que no fueran vasos de precipitados y tubos de ensayo, tendía a prestar sólo una fracción de la atención.

Christopher era el hijo de la tía de James, Cecily y su tío Gabriel. Él tenía la fina estructura ósea de sus padres, pelo castaño oscuro, y sus ojos que solo se podían describir como el color de las lilas. "¡Desperdiciado en un chico!" Decía a menudo Cecily, pero las delgadas gafas que él usaba ocupaban la mayoría de su cara, y él siempre tenía pólvora incrustadas debajo de sus uñas. La mayoría de los cazadores de sombras consideraban el usar las armas mundanas con sospecha o desinterés —la aplicación de las runas en el metal o las balas prevenía a la pólvora incendiarse, y las armas no rúnicas eran inservibles contra los demonios.— Christopher, como sea, estaba obsesionado con la idea de que él podía adaptar las armas incendiarias para

los propósitos de los nefilim. James tenía que admitir que la idea de utilizar un cañón en la azotea del Instituto tenía cierto atractivo.

—Tu mano—dijo de repente Matthew, inclinándose a través de la mesa y fijando sus ojos verdes en James—. ¿Qué ha pasado?

—Solo un corte—dijo James, abriendo su mano. La herida era un larga línea diagonal que atravesaba la palma. Cuando Matthew cogió la mano de James, la pulsera de plata que James siempre llevaba en su mano derecha tintineó con el cuello de la botella en la mesa.

—Deberías haberlo dicho—dijo Matthew buscando en el bolsillo de su chaleco su estela—. Podría haberte curado en el callejón.

—Lo olvidé—dijo James.

Thomas, que estaba deslizando su dedo por el borde de su vaso sin beber, dijo:

—¿Pasó algo?

Thomas era moleestamente observador.

—Fue muy rápido—dijo James, con algo de desgana.

—Muchas cosas que son «muy rápidas» también son muy malas—dijo Matthew, poniendo la punta de su estela en la piel de James.

—Las guillotinas pueden bajar muy rápido, por ejemplo. Cuando los experimentos de Christopher explotan, suelen hacerlo muy rápidamente.

—Evidentemente, nunca he explotado o he sido guillotinado—dijo James—. Yo... fui al reino de las sombras.

La cabeza de Matthew se levantó, aunque su mano se mantuvo firme en el iratze, una runa curativa, cogió forma en la piel de James. James podía sentir que el dolor en su mano empezaba a desaparecer.

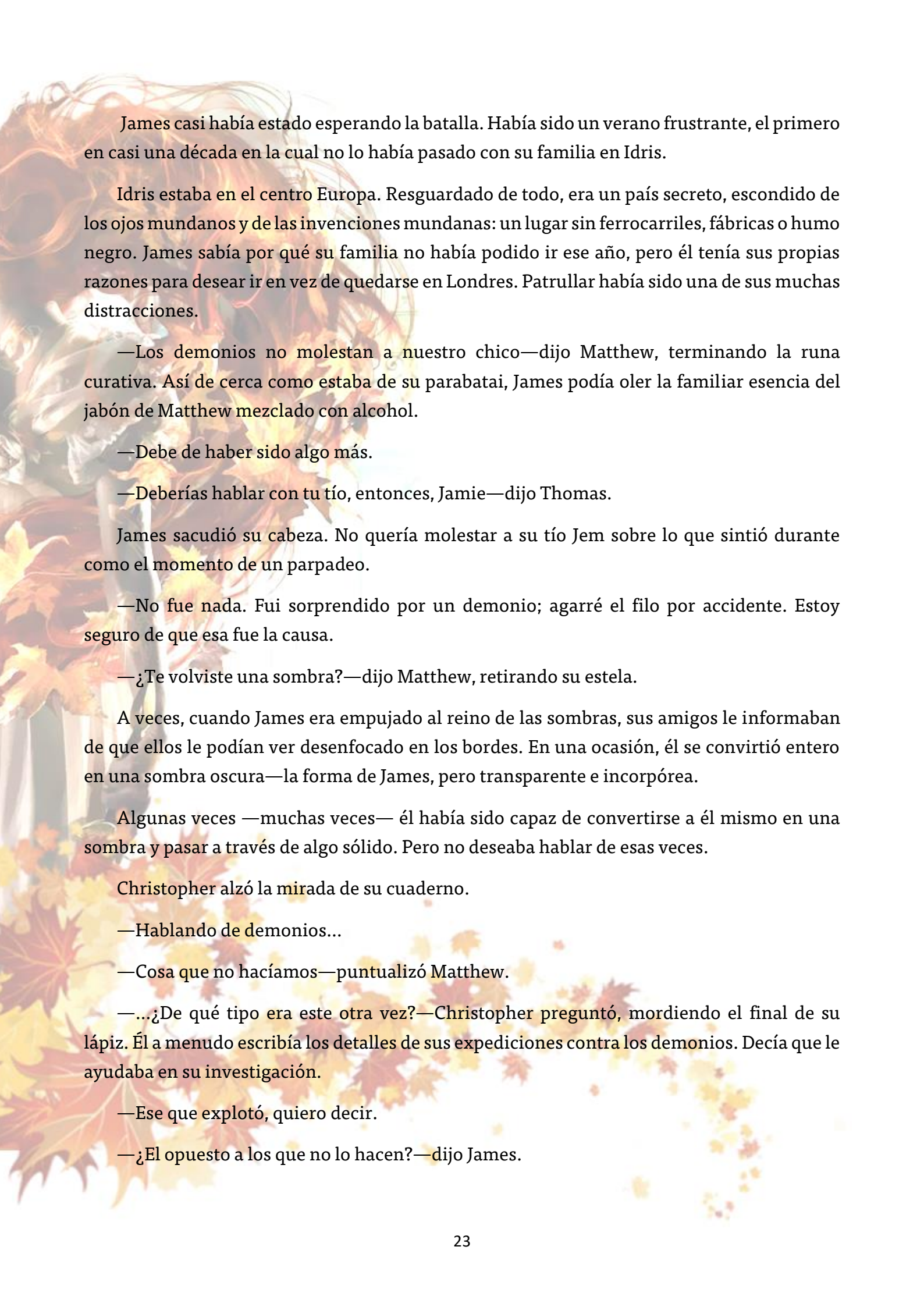
—Pensé que todas esas cosas habían parado—dijo Matthew—. Pensé que Jem te había ayudado.

—Él me ayudó. Ha pasado un año desde la última vez. —James sacudió su cabeza.

—Supongo que fue esperar demasiado que se hubiera ido para siempre.

—¿No suele pasarte cuando estás disgustado?—dijo Thomas—. ¿Fue el ataque del demonio?"

—No,—dijo rápidamente James—. No, no puedo imaginar... no.



James casi había estado esperando la batalla. Había sido un verano frustrante, el primero en casi una década en la cual no lo había pasado con su familia en Idris.

Idris estaba en el centro Europa. Resguardado de todo, era un país secreto, escondido de los ojos mundanos y de las invenciones mundanas: un lugar sin ferrocarriles, fábricas o humo negro. James sabía por qué su familia no había podido ir ese año, pero él tenía sus propias razones para desear ir en vez de quedarse en Londres. Patrullar había sido una de sus muchas distracciones.

—Los demonios no molestan a nuestro chico—dijo Matthew, terminando la runa curativa. Así de cerca como estaba de su parabatai, James podía oler la familiar esencia del jabón de Matthew mezclado con alcohol.

—Debe de haber sido algo más.

—Deberías hablar con tu tío, entonces, Jamie—dijo Thomas.

James sacudió su cabeza. No quería molestar a su tío Jem sobre lo que sintió durante como el momento de un parpadeo.

—No fue nada. Fui sorprendido por un demonio; agarré el filo por accidente. Estoy seguro de que esa fue la causa.

—¿Te volviste una sombra?—dijo Matthew, retirando su estela.

A veces, cuando James era empujado al reino de las sombras, sus amigos le informaban de que ellos le podían ver desenfocado en los bordes. En una ocasión, él se convirtió entero en una sombra oscura—la forma de James, pero transparente e incorpórea.

Algunas veces —muchas veces— él había sido capaz de convertirse a él mismo en una sombra y pasar a través de algo sólido. Pero no deseaba hablar de esas veces.

Christopher alzó la mirada de su cuaderno.

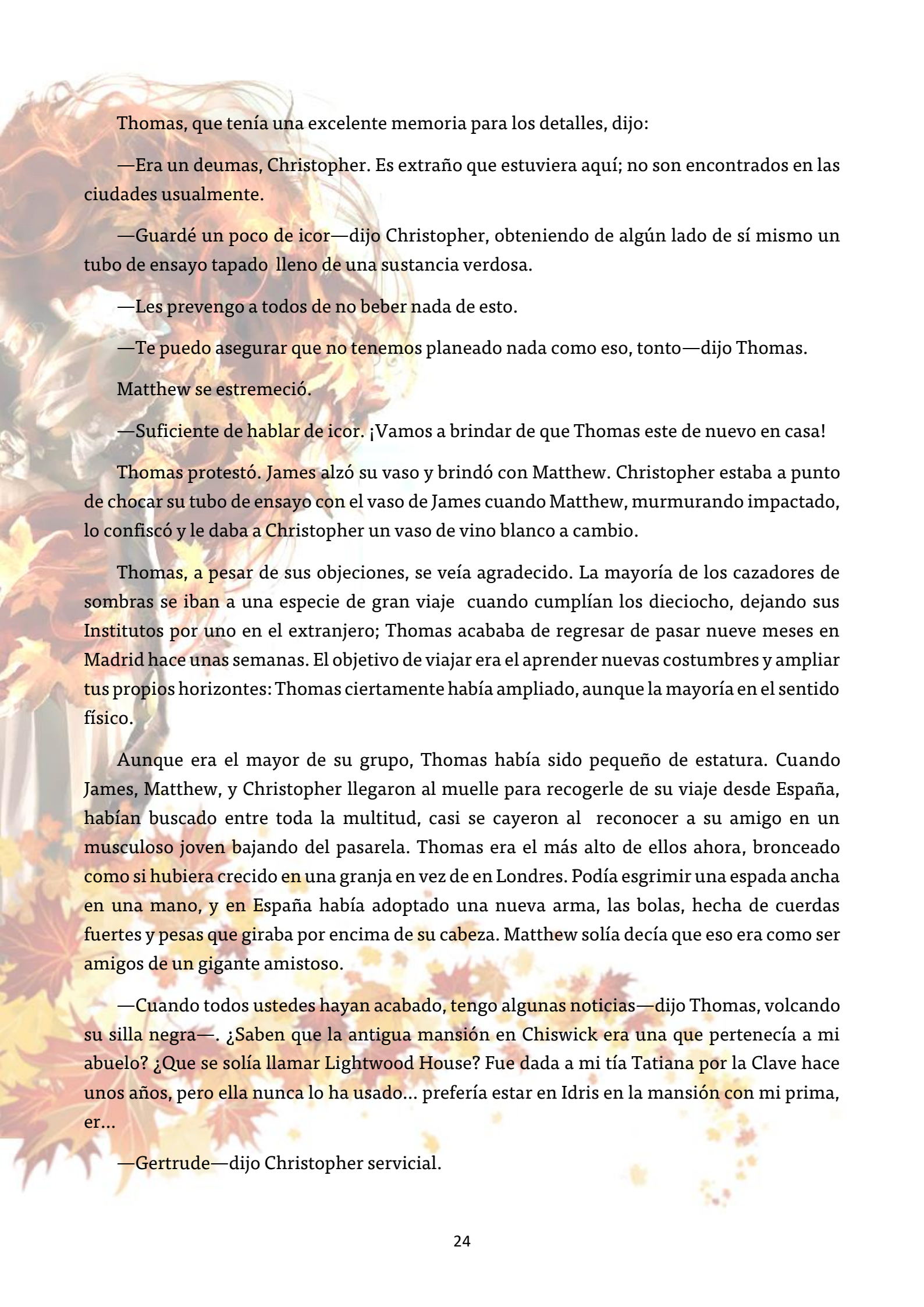
—Hablando de demonios...

—Cosa que no hacíamos—puntualizó Matthew.

—...¿De qué tipo era este otra vez?—Christopher preguntó, mordiendo el final de su lápiz. Él a menudo escribía los detalles de sus expediciones contra los demonios. Decía que le ayudaba en su investigación.

—Ese que explotó, quiero decir.

—¿El opuesto a los que no lo hacen?—dijo James.



Thomas, que tenía una excelente memoria para los detalles, dijo:

—Era un deumas, Christopher. Es extraño que estuviera aquí; no son encontrados en las ciudades usualmente.

—Guardé un poco de icor—dijo Christopher, obteniendo de algún lado de sí mismo un tubo de ensayo tapado lleno de una sustancia verdosa.

—Les prevengo a todos de no beber nada de esto.

—Te puedo asegurar que no tenemos planeado nada como eso, tonto—dijo Thomas.

Matthew se estremeció.

—Suficiente de hablar de icor. ¡Vamos a brindar de que Thomas este de nuevo en casa!

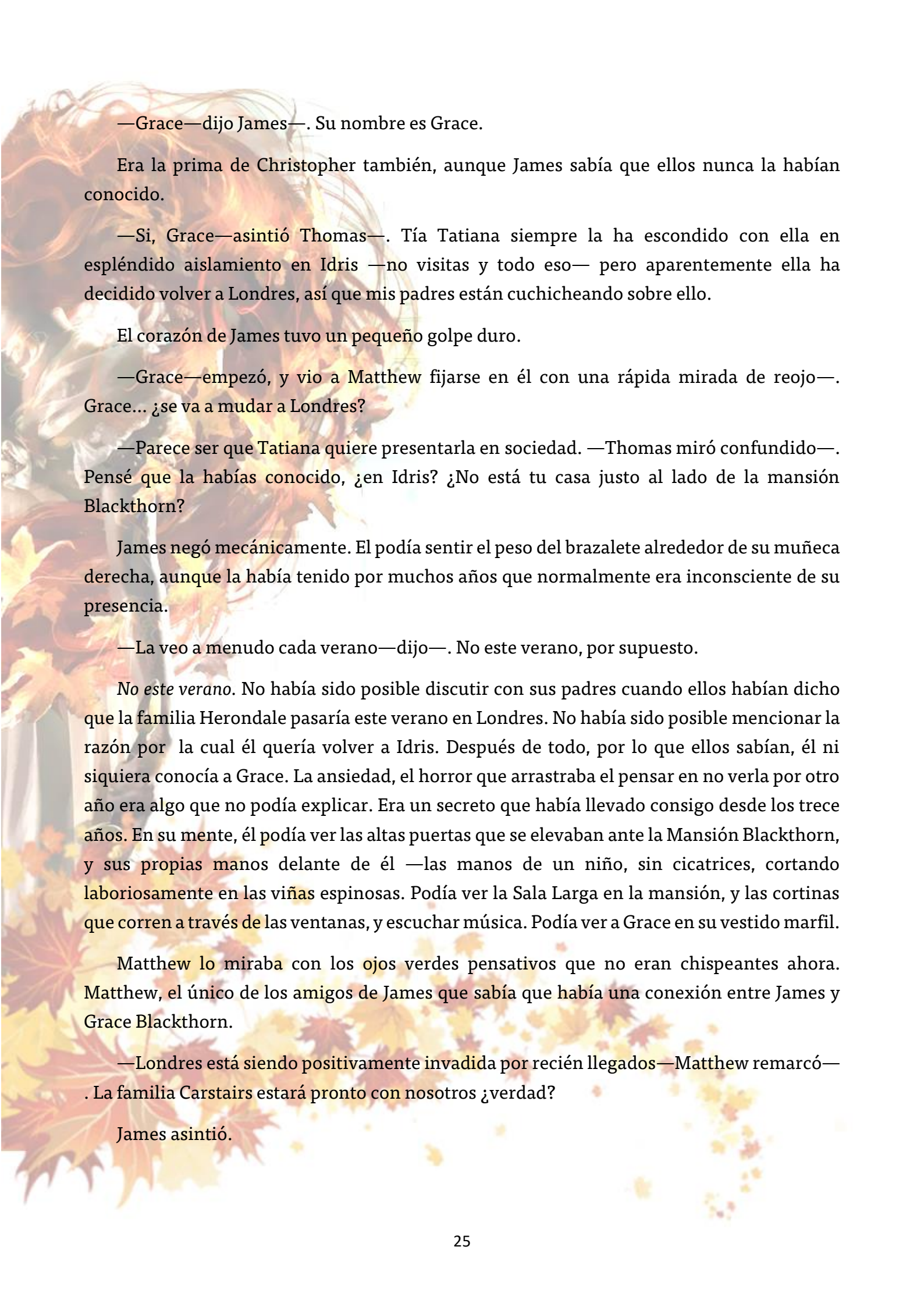
Thomas protestó. James alzó su vaso y brindó con Matthew. Christopher estaba a punto de chocar su tubo de ensayo con el vaso de James cuando Matthew, murmurando impactado, lo confiscó y le daba a Christopher un vaso de vino blanco a cambio.

Thomas, a pesar de sus objeciones, se veía agradecido. La mayoría de los cazadores de sombras se iban a una especie de gran viaje cuando cumplían los dieciocho, dejando sus Institutos por uno en el extranjero; Thomas acababa de regresar de pasar nueve meses en Madrid hace unas semanas. El objetivo de viajar era el aprender nuevas costumbres y ampliar tus propios horizontes: Thomas ciertamente había ampliado, aunque la mayoría en el sentido físico.

Aunque era el mayor de su grupo, Thomas había sido pequeño de estatura. Cuando James, Matthew, y Christopher llegaron al muelle para recogerle de su viaje desde España, habían buscado entre toda la multitud, casi se cayeron al reconocer a su amigo en un musculoso joven bajando del pasarela. Thomas era el más alto de ellos ahora, bronceado como si hubiera crecido en una granja en vez de en Londres. Podía esgrimir una espada ancha en una mano, y en España había adoptado una nueva arma, las bolas, hecha de cuerdas fuertes y pesas que giraba por encima de su cabeza. Matthew solía decía que eso era como ser amigos de un gigante amistoso.

—Cuando todos ustedes hayan acabado, tengo algunas noticias—dijo Thomas, volcando su silla negra—. ¿Saben que la antigua mansión en Chiswick era una que pertenecía a mi abuelo? ¿Que se solía llamar Lightwood House? Fue dada a mi tía Tatiana por la Clave hace unos años, pero ella nunca lo ha usado... prefería estar en Idris en la mansión con mi prima, er...

—Gertrude—dijo Christopher servicial.



—Grace—dijo James—. Su nombre es Grace.

Era la prima de Christopher también, aunque James sabía que ellos nunca la habían conocido.

—Si, Grace—asintió Thomas—. Tía Tatiana siempre la ha escondido con ella en espléndido aislamiento en Idris —no visitas y todo eso— pero aparentemente ella ha decidido volver a Londres, así que mis padres están cuchicheando sobre ello.

El corazón de James tuvo un pequeño golpe duro.

—Grace—empezó, y vio a Matthew fijarse en él con una rápida mirada de reojo—. Grace... ¿se va a mudar a Londres?

—Parece ser que Tatiana quiere presentarla en sociedad. —Thomas miró confundido—. Pensé que la habías conocido, ¿en Idris? ¿No está tu casa justo al lado de la mansión Blackthorn?

James negó mecánicamente. El podía sentir el peso del brazalete alrededor de su muñeca derecha, aunque la había tenido por muchos años que normalmente era inconsciente de su presencia.

—La veo a menudo cada verano—dijo—. No este verano, por supuesto.

No este verano. No había sido posible discutir con sus padres cuando ellos habían dicho que la familia Herondale pasaría este verano en Londres. No había sido posible mencionar la razón por la cual él quería volver a Idris. Después de todo, por lo que ellos sabían, él ni siquiera conocía a Grace. La ansiedad, el horror que arrastraba el pensar en no verla por otro año era algo que no podía explicar. Era un secreto que había llevado consigo desde los trece años. En su mente, él podía ver las altas puertas que se elevaban ante la Mansión Blackthorn, y sus propias manos delante de él —las manos de un niño, sin cicatrices, cortando laboriosamente en las viñas espinosas. Podía ver la Sala Larga en la mansión, y las cortinas que corren a través de las ventanas, y escuchar música. Podía ver a Grace en su vestido marfil.

Matthew lo miraba con los ojos verdes pensativos que no eran chispeantes ahora. Matthew, el único de los amigos de James que sabía que había una conexión entre James y Grace Blackthorn.

—Londres está siendo positivamente invadida por recién llegados—Matthew remarcó—. La familia Carstairs estará pronto con nosotros ¿verdad?

James asintió.

—Lucie está loca de emoción por ver a Cordelia. —Matthew vertió más vino en su copa—. No puedo culparlos por estar cansados de estar en la rústica de Devon. ¿cómo se llama esa casa suya? ¿Cirenworth? Tengo entendido que llegan en un día o dos...

Thomas tiró su bebida. La bebida de James y el tubo de ensayo de Christopher fueron con él. Thomas todavía se estaba acostumbrando a ocupar tanto espacio en el mundo, y a veces se mostraba torpe.

—¿Toda la familia Carstairs va a venir?—preguntó Thomas.

—No Elias Carstairs—dijo Matthew. Elias era el padre de Cordelia—. Pero Cordelia, y por supuesto...—Se detuvo significativamente.

—Oh, demonios—dijo Christopher—. Alastair Carstairs. —Se veía vagamente incómodo—. No estoy recordando incorrectamente...¿es un tipo horrible?

—*Tipo horrible*, parece una forma amable de decirlo—dijo James. Thomas estaba limpiando su bebida. James lo miró con preocupación. Thomas había sido un niño tímido y pequeño en la escuela, y Alastair un matón podrido.

—Podemos evitar a Alastair, Tom. No hay razón para que pasemos tiempo con él, y no puedo imaginar que él anhelara nuestra compañía.

Thomas balbuceó, pero no en respuesta a lo que James había dicho. El contenido del tubo de ensayo derramado de Christopher se había convertido en una violenta masa que se empezó a comer la mesa. Todos saltaron para agarrar el paño de Polly. Thomas arrojó una jarra de agua en la mesa, que empapó a Christopher, y Matthew se dobló riendo.

—Yo creo—dijo Christopher, quitándose el pelo mojado de los ojos—. Creo que funcionó, Tom. El ácido ha sido neutralizado.

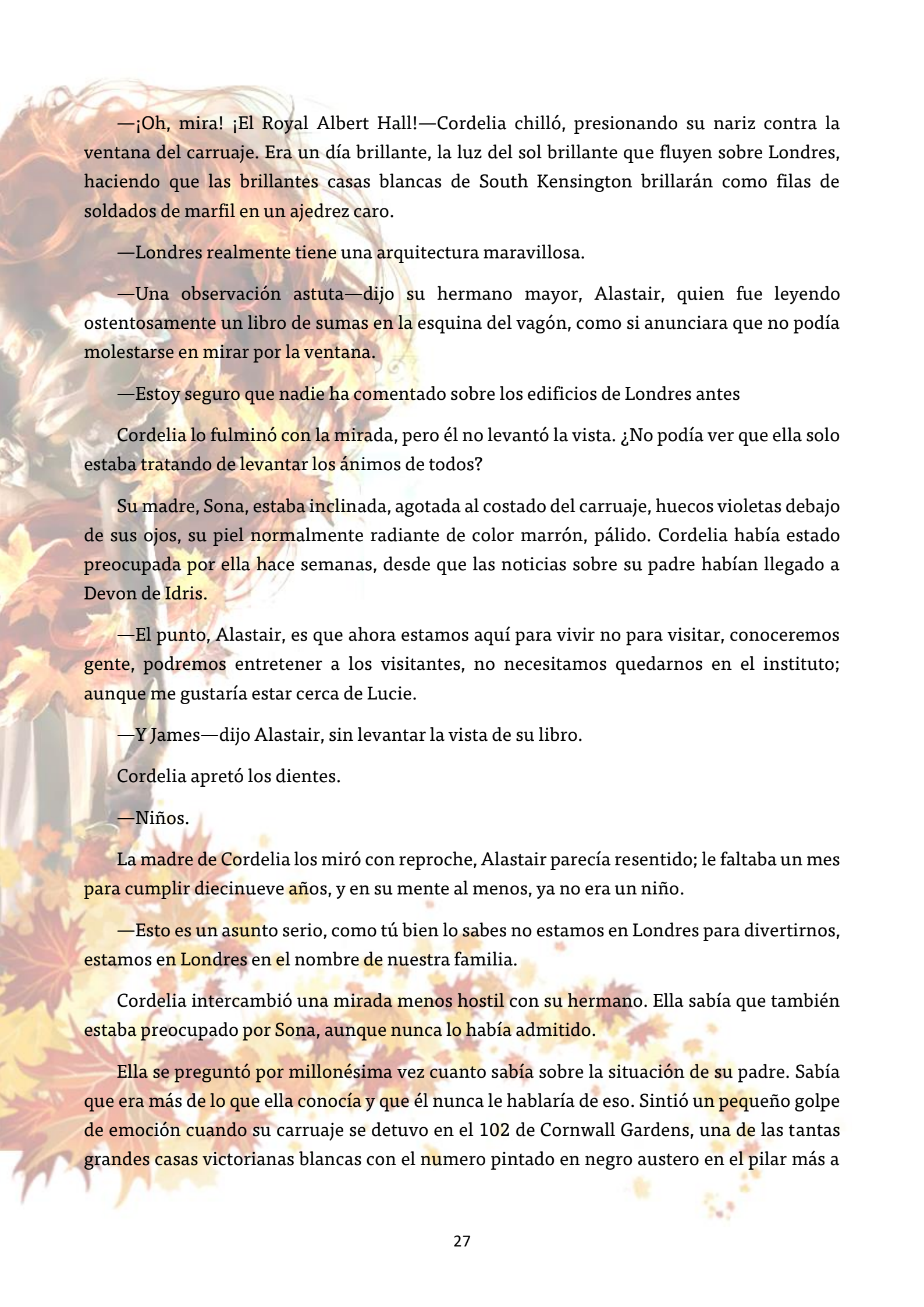
Thomas estaba sacudiendo su cabeza.

—Alguien debería neutralizarte, fregona...

Matthew se cayó en un ataque de risa. En medio de todo el caos, James no pudo evitar sentirse muy lejos de todo esto. Durante tantos años, en tantos cientos de cartas secretas entre Londres e Idris, él y Grace se habían jurado el uno al otro que algún día estarían juntos; que un día cuando fueran adultos, ellos se casarían, lo quisieran o no sus padres, y vivirían juntos en Londres. Siempre había sido su sueño.

Entonces, ¿por qué no le había dicho que iba a venir?

* * *



—¡Oh, mira! ¡El Royal Albert Hall!—Cordelia chilló, presionando su nariz contra la ventana del carruaje. Era un día brillante, la luz del sol brillante que fluyen sobre Londres, haciendo que las brillantes casas blancas de South Kensington brillarán como filas de soldados de marfil en un ajedrez caro.

—Londres realmente tiene una arquitectura maravillosa.

—Una observación astuta—dijo su hermano mayor, Alastair, quien fue leyendo ostentosamente un libro de sumas en la esquina del vagón, como si anunciara que no podía molestarse en mirar por la ventana.

—Estoy seguro que nadie ha comentado sobre los edificios de Londres antes

Cordelia lo fulminó con la mirada, pero él no levantó la vista. ¿No podía ver que ella solo estaba tratando de levantar los ánimos de todos?

Su madre, Sona, estaba inclinada, agotada al costado del carruaje, huecos violetas debajo de sus ojos, su piel normalmente radiante de color marrón, pálido. Cordelia había estado preocupada por ella hace semanas, desde que las noticias sobre su padre habían llegado a Devon de Idris.

—El punto, Alastair, es que ahora estamos aquí para vivir no para visitar, conoceremos gente, podremos entretener a los visitantes, no necesitamos quedarnos en el instituto; aunque me gustaría estar cerca de Lucie.

—Y James—dijo Alastair, sin levantar la vista de su libro.

Cordelia apretó los dientes.

—Niños.

La madre de Cordelia los miró con reproche, Alastair parecía resentido; le faltaba un mes para cumplir diecinueve años, y en su mente al menos, ya no era un niño.

—Esto es un asunto serio, como tú bien lo sabes no estamos en Londres para divertirnos, estamos en Londres en el nombre de nuestra familia.

Cordelia intercambió una mirada menos hostil con su hermano. Ella sabía que también estaba preocupado por Sona, aunque nunca lo había admitido.

Ella se preguntó por millonésima vez cuanto sabía sobre la situación de su padre. Sabía que era más de lo que ella conocía y que él nunca le hablaría de eso. Sintió un pequeño golpe de emoción cuando su carruaje se detuvo en el 102 de Cornwall Gardens, una de las tantas grandes casas victorianas blancas con el número pintado en negro austero en el pilar más a

la derecha. Hubo varias figuras de pie sobre los escalones delanteros, debajo del pórtico. Cordelia instantáneamente reconoció a Lucie Herondale, un poco más alta ahora de lo que había sido la última vez que Cordelia la había visto. Su cabello castaño estaba atrapado bajo su sombrero, y su chaqueta y falda azul pálido combinaban con sus ojos.

A su lado había dos figuras, una era la madre de Lucie, Tessa Herondale, la famosa cazadora de sombras, en cualquier caso, esposa de Will Herondale, quien dirigía el Instituto de Londres. Parecía solo un poco mayor que su hija, Tessa era inmortal, una bruja y una cambia formas, y no envejecía.

Al lado de Tessa estaba James. Cordelia recordó una vez cuando había sido una niña pequeña, llegando a acariciar a un cisne en el estanque junto a su casa, el pájaro se había lanzado sobre ella chocando contra su torso, y derribándola; por varios minutos se había tumbado en la hierba ahogándose e intentando recuperar el aliento, aterrorizada de que nunca volvería a aspirar aire a los pulmones.

Ella suponía que no era lo más romántico del mundo decir que cada vez que veía a James Herondale sentía como si hubiera sido atacada por aves acuáticas, pero era cierto.

Él era hermoso, tan hermoso que ella olvidó respirar cuando lo miro. Tenía el pelo negro y revuelto que parecía suave al tacto, y sus largas y oscuras pestañas con flecos, ojos del color de la miel o ámbar.

Ahora que él tenía diecisiete años, había dejado su insoportable ego, estaba educado y encantador con todos, perfectamente organizado, como un maravilloso pedazo de arquitectura.

—¡Oof! —Sus pies tocaron el suelo y casi tropezó. De alguna manera ella abrió la puerta del carruaje y ahora estaba parada en el pavimento, bueno, tambaleándose en realidad, mientras luchaba por mantener en equilibrio sus piernas dormidas después de horas de no usarlas.

James estuvo ahí al instante, su mano en su brazo, estabilizándola.

—¿Daisy?—preguntó—. ¿Estás bien?

El apodo para ella, no lo había olvidado.

—Solo torpe —Ella miró a su alrededor con tristeza.

—Tenía la esperanza de una llegada más agraciada.

—Nada de qué preocuparse



Él sonrió y su corazón dio un vuelco.

—Los pavimentos de South Kensington son atroces, yo mismo he sido atacado por ellos más de una vez.

Da una respuesta inteligente, se dijo a sí misma. Di algo ingenioso.

Pero ya se había dado la vuelta, inclinando la cabeza hacia Alastair.

Cordelia sabía que James y Alastair no se habían querido en la escuela, pero su madre no. Sona pensó que Alastair había sido muy popular.

—Veo que está aquí Alastair. —La voz de James era curiosamente plana— Y te ves...

Miró el brillante cabello rubio blanquizo de Alastair con algo de asombro. Cordelia esperó a que continuara con la gran esperanza de que le dijera “*Pareces un nabo*”, pero no lo hizo.

—Te ves bien—terminó.

Los chicos se miraron en silencio mientras Lucie bajaba corriendo las escaleras y abrazó a Cordelia.

—Estoy muy, muy, muy encantada de verte

Dijo ella sin aliento. Para Lucie, todo era siempre muy, muy, muy algo, ya sea hermoso, emocionante, u horrible.

—Querida Cordelia nos divertiremos mucho...

—Lucie, Cordelia y su familia han venido a Londres para que tú y Cordelia puedan entrenar juntas—dijo Tessa con voz suave.

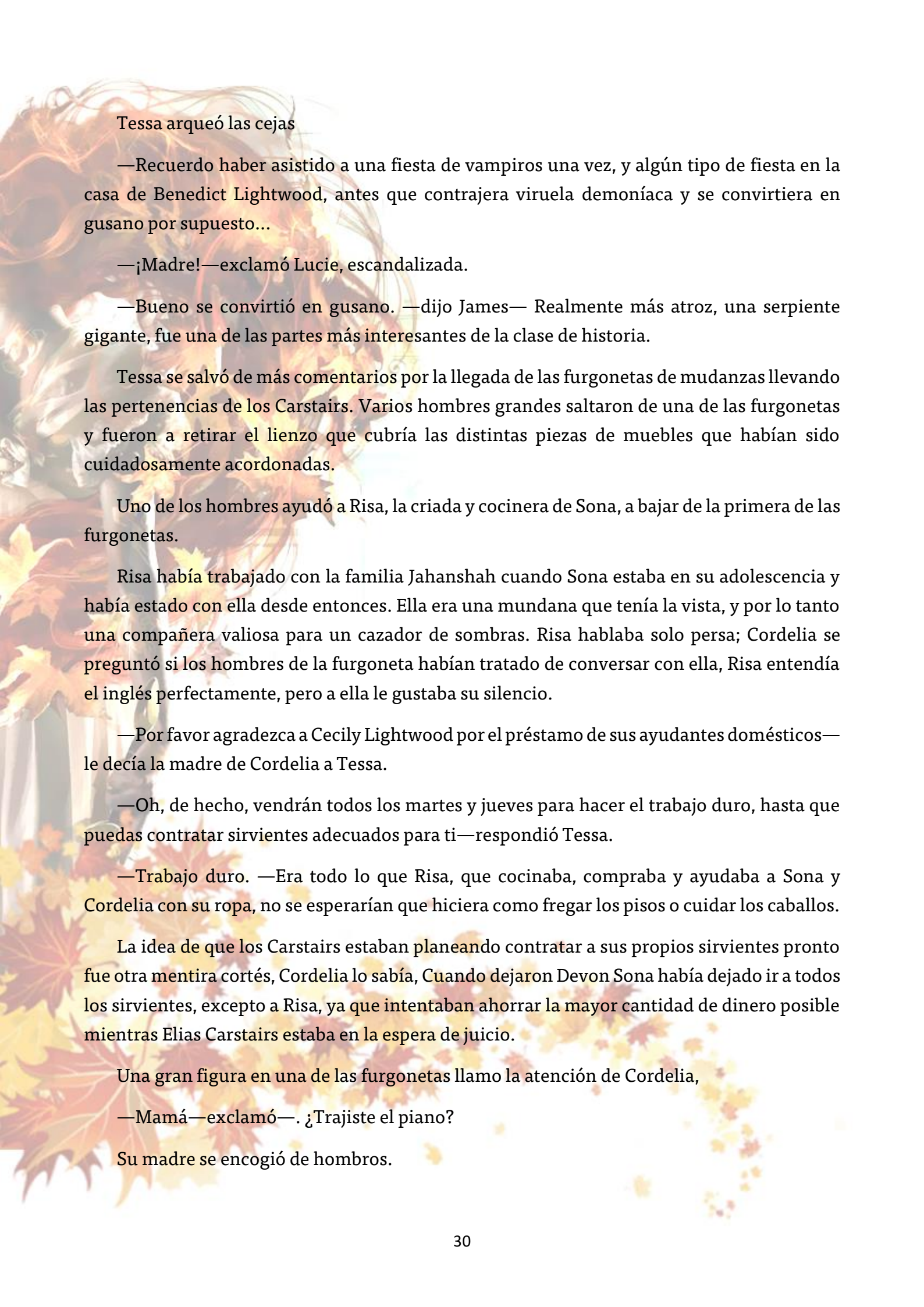
—Será mucho trabajo y responsabilidad.

Cordelia se miró los zapatos, Tessa estaba siendo amable repitiendo la historia de que los Castairs habían venido apresuradamente a Londres debido a que Cordelia y Lucie necesitaban ser parabatai, pero esa no era la verdad.

—Bueno, debe recordar cuando tenía dieciséis años, Sra. Herondale—dijo Sona.

—Las chicas jóvenes adoran los bailes y los vestidos. Ciertamente lo hice cuando tenía su edad, y me imagino que usted también.

Cordelia sabía que esto no era del todo cierto sobre su madre, pero mantuvo la boca cerrada.



Tessa arqueó las cejas

—Recuerdo haber asistido a una fiesta de vampiros una vez, y algún tipo de fiesta en la casa de Benedict Lightwood, antes que contrajera viruela demoníaca y se convirtiera en gusano por supuesto...

—¡Madre!—exclamó Lucie, escandalizada.

—Bueno se convirtió en gusano. —dijo James— Realmente más atroz, una serpiente gigante, fue una de las partes más interesantes de la clase de historia.

Tessa se salvó de más comentarios por la llegada de las furgonetas de mudanzas llevando las pertenencias de los Carstairs. Varios hombres grandes saltaron de una de las furgonetas y fueron a retirar el lienzo que cubría las distintas piezas de muebles que habían sido cuidadosamente acordonadas.

Uno de los hombres ayudó a Risa, la criada y cocinera de Sona, a bajar de la primera de las furgonetas.

Risa había trabajado con la familia Jahanshah cuando Sona estaba en su adolescencia y había estado con ella desde entonces. Ella era una mundana que tenía la vista, y por lo tanto una compañera valiosa para un cazador de sombras. Risa hablaba solo persa; Cordelia se preguntó si los hombres de la furgoneta habían tratado de conversar con ella, Risa entendía el inglés perfectamente, pero a ella le gustaba su silencio.

—Por favor agradezca a Cecily Lightwood por el préstamo de sus ayudantes domésticos— le decía la madre de Cordelia a Tessa.

—Oh, de hecho, vendrán todos los martes y jueves para hacer el trabajo duro, hasta que puedas contratar sirvientes adecuados para ti—respondió Tessa.

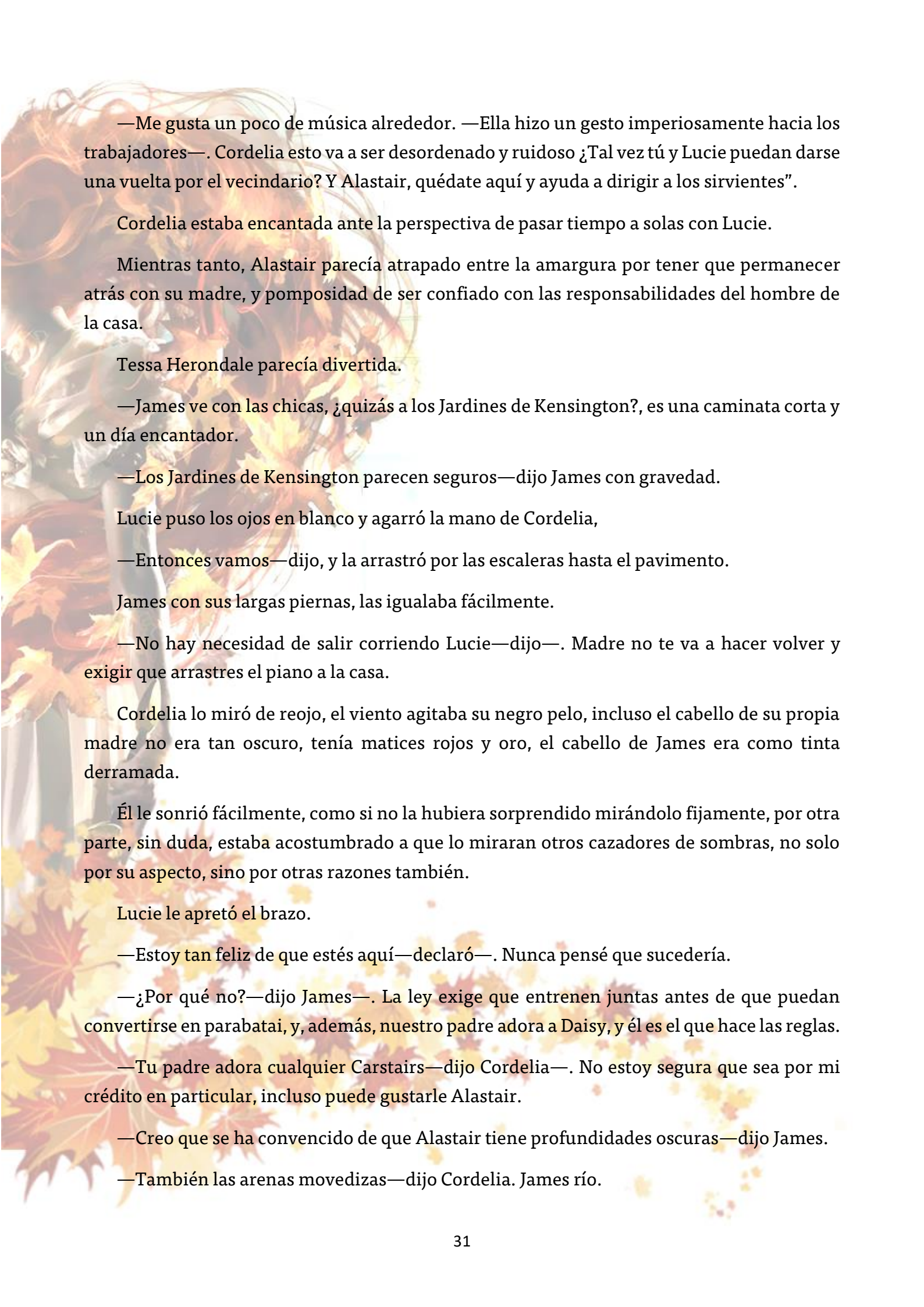
—Trabajo duro. —Era todo lo que Risa, que cocinaba, compraba y ayudaba a Sona y Cordelia con su ropa, no se esperarían que hiciera como fregar los pisos o cuidar los caballos.

La idea de que los Carstairs estaban planeando contratar a sus propios sirvientes pronto fue otra mentira cortés, Cordelia lo sabía, Cuando dejaron Devon Sona había dejado ir a todos los sirvientes, excepto a Risa, ya que intentaban ahorrar la mayor cantidad de dinero posible mientras Elias Carstairs estaba en la espera de juicio.

Una gran figura en una de las furgonetas llamó la atención de Cordelia,

—Mamá—exclamó—. ¿Trajiste el piano?

Su madre se encogió de hombros.



—Me gusta un poco de música alrededor. —Ella hizo un gesto imperiosamente hacia los trabajadores—. Cordelia esto va a ser desordenado y ruidoso ¿Tal vez tú y Lucie puedan darse una vuelta por el vecindario? Y Alastair, quédate aquí y ayuda a dirigir a los sirvientes”.

Cordelia estaba encantada ante la perspectiva de pasar tiempo a solas con Lucie.

Mientras tanto, Alastair parecía atrapado entre la amargura por tener que permanecer atrás con su madre, y pomposidad de ser confiado con las responsabilidades del hombre de la casa.

Tessa Herondale parecía divertida.

—James ve con las chicas, ¿quizás a los Jardines de Kensington?, es una caminata corta y un día encantador.

—Los Jardines de Kensington parecen seguros—dijo James con gravedad.

Lucie puso los ojos en blanco y agarró la mano de Cordelia,

—Entonces vamos—dijo, y la arrastró por las escaleras hasta el pavimento.

James con sus largas piernas, las igualaba fácilmente.

—No hay necesidad de salir corriendo Lucie—dijo—. Madre no te va a hacer volver y exigir que arrastres el piano a la casa.

Cordelia lo miró de reojo, el viento agitaba su negro pelo, incluso el cabello de su propia madre no era tan oscuro, tenía matices rojos y oro, el cabello de James era como tinta derramada.

Él le sonrió fácilmente, como si no la hubiera sorprendido mirándolo fijamente, por otra parte, sin duda, estaba acostumbrado a que lo miraran otros cazadores de sombras, no solo por su aspecto, sino por otras razones también.

Lucie le apretó el brazo.

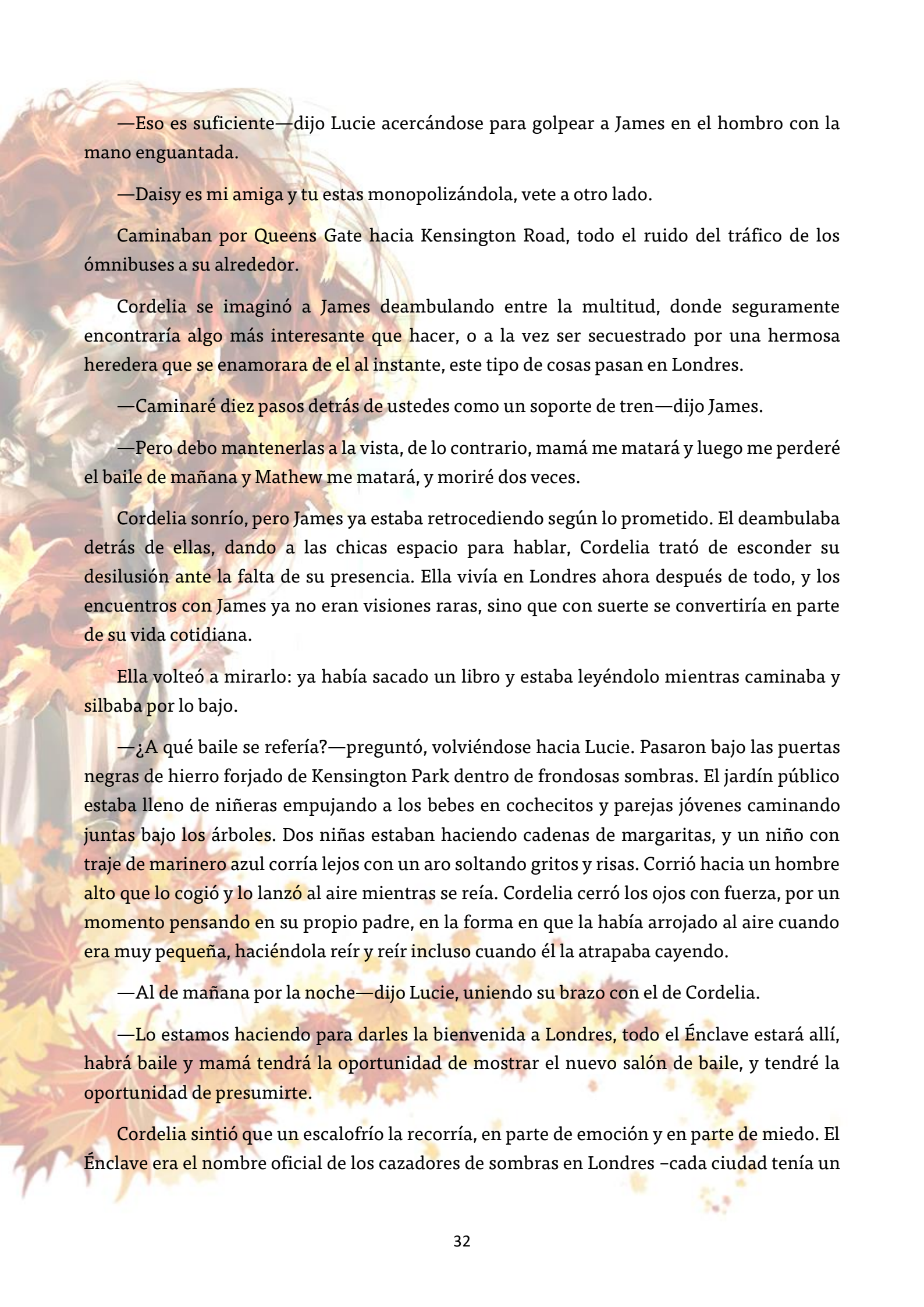
—Estoy tan feliz de que estés aquí—declaró—. Nunca pensé que sucedería.

—¿Por qué no?—dijo James—. La ley exige que entrenen juntas antes de que puedan convertirse en parabatai, y, además, nuestro padre adora a Daisy, y él es el que hace las reglas.

—Tu padre adora cualquier Carstairs—dijo Cordelia—. No estoy segura que sea por mi crédito en particular, incluso puede gustarle Alastair.

—Creo que se ha convencido de que Alastair tiene profundidades oscuras—dijo James.

—También las arenas movedizas—dijo Cordelia. James río.



—Eso es suficiente—dijo Lucie acercándose para golpear a James en el hombro con la mano enguantada.

—Daisy es mi amiga y tu estas monopolizándola, vete a otro lado.

Caminaban por Queens Gate hacia Kensington Road, todo el ruido del tráfico de los ómnibuses a su alrededor.

Cordelia se imaginó a James deambulando entre la multitud, donde seguramente encontraría algo más interesante que hacer, o a la vez ser secuestrado por una hermosa heredera que se enamorara de él al instante, este tipo de cosas pasan en Londres.

—Caminaré diez pasos detrás de ustedes como un soporte de tren—dijo James.

—Pero debo mantenerlas a la vista, de lo contrario, mamá me matará y luego me perderé el baile de mañana y Mathew me matará, y moriré dos veces.

Cordelia sonrió, pero James ya estaba retrocediendo según lo prometido. El deambulaba detrás de ellas, dando a las chicas espacio para hablar, Cordelia trató de esconder su desilusión ante la falta de su presencia. Ella vivía en Londres ahora después de todo, y los encuentros con James ya no eran visiones raras, sino que con suerte se convertiría en parte de su vida cotidiana.

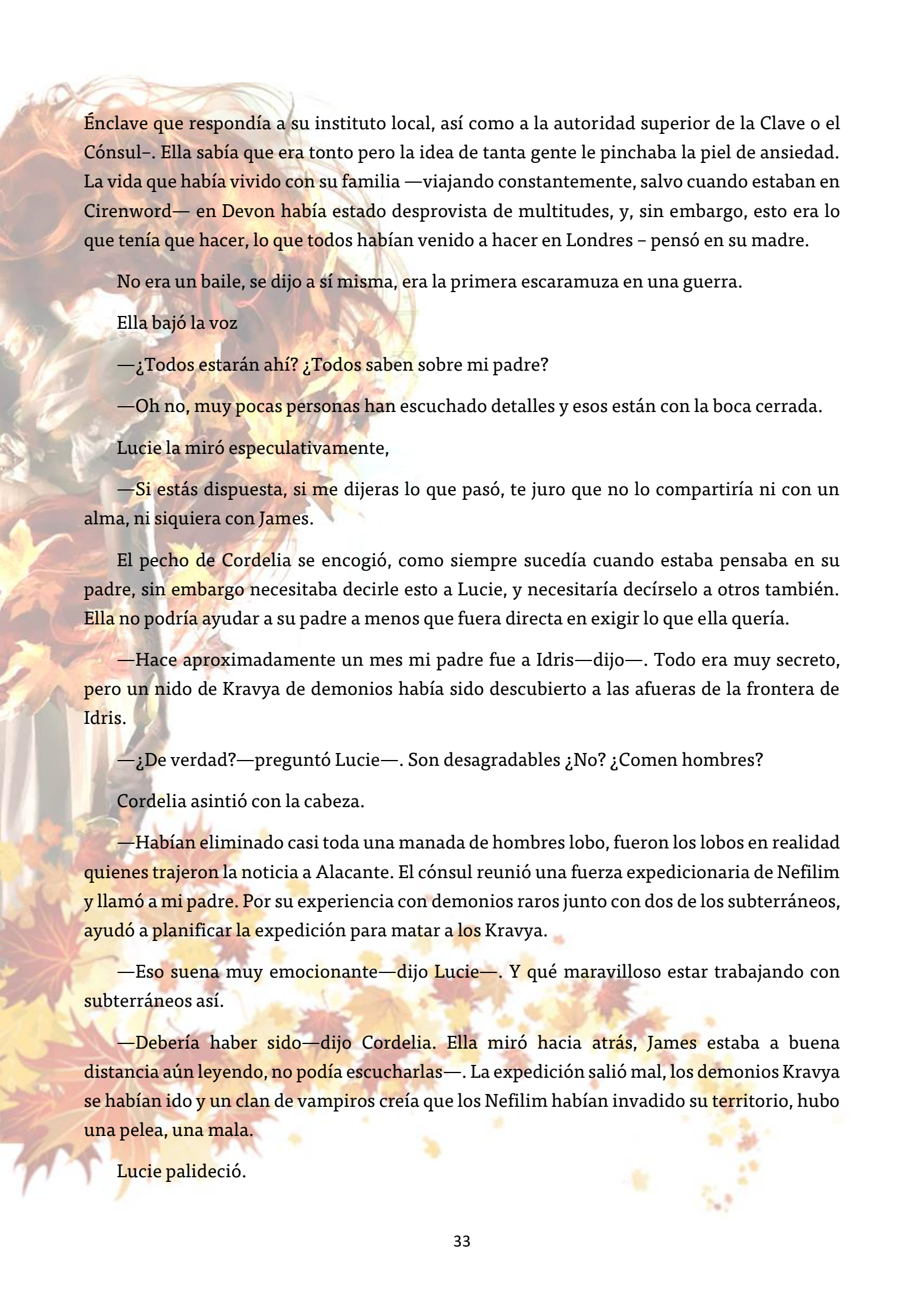
Ella volteó a mirarlo: ya había sacado un libro y estaba leyéndolo mientras caminaba y silbaba por lo bajo.

—¿A qué baile se refería?—preguntó, volviéndose hacia Lucie. Pasaron bajo las puertas negras de hierro forjado de Kensington Park dentro de frondosas sombras. El jardín público estaba lleno de niñeras empujando a los bebés en cochecitos y parejas jóvenes caminando juntas bajo los árboles. Dos niñas estaban haciendo cadenas de margaritas, y un niño con traje de marinero azul corría lejos con un aro soltando gritos y risas. Corrió hacia un hombre alto que lo cogió y lo lanzó al aire mientras se reía. Cordelia cerró los ojos con fuerza, por un momento pensando en su propio padre, en la forma en que la había arrojado al aire cuando era muy pequeña, haciéndola reír y reír incluso cuando él la atrapaba cayendo.

—Al de mañana por la noche—dijo Lucie, uniendo su brazo con el de Cordelia.

—Lo estamos haciendo para darles la bienvenida a Londres, todo el Énclave estará allí, habrá baile y mamá tendrá la oportunidad de mostrar el nuevo salón de baile, y tendré la oportunidad de presumirte.

Cordelia sintió que un escalofrío la recorría, en parte de emoción y en parte de miedo. El Énclave era el nombre oficial de los cazadores de sombras en Londres –cada ciudad tenía un



Énclave que respondía a su instituto local, así como a la autoridad superior de la Clave o el Cónsul—. Ella sabía que era tonto pero la idea de tanta gente le pinchaba la piel de ansiedad. La vida que había vivido con su familia —viajando constantemente, salvo cuando estaban en Cirenword— en Devon había estado desprovista de multitudes, y, sin embargo, esto era lo que tenía que hacer, lo que todos habían venido a hacer en Londres – pensó en su madre.

No era un baile, se dijo a sí misma, era la primera escaramuza en una guerra.

Ella bajó la voz

—¿Todos estarán ahí? ¿Todos saben sobre mi padre?

—Oh no, muy pocas personas han escuchado detalles y esos están con la boca cerrada.

Lucie la miró especulativamente,

—Si estás dispuesta, si me dijeras lo que pasó, te juro que no lo compartiría ni con un alma, ni siquiera con James.

El pecho de Cordelia se encogió, como siempre sucedía cuando estaba pensaba en su padre, sin embargo necesitaba decirle esto a Lucie, y necesitaría decírselo a otros también. Ella no podría ayudar a su padre a menos que fuera directa en exigir lo que ella quería.

—Hace aproximadamente un mes mi padre fue a Idris—dijo—. Todo era muy secreto, pero un nido de Kravya de demonios había sido descubierto a las afueras de la frontera de Idris.

—¿De verdad?—preguntó Lucie—. Son desagradables ¿No? ¿Comen hombres?

Cordelia asintió con la cabeza.

—Habían eliminado casi toda una manada de hombres lobo, fueron los lobos en realidad quienes trajeron la noticia a Alacante. El cónsul reunió una fuerza expedicionaria de Nefilim y llamó a mi padre. Por su experiencia con demonios raros junto con dos de los subterráneos, ayudó a planificar la expedición para matar a los Kravya.

—Eso suena muy emocionante—dijo Lucie—. Y qué maravilloso estar trabajando con subterráneos así.

—Debería haber sido—dijo Cordelia. Ella miró hacia atrás, James estaba a buena distancia aún leyendo, no podía escucharlas—. La expedición salió mal, los demonios Kravya se habían ido y un clan de vampiros creía que los Nefilim habían invadido su territorio, hubo una pelea, una mala.

Lucie palideció.

—Por el Ángel, ¿alguien fue asesinado?

—Varios Nefilim resultaron heridos—dijo Cordelia—. Y el clan de los vampiros creía que nosotros, los cazadores de sombras, nos habíamos aliado con los hombres lobo para atacarlos. Fue un desastre terrible, algo que podría deshacer los acuerdos.

Lucie parecía horrorizada, Cordelia no la culpaba. Los acuerdos fueron un acuerdo de paz entre cazadores de sombras y los subterráneos que ayudaba a mantener orden. Si estuvieran rotos, podría producirse un caos sangriento.

—La Clave inició una investigación—dijo Cordelia—. Muy buena y apropiada. Pensamos que mi padre estaba destinado a ser testigo, pero él era arrestado en su lugar. Lo culpan de que la expedición haya salido mal, pero no fue su culpa, él no podía haberlo sabido...—Ella cerró los ojos.

—Casi lo matan por haber decepcionado tanto a la Clave, lo harán vivir con la culpa toda su vida, pero ninguno de nosotros se esperaba que en vez de terminar la investigación terminaran arrestándolo.

Le temblaban las manos y ella las agarró fuertemente.

—Me envió una nota, pero nada después de eso, ellos lo prohíben. Este detenido bajo arresto domiciliario en Alacante hasta que su juicio tome lugar.

—¿Un juicio?—preguntó Lucie—. ¿Solo para él?, pero había otros a cargo de la expedición también, ¿No estaban ahí?

—Había otros, pero mi padre está siendo convertido en chivo expiatorio, se le ha culpado a él de todo. Mi madre quería ir a Idris para verlo, pero lo prohíbe—agregó Cordelia—. Dijo que en cambio debemos ir a Londres, que, si es condenado, la vergüenza que caerá sobre nuestra familia será inmensa y que debemos movernos rápidamente para evitarlo.

—¡Eso sería muy injusto! —Los ojos de Lucie brillaron—. Todo el mundo sabe que ser un cazador de sombras es un trabajo peligroso, seguramente se determinara que tu papá hizo lo mejor que pudo.

—Quizás —dijo Cordelia en voz baja—. Pero necesitan a alguien a quien culpar, y tiene razón en que tenemos pocos amigos entre los cazadores de sombras. Nos mudamos mucho porque Baba estaba enfermo. Nunca vivimos mucho tiempo en un solo lugar, París, Bombay, Marruecos...

—Siempre pensé que era muy glamuroso.

—Estábamos tratando de encontrar un clima que pudiera ser mejor para su salud. —dijo Cordelia— Pero ahora mi madre siente que tenemos pocos aliados, por eso estamos aquí en Londres. Ella espera que podamos hacer amigos rápidamente, de modo que, si mi padre es encarcelado, tendremos algunos que estén de nuestro lado y nos defiendan.

—Siempre está el tío Jem, él es tu primo —sugirió Lucie— Y los Hermanos Silenciosos son altamente estimados por la Clave.

El tío de Lucie, Jem, era James Carstairs, conocido por la mayoría de los Nefilim como Hermano Zachariah. Los hermanos silenciosos eran los médicos y archiveros de los Nefilim —mudos, longevos y poderosos— habitan la Ciudad Silenciosa, un mausoleo subterráneo con mil entradas, todas sobre el mundo. Lo más extraño que Cordelia conocía sobre ellos era que como sus contrapartes las Hermanas de Hierro, las que tallan armas y estelas en Adamas, eligieron ser lo que eran, Jem había sido un ordinario cazador de sombras una vez, el parabatai del padre de Lucie, Will.

Cuando lo convirtieron en hermano silencioso, poderosas runas lo habían silenciado, marcado y cerrado sus ojos para siempre. Los hermanos silenciosos no envejecían físicamente y tampoco tenían hijos, esposas, ni hogares. Parecía una vida muy solitaria. Cordelia ciertamente había visto al hermano Zachariah —Jem— en ocasiones importantes, pero ella no sentía que lo conocía como James y Lucie lo hacían. Su padre nunca se había sentido cómodo en la presencia de un hermano silencioso y había hecho todo lo posible para evitar que Jem visitara a su familia. Si solo Elias hubiera pensado diferente, Jem ahora podría ser un aliado. Cordelia no tenía idea de cómo comenzar a acercarse a él.

—Tu padre no será condenado—dijo Lucie, apretando la mano de Cordelia.

—Hablaré con mis padres.

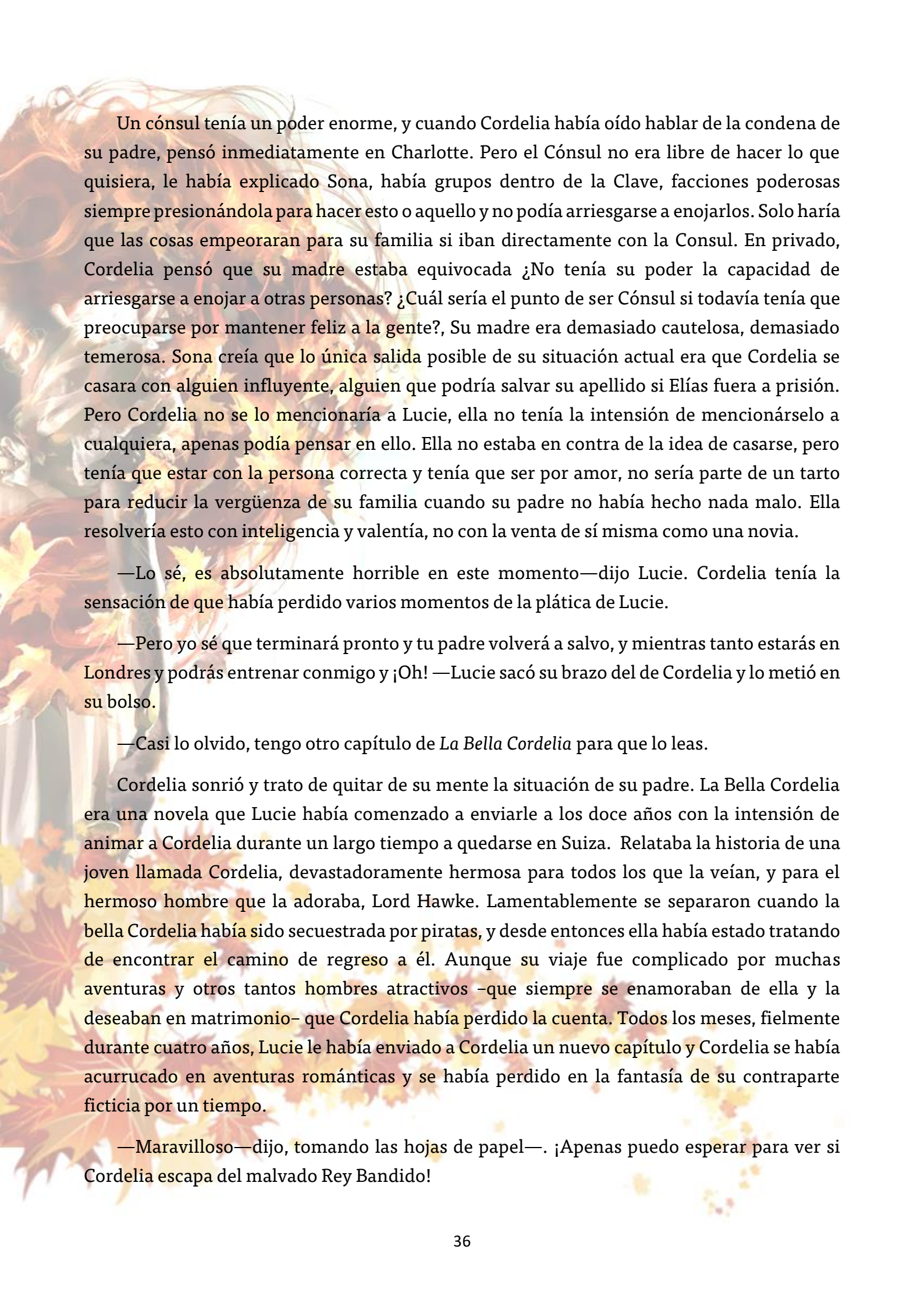
—No, Lucie.—Cordelia sacudió la cabeza— Todo el mundo sabe lo cercanas que son nuestras familias, pensarán que tu padre y tu madre no son imparciales—exhaló.

—Voy a ir a la Cónsul, directamente. Puede que no se dé cuenta de lo que están tratando de hacer, llegando tan lejos con este escándalo de subterráneos culpando a mi padre. Es más fácil señalar con el dedo a una persona, que admitir que todos cometieron errores.

Lucie asintió con la cabeza.

—Tía Charlotte es muy amable, no puedo imaginar que no te ayudaría.

Tía Charlotte, era Charlotte Fairchild, la primera mujer en ser Cónsul electa. Ella también era la madre del parabatai de James, Mathew, una vieja amiga de la familia Herondale.



Un cónsul tenía un poder enorme, y cuando Cordelia había oído hablar de la condena de su padre, pensó inmediatamente en Charlotte. Pero el Cónsul no era libre de hacer lo que quisiera, le había explicado Sona, había grupos dentro de la Clave, facciones poderosas siempre presionándola para hacer esto o aquello y no podía arriesgarse a enojarlos. Solo haría que las cosas empeoraran para su familia si iban directamente con la Consul. En privado, Cordelia pensó que su madre estaba equivocada ¿No tenía su poder la capacidad de arriesgarse a enojar a otras personas? ¿Cuál sería el punto de ser Cónsul si todavía tenía que preocuparse por mantener feliz a la gente?, Su madre era demasiado cautelosa, demasiado temerosa. Sona creía que lo única salida posible de su situación actual era que Cordelia se casara con alguien influyente, alguien que podría salvar su apellido si Elías fuera a prisión. Pero Cordelia no se lo mencionaría a Lucie, ella no tenía la intensión de mencionárselo a cualquiera, apenas podía pensar en ello. Ella no estaba en contra de la idea de casarse, pero tenía que estar con la persona correcta y tenía que ser por amor, no sería parte de un tarto para reducir la vergüenza de su familia cuando su padre no había hecho nada malo. Ella resolvería esto con inteligencia y valentía, no con la venta de sí misma como una novia.

—Lo sé, es absolutamente horrible en este momento—dijo Lucie. Cordelia tenía la sensación de que había perdido varios momentos de la plática de Lucie.

—Pero yo sé que terminará pronto y tu padre volverá a salvo, y mientras tanto estarás en Londres y podrás entrenar conmigo y ¡Oh! —Lucie sacó su brazo del de Cordelia y lo metió en su bolso.

—Casi lo olvido, tengo otro capítulo de *La Bella Cordelia* para que lo leas.

Cordelia sonrió y trato de quitar de su mente la situación de su padre. La Bella Cordelia era una novela que Lucie había comenzado a enviarle a los doce años con la intensión de animar a Cordelia durante un largo tiempo a quedarse en Suiza. Relataba la historia de una joven llamada Cordelia, devastadoramente hermosa para todos los que la veían, y para el hermoso hombre que la adoraba, Lord Hawke. Lamentablemente se separaron cuando la bella Cordelia había sido secuestrada por piratas, y desde entonces ella había estado tratando de encontrar el camino de regreso a él. Aunque su viaje fue complicado por muchas aventuras y otros tantos hombres atractivos –que siempre se enamoraban de ella y la deseaban en matrimonio– que Cordelia había perdido la cuenta. Todos los meses, fielmente durante cuatro años, Lucie le había enviado a Cordelia un nuevo capítulo y Cordelia se había acurrucado en aventuras románticas y se había perdido en la fantasía de su contraparte ficticia por un tiempo.

—Maravilloso—dijo, tomando las hojas de papel—. ¡Apenas puedo esperar para ver si Cordelia escapa del malvado Rey Bandido!

—Bueno, resulta que el Rey Bandido no es del todo malo, verás que es el hijo menor de un Duque que siempre lo ha despreciado—finalizó Lucie mansamente ante la mirada de Cordelia—. Olvidé como odias que te cuenten la historia antes de leerla.

—Lo odio. —Cordelia golpeó a su amiga en el brazo con el manuscrito enrollado—. Pero gracias querida, lo leeré en cuanto tenga un momento. —Miró por encima de su hombro.

—Es... quiero decir, deseo hablar a solas contigo también, pero ¿estamos siendo terriblemente groseras estando con tu hermano caminando detrás de nosotras?

—Ni un poco—le aseguró Lucie—. Míralo, está bastante distraído leyendo.

Y lo estaba, aunque James parecía bastante concentrado en lo que sea que estaba leyendo, sin embargo, esquivaba a los transeúntes, rocas o ramas caídas que se acercaban ocasionalmente, incluso a un niño pequeño con un aro con admirable habilidad. Cordelia sospechaba que, si hubiera intentado tal hazaña, habría chocado contra un árbol.

—Eres tan afortunada—dijo Cordelia. Aun mirando por encima del hombro a James.

—¿Por qué motivo? —Lucie la miró con los ojos muy abiertos. Donde los ojos de James eran de color ámbar, los de Lucie eran de color azul pálido, unos tonos más claros que los de su padre. La cabeza de Cordelia se volvió bruscamente.

—Oh, porque... —¿Porque puedes pasar tiempo con James todos los días?, dudaba que Lucie pensara que eso era un regalo especial, uno no piensa eso cuando se trata de la familia.

—Es tan buen hermano mayor, si le hubiera pedido a Alastair que caminara diez pasos detrás de mi por el parque se habría asegurado de estar a mi lado todo el tiempo solo para molestar.

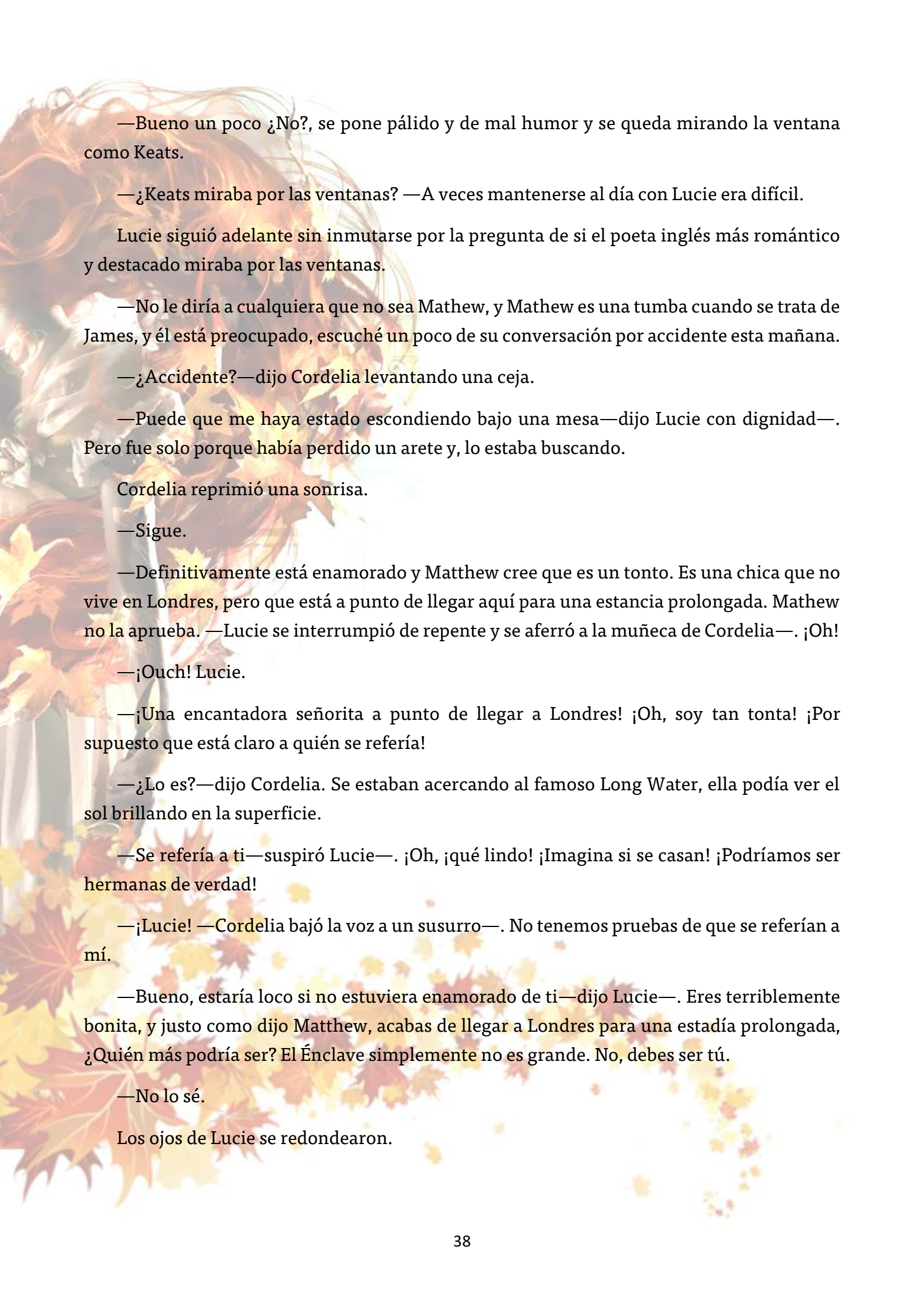
—¡Pf!—Lucie exclamó—. Por supuesto que adoro a Jamie, pero él ha estado terrible últimamente desde que se enamoró.

Muy bien podría haber lanzado un dispositivo incendiario sobre la cabeza de Cordelia, todo parecía volar a su alrededor.

—¿El qué?

—Se enamoró—repitió Lucie con la mirada de alguien que disfruta impartiendo chismes—. ¡Oh, él no dirá de quien, por supuesto!, porque es Jamie y nunca nos dice nada. Pero mi padre lo diagnosticó y él dice que definitivamente es amor.

—Lo haces sonar como si fuera tuberculosis. —La cabeza de Cordelia estaba girando con consternación, ¿James enamorado? ¿De quién?



—Bueno un poco ¿No?, se pone pálido y de mal humor y se queda mirando la ventana como Keats.

—¿Keats miraba por las ventanas? —A veces mantenerse al día con Lucie era difícil.

Lucie siguió adelante sin inmutarse por la pregunta de si el poeta inglés más romántico y destacado miraba por las ventanas.

—No le diría a cualquiera que no sea Mathew, y Mathew es una tumba cuando se trata de James, y él está preocupado, escuché un poco de su conversación por accidente esta mañana.

—¿Accidente?—dijo Cordelia levantando una ceja.

—Puede que me haya estado escondiendo bajo una mesa—dijo Lucie con dignidad—. Pero fue solo porque había perdido un arete y, lo estaba buscando.

Cordelia reprimió una sonrisa.

—Sigue.

—Definitivamente está enamorado y Matthew cree que es un tonto. Es una chica que no vive en Londres, pero que está a punto de llegar aquí para una estancia prolongada. Mathew no la aprueba. —Lucie se interrumpió de repente y se aferró a la muñeca de Cordelia—. ¡Oh!

—¡Ouch! Lucie.

—¡Una encantadora señorita a punto de llegar a Londres! ¡Oh, soy tan tonta! ¡Por supuesto que está claro a quién se refería!

—¿Lo es?—dijo Cordelia. Se estaban acercando al famoso Long Water, ella podía ver el sol brillando en la superficie.

—Se refería a ti—suspiró Lucie—. ¡Oh, ¡qué lindo! ¡Imagina si se casan! ¡Podríamos ser hermanas de verdad!

—¡Lucie! —Cordelia bajó la voz a un susurro—. No tenemos pruebas de que se referían a mí.

—Bueno, estaría loco si no estuviera enamorado de ti—dijo Lucie—. Eres terriblemente bonita, y justo como dijo Matthew, acabas de llegar a Londres para una estadía prolongada, ¿Quién más podría ser? El Éncave simplemente no es grande. No, debes ser tú.

—No lo sé.

Los ojos de Lucie se redondearon.

—¿Es que no te preocupas por él? Bueno no se puede esperar eso, todavía, quiero decir que lo has conocido toda tu vida, así que me imagino que es muy impresionante, pero estoy bastante segura de que podrías acostumbrarte a su cara, no ronca ni hace bromas groseras, realmente él no es malo en lo absoluto—agregó—. ¿Lo considerarás?, baila con él mañana, tienes un vestido, ¿no es así? Debes tener un vestido encantador si quieres impresionarlo.

—Tengo un vestido. —Cordelia se apresuró a tranquilizarla, aunque sabía que estaba lejos de ser encantador.

—Una vez que lo hayas impresionado—continuó Lucie—. Te lo propondrá, y luego decidiremos si aceptarás y si aceptas podrían tener un compromiso muy largo. Sería mejor si lo hicieras, así podríamos completar nuestro entrenamiento parabatai.

—¡Lucie, me estas mareando!—dijo Cordelia, y lanzó una mirada preocupada por encima de su hombro. ¿Habrá escuchado James algo de lo que habían dicho? No, no lo parecía, todavía estaba deambulando y leyendo.

Una esperanza traidora se hinchó en su corazón, y por un momento se permitió ella misma imaginar estar comprometida con James, ser recibida en la casa de la familia de Lucie, ser su hermana ante los ojos de la ley, llevando un ramo de flores en su boda. Sus amigos exclamando, *Oh ustedes dos hacen una pareja perfecta*. Ella frunció el ceño de repente.

—¿Por qué Mathew no me aprueba?—ella preguntó y luego se aclaró la garganta—. Quiero decir, si fuera yo la chica de la que estaban hablando, de lo que estoy segura que no.

Lucie agitó su mano alegremente.

—Él no cree que a la chica le importe James, pero como ya hemos comprobado, puedes enamorarte de él con bastante facilidad si le pones un poco de esfuerzo. Matthew es demasiado protector con Jamie, pero no tienes nada que temer, puede que no le guste mucha gente, pero es muy amable con los que si le gustan.

Cordelia pensó en Mathew, el parabatai de James, Matthew apenas se había separado de James ya que habían estado en la misma escuela en Idris, ella lo había visto de vez en cuando, cuando había eventos sociales. Mathew era todo cabellos dorados y sonriente, pero sospechaba que podría haber un león debajo del gatito con el que esté involucrado en herir a James. Pero ella nunca lastimaría a James, ella lo amaba, lo había amado toda su vida y mañana tendría la oportunidad de decírselo. Ella no tenía ninguna duda de que con James a su lado tendría la confianza para acercarse a la cónsul y presentarle el caso de indulgencia de su padre. Cordelia levantó la barbilla. Si, después del baile de mañana su vida sería muy diferente.

DÍAS PASADOS: IDRIS, 1889

Traducido por: Cortana
Corregido por: Jeivi37 & Roni Turner

Cada año, desde que James podía recordar, él y su familia habían ido a Idris a pasar el verano en la mansión Herondale. Era una gran edificación de piedra dorada y amarilla, su jardín descendía al encantador espacio verde de los bosques Brocelind y una pared alta la separaba de la mansión de la familia Blackthorn.

James y Lucie solían pasar los días en los alrededores del oscuro bosque, nadando, pescando en el río y montando caballos por el campo verde. A veces intentaban espiar sobre la pared de la casa Blackthorn pero estaban atestadas de ramas espinosas. Brezos⁹ con puntas filosas enredadas en la verja como si la casona Blackthorn hubiera sido abandonada e invadida por la maleza hace mucho tiempo; y aunque sabían que Tatiana Blackthorn vivía allí, solo habían visto su carruaje entrando y saliendo a la distancia, con las puertas y ventanas bien cerradas.

Una vez, James le había preguntado a sus padres por qué nunca socializaban con la mujer que vivía en la casa de al lado, especialmente porque Tatiana era pariente de los tíos de James, Gideon y Gabriel Lightwood. Tessa le explicó de forma muy diplomática que hubo un malentendido entre las dos familias cuando el padre de Tatiana había estado maldito y ellos no fueron capaces de salvarlo. Su padre y su marido murieron el mismo día y su hijo Jesse, en los años que le siguieron. Ella culpo a Will y a sus hermanos por sus pérdidas.

—A veces la gente se queda atrapada en el resentimiento, —había dicho Tessa— y quieren encontrar a alguien, cualquiera, a quién culpar por su dolor. Es una lástima, ya que si hubiesen podido Will y tus tíos la habrían ayudado.

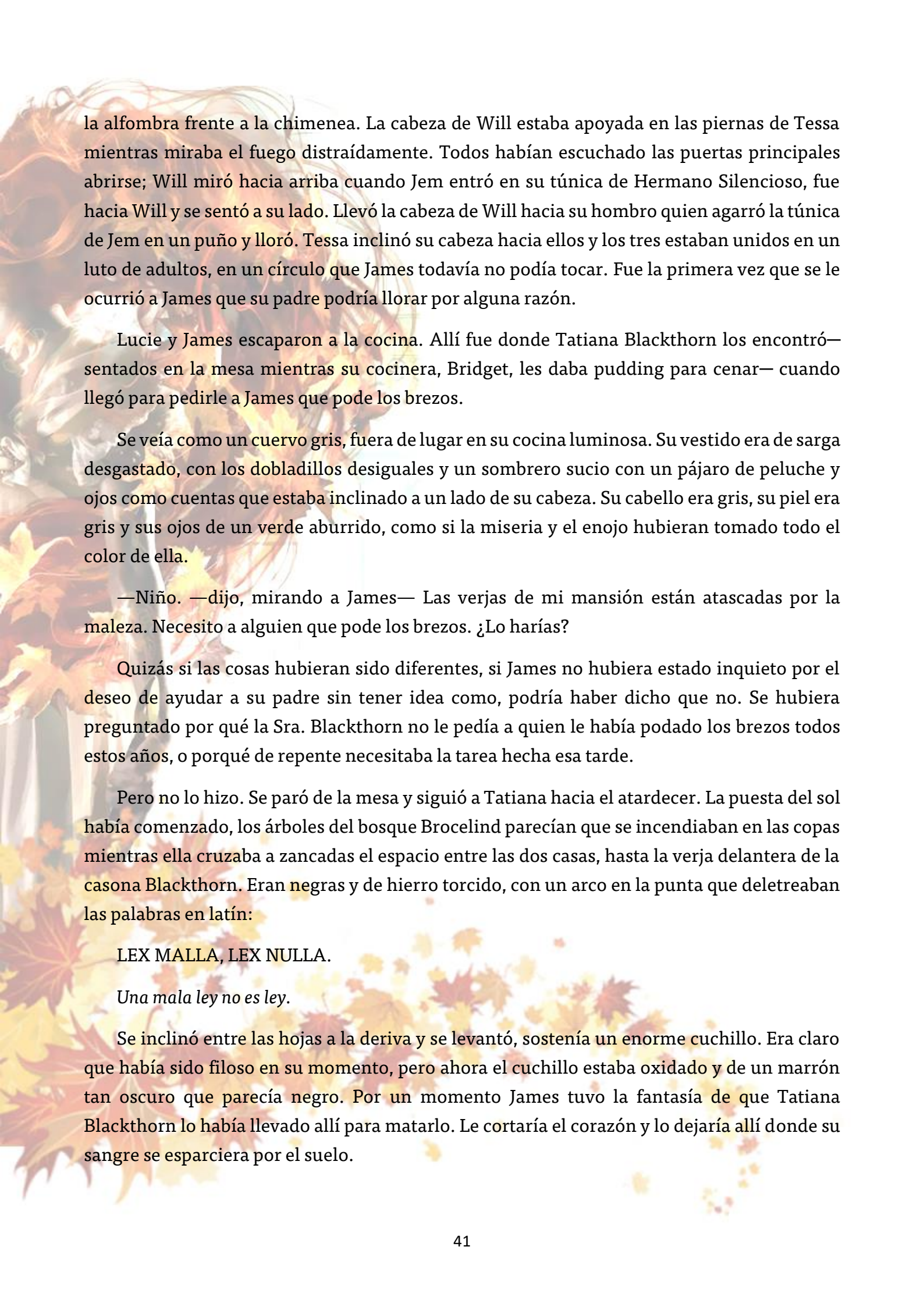
James no le había dado mucha importancia a Tatiana: una mujer extraña que odiaba a su padre sin razón no era alguien que él quisiera conocer. Luego, el verano en que James cumplió trece años, un mensaje llegó de Londres para decirle a Will que Edmund y Linette Herondale, los abuelos de James, habían fallecido de gripe.

Si Will no hubiera estado tan distraído por su pérdida, quizás las cosas hubieran sido diferentes.

Pero él lo estaba y las cosas no lo habían sido.

La noche después de enterarse de la muerte de Linette y Edmund, Will había estado sentado en el piso de la sala, Tessa en el sillón detrás de él, Lucie y James desparramados sobre

⁹ Brezo: Arbusto enano y reptante de tallos ramosos y madera muy dura.



la alfombra frente a la chimenea. La cabeza de Will estaba apoyada en las piernas de Tessa mientras miraba el fuego distraídamente. Todos habían escuchado las puertas principales abrirse; Will miró hacia arriba cuando Jem entró en su túnica de Hermano Silencioso, fue hacia Will y se sentó a su lado. Llevó la cabeza de Will hacia su hombro quien agarró la túnica de Jem en un puño y lloró. Tessa inclinó su cabeza hacia ellos y los tres estaban unidos en un luto de adultos, en un círculo que James todavía no podía tocar. Fue la primera vez que se le ocurrió a James que su padre podría llorar por alguna razón.

Lucie y James escaparon a la cocina. Allí fue donde Tatiana Blackthorn los encontró— sentados en la mesa mientras su cocinera, Bridget, les daba pudding para cenar— cuando llegó para pedirle a James que podara los brezos.

Se veía como un cuervo gris, fuera de lugar en su cocina luminosa. Su vestido era de sarga desgastado, con los dobladillos desiguales y un sombrero sucio con un pájaro de peluche y ojos como cuentas que estaba inclinado a un lado de su cabeza. Su cabello era gris, su piel era gris y sus ojos de un verde aburrido, como si la miseria y el enojo hubieran tomado todo el color de ella.

—Niño. —dijo, mirando a James— Las verjas de mi mansión están atascadas por la maleza. Necesito a alguien que podara los brezos. ¿Lo harías?

Quizás si las cosas hubieran sido diferentes, si James no hubiera estado inquieto por el deseo de ayudar a su padre sin tener idea como, podría haber dicho que no. Se hubiera preguntado por qué la Sra. Blackthorn no le pedía a quien le había podado los brezos todos estos años, o porqué de repente necesitaba la tarea hecha esa tarde.

Pero no lo hizo. Se paró de la mesa y siguió a Tatiana hacia el atardecer. La puesta del sol había comenzado, los árboles del bosque Brocelind parecían que se incendiaban en las copas mientras ella cruzaba a zancadas el espacio entre las dos casas, hasta la verja delantera de la casona Blackthorn. Eran negras y de hierro torcido, con un arco en la punta que deletreaban las palabras en latín:

LEX MALLA, LEX NULLA.

Una mala ley no es ley.

Se inclinó entre las hojas a la deriva y se levantó, sostenía un enorme cuchillo. Era claro que había sido filoso en su momento, pero ahora el cuchillo estaba oxidado y de un marrón tan oscuro que parecía negro. Por un momento James tuvo la fantasía de que Tatiana Blackthorn lo había llevado allí para matarlo. Le cortaría el corazón y lo dejaría allí donde su sangre se esparciera por el suelo.

En lugar de eso ella puso el cuchillo en sus manos.

—Aquí tienes, niño —dijo— Tómame tu tiempo.

Por un momento pensó que había sonreído, pero tuvo que haber sido la luz. Desapareció con el crujido del pasto seco, dejando a James parado frente a la verja, cuchillo oxidado en mano, como el pretendiente menos exitoso de la bella durmiente. Con un suspiro, comenzó a cortar.

O al menos a tratar. El tonto cuchillo no cortaba nada, y los brazos eran tan gruesos como barrotes de la verja. Más de una vez fue pinchado por las filosas puntas de las espinas.

Sus brazos adoloridos pronto empezaron a sentirse como plomo y su remera blanca estaba manchada con sangre. Se dijo a sí mismo que era ridículo. Seguro que esto iba más allá de la obligación de ayudar a un vecino. Seguro sus padres entenderían si él arrojaba el cuchillo a un lado y se fuera a casa. Seguro—

Un par de manos, blancas como el lirio, revolotearon entre las ramas de repente.

—Chico Herondale —susurró una voz— Déjame ayudarte.

Él la observó con asombro mientras algunas ramas caían. Después de un momento la cara de la chica apareció en el hueco, pálida y pequeña.

—Chico Herondale —repitió ella— ¿Tienes una voz?

—Sí, y un nombre, —dijo él— es James.

Su cara desapareció del hueco entre las ramas. Hubo un sonido rápido, y un momento después un par de podadores —quizás no del todo nuevas pero útiles— aparecieron bajo la verja. James se inclinó para tomarlos.

Se estaba enderezando cuando escuchó que llamaban su nombre: era la voz de su madre.

—Debo irme —dijo él— Pero gracias, Grace. Eres Grace, ¿no? ¿Grace Blackthorn?

Escuchó lo que sonó como un grito ahogado, y ella volvió a aparecer en el hueco entre las ramas.

—Oh, por favor vuelve, —dijo Grace— Si vuelves mañana por la noche, me escabulliré a la entrada y hablaré contigo mientras podas. Ha pasado tanto tiempo desde que hablé con alguien que no sea mi madre.

Su mano se estiró entre las rejas, y él vio las marcas rojas en su piel donde las espinas la habían lastimado. James levantó su propia mano y por un momento, sus dedos se rozaron.

—Lo prometo —se sorprendió al decirlo— Volveré.





2

CENIZAS DE ROSAS

Traducido por: Cortana, Roni Turner & Jeivi37

Corregido por: Jeivi37, BLACKTHORN & Roni Turner

Aunque fuera hermoso como las rosas,

Su belleza se nublará y decaerá;

Y por más que el amor descanse,

Su fin no será bueno jamás.

—Algernon Charles Swinburne, *El Jardín de Proserpina*

—Matthew—dijo James—. Matthew, sé que estás ahí abajo. Sal de ahí o juro por el ángel que te asesinaré como a una rana.

James estaba apoyado sobre la mesa de billar en el cuarto de juegos del instituto, mirando hacia abajo por un costado.

El baile había empezado hace más o menos media hora y nadie había sido capaz de encontrar a Matthew. James fue quien supuso que su *parabatai* se estaba escondiendo allí: era una de sus habitaciones favoritas, cómoda y bien decorada por Tessa. Estaba empapelada hasta las molduras con líneas grises y negras, por encima de ellas estaba pintado de gris. Había portarretratos enmarcados y árboles genealógicos en las paredes; y un conjunto de cómodos sillones y sofás bien usados. Un juego de ajedrez hermosamente pulido brillaba como un joyero sobre un humidificador de cigarros Dunhill. También había una enorme mesa de billar bajo la cual Matthew se escondía en ese momento.

Hubo un ruido y la cabeza rubia de Matthew apareció bajo la mesa. Sus ojos verdes parpadearon hacia James.

—Jamie, Jamie—dijo él, con falsa pena—. ¿Por qué tienes que atormentar a un colega de esa forma? Estaba tomando una pacífica siesta.

—Bien, despierta. Te necesitan en la sala de baile para armar los números —dijo James—. Hay muchísimas chicas ahí fuera.

—Maldita sea, el baile—dijo Matthew, escabulléndose de debajo de la mesa. Estaba espléndidamente vestido en gris paloma, con un clavel verde pálido en su ojal. En una mano agarraba una jarra de cristal tallado.

—Me molesta el baile. Tengo la intención de permanecer aquí y pasar completamente desapercibido. —Miró en la jarra y luego, esperanzado, a James—. Puedes unirme a mí si quieres.

—Ese es el oporto¹⁰ de mi padre—dijo James. Era algo fuerte, él lo sabía, y muy dulce—. Estarás horriblemente enfermo por la mañana.

—*Carpe jarra*—dijo Matthew—. Es un buen oporto. Siempre he admirado a tu padre, ya sabes. Planeo ser como él algún día. Sin embargo, una vez conocí a un brujo que tenía tres brazos. Podía batirse en duelo con una mano, barajar las cartas con la siguiente, y desatar el corsé de una dama con la tercera, todo al mismo tiempo. Ahora había un tipo a quien emular.

—Ya pasas desapercibido—dijo James con desaprobación, y se estiró para ver la jarra fuera de la mano de Matthew. Sin embargo, Matthew fue demasiado rápido para él, y lo apartó de su alcance mientras agarraba el hombro de James. Él le tiró de la mesa, y en un momento estaban rodando en la alfombra como cachorros, Matthew riendo descontroladamente, James intentado quitarle la jarra.

—¡Quítate-de-encima!—Matthew jadeó, y le soltó. James cayó de espaldas con tanta fuerza que la tapa de la jarra se desprendió. El oporto le salpicó toda la ropa.

—¡Mira lo que has hecho!—se lamentó, usando su pañuelo de bolsillo como podía para limpiar la mancha escarlata que se extendía en su pechera.

—Huelo como un cervecero y parezco un carnicero.

—Estupideces—dijo Matthew—. A ninguna chica le importa tu ropa de todos modos. Todas están muy ocupadas contemplando tus grandes ojos dorados.

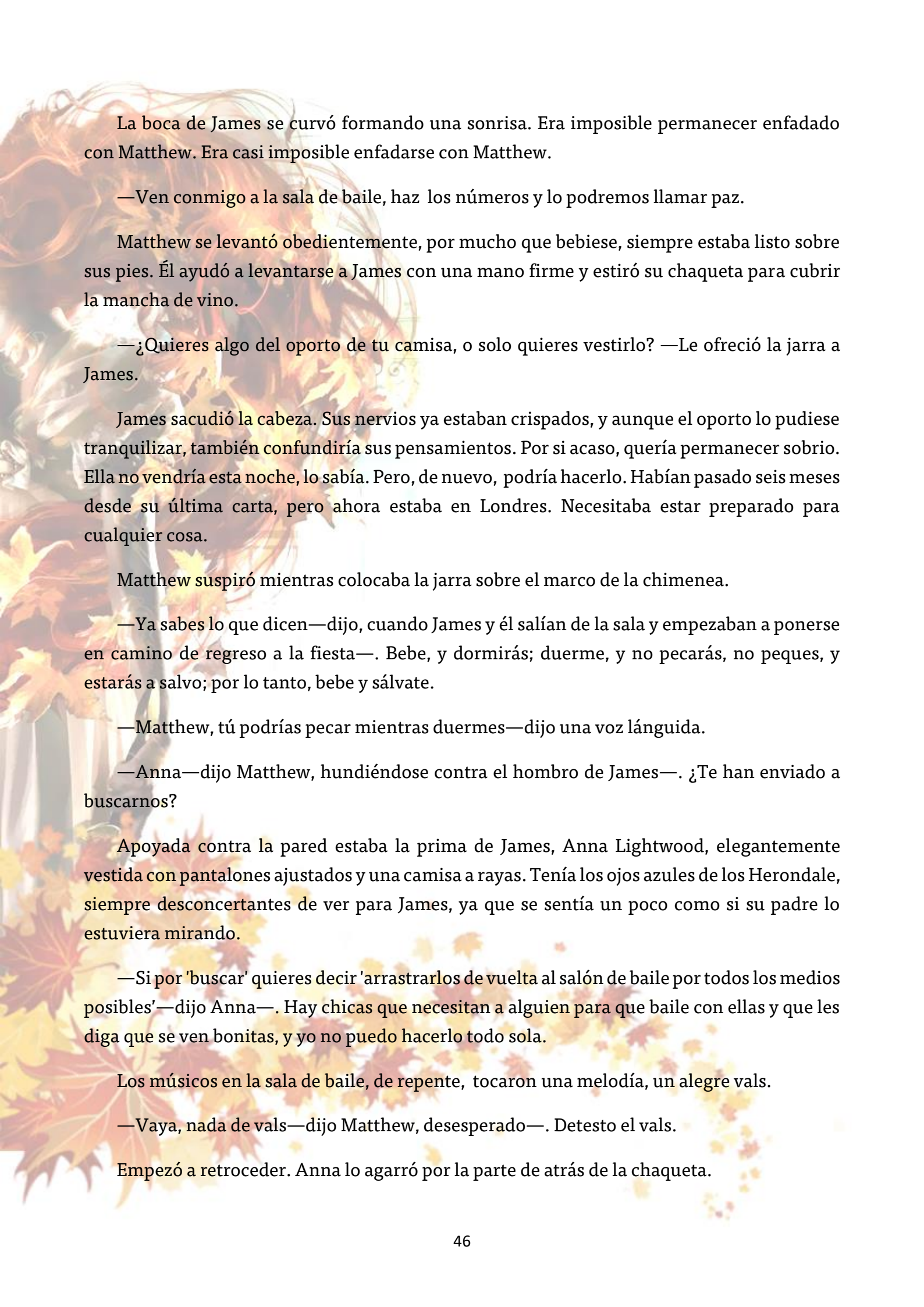
Abrió sus ojos hacia James hasta que le miró como si estuviese loco. Entonces los cerró.

James frunció el ceño. Sus ojos eran grandes, rodeados por un tono negro, y con el color del té oro pálido, pero fue martirizado demasiadas veces en la escuela por sus inusuales ojos para encontrar cualquier placer en su naturaleza única.

Matthew extendió sus manos.

—Pax—dijo persuasivo—. Que sea la paz entre nosotros. Puedes verter el resto del oporto en mi cabeza.

¹⁰ Tipo de vino fortificado.



La boca de James se curvó formando una sonrisa. Era imposible permanecer enfadado con Matthew. Era casi imposible enfadarse con Matthew.

—Ven conmigo a la sala de baile, haz los números y lo podremos llamar paz.

Matthew se levantó obedientemente, por mucho que bebiese, siempre estaba listo sobre sus pies. Él ayudó a levantarse a James con una mano firme y estiró su chaqueta para cubrir la mancha de vino.

—¿Quieres algo del oporto de tu camisa, o solo quieres vestirlo? —Le ofreció la jarra a James.

James sacudió la cabeza. Sus nervios ya estaban crispados, y aunque el oporto lo pudiese tranquilizar, también confundiría sus pensamientos. Por si acaso, quería permanecer sobrio. Ella no vendría esta noche, lo sabía. Pero, de nuevo, podría hacerlo. Habían pasado seis meses desde su última carta, pero ahora estaba en Londres. Necesitaba estar preparado para cualquier cosa.

Matthew suspiró mientras colocaba la jarra sobre el marco de la chimenea.

—Ya sabes lo que dicen—dijo, cuando James y él salían de la sala y empezaban a ponerse en camino de regreso a la fiesta—. Bebe, y dormirás; duerme, y no pecarás, no peques, y estarás a salvo; por lo tanto, bebe y sálvate.

—Matthew, tú podrías pecar mientras duermes—dijo una voz lánguida.

—Anna—dijo Matthew, hundiéndose contra el hombro de James—. ¿Te han enviado a buscarnos?

Apoyada contra la pared estaba la prima de James, Anna Lightwood, elegantemente vestida con pantalones ajustados y una camisa a rayas. Tenía los ojos azules de los Herondale, siempre desconcertantes de ver para James, ya que se sentía un poco como si su padre lo estuviera mirando.

—Si por 'buscar' quieres decir 'arrastrarlos de vuelta al salón de baile por todos los medios posibles'—dijo Anna—. Hay chicas que necesitan a alguien para que baile con ellas y que les diga que se ven bonitas, y yo no puedo hacerlo todo sola.

Los músicos en la sala de baile, de repente, tocaron una melodía, un alegre vals.

—Vaya, nada de vals—dijo Matthew, desesperado—. Detesto el vals.

Empezó a retroceder. Anna lo agarró por la parte de atrás de la chaqueta.

—Oh, no, no lo harás—dijo, y firmemente los arreó hacia la sala de baile.

* * *

—Deja de estar mirándote—dijo Alastair, con tono agotado—. ¿Por qué las mujeres están siempre viéndose a sí mismas? ¿Y por qué estás frunciendo el ceño?"

Cordelia miró a través del cristal del embarcadero el reflejo de su hermano. Todos ellos esperaban fuera del gran salón de baile del Instituto, Alastair se veía perfecto en blanco y negro inmaculado, su cabello rubio peinado hacia atrás con gomina, sus manos enguantadas en piel de cabritillo.

Porque mi madre me viste, pero a ti te deja llevar lo que quieras, pensó, pero no lo pronunció, ya que su madre estaba de pie allí. Sona estaba decidida a vestir a Cordelia a la última moda, incluso si la última moda no le quedaba nada a su hija. Para esta noche, había elegido un vestido para Cordelia de color lila pálido ribeteado con brillantes cuentas de clarín. Su pelo estaba recogido formando una cascada de rizos, y su corsé de pico de cisne la estaba dejando sin aliento.

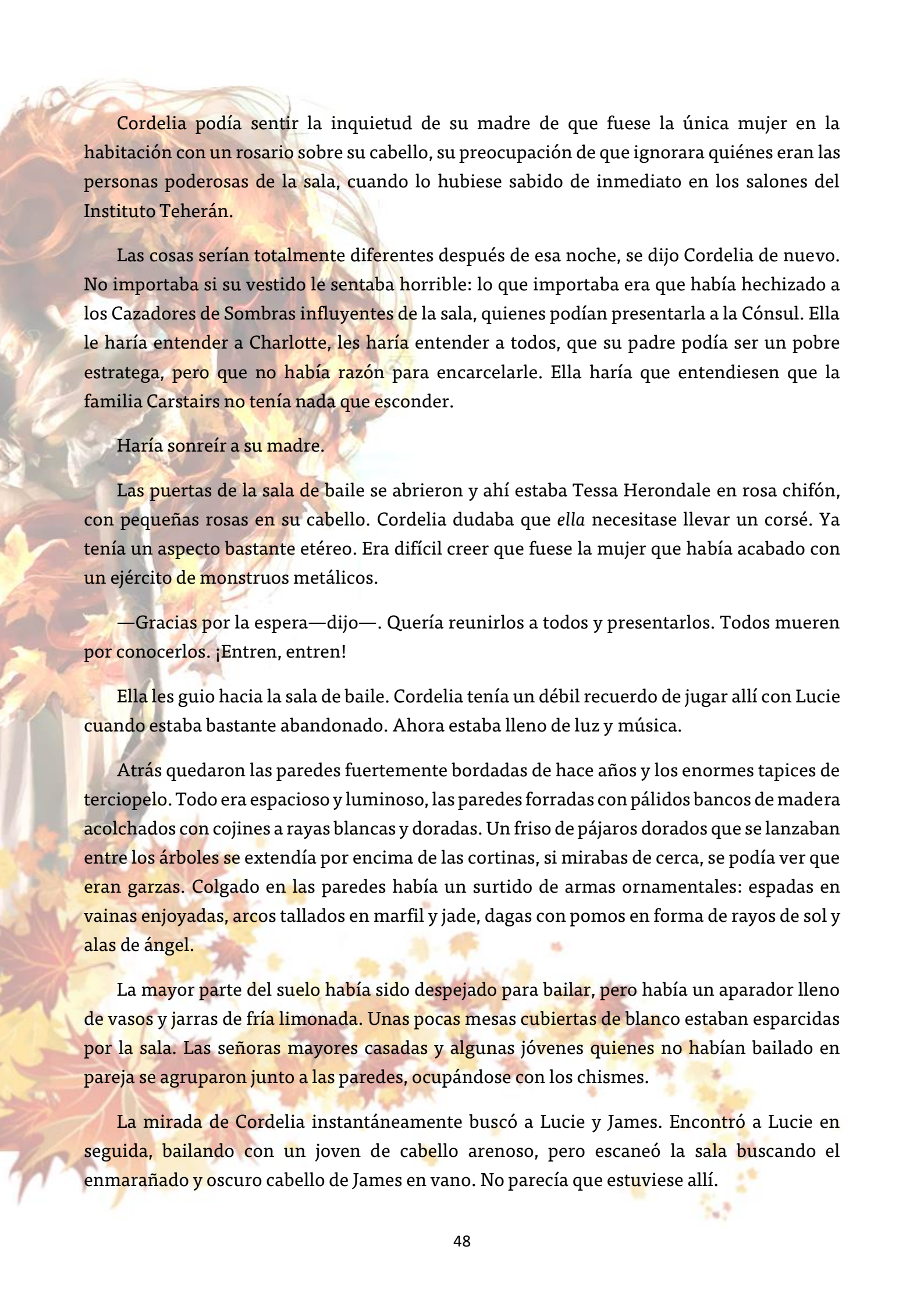
Cordelia opinaba que se veía horrible. Los tonos pastel eran el último grito en las revistas de moda, pero esas revistas esperaban que las chicas fueran rubias, de pecho pequeño y piel pálida. Cordelia no era decididamente nada de eso. Los tonos pastel le hacían perder el color, y ni el corsé pudo aplanar su pecho. Tampoco su cabello rojo oscuro era delgado y fino: era grueso y largo como el de su madre, alcanzaba su cintura cuando se lo cepillaban. Se veía ridículo en pequeños rizos.

—Porque tengo que llevar un corsé, Alastair—espetó Cordelia—. Estaba comprobando si me pondría de color ciruela.

—Combinarías con tu vestido si lo hicieras—señaló Alastair. Cordelia no podía evitarlo pero deseaba que su padre estuviera allí; él siempre le decía que se veía hermosa.

—Niños—dijo su madre con reproche. Cordelia tuvo la sensación de que ella los llamaría 'niños' incluso cuando fuesen viejos y canosos y se disparasen el uno al otro desde las sillas del baño.

—Cordelia, los corsés no solo crean una silueta femenina, muestran que una dama ha sido finamente educada y que posee una delicada susceptibilidad. Alastair, deja a tu hermana tranquila. Esta es una noche muy importante para todos nosotros, y debemos estar atentos para causar una buena impresión.



Cordelia podía sentir la inquietud de su madre de que fuese la única mujer en la habitación con un rosario sobre su cabello, su preocupación de que ignorara quiénes eran las personas poderosas de la sala, cuando lo hubiese sabido de inmediato en los salones del Instituto Teherán.

Las cosas serían totalmente diferentes después de esa noche, se dijo Cordelia de nuevo. No importaba si su vestido le sentaba horrible: lo que importaba era que había hechizado a los Cazadores de Sombras influyentes de la sala, quienes podían presentarla a la Cónsul. Ella le haría entender a Charlotte, les haría entender a todos, que su padre podía ser un pobre estratega, pero que no había razón para encarcelarle. Ella haría que entendiesen que la familia Carstairs no tenía nada que esconder.

Haría sonreír a su madre.

Las puertas de la sala de baile se abrieron y ahí estaba Tessa Herondale en rosa chifón, con pequeñas rosas en su cabello. Cordelia dudaba que *ella* necesitase llevar un corsé. Ya tenía un aspecto bastante etéreo. Era difícil creer que fuese la mujer que había acabado con un ejército de monstruos metálicos.

—Gracias por la espera—dijo—. Quería reunirlos a todos y presentarlos. Todos mueren por conocerlos. ¡Entren, entren!

Ella les guio hacia la sala de baile. Cordelia tenía un débil recuerdo de jugar allí con Lucie cuando estaba bastante abandonado. Ahora estaba lleno de luz y música.

Atrás quedaron las paredes fuertemente bordadas de hace años y los enormes tapices de terciopelo. Todo era espacioso y luminoso, las paredes forradas con pálidos bancos de madera acolchados con cojines a rayas blancas y doradas. Un friso de pájaros dorados que se lanzaban entre los árboles se extendía por encima de las cortinas, si mirabas de cerca, se podía ver que eran garzas. Colgado en las paredes había un surtido de armas ornamentales: espadas en vainas enjovadas, arcos tallados en marfil y jade, dagas con pomos en forma de rayos de sol y alas de ángel.

La mayor parte del suelo había sido despejado para bailar, pero había un aparador lleno de vasos y jarras de fría limonada. Unas pocas mesas cubiertas de blanco estaban esparcidas por la sala. Las señoras mayores casadas y algunas jóvenes quienes no habían bailado en pareja se agruparon junto a las paredes, ocupándose con los chismes.

La mirada de Cordelia instantáneamente buscó a Lucie y James. Encontró a Lucie en seguida, bailando con un joven de cabello arenoso, pero escaneó la sala buscando el enmarañado y oscuro cabello de James en vano. No parecía que estuviese allí.

Tampoco había tiempo para fijarse en ello. Tessa era una experta anfitriona. Cordelia y su familia fueron llevados de grupo en grupo, presentándolos, enumerando sus virtudes y valores. Fue presentada a una chica de cabello oscuro algunos años mayor que ella, quien parecía totalmente cómoda en un vestido verde pálido recortado con encaje.

—Barbara Lightwood—dijo Tessa, y Cordelia se despabiló mientras se hacían una reverencia mutua. Los Lightwood eran primos de James y Lucie, y una familia poderosa por derecho propio.

Su madre se puso inmediatamente a conversar con los padres de Barbara, Gideon y Sophie Lightwood. Cordelia fijó su mirada en Barbara. ¿Estaría interesada en escuchar sobre su padre? Probablemente no. Estaba atenta a la pista de baile con una sonrisa en la cara.

—¿Quién es el chico que baila con Lucie?—preguntó Cordelia, lo que provocó un estallido de risa en Barbara.

—Es mi hermano, Thomas—dijo—. Y no está dando traspiés, para variar.

Cordelia dio otro vistazo al chico de pelo color arena que reía con Lucie. Thomas era muy alto y ancho de hombros, por tanto intimidante. ¿Le gustaría a Lucie? Si le mencionaba en sus cartas, era solo como un amigo de su hermano.

Alastair, quien había estado de pie en la esquina del grupo pareciendo aburrido, a decir verdad Cordelia casi había olvidado que estaba ahí, de repente se iluminó.

—¡Charles!—dijo, sonando complacido. Alisó el frente de su chaleco—. Si me excusan, debo ir a presentar mis respetos. No nos hemos visto en una década.

Desapareció entre las mesas sin esperar permiso. La madre de Cordelia suspiró.

—Chicos—dijo—. Tan irritantes.

Sophie sonrió a su hija, y Cordelia se dio cuenta por primera vez de la atroz cicatriz que cruzaba su mejilla. Había algo en su vivacidad, la manera en la que se movía y hablaba, que hacía que uno no la viese al principio.

—Las chicas tienen sus momentos—observó—. Deberías haber visto a Barbara y su hermana, Eugenia, cuando eran niñas. ¡Un horror absoluto!

Barbara rio. Cordelia la envidiaba por tener tan buena relación con su madre. Un momento después un chico de cabello castaño se acercó e invitó a Barbara a bailar; fue llevada rápidamente, y Tessa condujo a Sona y Cordelia a la siguiente mesa, donde el tío de Lucie,

Gabriel Lightwood, estaba sentado junto a una preciosa mujer con largo y oscuro cabello y ojos azules, su mujer, Cecily. Will Herondale se apoyaba contra el borde de su mesa, con los brazos doblados, sonriendo.

Will les examinaba mientras se acercaban, y su cara se enterneció cuando vio a Tessa, y tras ella, Cordelia. En él, Cordelia podía ver un poco en lo que James se convertiría cuando creciese.

—Cordelia Carstairs—dijo, después de saludar a su madre—. Qué guapa te has puesto.

Cordelia sonrió. Si Will pensaba que estaba guapa, tal vez su hijo lo pensase también. Claramente, dado el prejuicio que Will tenía contra todos los Carstairs, probablemente pensaría que Alastair fuese perfecto y también guapo.

—He oído que has venido a Londres para hacerte *parabatai* con nuestra Lucie—dijo Cecily. Parecía casi tan joven como Tessa, aunque ella no fuese una bruja inmortal, uno se preguntaba cómo lo conseguía.

—Estoy encantada, ya es hora de que más chicas se conviertan en *parabatai*. Ha sido un estado monopolizado por hombres por demasiado tiempo.

—Bueno, los primeros *parabatai* fueron hombres—señaló Will, de una manera que hizo a Cordelia preguntarse si Cecily le habría encontrado insufrible, como ella encontraba a Alastair.

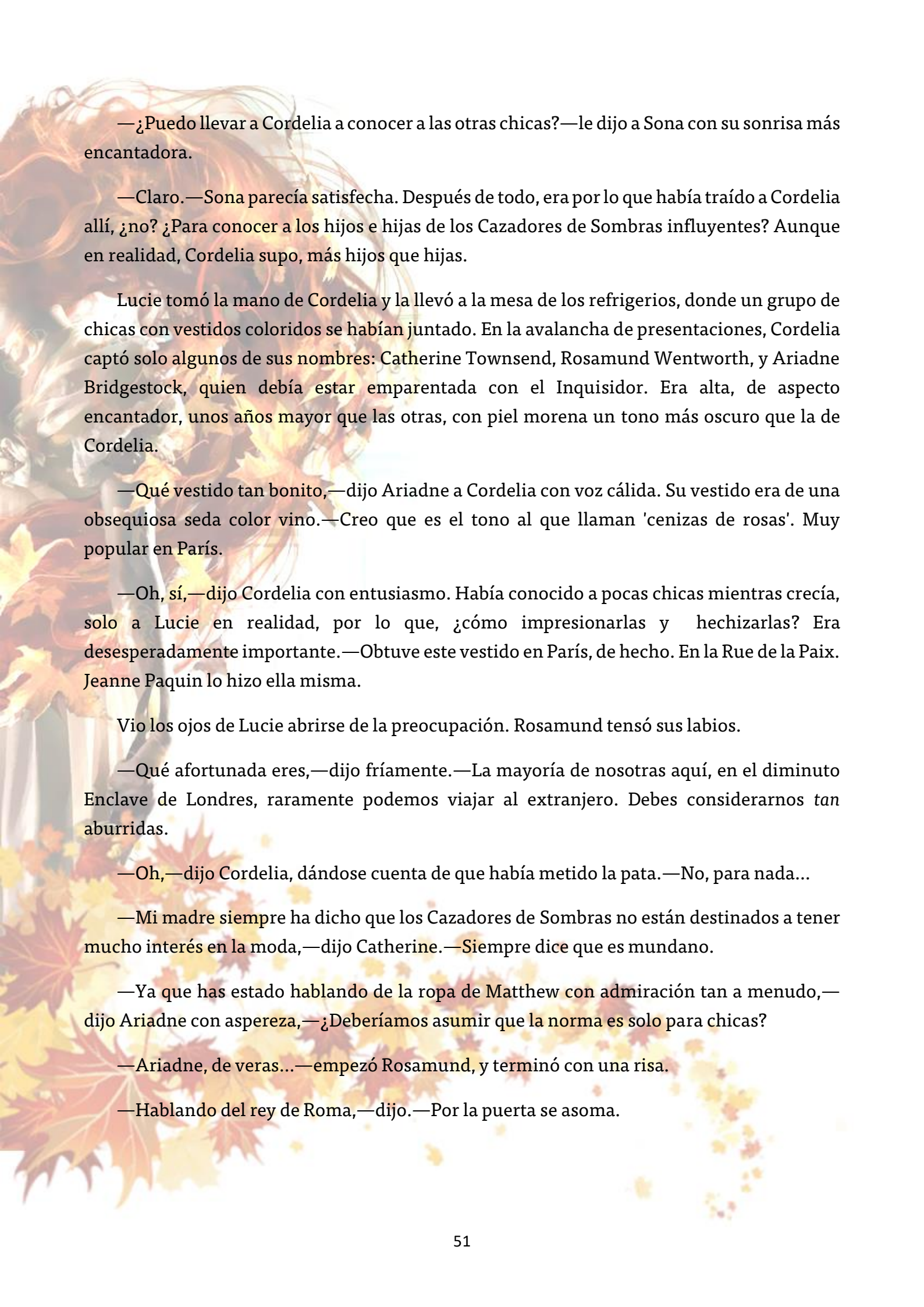
—Los tiempos están cambiando, Will—dijo Cecily con una sonrisa—. Es la Era Moderna. Tenemos luz eléctrica, automóviles...

—Los mundanos tienen luz eléctrica—dijo Will—. Nosotros tenemos luz mágica.

—Y los automóviles son una moda—dijo Gabriel Lightwood—. No durarán.¹¹

Cordelia mordió su labio. Para nada era como ella quería que fuese la tarde. Se suponía que debía encantar a la gente e influenciarlos, pero en vez de eso se sentía como una niña desterrada al territorio de las conversaciones adultas sobre automóviles. Fue un alivio cuando vio a Lucie abandonar a Thomas en la pista de baile y correr hacia ella. Se abrazaron, y Cordelia exclamó sobre su bonito vestido azul de encaje, mientras Lucie miraba con horror a la pesadilla lila de Cordelia.

¹¹ Nota de correctora: Oilo.



—¿Puedo llevar a Cordelia a conocer a las otras chicas?—le dijo a Sona con su sonrisa más encantadora.

—Claro.—Sona parecía satisfecha. Después de todo, era por lo que había traído a Cordelia allí, ¿no? ¿Para conocer a los hijos e hijas de los Cazadores de Sombras influyentes? Aunque en realidad, Cordelia supo, más hijos que hijas.

Lucie tomó la mano de Cordelia y la llevó a la mesa de los refrigerios, donde un grupo de chicas con vestidos coloridos se habían juntado. En la avalancha de presentaciones, Cordelia captó solo algunos de sus nombres: Catherine Townsend, Rosamund Wentworth, y Ariadne Bridgestock, quien debía estar emparentada con el Inquisidor. Era alta, de aspecto encantador, unos años mayor que las otras, con piel morena un tono más oscuro que la de Cordelia.

—Qué vestido tan bonito,—dijo Ariadne a Cordelia con voz cálida. Su vestido era de una obsequiosa seda color vino.—Creo que es el tono al que llaman 'cenizas de rosas'. Muy popular en París.

—Oh, sí,—dijo Cordelia con entusiasmo. Había conocido a pocas chicas mientras crecía, solo a Lucie en realidad, por lo que, ¿cómo impresionarlas y hechizarlas? Era desesperadamente importante.—Obtuve este vestido en París, de hecho. En la Rue de la Paix. Jeanne Paquin lo hizo ella misma.

Vio los ojos de Lucie abrirse de la preocupación. Rosamund tensó sus labios.

—Qué afortunada eres,—dijo fríamente.—La mayoría de nosotras aquí, en el diminuto Enclave de Londres, raramente podemos viajar al extranjero. Debes considerarnos *tan* aburridas.

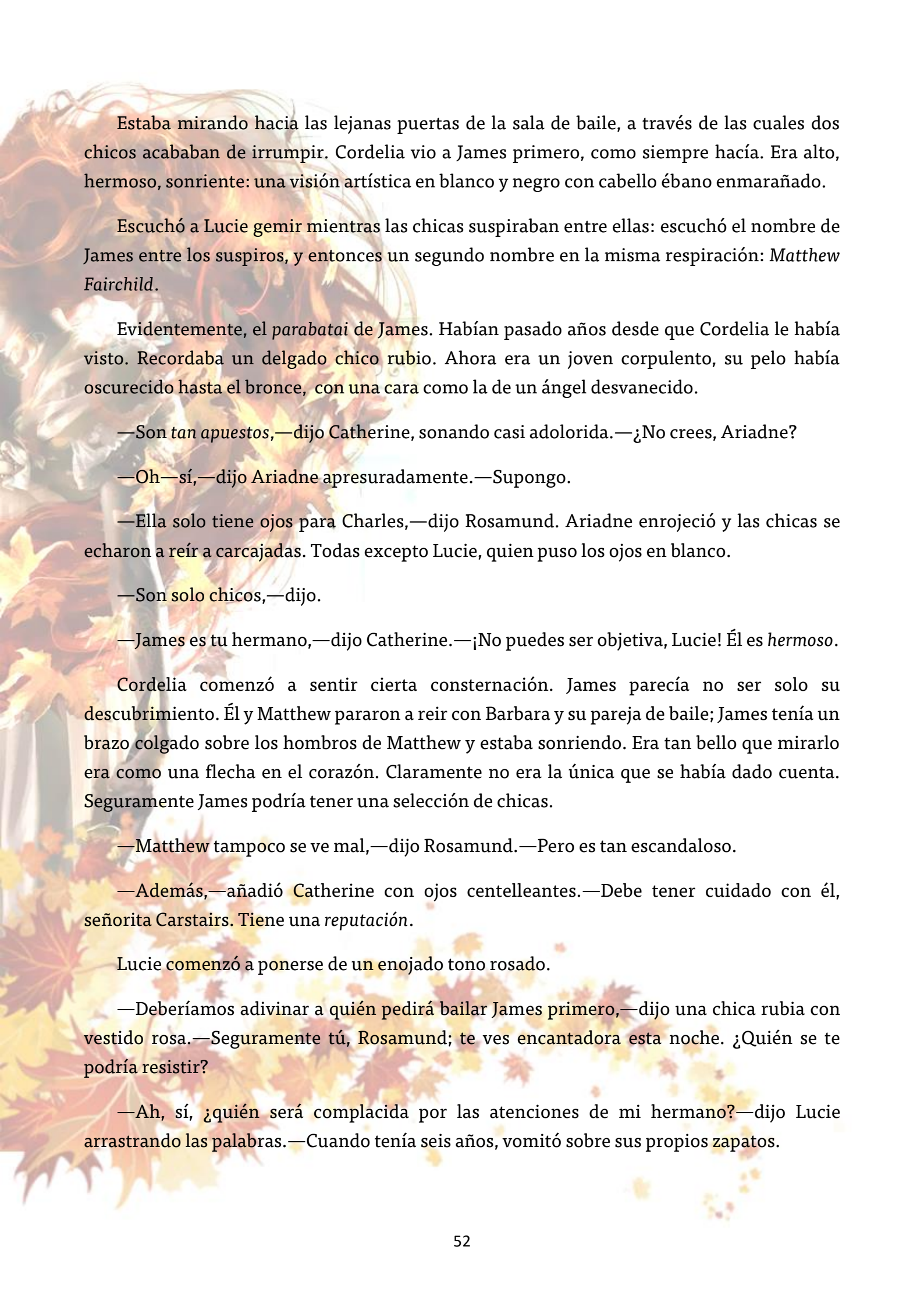
—Oh,—dijo Cordelia, dándose cuenta de que había metido la pata.—No, para nada...

—Mi madre siempre ha dicho que los Cazadores de Sombras no están destinados a tener mucho interés en la moda,—dijo Catherine.—Siempre dice que es mundano.

—Ya que has estado hablando de la ropa de Matthew con admiración tan a menudo,—dijo Ariadne con aspereza,—¿Deberíamos asumir que la norma es solo para chicas?

—Ariadne, de veras...—empezó Rosamund, y terminó con una risa.

—Hablando del rey de Roma,—dijo.—Por la puerta se asoma.



Estaba mirando hacia las lejanas puertas de la sala de baile, a través de las cuales dos chicos acababan de irrumpir. Cordelia vio a James primero, como siempre hacía. Era alto, hermoso, sonriente: una visión artística en blanco y negro con cabello ébano enmarañado.

Escuchó a Lucie gemir mientras las chicas suspiraban entre ellas: escuchó el nombre de James entre los suspiros, y entonces un segundo nombre en la misma respiración: *Matthew Fairchild*.

Evidentemente, el *parabatai* de James. Habían pasado años desde que Cordelia le había visto. Recordaba un delgado chico rubio. Ahora era un joven corpulento, su pelo había oscurecido hasta el bronce, con una cara como la de un ángel desvanecido.

—Son *tan* apuestos,—dijo Catherine, sonando casi adolorida.—¿No crees, Ariadne?

—Oh—sí,—dijo Ariadne apresuradamente.—Supongo.

—Ella solo tiene ojos para Charles,—dijo Rosamund. Ariadne enrojeció y las chicas se echaron a reír a carcajadas. Todas excepto Lucie, quien puso los ojos en blanco.

—Son solo chicos,—dijo.

—James es tu hermano,—dijo Catherine.—¡No puedes ser objetiva, Lucie! Él es *hermoso*.

Cordelia comenzó a sentir cierta consternación. James parecía no ser solo su descubrimiento. Él y Matthew pararon a reír con Barbara y su pareja de baile; James tenía un brazo colgado sobre los hombros de Matthew y estaba sonriendo. Era tan bello que mirarlo era como una flecha en el corazón. Claramente no era la única que se había dado cuenta. Seguramente James podría tener una selección de chicas.

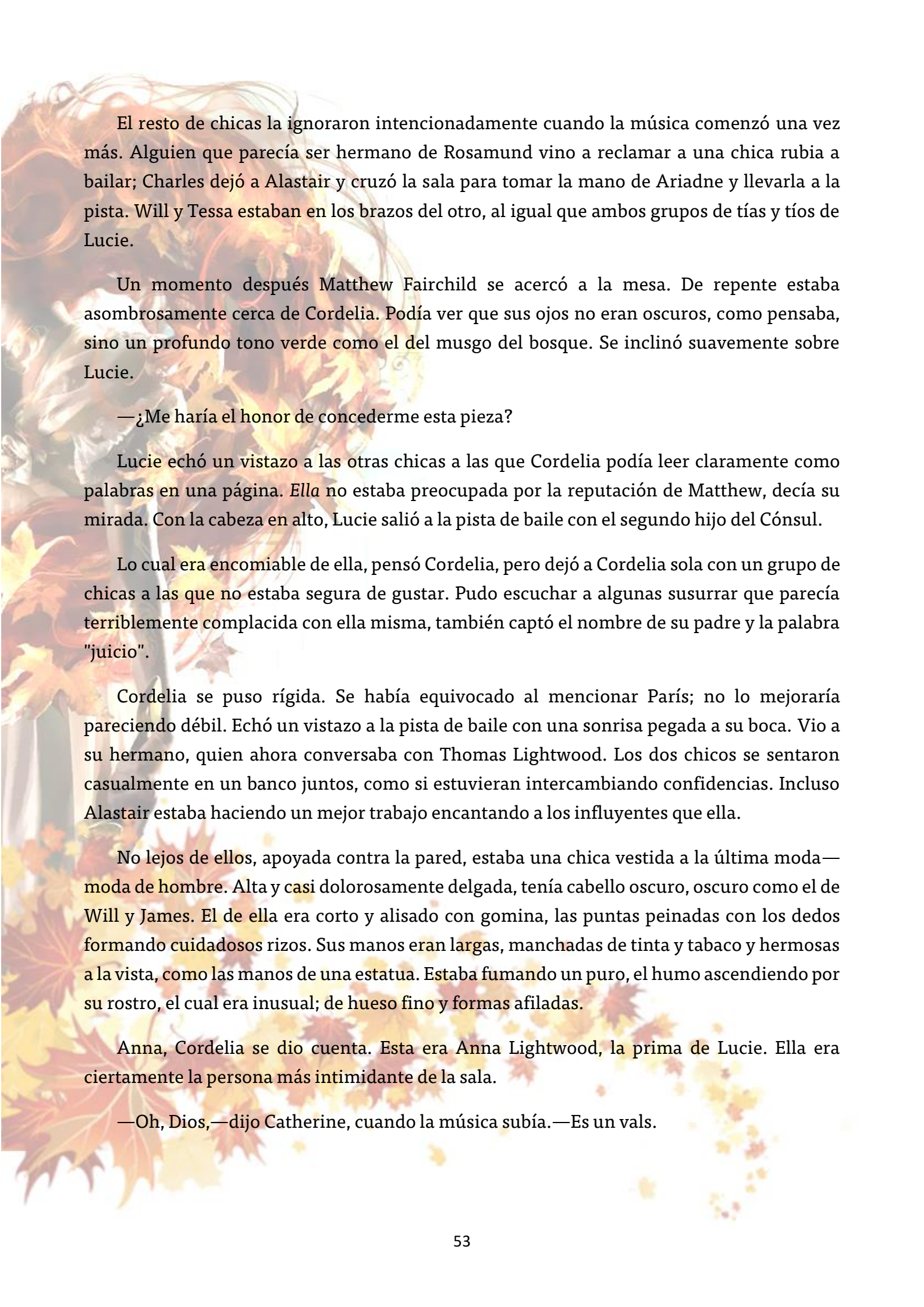
—Matthew tampoco se ve mal,—dijo Rosamund.—Pero es tan escandaloso.

—Además,—añadió Catherine con ojos centelleantes.—Debe tener cuidado con él, señorita Carstairs. Tiene una *reputación*.

Lucie comenzó a ponerse de un enojado tono rosado.

—Deberíamos adivinar a quién pedirá bailar James primero,—dijo una chica rubia con vestido rosa.—Seguramente tú, Rosamund; te ves encantadora esta noche. ¿Quién se te podría resistir?

—Ah, sí, ¿quién será complacida por las atenciones de mi hermano?—dijo Lucie arrastrando las palabras.—Cuando tenía seis años, vomitó sobre sus propios zapatos.



El resto de chicas la ignoraron intencionadamente cuando la música comenzó una vez más. Alguien que parecía ser hermano de Rosamund vino a reclamar a una chica rubia a bailar; Charles dejó a Alastair y cruzó la sala para tomar la mano de Ariadne y llevarla a la pista. Will y Tessa estaban en los brazos del otro, al igual que ambos grupos de tías y tíos de Lucie.

Un momento después Matthew Fairchild se acercó a la mesa. De repente estaba asombrosamente cerca de Cordelia. Podía ver que sus ojos no eran oscuros, como pensaba, sino un profundo tono verde como el del musgo del bosque. Se inclinó suavemente sobre Lucie.

—¿Me haría el honor de concederme esta pieza?

Lucie echó un vistazo a las otras chicas a las que Cordelia podía leer claramente como palabras en una página. *Ella* no estaba preocupada por la reputación de Matthew, decía su mirada. Con la cabeza en alto, Lucie salió a la pista de baile con el segundo hijo del Cónsul.

Lo cual era encomiable de ella, pensó Cordelia, pero dejó a Cordelia sola con un grupo de chicas a las que no estaba segura de gustar. Pudo escuchar a algunas susurrar que parecía terriblemente complacida con ella misma, también captó el nombre de su padre y la palabra "juicio".

Cordelia se puso rígida. Se había equivocado al mencionar París; no lo mejoraría pareciendo débil. Echó un vistazo a la pista de baile con una sonrisa pegada a su boca. Vio a su hermano, quien ahora conversaba con Thomas Lightwood. Los dos chicos se sentaron casualmente en un banco juntos, como si estuvieran intercambiando confidencias. Incluso Alastair estaba haciendo un mejor trabajo encantando a los influyentes que ella.

No lejos de ellos, apoyada contra la pared, estaba una chica vestida a la última moda—moda de hombre. Alta y casi dolorosamente delgada, tenía cabello oscuro, oscuro como el de Will y James. El de ella era corto y alisado con gomina, las puntas peinadas con los dedos formando cuidadosos rizos. Sus manos eran largas, manchadas de tinta y tabaco y hermosas a la vista, como las manos de una estatua. Estaba fumando un puro, el humo ascendiendo por su rostro, el cual era inusual; de hueso fino y formas afiladas.

Anna, Cordelia se dio cuenta. Esta era Anna Lightwood, la prima de Lucie. Ella era ciertamente la persona más intimidante de la sala.

—Oh, Dios,—dijo Catherine, cuando la música subía.—Es un vals.

Cordelia miró abajo. Ella sabía cómo bailar: su madre le había contratado un instructor experto para enseñarle la cuadrilla y el lancer, el majestuoso minueto y el cotillón. Pero el vals era un baile seductor, uno en el que podías sentir el cuerpo de tu pareja contra el tuyo, escandaloso cuando comenzó a ser popular. Nunca lo había aprendido.

Quería mucho bailar con James. Pero él probablemente ni siquiera deseaba bailar; probablemente quería hablar con sus amigos, como un joven querría. Escuchó otra avalancha de risas nerviosas y suspiros, y la voz de Catherine diciendo,

—¿No es ella aquella chica cuyo padre...?

—¿Daisy? ¿Te gustaría bailar?

Solo había un chico que la llamase así. Levantó la mirada incrédula, para ver a James de pie en frente de ella.

Su hermoso cabello estaba desordenado, como siempre estaba, y más encantador por ello: un mechón de él cayó sobre su frente, y sus pestañas eran gruesas y oscuras sobre sus ojos oro pálido. Sus pómulos se arquearon como alas. El grupo de chicas se sumieron en un aturrido silencio. Cordelia se sintió como si flotara.

—Yo no,—titubeó, sin idea de lo que estaba diciendo,—sé bailar vals muy bien.

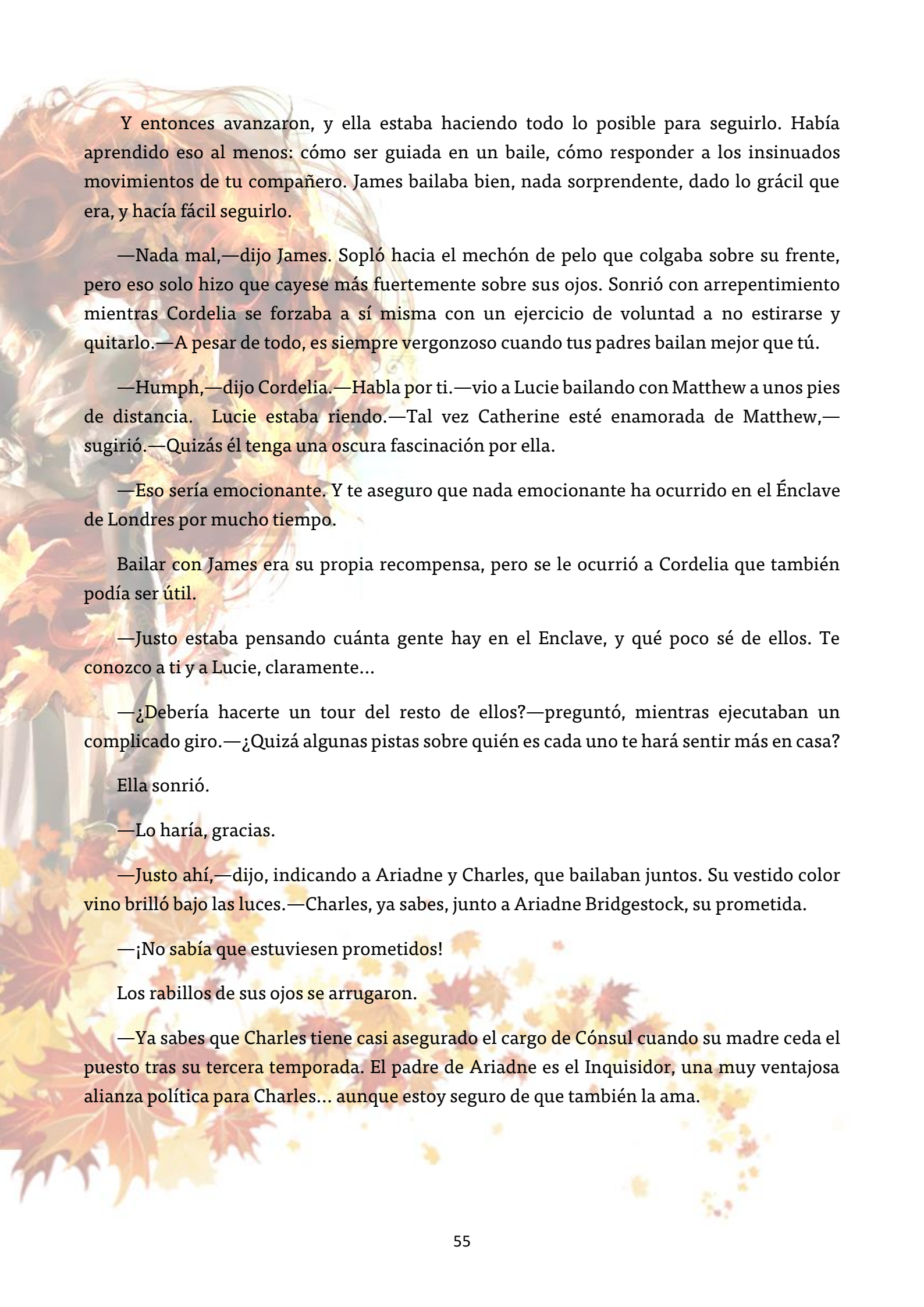
—Entonces te enseñaré,—dijo James, y un momento después giraron hacia la pista de baile.

—Gracias a Dios que estabas libre,—dijo James con una franca alegría mientras se movían entre las otras parejas, buscando espacio.—Temía tener que pedirle bailar a Catherine, y lo único de lo que habla es sobre como de escandaloso es Matthew.

—Contenta de estar en servicio,—dijo Cordelia, un poco sin respiración.—Pero de verdad no sé bailar vals.

—Yo tampoco.—sonrió y se giró para enfrentarla. Estaba tan cerca de él, y se estaban tocando, su mano sobre su antebrazo.—Al menos no bien. ¿Acordamos intentar no pisarnos los pies?

—Puedo intentarlo,—dijo Cordelia, y dio un pequeño chillido cuando la atrajo a sus brazos. La sala flotó por un momento. Este era James, su James, y él la estaba sujetando, su mano en su omóplato. Él tomó su otra mano y la colocó firmemente sobre su brazo.



Y entonces avanzaron, y ella estaba haciendo todo lo posible para seguirlo. Había aprendido eso al menos: cómo ser guiada en un baile, cómo responder a los insinuados movimientos de tu compañero. James bailaba bien, nada sorprendente, dado lo grácil que era, y hacía fácil seguirlo.

—Nada mal,—dijo James. Sopló hacia el mechón de pelo que colgaba sobre su frente, pero eso solo hizo que cayese más fuertemente sobre sus ojos. Sonrió con arrepentimiento mientras Cordelia se forzaba a sí misma con un ejercicio de voluntad a no estirarse y quitarlo.—A pesar de todo, es siempre vergonzoso cuando tus padres bailan mejor que tú.

—Humph,—dijo Cordelia.—Habla por ti.—vio a Lucie bailando con Matthew a unos pies de distancia. Lucie estaba riendo.—Tal vez Catherine esté enamorada de Matthew,—sugirió.—Quizás él tenga una oscura fascinación por ella.

—Eso sería emocionante. Y te aseguro que nada emocionante ha ocurrido en el Éncave de Londres por mucho tiempo.

Bailar con James era su propia recompensa, pero se le ocurrió a Cordelia que también podía ser útil.

—Justo estaba pensando cuánta gente hay en el Enclave, y qué poco sé de ellos. Te conozco a ti y a Lucie, claramente...

—¿Debería hacerte un tour del resto de ellos?—preguntó, mientras ejecutaban un complicado giro.—¿Quizá algunas pistas sobre quién es cada uno te hará sentir más en casa?

Ella sonrió.

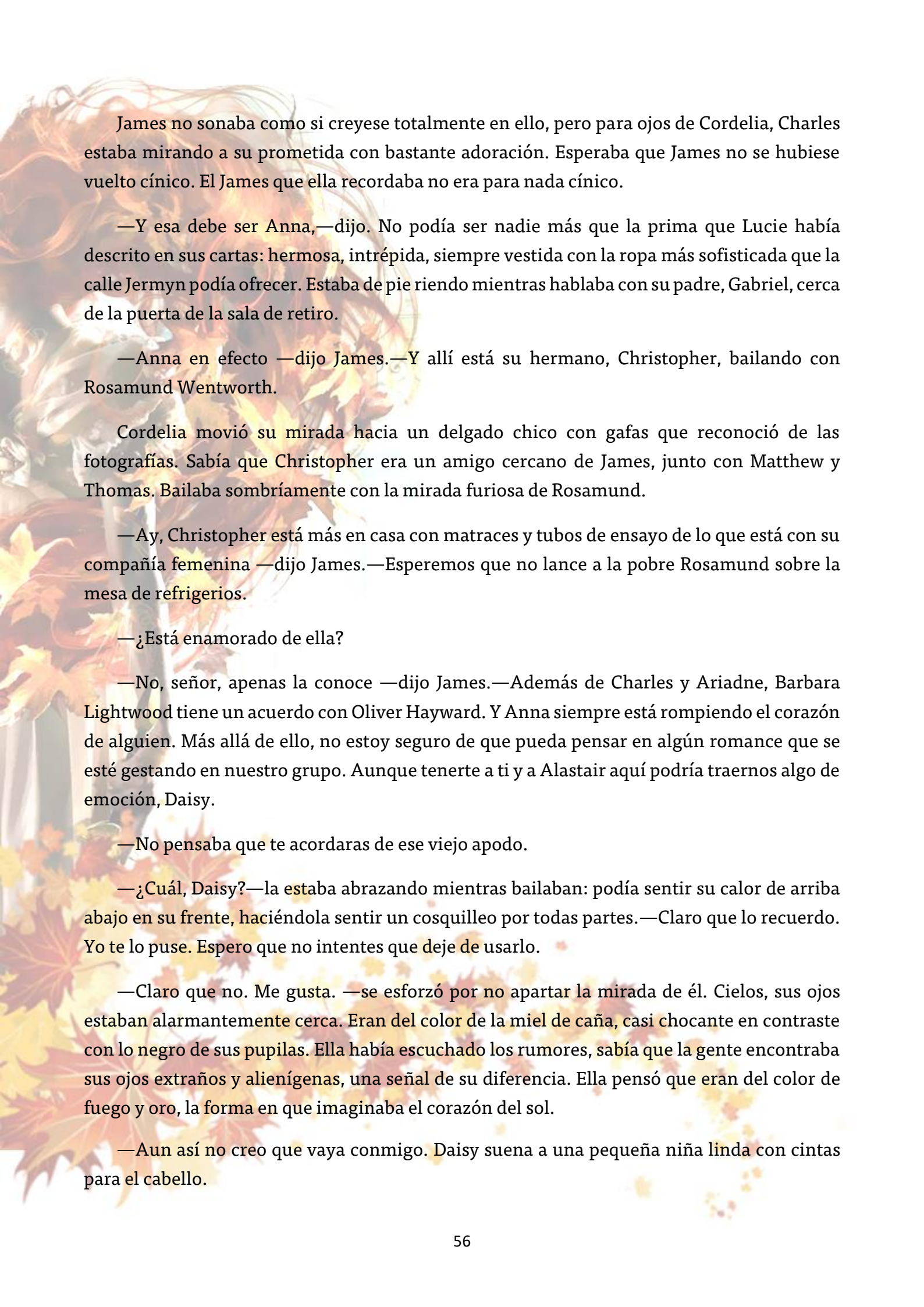
—Lo haría, gracias.

—Justo ahí,—dijo, indicando a Ariadne y Charles, que bailaban juntos. Su vestido color vino brilló bajo las luces.—Charles, ya sabes, junto a Ariadne Bridgestock, su prometida.

—¡No sabía que estuviesen prometidos!

Los rabillos de sus ojos se arrugaron.

—Ya sabes que Charles tiene casi asegurado el cargo de Cónsul cuando su madre ceda el puesto tras su tercera temporada. El padre de Ariadne es el Inquisidor, una muy ventajosa alianza política para Charles... aunque estoy seguro de que también la ama.



James no sonaba como si creyese totalmente en ello, pero para ojos de Cordelia, Charles estaba mirando a su prometida con bastante adoración. Esperaba que James no se hubiese vuelto cínico. El James que ella recordaba no era para nada cínico.

—Y esa debe ser Anna,—dijo. No podía ser nadie más que la prima que Lucie había descrito en sus cartas: hermosa, intrépida, siempre vestida con la ropa más sofisticada que la calle Jermyn podía ofrecer. Estaba de pie riendo mientras hablaba con su padre, Gabriel, cerca de la puerta de la sala de retiro.

—Anna en efecto —dijo James.—Y allí está su hermano, Christopher, bailando con Rosamund Wentworth.

Cordelia movió su mirada hacia un delgado chico con gafas que reconoció de las fotografías. Sabía que Christopher era un amigo cercano de James, junto con Matthew y Thomas. Bailaba sombríamente con la mirada furiosa de Rosamund.

—Ay, Christopher está más en casa con matraces y tubos de ensayo de lo que está con su compañía femenina —dijo James.—Esperemos que no lance a la pobre Rosamund sobre la mesa de refrigerios.

—¿Está enamorado de ella?

—No, señor, apenas la conoce —dijo James.—Además de Charles y Ariadne, Barbara Lightwood tiene un acuerdo con Oliver Hayward. Y Anna siempre está rompiendo el corazón de alguien. Más allá de ello, no estoy seguro de que pueda pensar en algún romance que se esté gestando en nuestro grupo. Aunque tenerte a ti y a Alastair aquí podría traernos algo de emoción, Daisy.

—No pensaba que te acordaras de ese viejo apodo.

—¿Cuál, Daisy?—la estaba abrazando mientras bailaban: podía sentir su calor de arriba abajo en su frente, haciéndola sentir un cosquilleo por todas partes.—Claro que lo recuerdo. Yo te lo puse. Espero que no intentes que deje de usarlo.

—Claro que no. Me gusta. —se esforzó por no apartar la mirada de él. Cielos, sus ojos estaban alarmantemente cerca. Eran del color de la miel de caña, casi chocante en contraste con lo negro de sus pupilas. Ella había escuchado los rumores, sabía que la gente encontraba sus ojos extraños y alienígenas, una señal de su diferencia. Ella pensó que eran del color de fuego y oro, la forma en que imaginaba el corazón del sol.

—Aun así no creo que vaya conmigo. Daisy suena a una pequeña niña linda con cintas para el cabello.

—Bueno —él dijo— Tú eres al menos una de esas cosas.

Y ella sonrió. Era una sonrisa dulce, del tipo que acostumbraba de James, pero había algo al borde, un indicio de algo más. ¿Quiso decir que ella era linda, o una niña pequeña? ¿O solo quiso decir que ella era una chica? ¿Qué quiso decir? Cielos, el coqueteo era irritante, pensó Cordelia.

Espera, ¿Estaba James Herondale coqueteando con ella?

—Algunos de nosotros tendremos un picnic mañana en Regent's Park —él dijo, y Cordelia sentía su cuerpo tenso. ¿Él estaba por pedirle que lo acompañara a algún lado? Ella hubiera preferido un paseo privado o una caminata por el parque, pero ella aceptaría una salida en grupo. A decir verdad, ella hubiera aceptado una visita al Hades.

—En caso de que Lucie todavía no te lo mencionara...

Él se interrumpió. De repente él estaba viendo más allá de ella, hacia alguien que acababa de entrar a la habitación. Cordelia siguió su mirada y vio a una alta mujer, delgada como un espantapájaros de negro luto mundano, con cabello gris recogido de manera estricta como en décadas atrás. Tessa se apresuraba hacia ella, una mirada preocupada en su rostro. Will le seguía.

Cuando Tessa la alcanzó, la mujer se hizo a un lado, revelando a la joven que había estado parada detrás de ella. Una chica toda vestida de marfil, con una suave cascada de rizos dorados blanquecinos recogido de su cara. La chica se movió con gracia para saludar a Tessa y Will, y tan pronto ella hizo eso, James soltó las manos de Cordelia.

Ellos ya no estaban bailando. James se alejó de Cordelia sin decir una palabra y cruzó la habitación hacia los recién llegados. Ella permaneció, helada de confusión, mientras James se inclinó para besar la mano de la deslumbrante hermosa chica que acababa de entrar a la habitación. Risillas se escucharon en la pista de baile. Lucie se había alejado de Matthew, sus ojos muy abiertos. Tanto Alastair como Thomas se giraron para ver a Cornelia con expresiones de sorpresa.

En cualquier momento, Cordelia supo, su madre notaría que ella estaba a la deriva en la pista de baile como un remolcador abandonado y cargaría hacia ella, entonces Cordelia moriría. Moriría de la humillación. Cordelia escaneaba la habitación hacia la salida más cercana, lista para marcharse, cuando una mano la tomó del brazo. Ella fue girada, y en un agarre perfecto. Un momento después ella estaba bailando de nuevo, sus pies automáticamente siguiendo a los de su compañero.

—Eso es, —era Matthew Fairchild. Cabello rubio, colonia picante, y un asomo de sonrisa. Sus manos eran gentiles y la llevó de vuelta al vals— Solo... trata de sonreír, y nadie notará que pasó algo. James y yo somos casi intercambiables en la conciencia pública de todas formas.

—James... se fue—dijo Cordelia en shock.

—Lo sé —dijo Matthew— Muy malas formas. Uno no debería dejar sola a una dama en una pista de baile a no ser que algo esté en llamas. Tendré una palabra con él.

—Una palabra —Cordelia hizo eco. Ella comenzaba a sentirse un poco menos estupefacta y más enojada— ¿Una palabra?

—Muchas palabras, ¿eso te haría sentir mejor?

—¿Quién es ella? —preguntó Cordelia. Ella casi no quería preguntar, pero era mejor saber la verdad. Siempre era mejor saber la verdad.

—Su nombre es Grace Blackthorn. —dijo Matthew tranquilamente— Ella es la pupila de Tatiana Blackthorn, y ellas acaban de llegar a Londres. Aparentemente ella creció en algún agujero en las afueras de Idris. Así es como la conoció James. Ellos solían cruzarse en los veranos.

Es una chica que no vive en Londres, pero que está por llegar aquí para una estancia prolongada.

Cordelia se sintió enferma del estómago. Pensar que había pensado en que Lucie hablaba de *ella*. Que James podría haber tenido sentimientos hacia *ella*.

—Te ves enferma. —observó Matthew— ¿Es mi baile? ¿Es mi persona?

Ella se enderezó. Ella era Cordelia Carstairs, hija de Elias y Sona, una de un largo linaje de cazadores de sombras. Ella era la heredera de la famosa espada Cortana, que había sido pasada por generaciones en la familia Carstairs. Ella estaba en Londres para salvar a su padre. Ella no se desmoronaría en público.

—Quizás estoy nerviosa. —ella dijo— Lucie dijo que a ti no te gustaba mucha gente.

Matthew soltó una fuerte, aguda risa, antes de volver su cara a una mirada de perezosa diversión.

—¿Lo hizo? Lucie es una parlanchina.

—Pero no una mentirosa—dijo ella.

—Bueno, me temo que no. No me desagradas. Apenas te conozco. —dijo Matthew— Conozco a tu hermano. El hizo mi vida miserable en la escuela, la de Christopher, y la de James.

Cordelia miró hacia James y Grace de mala gana. Ellos hacían una maravillosa pareja, el cabello de él y la belleza de carámbano de ella. Como cenizas y plata. ¿Cómo, cómo, cómo pudo Cordelia siquiera pensar que alguien como James Herondale estaría interesado en alguien como *ella*?

—Alastair y yo somos muy diferentes. —dijo Cordelia. Ella no quería decir más que eso. Se sentía desleal a Alastair— A mí me gusta Oscar Wilde, por ejemplo, y a él no.

La comisura de la boca de Matthew se elevó.

—Veo que vas directamente al suave bajo vientre, Cordelia Carstairs. ¿De verdad has leído el trabajo de Oscar Wilde?

—Solo *Dorian Gray*—confesó Cordelia— Me dio pesadillas.

—A mí me gustaría tener un retrato en el ático. —reflexionó Matthew— Eso mostraría todos mis pecados, mientras me mantengo joven y hermoso. Y no sólo por propósitos pecaminosos. Imagínate ser capaz de probar nuevas tendencias en él. Podría pintar el cabello del portarretrato de color azul y ver qué tal se ve.

—No necesitas un portarretrato. Tú ya eres joven y hermoso. —señaló Cordelia.

—Los hombres no somos hermosos. Somos apuestos. —objetó Matthew.

—Thomas es apuesto. Tú eres hermoso. —dijo Cordelia sintiendo al diablillo perverso apoderándose de ella. Matthew parecía terco— James es hermoso también. —agregó—

—Él solía ser un chico muy poco atractivo. —dijo Matthew— Enojón, y no había crecido más que su nariz.

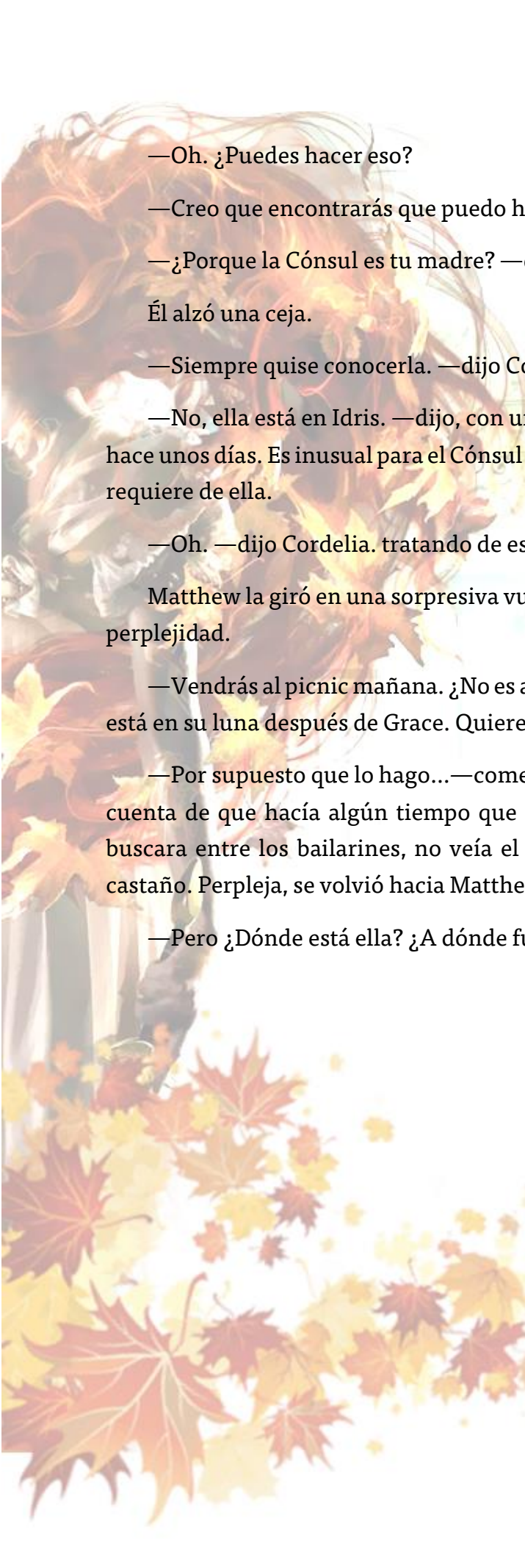
—Ha crecido en todo ahora. —dijo Cordelia.

Matthew rio. De nuevo como si estuviera sorprendido de hacerlo.

—Esa fue una observación impactante, Cordelia Carstairs. Estoy impactado. —pero sus ojos bailaban — ¿Te dijo James sobre mañana?

—Él dijo algo sobre alguna clase de excursión... un picnic. Creo. Aunque no estoy segura de estar invitada.

—Claro que estás invitada. Yo te estoy invitando.



—Oh. ¿Puedes hacer eso?

—Creo que encontrarás que puedo hacer cualquier cosa. Y usualmente lo hago.

—¿Porque la Cónsul es tu madre? —dijo Cordelia.

Él alzó una ceja.

—Siempre quise conocerla. —dijo Cordelia— ¿Está ella aquí esta noche?

—No, ella está en Idris. —dijo, con un encogimiento de hombros con gracia— Ella se fue hace unos días. Es inusual para el Cónsul vivir en Londres... ella raramente está aquí. La Clave requiere de ella.

—Oh. —dijo Cordelia, tratando de esconder su decepción— ¿Cuánto tiempo estará...?

Matthew la giró en una sorpresiva vuelta que dejó a los demás bailarines mirándolos con perplejidad.

—Vendrás al picnic mañana. ¿No es así? —dijo— Dejará a Lucie divertida mientras James está en su luna después de Grace. Quieres que Lucie sea feliz ¿No es así?

—Por supuesto que lo hago...—comenzó Cordelia, y entonces, mirando alrededor, se dio cuenta de que hacía algún tiempo que no la veía. No importa cuánto estirara la cabeza y buscara entre los bailarines, no veía el vestido azul de su amiga, o el brillo de su cabello castaño. Perpleja, se volvió hacia Matthew.

—Pero ¿Dónde está ella? ¿A dónde fue Lucie?

A background illustration featuring a dense cluster of autumn leaves in shades of orange, yellow, and red. A human skull is partially visible, nestled among the leaves on the left side of the page.

3

ESTA MANO VIVIENTE

Traducido por: BLACKTHORN, Cortana & Jeivi37

Corregido por: BLACKTHORN

*Esta mano viviente, ahora cálida y capaz
De aferrarse sinceramente si hubiera frío
Y en el silencio helado de la tumba,
Así que persigue tus días y relaja tus noches soñadoras
Que desearías que tu propio corazón se secase de sangre
Para que en mis venas vida roja pueda correr otra vez*

—John Keats, *Esta Mano Viviente*

Era un poco como el momento de un sueño en el que uno se da cuenta que está soñando, pero opuesto. Cuando Lucie vio al chico del bosque entrar en el salón de baile, ella asumió que estaba soñando, y sólo cuando sus padres comenzaron a apresurarse hacia él y sus dos acompañantes, se dio cuenta de que no lo estaba.

Aturdida, se abrió paso a través de la multitud hacia las puertas del salón del baile. Mientras se acercaba a sus padres, reconoció a la mujer con la que estaban hablando, su vestido de tafetán se extendía sobre sus brazos y hombros huesudos, su enorme sombrero cubierto de encaje, tul y un pájaro de peluche memorable. Tatiana Blackthorn.

Lucie siempre había estado un poco asustada de Tatiana, especialmente cuando había ido a su casa, demandando que James había cortado las espinas de sus verjas. La recordaba como una especie de esqueleto imponente, pero con el paso de los años, parecía haberse encogido: aún alta, pero no más un gigante.

Y a su lado estaba Grace. Lucie la recordaba como una niña lista para cualquier cosa, pero estaba distinta ahora. Fría, tierna y estática.

Pero Lucie solo les dedicó una mirada rápida. Estaba mirando fijamente al chico que venía con ellas. El chico cambiado que había visto por última vez en el bosque Brocelind.

No había cambiado nada. Su pelo negro caía por su frente, sus ojos del mismo verde misterioso. Estaba usando la misma ropa que traía en el bosque: pantalones negros y una camisa color marfil que había sido arremangada hasta sus hombros. Era un atuendo muy extraño para un baile.

Estaba observando mientras Tessa y Will le daban la bienvenida a Tatiana y Grace, Will se inclinó para besar la mano enguantada en satén de Grace. Extrañamente ninguno de los dos le dio la bienvenida al chico. Mientras Lucie se acercaba sus cejas se fruncieron. Estaban hablando entre ellos, ignorándolo completamente, hablando a través de él, como si no estuviera allí. ¿Cómo podían ser tan groseros?

Lucie apuró su paso, abriendo la boca, su mirada fija en el chico, su chico, el chico del bosque. El levantó su cabeza y la vio mirando, y para la sorpresa de Lucie, una expresión de horror pasó por su rostro.

Se detuvo en seco. Podía ver a James a la distancia haciéndose camino hacia ellos entre la gente, pero el chico ya se estaba moviendo hacia Lucie. Avanzaba con rapidez, de hecho, parecía un caballo que había escapado del Rotten Row.¹²

Nadie más parecía verlo, nadie se volteó a ver a ninguno de los dos, ni siquiera cuando atrapó la muñeca de Lucie con fuerza y la llevo fuera de la habitación.



—¿Me harías el honor de concederme este baile? —dijo James.

Era consciente de la presencia de sus padres y de Tatiana Blackthorn, que observaba todo con sus venenosos ojos verdes. Era consciente de la música, que continuaba a su alrededor y consciente de su propio corazón latiendo, como truenos en sus oídos. Era consciente de todas estas cosas, pero parecían distantes, como si estuviera atrapado tras una pared de cristal. Lo único real en la habitación era Grace. Los padres de James se miraban preocupados. Sintió culpa al saber que se estarían preguntando porqué se había apresurado hacia Grace: por lo que ellos sabían él apenas la conocía. Ellos no sabían lo importante que era para él.

—Bueno, adelante Grace —dijo Tatiana, una sonrisa torcida se esparció por su cara— Baila con el caballero.

Sin mirar, Grace puso su mano suavemente en la de James y juntos hicieron su camino a la pista de baile. Tocar a Grace era como tocar *adamas* por primera vez: chispas recorrían su cuerpo al traerla hacia él, apoyando una mano sobre su hombro y la otra en su cintura. Ella siempre se movió con gracia al bailar, cuando eran niños, en el gran jardín de su casa en Idris. Pero se sentía diferente en sus brazos ahora.

¹² Rotten Row: Es un camino o pista de arena que recorre Hyde Park en Londres. En la antigüedad era el lugar favorito de la clase alta para ir a pasear y ver caballos.

—¿Por qué no me dijiste que venías? —preguntó en voz baja. Finalmente, levantó su cara y él fue golpeado por un reconocimiento repentino: Grace podría mantenerse en una pose casi inexpresiva, pero sentía con una intensidad absoluta. Era como un fuego abrazador en el corazón de un glaciador.

—No viniste a Idris —dijo ella— Te esperé con ansias, pero nunca llegaste.

—Te escribí —dijo él— Te dije que no íbamos este verano.

—Mamá encontró la carta —dijo ella— Primero me la escondió. Pensé que te habías olvidado, pero luego la encontré en su habitación. Le dio un enojo espantoso, le dije una vez más que solo teníamos una amistad, pero...—sacudió su cabeza. James era consciente de que todos en el salón los miraban. Incluso Anna los miraba con curiosidad a través del humo del cigarro que la envolvía como si fuera neblina del Támesis.

—No quería decirme que había en ella, solo sonreía cuando pasaban los días y tú no venías. Tenía tanto miedo. Cuando no estamos juntos, cuando no estamos el uno con el otro, nuestro vínculo se debilita. Yo lo siento. ¿Tú no?

El sacudió su cabeza.

—El amor debe ser capaz de sobrevivir la distancia —dijo lo más suave que pudo.

—No entiendes, James. Tú tienes una vida aquí en Londres, amigos y yo no tengo nada. —su voz temblaba con la fuerza de sus sentimientos.

—Grace, no digas eso. —pero pensó en la vieja casa llena de relojes rotos y comida podrida. Él había jurado que la ayudaría a escapar de eso.

Ella deslizó sus dedos bajo el brazo de James. Sintió sus dedos moviéndose en su muñeca, bajo la pulsera plateada. *La lealtad me ata.*

—Debí confiar en que tú me habías escrito —susurró— que pensaste en mí. Yo pensé en ti cada noche.

Cada noche. Sabía que ella lo decía con inocencia, pero sintió como su cuerpo se tensaba. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que la besó. No podía recordar cómo había sido, no exactamente, pero si sabía que lo había destrozado.

—Pienso en ti todos los días —dijo él— Y ahora que estás aquí...

—Creí que no pasaría nunca. Creí que nunca vería Londres —dijo ella— Las calles, los carruajes, los edificios, todo es maravilloso. La gente...—míro alrededor del salón. Tenía una mirada voraz, casi hambrienta.

—No puedo esperar a conocerlos a todos.

—Habrá una excursión mañana —dijo James— Un grupo irá al parque Regent ¿Tu madre te daría permiso para ir?

Los ojos de Grace se iluminaron.

—Creo que sí —dijo— ha dicho que quiere que conozca gente aquí en Londres y ¡oh! Me gustaría conocer a tu *parabatai*, Matthew. Thomas y Christopher, de quienes tanto hablaste. Me gustaría que tus amigos me quieran.

—Por supuesto —murmuró él y la atrajo hacia él. Era liviana y delgada, no tan suave y cálida como Daisy...

Daisy. Raziel, estaba bailando con Daisy hace solo unos minutos. No recordaba haberse excusado. No recordaba haberse ido.

Dejó de mirar a Grace por primera vez y recorrió el salón buscando a Cordelia. La encontró después de un momento, era fácil encontrarla. Nadie más tenía ese color de pelo rojo oscuro y profundo, como fuego ardiendo a través de la sangre. Vio para su sorpresa que estaba bailando con Matthew. Los brazos de Matthew estaban a su alrededor, y ella sonreía.

Una sensación de alivio lo recorrió. No le había hecho ningún daño. Eso era bueno. Le agradaba Cordelia. Había estado feliz de verla entre el grupo usual de chicas y saber que podía invitarla a bailar sin que ella malinterpretara sus intenciones: eran amigos de la familia.

La música paró. Fue una fresca pausa. Las parejas empezaron a salir de la pista de baile, James sonrió al ver a Jessamine, el fantasma residente del instituto, haciéndose lugar sobre la cabeza de Rosamund Wentworth mientras Rosamund hablaba de chismeros con sus amigos. A Jessamine le encantaba escuchar chismeros, aunque ya llevaba muerta un cuarto del siglo.

Cordelia pasó rápido alejándose de Matthew; estaba mirando por todos lados, como buscando a alguien. Su hermano ¿quizás? Pero Alastair parecía estar en una conversación profunda con Thomas. Lo que era muy desconcertante, ya que James estaba casi seguro que a Thomas no le gustaba mucho Alastair en la escuela.

—Mi madre me está llamando para que vuelva. —dijo Grace— Mejor me voy.

Tatiana estaba, de hecho, haciendo señas desde un costado. James tocó la mano de Grace suavemente con la suya. Sabía que no podían tomarse las manos, como Barbara y Oliver lo estaban haciendo. No podían demostrar su afecto de ninguna forma libremente.

Por ahora no, pero algún día.

—Mañana en el parque. —dijo él— Encontraremos tiempo para hablar.

Ella asintió y se giró, apurándose hacia Tatiana, quien estaba parada junto a las puertas. James la observó irse: Habían sido años de veranos, pensó, pero Grace seguía siendo un misterio.

—Es muy bella—dijo una voz familiar detrás de él. Se dio vuelta y vio a Anna apoyada contra una pared. Tenía la extraña habilidad de desaparecer de un lugar y aparecer en otro, como un punto de luz en movimiento.

James se apoyó contra la pared junto a Anna. Había pasado muchos bailes así, oculto contra el empapelado de William Morris con su prima. Mucho baile le hacía sentir como si le estuviera siendo infiel a Grace.

—¿Sí?

—Supuse que eso fue por lo que saliste corriendo por el salón como Oscar al ver un biscocho. —Oscar era el Golden Retriever de Matthew, más conocido por su lealtad que por su inteligencia— Forma fea, James, de abandonar a la dulce Cordelia Carstairs.

—Espero que me conozcas lo suficiente para saber que no salgo a correr a cualquier chica linda que veo. —dijo James, irritado— Quizás me recordó a una tía perdida.

—Mi madre es tu tía y nunca estuviste tan entusiasmado al verla —Anna sonrió, sus ojos azules brillaban— Así que ¿Cómo conociste a Grace Blackthorn?

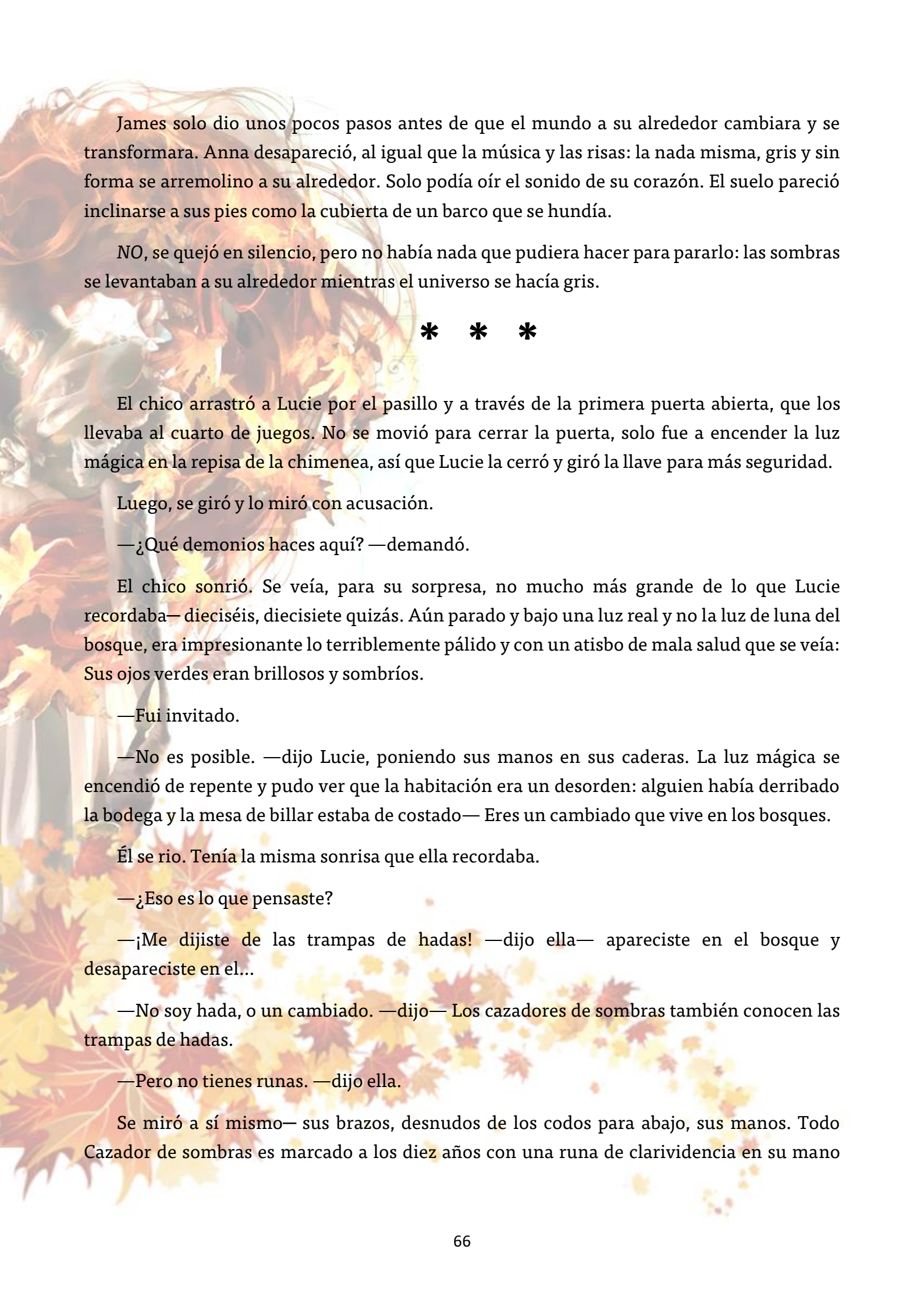
James miró hacia Grace, quien estaba siendo presentada a Charles Fairchild. Pobre Grace, no encontraría a Charles ni un poco interesante. A James le agradaba el hermano mayor de Matthew lo suficiente, ya que eran prácticamente familia, pero él tenía solo un interés— políticas de cazadores de sombras.

Grace asentía y sonreía educadamente. James se preguntó si debería rescatarla. El mundo de Alicante y sus dramas no podía estar más lejos de la experiencia de Grace.

—Y ahora estás pensando si deberías rescatarla de Charles, —dijo Anna, pasando sus dedos por su pelo brillante— No puedo culparte.

—¿No te agrada Charles? —James estaba algo sorprendido. Anna veía el mundo con una tolerancia fascinante. Ella pocas veces parecía que gustara alguien y era incluso más raro que no le agradara alguien.

—No puedo admirar todas sus decisiones. —dijo Anna, eligiendo sus palabras con cuidado. James se preguntó a qué decisiones se refería— Adelante entonces, Jamie... rescátala.



James solo dio unos pocos pasos antes de que el mundo a su alrededor cambiara y se transformara. Anna desapareció, al igual que la música y las risas: la nada misma, gris y sin forma se arremolino a su alrededor. Solo podía oír el sonido de su corazón. El suelo pareció inclinarse a sus pies como la cubierta de un barco que se hundía.

NO, se quejó en silencio, pero no había nada que pudiera hacer para pararlo: las sombras se levantaban a su alrededor mientras el universo se hacía gris.

* * *

El chico arrastró a Lucie por el pasillo y a través de la primera puerta abierta, que los llevaba al cuarto de juegos. No se movió para cerrar la puerta, solo fue a encender la luz mágica en la repisa de la chimenea, así que Lucie la cerró y giró la llave para más seguridad.

Luego, se giró y lo miró con acusación.

—¿Qué demonios haces aquí? —demandó.

El chico sonrió. Se veía, para su sorpresa, no mucho más grande de lo que Lucie recordaba— dieciséis, diecisiete quizás. Aún parado y bajo una luz real y no la luz de luna del bosque, era impresionante lo terriblemente pálido y con un atisbo de mala salud que se veía: Sus ojos verdes eran brillosos y sombríos.

—Fui invitado.

—No es posible. —dijo Lucie, poniendo sus manos en sus caderas. La luz mágica se encendió de repente y pudo ver que la habitación era un desorden: alguien había derribado la bodega y la mesa de billar estaba de costado— Eres un cambiado que vive en los bosques.

Él se rio. Tenía la misma sonrisa que ella recordaba.

—¿Eso es lo que pensaste?

—¡Me dijiste de las trampas de hadas! —dijo ella— apareciste en el bosque y desapareciste en el...

—No soy hada, o un cambiado. —dijo— Los cazadores de sombras también conocen las trampas de hadas.

—Pero no tienes runas. —dijo ella.

Se miró a sí mismo— sus brazos, desnudos de los codos para abajo, sus manos. Todo Cazador de sombras es marcado a los diez años con una runa de clarividencia en su mano

dominante para ayudarlos a mejorar la visión. Pero la única marca en la parte de atrás de su mano era la quemadura que ella había notado en el bosque.

—No. —dijo— No tengo.

—No dijiste que fueras un cazador de sombras. —Se apoyó en la mesa de billar— Nunca me dijiste que eras.

—No creí que importara. —dijo él— Pensé que para el momento en que tuvieras la edad para hacer preguntas ya no serías capaz de verme.

Lucie sintió como si una mano fría se hubiera apoyado en su espalda.

—¿Por qué no sería capaz de verte?

—Piénsalo Lucie. —dijo con gentileza— ¿Alguien más pareció verme en el salón de baile? ¿Alguien me saludo o notó mi presencia, incluso tu padre?

Ella no dijo nada.

—Los niños pueden verme algunas veces —dijo él— No muchos más. No gente tan grande como tú.

—Bueno *muchas* gracias. —Lucie estaba indignada— Difícilmente soy anciana.

—No. —Una sonrisa apareció en su suave boca— No lo eres.

—Pero dijiste que fuiste invitado. —Lucie no iba a dejar el comentario— ¿Cómo puede ser? Si nadie puede verte ¿Cómo puede ser...?

—Todos los Blackthorn fueron invitados —dijo él— La invitación estaba dirigida a Tatiana Blackthorn y familia. Yo soy familia. Soy Jesse Blackthorn.

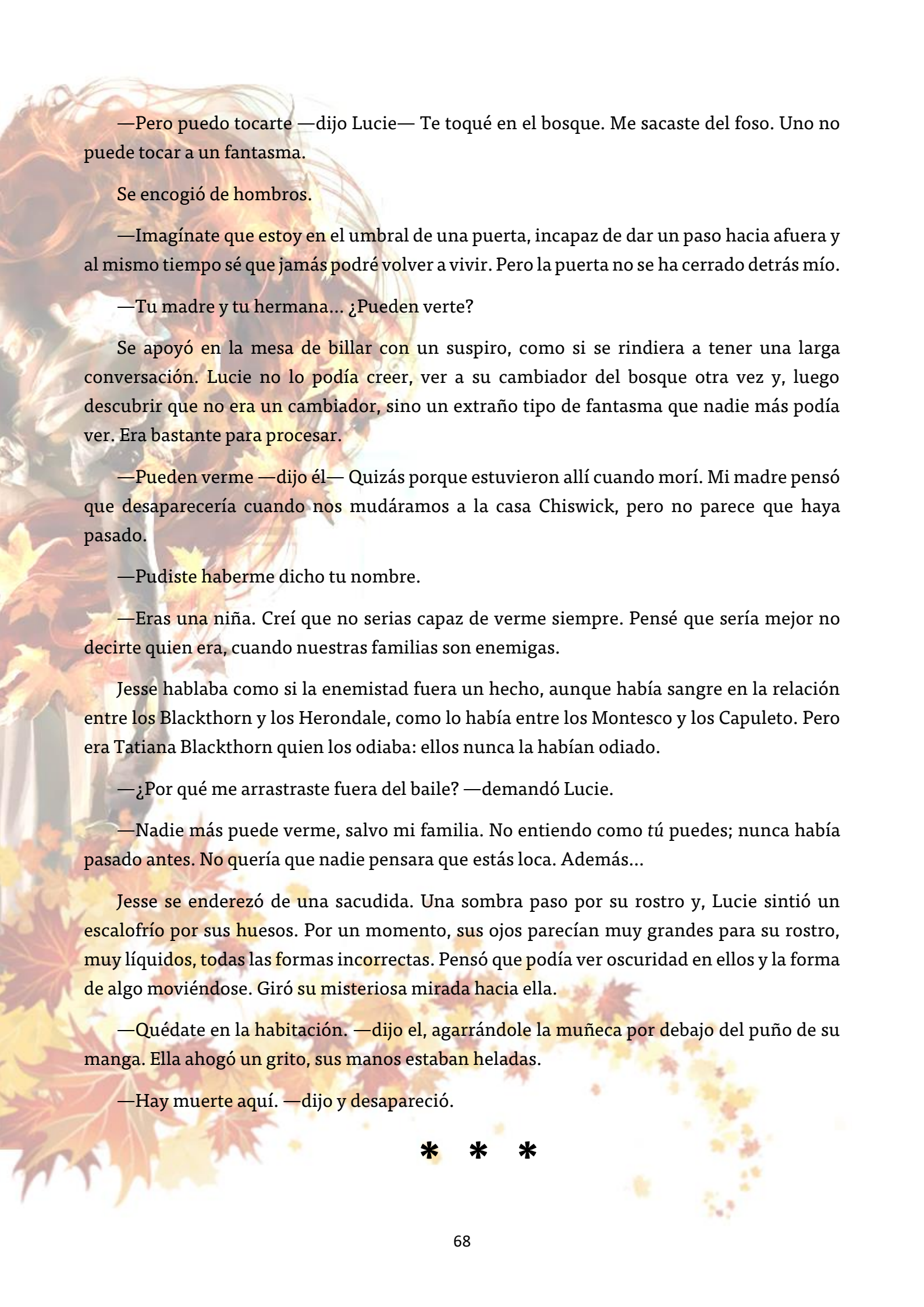
—Pero él está muerto. —dijo Lucie, sin pensar. Encontró su mirada con la suya— Entonces, ¿eres un fantasma?

—Bueno, sí. —dijo él.

—Por eso dijiste ‘incluso tu padre’ —dijo Lucie— Porque él puede ver fantasmas. Todos los Herondale podemos. Mi hermano, mi padre— ellos deberían poder verte también.

—No soy un fantasma ordinario y, si puedes verme, no eres una chica ordinaria.

Dijo Jesse. Ahora que le había dicho quién era, el parecido era inconfundible. Tenía la altura de Tatiana y los hermosos y angulares rasgos de Gabriel. Aunque el pelo negro debía venir de su padre. La sangre Blackthorn y Lightwood, mezclada.



—Pero puedo tocarte —dijo Lucie— Te toqué en el bosque. Me sacaste del foso. Uno no puede tocar a un fantasma.

Se encogió de hombros.

—Imagínate que estoy en el umbral de una puerta, incapaz de dar un paso hacia afuera y al mismo tiempo sé que jamás podré volver a vivir. Pero la puerta no se ha cerrado detrás mío.

—Tu madre y tu hermana... ¿Pueden verte?

Se apoyó en la mesa de billar con un suspiro, como si se rindiera a tener una larga conversación. Lucie no lo podía creer, ver a su cambiador del bosque otra vez y, luego descubrir que no era un cambiador, sino un extraño tipo de fantasma que nadie más podía ver. Era bastante para procesar.

—Pueden verme —dijo él— Quizás porque estuvieron allí cuando morí. Mi madre pensó que desaparecería cuando nos mudáramos a la casa Chiswick, pero no parece que haya pasado.

—Pudiste haberme dicho tu nombre.

—Eras una niña. Creí que no serías capaz de verme siempre. Pensé que sería mejor no decirte quien era, cuando nuestras familias son enemigas.

Jesse hablaba como si la enemistad fuera un hecho, aunque había sangre en la relación entre los Blackthorn y los Herondale, como lo había entre los Montesco y los Capuleto. Pero era Tatiana Blackthorn quien los odiaba: ellos nunca la habían odiado.

—¿Por qué me arrastraste fuera del baile? —demandó Lucie.

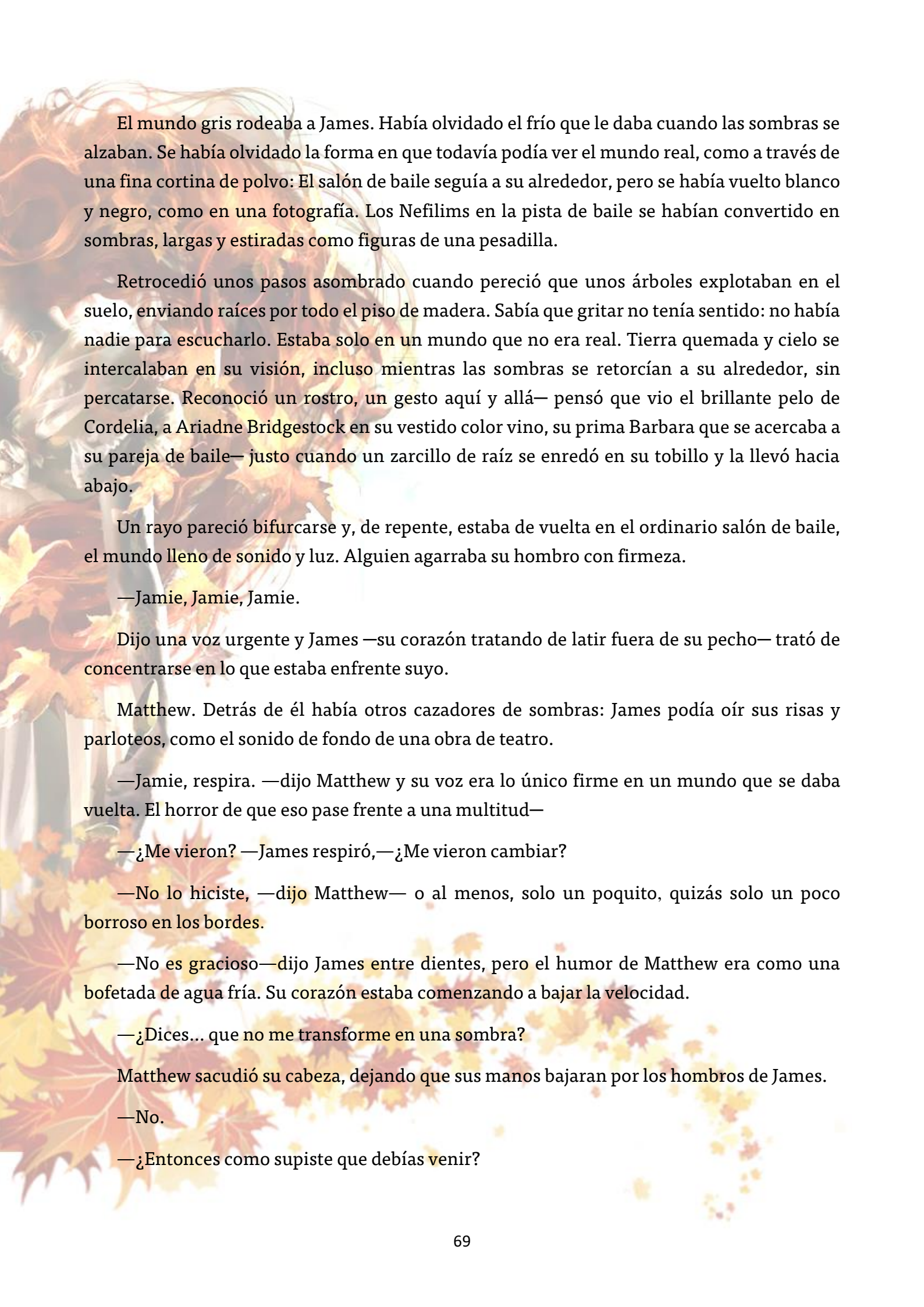
—Nadie más puede verme, salvo mi familia. No entiendo como tú puedes; nunca había pasado antes. No quería que nadie pensara que estás loca. Además...

Jesse se enderezó de una sacudida. Una sombra paso por su rostro y, Lucie sintió un escalofrío por sus huesos. Por un momento, sus ojos parecían muy grandes para su rostro, muy líquidos, todas las formas incorrectas. Pensó que podía ver oscuridad en ellos y la forma de algo moviéndose. Giró su misteriosa mirada hacia ella.

—Quédate en la habitación. —dijo el, agarrándole la muñeca por debajo del puño de su manga. Ella ahogó un grito, sus manos estaban heladas.

—Hay muerte aquí. —dijo y desapareció.

* * *



El mundo gris rodeaba a James. Había olvidado el frío que le daba cuando las sombras se alzaban. Se había olvidado la forma en que todavía podía ver el mundo real, como a través de una fina cortina de polvo: El salón de baile seguía a su alrededor, pero se había vuelto blanco y negro, como en una fotografía. Los Nefilims en la pista de baile se habían convertido en sombras, largas y estiradas como figuras de una pesadilla.

Retrocedió unos pasos asombrado cuando pareció que unos árboles explotaban en el suelo, enviando raíces por todo el piso de madera. Sabía que gritar no tenía sentido: no había nadie para escucharlo. Estaba solo en un mundo que no era real. Tierra quemada y cielo se intercalaban en su visión, incluso mientras las sombras se retorcían a su alrededor, sin percatarse. Reconoció un rostro, un gesto aquí y allá— pensó que vio el brillante pelo de Cordelia, a Ariadne Bridgestock en su vestido color vino, su prima Barbara que se acercaba a su pareja de baile— justo cuando un zarcillo de raíz se enredó en su tobillo y la llevó hacia abajo.

Un rayo pareció bifurcarse y, de repente, estaba de vuelta en el ordinario salón de baile, el mundo lleno de sonido y luz. Alguien agarraba su hombro con firmeza.

—Jamie, Jamie, Jamie.

Dijo una voz urgente y James —su corazón tratando de latir fuera de su pecho— trató de concentrarse en lo que estaba enfrente suyo.

Matthew. Detrás de él había otros cazadores de sombras: James podía oír sus risas y parloteos, como el sonido de fondo de una obra de teatro.

—Jamie, respira. —dijo Matthew y su voz era lo único firme en un mundo que se daba vuelta. El horror de que eso pase frente a una multitud—

—¿Me vieron? —James respiró,—¿Me vieron cambiar?

—No lo hiciste, —dijo Matthew— o al menos, solo un poquito, quizás solo un poco borroso en los bordes.

—No es gracioso—dijo James entre dientes, pero el humor de Matthew era como una bofetada de agua fría. Su corazón estaba comenzando a bajar la velocidad.

—¿Dices... que no me transforme en una sombra?

Matthew sacudió su cabeza, dejando que sus manos bajaran por los hombros de James.

—No.

—¿Entonces como supiste que debías venir?

—Lo sentí, —dijo Matthew— que habías ido a... ese lugar.

Se estremeció suavemente y metió sus manos en su chaqueta y saco una petaca con sus iniciales grabadas. James pudo oler el filoso, mordaz aroma del whiskey cuando lo destapó.

—¿Qué pasó? —preguntó Matthew— Creí que estabas hablando con Anna.

A la distancia, James pudo ver que Thomas y Christopher estaban mirándolo a él con Matthew. Ambos miraban con curiosidad. James se dio cuenta que Matthew y él debían verse como si estuvieran hablando con mucha concentración.

—Fue culpa de tu hermano. —dijo.

—Estoy perfectamente preparado para creer que todo es culpa de Charles —dijo Matthew, su voz más firme— pero en este caso...

Se cortó cuando un grito retumbó por la habitación.

* * *

Cordelia no entendía por qué estaba tan preocupada por Lucie. Muchas habitaciones estaban abiertas y Lucie podría haber entrado a cualquiera. Ella podría estar en cualquier parte del instituto. Matthew le había dicho que no se preocupara antes de salir corriendo a algún otro lado, pero Cordelia no podía sacarse la sensación de inquietud.

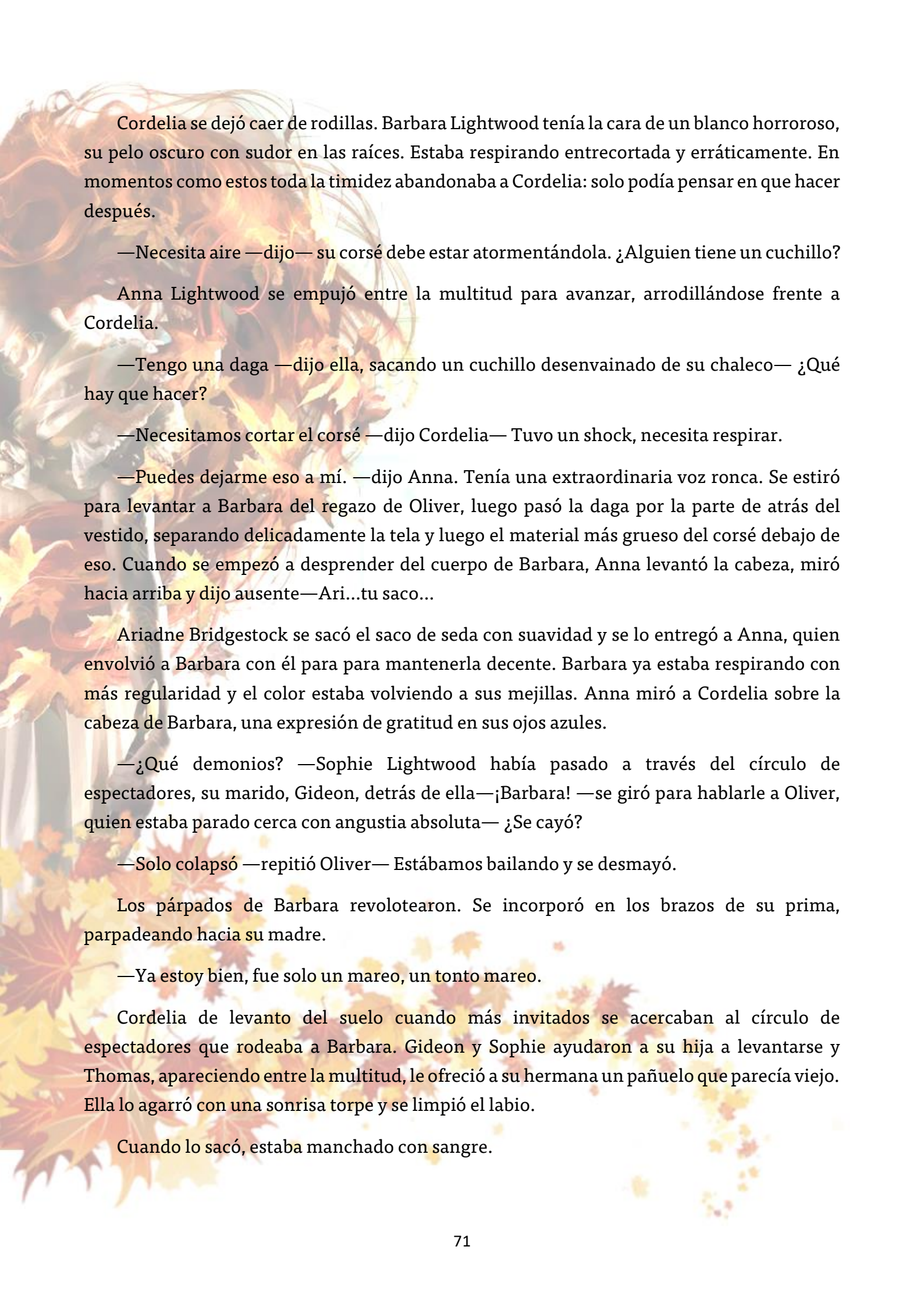
—¡Por favor! —gritó alguien, interrumpiendo sus pensamientos. Era la voz de un hombre, alta y grave— ¡Alguien que la ayude!

Cordelia miro alrededor: todos parecían sorprendidos y hablaban unos con otros. A la distancia podía ver un círculo de gente parada alrededor de lo que sea que estuviera pasando. Levantó la falda de su vestido y se abrió paso entre la gente.

Podía sentir como sus bucles cuidadosamente arreglados se desarmaban en sus hombros. Su madre estaría furiosa, pero *en serio*. ¿Por qué la gente no se movía? Eran Cazadores de Sombras. ¿Qué estaban haciendo parados como estatuas cuando alguien estaba en peligro?

Se movió entre un grupo de espectadores y allí, en el piso, se encontraba un hombre joven sosteniendo el flácido cuerpo de Barbara Lightwood. Oliver Hayward, lo reconoció Cordelia. El pretendiente de Barbara.

—Estábamos bailando —decía, parecía perplejo— y colapsó...



Cordelia se dejó caer de rodillas. Barbara Lightwood tenía la cara de un blanco horroroso, su pelo oscuro con sudor en las raíces. Estaba respirando entrecortada y erráticamente. En momentos como estos toda la timidez abandonaba a Cordelia: solo podía pensar en que hacer después.

—Necesita aire —dijo— su corsé debe estar atormentándola. ¿Alguien tiene un cuchillo?

Anna Lightwood se empujó entre la multitud para avanzar, arrodillándose frente a Cordelia.

—Tengo una daga —dijo ella, sacando un cuchillo desenvainado de su chaleco— ¿Qué hay que hacer?

—Necesitamos cortar el corsé —dijo Cordelia— Tuvo un shock, necesita respirar.

—Puedes dejarme eso a mí. —dijo Anna. Tenía una extraordinaria voz ronca. Se estiró para levantar a Barbara del regazo de Oliver, luego pasó la daga por la parte de atrás del vestido, separando delicadamente la tela y luego el material más grueso del corsé debajo de eso. Cuando se empezó a desprender del cuerpo de Barbara, Anna levantó la cabeza, miró hacia arriba y dijo ausente—Ari...tu saco...

Ariadne Bridgestock se sacó el saco de seda con suavidad y se lo entregó a Anna, quien envolvió a Barbara con él para mantenerla decente. Barbara ya estaba respirando con más regularidad y el color estaba volviendo a sus mejillas. Anna miró a Cordelia sobre la cabeza de Barbara, una expresión de gratitud en sus ojos azules.

—¿Qué demonios? —Sophie Lightwood había pasado a través del círculo de espectadores, su marido, Gideon, detrás de ella—¡Barbara! —se giró para hablarle a Oliver, quien estaba parado cerca con angustia absoluta— ¿Se cayó?

—Solo colapsó —repitió Oliver— Estábamos bailando y se desmayó.

Los párpados de Barbara revolotearon. Se incorporó en los brazos de su prima, parpadeando hacia su madre.

—Ya estoy bien, fue solo un mareo, un tonto mareo.

Cordelia se levantó del suelo cuando más invitados se acercaban al círculo de espectadores que rodeaba a Barbara. Gideon y Sophie ayudaron a su hija a levantarse y Thomas, apareciendo entre la multitud, le ofreció a su hermana un pañuelo que parecía viejo. Ella lo agarró con una sonrisa torpe y se limpió el labio.

Cuando lo sacó, estaba manchado con sangre.

—Me mordí el labio —dijo Barbara rápidamente— Cuando me caí me mordí el labio. Eso es todo.

—Necesitamos una estela. —dijo Thomas— ¿James?

Cordelia no se había dado cuenta que James estaba allí, se dio vuelta y lo vio parado justo detrás de ella.

Verlo le dio algo de miedo. Hace años él había tenido una fiebre muy fuerte: le hizo recordar la forma en la que se veía entonces, pálido y enfermo.

—Mi estela —dijo, con voz ronca— está en mi bolsillo delantero. Barbara necesita una runa de curación.

Por un momento Cordelia se preguntó porque no la podía agarrar él mismo, pero sus manos estaban pegadas a sus costados, duras como rocas. Alcanzó su pecho y empezó a buscar nerviosamente. Seda y tela bajo sus manos y el latir de su corazón. Agarró el pequeño objeto con forma de lápiz de su bolsillo y se lo dio a Thomas, quien le dio una sorprendida mirada de agradecimiento. Ella nunca había mirado a Thomas realmente— Tenia ojos color avellana, como su madre, enmarcadas por gruesas cejas marrones.

—James

Lucie se había deslizado junto a James y Cordelia y estaba tirando de la manga de su hermano.

—Ahora no, Lucie.

Lucie parecía preocupada. Los tres se quedaron mirando en silencio mientras Thomas terminaba la runa de curación en el brazo de su hermana y Barbara decía una vez más que estaba bien y que sólo se había mareado.

—Olvidé comer hoy —le dijo a su madre, mientras Sophie la agarraba con un brazo— Eso es todo.

—De todas formas, mejor vayamos a casa —dijo Sophie, mirando a su alrededor— Will, ¿podrías hacer que traigan el carruaje?

La multitud había empezado a dispersarse; claramente ya no había nada más interesante para ver aquí. La familia Lightwood se estaba dirigiendo a la puerta, Barbara del brazo de Thomas, cuando se detuvieron. Un hombre que sacaba pecho y tenía un bigote en forma de barra se apresuró hacia Gideon y le hablaba con animación.

—¿Qué le está diciendo el inquisidor al tío Gideon?

Preguntó Lucie con curiosidad. James y Matthew solo sacudieron la cabeza. Luego de un momento Gideon asintió y siguió al hombre —El inquisidor, supuso Cordelia— a donde se encontraba Charles hablando con Grace Blackthorn. Ella lo estaba mirando, sus ojos brillantes e interesados. Cordelia recordó todas las lecciones que su madre le había dado sobre como parecer interesada en una conversación en un evento social: Grace parecía haber absorbido todo ese conocimiento después de estar un corto tiempo en sociedad.

Charles se alejó de Grace reaciosamente y se enroscó en una conversación con Gideon Lightwood. El inquisidor se movía por la multitud, deteniéndose para hablarles a varios cazadores de sombras mientras iba. La mayoría parecía de la edad de Charles: Cordelia sospechaba que estaba más o menos en sus veintes.

—Parece que la fiesta ha terminado —dijo Alastair, apareciendo de entre la multitud sosteniendo un cigarro. Él gesticulaba con eso, aunque Cordelia sabía qué si él empezara a fumar tabaco, Sona lo mataría. —Aparentemente hubo un ataque de demonio Shax en Seven Dials.

—¿Un ataque de demonio? —dijo James, con un poco de sorpresa— ¿En mundanos?

Alastair sonrió.

—Si, ya sabes, el tipo de cosa que deberíamos prevenir. Mandato angélico y todo eso.

El rostro de Matthew se volvió de piedra. Lucie lo miraba ansiosamente. Los ojos de James se estrecharon.

—Charles está yendo con Gideon Lightwood y el Inquisidor Bridgestock para ver qué está pasando —dijo Alastair— Me ofrecí para ir con ellos, pero no me conozco bien las calles de Londres todavía. Charles me familiarizará con la ciudad y pronto seré un regalo para cualquier patrulla.

—Tú, un regalo —dijo Matthew, sus ojos brillando— Imagínate.

Él se fue. Alastair lo vio irse con una ceja levantada.

—Temperamental, ¿no es así? —dijo, a nadie en particular.

—No.

Dijo James en seco. Su mandíbula tensa, como si apenas estuviera soportando la presencia de Alastair. Cordelia pensó en el tiempo en el que Alastair estuvo en la Academia, y deseó saber qué pasó allí.

Alastair se veía como si estuviera por hablar de nuevo, pero Sona apareció de entre la multitud, llegando como un buque de vapor de atraque. Su *roosari*¹³ se estremeció cuando su mirada cayó en Alastair, y después en Cordelia.

—Niños —dijo, mientras Alastair precipitadamente deslizó el cigarro en su bolsillo— Creo que deberíamos irnos.

Rumores del ataque estaban claramente esparciéndose por todo el salón de baile, interrumpiendo el baile. Los músicos dejaron de tocar, bastantes de las muchachas en vestidos pasteles fueron agrupadas y envueltas en abrigos y guantes por padres ansiosos. Will y Tessa estaban ahora en medio de la multitud, dándoles las buenas noches. Cerca, Charles estaba arrojando una bata con cariño sobre los hombros de Ariadne mientras Gideon y el Inquisidor le esperaban en la puerta.

Un momento después Will y Tessa se unieron a Cordelia y a los otros. En lo que Sona les agradecía por la bella velada, la atención de Cordelia estaba puesta en los Fairchild. Matthew estaba junto a un hombre delgado con cabello rojizo descolorido que estaba confinado a una silla de ruedas. Matthew se inclinó sobre la parte de atrás, diciendo algo para hacer al anciano hombre sonreír: Cordelia se dio cuenta de que éste debía ser Henry Fairchild, el padre de Matthew. Ella casi había olvidado que él era un veterano de la Guerra Mecánica, en la que había perdido el uso de sus piernas.

—Oh, querida —estaba diciendo Tessa— Trataremos de nuevo, señora Carstairs, de verdad. Ustedes merecen una real bienvenida al Énclave de Londres.

Sona sonrió.

—Estoy segura de que, si juntamos cabezas, pensaremos en algo.

—Gracias por apresurarte a ayudar a Barbara, Cordelia. —dijo Tessa— Serás una excelente *parabatai* para Lucie.

Cordelia miró a Lucie, quien le sonrió. Fue una sonrisa ligeramente temblorosa. Había sombras en los ojos de Lucie, como si algo la estuviera molestando. Cuando ella no le respondió a Tessa, James se acercó un paso a su hermana, como poniendo una barrera entre ella y futura atención.

—Cordelia fue una gran ayuda para Barbara —dijo— Fue la que tuvo la idea de cortarle el corsé.

Sona se vio ligeramente horrorizada.

¹³ Esto es muy parecido al Hiyab

—Cordelia tiene la tendencia de tirarse a cada situación de cabeza. —le dijo a Tessa y Will— Estoy segura de que entienden.

—Oh, claro que lo hacemos —dijo Will— Nosotros siempre estamos hablando severamente a nuestros hijos acerca de eso, ‘si ustedes no están tirándose de cabeza en cada situación, James y Lucie, pueden esperar pan y agua como cena de nuevo.’

Alastair se ahogó con una risa. Sona miraba a Will como si fuera un lagarto con plumas.

—Buenas noches, señor Herondale. —dijo, volviéndose ambos, ella y su descendencia hacia la puerta— Ésta ciertamente ha sido una noche muy interesante.

* * *

Era pasada la media noche. Tessa Herondale se sentó en frente de un espejo en la habitación que había compartido con su esposo por veintitrés años, y se cepilló el cabello. Las ventanas estaban cerradas, pero un suave aire veraniego se filtraba bajo el alféizar.

Ella reconoció las pisadas de Will en el pasillo antes de que entrara en la habitación. Más de veinte años de matrimonio hacía eso.

Él cerró la puerta tras él y se apoyó en uno de los postes de la cama, viéndola en el tocador. Se había quitado la chaqueta y deshecho la corbata. Su negro cabello estaba despeinado y en el espejo ligeramente borroso, no se veía diferente a Tessa de lo que era cuando tenía diecisiete.

Ella le esbozó una sonrisa.

—¿Qué pasa? —dijo.

—Estás posando. —dijo ella— Me hace querer pintar un retrato de ti. Lo llamaría *caballero disipado*.

—Tú no puedes pintar una línea, Tess. —dijo, y se acercó a ella posando sus manos en sus hombros. Ahora que él estaba cerca, él podía ver la plata en su cabello negro— Mucho menos capturar mi gloriosa hermosura, que, difícilmente necesito mencionar, sólo ha aumentado con la edad.

Ella no estaba en desacuerdo. Él era tan apuesto como siempre, sus ojos del mismo azul brillante. Pero no había necesidad de alentarlos. En cambio, ella extendió su mano y tiró de uno de sus mechones más plateados de su cabello.

—Estoy bien consciente de ello. Vi a Penélope Mayhew coqueteando contigo esta noche. ¡Descaradamente!

Él inclinó su cabeza para besar su cuello.

—No lo había notado.

Ella le sonrió en el espejo.

—Puedo deducir por tu manera despreocupada que todo salió bien en Seven Dials. ¿Has escuchado algo sobre Gideon? O... —hizo una mueca— ¿de Bridgestock?

—Charles, en realidad. Era un nido de demonios shax. Un poco más de lo que suelen lidiar últimamente, pero no es nada que no pudieran manejar. Charles fue muy insistente en que no había nada de qué preocuparse. —Will rodó sus ojos— Tengo el sentimiento de que él estaba preocupado de que sugiriese que el picnic en Regent's Park de mañana fuera cancelado. Todos los jóvenes van. —Hubo un leve desvanecimiento al final de las palabras de Will, que a veces tiene cuando está cansado. Los restos más leves de un acento, pulido por el tiempo y la distancia. Aun cuando él estaba agotada o afligido, volvía. Y su voz rodaba suavemente como en las verdes praderas de Gales—¿Te preocupas? —preguntó, encontrándose con sus ojos en el espejo— Yo lo hago, a veces. Sobre Lucie y James.

Ella bajó su cepillo y se giró, preocupada.

—¿Preocupada por los niños? ¿Por qué?

—Todo esto... —él movió su mano vagamente— Las fiestas en bote, las regatas y juegos de cricket y ferias y bailes, es tan... mundano.

—¿Estás preocupado de que se estén volviendo mundanos? En serio, Will, eso es un poco prejuicioso de tu parte.

—No, no estoy preocupado por eso. Es sólo que... han pasado años desde que ha habido algo más que actividad mínima demoníaca en Londres. Los chicos han crecido entrenando, pero raramente han necesitado patrullar.

Tessa se levantó de su silla, su cabello cayendo sobre su espalda. Era una de las rarezas de ser un brujo: su cabello había dejado de crecer cuando ella había dejado de envejecer, bastante inesperadamente, a los diecinueve. Se ha mantenido del mismo largo, a mitad de camino a su cintura.

—¿Eso no es bueno? —dijo ella— No queremos a nuestros niños en peligro de demonios. ¿No es así?

Will se sentó en la cama, quitándose los zapatos.

—No los queremos desprevenidos tampoco. —dijo— Recuerdo lo que tuvimos que hacer cuando teníamos su edad. No sé si ellos podrían enfrentar lo mismo. Los picnics no te preparan para la guerra.

—Will —Tessa se hundió en la cama junto a él— No hay guerra.

Ella sabía por qué se preocupaba él. Para ellos, hubo guerra, y pérdida. El hermano de Tessa, Nate. Thomas Tanner. Agatha Grant. Jessamine Lovelace, su amiga, quien ahora era guardiana del Instituto de Londres en forma fantasmal. Y Jem, a quien ambos habían perdido y mantenido.

—Lo sé. —Will se estiró para acariciar su cabello— Tess. ¿Crees que cuando dejaste de envejecer, dejaste de hacerlo en tu corazón? ¿Tú nunca te volverás cínica y temerosa? ¿Está la edad alcanzándome, que estoy tan trastornado y desquiciado por nada?

Ella lo agarró de la barbilla, volviendo su rostro hacia él de ella.

—Tú no estás viejo— dijo con fiereza. —Incluso cuando tengas ochenta, seguirás siendo mi hermoso Will.

Ella lo besó. Él hizo un complacido, sobresaltado ruido, y sus brazos la rodearon.

—Mi Tess. —dijo— Mi amada esposa.

—No hay nada que temer. —dijo ella. Dirigiendo sus labios por su mejilla. Sus manos se apretaron en su cabello— Hemos pasado por tanto. Merecemos esta felicidad.

—Hay otros que merecían la felicidad y que no la obtuvieron.

—Lo sé. —Un sollozo atrapado en su garganta. Los dos estaban hablando de la misma persona, y ella no supo si las lágrimas que contenía eran por él o por Will y ella misma—Lo sé.

Ella besó sus ojos mientras él la recostaba sobre las almohadas, sus manos encontrando el nudo que mantenían su bata cerrada. Su cuerpo delgado presionó el de ella contra el colchón. Sus dedos encontraron su camino hacia su cabello, enredándose con los gruesos rizos.

—Te amo. —ella jadeó mientras se bata caía— Te amo.

Él no respondió, pero sus labios en los de ella dijeron más que cualquier palabra.



Estando en el techo del Instituto, James observó el carruaje de Charles Fairchild al salir del patio del Instituto, bajo los grandes portones negros de hierro.

James a menudo subía al techo cuando no podía dormir, y esta noche el insomnio vino con venganza. Él no podía dejar de pensar en lo que había visto en el salón de baile, y en la noche anterior a ésta en el oscuro callejón cerca de la Taberna del Diablo.

El Reino de las sombras. Así es como siempre lo había llamado en su cabeza, ese lugar negro y gris que a veces se abría frente a él como una visión del infierno. Él lo había visto por primera vez cuando tenía trece años, y las visiones fueron repetidas luego de eso, normalmente cuando perdía control de sus emociones. El mundo se volvería gris, y aquellos que habrían estado con él, su familia o amigos, dirían que si cuerpo se había puesto medio transparente, como vino gris.

Una vez, cuando lo había hecho a propósito, a pedido de Grace, había estado muy cerca de casi no poder regresar. El horror que la experiencia había provocado en él lo había dejado con pesadillas que lo hacían gritar. Sus padres, con lo último de su ingenio, habían buscado ayuda del tío Jem. James había despertado una mañana con Jem sentado a los pies de la cama en un sillón viéndolo a través de los párpados cerrados.

Así que, dijo Jem. Ya sabes, por supuesto, que el universo tiene muchos mundos.

James asintió.

Piensa en el universo como una colmena de abejas, cada una de las cámaras un reino diferente. Creo que leer paredes entre nuestro mundo y este mundo que estás viendo, este mundo de sombras, es muy delgada. Tú ves este reino y te ves atraído hacia él.

—¿Es peligroso? —preguntó James.

Podría serlo. Reinos de demonios son lugares inestables. Y este poder tuyo no es algo de lo que sepamos mucho. Es posible que te veas atraído al mundo de las sombras y te encuentres a tu mismo incapaz de regresar.

James había quedado en silencio por un momento. Finalmente dijo:

—Así que hay más en juego que sólo dormir por las noches.

Potencialmente mucho más, estuvo de acuerdo Jem. Debes construir una fortaleza de control a tu alrededor. Deberás llegar a conocer este poder, de manera que puedas dominarlo.

—¿Así es como fue para mi madre? —dijo James silenciosamente— ¿Antes de aprender a controlar el cambiar de forma?

Tu madre tuvo profesores brutales. La tenían contra su voluntad y la forzaban a cambiar. Debe haber sido aterrador, y doloroso. James lo miraba en silencio. Tú sabes que tu madre no ha usado sus poderes desde que terminó la guerra mecánica. Desde entonces el acto de cambiar de forma ha sido... difícil para ella. Doloroso. Ella ha elegido no volver a hacerlo.

—¿Es todo esto por mi abuelo? —demandó James— ¿El padre demonio de mi madre? ¿Es éste su regalo para nosotros? Hubiera estado perfectamente satisfecho con un par de calcetines para mi cumpleaños.

La pregunta de la identidad de tu abuelo, dijo Jem, es una de la que me he preocupado desde antes de que tú nacieras. Bien puede arrojar algo de luz sobre tus poderes, y el de tu madre también. Pero esta identidad ha sido bien oculta. Tan bien escondida como para ser sospechosa en sí misma. Más allá del hecho de que él fuera un Demonio Mayor, no tengo ninguna otra información que compartir todavía.

Tanto como James podría decir, Jem no hizo ningún progreso durante el siguiente año en determinar la identidad de su abuelo, o al menos no uno que valiera la pena compartir. Pero en ese año, James aprendió a evitar ser atraído al reino de las sombras, bajo las instrucciones de Jem. En una fría noche de invierno, con un viento gélido soplando, Jem lo llevó hacia lo alto de Hampstead Heath, y él resistió el empuje incluso cuando temblaba tanto que parecía que sus dientes se iban a quebrar. Ellos entrenaron en la sala de entrenamiento, Jem sorprendentemente ágil para ser un hermano silencioso, y habló sobre los sentimientos que desencadenan el poder, como controlarlo y respirar a través de ellos, incluso en medio de una batalla. En una memorable ocasión, Jem tomó prestado el perro de Matthew, Oscar Wilde, lo irritó, y lo soltó a un insospechado James durante su desayuno.

James pensaba que algunas de las ideas de entrenamiento de Jem eran deliberadamente una broma. Los hermanos silenciosos tienen la mejor carta de póker que podría imaginar, después de todo. Su padre le atesoró que no estaba en la naturaleza de Jem, y que por extraño que fuera el entrenamiento, él estaba seguro de que era sinceramente intencional. Y James tuvo que admitir que el extraño régimen de entrenamiento parecía funcionar.

Gradualmente, sus sueños se volvieron más relajados y su mente menos en constante estado de alerta. El Reino de las sombras retrocedió de las esquinas de su visión, y sintió su influencia retirarse de él. Pronto se estaba perdiendo en las sombras cada vez menos. No había pasado ni una vez durante el año anterior, hasta hace dos noches, cuando pelearon con el demonio Deumas.

Él pensó que no volvería a pasar, hasta esa misma noche.

Nadie lo había notado, se dijo a sí mismo ahora. Bueno, quizás Matthew, pero eso era por el lazo parabatai: alguna extensión, Matthew pudo sentir lo que James sentía. Aun así, Matthew no podía ver lo que él veía. Él no había visto a los bailarines volverse siniestros, la sala maldita, a Barbara siendo atraída hacia las sombras.

Y unos momentos después, Barbara colapsó.

James no sabía qué pensar de eso. Las visiones que él había visto en el Reino de las sombras nunca habían hecho eco en el mundo real. Eran visiones de horror, pero no de promoción. Y Barbara estaba bien, dijo que fue solo un mareo, así que, ¿Quizás había sido una coincidencia?

Y aun así, él no confiaba en las coincidencias. Él quería hablar con Jem. Jem era la persona en la que confiaba cuando se trataba del reino de las sombras: Jem era un hermano silencioso, un guardián de toda la sabiduría que los cazadores de sombras habían acumulado a través de los años. Jem sabría qué hacer.

Tomó una caja de fósforos de su bolsillo. Era un artículo bastante inusual, la portada impresa con un dibujo de Hermes, el dios mensajero griego. Jem se lo dio unos meses atrás, con estrictas instrucciones de uso.

James encendió el fósforo contra el riel de hierro que corría alrededor del techo. Mientras se quemaba, él pensó inesperadamente en una persona más que sospechaba que había notado algo raro sobre su comportamiento: Cordelia. Fue la forma en que ella lo miró cuando se acercó a ella y le pidió que sacara su estela.

No era como si ella no supiera acerca de su mundo de sombras. Sus familias eran cercanas, y ella había estado con él cuando había tenido la fiebre escaldante en Cirenworth y había entrado y salido del reino de las sombras. Pensó que quizás ella incluso le había leído en voz alta en ese entonces. Era difícil de recordar, había estado muy enfermo en ese momento.

El fósforo había quemado la punta de sus dedos. Apartó el trozo quemado e inclinó la cabeza hacia atrás para mirar la luna, una lechosa creciente en el cielo. Él estaba agradecido de que Cordelia estuviera en Londres, se dio cuenta. No sólo por Lucie, pero por sí mismo. Era raro, pensó, casi como si hubiera olvidado que su presencia podría ser una luz constante cuando el mundo se volvía oscuro.

DÍAS PASADOS: CIRENWORTH HALL, 1900

Traducido por: Jeivi37 & Lovelace
Corregido por: BLACKTHORN & Jeivi37

Después de que James fuera expulsado de la Academia de Cazadores de sombras, sus padres lo habían enviado a Cirenworth Hall para que decidiera lo que quería hacer con el resto de su vida.

Cirenworth Hall era una divagante pila jacobiana de la que Elias Carstairs se había enamorado en 1895 y compró al momento, con la intención de que fuera un lugar al que su familia pudiera volver en medio de sus largos viajes.

A James le gustaba estar ahí porque le agradaba la familia Carstairs. bueno, aparte de Alastair, que afortunadamente estaba pasando el verano en casa de Augustus Pounceby en Idris. Pero en este viaje en particular, había llovido sin cesar. Había empezado incluso antes de que dejaran Londres. Un rocío gris que se profundizó durante el viaje a un ritmo constante y regular, y luego se había establecido sobre Cirenworth que no mostraba signos de terminar. Londres en lluvia pesada era un asunto sombrío, pero Cirenworth había llevado las cosas a un nuevo nivel bajo de humedad pantanosa que lo llevó a James pensar en por qué alguien se molestaría en establecerse en Inglaterra.

Al menos no era por mucho. Sus padres tenían una serie de reuniones políticas aburridas programadas en Alicante, por lo que él y Lucie permanecerían menos de un mes en Cirenworth. Después, todos volverían a la mansión Herondale juntos, donde los Carstairs lo visitarían en la temporada y donde, James esperaba, fuera un agradable y claro verano.

La peor parte era que todos eran cuidadosos dándole mucho espacio. Él tenía el entendimiento de que se esperaba que quisiera espacio para que pudiera *sentir* cosas. Esto lo dejó pasando la mayoría de los días leyendo en el salón, mientras Lucie y Cordelia entrenaban, dibujaban en cuadernos de bocetos, se ponían botas de lluvia y pisoteaban los arbustos de moras para recoger moras bajo la lluvia, elaboraban y bebían literalmente cientos de tazas de té, participaban en enérgicos juegos de espadas en habitaciones que definitivamente no habían sido construidas para juegos de espadas, en cierto punto atraparon algún tipo de pequeña ave ruidosa y la pusieron en una jaula por unos pocos días, y le dieron a James tanto espacio que empezó a temer que era invisible.

Él anhelaba la tranquilidad de Idris. Una vez que ellos estuvieran en la mansión Herondale, él podría pasear por el bosque durante horas y nadie lo cuestionaría. (Excepto

quizás Grace. ¿Qué diría ella? ¿Habría ella escuchado algo? Él no creía que ella y su madre escucharan muchos chismes).

Él nunca le hubiera respondido a la amabilidad de Cordelia con nada más que amabilidad de vuelta, pero eventualmente Lucie se volvió tan obsequiosamente amigable que una tarde James estalló.

—No tienes que ser tan *cuidadosa* cuando hablas conmigo, ya sabes. Estoy bien.

—Lo sé —dijo Lucie sorprendida— Sé que estás bien.

—Lo siento. —dijo. Lucie le dio una mirada amable— Creo que haré un poco de entrenamiento mañana. —agregó.

—Está bien —dijo ella. Vaciló, como si estuviera decidiendo si hablar o no.

—Lucie —dijo James pesadamente— Soy yo. Sólo dilo.

—Bueno... es sólo... ¿tú nos quieres a Cordelia y a mí allí?

—Si. —dijo— Deberían venir. Eso sería... eso sería bueno.

Ella sonrió, y él le sonrió de vuelta, y él sintió como que todo podría quizá algún día, no hoy, pero algún día, estaría bien.

El siguiente día, él fue a entrenar con Lucie y Cordelia. Cordelia había traído con ella la famosa espada de la familia Carstairs, Cortana, que James había querido por mucho tiempo admirar de cerca. Él no tuvo oportunidad, porque diez minutos en su primer ejercicio, él colapsó de repente en un espasmo de un dolor inaguantable.

Las chicas gritaron y corrieron hacia él. Había caído como un títere con las cuerdas cortadas, y sólo los años de entrenamiento que había tenido le impidieron que cayera sobre su propia espada. Para el momento en que se dio cuenta de lo que estaba pasando, él ya estaba en el piso.

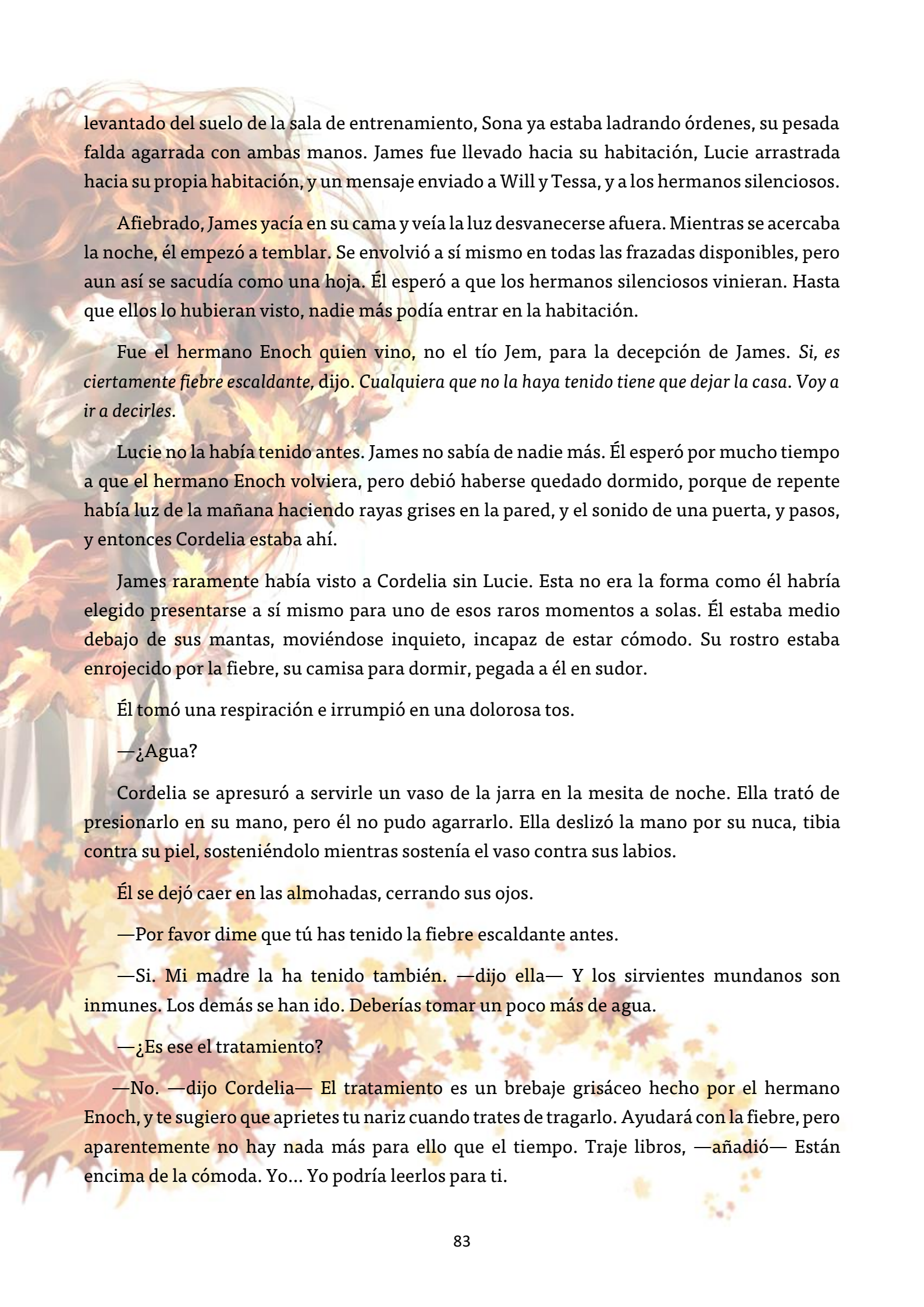
La mirada en la cara de Lucie mientras le tocaba la frente no lo hizo sentir más seguro.

—Por el Ángel. —exclamó— estás ardiendo.

Cordelia ya estaba corriendo hacia la puerta, llamando alarmada

—¡Mâmân! —Su imagen titubeó y se desvaneció mientras James cerraba los ojos.

Fiebre escaldante, declararon Sona y Elias. Ellos lo habían visto antes. Era una enfermedad única para las Cazadores de Sombras. La mayoría lo tenían de infantes, cuando era más leve. Una vez que pasa, no la podías tener de nuevo. Antes de que James se hubiera



levantado del suelo de la sala de entrenamiento, Sona ya estaba ladrando órdenes, su pesada falda agarrada con ambas manos. James fue llevado hacia su habitación, Lucie arrastrada hacia su propia habitación, y un mensaje enviado a Will y Tessa, y a los hermanos silenciosos.

Afiebrado, James yacía en su cama y veía la luz desvanecerse afuera. Mientras se acercaba la noche, él empezó a temblar. Se envolvió a sí mismo en todas las frazadas disponibles, pero aun así se sacudía como una hoja. Él esperó a que los hermanos silenciosos vinieran. Hasta que ellos lo hubieran visto, nadie más podía entrar en la habitación.

Fue el hermano Enoch quien vino, no el tío Jem, para la decepción de James. *Si, es ciertamente fiebre escaldante, dijo. Cualquiera que no la haya tenido tiene que dejar la casa. Voy a ir a decirles.*

Lucie no la había tenido antes. James no sabía de nadie más. Él esperó por mucho tiempo a que el hermano Enoch volviera, pero debió haberse quedado dormido, porque de repente había luz de la mañana haciendo rayas grises en la pared, y el sonido de una puerta, y pasos, y entonces Cordelia estaba ahí.

James raramente había visto a Cordelia sin Lucie. Esta no era la forma como él habría elegido presentarse a sí mismo para uno de esos raros momentos a solas. Él estaba medio debajo de sus mantas, moviéndose inquieto, incapaz de estar cómodo. Su rostro estaba enrojecido por la fiebre, su camisa para dormir, pegada a él en sudor.

Él tomó una respiración e irrumpió en una dolorosa tos.

—¿Agua?

Cordelia se apresuró a servirle un vaso de la jarra en la mesita de noche. Ella trató de presionarlo en su mano, pero él no pudo agarrarlo. Ella deslizó la mano por su nuca, tibia contra su piel, sosteniéndolo mientras sostenía el vaso contra sus labios.

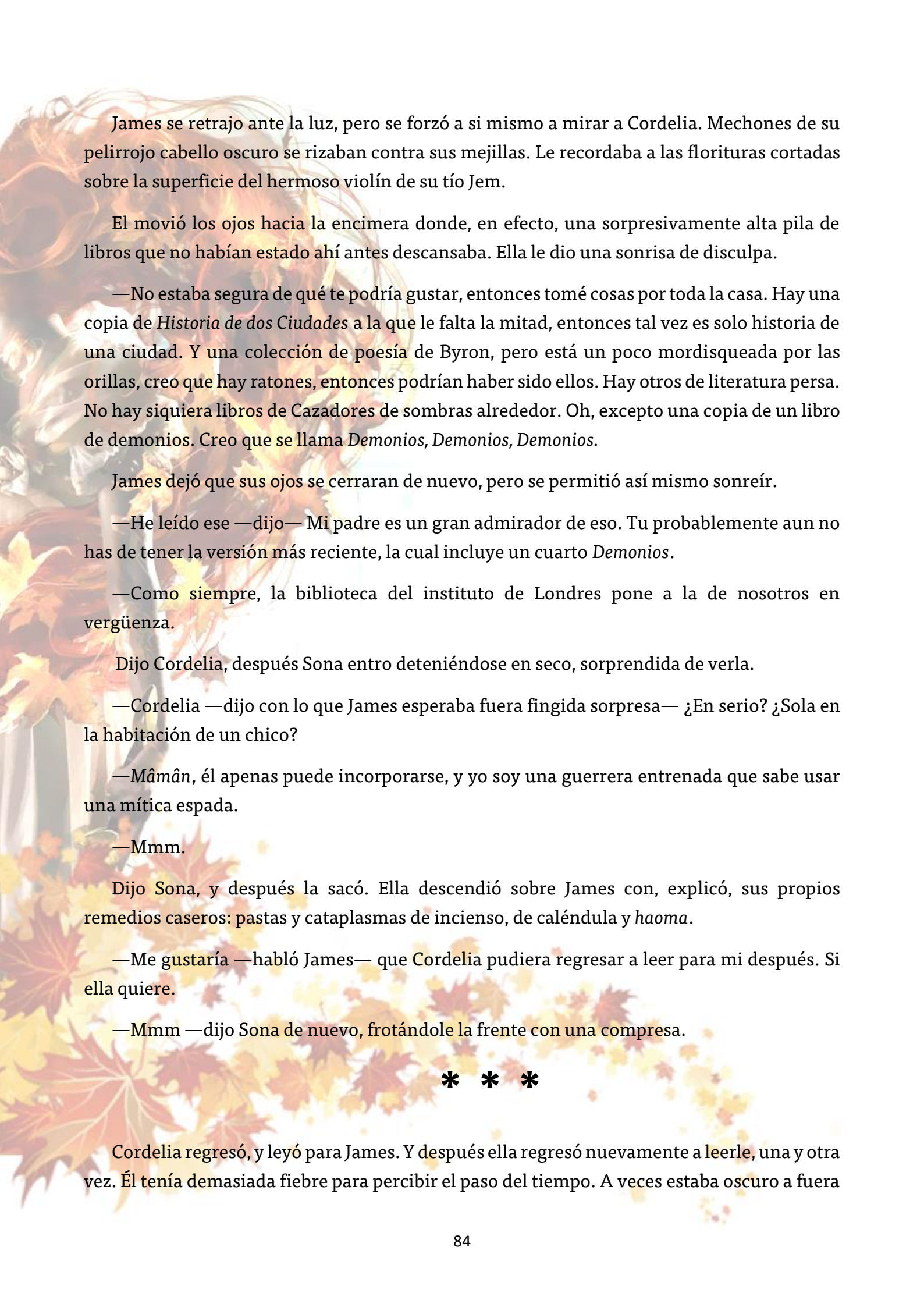
Él se dejó caer en las almohadas, cerrando sus ojos.

—Por favor dime que tú has tenido la fiebre escaldante antes.

—Si. Mi madre la ha tenido también. —dijo ella— Y los sirvientes mundanos son inmunes. Los demás se han ido. Deberías tomar un poco más de agua.

—¿Es ese el tratamiento?

—No. —dijo Cordelia— El tratamiento es un brebaje grisáceo hecho por el hermano Enoch, y te sugiero que aprietes tu nariz cuando trates de tragarlo. Ayudará con la fiebre, pero aparentemente no hay nada más para ello que el tiempo. Traje libros, —añadió— Están encima de la cómoda. Yo... Yo podría leerlos para ti.



James se retrajo ante la luz, pero se forzó a sí mismo a mirar a Cordelia. Mechones de su pelirrojo cabello oscuro se rizaban contra sus mejillas. Le recordaba a las florituras cortadas sobre la superficie del hermoso violín de su tío Jem.

El movió los ojos hacia la encimera donde, en efecto, una sorpresivamente alta pila de libros que no habían estado ahí antes descansaba. Ella le dio una sonrisa de disculpa.

—No estaba segura de qué te podría gustar, entonces tomé cosas por toda la casa. Hay una copia de *Historia de dos Ciudades* a la que le falta la mitad, entonces tal vez es solo historia de una ciudad. Y una colección de poesía de Byron, pero está un poco mordisqueada por las orillas, creo que hay ratones, entonces podrían haber sido ellos. Hay otros de literatura persa. No hay siquiera libros de Cazadores de sombras alrededor. Oh, excepto una copia de un libro de demonios. Creo que se llama *Demonios, Demonios, Demonios*.

James dejó que sus ojos se cerraran de nuevo, pero se permitió así mismo sonreír.

—He leído ese —dijo— Mi padre es un gran admirador de eso. Tu probablemente aun no has de tener la versión más reciente, la cual incluye un cuarto *Demonios*.

—Como siempre, la biblioteca del instituto de Londres pone a la de nosotros en vergüenza.

Dijo Cordelia, después Sona entro deteniéndose en seco, sorprendida de verla.

—Cordelia —dijo con lo que James esperaba fuera fingida sorpresa— ¿En serio? ¿Sola en la habitación de un chico?

—Mâmân, él apenas puede incorporarse, y yo soy una guerrera entrenada que sabe usar una mítica espada.

—Mmm.

Dijo Sona, y después la sacó. Ella descendió sobre James con, explicó, sus propios remedios caseros: pastas y cataplasmas de incienso, de caléndula y *haoma*.

—Me gustaría —habló James— que Cordelia pudiera regresar a leer para mi después. Si ella quiere.

—Mmm —dijo Sona de nuevo, frotándole la frente con una compresa.

* * *

Cordelia regresó, y leyó para James. Y después ella regresó nuevamente a leerle, una y otra vez. Él tenía demasiada fiebre para percibir el paso del tiempo. A veces estaba oscuro a fuera

y a veces había luz. Cuando estaba despierto comía, lo que podía, y bebía un poco de agua, y tragaba algo de la repugnante pasión de Enoch. En ocasiones su fiebre desaparecía por un tiempo, y después la temperatura y el sudor volvían a aumentar a través de su ropa; a veces era tan duro como un cortante aire frío rasgando su cuerpo y ningún número de cobijas o leña en la chimenea ayudaba. A pesar de todo, estaba Cordelia, silenciosamente leyendo, ocasionalmente estirándose para limpiar su frente o rellenar su vaso de agua.

Le leía poemas de Nizami, y especialmente la historia de Layla y Manjunn, una que claramente ella amaba y sabía desde que era muy pequeña. Sus mejillas se sonrojaban inesperadamente en las partes más románticas: el pobre chico enamorándose a primera vista de la hermosa Layla, vagando como loco en el desierto cuando fueron separados.

—*“Ese es el deleite del corazón, una sola mirada causaba frenesí a sus nervios, una sola mirada desconcertaba cada pensamiento. Él la miró, y mientras lo hacía, el amor los conquistó a los dos. Ellos nunca soñaron con separarse.”*

Ella miró a James y después rápidamente apartó sus ojos de él. James se estremeció. ¿Había estado observándola? No estaba completamente consciente de su comportamiento.

—*“La asesina hechicaría que yace, en su espalda, ojos deliciosos. Y cuando la luna reveló su insolencia, miles de corazones fueron ganados; ningún orgullo o escudo, podía controlar su poder. Layla, la llamaron.”*

—Layla —murmuró para sí mismo, no creyó que Cordelia lo hubiera escuchado. Cerro sus ojos.



Solo una vez, por lo que sabía, cayó en el reino de las sombras. Estaba despierto, temblando de fiebre, su cabello enmarañado hasta la cabeza por el frío sudor, agitado. Él vio los ojos de Cordelia ampliarse en alarma cuando el cambio se apoderó de él. Ella se puso de pie y él pensó, *ira a buscar ayuda; está asustada, asustada de mí.*

La alcanzó, y después la sombra que era su mano atrapó la de ella, oscuridad sobre carne. Se preguntó como ese toque se sentiría para ella. Su cuerpo entero estaba tenso, como un caballo asustado por un trueno. El cuarto olía a rayo.

—James, debes esperar. Tienes que hacerlo. No vayas a ninguna parte. —dijo Cordelia— Quédate conmigo.

—Demasiado frío —se las arregló para añadir, temblando— No puedo calentarme. Nunca puedo calentarme.

En su cuerpo, habría cerrado los ojos, tratando de calmar su temblor. Siendo una sombra, era como si sus ojos estuvieran bien abiertos y no pudiera hacer nada para cerrarlos. Vio a Cordelia tratando de encontrar lo que fuera en la habitación para ayudar. Sabía que sería inútil, el fuego ya estaba encendido y él se encontraba envuelto en mantas, había una botella de agua caliente en sus pies. Aun así, un viento, brutal y penetrante lo atravesó.

Cordelia hizo un sonido de frustración, después frunció el ceño con determinación. La mente de James divago ante el pensamiento de que, a pesar del absoluto viento sin fin, ella lucía hermosa. No era exactamente lo que le hubiera gustado pensar, y definitivamente no tenía el tiempo de razonarlo ahora.

Pero después Cordelia se acostó cuidadosamente en la cama a su lado. Él se encontraba bajo montañas de mantas, y ella estaba encima de ellas, por supuesto. Excepto que su presencia comenzó a disminuir la frialdad. En lugar de sentir la agonía de ser envuelto por crudo hielo, fue consciente de la longitud de su cuerpo, cálido y sólido, a lo largo del suyo. A través de todas las capas entre ellos, la podía seguir sintiendo presionada junto a él: su pierna moviéndose en una posición cómoda, su cadera contra la de él. Él miraba hacia el techo y ella estaba a su lado, su cara estaba demasiado cerca. Su cabello olía a jazmín y humo de madera. Paso un brazo sobre su pecho y se acercó lo más que pudo.

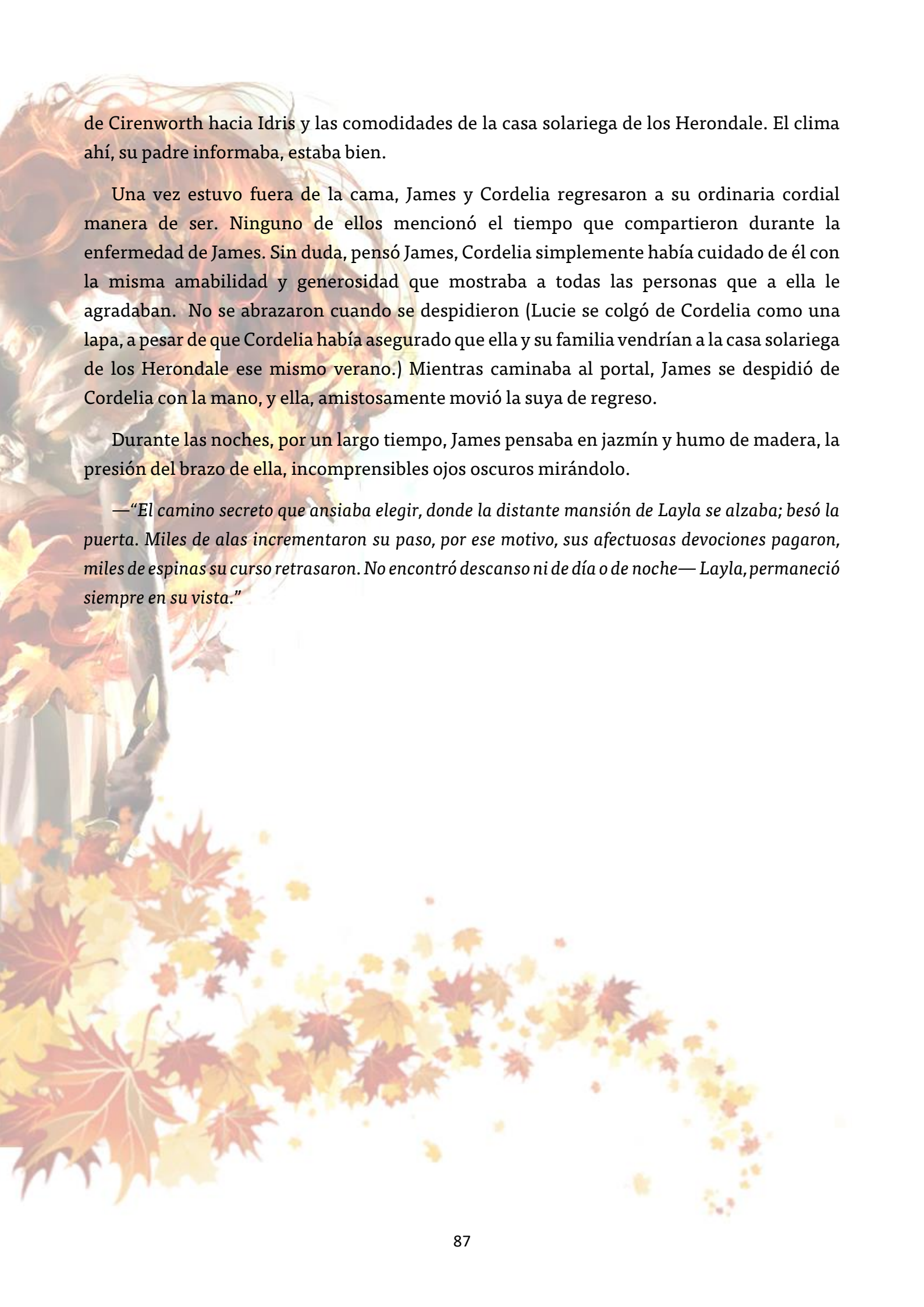
Le tomó un extenuante esfuerzo, pero volteo la cabeza a un lado, para mirarla. Encontró sus ojos abiertos, profundos y luminosos, observándolo. Su respiración era demasiado calmada.

—*“No busco fuego, aun así, mi corazón está en llamas. Layla, este amor no este mundo.”*

Se estremeció y se sintió así mismo regresar completamente a su mundo, sintió su cuerpo regresar al espacio que ocupa. Cordelia no apartó los ojos de él, pero dejó de morder su labio inferior con los dientes, su cuerpo relajándose en alivio.

James seguía frío, pero ni siquiera se comparaba a como lo había estado. Cordelia se estiró y retiró un mechón de su pelo fuera de sus ojos. Él se estremeció de nuevo, no obstante, no debido al frío, y dejó que sus ojos se cerraran, cuando despertó otra vez era de mañana y ella ya no estaba.

Fue solo un día más aproximadamente hasta que su fiebre se fue para bien. Y solo otro día posterior a eso, el Hermano Enoch considero que ya no era contagioso y sus padres llegaron con Lucie. Después él estaba lo suficientemente bien para levantarse, y luego estaba yéndose



de Cirenworth hacia Idris y las comodidades de la casa solariega de los Herondale. El clima ahí, su padre informaba, estaba bien.

Una vez estuvo fuera de la cama, James y Cordelia regresaron a su ordinaria cordial manera de ser. Ninguno de ellos mencionó el tiempo que compartieron durante la enfermedad de James. Sin duda, pensó James, Cordelia simplemente había cuidado de él con la misma amabilidad y generosidad que mostraba a todas las personas que a ella le agradaban. No se abrazaron cuando se despidieron (Lucie se colgó de Cordelia como una lapa, a pesar de que Cordelia había asegurado que ella y su familia vendrían a la casa solariega de los Herondale ese mismo verano.) Mientras caminaba al portal, James se despidió de Cordelia con la mano, y ella, amistosamente movió la suya de regreso.

Durante las noches, por un largo tiempo, James pensaba en jazmín y humo de madera, la presión del brazo de ella, incomprensibles ojos oscuros mirándolo.

—*“El camino secreto que ansiaba elegir, donde la distante mansión de Layla se alzaba; besó la puerta. Miles de alas incrementaron su paso, por ese motivo, sus afectuosas devociones pagaron, miles de espinas su curso retrasaron. No encontró descanso ni de día o de noche— Layla, permaneció siempre en su vista.”*

4

HARTA DE LAS TINIEBLAS

Traducido por: Lovelace, BLACKTHORN

Corregido por: Jeivi37 & BLACKTHORN

*“O cuando estaba la luna en el cielo
Venían dos amantes ya casados
“Harta estoy de tinieblas” se decía la Dama de Shalott”*

—Alfred, Lord Tennyson, *La Dama de Shalott*

El día siguiente resulto brillante y hermoso. El parque del Regente parecía brillar ante la luz de sol durante la tarde, desde el York Gate hasta el verde césped que se extendía al lago. Para cuando Cordelia y Alastair llegaron, la orilla este ya estaba llena de jóvenes cazadores de sombras. Coloridas mantas tejidas de algodón rojo cereza y azul cielo habían sido echadas sobre el pasto, y pequeños grupos se establecían alrededor con cestas de picnic y se abarrotaban junto al lago.

Algunos de los más jóvenes flotaban diminutos barcos en el agua, sus blancos veleros hacían que el lago pareciera estar lleno de cisnes. Las chicas más grandes usaban vestidos de día o faldas con blusas de cuello alto de color pastel, los chicos vestían suéteres de punto y pantalones de golf. Algunos estaban vestidos con equipo de remo mundano, chaquetas y pantalones de lino blanco, a pesar de que el blanco, para los cazadores de sombras, era tradicionalmente el color del luto y se evitaba.

¡Escandaloso! Pensó Cordelia con oscura diversión mientras ella y Alastair se aproximaban a la gente. Era diferente a la noche anterior: había sido una reunión de la Enclave, cazadores de sombras, desde los más adultos hasta los más jóvenes. Estas eran personas de su edad. Quizá no los que serían más útiles para su padre, pero todos aquí tenían padres, de los cuales algunos de ellos eran muy influyentes. Muchos tenían hermanos y hermanas más grandes. El baile podría no haber ido como Cordelia había deseado, pero hoy, estaba determinada a dejar su marca.

Reconoció a Rosamund Wentworth y algunas de las otras chicas de la fiesta, conversando. La misma ansiedad del baile comenzó a aparecer. ¿Cómo se supone que iba a irrumpir en grupos sociales? ¿Hacerlos que la invitaran a formar parte de ellos?

Había pasado la mañana con Risa y los Lightwood cocinando, ayudando a preparar la más vasta y espectacular cesta para picnic que, según ella, jamás alguien hubiera visto.

Tomando la manta enrollada debajo de su brazo, la extendió deliberadamente cerca del lago, justo antes de la parte donde la hierba se convertía en arena y grava.

Se hubiera colocado justo en el centro de punto de visión, pensó, dejándose caer de golpe gesticulo a Alastair que la acompañara. Cordelia vio a Alastair mientras dejaba caer la pesada canasta de picnic murmurando una maldición, después se tiro junto a ella.

Usaba una chaqueta a rayas de lino verde, pálida contra su bronceada piel. Sus ojos oscuros rondaron impacientemente por la multitud.

—No puedo recordar —dijo—, porque accedimos a esto.

—No podemos pasar nuestras vidas escondiéndonos en nuestra casa, Alastair. Debemos hacer amigos —dijo Cordelia— Recuerda que debemos mostrarnos agradables.

Le echó una mirada mientras ella empezaba a desempacar el picnic de la cesta, colocando unas flores recién cortadas, pollo frio, pastelillos, fruta, mantequilla en un recipiente, tres tipos de mermelada, pan blanco e integral, cangrejo en conserva, y salmón con mayonesa.

Alastair levanto sus cejas.

—A la gente le gusta comer —dijo Cordelia.

Alastair parecía estar a punto de discutirlo cuando su cara se iluminó y se puso de pie.

—Veo a unos chicos de la Academia, —dijo— Piers y Toby están abajo cerca del agua. Iré a congraciarme ¿puedo?

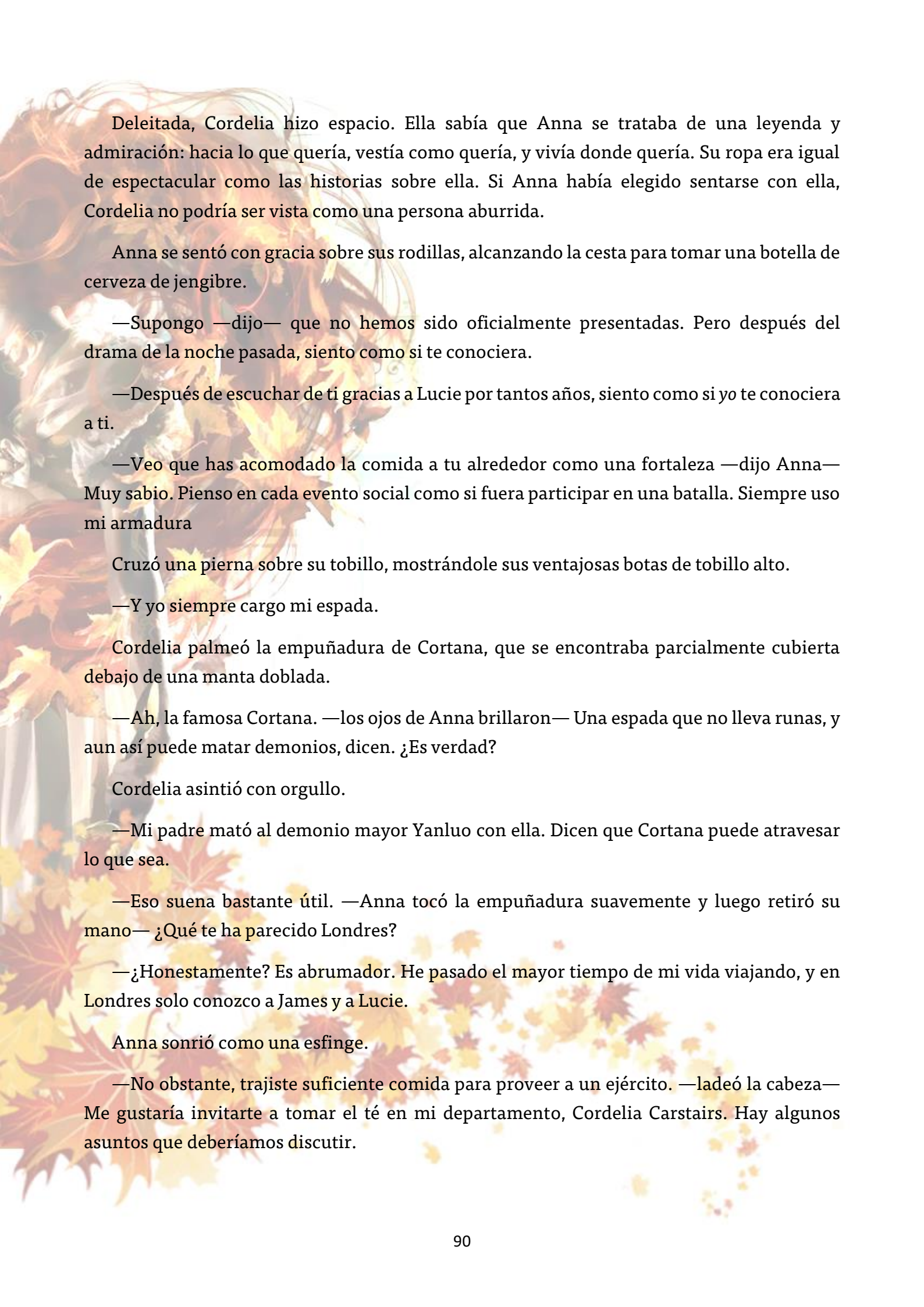
—Alastair,

Protestó Cordelia, pero él ya se había ido, dejándola sola en la gruesa manta de tela escocesa. Levantó la cabeza, sacando el resto de la comida, fresas, crema, tartas de limón, y cerveza de semilla de jengibre. Deseaba que Lucie estuviera ahí, pero dado que aún no llegaba, Cordelia tendría que arreglárselas sola.

Eres una cazadora de sombras, se recordó a sí misma. Una de una larga sucesión de cazadores de sombras persas. La familia Jahanshah había peleado contra demonios desde antes que personas como Rosamund Wentworth pudiera imaginar. Sona aclamaba que por ellos corría la sangre del famoso héroe Rostam. Cordelia podía lidiar con un picnic.

—¿Cordelia Carstairs? —Cordelia miró hacia arriba para ver a Anna parada por encima de ella, elegante como siempre en una blanca camisa de lino y unos pantalones color beige— ¿Podría hacerte compañía?

—¡Por supuesto!



Deleitada, Cordelia hizo espacio. Ella sabía que Anna se trataba de una leyenda y admiración: hacia lo que quería, vestía como quería, y vivía donde quería. Su ropa era igual de espectacular como las historias sobre ella. Si Anna había elegido sentarse con ella, Cordelia no podría ser vista como una persona aburrida.

Anna se sentó con gracia sobre sus rodillas, alcanzando la cesta para tomar una botella de cerveza de jengibre.

—Supongo —dijo— que no hemos sido oficialmente presentadas. Pero después del drama de la noche pasada, siento como si te conociera.

—Después de escuchar de ti gracias a Lucie por tantos años, siento como si yo te conociera a ti.

—Veo que has acomodado la comida a tu alrededor como una fortaleza —dijo Anna— Muy sabio. Pienso en cada evento social como si fuera participar en una batalla. Siempre uso mi armadura

Cruzó una pierna sobre su tobillo, mostrándole sus ventajosas botas de tobillo alto.

—Y yo siempre cargo mi espada.

Cordelia palmeó la empuñadura de Cortana, que se encontraba parcialmente cubierta debajo de una manta doblada.

—Ah, la famosa Cortana. —los ojos de Anna brillaron— Una espada que no lleva runas, y aun así puede matar demonios, dicen. ¿Es verdad?

Cordelia asintió con orgullo.

—Mi padre mató al demonio mayor Yanluo con ella. Dicen que Cortana puede atravesar lo que sea.

—Eso suena bastante útil. —Anna tocó la empuñadura suavemente y luego retiró su mano— ¿Qué te ha parecido Londres?

—¿Honestamente? Es abrumador. He pasado el mayor tiempo de mi vida viajando, y en Londres solo conozco a James y a Lucie.

Anna sonrió como una esfinge.

—No obstante, trajiste suficiente comida para proveer a un ejército. —ladeó la cabeza— Me gustaría invitarte a tomar el té en mi departamento, Cordelia Carstairs. Hay algunos asuntos que deberíamos discutir.

Cordelia estaba pasmada. ¿Qué podría querer discutir con ella la glamurosa Anna Lightwood? Cruzó por su cabeza que tal vez tenía algo que ver con su padre, pero antes de que pudiera preguntar, la cabeza de Anna se alzó y comenzó a saludar a dos personas que se aproximaban.

Cordelia se giró para ver al hermano de Anna, Christopher, y a Thomas Lightwood haciendo su camino a lo largo de la orilla del lago. Thomas se elevaba por encima de Christopher, quien parecía hablar con él amigablemente, el sol brillando contra sus gafas.

La sonrisa de Anna se curvó en sus orillas.

—¡Christopher! ¡Thomas! ¡Por aquí!

Cordelia formó una brillante sonrisa mientras ellos se aproximaban.

—Vengan a saludar. —dijo— Tengo tartas de limón y cerveza de jengibre, si gustan.

Los chicos se miraron el uno al otro. Un momento después estaban sentados sobre la manta, Christopher casi tirando la canasta de picnic. Thomas era más cuidadoso con sus largos brazos y piernas, como si estuviera nervioso de que pudiera derribar algo. No era tan hermoso como James, pero ciertamente a muchas chicas les gustaría. En cuanto a Christopher, sus finas facciones parecidas a las de Anna eran aún más claras de cerca.

—Puedo ver porque nos han llamado en ayuda. —dijo Thomas, sus ojos color avellana centelleaban mientras miraba el picnic— Hubiera sido sorprendentemente difícil para ustedes consumir todo esto solas. Mejor llamar a las reservas.

Christopher agarró una tarta de limón.

—Thomas solía ser capaz de vaciar nuestra despensa en una hora, y los concursos de comida que hacía con Lucie, me estremezco al mencionarlo.

—Puede que haya escuchado sobre eso —dijo Cordelia. *Thomas adora la cerveza de jengibre*, Lucie le había dicho una vez, y *Christopher está obsesionado con las tartas de limón*. Ella ocultó una sonrisa— Sé que nos hemos conocido antes, pero ahora que estoy oficialmente en Londres, espero que nos volvamos amigos.

—Seguro, absolutamente. —dijo Christopher— especialmente si habrá más tartas de limón incluidas.

—Dudo que las lleve a todas partes con ella, Kit —dijo Thomas— atiborradas en su sombrero y entre sus pertenencias.

—Las llevo en mi cinturón de armas en lugar de cuchillos serafín.

Dijo Cordelia, y ambos chicos rieron.

—¿Cómo está Barbara, Thomas? —preguntó Anna, mientras levantaba una manzana— ¿Se encuentra bien después de lo de anoche?

—Parece estar repuesta.

Dijo Thomas, señalando a donde se encontraba Barbara caminando por el lago con Oliver. Ella giraba su sombrilla azul brillante mientras hablaba animadamente. Thomas le dio un mordisco al pastel de carne.

—Si fueras un verdadero y dedicado hermano, estarías a su lado —dijo Anna— Yo esperaría que, si colapsara, Christopher llorara inconsolablemente y fuera incapaz de comer pastel de carne.

—Barbara no me quiere cerca —Thomas dijo, imperturbable— Ella espera que Oliver le pida matrimonio.

—¿Lo hace? —dijo Anna sus cejas levantándose en asombro.

—¡Alastair! —llamó Cordelia— ¡Ven a comer! ¡La comida se está acabando!

Pero su hermano, quien no estaba, Cordelia noto, hablando con los chicos de la Academia, sino que se encontraba de pie solo a la orilla del lago, solo le lanzo una mirada que le indicaba que estaba cansado.

—Ah —dijo Thomas, suavemente con voz demasiado casual— Alastair está aquí.

—Sí —dijo Cordelia— Él es el hombre de nuestra casa por el momento, desde que mi padre está en Idris.

Christopher había sacado un pequeño cuaderno y estaba escribiendo en él. Anna miraba hacia el lago, donde varias de las jóvenes mujeres, Rosamund, Ariadne, y Catherine entre ellas, habían decidido tomar un paseo.

—Él tiene mi simpatía —dijo Thomas, con una suave sonrisa— Mi padre va muy seguido a Idris, también, con la Cónsul.

Lo sé, pensó Cordelia, pero antes de que pudiera preguntarle cualquier cosa, escuchó la voz de Lucie llamando por ella. Miró hacia arriba a su futura parabatai conduciéndose hacia ellos, sosteniendo un sombrero de paja en su lugar con una mano y una canasta con la otra. Detrás de ella estaba James, con las manos en los bolsillos de su pantalón a rayas. No usaba sombrero, el viento tiraba de su negro cabello ya enmarañado.

—¡Oh, que agradable! —dijo Lucie, por encima de la montaña de comida de Cordelia— Podemos combinar nuestras provisiones. Déjame ver lo que traes.

Anna y Christopher hicieron espacio mientras Lucie caía en sus rodillas y comenzaba a desempacar más comida; tartas de queso y jamón, emparedados y limonada. James tomó asiento junto a Christopher, echando una distraída mirada a su cuaderno. Dijo algo en voz baja, Thomas y Christopher rieron.

Cordelia sintió que se le acortaba el aliento en la garganta. Ella no había hablado realmente con James desde que bailaron la noche anterior. A menos que el pidiéndole que sacara su estela de su chaqueta contara. Recordaba la manera en la que sus manos se habían hecho puño a sus costados. Parecía una persona diferente ahora.

—¿Qué resultó ser lo que había anoche? —dijo a Lucie— El asunto del demonio en Seven Dials.

James volteó a verla. Su sonrisa era dulce, muy dulce, pensó Cordelia. Como si fuera un actor en un escenario, al que le habían dicho que luciera como si estuviera pasando un buen rato.

—Los demonios shax están por toda la calle Monmouth. Tuvieron que llamar a Ragnor Fell para ayudarlos a colocar un glamour en el lugar y a si los mundanos no pudieran saber que estaba pasando.

Thomas frunció el ceño.

—Es extraño —dijo— después de tanto tiempo, que nos encontramos con aquel demonio la otra noche, y luego ayer...

—¿Te encontraste con un demonio? —reclamó Lucie— ¿Cuándo fue eso?

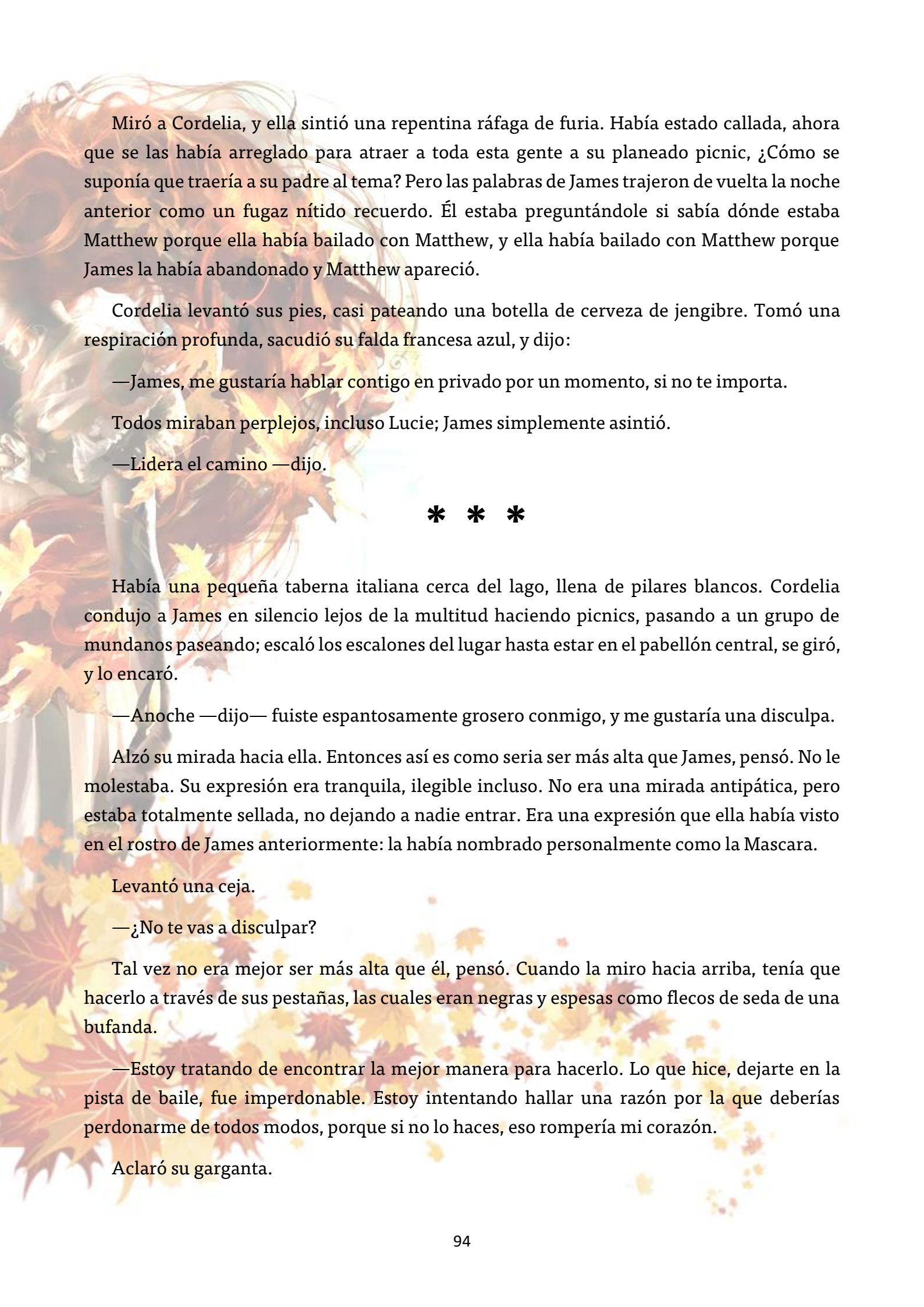
—Eh —dijo Thomas, sus ojos castaños divagando alrededor— Podría haber estado equivocado. Puede no haberse tratado de un demonio. Tal vez pudo haber sido un libro de texto sobre demonios.

—Thomas —dijo Lucie— Eres un mentiroso terrible. Quiero saber qué paso.

—Siempre puedes obtener la verdad de Matthew —dijo James— Puedes sonsacar cualquier cosa de él, sabes eso, Lucie.

Miró hacia el lago.

—¿Dónde está Matthew? ¿No tenía intención de venir?



Miró a Cordelia, y ella sintió una repentina ráfaga de furia. Había estado callada, ahora que se las había arreglado para atraer a toda esta gente a su planeado picnic, ¿Cómo se suponía que traería a su padre al tema? Pero las palabras de James trajeron de vuelta la noche anterior como un fugaz nítido recuerdo. Él estaba preguntándole si sabía dónde estaba Matthew porque ella había bailado con Matthew, y ella había bailado con Matthew porque James la había abandonado y Matthew apareció.

Cordelia levantó sus pies, casi pateando una botella de cerveza de jengibre. Tomó una respiración profunda, sacudió su falda francesa azul, y dijo:

—James, me gustaría hablar contigo en privado por un momento, si no te importa.

Todos miraban perplejos, incluso Lucie; James simplemente asintió.

—Lidera el camino —dijo.

* * *

Había una pequeña taberna italiana cerca del lago, llena de pilares blancos. Cordelia condujo a James en silencio lejos de la multitud haciendo picnics, pasando a un grupo de mundanos paseando; escaló los escalones del lugar hasta estar en el pabellón central, se giró, y lo encaró.

—Anoche —dijo— fuiste espantosamente grosero conmigo, y me gustaría una disculpa.

Alzó su mirada hacia ella. Entonces así es como sería ser más alta que James, pensó. No le molestaba. Su expresión era tranquila, ilegible incluso. No era una mirada antipática, pero estaba totalmente sellada, no dejando a nadie entrar. Era una expresión que ella había visto en el rostro de James anteriormente: la había nombrado personalmente como la Mascara.

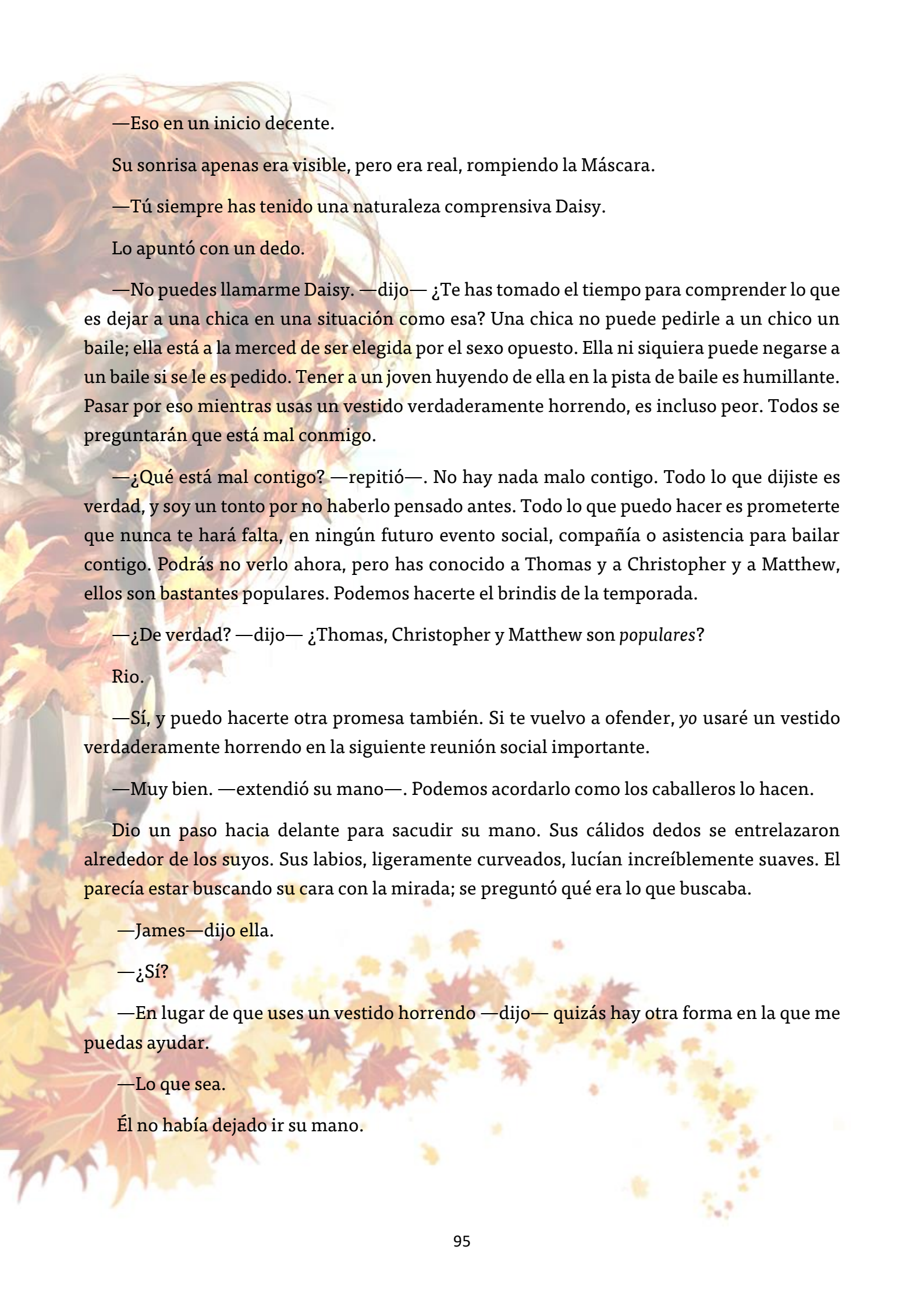
Levantó una ceja.

—¿No te vas a disculpar?

Tal vez no era mejor ser más alta que él, pensó. Cuando la miro hacia arriba, tenía que hacerlo a través de sus pestañas, las cuales eran negras y espesas como flecos de seda de una bufanda.

—Estoy tratando de encontrar la mejor manera para hacerlo. Lo que hice, dejarte en la pista de baile, fue imperdonable. Estoy intentando hallar una razón por la que deberías perdonarme de todos modos, porque si no lo haces, eso rompería mi corazón.

Aclaró su garganta.



—Eso es un inicio decente.

Su sonrisa apenas era visible, pero era real, rompiendo la Máscara.

—Tú siempre has tenido una naturaleza comprensiva Daisy.

Lo apuntó con un dedo.

—No puedes llamarme Daisy. —dijo— ¿Te has tomado el tiempo para comprender lo que es dejar a una chica en una situación como esa? Una chica no puede pedirle a un chico un baile; ella está a la merced de ser elegida por el sexo opuesto. Ella ni siquiera puede negarse a un baile si se le es pedido. Tener a un joven huyendo de ella en la pista de baile es humillante. Pasar por eso mientras usas un vestido verdaderamente horrendo, es incluso peor. Todos se preguntarán que está mal conmigo.

—¿Qué está mal contigo? —repitió—. No hay nada malo contigo. Todo lo que dijiste es verdad, y soy un tonto por no haberlo pensado antes. Todo lo que puedo hacer es prometerle que nunca te hará falta, en ningún futuro evento social, compañía o asistencia para bailar contigo. Podrás no verlo ahora, pero has conocido a Thomas y a Christopher y a Matthew, ellos son bastantes populares. Podemos hacerte el brindis de la temporada.

—¿De verdad? —dijo— ¿Thomas, Christopher y Matthew son populares?

Rio.

—Sí, y puedo hacerte otra promesa también. Si te vuelvo a ofender, yo usaré un vestido verdaderamente horrendo en la siguiente reunión social importante.

—Muy bien. —extendió su mano—. Podemos acordarlo como los caballeros lo hacen.

Dio un paso hacia delante para sacudir su mano. Sus cálidos dedos se entrelazaron alrededor de los suyos. Sus labios, ligeramente curvados, lucían increíblemente suaves. El parecía estar buscando su cara con la mirada; se preguntó qué era lo que buscaba.

—James—dijo ella.

—¿Sí?

—En lugar de que uses un vestido horrendo —dijo— quizás hay otra forma en la que me puedas ayudar.

—Lo que sea.

Él no había dejado ir su mano.

—Me podrías decir cuáles jóvenes del Énclave son elegibles. —dijo— Si llego a tener la necesidad de... de casarme, cuáles de ellos son amables, y no sean una compañía terrible.

Él se veía aturdido.

—No puedes casarte...

—¿Por qué no? —quitó su mano de la suya— ¿Piensas que sería una pareja indeseable?

Se había puesto de un color extraño, ella no tenía idea de porqué hasta que miró detrás de ella y se dio cuenta de que un carruaje acababa de detenerse cerca del capricho.¹⁴

Las puertas del carruaje estaban pintadas con las cuatro C del gobierno de Cazadores de Sombras: Clave, Consejo, Convenio y Cónsul. Matthew estaba en el asiento de la caja, con las riendas en la mano, y el viento soplando a través de sus rizos rubios.

Detrás de él, riendo, estaba el hermano de Matthew, Charles, y a su lado, Grace, con un sombrero de paja y un vestido azul adornado con encaje Cluny a juego. Cordelia volvió a mirar a James y vio algo parpadear en sus ojos... un poco de luz oscura detrás de sus iris. Estaba viendo a Charles ayudar a Grace bajarse del carruaje. Matthew salía del asiento del conductor, dejando las riendas sueltas, buscando a sus amigos.

—¿Qué hay entre Grace Blackthorn y tú? —preguntó Cordelia en voz baja— ¿Tienen un entendimiento?

—Entendimiento

Era un término muy generalizado. Podía significar un compromiso secreto, o algo tan pequeño como una declaración de un serio interés romántico. Pero parecía encajar como cualquier otra cosa.

La luz extraña seguía en los ojos de James, oscureciendo su dorado a vidrio ahumado.

—Hay personas cercanas a mí por quienes daría la vida —dijo él— Sabes eso.

Los nombres no fueron nombrados, pero Cordelia los sabía: Lucie, Will, Tessa, Christopher, Matthew, Thomas. Jem Carstairs.

—Grace es una de ellos. —dijo James— Somos vecinos en Idris. La he visto cada verano por años. Nos amamos el uno al otro... pero es un secreto. Ni mis padres ni su madre están al tanto de nuestro lazo.

¹⁴ En el inglés original dice *folly*, que significa locura o disparate, sin embargo, investigando más, descubrí que también es un elemento de jardín.



Levantó la muñeca, el brazalete brillando por un momento en el sol.

—Ella me dio esto cuando teníamos trece. Es una promesa entre los dos.

Había una extraña distancia en su voz, como si estuviera recitando una historia que había escuchado, en lugar de estar contando un recuerdo. ¿Timidez, quizás, de revelar algo tan íntimo?

—Ya veo.

Dijo Cordelia. Miró hacia el carruaje. Ariadne había ido donde Charles y se saludaban; Grace se había volteado y miraba hacia el capricho.

—Pensé que no iríamos a Idris este año —dijo James— Le escribí a Grace para decirle, pero su madre le ocultó la carta. Fuimos dejados preguntándonos sobre el silencio del otro. Solamente descubrí que venía a Londres ayer, en el baile.

Cordelia se sintió tonta. Bueno, claro que iba a correr en ese caso. Cada verano había visto a Grace excepto en este, cuánto debió haberla extrañado. Siempre había sabido que James tenía una vida de la cual sabía muy poco con sus amigos en Londres, pero no se había dado cuenta de lo mucho que lo desconocía. Bien podría ser un extraño. Un extraño enamorado de alguien más. Y ella, Cordelia, la intrusa.

—Me alegra que seamos amigos nuevamente. —dijo Cordelia— Ahora seguro deseas hablar con Grace a solas. Solamente señálale que venga aquí, todos están distraídos. Van a pasar desapercibidos.

James empezó a hablar, pero Cordelia ya se había volteado y estaba haciendo su camino de vuelta al lago y los excursionistas. No podía soportar detenerse y escucharlo agradecerle el haberse ido.

* * *

Lucie no culpaba a Cordelia por querer regañar a James; había sido terriblemente grosero la noche anterior. Incluso si una chica era solamente tu amiga, no deberías dejarla en la mitad de un baile. Además, le dio a Rosamund Wentworth mucho sobre qué chismear. Se recordó a su misma decirle a Cordelia sobre lo que le pasó a Eugenia Lightwood tan pronto estuvieran solas.

De hecho, había un gran asunto que quería discutir con Cordelia cuando estuvieran solas. *Anoche conocí a un fantasma que nadie más puede ver. El fantasma de un chico muerto, pero no tan muerto.*

Había abierto su boca unas pocas veces para decirle sobre Jesse a James o a sus padres, luego se había decidido a no hacerlo. Por una razón que no podía terminar de entender, se sentía privado, como un secreto con el que debía cargar. Difícilmente era culpa de Jesse que ella pudiera verlo, y la había salvado hace tantos años atrás en Brocelind. Recordaba haberle dicho que cuando creciera, quería ser una escritora. *Eso suena maravilloso*, había dicho en un tono anhelante. En ese momento ella había pensado que tenía envidia de su futura gloriosa carrera. Solamente ahora se le ocurrió que él podría estar hablando de crecer.

—Veo que Cordelia está regresando —dijo Anna, estaba apoyada en sus codos de espaldas, con la luz del sol brillando en su cabello oscuro— Pero sin James, interesante.

Anna, al igual que Lucie, encontraba todo sobre el comportamiento humano interesante. A veces Lucie pensaba que Anna debería ser escritora también. Sus memorias seguramente serían escandalosas.

De hecho, Cordelia regresaba a ellos, pisando cuidadosamente entre las mantas de picnic brillantes. Se sentó a lado de Lucie, abanicándose con su sombrero de paja. Estaba usando otro horrible vestido pastel, se dio cuenta Lucie. Deseó que Sona dejara a Cordelia vestirse como quisiera.

—¿James obtuvo su merecido? —preguntó Lucie— ¿Lo hiciste caminar por la plancha?

La sonrisa de Cordelia era brillante.

—Está terriblemente arrepentido. Te lo aseguro. Pero somos buenos amigos nuevamente.

—¿Dónde está él, entonces? —inquirió Thomas.

Las mangas de su camisa estaban enrolladas y Lucie solo podía ver el borde del diseño de tinta de color en su antebrazo izquierdo. Era inusual para los Cazadores de Sombras tatuarse, ya que su piel estaba marcada constantemente con runas, pero Thomas se había tatuado en España.

—¿Quemaste su cuerpo en alguna parte del parque?

—Fue a hablar con Grace Blackthorn. —dijo Cordelia, mientras agarraba una botella de limonada.

Lucie la observó cortante, ella misma apenas se había dado cuenta el día anterior que la chica que James amaba era Grace, no Daisy. Esperaba no haber puesto ideas tontas en la cabeza de Cordelia mientras hablaban en el parque acerca de cómo James podría estar enamorado de ella.

Ciertamente Cordelia no se veía molesta, y había descartado la idea completamente en los Jardines de Kensington. Probablemente veía a James como un primo. Lo cual era un contratiempo en las esperanzas de Lucie. Habría sido maravilloso tener a Daisy como su hermana en la ley, y no podía imaginarse que Grace fuera maravillosa de la misma manera. No podía recordar haberla visto alguna vez sonreír o reír, y sería poco probable que le encantaran las canciones de Will sobre viruela demoníaca.

—No sabía que ella estaba aquí. —Christopher se hizo con una sexta tarta de limón.

—Lo está —dijo Matthew, apareciendo entre el matorral de sombrillas y excursionistas. Se deslizó grácilmente en una posición sentada a lado de Anna, quien lo observó y le guiñó un ojo. Matthew y Anna eran excepcionalmente cercanos; disfrutaban de muchas cosas en común, como ropa a la moda, salones de mala reputación, arte chocante y obras escandalosas—. Apparently, Charles le prometió la noche anterior traerla aquí en nuestro carruaje. Tuvimos que desviarnos a Chiswick para buscarla.

—¿Pudiste observar la Casa Lightwood... la Casa Chiswick? —preguntó Thomas.

—Escuché que está en mal estado.

Matthew sacudió la cabeza.

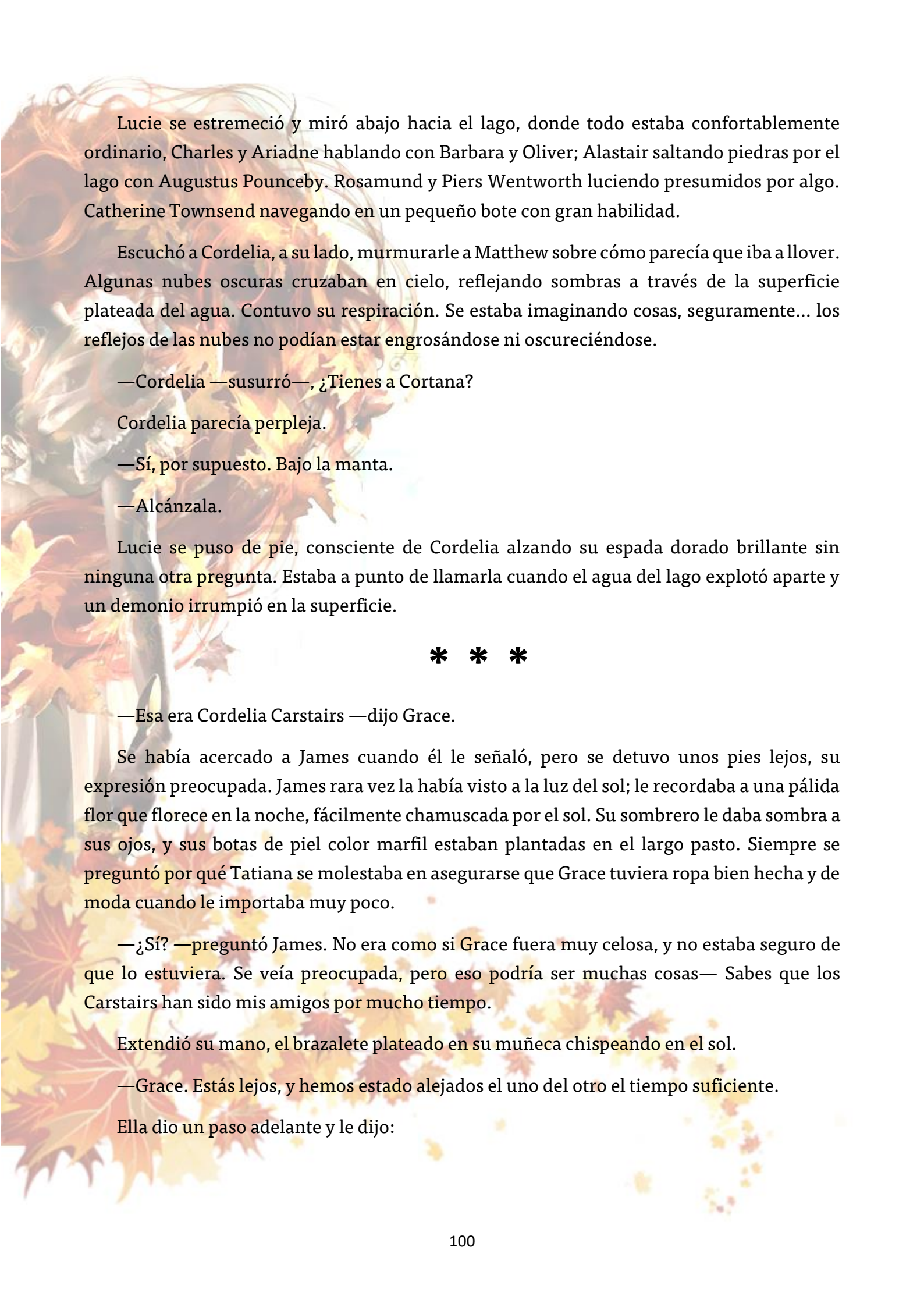
—Grace nos estaba esperando en las puertas del frente cuando llegamos. Lo encontré un poco raro.

La Casa Chiswick había pertenecido una vez a Benedict Lightwood y estaba destinada a ser de sus hijos, Gabriel y Gideon. Todo cambió después de la muerte de Benedict, y al final la recientemente nombrada Casa Chiswick le fue otorgada a Tatiana, a pesar de que se había casado con un Blackthorn.

Tatiana había famosamente dejado al lugar caerse en pedazos, quizás porque después de la muerte de Jesse, había sentido que no había nadie del linaje Blackthorn a quien la casa podría ser heredada. Grace era la pupila adoptada de Tatiana, no su hija de sangre. Cuando Tatiana muriera, la casa regresaría a manos de la Clave, quien incluso podría regresársela a los Lightwood. Tatiana probablemente preferiría quemarla a dejar que eso suceda.

Jesse había dicho que su madre y hermana podían verlo. Cuán extraño debería ser eso, para él y para ellas. Recordó la noche anterior: Jesse diciendo que había muerte en el salón de baile. *Pero no la había*, pensó. Hubo un ataque de demonios en la ciudad, pero fue manejado con facilidad.

¿Pero y si él no se refería a que había muerte ahí anoche? ¿Y si se refería a un peligro mayor que los rodeaba a todos?



Lucie se estremeció y miró abajo hacia el lago, donde todo estaba confortablemente ordinario, Charles y Ariadne hablando con Barbara y Oliver; Alastair saltando piedras por el lago con Augustus Pounceby. Rosamund y Piers Wentworth luciendo presumidos por algo. Catherine Townsend navegando en un pequeño bote con gran habilidad.

Escuchó a Cordelia, a su lado, murmurarle a Matthew sobre cómo parecía que iba a llover. Algunas nubes oscuras cruzaban en cielo, reflejando sombras a través de la superficie plateada del agua. Contuvo su respiración. Se estaba imaginando cosas, seguramente... los reflejos de las nubes no podían estar engrosándose ni oscureciéndose.

—Cordelia —susurró—, ¿Tienes a Cortana?

Cordelia parecía perpleja.

—Sí, por supuesto. Bajo la manta.

—Alcánzala.

Lucie se puso de pie, consciente de Cordelia alzando su espada dorado brillante sin ninguna otra pregunta. Estaba a punto de llamarla cuando el agua del lago explotó aparte y un demonio irrumpió en la superficie.

* * *

—Esa era Cordelia Carstairs —dijo Grace.

Se había acercado a James cuando él le señaló, pero se detuvo unos pies lejos, su expresión preocupada. James rara vez la había visto a la luz del sol; le recordaba a una pálida flor que florece en la noche, fácilmente chamuscada por el sol. Su sombrero le daba sombra a sus ojos, y sus botas de piel color marfil estaban plantadas en el largo pasto. Siempre se preguntó por qué Tatiana se molestaba en asegurarse que Grace tuviera ropa bien hecha y de moda cuando le importaba muy poco.

—¿Sí? —preguntó James. No era como si Grace fuera muy celosa, y no estaba seguro de que lo estuviera. Se veía preocupada, pero eso podría ser muchas cosas— Sabes que los Carstairs han sido mis amigos por mucho tiempo.

Extendió su mano, el brazalete plateado en su muñeca chispeando en el sol.

—Grace. Estás lejos, y hemos estado alejados el uno del otro el tiempo suficiente.

Ella dio un paso adelante y le dijo:

—¿Recuerdas cuando me dijiste todo de Cordelia? ¿El verano después de que tuviste la fiebre escaldante?

Sacudió su cabeza, perplejo. Recordaba la fiebre, por supuesto, y la voz de Cordelia a través del mareo. Ella había sido muy amable, aunque no recordaba haberle contado a Grace sobre ello.

—No, —dijo— no específicamente, pero siempre te he dicho todo, así que difícilmente sería sorprendente.

—No sólo que estaba contigo mientras estuviste enfermo —dijo Grace—, sino sobre *ella*. Sobre Cordelia.

—¿Sobre Cordelia?

Bajó su mano, recordando el Bosque Brocelind, la luz filtrándose debajo de las hojas verdes, la manera en que Grace y él se habían recostado en el pasto y se dijeron el uno al otro todo.

—No creo que sepa tanto sobre ella, —dijo, dándose cuenta con un extraño remordimiento que era verdad. Supuso que podría decirle a Grace que Cordelia le había preguntado si la ayudaba a encontrar un hombre elegible, pero por alguna razón, no quería— ella y su familia siempre han sido retraídos. Lucie la conoce mucho mejor de lo que yo lo hago. Recuerdo una vez...

—¿Qué es? —Grace se había acercado a él. Podía oler su perfume mientras lo miraba hacia arriba. Siempre había sido el mismo aroma de violetas— ¿Qué es lo que recuerdas?

—Lucie se cayó de un risco —dijo lentamente. Era un recuerdo extrañamente borroso. Había un campo de margaritas¹⁵, Cordelia había sido muy valiente, así fue como obtuvo su apodo. Daisy— En Francia. Cordelia estaba con ella. Habría sido una mala caída, pero Cordelia agarró su muñeca y aguantó por horas hasta que las encontramos. Siempre estaré agradecido con ella por salvar a mi hermana.

Le pareció a James que Grace se relajó ligeramente, aunque no podría haber adivinado por qué.

—Lamento haberte interrumpido con tu amiga, —dijo— es sólo que ha pasado mucho desde que estuvimos solos.

James sintió una extraña punzada de inquietud.

¹⁵ Margarita en inglés es Daisy

—Habías estado deseando conocer a Matthew, Cristopher y Thomas, —dijo— podría llevarte...

Ella sacudió su cabeza y él fue sorprendido por su belleza como siempre. Era fría y perfecta, *no, ella no es fría*, se recordó a sí mismo. Se abrazó a si misma fuertemente, porque ella había sido lastimada gravemente por la pérdida de sus padres, por los caprichos y crueldad de Tatiana. Pero eso no era lo mismo que frialdad. Había color en sus mejillas ahora, y sus ojos brillaron con fiereza.

—Quiero que me beses —dijo.

Él nunca pensó en decir que no.

El sol estaba brillante mientras la alcanzaba, tan brillante que lastimaba sus ojos. Él la acercó a si mismo; ella era pequeña, fresca y delgada, delicada como un pájaro.

Su sombrero se deslizó de su cabeza mientras alzaba su cara acercándola a la de él. Sintió la raspadura del cordón contra sus manos mientras rodeaban su cintura, y la fresca y suave presión de sus labios contra los suyos.

El sol era una aguja ardiente que los atravesaba a ambos en un punto. Su pecho se alzó y cayó contra el suyo; ella estaba temblando como si tuviera frío. Sus manos apretaron los hombros de él. Por un momento, él solamente sintió: sus labios contra los del otro, el sabor de ella como pastillas de azúcar en su lengua.

Sus ojos empezaron a arder, aunque estaban cerrados. Se sintió enfermo y sin aire, como si se hubiera zambullido en agua salada y saliera a la superficie por aire demasiado tarde.

Algo estaba mal. Con un jadeo ahogado de náuseas, se separó de Grace.

La mano de Grace fue hacia su boca. Había una mirada en su rostro que él no se esperaba... una mirada de pánico innegable.

—Grace... —empezó, cuando el aire fue repentinamente roto con el sonido de gritos, provenientes del lago. Y no solo una persona gritando, como Oliver la noche anterior, sino múltiples voces, chillando con miedo.

James sostuvo a Grace y la empujó hacia el capricho. Ella no tenía idea de cómo pelear, nunca había sido entrenada. Todavía lo estaba mirando con horror.

—Quédate aquí. —demandó, y corrió hacia el lago.

* * *

Cordelia no lo vio pasar. Para el momento en el que había desenvainado a Cortana, el demonio había salido del agua directamente contra Piers Wentworth. Se desplomó con un aullido de miedo, pataleando y dando golpes.

Instantáneamente hubo una pelea confusa. Los cazadores de sombras estaban gritando –algunos habían saltado hacia Piers, incluyendo a Alastair y Rosamund e intentaban sacar a la criatura de su cuerpo–. Charles empujó a Ariadne detrás suyo, ella se veía exasperada y estaba gritándole a todos que se alejaran del lago. Barbara estaba gritando, palabras que sonaban como “¿Qué es esto? ¿Qué es esto?”

Pero Cordelia podía pensar en una sola cosa: Alastair. Corrió hacia la orilla del lago. Podía ver el cabello brillante de Alastair a través de la multitud desordenada. Mientras se acercaba, vio a Piers yaciendo inmóvil en la orilla del lago: el borde del agua estaba escarlata y más escarlata estaba en las oleadas dentro del lago. Rosamund estaba arrodillada a su lado, gritando. El demonio se había desvanecido, aunque Cordelia no vio a nadie matarlo.

Alastair se había alejado de Piers; Ariadne estaba arrodillada a lado del chico caído, su vestido en la sangre y arena. Mientras Cordelia se acercaba a su hermano, vio que había sangre en él también. Lo alcanzó a través del caos, sin respiración.

—Alastair...

Había una mirada aturdida en su rostro. Su voz lo despabiló: la agarró de su brazo libre y la empujó hacia el pasto.

—Cordelia, regrésate...

Ella miró alrededor salvajemente. Había cazadores de sombras corriendo por todos lados, golpeando caravanas y pisoteando comida.

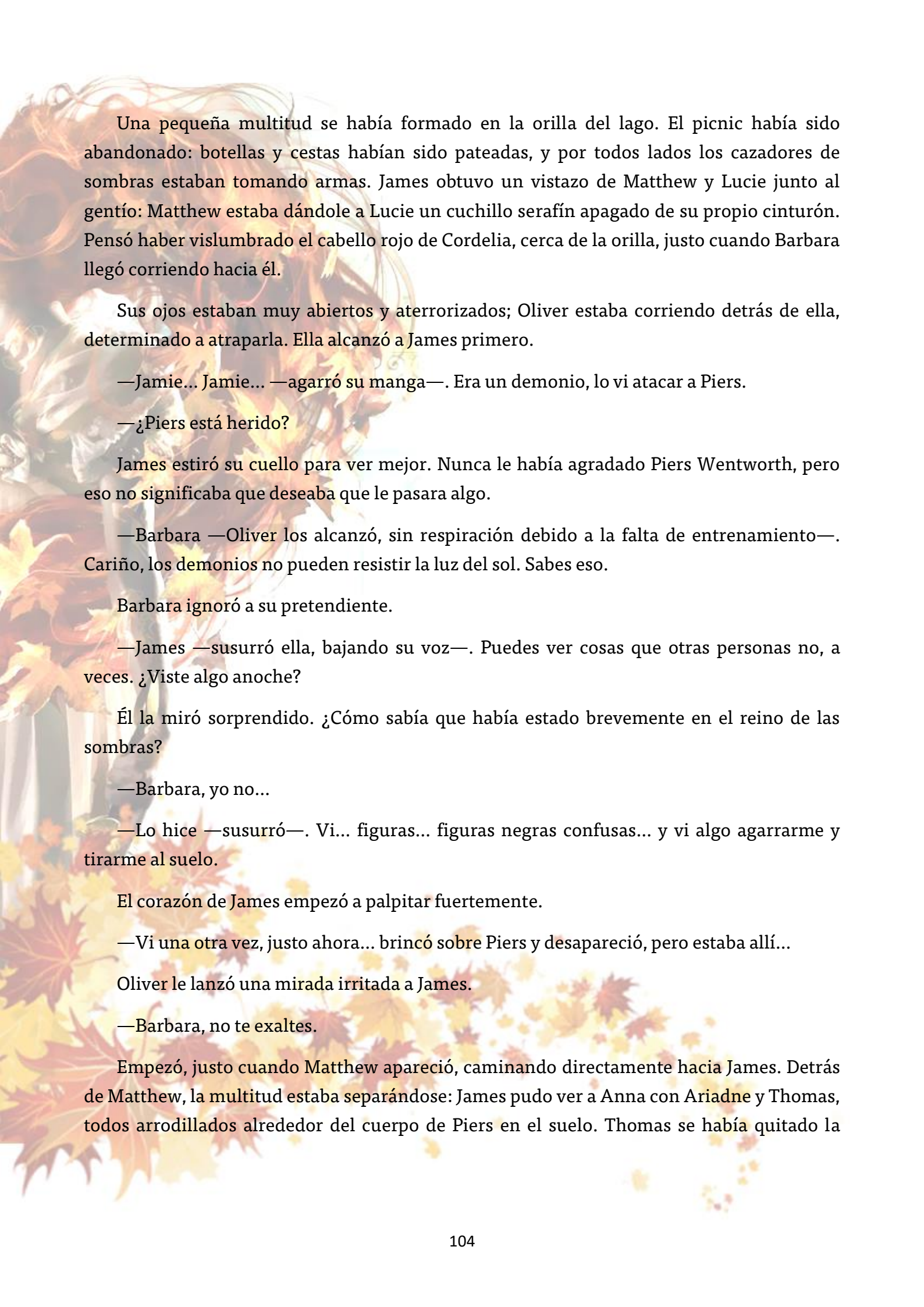
—¿Qué pasó, Alastair? ¿Qué fue?

Él sacudió su cabeza, su expresión desolada.

—No tengo absolutamente idea.

* * *

James corrió por la pendiente de la colina verde hacia el lago. El cielo se había oscurecido, manchado de nubes por todos lados: a la distancia podía ver mundanos apresurándose fuera del parque, cautelosos de la lluvia que se aproximaba. El agua del parque había cambiado de plateada a gris, ondulándose con viento fuerte.



Una pequeña multitud se había formado en la orilla del lago. El picnic había sido abandonado: botellas y cestas habían sido pateadas, y por todos lados los cazadores de sombras estaban tomando armas. James obtuvo un vistazo de Matthew y Lucie junto al gentío: Matthew estaba dándole a Lucie un cuchillo serafín apagado de su propio cinturón. Pensó haber vislumbrado el cabello rojo de Cordelia, cerca de la orilla, justo cuando Barbara llegó corriendo hacia él.

Sus ojos estaban muy abiertos y aterrorizados; Oliver estaba corriendo detrás de ella, determinado a atraparla. Ella alcanzó a James primero.

—Jamie... Jamie... —agarró su manga—. Era un demonio, lo vi atacar a Piers.

—¿Piers está herido?

James estiró su cuello para ver mejor. Nunca le había agradado Piers Wentworth, pero eso no significaba que deseaba que le pasara algo.

—Barbara —Oliver los alcanzó, sin respiración debido a la falta de entrenamiento—. Cariño, los demonios no pueden resistir la luz del sol. Sabes eso.

Barbara ignoró a su pretendiente.

—James —susurró ella, bajando su voz—. Puedes ver cosas que otras personas no, a veces. ¿Viste algo anoche?

Él la miró sorprendido. ¿Cómo sabía que había estado brevemente en el reino de las sombras?

—Barbara, yo no...

—Lo hice —susurró—. Vi... figuras... figuras negras confusas... y vi algo agarrarme y tirarme al suelo.

El corazón de James empezó a palpar fuertemente.

—Vi una otra vez, justo ahora... brincó sobre Piers y desapareció, pero estaba allí...

Oliver le lanzó una mirada irritada a James.

—Barbara, no te exaltes.

Empezó, justo cuando Matthew apareció, caminando directamente hacia James. Detrás de Matthew, la multitud estaba separándose: James pudo ver a Anna con Ariadne y Thomas, todos arrodillados alrededor del cuerpo de Piers en el suelo. Thomas se había quitado la

chaqueta y la presionaba contra la garganta de Piers, incluso desde ahí, James podía ver la sangre.

—¿Dónde está Charles?

Preguntó James cuando Matthew se acercó: Charles era, después de todo, lo más cercano al Cónsul que tenían allí.

—Fue a poner guardias para mantener a los mundanos lejos —dijo Matthew.

El viento se estaba alzando, arrastrando las hojas dentro de pequeños torbellinos.

—Justo ahora, alguien necesita llevar a Piers a la enfermería

—¿Piers está vivo? —preguntó James.

—Si, pero no se ve bien —dijo Matthew, alzando su voz para ser escuchado por encima del viento—. Le están poniendo iratzes, pero no están funcionando.

James encontró la mirada de Matthew con la suya. Solamente había pocos tipos de heridas que las runas de curación no podían curar. Heridas infectadas con veneno de demonio estaban entre ellas.

—Te dije —chilló Barbara—, el demonio arañó su garganta...

Se quebró, observando hacia el borde lejano del área cubierta de hierba, donde los árboles rodeaban el lago.

James siguió su mirada y se tensó con horror. El parque era un paisaje gris a través del cual el viento se apresuraba: el lago estaba negro, y los botes en él se retorcían y hundían extrañamente. Nubes del color de moretones corrían a través de un cielo del color del acero. La única luminosidad que podía ver era una luz dorado brillante a la distancia, pero estaba atrapada con la multitud de nefilim como una luciérnaga atrapada en un frasco; no podía identificar qué era.

Las ramas de los árboles se movían de un lado a otro en el viento creciente. Estaban llenos de figuras, negras confusas, tal como Barbara había dicho. Sombras con garras arrancadas de una mayor oscuridad. Cuántas eran, James no podía decirlo. Docenas, al menos.

Matthew estaba observando, su rostro blanco. *Él puede ver lo que yo veo*, se dio cuenta James. *Él las puede ver también.*

Saltando de los árboles, los demonios corrieron hacia ellos.



Los demonios corrían como sabuesos del infierno a través del pasto, brincando y agitando, absolutamente silenciosos. Su piel era áspera y corrugada, del color del ónix; sus ojos de negro flameante. Atravesaron el parque bajo el cielo oscuro y ennegrecido por las nubes. Junto a Cordelia, Alastair sacó un cuchillo serafín desde el bolsillo de su chaqueta y lo sostuvo en alto.

—¡Micah! —chilló, cada cuchillo serafín necesitaba el nombre de un ángel para ser activado.

El tenue brillo del cuchillo se volvió una hoguera. Hubo un repentino motín de iluminación mientras los cuchillos serafines se encendían por todos lados; Cordelia podía escuchar los nombres de los ángeles siendo llamados, pero las voces de los cazadores de sombras eran lentas, con estupor. Había sido un largo tiempo de paz relativa y nadie esperaba actividad demoníaca durante el día.

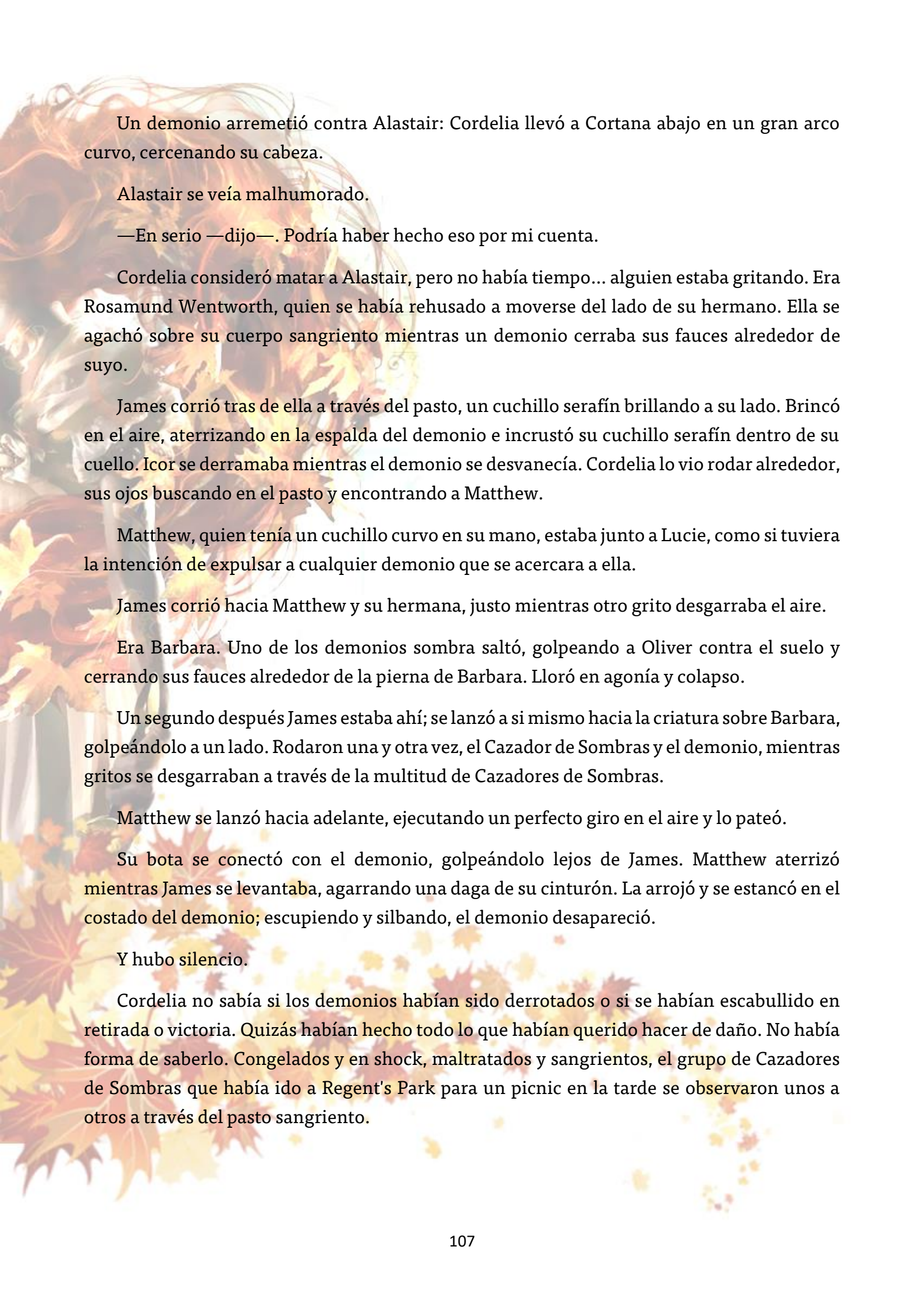
Pero aquí estaba. Los demonios surgían como una ola y se estrellaban contra los nefilim.

Cordelia nunca había esperado encontrarse a sí misma en medio de una batalla. El cortar unos cuantos demonios aquí y allá en patrullaje era algo que había esperado, pero esto... esto era caos. Dos demonios con cara de perros salvajes se arrojaron hacia Charles y Ariadne, él se paró frente a ella y fue golpeado en el costado. Cordelia escuchó a alguien llamar el nombre de Charles, un momento después el segundo demonio estaba sobre Ariadne. Sus fauces se cerraron en su hombro y empezaron a arrastrar su cuerpo por el pasto mientras ella pataleaba y forcejeaba.

Cordelia comenzó a andar tras de ella, pero una sombra se levantó frente a ella, una sombra negra con mandíbulas y ojos como carbones rojos. No había espacio en ella para gritar. Su espada giró en un arco flameante. Dorado cortando a través de la sombra: icor derramado, y ella casi se tropieza. Se giró para ver que Anna había corrido al lado de Ariadne, con una larga daga de plata en su mano. La hundió en la espalda del demonio atacante y se desvaneció en una nube de icor.

Más demonios emergieron por delante. Anna lanzó una mirada sin ayuda hacia Ariadne, yaciendo en el pasto ensangrentado y volteó hacia atrás con un sollozo; pronto se le habían unido otros—Thomas, sus *bolas*¹⁶ atravesando el aire, y Barbara y Lucie, armadas con cuchillos serafín.

¹⁶ No sean malpensados.



Un demonio arremetió contra Alastair: Cordelia llevó a Cortana abajo en un gran arco curvo, cercenando su cabeza.

Alastair se veía malhumorado.

—En serio —dijo—. Podría haber hecho eso por mi cuenta.

Cordelia consideró matar a Alastair, pero no había tiempo... alguien estaba gritando. Era Rosamund Wentworth, quien se había rehusado a moverse del lado de su hermano. Ella se agachó sobre su cuerpo sangriento mientras un demonio cerraba sus fauces alrededor de suyo.

James corrió tras de ella a través del pasto, un cuchillo serafín brillando a su lado. Brincó en el aire, aterrizando en la espalda del demonio e incrustó su cuchillo serafín dentro de su cuello. Icor se derramaba mientras el demonio se desvanecía. Cordelia lo vio rodar alrededor, sus ojos buscando en el pasto y encontrando a Matthew.

Matthew, quien tenía un cuchillo curvo en su mano, estaba junto a Lucie, como si tuviera la intención de expulsar a cualquier demonio que se acercara a ella.

James corrió hacia Matthew y su hermana, justo mientras otro grito desgarraba el aire.

Era Barbara. Uno de los demonios sombra saltó, golpeando a Oliver contra el suelo y cerrando sus fauces alrededor de la pierna de Barbara. Lloró en agonía y colapso.

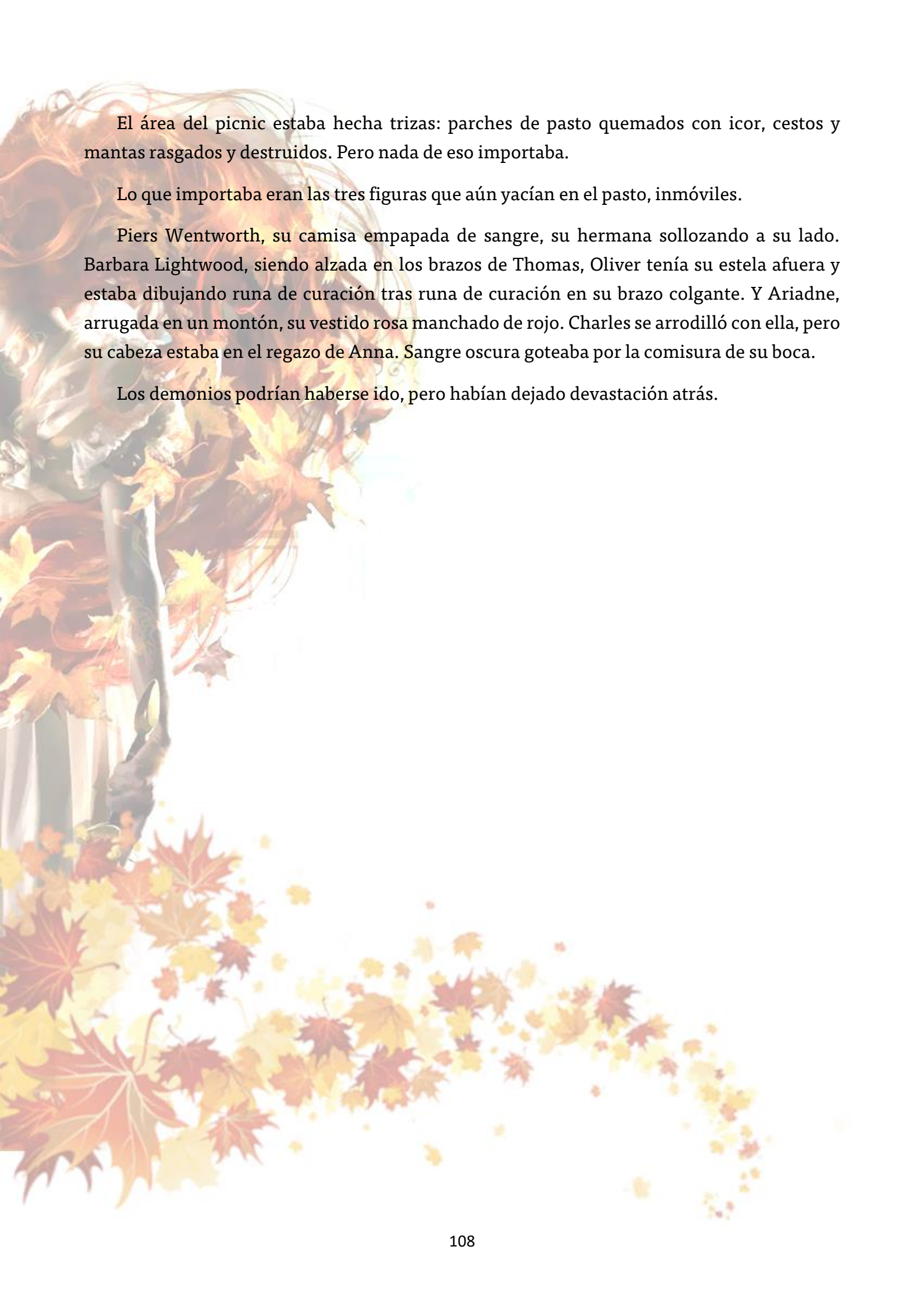
Un segundo después James estaba ahí; se lanzó a si mismo hacia la criatura sobre Barbara, golpeándolo a un lado. Rodaron una y otra vez, el Cazador de Sombras y el demonio, mientras gritos se desgarraban a través de la multitud de Cazadores de Sombras.

Matthew se lanzó hacia adelante, ejecutando un perfecto giro en el aire y lo pateó.

Su bota se conectó con el demonio, golpeándolo lejos de James. Matthew aterrizó mientras James se levantaba, agarrando una daga de su cinturón. La arrojó y se estancó en el costado del demonio; escupiendo y silbando, el demonio desapareció.

Y hubo silencio.

Cordelia no sabía si los demonios habían sido derrotados o si se habían escabullido en retirada o victoria. Quizás habían hecho todo lo que habían querido hacer de daño. No había forma de saberlo. Congelados y en shock, maltratados y sangrientos, el grupo de Cazadores de Sombras que había ido a Regent's Park para un picnic en la tarde se observaron unos a otros a través del pasto sangriento.



El área del picnic estaba hecha trizas: parches de pasto quemados con icor, cestos y mantas rasgados y destruidos. Pero nada de eso importaba.

Lo que importaba eran las tres figuras que aún yacían en el pasto, inmóviles.

Piers Wentworth, su camisa empapada de sangre, su hermana sollozando a su lado. Barbara Lightwood, siendo alzada en los brazos de Thomas, Oliver tenía su estela afuera y estaba dibujando runa de curación tras runa de curación en su brazo colgante. Y Ariadne, arrugada en un montón, su vestido rosa manchado de rojo. Charles se arrodilló con ella, pero su cabeza estaba en el regazo de Anna. Sangre oscura goteaba por la comisura de su boca.

Los demonios podrían haberse ido, pero habían dejado devastación atrás.

5

CAÍDOS CON LA NOCHE

Traducido por: BLACKTHORN, Lost Carstairs

Corregido por: Jeivi37, BLACKTHORN

“Las lámparas de gas brillaban en una línea dorada;

Las luces rubías de los cabriolés brillaban,

Mirada y parpadeo como el brillo de las luciérnagas;

El viento había caído con la noche,

Y otra vez el pueblo se veía justo

Frustrar la niebla que cuelga en el aire”

—Amy Levy, *Un Día de Marzo en Londres*

Cordelia se apoyó cerca de Lucie mientras daban tumbos por las calles en el carruaje del Instituto, rodeados del borroso tráfico de ómnibuses, motocicletas, y peatones. Los anuncios pasaban volando. EL HOTEL HORSESHORE. CERVEZA THREE-GUINEA. LOS NUEVOS VAPORES PALACE. Carteles publicitarios de sastres y pescaderías tónicos para el cabello e impresión barata. Un mundo increíblemente distante del que Cordelia acababa de dejar atrás en Regent's Park. Un mundo donde pequeñas cosas importaban.

Matthew estaba sentado en el asiento tapizado del carruaje, agarrando los cojines del asiento con sus puños. Su cabello sobresalía locamente. La sangre y el icor mancharon su chaqueta de lino y su corbata de seda.

En el momento en el que los demonios se habían ido, James había cogido a Balios, uno de los caballos favoritos de su padre, esperando llegar al Instituto y prepararlos para la llegada de los heridos. Charles se había largado con Ariadne en el carruaje del Cónsul, dejando a Matthew para que acompañara a Lucie y Cordelia.

Alastair había vuelto a Kensington para decirle a Sona lo que había pasado. Cordelia estaba medio agradecida por las quemaduras de icor en sus manos. Ella le había dicho que necesitaría tratamiento en la enfermería del Instituto, y, además, podría potencialmente quedarse para ofrecer ayuda y asistencia. Después de todo, debían ser conscientes de la impresión que estaban dando a la Énclave.

—¿Ahora? —él discutió, con bruscos ojos oscuros— ¿En este momento estás preocupada sobre la impresión que estamos dando en Londres?

—Es importante, Alastair. —le contestó— Es por padre.

Alastair no continuó protestando. Cordelia había estado un poco sorprendida; sabía que él pensaba que sus planes no tenían sentido. Habían discutido sobre ello en Cirenworth, y ella le había dicho que no comprendía por qué no apoyaba a su padre con ella, por qué él se veía como si no hubiera esperanzas cuando aún no lo habían intentado todo. Él solo le dijo que ella no lo entendía.

—Aún no veo cómo es posible —dijo Lucie—. Los demonios no salen durante el día. Simplemente no lo hacen.

—He oído de ellos apareciendo debajo de una gruesa capa de nubes antes, —dijo Cordelia— Si la luz del sol no podía atravesarla...

Matthew dio una risa ronca.

—Eso no era una tormenta natural. Aunque nunca había oído de demonios que pueden controlar el tiempo, tampoco.

Sacó una petaca plateada del bolsillo de su chaleco. Lucie le dio una mirada aguda antes de mirar hacia otro lado.

—¿Vieron las heridas? —preguntó—. No he visto nunca nada como eso. La piel de Barbara se volvía negra en los bordes donde fue mordida.

—Tú nunca has visto nada como eso porque nunca ha habido nada como eso —dijo Matthew— ¿Demonios que traen su propia noche con ellos? ¿Qué nos atacan cuando estamos vulnerables porque creemos que no podemos ser asaltados?

—Matthew —dijo Cordelia bruscamente—. Deja de asustar a Lucie cuando no sabemos siquiera a lo que nos enfrentamos aún.

Él tomó un trago de su petaca cuando el carruaje se sacudió a través de Ludgate Circus y en Fleet Street. Cordelia podía oler el fuerte, dulce perfume del alcohol, familiar de su infancia.

—Lucie no tiene miedo ¿O sí, Luce?

Lucie cruzó sus brazos en su pecho.

—Estoy asustada por Barbara y Ariadne, y por Piers —dijo —¿No estás preocupado? Barbara es nuestra familia, y Ariadne es una de las personas más amables que conozco.

—No hay ningún tipo de protección especial para la gente amable —Matthew empezó, pero se interrumpió cuando Cordelia lo miró fijamente. Tomó otro trago de su petaca y mostró sus dientes—. Si, estoy siendo una bestia. Lo sé perfectamente.

—Entonces para de hacerlo —dijo Cordelia—. Mi padre siempre dice que para entrar en pánico antes de tener todos los hechos era luchar la batalla del enemigo por él.

—Pero ¿Quién es el enemigo? —dijo Lucie—. Los demonios, supongo, pero los demonios normalmente atacan sin una estrategia o método. Estos demonios burlaron a cualquier mundano en el parque y fueron directamente a nosotros.

—Los demonios no siempre son aleatorios en sus acciones, —dijo Cordelia—. Quizás un mago que había convocado a un grupo de demonios es el responsable, o incluso un demonio mayor entreteniéndose. Los demonios ordinarios son como animales, pero si por lo que entiendo correctamente, los demonios mayores pueden ser un poco como las personas.

Habían llegado al Instituto. Matthew le dirigió una rápida mirada de sorpresa cuando el carruaje rodó debajo la puerta con la cita en latín: PLUVIS ET UMBRA SUMUS.

Somos polvo y sombras.

Mientras llegaban a una escalera corrediza en el patio, Matthew alcanzó para tirar de la puerta abierta del carruaje. Se deslizó abajo y se giró para ayudar a Cordelia y Lucie después de él. El patio estaba ya repleto de carruajes. Cordelia reconoció el símbolo de la familia del Inquisidor, un puente de arco, en uno de ellos. También podía ver a Balios, sus riendas atadas en un poste en frente de los escalones. Sus costados estaban espumosos con el sudor; James debió cabalgar como alma que lleva el diablo a través de las calles.¹⁷

Mientras otro carruaje empezó a pasar debajo de la puerta, Matthew se fijó en su petaca, la cual estaba aparentemente vacía.

—Creo que daré un paseo —dijo—. Debería volver en breve.

—¡Matthew! —Lucie lucía horrorizada—. Pero la enfermería... y Thomas nos necesita.

—No me gustan los enfermos.

Dijo brevemente, y se alejó, claramente eligiendo sus pasos muy cautelosamente. Cordelia se preguntó qué había habido en su petaca. Algo bastante fuerte, supuso.

Lucie se veía furiosa.

—¿Cómo puede...?

Ella se interrumpió cuando un nuevo carruaje vino a la entrada y Gabriel y Cecily Lightwood se arrojaron fuera. Gabriel se veía atormentado; Cecily al lado suyo, estaba

¹⁷ En original ridden hell-for-leather, que literalmente significa infierno por cuero.

llevando en brazos a un muy pequeño niño de cabello negro y ojos azules. Cordelia supuso que era Alexander, el primo más pequeño de Lucie.

—¡Lucie! —Cecily exclamó, apurándose hacia su sobrina.

Cordelia retrocedió con un sentimiento de incomodidad. Era un agudo recordatorio de qué tan lejos ella había crecido de todo esto. No sólo geográficamente, también socialmente. Al menos Alastair estuvo un tiempo en la Academia. Este mundo, el mundo de Lucie y James, era un mundo de familia y amigos que se quieren los unos a los otros, pero que no la conocían para nada.

—Pero no lo entiendo —estaba diciendo Cecily— Sé lo que decía el mensaje de Anna, pero ¿Un demonio que ataque a plena luz del día? Eso no tiene sentido para nada. ¿No podría haber sido otra cosa?

—Quizás, tía Cecily, pero esas criaturas dejaron la clase de heridas que dejan los demonios —dijo Lucie— Y su sangre era icor.

Gabriel puso una mano en el hombro de Lucie.

—La mitad de la Énclave ha sido enviada al parque para ayudar a aquellos que aún siguen allí y determinar qué ocurrió. Lo más probable es que sea una ocurrencia rara, Luce. Horrible, pero improbable de que vuelva a suceder.

—Y Jem, el hermano Zachariah estará aquí con los otros hermanos silenciosos —dijo Cecily, mirando hacia el Instituto—. Ellos curarán a Barbara y a los otros. Sé que lo harán.

Hermano Zachariah. Jem.

Por supuesto que él estaría aquí, Cordelia se dio cuenta. Jem Carstairs era un dedicado hermano silencioso, y leal al Instituto de Londres. *Podría hablar con él, pensó. Sobre mi padre.*


Jem estaba aquí para curar, ella lo sabía. Pero su padre necesitaba ayuda tanto como cualquiera, y habían otros hermanos silenciosos en el Instituto.

Mirando desde Gabriel hasta Cecily, dijo.

—¿Les importa si los acompaño a la enfermería? Si hay vendajes ahí, podría envolver mis manos...

Lucie parecía arrepentida.

—¡Daisy! ¡Tus manos! Debería haberte dado una docena de iratzes, cientos de iratzes. Es solo que tú has sido tan valiente con tus heridas...



Oh, cielos. Cordelia no quería hacer que Lucie se sintiera culpable.

—En realidad, solo están un poco lastimadas.

Cecily le sonrió.

—Hablando como un verdadero Carstairs. Jem nunca admitió cuando estaba lastimado tampoco —Besó la coronilla de la cabeza de Alexander mientras él peleaba para que le bajaran— Vamos Lucie, llevemos a tu futura parabatai a la enfermería.

* * *

James nunca antes había visto la enfermería como ahora. Claro que había oído historias de su madre y su padre sobre las consecuencias de la guerra mecánica, los muertos y los heridos, pero durante todo el tiempo que había vivido aquí, raramente hubo más de uno o dos pacientes en la enfermería. Thomas había terminado una vez ahí por una semana cuando se cayó de un árbol y se rompió la pierna. Estuvieron toda la noche despiertos jugando cartas y comiendo las tartas de mermeladas de Bridget. James había estado decepcionado cuando las runas curativas al fin funcionaron y Thomas se fue a casa.

El escenario era muy diferente ahora. La habitación estaba ya abarrotada. Había muchos cazadores de sombras que habían sido quemados por el icor o quienes tenían cortes o moretones. Una improvisada estación de enfermería se había puesto en la encimera, donde Tessa y Will, con la ayuda de los hermanos silenciosos, estaban repartiendo vendas y runas curativas a cualquiera que lo necesitara.

Los tres cazadores de sombras con las heridas más serias habían sido situados en camas al final de la habitación, donde una pantalla les tapaba parcialmente del caos del resto de la enfermería. James no ayudaría mirando, pensó, especialmente a Thomas. El resto de Lightwoods no habían llegado todavía, y Thomas se sentó en silencio al lado de Barbara. James había intentado sentarse con él, pero Thomas le había pedido estar solo con Barbara. Él sostenía la mano de su hermana mientras el tío Jem la atendía. Seguía tumbada, solo con el movimiento de su respiración.

El Hermano Shadrach, el Hermano Enoch y Jem habían llegado solo un momento después de que James había dado la noticia del ataque al Instituto. Shadrach se inclinó sobre Piers, tratándolo con un tinte que tenía que reemplazar parte de la sangre perdida. El Hermano Enoch se inclinó hacia Ariadne con aspecto lúgubre. El inquisidor Bridgestock y su mujer estaban apiñados no muy lejos de su hija, intercambiando miradas preocupadas. Habían sido una pareja sin hijos antes de que adoptaran del Instituto de Bombay a la huérfana Ariadne. Charles se desplomó en una silla cercana. Como Barbara, Ariadne estaba inmóvil

salvo por la respiración superficial. Uno podía ver el trazo de sus venas debajo de su piel en sus muñecas y sienes.

James todavía estaba sucio de la hierba, y el sudor; sin embargo, estuvo de pie detrás de la encimera, recortando y enrollando vendajes. Si Thomas no lo tuviera, ayudaría de cualquier otra manera. Podía oír fragmentos de conversaciones flotando por encima de la silenciosa agitación de voces.

—*Eran demonios, Townsend. O bien eran demonios o algún tipo de criatura que nunca hemos visto antes.*

—*Estas son las marcas del ataque de un demonio, de garras y dientes. No hay ninguna herida que un Subterráneo pueda infligir que sea inmune a las runas curativas, pero éstas lo son. Tenemos que encontrar qué veneno hay en sus cuerpos y trabajar en curarlo.*

—*¿Pero a la luz del día...?*

—*¿Quién sigue en el parque? ¿Nadie tienen una lista de nombres de quienes fueron al picnic? Debemos estar seguros de que nadie se quedó atrás...*

James pensó en Grace. Deseó poder hablar con ella después del ataque, pero Balios, aún con cerca de veintiocho años, era por lejos el caballo más rápido en el parque, y sólo James podía montarlo. James o Lucie, y Lucie hubiera querido quedarse con Cordelia.

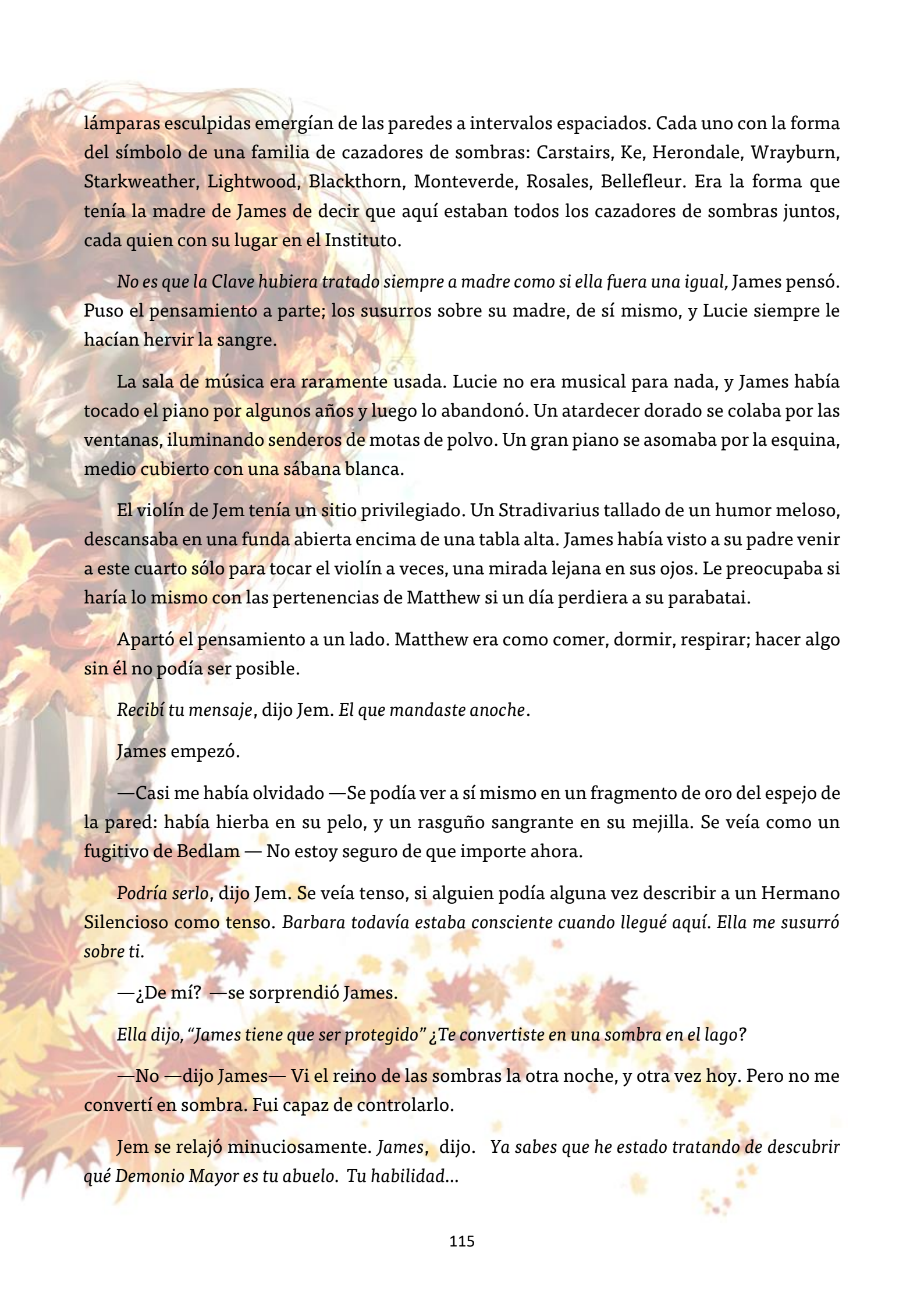
Al final, había estado Christopher, lucía más asustado que él durante la batalla contra los demonios, quien se había ofrecido a llevar a Grace de vuelta a Chiswick en su carruaje. Charles, por supuesto, ya se había apresurado al Instituto con Ariadne. James pudo evitar temer la reacción de Tatiana al ataque. Parecía enteramente dentro de su comportamiento habitual decidir que Londres era demasiado peligroso y arrastrar a Grace de vuelta a Idris.

James. La voz era silenciosa, un eco en su cabeza. Él supo al instante quién era, por supuesto. Solo los hermanos silenciosos hablaban así, y nunca confundiría a Jem con nadie más.

—*¿James, te importa si tengo unas palabras contigo?*

James alzó la mirada para ver a Jem, alto y oscuro en su túnica de color pergamino, saliendo de la enfermería. Dejando los vendajes, se deslizó fuera de la puerta y se adentró en el corredor de fuera. Siguió a su tío a la sala de música, ninguno de ellos hablando mientras iban.

Los corredores del Instituto habían sido rediseñados por Tessa hace algunos años, el oscuro papel victoriano se fue en favor de una pintura clara y piedra de verdad. Elegantes



lámparas esculpidas emergían de las paredes a intervalos espaciados. Cada uno con la forma del símbolo de una familia de cazadores de sombras: Carstairs, Ke, Herondale, Wrayburn, Starkweather, Lightwood, Blackthorn, Monteverde, Rosales, Bellefleur. Era la forma que tenía la madre de James de decir que aquí estaban todos los cazadores de sombras juntos, cada quien con su lugar en el Instituto.

No es que la Clave hubiera tratado siempre a madre como si ella fuera una igual, James pensó. Puso el pensamiento a parte; los susurros sobre su madre, de sí mismo, y Lucie siempre le hacían hervir la sangre.

La sala de música era raramente usada. Lucie no era musical para nada, y James había tocado el piano por algunos años y luego lo abandonó. Un atardecer dorado se colaba por las ventanas, iluminando senderos de motas de polvo. Un gran piano se asomaba por la esquina, medio cubierto con una sábana blanca.

El violín de Jem tenía un sitio privilegiado. Un Stradivarius tallado de un humor meloso, descansaba en una funda abierta encima de una tabla alta. James había visto a su padre venir a este cuarto sólo para tocar el violín a veces, una mirada lejana en sus ojos. Le preocupaba si haría lo mismo con las pertenencias de Matthew si un día perdiera a su parabatai.

Apartó el pensamiento a un lado. Matthew era como comer, dormir, respirar; hacer algo sin él no podía ser posible.

Recibí tu mensaje, dijo Jem. *El que mandaste anoche.*

James empezó.

—Casi me había olvidado —Se podía ver a sí mismo en un fragmento de oro del espejo de la pared: había hierba en su pelo, y un rasguño sangrante en su mejilla. Se veía como un fugitivo de Bedlam — No estoy seguro de que importe ahora.

Podría serlo, dijo Jem. Se veía tenso, si alguien podía alguna vez describir a un Hermano Silencioso como tenso. *Barbara todavía estaba consciente cuando llegué aquí. Ella me susurró sobre ti.*

—¿De mí? —se sorprendió James.

Ella dijo, “James tiene que ser protegido” ¿Te convertiste en una sombra en el lago?

—No —dijo James— Vi el reino de las sombras la otra noche, y otra vez hoy. Pero no me convertí en sombra. Fui capaz de controlarlo.

Jem se relajó minuciosamente. *James*, dijo. *Ya sabes que he estado tratando de descubrir qué Demonio Mayor es tu abuelo. Tu habilidad...*

—No es una habilidad —dijo James— Es una maldición.

No es una maldición, El tono de Jem era afilado. No es una maldición tanto como no es una maldición la magia de los brujos, o la habilidad de tu madre tampoco es una maldición.

—Siempre me has dicho que es peligroso —dijo James.

Algunos dones son peligrosos. Y este es un don, aunque puede venir de la sangre de los ángeles caídos.

—Un don que no puedo usar para nada —dijo James— Anoche en la fiesta, cuando me deslicé en la oscuridad, vi a Barbara arrancada de la tierra por una sombra. Entonces hoy en el lago ella fue arrastrada a la tierra por un demonio con los dientes en su pierna. —tensó su mandíbula— No sé lo que significa. No me ayudaron las visiones, o me dejaron ayudar a Barbara o a los otros. —Dudó— Quizás si volviera a las lecciones, podemos aprender más sobre el reino de las sombras, si tal vez está tratando de darme algún tipo de señal.

Sería sabio por nuestra parte el continuar con las lecciones, si dijo Jem. Pero no podemos empezar ahora. El veneno que consume a aquellos que han sido atacados no es como nada que haya visto antes, ninguno de los otros Hermanos Silenciosos lo conoce. Debemos doblar toda nuestra voluntad ahora para encontrar la cura.

La puerta se abrió y Will metió su cabeza dentro de la sala de música. Se veía cansado, sus mangas enrolladas hasta el codo, su camisa salpicada con tintas y pomada. Aun así, sonrió cuando vio a James y Jem.

—¿Está todo bien?

—Tío Jem se preocupaba por mí. —dijo James— Pero estoy bastante bien.

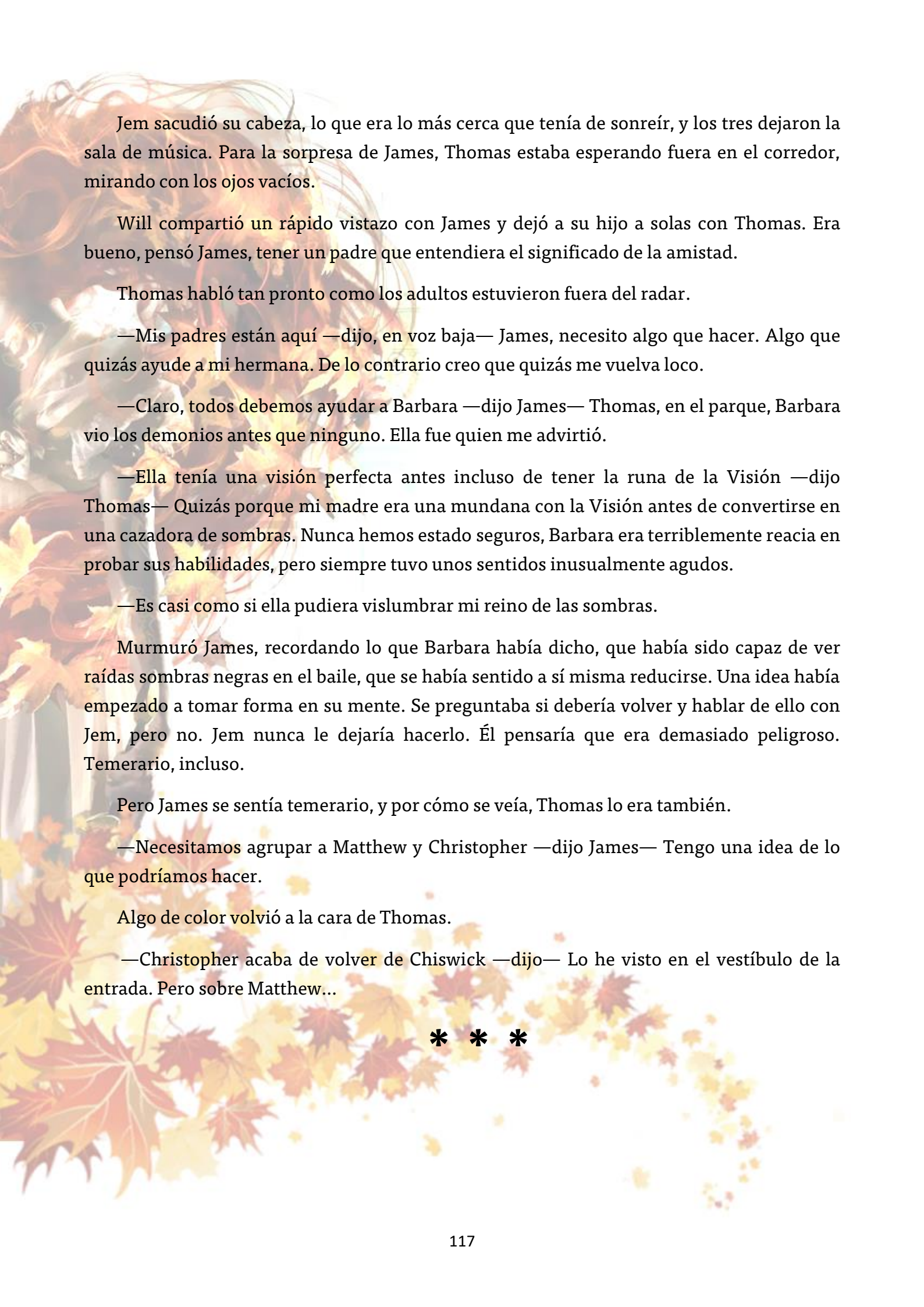
Will se acercó hacia su hijo y le cogió en un rápido y brusco abrazo.

—Estoy contento de oírlo, Jamie Bach. Gideon y Sophie han llegado, y verlos con Barbara... —Le besó la coronilla a James— No soporto la idea.

Debo regresar a la enfermería, dijo Jem. Tengo mucho que hacer allí todavía.

Will asintió, liberando a James.

—Sé que Gideon y Sophie se sentirán mejor si eres uno de los que atiende a Barbara. No es por insultar al Hermano Shadrach, quien estoy seguro es un excelente y bien respetado miembro de la Hermandad.



Jem sacudió su cabeza, lo que era lo más cerca que tenía de sonreír, y los tres dejaron la sala de música. Para la sorpresa de James, Thomas estaba esperando fuera en el corredor, mirando con los ojos vacíos.

Will compartió un rápido vistazo con James y dejó a su hijo a solas con Thomas. Era bueno, pensó James, tener un padre que entendiera el significado de la amistad.

Thomas habló tan pronto como los adultos estuvieron fuera del radar.

—Mis padres están aquí —dijo, en voz baja— James, necesito algo que hacer. Algo que quizás ayude a mi hermana. De lo contrario creo que quizás me vuelva loco.

—Claro, todos debemos ayudar a Barbara —dijo James— Thomas, en el parque, Barbara vio los demonios antes que ninguno. Ella fue quien me advirtió.

—Ella tenía una visión perfecta antes incluso de tener la runa de la Visión —dijo Thomas— Quizás porque mi madre era una mundana con la Visión antes de convertirse en una cazadora de sombras. Nunca hemos estado seguros, Barbara era terriblemente reacia en probar sus habilidades, pero siempre tuvo unos sentidos inusualmente agudos.

—Es casi como si ella pudiera vislumbrar mi reino de las sombras.

Murmuró James, recordando lo que Barbara había dicho, que había sido capaz de ver raídas sombras negras en el baile, que se había sentido a sí misma reducirse. Una idea había empezado a tomar forma en su mente. Se preguntaba si debería volver y hablar de ello con Jem, pero no. Jem nunca le dejaría hacerlo. Él pensaría que era demasiado peligroso. Temerario, incluso.

Pero James se sentía temerario, y por cómo se veía, Thomas lo era también.

—Necesitamos agrupar a Matthew y Christopher —dijo James— Tengo una idea de lo que podríamos hacer.

Algo de color volvió a la cara de Thomas.

—Christopher acaba de volver de Chiswick —dijo— Lo he visto en el vestíbulo de la entrada. Pero sobre Matthew...

* * *

Cordelia había determinado ser útil en la enfermería. Era la única manera de poder estar segura de que no sería echada de ahí¹⁸. Después de todo, ninguno de los heridos era pariente o incluso amigos suyos. Y no parecía hacer muchos amigos nuevos a este paso.

Lucie había sido reclutada para el servicio también. Docenas de tarros etiquetados y ollas habían sido cogidos de los armarios detrás de la encimera de mármol donde Tessa estaba dirigiendo el reparto de ingredientes de tintes y pociones. Las propias manos de Cordelia habían sido cubiertas con bálsamo y enrolladas en vendas; Se veían como patas blancas mientras manipulaba la argamasa y el mortero que le habían dado.

El frente de la enfermería se había ocupado con los que tenían rasguños, esguinces y quemaduras. Las tinturas y los bálsamos eran la mayoría para ellos. Lucie estaba ocupada ayudándoles, su alegre flujo de charla audible por encima del bajo zumbido de otra conversación. Una pantalla había sido puesta en frente del punto más lejano al final del cuarto, y Cordelia estaba casi feliz por ello: fue horrible ver a Sophie y a Gideon Lightwood derrumbarse al lado de la cama de Bárbara, o incluso Rosamund sentada en silencio al lado de su hermano. Cordelia se arrepintió de haber albergado alguna vez pensamientos poco caritativos hacia los Wentworths. Nadie se merecía esto.

—Está todo bien —La voz de Tessa era gentil. La madre de James estaba ocupada cortando finamente la artemisa en un tazón; echó una mirada compasiva a Cordelia— He visto a los Hermanos Silenciosos devolver a la gente de cosas mucho peores.

Cordelia agito su cabeza.

—Yo no. Supongo que he sido sobreprotegida.

—Todos lo hemos sido, en algún momento —dijo Tessa— El estado natural de los cazadores de sombras es la batalla. Cuando se está siempre en marcha, no hay tiempo para parar y pensar que no es una condición ideal para la felicidad. Los cazadores de sombras no son adecuados para un estado idílico, aun así, hemos tenido esos tiempos de la década pasada más o menos. Tal vez hemos empezado a creernos invencibles.

—La gente sólo es invencible en los libros —dijo Cordelia.

—Creo que encontraras la mayoría de las veces, no incluso entonces —dijo Tessa— Pero al menos nosotros podemos siempre coger un libro y leerlo de nuevo. Las historias nos ofrecen cientos de nuevos comienzos.

¹⁸ Traducido de "She Wouldn't be tossed out on her ear" que literalmente significa que no sería arrojada sobre su oreja.

Eso era verdad, pensó Cordelia. Ella había leído la historia de Layla y Majnun un millón de veces, y cada vez el principio era emocionante, incluso sabiendo y temiendo el final.

—La única equivalencia en la vida real es la memoria —dijo Tessa, alzando la mirada mientras Will Herondale entraba en la habitación, seguido por el primo Jem— Pero la memoria puede ser amarga también como dulce.

Will sonrió a su mujer (Los padres de James siempre se miraban el uno al otro con tanto amor, que era casi doloroso de ver) antes de dirigirse al pequeño grupo de Lightwoods reunidos alrededor de Bárbara. Cordelia les oyó saludarle, y el tono preocupado de Sophie, pero su mirada estaba puesta en Jem. Él venía hacia la encimera y estaba alcanzando varios tarros y mezcla de hierbas. Era ahora o nunca.

—Primo Jem —susurró Cordelia— Necesito hablar con usted.

Jem alzó la mirada sorprendido. Cordelia intentó no empezar; siempre era raro ver un Hermano Silencioso así de cerca. Se recordaba todo el tiempo que su madre había sugerido a su padre ir a las Basilias, el hospital de cazadores de sombras en Alicante, para curar su persistente enfermedad. Elías siempre había insistido que él no deseaba ir a ninguna parte donde estuviera rodeado de Hermanos Silenciosos. Le alteraban los nervios, reclamaba, la mayoría de ellos eran como criaturas de hielo y sangre. Túnica marfil marcadas con rojo, piel drenada de color, cicatrices con runas rojas. La mayoría de ellos estaban sin pelo o peor, tenían sus ojos cosidos, sus cuencas hundidas y vacías.

Jem no lucía así. Su cara era joven y mucho todavía, como la cara de un caballero de las Cruzadas tallada en una tumba de mármol. Su pelo era un enredo negro con hilos blancos. Sus ojos estaban permanentemente cerrados, como si estuviera rezando.

¿Estás bien Cordelia? preguntó la voz de Jem en su mente.

Tessa inmediatamente se movió para proteger a los dos de la mirada del resto de la enfermería. Cordelia intentó parecer como si estuviera absolutamente fascinada con su mortero y mazo, enérgicamente mezclando matricaria y sello de oro.

—Por favor —susurró— ¿Has visto a Baba, mi padre, en Idris? ¿Cómo está él? ¿Cuándo podrá venir a casa?

Hubo una pausa larga.

Le he visto, dijo el primo Jem.

Por un momento, Cordelia se permitió el recordar a su padre, recordarlo de verdad. Su padre le había enseñado a luchar. Su padre tenía sus fallas, pero él nunca era cruel, y cuando

le prestaba atención a Cordelia, su atención la hizo sentir de tres metros de altura. Eso a menudo le hacía sentir como si Alastair y Sona fueran hechos de otro material, cristal o metal con bordes que podían cortar, pero Elías era el único que era como ella.

Los recuerdos pueden ser tan amargos como dulces.

Ella murmuró.

—Tú eres un Hermano Silencioso. Sé que mi padre no siempre te dio la bienvenida.

Nunca pienses que estoy resentido por las distancias que guarda. Dijo Jem. *Haría cualquier cosa que pudiera por ti y nuestra familia.*

—Él me escribió una nota, pidiéndome que creyera en él. Dijo que no era el responsable de lo que ha pasado. ¿No podrías hacer que la Clave le crea también?

Hubo una larga pausa. *No puedo asegurarle a la Clave lo que no sé por mí mismo,* dijo Jem.

—Deberían preguntarle qué pasó, deberían intentar con la Espada Mortal ¿lo harán?

Jem dudó. Cordelia vio que Lucie se les estaba aproximando, justo cuando se dio cuenta de que había machacado las hierbas en el mortero en un lodo verde.

—Daisy —dijo Lucie en voz baja. Esto le pareció a Cordelia alarmante. Lucie podía ser raramente convencida de susurrar sobre algo— ¿Puedes venir conmigo un momento? Necesito mucho de tu ayuda.

—Por supuesto —dijo Cordelia, un poco vacilante— Es sólo que...

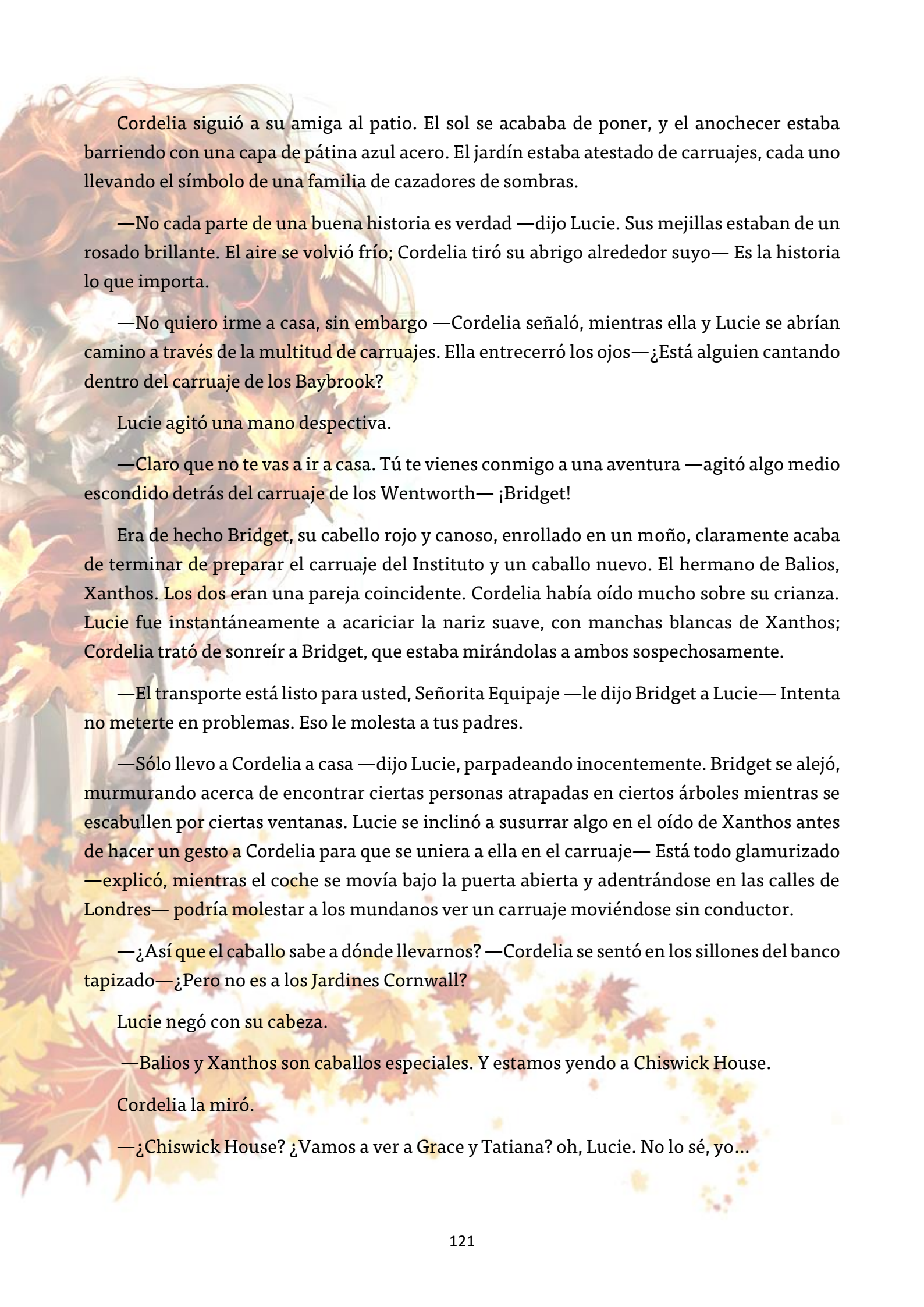
Se volvió hacia Jem, esperando tener la respuesta a su pregunta. Pero se había desvanecido ya en la multitud de la enfermería.

* * *

—¿A dónde vamos? —susurró Cordelia, mientras se apresuraban a lo largo del corredor del Instituto— Lucie, no puedes simplemente secuestrarme, lo sabes.

—Tonterías —dijo Lucie— Si quisiera secuestrarte, puedes estar segura de que lo haría de forma bastante experta, bajo el velo del silencio y la oscuridad. —habían llegado al vestíbulo; Lucie quitó un abrigo de la clavija de la pared y entregó otro a Cordelia—. Además, le dije a mi padre que te llevaba a casa en el carruaje porque te desmayaste al ver sangre.

—¡Lucie!



Cordelia siguió a su amiga al patio. El sol se acababa de poner, y el anochecer estaba barriendo con una capa de pátina azul acero. El jardín estaba atestado de carruajes, cada uno llevando el símbolo de una familia de cazadores de sombras.

—No cada parte de una buena historia es verdad —dijo Lucie. Sus mejillas estaban de un rosado brillante. El aire se volvió frío; Cordelia tiró su abrigo alrededor suyo— Es la historia lo que importa.

—No quiero irme a casa, sin embargo —Cordelia señaló, mientras ella y Lucie se abrían camino a través de la multitud de carruajes. Ella entrecerró los ojos— ¿Está alguien cantando dentro del carruaje de los Baybrook?

Lucie agitó una mano despectiva.

—Claro que no te vas a ir a casa. Tú te vienes conmigo a una aventura —agitó algo medio escondido detrás del carruaje de los Wentworth— ¡Bridget!

Era de hecho Bridget, su cabello rojo y canoso, enrollado en un moño, claramente acaba de terminar de preparar el carruaje del Instituto y un caballo nuevo. El hermano de Balios, Xanthos. Los dos eran una pareja coincidente. Cordelia había oído mucho sobre su crianza. Lucie fue instantáneamente a acariciar la nariz suave, con manchas blancas de Xanthos; Cordelia trató de sonreír a Bridget, que estaba mirándolas a ambos sospechosamente.

—El transporte está listo para usted, Señorita Equipaje —le dijo Bridget a Lucie— Intenta no meterte en problemas. Eso le molesta a tus padres.

—Sólo llevo a Cordelia a casa —dijo Lucie, parpadeando inocentemente. Bridget se alejó, murmurando acerca de encontrar ciertas personas atrapadas en ciertos árboles mientras se escabullen por ciertas ventanas. Lucie se inclinó a susurrar algo en el oído de Xanthos antes de hacer un gesto a Cordelia para que se uniera a ella en el carruaje— Está todo glamurizado —explicó, mientras el coche se movía bajo la puerta abierta y adentrándose en las calles de Londres— podría molestar a los mundanos ver un carruaje moviéndose sin conductor.

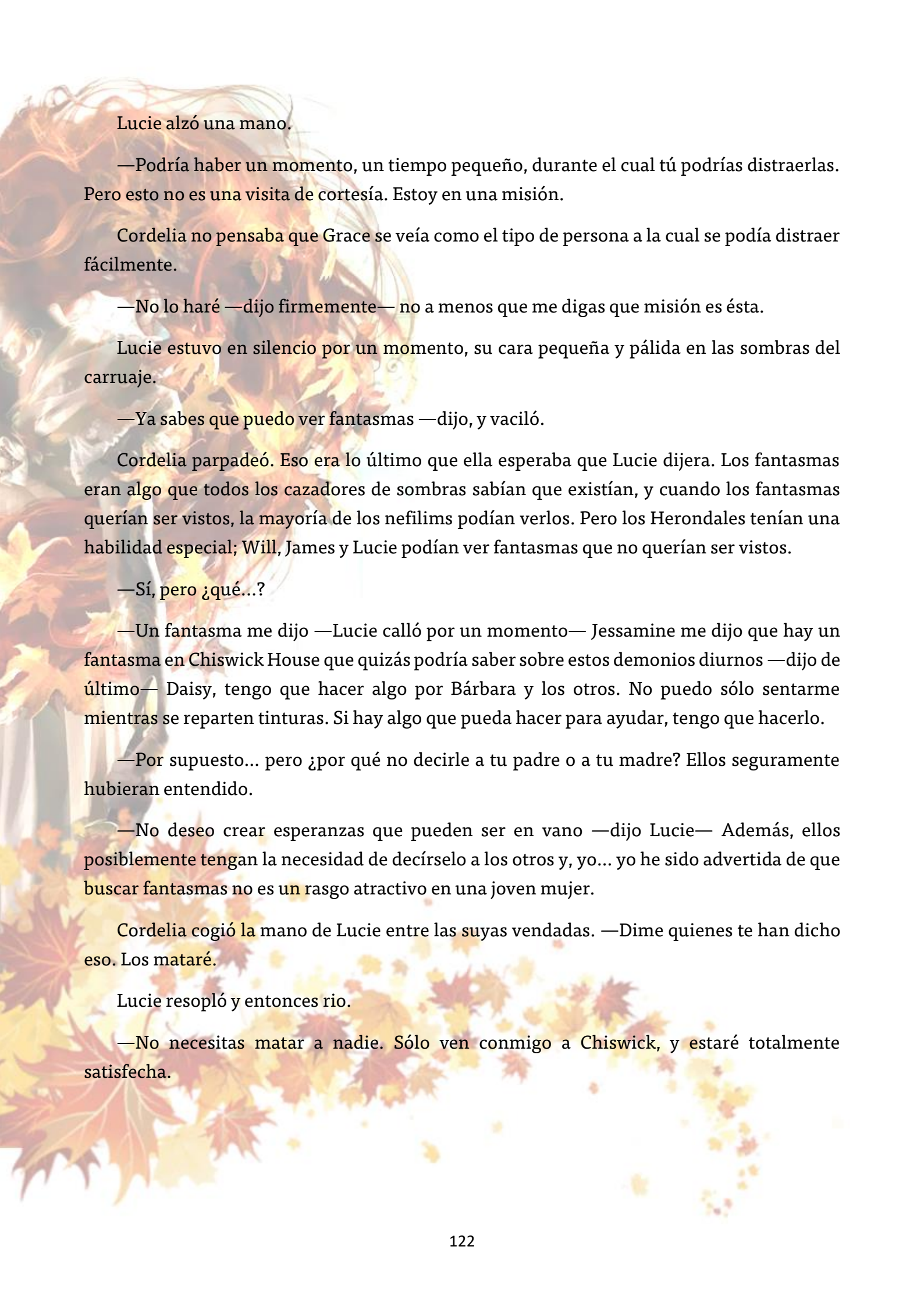
—¿Así que el caballo sabe a dónde llevarnos? —Cordelia se sentó en los sillones del banco tapizado— ¿Pero no es a los Jardines Cornwall?

Lucie negó con su cabeza.

—Balios y Xanthos son caballos especiales. Y estamos yendo a Chiswick House.

Cordelia la miró.

—¿Chiswick House? ¿Vamos a ver a Grace y Tatiana? oh, Lucie. No lo sé, yo...



Lucie alzó una mano.

—Podría haber un momento, un tiempo pequeño, durante el cual tú podrías distraerlas. Pero esto no es una visita de cortesía. Estoy en una misión.

Cordelia no pensaba que Grace se veía como el tipo de persona a la cual se podía distraer fácilmente.

—No lo haré —dijo firmemente— no a menos que me digas que misión es ésta.

Lucie estuvo en silencio por un momento, su cara pequeña y pálida en las sombras del carruaje.

—Ya sabes que puedo ver fantasmas —dijo, y vaciló.

Cordelia parpadeó. Eso era lo último que ella esperaba que Lucie dijera. Los fantasmas eran algo que todos los cazadores de sombras sabían que existían, y cuando los fantasmas querían ser vistos, la mayoría de los nefilims podían verlos. Pero los Herondales tenían una habilidad especial; Will, James y Lucie podían ver fantasmas que no querían ser vistos.

—Sí, pero ¿qué...?

—Un fantasma me dijo —Lucie calló por un momento— Jessamine me dijo que hay un fantasma en Chiswick House que quizás podría saber sobre estos demonios diurnos —dijo de último— Daisy, tengo que hacer algo por Bárbara y los otros. No puedo sólo sentarme mientras se reparten tinturas. Si hay algo que pueda hacer para ayudar, tengo que hacerlo.

—Por supuesto... pero ¿por qué no decirle a tu padre o a tu madre? Ellos seguramente hubieran entendido.

—No deseo crear esperanzas que pueden ser en vano —dijo Lucie— Además, ellos posiblemente tengan la necesidad de decírselo a los otros y, yo... yo he sido advertida de que buscar fantasmas no es un rasgo atractivo en una joven mujer.

Cordelia cogió la mano de Lucie entre las suyas vendadas. —Dime quienes te han dicho eso. Los mataré.

Lucie resopló y entonces rio.

—No necesitas matar a nadie. Sólo ven conmigo a Chiswick, y estaré totalmente satisfecha.

* * *

—Debemos bloquear las puertas —dijo James— no se cierran y no podemos ser interrumpidos —frunció el ceño— Matthew, ¿puedes ponerte en pie?

La sala de baile había sido cerrada después de la fiesta; era raramente usada excepto para funciones sociales. La habitación estaba cálida y cerrada así que James, Christopher, y Thomas se quitaron sus chaquetas y se arremangaron sus camisetas. La mayoría todavía llevaba el mismo cinturón de armas que tenían puestos en el parque: James había añadido una severa cantidad de nuevas dagas al suyo.

Sólo Matthew estaba desarmado. Parpadeando y despeinado, encontró su camino a una silla tapizada y cayó en ella.

—Estoy bastante bien —dijo, agitando una mano airada —Por favor, continúen con su plan —entrecerró los ojos —¿Cuál era el plan?

—Te lo diré en un momento —dijo James. Estaba bastante seguro de que a ninguno de ellos les iba a gustar— ¿Thomas?

Thomas asintió, cargando un pesado aparador, y empezó a empujarlo en frente de las puertas del salón. Christopher miró preocupadamente a Matthew.

—¿Quizás algo de agua? —dijo.

—Estoy bastante bien —Matthew repitió.

—Te encontré bebiendo de una petaca y cantando "Elsie de Chelsea" en el carruaje de los Baybooks —dijo Thomas sombríamente.

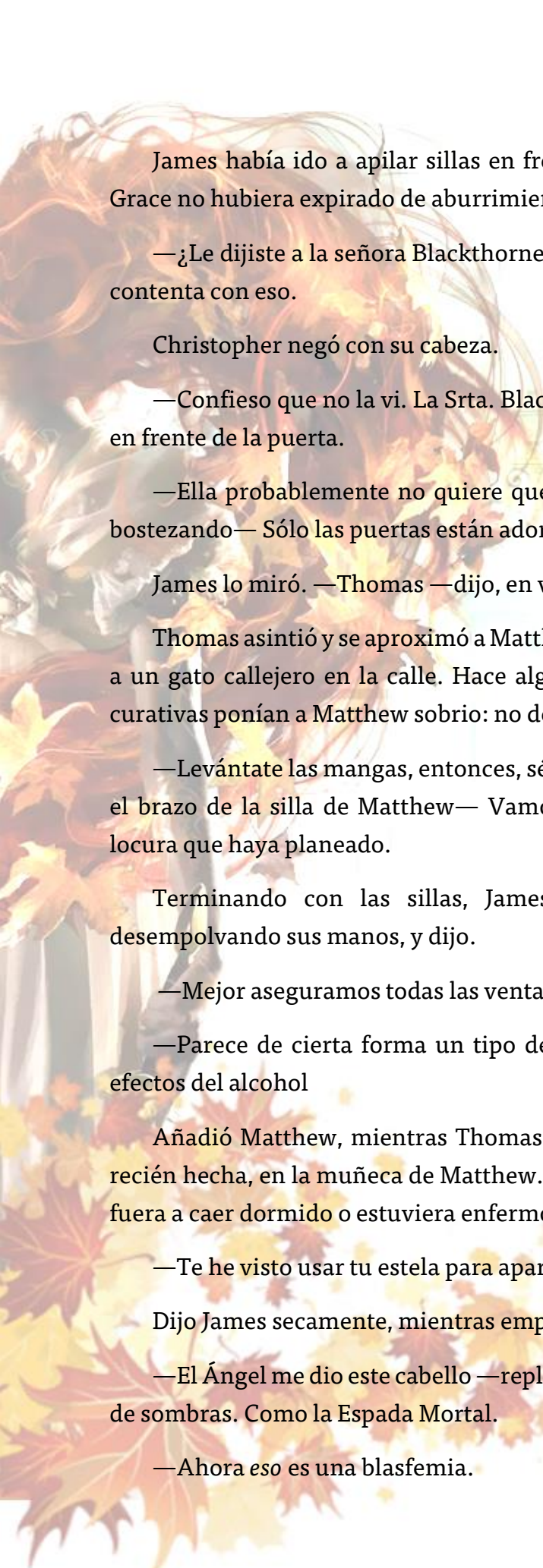
—Era privado allí —dijo Matthew— y bien tapizado.

—Al menos no era el carruaje de los Bridgestocks, porque ya han tenido suficientes experiencias trágicas hoy. Nada malo les ha pasado a los Baybrooks —dijo Christopher con gran sinceridad.

—Nada hasta ahora —dijo James— Christopher... ¿Fue todo bien, llevando a la señorita Blackthorn?

Intentó no sonar como si estuviera demasiado interesado en la respuesta. Matthew alzó una ceja, pero no dijo nada.

—Oh, perfectamente —dijo Christopher— Le dije todo sobre el cultivo de bacterias, y ella estuvo tan fascinada ¡Qué nunca dijo ni una palabra!



James había ido a apilar sillas en frente de las puertas de la sala de retiro. Espero que Grace no hubiera expirado de aburrimiento.

—¿Le dijiste a la señora Blackthorne lo que había ocurrido en el parque? No puede estar contenta con eso.

Christopher negó con su cabeza.

—Confieso que no la vi. La Srta. Blackthorne me pidió si podía dejarla en las puertas, no en frente de la puerta.

—Ella probablemente no quiere que nadie vea el estado de ese lugar —dijo Matthew, bostezando— Sólo las puertas están adornadas con oxido.

James lo miró. —Thomas —dijo, en voz baja— ¿Tal vez una runa curativa?

Thomas asintió y se aproximó a Matthew cautelosamente, como si uno quisiera acercarse a un gato callejero en la calle. Hace algún tiempo James había descubierto que las runas curativas ponían a Matthew sobrio: no del todo, pero lo suficiente.

—Levántate las mangas, entonces, sé un buen compañero —dijo Thomas, sentándose en el brazo de la silla de Matthew— Vamos a despertarte y James podrá decirnos cualquier locura que haya planeado.

Terminando con las sillas, James echó un vistazo alrededor de la habitación, desempolvando sus manos, y dijo.

—Mejor aseguramos todas las ventanas. Sólo para estar seguros.

—Parece de cierta forma un tipo de blasfemia el utilizar runas para contrarrestar los efectos del alcohol

Añadió Matthew, mientras Thomas apartaba su estela. La marca en cuestión brillaba, recién hecha, en la muñeca de Matthew. Se veía ya con los ojos más claros, y menos como si fuera a caer dormido o estuviera enfermo.

—Te he visto usar tu estela para apartar tu cabello.

Dijo James secamente, mientras empezaba a examinar los cierres de las ventanas.

—El Ángel me dio este cabello —replicó Matthew— es uno de los regalos de los cazadores de sombras. Como la Espada Mortal.

—Ahora eso es una blasfemia.

Dijo Thomas. Christopher se había unido a James en el aseguramiento de las ventanas rápidamente, aunque James deseaba desesperadamente poder abrir una y meter algo de aire en el cuarto.

—Una cosa bonita es siempre una alegría, Thomas —dijo Matthew— James ¿Por qué estamos cerrando las ventanas? ¿Tenemos miedo de la excesiva curiosidad de las palomas?

James observó la sala y se giró para mirar a los demás.

—He pasado los últimos cuatro años de mi vida tratando de entrenarme para no hacer lo que estoy a punto de hacer. No deseo ni siquiera considerar la posibilidad de ser interrumpido.

—¿Por una paloma? —dijo Matthew, pero la mirada de sus ojos era simpática, a pesar de sus palabras ligeramente burlonas— Jamie, ¿Qué estamos haciendo aquí?

James tomó una bocanada de aire.

—Deliberadamente voy a enviarme al reino de las sombras —dijo.

Los ladrones felices¹⁹ explotaron en un coro de protestas. Matthew se levantó, sus ojos brillando.

—Certeramente no —dijo— el peligro...

—No creo que haya peligro —dijo James— He estado dentro y fuera del reino de las sombras muchas veces en mi vida. Han sido años desde que caí accidentalmente en ese mundo. Ya en la semana pasada, lo he visto tres veces, uno justo antes del ataque de hoy. No puedo pensar que sea una coincidencia. Si puedo usar esta habilidad para ayudar a Barbara, Ariadne, todos nosotros... deben dejarme hacerlo.

—Maldita sea. —Matthew se frotó los ojos— Si no te ayudamos aquí, tú solo intentarás hacerlo después cuando nos hayamos ido, ¿Cierto?

—Claramente —dijo James. Golpeó las dagas de su cintura— Estoy armado, al menos.

Matthew giró el anillo del sello en su dedo, marcado con MF. Había sido un regalo de James cuando se convirtieron en parabatai, y tendió a jugar con él sólo cuando está angustiado.

—Muy bien, James. Como desees.

¹⁹ *Merry Thieves*, es el nombre que se pusieron James y sus amigos. Algo así como el nombre del grupo de WhatsApp que tienen con sus amigos y empiezan a llamarse así

James se aclaró la garganta.

—Está bien. Sigamos con ello.

Fue recibido con la mirada de seis ojos expectantes.

—¿Y bien? —dijo Thomas esperanzadamente, después de una larga pausa— Sigue adelante con el reino de las sombras, entonces.

James se concentró. Miró fijamente al suelo en blanco e intentó conjurar imágenes en su mente del reino de las sombras. El cielo gris quemado y sol atenuado. Se imaginó mal el salón de baile, las ventanas puestas extrañamente en las paredes, los candelabros que deritiendo y cayendo.

Abrió sus ojos y gritó. Un par de ojos le estaban mirando directamente a los suyos, tan cerca que él podía diferenciar los detalles dentro de los verdes iris, las tenues manchas de marrón y negro. ¡Matthew!

—Realmente no creo que mirarle fijamente vaya a ayudar, Matthew.

Dijo Thomas, y Matthew dio un reacio paso atrás de su *parabatai*.

—Jamie, ¿hay algo que pueda ayudarte para empezar el proceso? Todos te hemos visto hacerlo... Empiezas a ensombrecerte, y te vuelves un poco borroso en los bordes.

—Cuando voy al reino de las sombras, la realidad de mi presente aquí empieza a desvanecerse —dijo James. No mencionó que, en el pasado, él se desvaneció lo suficiente en este mundo para pasar a través de una pared sólida. No intentó hacerlo de nuevo— Pero no es lo que me lleva al reino de las sombras. Es más un efecto secundario de estar ahí.

—A menudo pasa cuando estás molesto o conmocionado. —dijo Christopher— Supongo que podríamos tratar de molestarte o conmocionarte.

—Teniendo en cuenta todo lo que ha pasado no debería ser muy difícil —dijo James.

—Tonterías —dijo Matthew, saltando en una mesa cercana de vez en cuando. Era de aspecto bastante frágil, con finas patas de madera pintadas de oro, y James lo miró con preocupación— la última vez que te vi conmocionado fue cuando ese demonio Iblis le estaba enviando a Christopher cartas de amor.

—Tengo un encanto oscuro —dijo Christopher tristemente.

—Por favor recalca que soy el pálido neurasténico aquí y tú eres el heroico severo —Matthew le dijo a James— Es muy tedioso cuando mezclamos nuestros roles. Tendremos que pensar en algo un poco impresionante para resaltar.

—Así que ¿cuál es mi papel? —dijo Christopher.

—Inventor loco, por supuesto —dijo Matthew rápidamente— y Thomas es el que tiene buen corazón.

—Dios, sueño aburrido —dijo Thomas— Mira, James, ven aquí por un segundo.

James se movió hacia Thomas, que parecía que había decidido algo; en momentos como éste, él se veía mucho como su madre, con sus brillantes ojos color avellana y boca feroz.

Un puño salió del aire y aterrizó directamente en el plexo solar de James. Voló hacia atrás, golpeando el suelo con un jadeo. Su cabeza dio vueltas.

Matthew cayó a su lado, mientras que James se levantó hasta los codos, jadeando. El dolor no era malo, pero la sensación de intentar recuperar el aliento era repugnante.

—¡Thomas! —gritó Matthew— ¿Qué estabas tratando de...?

—Intentaba sorprenderlo —Thomas gritó de vuelta— ¡Esto es importante, Matthew! — Le lanzó una mirada de preocupación a James, que contradecían sus palabras de enojo— No te importa ¿verdad Jamie?

—Estoy bien —dijo James sin aliento— Sólo no funcionó. Si me convirtiera en una sombra cada vez que algo me golpeo, no podría patrullar.

Miró hacia el techo, que tenía espejos en él. Se pudo ver a sí mismo tirado en el parquet, el pelo muy negro en contraste del blanco, Matthew arrodillado sobre él como un escudero sobre el cuerpo de un caballero muerto.

Podía ver a Christopher y Thomas en el espejo también, o al menos la coronilla de sus cabezas. Christopher estaba alcanzando para tirar algo de la pared. Thomas tenía sus brazos cruzados.

Matthew se puso de pie de un salto con la agilidad de un zorro y le tendió una mano a James para ayudarlo a levantarse. James había recuperado su posición cuando una flecha pasó de largo su cabeza. Una de las ventanas destrozadas, y Matthew se tiró encima de James. Ellos se tiraron al suelo otra vez, quitándole el aire a James por segunda vez en cinco minutos.

Rodó hasta una posición sentada, dejando a un lado a Matthew, para encontrar a Thomas ahogando a Christopher, que estaba estirando la mano para agarrar uno de los arcos que estaban sujetos en la pared.

—En el caso de que alguien se estuviera preguntando si eran puramente ornamentales —dijo James, poniéndose de pie— no lo son.

—En el nombre de un millón de ángeles sangrantes, Christopher, ¿qué demonios acabas de hacer? —reivindicó Matthew, saltando detrás de James— ¿Intentabas matar a James?

Christopher bajó su arco. James pensó que podía oír ruidos en el Instituto. Puertas cerrándose en la distancia y pies corriendo. *Maldita sea.*

—No estaba tratando de matar a James —dijo Christopher en un tono herido— Estaba esperando la conmoción de la flecha pasando de largo podría enviarle al reino de las sombras. Lástima que no funcionó. Debemos pensar en un nuevo plan para alarmar gravemente a James una vez.

—¡Christopher! —exclamó James— ¡No puedo creer que dijeras eso! Tampoco puedo creer que dispararas.

—Tenía el setenta y dos por ciento de probabilidades de que funcionara, en perfectas condiciones de laboratorio...

—¡No estamos en las perfectas condiciones del laboratorio! —gritó James— ¡Estamos en el salón de bailes de mi casa!

En ese momento, las puertas del salón de baile temblaron.

—¿Qué está pasando? —era la voz de Will— James ¿Estás ahí?

—Maldita sea. Mi padre —dijo James, proclamándolo— Miren, todos ustedes, váyanse por las ventanas. Bueno, la que está rota de cualquier manera. Asumiré la culpa, diré que yo disparé a la ventana.

—¿En el salón de baile? —dijo Thomas práctico— ¿Por qué harías una cosa tan estúpida?

—¡Soy capaz de cualquier cosa! —James tomó el arco de Christopher; Christopher corrió alrededor de Thomas como si su amigo fuera un palo de mayo— Vamos, Kit, para ya...

Thomas puso sus ojos en blanco.

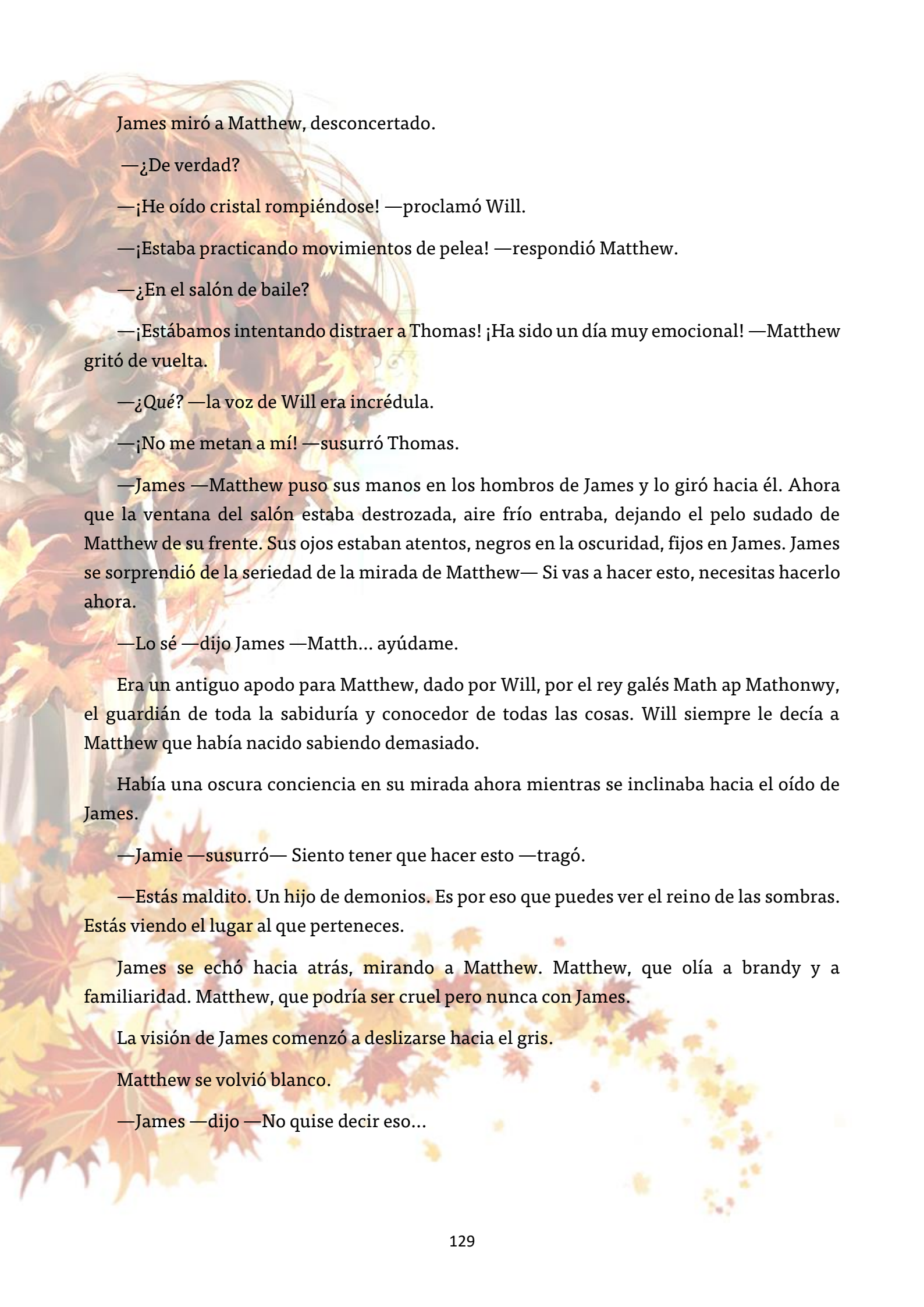
—Él va a decir, “Porque soy un Herondale” ¿No?

Los golpes en la puerta aumentaron. James encendió su mirada más feroz a los otros.

—Soy un Herondale —dijo— y les estoy diciendo que salgan de mi Instituto así el único que se mete en problemas aquí soy yo.

—¡Contéstame James! —gritó Will— ¿Por qué has bloqueado estas puertas? ¡Exijo saber qué está pasando!

—¡James no está aquí! —citó Matthew, poniéndose cerca de él— ¡Vete!



James miró a Matthew, desconcertado.

—¿De verdad?

—¡He oído cristal rompiéndose! —proclamó Will.

—¡Estaba practicando movimientos de pelea! —respondió Matthew.

—¿En el salón de baile?

—¡Estábamos intentando distraer a Thomas! ¡Ha sido un día muy emocional! —Matthew gritó de vuelta.

—¿Qué? —la voz de Will era incrédula.

—¡No me metan a mí! —susurró Thomas.

—James —Matthew puso sus manos en los hombros de James y lo giró hacia él. Ahora que la ventana del salón estaba destrozada, aire frío entraba, dejando el pelo sudado de Matthew de su frente. Sus ojos estaban atentos, negros en la oscuridad, fijos en James. James se sorprendió de la seriedad de la mirada de Matthew— Si vas a hacer esto, necesitas hacerlo ahora.

—Lo sé —dijo James —Matth... ayúdame.

Era un antiguo apodo para Matthew, dado por Will, por el rey galés Math ap Mathonwy, el guardián de toda la sabiduría y conocedor de todas las cosas. Will siempre le decía a Matthew que había nacido sabiendo demasiado.

Había una oscura conciencia en su mirada ahora mientras se inclinaba hacia el oído de James.

—Jamie —susurró— Siento tener que hacer esto —tragó.


—Estás maldito. Un hijo de demonios. Es por eso que puedes ver el reino de las sombras. Estás viendo el lugar al que perteneces.

James se echó hacia atrás, mirando a Matthew. Matthew, que olía a brandy y a familiaridad. Matthew, que podría ser cruel pero nunca con James.

La visión de James comenzó a deslizarse hacia el gris.

Matthew se volvió blanco.

—James —dijo —No quise decir eso...



Pero James ya no podía sentir las manos de Matthew sobre sus hombros. Él ya no podía sentir el suelo del salón de baile bajo sus pies. Las puertas del salón de baile comenzaban a abrirse, pero ya no podía oírlos.

El mundo se había vuelto monocromático. James vio paredes negras rotas, un piso astillado, y el polvo que brillaba como joyas sin brillo esparcidas por el lugar donde Barbara había caído. Se inclinó para alcanzarlo mientras el universo se sacudió bajo sus pies y fue empujado hacia la nada.

DÍAS PASADOS: IDRIS, 1900

Traducido por: BLACKTHORN, ♥Herondale♥

Corregido por: BLACKTHORN, A_herondale

James acababa de curarse de la fiebre escaldante, reunido con su familia en los prados brillantes y bosques frescos de Idris. Y aun así se sintió incómodo cuando abrió las ventanas de su habitación en la Mansión Herondale, dejando entrar aire fresco a la habitación por primera vez en meses. Quizás fue lo rápido que uno viajaba a través de los portales. Justo estaba diciéndole adiós a Cordelia y sus padres, y sintiéndose sobre Cordelia de una manera que no podía poner en palabras, era tan excelente y extraño y perplejo. Podría haber estado varios días en el mar, o abordar un tren para observar el paisaje y sentir cosas complicadas. En su lugar, diez minutos después de haber estado en Cirenworth, estaba sacando sábanas protectoras de los muebles y luces mágicas, y su padre estaba proclamando en voz alta la calidad curativa del aire de Idris.

James estaba desempacando sus cosas cuando su madre entró en su habitación, ordenando la correspondencia. Ella le tendió un pequeño sobre.

—Una para ti —, dijo, y lo dejó con privacidad para leer la carta.

James no reconoció la caligrafía. *Parece de una mano femenina refinada. Pensó brevemente. Pero no conozco a nadie en Idris para que me envíe una carta, entonces se dio cuenta: Grace.*

Se sentó en la cama para leerla. Todo lo que decía era:

Reúnete conmigo en nuestro lugar.

Mañana, al anochecer. Tuya, GB.

Se sintió un poco culpable; no había pensado en Grace en un tiempo. Se preguntó si había hecho algo el año pasado y, con un sobresalto, se dio cuenta que era plausible que no haya ido a ningún lado y no hubiera hablado con nadie. Tatiana Blackthorn era conocida por evitar a toda la sociedad de Cazadores de Sombras, y especialmente con los Herondale fuera de casa, tenía muy pocos vecinos, y éstos a cierta distancia.

Por el Ángel, pensó. ¿Soy el único amigo de Grace?

* * *

—No, no tengo a nadie más —dijo Grace.

Se sentaron juntos en el suelo del bosque, James apoyándose contra una raíz de roble de alto bucle y Grace sobre una roca. La mirada de pena de Grace regresó rápidamente a su compostura calmada.

—No tengo noticias nuevas que reportar desde nuestra última reunión, me temo —dijo ella—. Pero tú te ves como si hubieras luchado contra algo. Más que cansado.

—¡Oh! —dijo James—. Bueno, eso es algo que me ha pasado desde la última vez que te vi. Justo me estoy recuperando de la fiebre escaldante, me temo.

Grace se burló alejándose y luego se rio.

—No, la he tenido, no te preocupes. ¡Mi pobre James! Espero que no hayas estado solo

—Fui suertudo allá —dijo James. Sintió una ligera punzada en el estómago, por ninguna razón que pudiera comprender—. Cordelia y su madre han tenido la fiebre, así que pudieron quedarse. Cuidaron muy bien de mí. Especialmente Cordelia. De verdad hizo la situación mucho más tolerable. Mucho menos mala. De lo que pudo haber sido. De no haber estado ahí.

Incluso James entendió que estaba divagando un poco. Grace solamente asintió.



Al día siguiente James se levantó tarde, para encontrarse con que sus padres habían salido y a su hermana encaramada en uno de los sillones mullidos del salón, garabateando furiosamente en un cuaderno.

—¿Quieres hacer algo? —le preguntó a Lucie.

Sin mirar arriba, dijo:

—Estoy haciendo algo. Estoy escribiendo.

—¿Sobre qué estás escribiendo?

—Bueno, si no me dejas en paz, escribiré sobre ti.

Así que, sin nada más que hacer, caminó hacia la Mansión Blackthorn.

La casa se veía, a sus ojos, idéntica a como le había parecido la primera vez que fue un año atrás, para cortar las espinas de sus verjas. La casa por si misma estaba cerrada y silenciosa, como un murciélago gigante acurrucado en sí mismo para dormir durante el día, hasta que la oscuridad lo dejara desplegar sus alas nuevamente.

Si a lo mucho, las espinas eran más largas de lo que habían sido cuando empezó su trabajo por primera vez el año pasado, eran más numerosas, largas y filosas. La primera mitad del lema estaba oscurecida y todo lo que se podía leer ahora era LEX NULLA.

Caminó por el perímetro, alrededor del muro de piedra, a través de la maleza sin cortar. Se sintió tonto. No había traído un libro, una espada o cualquier cosa que hacer. Aunque cuando fue nuevamente a las rejas frontales, Grace lo estaba esperando detrás.

—Te pude ver desde la ventana de mi habitación —dijo Grace, sin preámbulos—, te veías perdido.

—Buenos días —dijo James y Grace sonrió ante sus modales—, ¿Crees que tu madre quiera que corte las espinas nuevamente?

Un silencio incómodo cayó sobre ambos. Luego Grace habló.

—No puedo imaginar que a mi madre le importe si las espinas son cortadas. Si te traigo tijeras y tú las cortas, puedo mantener tu compañía.

—Parece un trato justo—dijo James con una sonrisa.

—No puedo prometer que haré suficiente plática para cubrir todo el tiempo, claro —añadió Grace—, puedo leerte algo, si quieres.

—¡No! No, gracias —dijo rápidamente. Grace se veía sorprendida, así que James agregó—, preferiría escuchar sobre tu vida.

—Mi vida es esta casa—dijo ella.

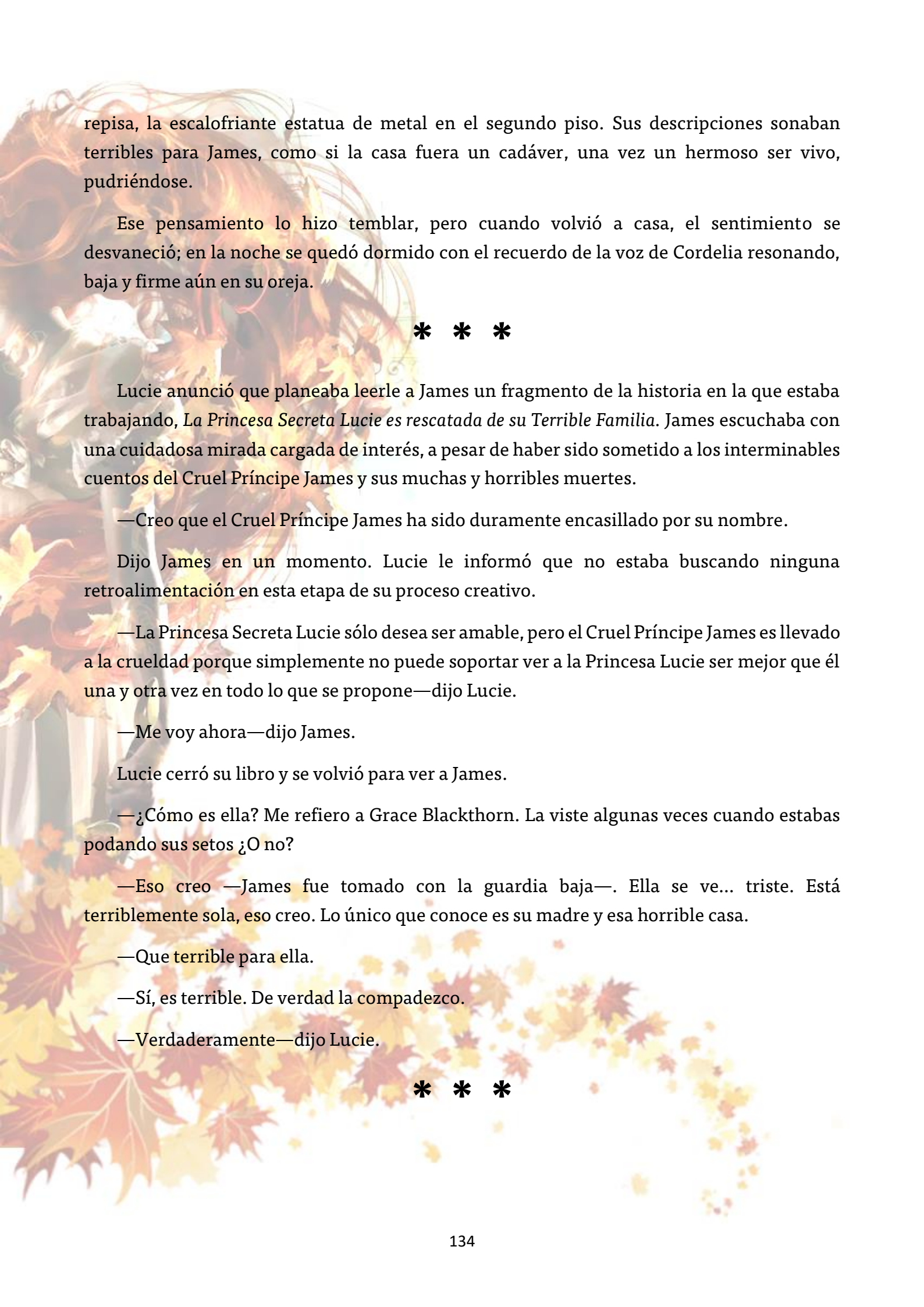
—Entonces —dijo él—, cuéntame sobre la casa.

* * *

Y así lo hizo. James nunca les dijo a sus padres a dónde iba. Simplemente abandonaba la casa en la tarde, podar las enredaderas y el crecimiento excesivo fuera de las paredes de la mansión, hablar con Grace por alrededor de dos horas antes de ponerse sediento y cansado, rogar el perdón de Grace y regresar a casa.

Grace le habló de la grandeza de la mansión y de las capas de polvo y abandono que la habían superado.

—A veces siento que vivo en una gran telaraña, pero mi mamá no confía en nadie para que venga y limpie, y el lugar es muy grande para que dos personas lo mantengan—le dijo a él sobre las espinas retorcidas talladas en la barandilla de roble, el escudo de armas sobre la



repisa, la escalofriante estatua de metal en el segundo piso. Sus descripciones sonaban terribles para James, como si la casa fuera un cadáver, una vez un hermoso ser vivo, pudriéndose.

Ese pensamiento lo hizo temblar, pero cuando volvió a casa, el sentimiento se desvaneció; en la noche se quedó dormido con el recuerdo de la voz de Cordelia resonando, baja y firme aún en su oreja.

* * *

Lucie anunció que planeaba leerle a James un fragmento de la historia en la que estaba trabajando, *La Princesa Secreta Lucie es rescatada de su Terrible Familia*. James escuchaba con una cuidadosa mirada cargada de interés, a pesar de haber sido sometido a los interminables cuentos del Cruel Príncipe James y sus muchas y horribles muertes.

—Creo que el Cruel Príncipe James ha sido duramente encasillado por su nombre.

Dijo James en un momento. Lucie le informó que no estaba buscando ninguna retroalimentación en esta etapa de su proceso creativo.

—La Princesa Secreta Lucie sólo desea ser amable, pero el Cruel Príncipe James es llevado a la crueldad porque simplemente no puede soportar ver a la Princesa Lucie ser mejor que él una y otra vez en todo lo que se propone—dijo Lucie.

—Me voy ahora—dijo James.

Lucie cerró su libro y se volvió para ver a James.

—¿Cómo es ella? Me refiero a Grace Blackthorn. La viste algunas veces cuando estabas podando sus setos ¿O no?

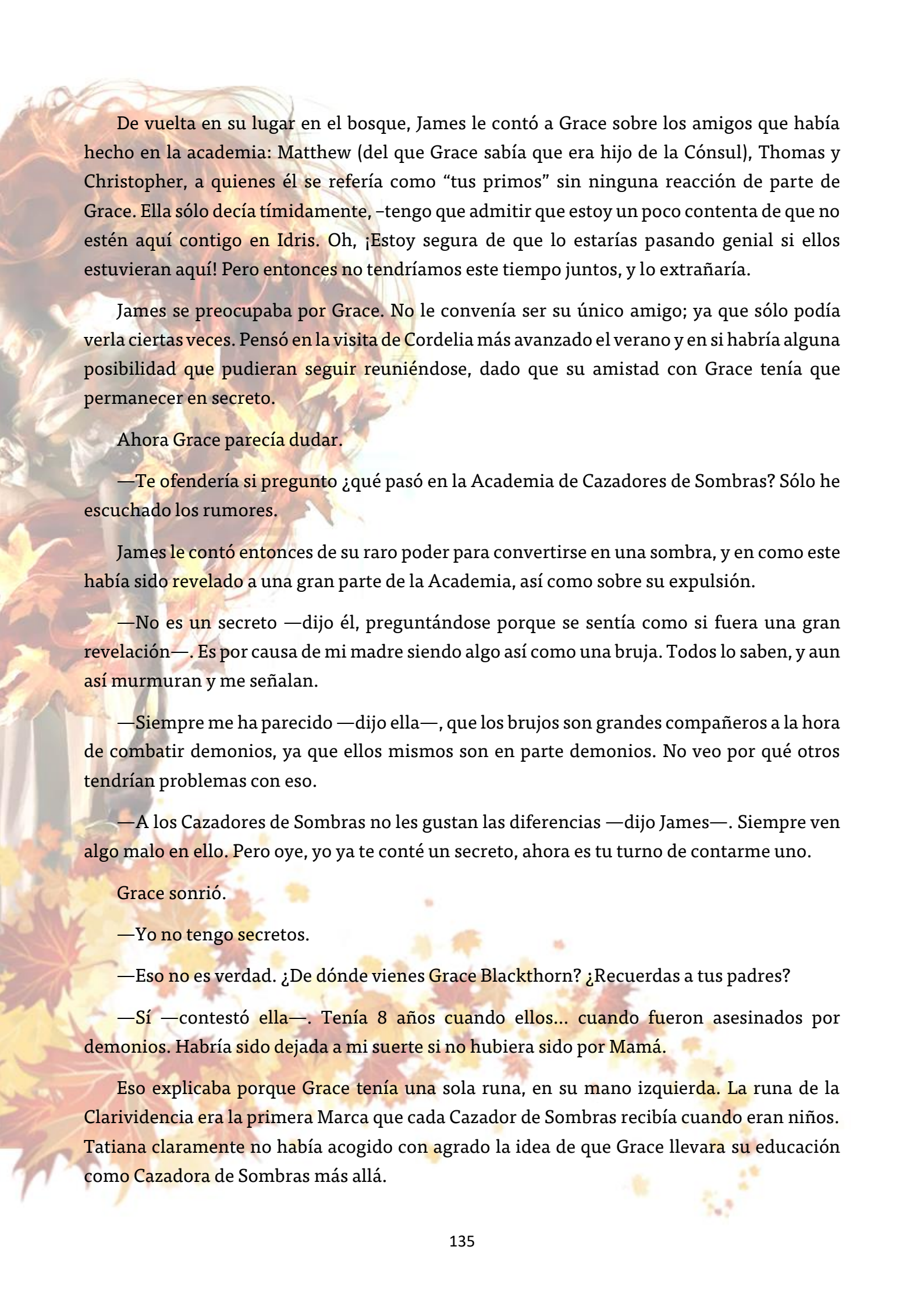
—Eso creo —James fue tomado con la guardia baja—. Ella se ve... triste. Está terriblemente sola, eso creo. Lo único que conoce es su madre y esa horrible casa.

—Que terrible para ella.

—Sí, es terrible. De verdad la compadezco.

—Verdaderamente—dijo Lucie.

* * *



De vuelta en su lugar en el bosque, James le contó a Grace sobre los amigos que había hecho en la academia: Matthew (del que Grace sabía que era hijo de la Cónsul), Thomas y Christopher, a quienes él se refería como “tus primos” sin ninguna reacción de parte de Grace. Ella sólo decía tímidamente, —tengo que admitir que estoy un poco contenta de que no estén aquí contigo en Idris. Oh, ¡Estoy segura de que lo estarías pasando genial si ellos estuvieran aquí! Pero entonces no tendríamos este tiempo juntos, y lo extrañaría.

James se preocupaba por Grace. No le convenía ser su único amigo; ya que sólo podía verla ciertas veces. Pensó en la visita de Cordelia más avanzado el verano y en si habría alguna posibilidad que pudieran seguir reuniéndose, dado que su amistad con Grace tenía que permanecer en secreto.

Ahora Grace parecía dudar.

—Te ofendería si pregunto ¿qué pasó en la Academia de Cazadores de Sombras? Sólo he escuchado los rumores.

James le contó entonces de su raro poder para convertirse en una sombra, y en como este había sido revelado a una gran parte de la Academia, así como sobre su expulsión.

—No es un secreto —dijo él, preguntándose porque se sentía como si fuera una gran revelación—. Es por causa de mi madre siendo algo así como una bruja. Todos lo saben, y aun así murmuran y me señalan.

—Siempre me ha parecido —dijo ella—, que los brujos son grandes compañeros a la hora de combatir demonios, ya que ellos mismos son en parte demonios. No veo por qué otros tendrían problemas con eso.

—A los Cazadores de Sombras no les gustan las diferencias —dijo James—. Siempre ven algo malo en ello. Pero oye, yo ya te conté un secreto, ahora es tu turno de contarme uno.

Grace sonrió.

—Yo no tengo secretos.

—Eso no es verdad. ¿De dónde vienes Grace Blackthorn? ¿Recuerdas a tus padres?

—Sí —contestó ella—. Tenía 8 años cuando ellos... cuando fueron asesinados por demonios. Habría sido dejada a mi suerte si no hubiera sido por Mamá.

Eso explicaba porque Grace tenía una sola runa, en su mano izquierda. La runa de la Clarividencia era la primera Marca que cada Cazador de Sombras recibía cuando eran niños. Tatiana claramente no había acogido con agrado la idea de que Grace llevara su educación como Cazadora de Sombras más allá.

—Habrías sido adoptada en algún Instituto —dijo James— Los Cazadores de Sombras no abandonan a los suyos.

—Supongo —replicó Grace—, pero no tendría una familia. Y ahora la tengo. Una madre, un apellido y una casa —aunque no parecía completamente feliz por ello—. Aunque, si desearía haber conservado algo que perteneciera a mis padres.

James se quedó atónito.

—¿De verdad no tienes nada de ellos?

—Hay una cosa —respondió ella—. Mi madre tenía un brazalete de plata que solía usar. Mama dice que es invaluable, y lo guarda escondido en una caja en su estudio. Siempre dice que me dejará usarlo cuando sea mayor, pero cada año le pregunto y pareciera que cada año no soy lo suficientemente mayor.

—¿No puedes sacarlo de la caja?

—Está cerrada con llave —respondió ella—. Mi madre es aficionada a las cerraduras. Por toda la casa he encontrado cajones, armarios, y cajas que no abren sin la llave correcta... no puedo imaginar cómo Mama recuerda que llave abre cada cerradura —su expresión cambio dramáticamente—. ¡Bueno, basta ya de este horrible tema! Escuché de mi madre que la familia Carstairs viene a visitarte al final del verano. No dudo que pasarás todo el tiempo con ellos cuando lleguen.

—No —dijo James—, espero que Cordelia pase todo su tiempo con Lucie... ellas serán *parabatai* algún día. Aunque claro, Lucie está escribiendo su libro, así que probablemente haya momentos en los que *tenga que* pasar algo de tiempo con Cordelia, como buen anfitrión. Me refiero, a hacer cualquier cosa que a ella le guste. Obviamente, si ella desea pasar todo el día conmigo, también está bien...

Se interrumpió, dándose cuenta de que se había vuelto loco en algún momento de los últimos diez segundos. Grace había sido muy amable.

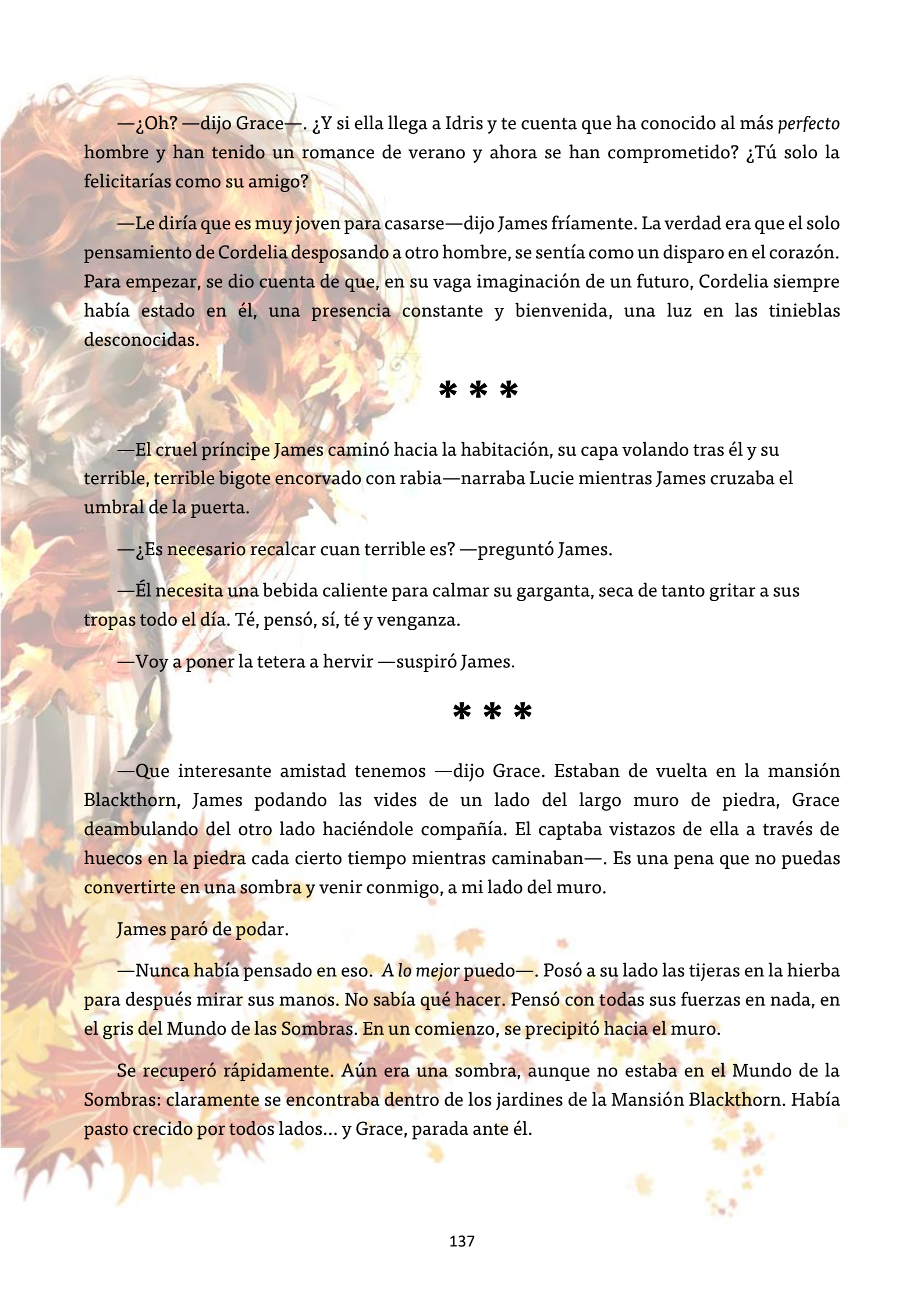
—Lo siento —dijo él—. No estaba sugiriendo que...

Grace rio dulcemente.

—¡No te preocupes! Se a lo que te refieres, James. Estás enamorado de Cordelia.

James estaba horrorizado.

—Le tengo cariño, eso es todo. Sólo somos amigos, como tú y yo.



—¿Oh? —dijo Grace—. ¿Y si ella llega a Idris y te cuenta que ha conocido al más *perfecto* hombre y han tenido un romance de verano y ahora se han comprometido? ¿Tú solo la felicitarías como su amigo?

—Le diría que es muy joven para casarse—dijo James fríamente. La verdad era que el solo pensamiento de Cordelia desposando a otro hombre, se sentía como un disparo en el corazón. Para empezar, se dio cuenta de que, en su vaga imaginación de un futuro, Cordelia siempre había estado en él, una presencia constante y bienvenida, una luz en las tinieblas desconocidas.

* * *

—El cruel príncipe James caminó hacia la habitación, su capa volando tras él y su terrible, terrible bigote encorvado con rabia—narraba Lucie mientras James cruzaba el umbral de la puerta.

—¿Es necesario recalcar cuan terrible es? —preguntó James.

—Él necesita una bebida caliente para calmar su garganta, seca de tanto gritar a sus tropas todo el día. Té, pensó, sí, té y venganza.

—Voy a poner la tetera a hervir —suspiró James.

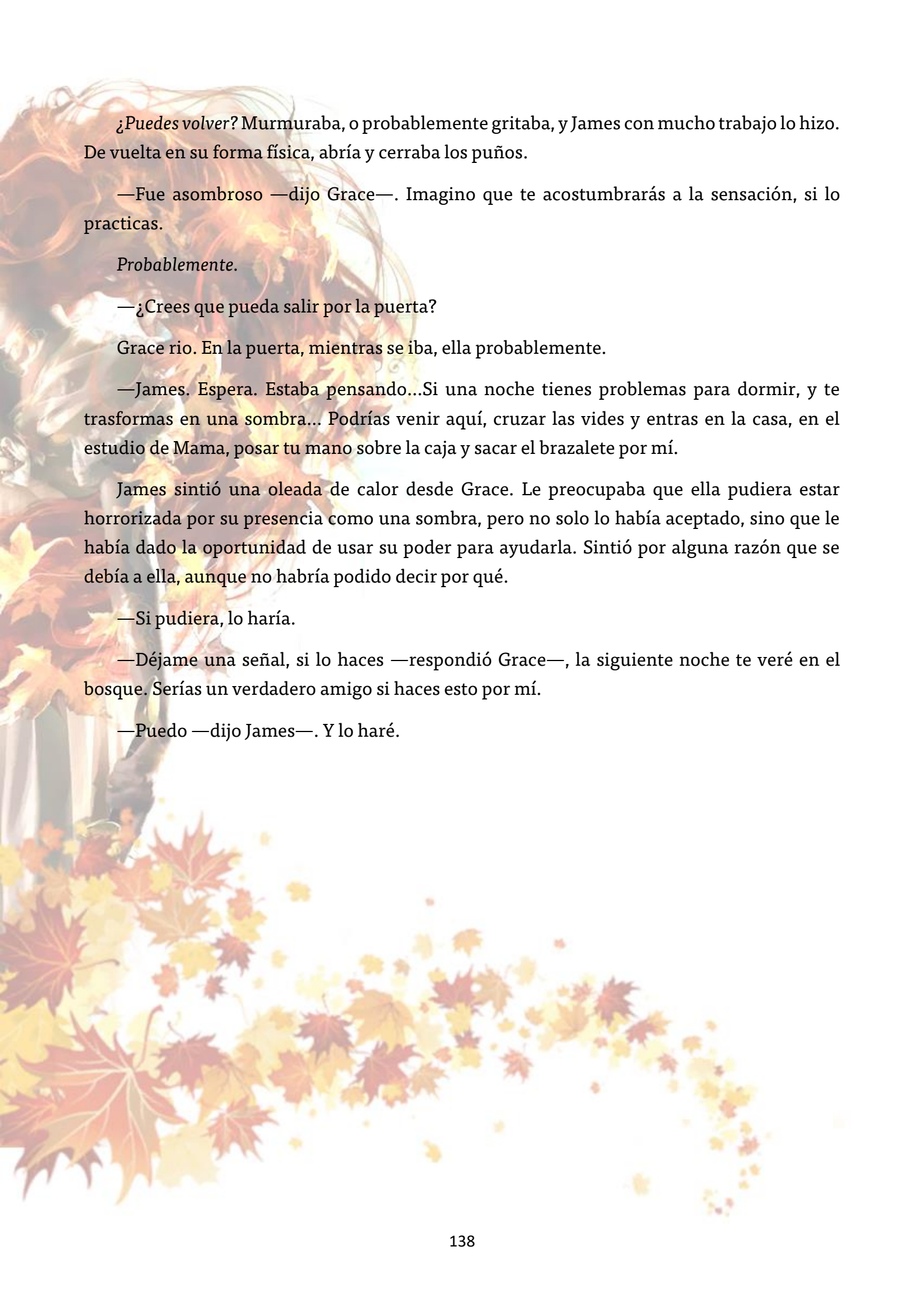
* * *

—Que interesante amistad tenemos —dijo Grace. Estaban de vuelta en la mansión Blackthorn, James podando las vides de un lado del largo muro de piedra, Grace deambulando del otro lado haciéndole compañía. El captaba vistazos de ella a través de huecos en la piedra cada cierto tiempo mientras caminaban—. Es una pena que no puedas convertirte en una sombra y venir conmigo, a mi lado del muro.

James paró de podar.

—Nunca había pensado en eso. *A lo mejor* puedo—. Posó a su lado las tijeras en la hierba para después mirar sus manos. No sabía qué hacer. Pensó con todas sus fuerzas en nada, en el gris del Mundo de las Sombras. En un comienzo, se precipitó hacia el muro.

Se recuperó rápidamente. Aún era una sombra, aunque no estaba en el Mundo de la Sombras: claramente se encontraba dentro de los jardines de la Mansión Blackthorn. Había pasto crecido por todos lados... y Grace, parada ante él.



¿Puedes volver? Murmuraba, o probablemente gritaba, y James con mucho trabajo lo hizo. De vuelta en su forma física, abría y cerraba los puños.

—Fue asombroso —dijo Grace—. Imagino que te acostumbrarás a la sensación, si lo practicas.

Probablemente.

—¿Crees que pueda salir por la puerta?

Grace rio. En la puerta, mientras se iba, ella probablemente.

—James. Espera. Estaba pensando... Si una noche tienes problemas para dormir, y te transformas en una sombra... Podrías venir aquí, cruzar las vides y entras en la casa, en el estudio de Mama, posar tu mano sobre la caja y sacar el brazalete por mí.

James sintió una oleada de calor desde Grace. Le preocupaba que ella pudiera estar horrorizada por su presencia como una sombra, pero no solo lo había aceptado, sino que le había dado la oportunidad de usar su poder para ayudarla. Sintió por alguna razón que se debía a ella, aunque no habría podido decir por qué.

—Si pudiera, lo haría.

—Déjame una señal, si lo haces —respondió Grace—, la siguiente noche te veré en el bosque. Serías un verdadero amigo si haces esto por mí.

—Puedo —dijo James—. Y lo haré.

6

NO MÁS ALEGRÍA

Traducido por: Nay Herondale, Lovelace, Cortana

Corregido por: Roni Turner, BLACKTHORN, Jeivi37

“Todo adentro es oscuro como la noche:

En las ventanas no hay luz:

Y sin murmullo en la puerta,

Antes tan frecuente en su bisagra.

Cierre la puerta, los postigos cierre,

O a través de las ventanas veremos

La desnudez y vacío

De la abandonada casa oscura.

Se alejará: no más alegría

Hay aquí o sonido festivo.

La casa fue construida de la tierra,

Y caerá de nuevo sobre el suelo.”

—Alfred, Lord Tennyson, *La Casa Abandonada*

—No puede ser que vivan aquí —susurró Lucie, mitad fascinada, mitad horrorizada.

Su madre le había descrito la Casa Chiswick una vez. Como había sido años atrás, cuando Tessa había asistido a un baile disfrazada de Jessamine. Sus padres no podían hablar del baile, en realidad, sin lanzarse melosas miradas de afecto el uno al otro. Era un tanto asqueroso.

El tío Gabriel había descrito la casa también, con una historia mucho más emocionante y adecuada sobre como él, la tía Cecily, el tío Jem, los padres de Lucie, y el tío Gideon habían despachado al malvado Benedict Lightwood, quien se había convertido en un demoníaco gusano que merodeaba por los jardines Lightwood. Era una historia con una gran cantidad de sangre y emoción, y le había quedado muy claro, a Lucie al menos, que los jardines habían sido gloriosos. La mansión en sí había sido asombrosa: piedra blanca, césped que se extendía hasta el Támesis. Hermosas estructuras griegas parecían flotar sobre el suelo. Había habido jardines italianos, y balcones bañados por la luz de la luna, y altos y protuberantes pilares, una famosa reproducción de la Venus de' Medici de las galerías Uffizi en Florencia, una magnífica avenida de cedros conduciendo hasta la casa...

—Mi madre dijo que escuchó que había sido abandonado, pero no esperaba esto.

Susurró Cordelia de vuelta. Su vista, al igual que la de Lucie, estaba pegada al exterior de las enormes verjas que cerraban la propiedad. Palabras en latín estaban grabadas en la parte superior del herraje.

ULTIMA FORSAN. *El final está más cerca de lo que piensas.*

Produjeron escalofríos a lo largo de la columna de Lucie. Llevó la mano hasta su cintura, donde su cinturón de armas descansaba. Bridget había dejado espadas serafín, cinturones y estelas en el carruaje para ellas, y se habían Marcado cuidadosamente a sí mismas con varias runas: Fuerza, Sigilo, Visión Nocturna. Uno nunca podía ser lo suficientemente cuidadoso en un posible lugar encantado.

Lucie solo deseó que hubieran podido cambiarse a su ropa de combate. Seguían llevando sus vestidos del picnic, rasgados y manchados de sangre.

—Existe el abandono y después está el desastre —dijo Lucie, alcanzando su estela—. ¿Cómo puede soportar Grace vivir aquí?

—Supongo que encuentra otras cosas que le hacen feliz.

Dijo Cordelia con voz apagada mientras Lucie dibujaba una runa de Apertura en las verjas, estas se abrieron esparciendo un polvo de óxido rojo.

Dieron un paso al frente hacia las rocas quebrantadas y el sobrecrecimiento de lo que una vez había sido una hermosa avenida alineada con cipreses y cedros plantados en tiestos. El olor a cedro podrido ahora llenaba el aire y cosquilleó la parte posterior de la garganta de Lucie. Los árboles se elevaban unos sobre los otros, sus ramas entrelazándose, curvándose y quebrándose. Ramas muertas yacían en el suelo.

Cuando salieron de la avenida y entraron en una amplia glorieta frente a la casa, Lucie se vio afectada por la arruinada belleza de la mansión. Unas escaleras dobles, construidas maravillosamente, guiaban hacia una amplia entrada: vides ennegrecidas se retorcían alrededor de columnas veteadas. Si alzaba la mirada podía ver los balcones de los que su madre le había hablado, más estos habían sido cubiertos por racimos de espinas.

—Como el castillo de la Bella Durmiente —murmuró Lucie.

—¡Justo estaba pensando eso! —dijo Cordelia—. ¿Alguna vez leíste los cuentos antiguos? Los recuerdo mucho más aterradores. Había uno donde el palacio de la Bella Durmiente estaba rodeado de arbustos con afiladas espinas, y los cuerpos de los príncipes que los

trataban de atravesar colgaban de las espinas cuando morían, y sus huesos emblanquecieron bajo el sol.

—¡Encantador! —dijo Lucie—. Me aseguraré de incluir eso en un libro.

—No en *La Bella Cordelia*, no lo harás —dijo Cordelia, avanzando para inspeccionar más de cerca la casa—. Lucie, no hay ni una luz encendida, ni un poco de iluminación. ¿Quizá no estén en casa?

—Mira... ahí —dijo Lucie, y señaló—. Vi una luz, pasando rápidamente por una de las ventanas. Si no quieres llamar a la puerta, no tienes por qué hacerlo. Lo admito, esto es un tanto inquietante.

Cordelia enderezó sus hombros.

—No estoy asustada.

Lucie escondió una sonrisa.

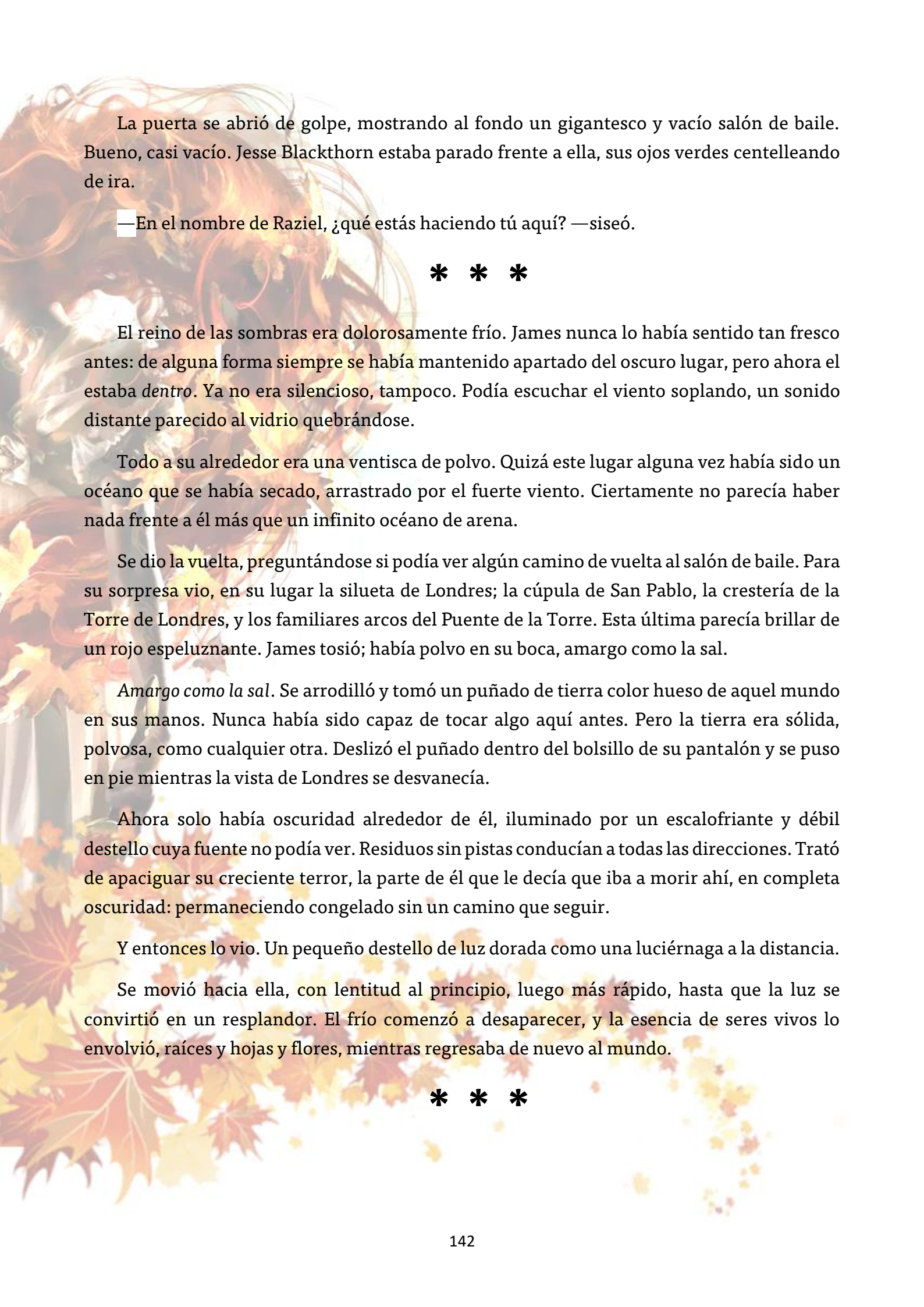
—Entonces voy a buscar un fantasma mientras tu distraes a los habitantes. Nos encontraremos de nuevo en la entrada en un cuarto de hora.

Cordelia asintió y comenzó a ascender las escaleras de mármol cuarteado hacia la puerta principal. El sonido de sus pisadas desapareció mientras Lucie se deslizaba por la casa hasta la parte trasera, donde la hierba descendía hacia la oscura agua del río. Se encontró observando el muro de piedra de la mansión, agrietado por el tiempo y veteado con millones de gruesas y retorcidas vides.

Lucie saltó con carrera y se aferró a las vides. Comenzó a escalar rápidamente, mano sobre mano, de la misma manera en la que siempre había escalado la cuerda en la sala de entrenamiento, esperando encontrar una ventana abierta que pudiera atravesar. Para su deleite, a la mitad de la pared se dio cuenta de que había alcanzado un balcón. Incluso mejor.

Lucie se levantó por encima de la barandilla del balcón y cayó al suelo. Se levantó de un salto antes de que las espinosas ramas pudieran atravesar su ropa y le hiciesen un desagradable rasguño. Se sintió tremendamente satisfecha consigo misma, se preguntó si su padre se sentiría orgulloso de saber con qué facilidad había escalado la pared.

Probablemente no, concluyó. Probablemente él solo la hubiera matado si supiera que estaba ahí. Los padres eran realmente incapaces de ver lo que sus hijos podían lograr, qué pena. Lucie alcanzó el pomo de las resquebrajadas puertas francesas, el cristal estaba manchado con mugre oscura y podredumbre verdosa. Empujó hacia adentro...



La puerta se abrió de golpe, mostrando al fondo un gigantesco y vacío salón de baile. Bueno, casi vacío. Jesse Blackthorn estaba parado frente a ella, sus ojos verdes centelleando de ira.

—En el nombre de Raziel, ¿qué estás haciendo tú aquí? —siseó.

* * *

El reino de las sombras era dolorosamente frío. James nunca lo había sentido tan fresco antes: de alguna forma siempre se había mantenido apartado del oscuro lugar, pero ahora el estaba *dentro*. Ya no era silencioso, tampoco. Podía escuchar el viento soplando, un sonido distante parecido al vidrio quebrándose.

Todo a su alrededor era una ventisca de polvo. Quizá este lugar alguna vez había sido un océano que se había secado, arrastrado por el fuerte viento. Ciertamente no parecía haber nada frente a él más que un infinito océano de arena.

Se dio la vuelta, preguntándose si podía ver algún camino de vuelta al salón de baile. Para su sorpresa vio, en su lugar la silueta de Londres; la cúpula de San Pablo, la crestería de la Torre de Londres, y los familiares arcos del Puente de la Torre. Esta última parecía brillar de un rojo espeluznante. James tosió; había polvo en su boca, amargo como la sal.

Amargo como la sal. Se arrodilló y tomó un puñado de tierra color hueso de aquel mundo en sus manos. Nunca había sido capaz de tocar algo aquí antes. Pero la tierra era sólida, polvosa, como cualquier otra. Deslizó el puñado dentro del bolsillo de su pantalón y se puso en pie mientras la vista de Londres se desvanecía.

Ahora solo había oscuridad alrededor de él, iluminado por un escalofriante y débil destello cuya fuente no podía ver. Residuos sin pistas conducían a todas las direcciones. Trató de apaciguar su creciente terror, la parte de él que le decía que iba a morir ahí, en completa oscuridad: permaneciendo congelado sin un camino que seguir.

Y entonces lo vio. Un pequeño destello de luz dorada como una luciérnaga a la distancia.

Se movió hacia ella, con lentitud al principio, luego más rápido, hasta que la luz se convirtió en un resplandor. El frío comenzó a desaparecer, y la esencia de seres vivos lo envolvió, raíces y hojas y flores, mientras regresaba de nuevo al mundo.

* * *

Cordelia casi se había rendido de tocar a la puerta principal de la Casa Chiswick cuando finalmente estas se abrieron. Grace estaba parada en el umbral. Para gran sorpresa de Cordelia, se encontraba sola. Las damas no abrían sus propias puertas, los sirvientes realizaban esa tarea. Pero desde luego, ¿qué ser humano ordinario, incluso uno con la Visión, estaría dispuesto a trabajar en tal lugar? No había duda de por qué Grace insistía en que la recogiesen y dejasen en la entrada.

Grace llevaba el mismo vestido que había llevado en el picnic de hace un rato, más el dobladillo estaba desgarrado y manchado de hierba. No es que a Cordelia le importara. Había algo humano en Grace exhibiendo incluso la más mínima de las imperfecciones.

Grace llevaba una intensa antorcha en su mano derecha; detrás de ella, el vestíbulo de la casa estaba oscuro. Había un olor a humedad en el aire. Grace miró a Cordelia, su expresión oscilaba entre la seriedad y sorpresa.

—Señorita Carstairs.

Dijo finalmente. No invitó a Cordelia a entrar, o preguntó por qué estaba ahí. Habiendo reconocido la presencia de Cordelia, parecía contenta de permanecer donde estaban.

Cordelia aclaró su garganta.

—Señorita Blackthorn —dijo. ¿Era esta una distracción? En algún lugar Lucie estaba arrastrándose, buscando un fantasma. Cordelia había pensado que más bien Tatiana vendría a abrir la puerta también, pero tendría que arreglárselas con Grace—. Venía a corroborar si estabas bien después de los eventos de hoy —dijo Cordelia—. Como compañera recién llegada a Londres, sé que puede ser difícil...

—Estoy bastante bien —dijo Grace. Cordelia tenía la inquietante sensación de que detrás de la expresión en blanco de Grace, ésta la estaba analizando.

—No somos muy diferentes, tú y yo —dijo Cordelia—. Ambas hemos recorrido un largo camino para llegar aquí...

—De hecho, hay un portal en el invernadero de la Mansión Blackthorn —dijo Grace fríamente—. Conduce hasta el jardín de aquí. Así que fue un viaje muy corto.

—Oh. Bueno, eso es distinto, pero ninguna de las dos conoce bien al Éncave, o a los jóvenes de esta ciudad aparte de Lucie y James. Estamos simplemente tratando de hacer que nuestras vidas aquí sean lo mejor posible...

La luz de la antorcha proyectaba extrañas sombras sobre el semblante de Grace.

—No somos parecidas —dijo, sin molestia—. Tengo obligaciones que tú no puedes entender.

—¿Obligaciones? —La palabra sorprendió a Cordelia—. No puedes estar hablando de...— *James. No puedes estar hablando de James.* El compromiso con un hombre podría ser considerado obligación, pero solo si la relación no era deseada. Dado que Grace había hecho el suyo con James en secreto, sin que su madre lo supiese, ¿seguramente deba ser lo que deseaba?

Grace le dio una tensa sonrisa.

—¿Viniste porque encuentras la situación entretenida?

—No sé lo que quieres decir.

Con una mirada Grace, comenzó a alejarse. Cordelia se estiró para tomarla de la manga. Grace soltó un pequeño chillido de dolor y apartó su brazo.

—Yo no... —Cordelia la miró fijamente; solo la había tocado ligeramente—. ¿Estás herida? ¿Puedo ayudar?

Grace sacudió su cabeza violentamente mientras una oscura sombra se cernía tras ella. Era Tatiana Blackthorn.

Tatiana tenía la misma edad que Cecily Lightwood, pero lucía años mayor, las líneas de odio e ira curtían su rostro como marcas de cuchillos. Llevaba un manchado vestido fucsia, su cabello café grisáceo caía como cascada. Miró a Cordelia con aversión.

—Justo como tu primo —miró con desdén—. Sin ningún sentido de decencia en absoluto. —se apoderó de la puerta—. Fuera de mi propiedad —finalizó cerrando de golpe ruidosamente en la cara de Cordelia.

* * *

Cordelia estaba regresando hacia la entrada cuando escuchó el ruido.

Había supuesto que no había nada más que hacer que esperar a Lucie en el carruaje, Tatiana la había echado de la propiedad, después de todo. Era realmente muy peculiar. Hubo un reluciente odio en sus ojos cuando mencionó a Jem que enervó a Cordelia. ¿Cómo se podía odiar a la gente por tanto tiempo? ¿Especialmente cuando los culpabas de algo que, aunque horrible, no había sido su culpa? Benedict Lightwood se había convertido en un monstruo en el momento que Will, Jem y los otros lo habían matado. Muchas decisiones no eran fáciles,

algunas casi imposibles, y no tenía sentido odiar a las personas que habían sido forzadas a tomarlas.

El ruido interrumpió sus pensamientos: eran como los siseos de voces enojadas. Parecían estar viniendo del invernadero en los jardines delanteros: una estructura de vidrio y madera con una cúpula en el techo. Sus ventanas eran oscuras, sin duda tan sucias como el resto de la casa. Pero, ¿por qué habría alguien ahí? Era de noche, y nadie más vivía en la mansión salvo Grace y Tatiana.

Cordelia titubeó, después deshizo los vendajes de sus manos. Para su alivio, el ungüento había curado la mayor parte de sus quemaduras. Contoneó sus dedos desvendados y sacó a Cortana de su funda antes de deslizarse hasta la puerta del invernadero.

Para su sorpresa, la puerta se abrió de golpe sin el crujido de las bisagras oxidadas. Parecía que, entre los artefactos en los jardines —el capricho²⁰ cubierto de vegetación, el pozo sumergido en espinas y arbustos que alguna vez había sido un pequeño anfiteatro— el invernadero seguía en uso.

Entró a un mundo de profundas sombras y un intenso olor a vegetación podrida. Estaba bastante oscuro, solo la poca luz de la luna brillando a través del cristal sucio iluminaba el espacio.

Sacó su luz mágica del bolsillo con su mano libre. Alastair se la había regalado en su decimotercer cumpleaños, una fría y redonda pieza de *adamas* tallada por las Hermanas de Hierro, viva con la promesa de luz dentro.

Cerró su mano alrededor de la piedra, y esta cobró vida. Mantuvo la luz bajo control, sin querer que el invernadero brillara como una antorcha, delatando su presencia. La luz era de un amarillo tenue, iluminando el camino que conducía entre hileras de lo que una vez fueron naranjos plantados en macetas.

El techo se elevaba por encima, mezclándose con las sombras. Formas revoloteaban de aquí para allá en las alturas, murciélagos, sospechó Cordelia. No le importaban los murciélagos. Había bastantes en el campo.

Era menos entusiasta con las arañas. Gruesas telarañas plateadas se tejían entre los árboles. Hizo una mueca mientras se movía por el camino, que al menos estaba bien despejado. Alguien había estado aquí recientemente. Podía ver las pisadas de zapatos de tacón en la tierra compacta.

²⁰ Un capricho, literalmente *folly* (vocablo inglés para designar «locura» o «extravagancia»), es un elemento construido de jardín, fruto de la fantasía de su autor.

Las telarañas estaban vacías, sin embargo. Colgaban reluciendo como encaje de un vestido de novia abandonado, libre de arañas o incluso los cuerpos de insectos atrapados. *Extraño*, pensó Cordelia, mirando alrededor. Era fácil imaginar lo bello que el lugar había sido, la carpintería pintada de blanco, el cristal permitiendo entrar destellos del cielo azul. Ahora quedaban pocas flores, aunque vio los purpúreos pétalos y las oscurecidas bayas retorcidas de las plantas solanáceas esparcidas bajo la sombra de un gran árbol que todavía se levantaba rígido y sin hojas, contra una lejana pared.

Malo, pensó Cordelia. Era mal visto por los Cazadores de Sombras cultivar plantas solanáceas²¹, las cuales proveían ingredientes clave para hechizos de magia negra. Eran plantas que tampoco ella reconocía, algo como un carnoso tulipán blanco, y un poco más como una rojiza venus atrapamoscas. Ninguna de ellas parecía haber sido cultivada recientemente: maleza crecía alrededor de todo. La pesadilla de un jardinero.

La fuerte esencia en el aire se había intensificado; como follaje abandonado a la putrefacción, un jardín muerto. Cordelia miró de cerca frente a ella, y vio una espesa oscuridad y un sacudido movimiento...

Se agachó justo cuando una oscura garra azotó sobre su cabeza. ¡*Demonio!* grito una silenciosa voz en su cabeza. El hedor en el aire, medio encubierto por el olor de hojas podridas, la falta de pájaros o incluso de arañas dentro del invernadero, por supuesto.

Hubo un movimiento en la oscuridad, Cordelia vio una gran cara deformada que se cernía sobre ella, blanquecina y acolmillada y huesuda, antes de que el demonio siseara y se echara para atrás ante la luz.

Cordelia se giró para correr, pero un curvado tentáculo azotó en derredor de su tobillo, apretando como una soga. La desestabilizó, golpeando el suelo con fuerza. Su luz mágica salió volando. Cordelia gritó mientras era arrastrada hacia las sombras.



Lucie se incorporó en su máxima altura, la cual no era muy impactante; de toda su familia ella era la más pequeña.

—Creo que debe de estar despejado —dijo—. Estoy siendo sigilosa, espiando.

Los ojos de Jesse centellearon—. Oh, por...—Dio un paso hacia atrás—. Entra, rápido.

²¹ Plantas solanáceas: literalmente *nightshade plants*, son una familia de plantas herbáceas que incluyen a berenjenas, patatas blancas o tomates.

Lucie hizo lo que le dijo y se encontró así misma entrando a una amplia habitación. Jesse estaba frente a ella, con la misma vestimenta que había llevado en el baile y antes de eso, en el bosque. Uno raramente veía a un caballero sin su chaqueta, y ciertamente no en camisa a menos que fuera su hermano o algún otro miembro de la familia. No habría notado su estado de desnudez cuando era más joven, pero ahora era muy consciente de ello. Un disco de metal, un guardapelo quizá, colgaba sobre el hueco de su garganta, la superficie grabada con un círculo de espinas.

—Estás loca por venir aquí —dijo—. Es peligroso.

Lucie miró a su alrededor. El tamaño de la habitación, la bóveda del techo solo servía para hacer que todo pareciera más desierto. Rayos de luna brillaban a través de una ventana rota. Las paredes alguna vez habían sido de un azul oscuro, pero ahora eran casi negras, con una fina capa de suciedad. Enormes montañas de tela brillante, ahora cubiertas de polvo, colgaban del techo, meciéndose con la brisa de las ventanas rotas. Se dirigió al centro de la habitación, donde una gran lámpara de cristal colgaba. Lucía como si alguna vez hubiera sido fabricada con la forma de una reluciente araña, pero los años habían tomado sus cristales esparciéndolos en el suelo como lágrimas endurecidas.

Se agachó para tomar uno, un diamante falso, pero aun así hermoso, todo brillo y polvo— Este era el salón de baile —dijo con voz suave.

—Todavía lo es —dijo Jesse, y ella se giró para verlo. Estaba parado en un lugar completamente diferente a donde había estado antes, sin embargo, no lo había oído moverse. Era todo blanco y negro, el único color en él era su plateado anillo Blackthorn en su mano derecha llena de cicatrices y sus ojos verdes.

—Oh, está horrible ahora. Le da placer a mi madre dejar que el tiempo se lleve este lugar, dejar que los años marchiten y destruyan el orgullo de los Lightwoods.

—¿Algún día los dejará de odiar?

—No es solo a los Lightwood a quienes odia —dijo Jesse—. Odia a todo aquel que considera responsable de la muerte de mi padre. Sus hermanos, tu padre y tu madre, Jem Carstairs. Y aún más allá, a La Clave. Los considera responsables de lo que me pasó.

—¿Qué fue lo que te paso? —preguntó Lucie, dejando caer el cristal roto en el bolsillo de su capa.

Jesse merodeaba por el cuarto: parecía un gato negro en la penumbra, largo y ágil, con el oscuro cabello enmarañado. Lucie se giró para observarlo mientras él se desvanecía dentro y fuera de las sombras. La araña se columpió, los cristales que aún le quedaban enviaron

brillantes rayos a través de la habitación, esparciendo atisbos de luz en la oscuridad. Por un momento, Lucie pensó haber visto a un joven en las sombras, un joven de pálido cabello rubio y con una dura mueca en su despiadada boca. Había algo familiar en él...

—¿Desde cuándo eres capaz de ver a los muertos? —preguntó Jesse.

Lucie parpadeó y el chico rubio se desvaneció.

—La mayoría de los Herondale pueden ver fantasmas —dijo—. Siempre he podido ver a Jessamine. También James puede. Nunca he pensado en ello como algo especial.

Jesse se había movido para pararse bajo la araña. Para alguien tan calmado, era sorprendentemente inquieto—. Nadie aparte de mi madre y mi hermana me ha visto desde... desde que tú me viste en Brocelind seis años atrás.

Lucie frunció el ceño—. Eres un fantasma, pero no como otros fantasmas. Ni siquiera mi padre y mi hermano pueden verte. Es demasiado extraño. ¿Estás enterrado?

—Es muy descarado preguntarle a un caballero si está sepultado —dijo Jesse.

—¿Qué edad tienes? —Lucie estaba inmutable.

Jesse suspiró y miró hacia la araña.

—Tengo dos edades —dijo—. Tengo veinticuatro y también diecisiete.

—Nadie tiene dos edades.

—Yo sí —dijo, sereno—. Cuando tenía diecisiete, morí. Pero mi madre se había... preparado.

Lucie lamió sus labios secos—. ¿Qué quieres decir con que se preparó?

Se señaló a sí mismo.

—Esto, lo que estás viendo, es una manifestación de mi alma. Tras mi muerte, mi madre le dijo a los Hermanos Silenciosos que nunca les daría mis restos, que se rehusaba a dejarlos tocarme de nuevo, para convertir mi cuerpo en cenizas. No sé si cuestionaron lo que hizo entonces, pero sé que trajo a un brujo a la sala horas después de morir, para preservar y salvaguardar mi cuerpo físico. Mi alma se liberó para deambular entre el mundo real y el reino de los espíritus. Por consiguiente, no envejezco, no respiro, y vivo solo durante las noches.

—¿Las cuales pasas apareciéndote en salones de baile o deambulando en el bosque?

Le dirigió una oscura mirada.

—Normalmente paso mi tiempo leyendo. Ambas, la mansión de Idris y la Casa Chiswick tienen bibliotecas bien abastecidas. He leído incluso los documentos sin publicar de mi abuelo Benedict. Estaban escondidos en la chimenea. Cosas horribles, estaba obsesionado con los demonios. Socializar con ellos, intimar con ellos...

—Ugh —dijo Lucie, gesticulando para detenerlo. Las peculiaridades de Benedict Lightwood eran bien conocidas—. ¿Qué haces durante el día?

Sonrió ligeramente.

—Me desvanezco.

—¿En serio? ¿A dónde?

—Tienes muchas preguntas.

—Sí —dijo Lucie—. De hecho, he venido aquí para hacerte una pregunta. ¿Qué quisiste decir anoche con «hay muerte aquí»? Nada pasó en el baile.

—Pero hoy sí —dijo Jesse—. Grace me lo ha contado.

Lucie trató de imaginar a Grace y a Jesse sentados en la oscura habitación, intercambiando las noticias de sus días:

Vi a un demonio atacar en el parque Regent a plena luz del día.

¿Lo hiciste? Bueno, yo no hice mucho, como sabes, sigo muerto.

Aclaró su garganta.

—¿Entonces puedes ver el futuro?

Jesse se detuvo. Parecía haber sido hecho de luz de luna y telarañas, sombras en su semblante, en el hueco de su garganta, en sus muñecas.

—Antes de que revele nada más —dijo—, debes jurar que no dirás nada sobre mí; ni a tu hermano, ni a Cordelia, ni a tus padres. ¿Entendido?

—¿Un secreto? —Lucie amaba y odiaba los secretos. Siempre se sentía honrada de que le confiaran uno, e inmediatamente después se sentía tentada a contarlo—. ¿Por qué debe ser un secreto? Muchos saben que puedo ver fantasmas.

—Pero como perspicazmente habrás notado, no soy un fantasma usual —dijo Jesse—. Me mantengo en este estado con magia nigromántica y la Clave prohíbe tales cosas. Si se enteran, buscarían mi cuerpo y lo quemarían, y entonces estaría realmente muerto. Para siempre.

Lucie tragó.

—¿Entonces aún tienes esperanza, piensas que puedes regresar? ¿Totalmente a la vida?

Jesse se apoyó contra la pared, sus brazos cruzados.

—No lo has prometido.

—Te doy mi palabra. No diré nada sobre ti. Ahora explica que tratabas de decir anoche con tu advertencia.

Había pensado que sonreiría o diría algo burlón, pero lucía muy serio—. Ser lo que soy me pone entre dos mundos —dijo—. Pertenezco aquí y al mismo tiempo no. A veces puedo entrever cosas que no pertenecen del todo. Otros fantasmas, por supuesto, y demonios. Había una presencia siniestra en el salón de baile, y creo que es la misma que regresó hoy.

—¿Pero, por qué? —susurró Lucie.

Jesse sacudió su cabeza—. Eso, no lo sé.

—¿Regresarán...? —comenzó Lucie. Hubo un destello de luz. Jesse se giró, sorprendido, hacia la pared posterior de la casa: las puertas francesas se habían iluminado, brillando en un blanco deslumbrante.

Lucie corrió velozmente hacia una de las ventanas y se asomó. Podía ver claramente los jardines en toda su embrollada oscuridad. A una pequeña distancia se encontraba el invernadero, y este estaba brillando como una estrella.

Luz mágica.

Un momento después la luz parpadeó. Un gélido miedo desgarró el pecho de Lucie. «Daisy», respiró, y abrió las puertas. Dando una voltereta hacía del balcón sin mirar de nuevo a Jesse, se arrojó contra la pared y comenzó a descender.

* * *

Cordelia se aferró al suelo con su mano libre, sus dedos hundiéndose en la tierra mientras era arrastrada hacia las sombras. El tentáculo del demonio que le envolvía la pierna era agonizante, se sentía como si un millón de pequeños dientes le estuvieran mordiendo la piel, pero lo más aterrador era el calor que sentía detrás de su cuello, la respiración de lo que sea se cernía sobre ella.

Algo tomó su mano. *Lucie*, pensó. Gritó cuando se detuvo de repente, el doloroso agarre de su pierna se hizo más fuerte, girando su cuerpo de costado. Se estiró para agarrar la mano que había tomado la suya y vio a quién pertenecía.

La luz en el invernadero era tenue, pero lo reconoció al instante. Una conmoción de pelo negro, pálidos ojos dorados, el rostro que ella memorizó. James.

No estaba usando el equipo. Vestía pantalones y remera, su rostro estaba pálido del shock. Aun así, sostenía su mano con firmeza, arrastrándola hacia la puerta, mientras el tentáculo rodeando su pierna trataba de llevarla hacia el corazón del invernadero. Si no se movía rápido se partiría al medio.

Usando el agarre de James como ancla, Cordelia se retorció para liberar a Cortana (había estado atrapada debajo de ella) y se estiró hacia abajo con la espada en su mano. Balanceó la espada a través del tentáculo que la atrapaba.

Cortana brilló de un color dorado al cortar la carne del demonio. Un grito profundo resonó por el invernadero y, de repente Cordelia estaba libre arrastrándose hacia James en un charco de icor y su propia sangre.

El dolor vino a ella como fuego cuando él la ayudó a incorporarse. No había nada elegante en la situación, no era como un caballero ayudando a una dama. Esto era la urgencia de batalla, sus manos agarrando y tirando con desesperación. Cayó sobre James, quien la atrapó. Su luz mágica brillaba tenuemente en la tierra donde la había tirado.

—¿Qué rayos, Daisy...? —empezó James.

Ella se giró, alejándose de su agarre para recuperar la luz mágica. En su renovado esplendor, ella se dio cuenta que lo que había pensado que era un enorme árbol que crecía sobre la pared del invernadero era algo muy diferente.

Era un demonio, pero no uno que ella haya visto antes. A la distancia casi parecía una mariposa o polilla sujeta a la pared. Un segundo y más cercano vistazo reveló que sus alas eran extensiones membranosas, inyectadas con unas pulsantes venas rojas. Donde las alas se unían, se elevaban en una especie de tallo central coronada por 3 cabezas. Cada cabeza parecía de lobo, pero con ojos negros de insecto.

Extendiéndose de lo más bajo del tronco había un nudo de largos tentáculos, como los miembros de un calamar. Agrupados con membranosas vainas, golpearon el piso del invernadero y se estiraron por la tierra como raíces. Arrancaron los árboles y plantas en macetas, estrangulaban las bases de los floreados arbustos, se estiraron a través del suelo hacia James y Cordelia.

El que Cordelia había lastimado yacía en el piso expulsando más icor con lentitud. No lentamente, sino inexorablemente. Los otros se arrastraron hacia él.

Ella tiró la luz mágica en su bolsillo. Si iba a necesitar pelear, quería sus dos manos libres.

James pareció haber tenido la misma idea: sacó una daga de su cinturón de armas y se miró el brazo, sus ojos se estrecharon.

—Daisy, —dijo sin mirarla—. Corre.

¿El realmente pretendía enfrentar a esa cosa lanzándole cuchillos? Sería suicidio. Cordelia tomó su brazo y salió corriendo. Demasiado sorprendido como para quedarse atrás, él la siguió. Ella miró hacia atrás y vio un montón de garras negras detrás de ellos, haciendo que ella aumentara la velocidad frenéticamente. Buen Raziél, ¿Qué tan grande era este invernadero?

Pasó por el último naranjo y se detuvo. Podía ver la puerta al fin, pero su corazón dio un vuelco: estaba envuelta con garras negras, curvandose hacia la pared, sus puntas apoyadas en la puerta, manteniéndola cerrada. Su mano se tensó en la muñeca de James.

—¿Esa es la puerta?

Susurró él. Ella lo miró con sorpresa. ¿Cómo podía no saberlo? ¿No había entrado por la misma puerta que ella?

—Sí —dijo—. Tengo un cuchillo serafín, pero solo uno, podríamos tratar...

James lanzó su daga, las runas en su cuchilla brillaban. Se movió tan rápido que pareció un borrón: estaba sosteniendo la daga y al siguiente se había clavado en las membranosas alas del demonio, rompiendo el vidrio detrás de él. Retorciéndose, el demonio empezó a alejarse de la pared.

James maldijo y lanzó dos cuchillos más: eran arcos plateados dando vueltas desde sus manos. El demonio dio un alarido, un sonido alto y horrible, cuando los cuchillos se clavaron en su torso. La criatura tuvo un espasmo (casi parecía destrozarse, sus vainas golpeaban el suelo como lluvia.) Dio un último grito ahogado y desapareció.

Al no estar más sostenida por el demonio, la puerta del invernadero se abrió de par en par. James se hizo camino entre el vidrio roto y la sangre del demonio, llevando a Cordelia con él; juntos se tambalearon hacia la noche.

* * *

Se alejaron con rapidez del invernadero, a través de la maleza y ramas enredadas. Cuando estuvieron a cierta distancia, en un claro cerca de la entrada a lo que un día había sido el jardín Italiano, James se detuvo de golpe.

Cordelia casi se tropieza contra él. Estaba mareada, su visión era borrosa. El dolor en su pierna había vuelto. Deslizó a Cortana en la funda en su espalda y se hundió en el suelo.

Estaban en un pequeño hueco de maleza crecida; el invernadero era una gran mancha oscura a la distancia, coronando el crecido jardín. Árboles oscuros se inclinaban y sus ramas se enredaban entre sí. El aire estaba fresco y limpio.

James se arrodilló, encontrando su mirada en el suelo. —Daisy, déjame ver.

Ella asintió. James apoyó su mano suavemente en su tobillo, bajo sus botas cortas de cuero y empezó a levantar el dobladillo del vestido. La decoración de su enagua estaba empapada en sangre y Cordelia no pudo aguantar un pequeño ruido al tener su tobillo desnudo.

Su piel parecía como si hubiera sido cortado por un cuchillo con dientes. La parte de arriba de su bota estaba empapada en sangre.

—Se ve mal, —dijo James con gentileza —, pero es solo un corte en la piel, no hay veneno. —Sacó su estela del cinturón. Con un cuidado infinito, tocó su pantorrilla con la punta de la estela (el horror, pensó Cordelia, que le hubiera dado a su madre de solo pensar en un chico tocando la pierna de su hija) y dibujó una runa de curación.

Se sintió como si alguien hubiera tirado agua fría sobre su tobillo. Ella observó mientras su piel lastimada empezaba a unirse otra vez, la piel abierta sellándose como si semanas hubieran sido reducidas a segundos.

—Te ves como si nunca hubieras visto lo que una *iratze* puede hacer, —dijo James, con una pequeña sonrisa. —¿Nunca habías resultado herida?

—Nunca así de grave, —dijo Cordelia—. Sé que debería... debes estar pensando que he sido una bebé. Y ese demonio, oh, nunca debí haber dejado que me derribara...

—Detente. —Dijo James con firmeza—. Todos somos aporreados por demonios cada tanto; si no lo hicieran, no necesitaríamos runas de curación, —sonrió, esa sonrisa extraña y tierna que podía atravesar la máscara y encender su cara—. Estaba pensando que me recuerdas un poco a Catherine Earnshaw de *Cumbres Borrascosas*. Mi madre tiene un pasaje favorito sobre como ella era mordida por un bulldog. *“Ella no gritó: ¡no!. Se hubiera despreciado a sí misma, si hubiese hecho esto, aunque se hubiera visto arrojada entre los cuernos de una vaca brava.”*²²

Cordelia no había leído *Cumbres Borrascosas* en años, pero se encontró sonriendo. Era increíble que James pudiera hacerla reír después de lo que había pasado.

—Fue impresionante, —dijo ella—. Deshacerse de un demonio tan grande con sólo unas dagas.

James lanzó su cabeza hacia atrás con una risa baja.

²² Traducción tomada de:

<https://books.google.com.ar/books?id=ImurJ5FtC34C&pg=PA68&lpg=PA68&dq=cumbres+borrascosas+%22Zella+no+grito...%22&source=bl&ots=9wuR2ML5IM&sig=ACfU3U2BFzSpyh13UzK2yFHdgKF2tslqOQ&hl=es&sa=X&ved=2ahUKEwiGqqz31ZvoAhXBE7kGHUcXAocQ6AEwAHoECAoQAQ#v=onepage&q=cumbres%20borrascosas%20%22Zella%20no%20grito...%22&f=false>

—Dale todo el crédito a Christopher —dijo—. Él hizo estos cuchillos para mí, pasó años trabajando en desarrollar nuevas sustancias que puedan soportar incluso las runas más fuertes. La mayoría de los metales se harían añicos. Lo que significa que pagaré en el infierno si pierdo una. —Agregó, mirando hacia el invernadero con pesar.

— Oh, no —dijo Cordelia con firmeza—. No puedes regresar allí.

—No te dejaría —dijo simplemente, derritiendo su corazón—. Daisy, si te digo algo ¿prometes que no le dirás a nadie?

Ella no podía decir que no cuando la llamaba Daisy.

—Sabes que me puedo convertir en una sombra —dijo—, que al principio, tenía poco control sobre el cambio.

Ella asintió, nunca olvidaría la forma en que había tratado de alcanzarla cuando tuvo la fiebre escaldante, la forma en que ella había tratado de tomar su mano pero ésta se había evaporado.

—Por años estuve trabajando con tu primo Jem para aprender a controlarlo, el cambio, las visiones —Se mordió el labio —, aunque esta noche entre al reino de las sombras por mi cuenta. Una vez adentro, me trajo aquí.

—No lo entiendo, —dijo Cordelia—. ¿Por qué aquí de todos los lugares?

Sus ojos buscaron los de ella. —Vi una luz entre las sombras, —dijo—. La seguí. Creo que era la luz de Cortana.

Ella resistió la urgencia de tocar la espada solo para asegurarse de que estuviera allí. —Es una espada especial, —admitió—. Mi padre siempre dijo que no conocíamos la extensión de lo que puede hacer.

—Cuando caí en el invernadero no tenía idea dónde estaba, —dijo—. Me estaba ahogando en polvo. Polvo gris y blanco, como huesos quemados. Tome un puñado de lo que traje del otro mundo. —Buscó en su bolsillo y sacó un poco de lo que parecía ceniza. —Se lo llevaré a Christopher y Henry. Quizás pueden averiguar de qué está hecho. Nunca había sido capaz de traer algo del reino de las sombras. Quizás pasó porque fui voluntariamente.

— ¿Crees que fue porque yo estaba peleando con el demonio (con Cortana) que fuiste traído a este lugar? —dijo ella— Cualquiera que haya sido ese demonio.

James le volvió a dar una mirada al invernadero

—Era un demonio cerberus. Y probablemente estuvo aquí por años.

—He visto fotos de demonios cerberus. —Cordelia se tambaleó para levantarse. James se incorporó y la rodeó con su brazo para para sostenerla. Ella se tensó ante su cercanía— No se ven así.

—Benedict Lightwood era un gran entusiasta de los demonios. —dijo James— Cuando limpiaron el lugar después de que murió encontraron un montón de demonios cerberus. Son como perros vigilantes; los había colocado aquí para proteger a su familia y su propiedad. Supongo que no vieron al que estaba en el invernadero.

Cordelia se alejó un poco de James, aunque era lo último que quería hacer.

—¿Y crees que durante los años cambió? ¿Se transformó más en una parte del lugar?

— ¿Alguna vez leíste “*El origen de las especies*”? —Preguntó James— Es un libro sobre cómo los animales se adaptan al ambiente a través de las generaciones. Los demonios no tienen generaciones, no mueren al menos que los matemos. Este se adaptó a su ambiente.

— ¿Crees que haya más por aquí? —el crudo dolor en el tobillo de Cordelia había descendido a un dolor manejable cuando se giró, buscando a Lucie por el jardín— Podríamos estar en peligro. Lucie...

James se puso pálido— ¿Lucie?

El corazón de Cordelia se saltó un latido. *Por el Ángel.* —Lucie y yo vinimos juntas.

—Por todos los cielos...—de repente estaba preocupado. Lo podía ver en su rostro, sus ojos— ¿Por qué?

—Lucie quería asegurarse que Grace estuviera bien y me pidió que la acompañara. —mintió Cordelia—. De hecho entró en la casa, donde están Grace y Tatiana. Yo, de forma bastante estúpida, me quedé paseando por los jardines.

Una extraña mirada de asombro pasó por la cara de James, como si justo hubiera recordado algo terriblemente importante.

—Grace, —dijo él.

—Sé que debes querer ir a verla, —dijo Cordelia—. Pero debo advertirte que Tatiana está de muy mal humor.

James siguió viéndose aturdido en silencio. Hubo un ligero sonido de hojas moviéndose y Lucie apareció entre la maleza.

—¿Cordelia! —exclamó, su rostro se iluminó con alivio —. ¡Y Jamie! —Sus ojos se arrugaron; ella se detuvo—. Oh, querido Jamie ¿Qué haces aquí?

—Como si tú tuvieras una excusa razonable para estar en la propiedad de alguien más en el medio de la noche. —Dijo James transformándose de un joven preocupado a un imponente hermano mayor en segundos—. Papá y Mamá te matarán.

—Solo si tú les dices —los ojos de Lucie se iluminaron—. ¿De qué otra forma se enterarían?

—Por supuesto que lo harán, —los ojos de James se oscurecieron—, la existencia de un demonio cerberus en el invernadero difícilmente...

Los ojos de Lucie se agrandaron.

—¿Un qué en dónde?

—Un demonio cerberus en el invernadero, —repitió James— donde, por cierto, mandaste a tu futura *parabatai* completamente sola...

—Oh, no, está bien, fui por mi cuenta —dijo Cordelia— Iba a mover el carruaje de la puerta. Si Tatiana mira por la ventana y lo ve, se pondrá furiosa.

—Mejor nos vamos, —dijo Lucie —James, ¿vienes con nosotras o volverás de la forma en que viniste? —ella entrecerró los ojos—. ¿Cuál es la forma en que viniste?

—No es de tu incumbencia, —dijo James, con su sonrisa torcida— Vayan en carruaje, yo iré dentro de poco y las veré en casa.

* * *

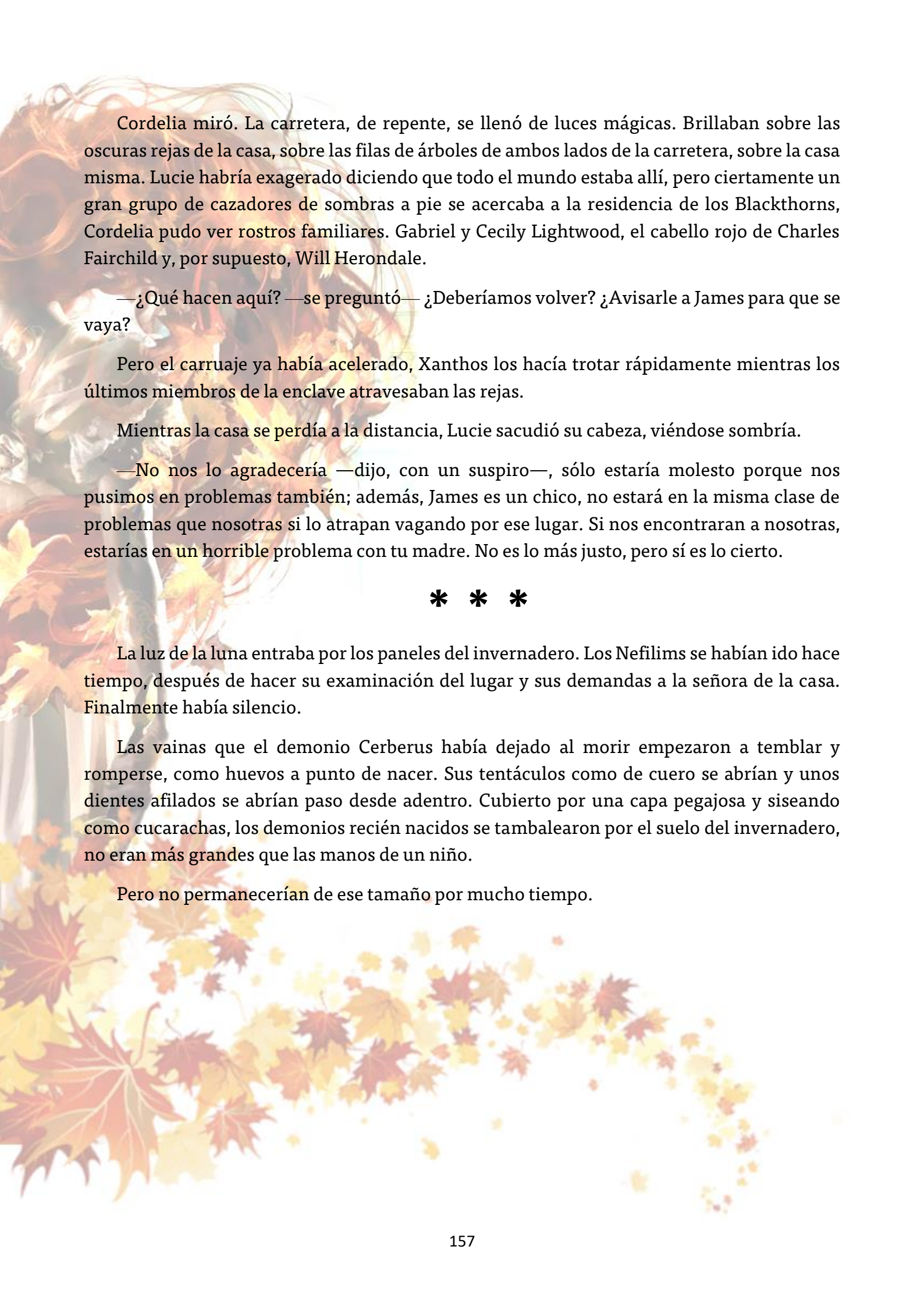
—Me imagino que James se queda porque quiere ver a Grace, —dijo Lucie en voz baja mientras ella y Cordelia se apresuraban entre los caminos crecidos del jardín de la casa Chiswick. Se agacharon por las rejas y encontraron el carruaje exactamente dónde estaba antes, Xanthos parecía estar haciendo guardia. —Que vague bajo su ventana o lo que sea. Espero que Tatiana no le arranque la cabeza.

—Ella claramente no parece querer visitas, —dijo Cordelia mientras se subían al carruaje—. Me sentí un poco mal por Grace.

—James solía sentir pena por ella, —dijo Lucie cuando el carruaje se empezó a mover—. Luego parece que de alguna forma se enamoró de ella. Lo cual es muy extraño, en realidad. Siempre pensé en la pena como lo opuesto al amor...

Se detuvo en seco, su cara se puso blanca. Se podía ver luces entre los árboles. Unas figuras se movían con rapidez en dirección a la casa Chiswick.

—Es papá, —dijo Lucie en un tono serio, como si hubiera visto otro demonio cerberus— de hecho, es todo el mundo.



Cordelia miró. La carretera, de repente, se llenó de luces mágicas. Brillaban sobre las oscuras rejas de la casa, sobre las filas de árboles de ambos lados de la carretera, sobre la casa misma. Lucie habría exagerado diciendo que todo el mundo estaba allí, pero ciertamente un gran grupo de cazadores de sombras a pie se acercaba a la residencia de los Blackthorns, Cordelia pudo ver rostros familiares. Gabriel y Cecily Lightwood, el cabello rojo de Charles Fairchild y, por supuesto, Will Herondale.

—¿Qué hacen aquí? —se preguntó— ¿Deberíamos volver? ¿Avisarle a James para que se vaya?

Pero el carruaje ya había acelerado, Xanthos los hacía trotar rápidamente mientras los últimos miembros de la enclave atravesaban las rejas.

Mientras la casa se perdía a la distancia, Lucie sacudió su cabeza, viéndose sombría.

—No nos lo agradecería —dijo, con un suspiro—, sólo estaría molesto porque nos pusimos en problemas también; además, James es un chico, no estará en la misma clase de problemas que nosotras si lo atrapan vagando por ese lugar. Si nos encontraran a nosotras, estarías en un horrible problema con tu madre. No es lo más justo, pero sí es lo cierto.



La luz de la luna entraba por los paneles del invernadero. Los Nefilims se habían ido hace tiempo, después de hacer su examinación del lugar y sus demandas a la señora de la casa. Finalmente había silencio.

Las vainas que el demonio Cerberus había dejado al morir empezaron a temblar y romperse, como huevos a punto de nacer. Sus tentáculos como de cuero se abrían y unos dientes afilados se abrían paso desde adentro. Cubierto por una capa pegajosa y siseando como cucarachas, los demonios recién nacidos se tambalearon por el suelo del invernadero, no eran más grandes que las manos de un niño.

Pero no permanecerían de ese tamaño por mucho tiempo.

DÍAS PASADOS: IDRIS, 1900

Traducido por: Cortana
Corregido por: Jeivi37, BLACKTHORN

Decidir escabullirse en la Casa Blackthorn era una cosa, pero concretar el plan era otra. Por varios días luego de que Grace se lo pidiera, James se inventaba excusas a sí mismo sobre cómo esa noche no era la noche: Su padre se quedaba despierto hasta muy tarde y notaría que se iba, el clima era muy feo para estar paseando afuera, la luna brillaba mucho y no le daría la suficiente oscuridad.

Luego, una noche, James despertó agitado de un sueño y se encontró sonrojado y sin aire, como si hubiera estado sintiendo algo monstruoso. Las sábanas de su cama se habían salido. Se levantó y caminó por su habitación sin poder pensar en dormir. Luego se puso pantalones y una camisa y trepó por la ventana.

Había estado pensando en Cordelia, no Grace, pero se encontró a sí mismo en la pared que rodeaba la casa Blackthorn. Sin ser capaz de pegar la vuelta, después de haber ido tan lejos, se convirtió en una sombra. Rápidamente, se encontró atravesando la pared y el jardín que llevaba a la entrada.

No estaba preparado para el estado de la casa Blackthorn en el medio de la noche, su aterrador silencio, su aura de peligro como si fuera una tumba abierta. Una gruesa capa de polvo plateado se esparcía por las barandillas y los muebles y se convertían en telarañas en cada esquina. A una esquina de su visión había un borrón gris: sabía que era el borde del reino de las sombras. Sabía que estaba cortejando ese mundo, transformando su piel en sombra.

Pero había hecho una promesa

James podía ver fantasmas, y no había ningún fantasma allí. Pero este lugar se sentía embrujado de todas formas. Las sombras parecían escuchar con atención sus pasos. Lo más extraño fue que cada reloj por el que pasó se había detenido exactamente a la misma hora, nueve menos veinte.

James subió las escaleras. Al final de un largo corredor, había una pared sosteniendo una horrorosa armadura, fácil dos veces más alta que un humano. Por suerte, sólo era una decoración: hecho de hierro y cobre, imitaba un enorme esqueleto humano, con la parte del pecho que tenía forma de caja torácica, un casco y máscara que formaban un cráneo. Lo detuvo en seco, y se quedó mirándolo hasta que se dio cuenta de lo que debía ser: Una de las famosas criaturas con mecanismo de reloj de Axel Mortmain, un caparazón vacío que alguna vez había albergado a un demonio. Los mismos monstruos que sus propios padres tuvieron que derrotar cuando eran apenas más grandes de lo que él era ahora.

Grace le dijo que Tatiana había dejado la casa sin tocar por todos estos años, pero eso no era totalmente cierto: había instalado el cuerpo de esta criatura mecánica en la galería. ¿Por qué? ¿Qué significaba para ella? ¿Era admiración por Mortmain, quien casi destruía a los cazadores de sombras?

James odiaba tener que darle la espalda a esa cosa, pero siguió adelante y pronto encontró la puerta que daba al estudio de Tatiana. La habitación estaba repleta de cajas y cajones, llenas de papeles amarillentos y libros en descomposición. En la pared había un portarretratos de un chico, de más o menos la misma edad que James, ojos verdes brillosos dominaban su delgado rostro. James sabía quién debía ser, aunque nunca lo había visto: Jesse Blackthorn.

Había una caja de metal sobre la mesa de hierro forjado bajo el portarretrato del chico muerto, tenía talladas las ramas con espinas que los Blackthorns parecían usar para decorar todo. La cerradura estaba en la tapa, presentando un simple agujero para llave en la superficie lisa.

Sin mirar directamente a la caja, llevó su mano a la tapa; sintió su cuerpo entrar y salir de las sombras y, por un momento horrible vio el otro mundo en sacudidas irregulares, ese lugar arruinado con árboles torcidos.

James metió su mano en la caja, la cerró en un metal frío y lo sacó. Era el brazalete de la mamá de Grace, justo como ella lo había descrito.

Huyó de la habitación, de la casa misma. La luz de la luna a través de las ventanas polvorientas de los pasillos se sacudían y retorcían como una masa de serpientes plateadas.

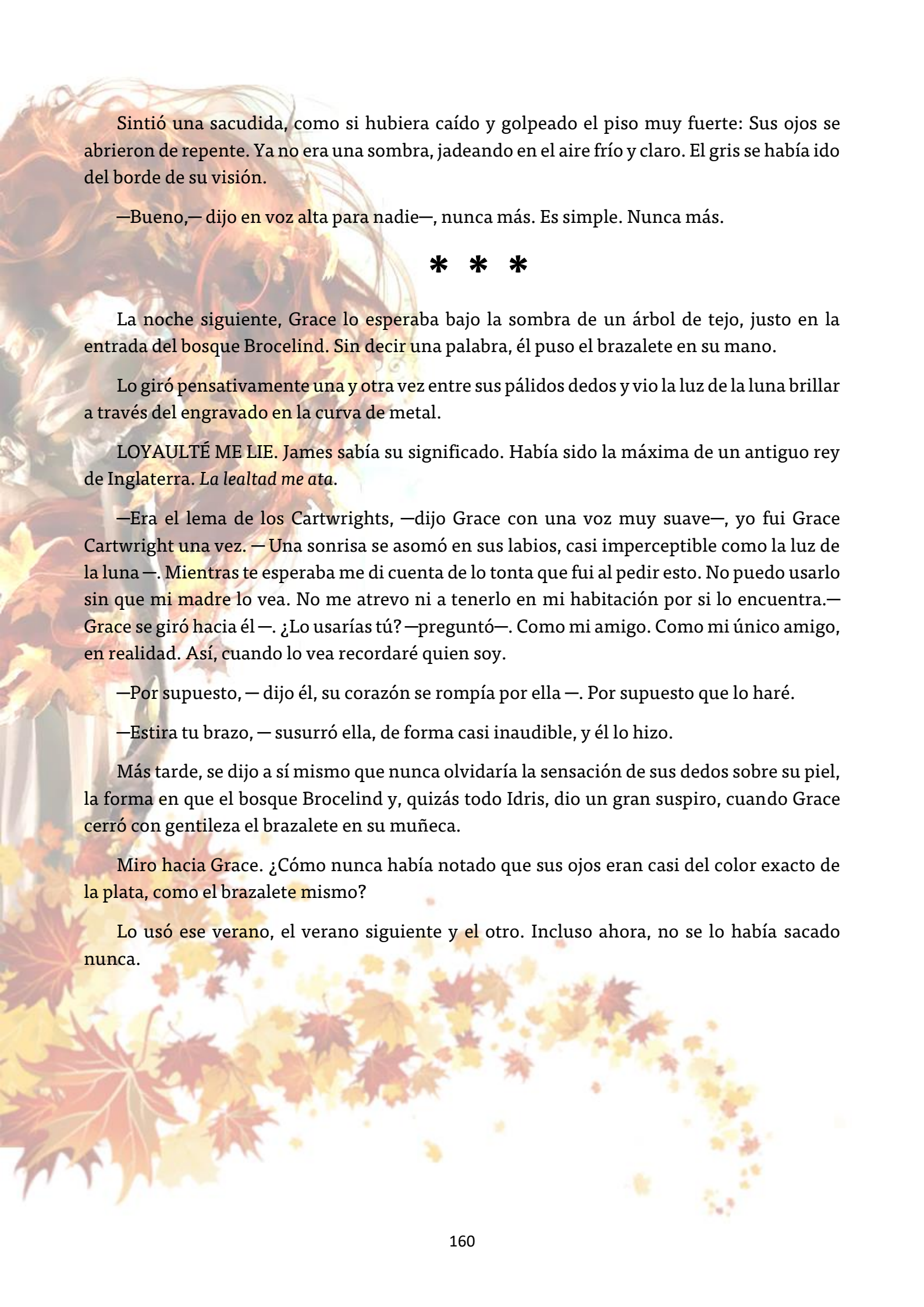
Cuando salió del territorio de la casona, James se dio cuenta que seguía siendo una sombra. Se detuvo donde estaba, en el medio de la carretera con densos árboles en ambos lados, ni la casa de los Blackthorns o los Herondales era visible, El cielo estaba oscuro, la luna era de un plateado brillante. El gris resplandeció al borde de su visión cuando cerró los ojos para obligarse a sí mismo hacerse sólido otra vez.

No pasó nada.

En ese momento, no era un ser que respiraba, pero se sintió respirar, profundo y tembloroso. Cuando se convirtió en sombra al tener fiebre escaldante, sólo había sido por uno momento. No había sido por mucho más tiempo en la academia de cazadores de sombras. Pero ninguna de esas veces había cambiado a propósito.

Extrañamente, pensó en Cordelia, su voz apareciendo entre la fiebre, entre las sombras. Cayó de rodillas, sus manos no dejaron ninguna marca en la tierra de la carretera. Cerró sus ojos. *Déjame volver. Déjame volver.*

No me dejes sólo en las sombras.



Sintió una sacudida, como si hubiera caído y golpeado el piso muy fuerte: Sus ojos se abrieron de repente. Ya no era una sombra, jadeando en el aire frío y claro. El gris se había ido del borde de su visión.

—Bueno,— dijo en voz alta para nadie—, nunca más. Es simple. Nunca más.

* * *

La noche siguiente, Grace lo esperaba bajo la sombra de un árbol de tejo, justo en la entrada del bosque Brocelind. Sin decir una palabra, él puso el brazalete en su mano.

Lo giró pensativamente una y otra vez entre sus pálidos dedos y vio la luz de la luna brillar a través del engravado en la curva de metal.

LOYAULTÉ ME LIE. James sabía su significado. Había sido la máxima de un antiguo rey de Inglaterra. *La lealtad me ata.*

—Era el lema de los Cartwrights, —dijo Grace con una voz muy suave—, yo fui Grace Cartwright una vez. — Una sonrisa se asomó en sus labios, casi imperceptible como la luz de la luna —. Mientras te esperaba me di cuenta de lo tonta que fui al pedir esto. No puedo usarlo sin que mi madre lo vea. No me atrevo ni a tenerlo en mi habitación por si lo encuentra.— Grace se giró hacia él —. ¿Lo usarías tú? —preguntó—. Como mi amigo. Como mi único amigo, en realidad. Así, cuando lo vea recordaré quien soy.

—Por supuesto, — dijo él, su corazón se rompía por ella —. Por supuesto que lo haré.

—Estira tu brazo, — susurró ella, de forma casi inaudible, y él lo hizo.

Más tarde, se dijo a sí mismo que nunca olvidaría la sensación de sus dedos sobre su piel, la forma en que el bosque Brocelind y, quizás todo Idris, dio un gran suspiro, cuando Grace cerró con gentileza el brazalete en su muñeca.

Miro hacia Grace. ¿Cómo nunca había notado que sus ojos eran casi del color exacto de la plata, como el brazalete mismo?

Lo usó ese verano, el verano siguiente y el otro. Incluso ahora, no se lo había sacado nunca.

7

DISCURRIR DE CANCIONES

Traducido por ♡Herondale♡, Lady Bridgestock
Corregido por Roni Turner, BLACKTHORN, Jeivi37

*“Brillante es el sonido de palabras
Cuando la persona adecuada las hace sonar,
Bello es el discurrir de canciones
Cuando el cantante las canta.”*

—Robert Louis Stevenson, *Brillante Es el Sonido de las Palabras*

—Tienes que entenderlo —dijo Charles, con un brillo serio en los ojos—. El Enclave está muy molesto contigo James. Incluso diría que algunos están furiosos.

Era la mañana después de su extraña visita a Chiswick; James estaba sentado frente al escritorio de su padre. Tessa nunca redecoró la oficina del Instituto por lo que aún tenía un aire Victoriano, con papel pintado color pino y tapetes Aubusson²³ sobre los suelos. La silla en la que su padre estaba sentado era de caoba, los reposabrazos astillados y arañados. Charles Fairchild descansaba apoyado en el muro junto a la puerta, la misma que había cerrado con llave en cuanto los tres hubieron entrado. Su cabello rojo brillaba como una moneda vieja bajo la luz mágica.

Tessa había echado a Lucie después del desayuno para ayudar en la enfermería. Los Hermanos Silenciosos hicieron entrar a Barbara, Piers y Ariadne en un profundo, inquebrantable y encantado sueño: tenían la esperanza de que sus cuerpos resistieran el veneno mientras descansaban. Se podía sentir una sombra en la casa, la atmósfera enfermiza, junto con la densa tensión de la habitación.

—Entonces, esto parece ser muy molesto para el Enclave —dijo James—. Malo para su digestión.

James intentaba no fulminar con la mirada a Charles, pero estaba perdiendo la batalla. La noche anterior apenas había dormido al volver con su padre al Instituto. Hubiera sido más

²³ Tapetes Aubusson: en el siglo XVII, artistas y tejedores franceses inventaron el arte de tejer alfombras con una perspectiva de profundidad. Hoy en día solo las alfombras europeas como Aubusson, Savonnerie y Needlepoints tienen patrones tridimensionales.

sencillo si su padre se hubiera enojado, pero claramente Will estaba más que nada preocupado por él, y la insistencia de James en que simplemente había salido a dar un paseo y terminado en Chiswick no ayudaba en nada.

—Tienes que tomártelo en serio, James —dijo Charles—. Fue necesario utilizar una runa Rastreadora para encontrarte...

—Yo no diría que fue *necesario* —dijo James—. No necesitaba su ayuda, ni estaba perdido.

—James —dijo su padre con voz queda—. *Desapareciste*.

—Debería haberte dicho que me iba —dijo James—. Pero... ayer unos demonios nos atacaron a plena luz del día. Aún hay tres Cazadores de Sombras en la enfermería, sin una cura aparente. ¿Por qué el Enclave se centra en mí?

La cara de Charles se puso roja.

—El Enclave se reunirá hoy para discutir sobre la situación de los demonios. Pero, somos Cazadores de Sombras, la vida no se detiene simplemente por un ataque de demonios. Según Tatiana, fuiste a su casa anoche y exigiste ver a Grace, y cuando se negó, echaste el invernadero abajo....

Will levantó los brazos y dijo.

—¿Por qué vandalizaría James un edificio al azar por no poder ver a una chica? Es ridículo, Charles, y tú lo sabes.

James entrecerró los ojos. No quería mirar a su padre directamente y ver su angustia: su corbata desanudada, su chaqueta arrugada y su cara mostraba la evidencia de la falta de sueño—. Te lo dije, Charles. Nunca hablé con la Sra. Blackthorn ni con Grace. Y había un demonio Cerberus en el invernadero.

—Posiblemente —dijo Charles. Comenzaba a recordarle a James a un perro que se negaba a dejar el zapato que estaba royendo—. Pero nunca te habrías encontrado en la posición de verlo si no hubieras estado en los terrenos de la Casa Chiswick e irrumpido en el invernadero.

—No irrumpí en el invernadero —dijo James, lo que técnicamente era cierto.

—¿Dime entonces qué hiciste! —Charles puso su puño derecho en la palma de la otra mano con furia—. Si Tatiana miente, ¿entonces por qué no me dices lo que verdaderamente pasó?

Fui al Reino de las Sombras para ver si podía encontrar una conexión con los ataques de demonios. Seguí una luz pensando que era Cortana y de repente me encontraba en el invernadero, donde Cordelia Carstairs estaba siendo atacada por un tentáculo.

No. Nadie le creería. Y pensarían que estaba loco, y conseguiría también meter en problemas a Cordelia, a Matthew, Lucie, Thomas y Christopher.

James apretó la mandíbula en silencio.

Charles suspiró.

—Nos has dejado asumir lo peor, James.

—¿Que es un vándalo insensato? Sinceramente, Charles —dijo Will—. Sabes qué opina Tatiana acerca de nuestra familia.

—Maté un demonio en el invernadero —dijo James llanamente—. Hice lo que tenía que hacer. Y soy el único al que el Enclave está culpando, en lugar de a una Cazadora de Sombras que mantenía a un demonio en sus terrenos.

Ahora fue el turno de Will de suspirar.

—Jaime, todos sabemos que Benedict mantenía demonios cerberus.

—El que estaba ahí, y te creo cuando dices que estaba ahí, no podemos imputárselo a Tatiana —dijo Charles—. El resto de la propiedad ha sido examinada, y no se han encontrado más demonios. Fue mala suerte que te cruzaras con ese.

—El invernadero está repleto de plantas de magia oscura —dijo James—. Seguro que alguien notó eso.

—En efecto —admitió Charles—, pero James, dada la severidad de sus reclamos, nadie va remarcar la presencia de algunos arbustos de belladona en los matorrales. Aun así no te habrías cruzado con el demonio si no hubieras invadido los terrenos de la mansión.

—Dile a Tatiana que pagaremos los daños ocasionados al invernadero —dijo Will con cansancio—. Debo admitir Charles, que todo esto me parece una reacción exagerada. Sucedió que James estaba ahí, atacó al demonio y las cosas siguieron su curso natural. ¿Hubieras preferido que lo dejara devorar a los vecinos?

Charles se aclaró la garganta.

—Seamos prácticos.

Algunas veces a James le costaba recordar que Charles era un Cazador de Sombras y no uno de los cientos banqueros en traje y bombín²⁴ que cada mañana inundaban la calle Flat al dirigirse a sus oficinas en la Ciudad.

—Esta mañana he tenido una larga conversación con Bridgestock...

Will maldijo en galés.

—No importa que pienses sobre él, sigue siendo el inquisidor —dijo Charles—. Y en este momento, con mi madre en Idris lidiando con la situación de Elias Carstairs, yo represento sus intereses aquí en Londres. Cuando el Inquisidor habla, debo escucharlo.

James reflexionó. No se había percatado de que el viaje de Charlotte a Idris concernía directamente al padre de Cordelia. Supuso que debía haberlo hecho: recordó escuchar a su hermana y Cordelia en los Jardines Kensington, Cordelia diciendo que su padre había cometido un error. El temblor de su voz.

—No se recomienda ningún castigo para James en este momento —prosiguió Charles—. Pero James... te sugiero que evites la Casa Chiswick, y que evites a toda costa a Tatiana Blackthorn y a su hija.

James se quedó paralizado. Las manecillas del reloj de pared eran cuchillas, recorriendo lentamente el dial²⁵, acortando el tiempo.

—Deja que me disculpe con ella —dijo James; sentía como si el brazalete de plata quemase su muñeca. Ni él sabía si se refería a Tatiana o a Grace.

—Mira, James —dijo Charles—. No deberías hacer a una joven decidir entre ti y su familia. No es educado de tu parte. Grace misma me contó que si desposara a un hombre que su madre no aprobara, sería desheredada...

—Apenas la conoces —estalló James—. Un viaje en carruaje...

—La conozco mejor de lo que crees —dijo Charles, con tono de superioridad infantil.

—¿Los dos hablan de la misma chica? —preguntó Will levantando las cejas—. ¿Grace Blackthorn? No veo...

—No es nada. Nada. —James no podía aguantarlo más. Se levantó, abrochando su chaqueta—. Tengo que irme —dijo—. Hay un invernadero en los Jardines Kensington que

²⁴ Bombín: sombrero de fieltro de copa baja, rígida y forma semiesférica.

²⁵ Dial: superficie graduada sobre la cual se mueven las manecillas del reloj.

necesita ser destruido. Damas, vigilen sus invernaderos. ¡James Herondale está en la ciudad y ha sido rechazado!

Charles parecía dolido.

—James —dijo, pero James ya le había sobrepasado y salido de la sala, cerrando la puerta de un portazo tras de sí.

* * *

Cordelia deshilachaba nerviosamente el dobladillo de su vestido de visitas. Sorprendentemente, había recibido aquella mañana por correo postal una invitación oficial para tomar el té con Anna Lightwood, en nada menos que una tarjeta monográfica. Cordelia estaba asombrada que tras todo lo que había pasado, Anna recordara su fortuita invitación. De cualquier forma, se había apoderado de la oportunidad de salir de casa agarrándose a un clavo ardiendo²⁶.

Apenas había sido capaz de dormir al llegar a casa la noche anterior.

Enrollada bajo la colcha, no podía evitar pensar en el primo Jem y en su padre, e inevitablemente en James, en cómo había sido tan cuidadoso con su tobillo, la mirada en sus ojos al hablar del reino de las sombras que solo él podía ver. No encontraba ninguna manera de ayudarlo, así como no podía ayudar a su padre. Se preguntó si el peor sentimiento del mundo es el de no poder ayudar a las personas que amas.

A la hora del almuerzo, su madre y Alastair estaban ocupados intercambiando los últimos chismes que —solo Raziel sabe dónde escucharon— James había sido descubierto vagando en los jardines de Tatiana Blackthorn, quebrando alegremente todas sus ventanas y aterrorizándola a ella y a su hija entretanto corría borracho por su césped. Incluso Risa parecía divertirse mientras llenaba la tetera.

Cordelia estaba horrorizada—. ¡Eso no es lo que pasó!

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Alastair, sonando como si supiera exactamente como lo sabía ella. Pero, no lo podría haber adivinado, ¿no? Cordelia no estaba segura; Alastair a menudo parecía saber mucho más de lo que dejaba ver. Recordó con anhelo aquellos lejanos

²⁶ Agarrarse a un clavo ardiendo: literalmente, *like a drowning man seizing a rope*, como un hombre ahogándose que se aferra a una cuerda; valerse de cualquier medio, por difícil o arriesgado que sea, para evitar un mal que amenaza o conseguir alguna otra cosa.

días en los que ambos eran capaces de resolver sus diferencias golpeándose mutuamente en la cabeza con teteras de juguete.

Así que daba gracias a Dios por tomar el té con Anna, incluso si no tenía nada decente para vestir. Cordelia se echó un último vistazo en el espejo trumeau²⁷ entre las ventanas del vestíbulo. Si bien su vestido verde manzana con bordados rosa era bonito y a la moda, todos los volantes le hacían lucir como una lámpara anticuada, y sobre el cuello de encaje su rostro se veía amarillento. Con un suspiro, Cordelia tomó sus guantes y su bolso de la mesa de entrada y se dirigió hacia la puerta.

—¡Cordelia! —Sona corrió hacia ella, la suela de sus botas resonando contra el suelo de madera—. ¿A dónde vas?

—A tomar té con Anna Lightwood —dijo Cordelia—. Me invitó ayer.

—Fue lo que tu hermano comentó, pero no creí que fuera cierto. Quiero que hagas amigos, Layla. —Sona rara vez usaba el apodo de Cordelia (dado por Sona, gracias a la heroína de un poema que ambas amaban) a menos que estuviera preocupada—. Sabes que quiero. Pero no me parece que debieras visitar a la Srta. Lightwood.

Cordelia sintió endurecer su espalda. Alastair se acercó a escuchar la conversación entre su hermana y madre. Se apoyaba sonriendo en la puerta del comedor—. Acepté su invitación —dijo ella—. Iré.

—En el baile de la otra noche, escuché muchas cosas sobre Anna Lighthwood —dijo Sona—, y ninguna era elogiosa. Hay algunos en el Enclave que la ven como descarada e indecorosa. Hemos venido aquí a hacer amigos y formar alianzas, no a alienar a los poderosos. ¿Estás segura de que es una buena elección como visita social?

—Me parece lo suficientemente adecuada.

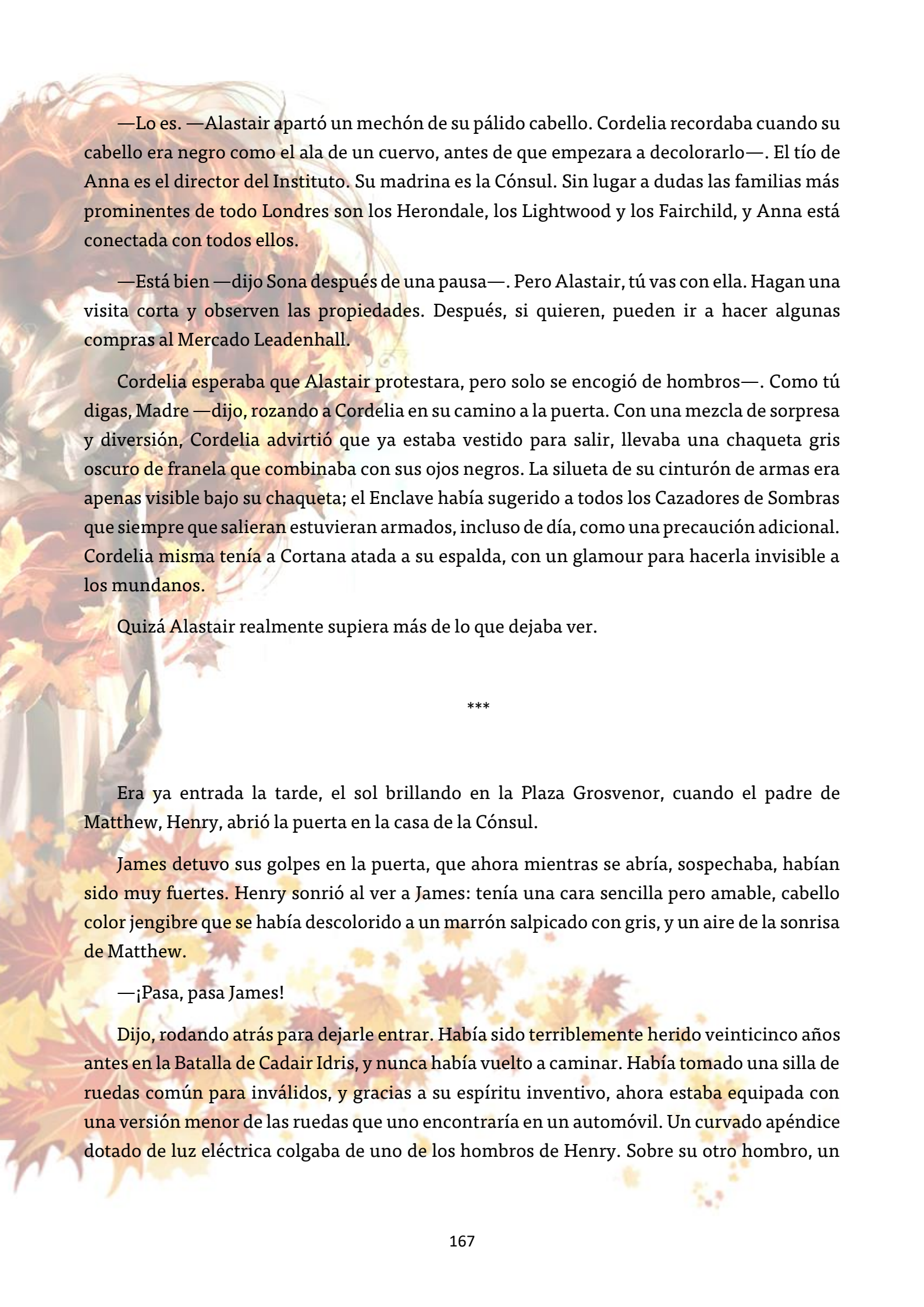
Cordelia tomó su sombrero de paja nuevo, decorado con flores de seda y listones.

Alastair habló desde la puerta.

—Puede haber algunos de la generación veterana quienes desapruében a Anna, pero entre los chicos de nuestra edad, ella es una de los Cazadores de Sombras más populares de Londres. Sería imprudente que Cordelia rechazase su invitación.

—¿Sí? —Sona lucía curiosa—. ¿Puede ser eso cierto?

²⁷ Espejo trumeau: literalmente, *pier glass*, espejo de pared originalmente fabricado en Francia en el siglo XVIII. Toma su nombre de la palabra francesa *trumeau*, la cual designa el espacio entre ventanas.



—Lo es. —Alastair apartó un mechón de su pálido cabello. Cordelia recordaba cuando su cabello era negro como el ala de un cuervo, antes de que empezara a decolorarlo—. El tío de Anna es el director del Instituto. Su madrina es la Cónsul. Sin lugar a dudas las familias más prominentes de todo Londres son los Herondale, los Lightwood y los Fairchild, y Anna está conectada con todos ellos.

—Está bien —dijo Sona después de una pausa—. Pero Alastair, tú vas con ella. Hagan una visita corta y observen las propiedades. Después, si quieren, pueden ir a hacer algunas compras al Mercado Leadenhall.

Cordelia esperaba que Alastair protestara, pero solo se encogió de hombros—. Como tú digas, Madre —dijo, rozando a Cordelia en su camino a la puerta. Con una mezcla de sorpresa y diversión, Cordelia advirtió que ya estaba vestido para salir, llevaba una chaqueta gris oscuro de franela que combinaba con sus ojos negros. La silueta de su cinturón de armas era apenas visible bajo su chaqueta; el Enclave había sugerido a todos los Cazadores de Sombras que siempre que salieran estuvieran armados, incluso de día, como una precaución adicional. Cordelia misma tenía a Cortana atada a su espalda, con un glamour para hacerla invisible a los mundanos.

Quizá Alastair realmente supiera más de lo que dejaba ver.

Era ya entrada la tarde, el sol brillando en la Plaza Grosvenor, cuando el padre de Matthew, Henry, abrió la puerta en la casa de la Cónsul.

James detuvo sus golpes en la puerta, que ahora mientras se abría, sospechaba, habían sido muy fuertes. Henry sonrió al ver a James: tenía una cara sencilla pero amable, cabello color jengibre que se había descolorido a un marrón salpicado con gris, y un aire de la sonrisa de Matthew.

—¡Pasa, pasa James!

Dijo, rodando atrás para dejarle entrar. Había sido terriblemente herido veinticinco años antes en la Batalla de Cadair Idris, y nunca había vuelto a caminar. Había tomado una silla de ruedas común para inválidos, y gracias a su espíritu inventivo, ahora estaba equipada con una versión menor de las ruedas que uno encontraría en un automóvil. Un curvado apéndice dotado de luz eléctrica colgaba de uno de los hombros de Henry. Sobre su otro hombro, un

dispositivo con garras le permitía alcanzar los objetos que se encontraban sobre su cabeza. En un estante bajo el asiento cargaba libros.

Christopher adoraba a su padrino y pasaba horas en el laboratorio de Henry, trabajando en toda clase de inventos y mejoras para la silla de ruedas. Algunos muy útiles, como el pequeño ascensor a vapor que le instalaron, para que así le fuera más fácil a Henry llegar al sótano del laboratorio; por el contrario otros no tanto, como el intento de crear una pomada para repeler demonios de Henry y Christopher.

Henry tenía un espíritu amable y había dado la bienvenida a James como el *parabatai* de Matthew incluso antes de que estos hubieran realizado la ceremonia en la Ciudad Silenciosa.

—Matthew está en el jardín trasero —dijo, sus ojos entrecerrándose—. Dijo algo sobre leer un libro rodeado de la laudatoria belleza natural.

James tenía que admitir que sonaba a algo que Matthew diría—. ¿Está solo?

—A menos que cuentes a Oscar.

Oscar Wilde era el perro de Matthew, el cual James había encontrado vagando por las calles de Londres antes de mostrárselo a Matthew.

El perro adoraba a Matthew laudatoriamente, como la belleza natural.

James se aclaró la garganta.

—Encontré algo, un extraño tipo de tierra, ¿cree que podría echarle un vistazo? Ya sabe, en su laboratorio.

La mayoría de las personas habrían encontrado la petición extraña. Pero no Henry Fairchild. Sus ojos se iluminaron.

—¡Claro que sí, dámelo!

James le entregó el pequeño vial que la noche anterior había llenado con la tierra de sus bolsillos.

—Le echaré un vistazo tan pronto como pueda. Pronto viajaré a Idris para ver a Charlotte, pero no estaré fuera demasiado tiempo.

Henry le guiñó un ojo a James y se alejó rodando su silla para tomar el ascensor que lo llevaría a su laboratorio.

James atravesó el salón, el comedor, la cocina (donde saludó al cocinero, quien le respondió agitando su cuchara hacia él, si era saludo o amenaza, no estaba seguro) y salió por

la puerta trasera que daba al jardín. Matthew y él habían pasado horas entrenando ahí: era un acogedor cuadrilátero de pasto verde con un descomunal plátano de sombra²⁸ londinense. Matthew estaba de pie bajo su sombra, leyendo un libro. Estaba lo suficientemente absorto en él, para no escuchar la puerta cerrarse, ni reparar que James se aproximaba sobre la hierba hasta que ya lo tenía casi encima.

Lo volteó a ver, y sus ojos se abrieron como platos.

—James —dijo, y la palabra sonó como suspiro de alivio. Enseguida su cara cambió a un ceño fruncido—. No sé si abrazarte como a un hermano o darte una paliza como a un enemigo.

—Voto por la primera —dijo James.

—Supongo que no es justo que me enoje contigo por lo de anoche —reflexionó Matthew—. Imagino que no tienes control sobre lo que pasa cuando vas al reino de las sombras. Pero... una vez que tu padre hubo terminado de regañarnos en galés por romper su ventana y dejarte salir, se corrió la noticia de que te habían rastreado hasta la Casa Chiswick, y me pregunté.

—¿Qué te preguntaste? —James se sentó en el reposabrazos de un banco blanco del jardín.

—Si usaste el reino de las sombras para ir a ver a Grace —dijo Matthew—. Digo, ¿qué más hay en Chiswick? Nada interesante.

—No fui voluntariamente —dijo James.

—Entonces dime qué pasó —dijo Matthew acomodando su novela en un hueco del árbol—. De hecho... espera. —Levantó una mano al mismo tiempo que James empezaba a hablar—. Espera... Espera...

—Te mataré si sigues así —dijo James.

Matthew sonrió, y allí estaban ladridos. Escandalosos saludos rebotaron contra las paredes del jardín. Thomas y Christopher, deteniéndose para acariciar a un agitado Oscar, descendían apresurándose los escalones traseros de la casa.

—¡James! —exclamó Christopher al acercarse—. ¿Qué pasó anoche? ¿A dónde te largaste?

²⁸ Plátano de sombra: imponente árbol comúnmente plantado en el Londres de los siglos XVIII y XIX.

—Ahí lo tienes, James —dijo Matthew con aire de suficiencia—. Ya no tienes que contar la historia más de una vez.

—Sí, ¿qué te pasó anoche? —dijo Thomas—. Tan solo te desvaneciste, ya sabes. Matthew estaba a punto de hacer pedazos el Instituto ladrillo a ladrillo para ver si habías caído a las criptas cuando tu padre rastreó hasta Chiswick.

—¿Por qué Chiswick? —se cuestionó Christopher en voz alta—. Nada interesante pasa ahí.

—Ahora sí —dijo Matthew alegremente.

Antes de que la conversación pudiera degenerar más, James explicó como había entrado en el mundo de las sombras, como había seguido una luz y como se encontró así mismo en el invernadero. Describió al retorcido demonio Cerberus y como lo asesinó. Cuando llegó a la parte sobre Cordelia y Lucie, Matthew parecía menos alegre.

—¿Qué demonios estaban haciendo ahí? —exclamó el.

—Fueron a verificar si la Srta. Blackthorn se encontraba bien —dijo James, quien no estaba seguro de creer en aquella particular historia. Lucie había tenido su entusiasta cara de narradora al relatarle lo ocurrido. Y Cordelia... con un ligero sobresalto se dio cuenta de que no sabría decir si mentía. No la conocía tan bien, aunque sentía que debía hacerlo.

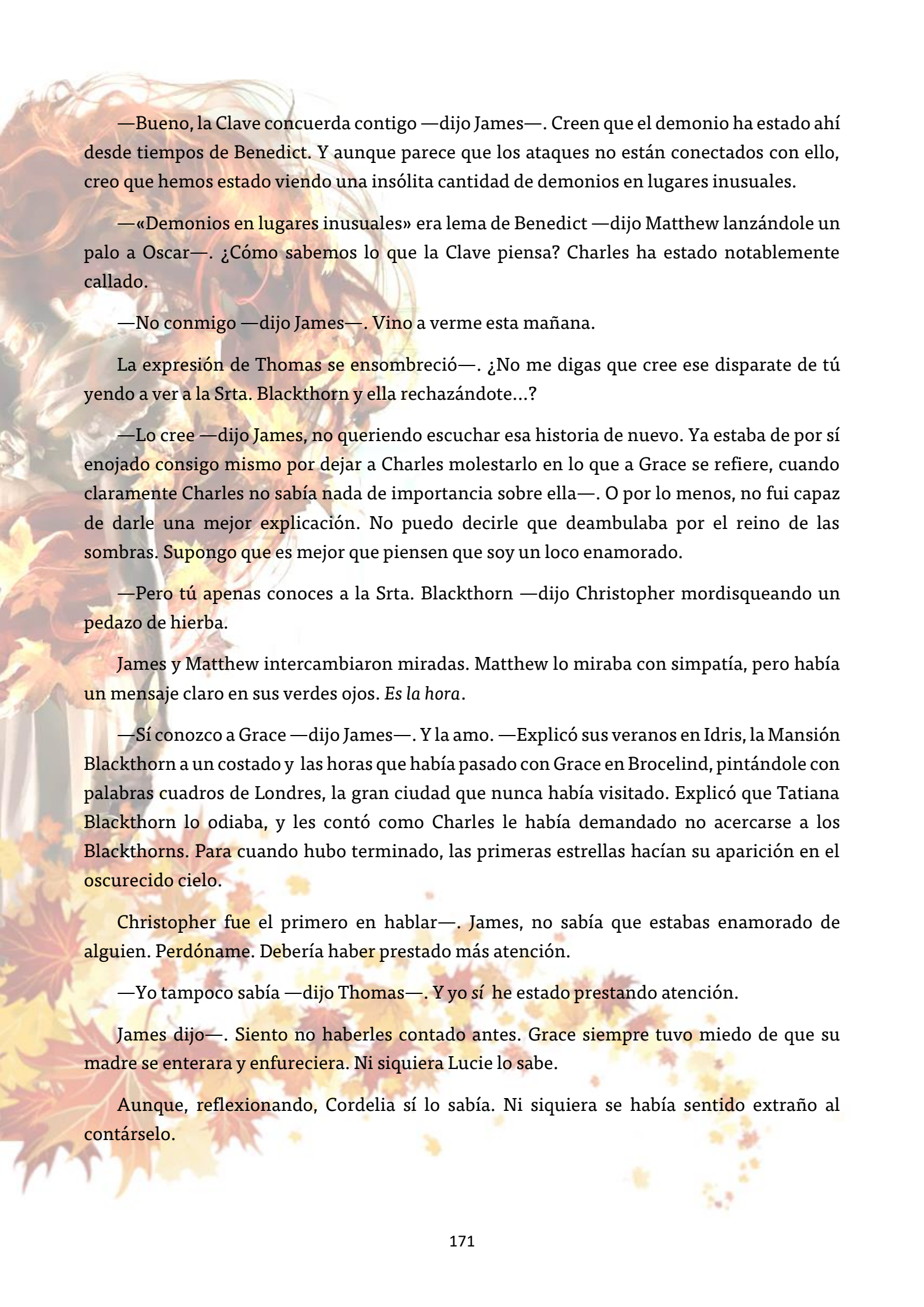
—Parece peligroso estar de un lado para otro la noche después de los ataques —dijo Matthew—. Lucie... Las chicas no deberían arriesgarse tanto.

—Como si tú fueras a dejar de salir de noche —puntualizó Thomas. Tanto él como Christopher se habían desparramado sobre el pasto durante el relato de James. Matthew estaba recostado contra el árbol, acariciando distraídamente la cabeza de Oscar—. Esta es mi duda: ¿por qué Lighthwood... digo, la Casa Chiswick? ¿Por qué el invernadero?

—No tengo idea —contestó James, manteniendo su teoría sobre Cortana para sí mismo; era muy vaga y solo serviría para confundirlos a todos—. A lo mejor, porque había un demonio ahí.

—A los demonios les gusta establecerse en las ruinas, especialmente en aquellas donde hay restos de magia negra —dijo Christopher—. Y todos sabemos lo que el Abuelo Benedict tramaba hacer en esa casa. Esa es la razón por lo que se convirtió en gusano.

—Ah —dijo Matthew—, tiernos recuerdos familiares.



—Bueno, la Clave concuerda contigo —dijo James—. Creen que el demonio ha estado ahí desde tiempos de Benedict. Y aunque parece que los ataques no están conectados con ello, creo que hemos estado viendo una insólita cantidad de demonios en lugares inusuales.

—«Demonios en lugares inusuales» era lema de Benedict —dijo Matthew lanzándole un palo a Oscar—. ¿Cómo sabemos lo que la Clave piensa? Charles ha estado notablemente callado.

—No conmigo —dijo James—. Vino a verme esta mañana.

La expresión de Thomas se ensombreció—. ¿No me digas que cree ese disparate de tú yendo a ver a la Srta. Blackthorn y ella rechazándote...?

—Lo cree —dijo James, no queriendo escuchar esa historia de nuevo. Ya estaba de por sí enojado consigo mismo por dejar a Charles molestarlo en lo que a Grace se refiere, cuando claramente Charles no sabía nada de importancia sobre ella—. O por lo menos, no fui capaz de darle una mejor explicación. No puedo decirle que deambulaba por el reino de las sombras. Supongo que es mejor que piensen que soy un loco enamorado.

—Pero tú apenas conoces a la Srta. Blackthorn —dijo Christopher mordisqueando un pedazo de hierba.

James y Matthew intercambiaron miradas. Matthew lo miraba con simpatía, pero había un mensaje claro en sus verdes ojos. *Es la hora.*

—Sí conozco a Grace —dijo James—. Y la amo. —Explicó sus veranos en Idris, la Mansión Blackthorn a un costado y las horas que había pasado con Grace en Brocelind, pintándole con palabras cuadros de Londres, la gran ciudad que nunca había visitado. Explicó que Tatiana Blackthorn lo odiaba, y les contó como Charles le había demandado no acercarse a los Blackthorns. Para cuando hubo terminado, las primeras estrellas hacían su aparición en el oscurecido cielo.

Christopher fue el primero en hablar—. James, no sabía que estabas enamorado de alguien. Perdóname. Debería haber prestado más atención.

—Yo tampoco sabía —dijo Thomas—. Y yo sí he estado prestando atención.

James dijo—. Siento no haberles contado antes. Grace siempre tuvo miedo de que su madre se enterara y enfureciera. Ni siquiera Lucie lo sabe.

Aunque, reflexionando, Cordelia sí lo sabía. Ni siquiera se había sentido extraño al contárselo.

Thomas frunció el ceño—Mi tía Tatiana está enojada. Mi padre siempre ha dicho eso, que su hermana se dejó llevar a la locura por lo que les pasó a su padre y a su esposo. Culpa a nuestros padres de sus muertes.

—Pero James nunca le ha hecho nada —dijo Christopher, sus cejas juntándose en su frente.

—Es un Herondale —dijo Thomas—. Eso es suficiente.

—Eso es ridículo —dijo Christopher—. Es como si alguien que fue mordido por un pato, años después cazara otro pato, se lo cenara y dijera que es venganza.

—Christopher por favor, no uses metáforas —dijo Matthew—. Me da dolor de cabeza.

—Esto ya es lo bastante malo sin mencionar patos —dijo James. No había sido fanático de los patos desde que uno lo había mordido en el parque Hyde cuando era niño—. Lo lamento Thomas, siento que fallé en ayudar a Barbara.

—No —dijo Thomas rápidamente—. Acabamos de empezar. Estaba pensando... Tal vez tú, Matthew y yo podríamos ir a la Taberna del Diablo a investigar un poco en nuestra biblioteca. Hay volúmenes ahí que la Clave nunca encontrará en la biblioteca del Instituto. Podemos ver si hay alguna mención a estas diurnas criaturas demoníacas.

—¿Y Christopher? —preguntó Matthew.

Christopher sostenía un vial con una sustancia roja en su interior—. Me las arreglé para conseguir un poco de sangre que los Hermanos Silenciosos extrajeron de uno de los heridos de anoche —dijo con orgullo—. Pretendo mezclar la ciencia moderna con magia de Cazadores de Sombras para intentar crear un antídoto para el veneno de demonio. Henry dijo que puedo usar su laboratorio mientras está en Idris.

Thomas entrecerró los ojos—. Espero no sea la sangre de mi hermana.

—Es de Piers —dijo Christopher—, aunque en pro de la ciencia, no debería importar.

—Y sin embargo, todos estamos aliviados —dijo James—. Matthew y yo podemos ir a la calle Fleet, y tu Thomas, ¿podrías mejor ayudar a Christopher en el laboratorio?

Thomas suspiró—. Siempre acabo ayudando a Christopher en el laboratorio.

—Es por qué haces un excelente trabajo evitando explosiones —dijo James—, también puedes maldecir en español.

—¿Y eso en qué ayuda? —inquirió Thomas.

—No lo hace —dijo James—, pero a Christopher le gusta. Ahora...

— ¡James! —Era Henry llamándolo desde la casa.

James se levantó a la carrera. Oscar se había dormido en la hierba, con las patas hacia arriba. Hubo un corto silencio, Matthew tomó su libro del árbol y sacudió la portada.

—Grace —dijo Thomas finalmente—. ¿Cómo es ella? No creo que hayamos intercambiado más de dos palabras.

—Muy tímida — dijo Matthew —. Muy callada, parece dolorosamente asustada la mayor parte del tiempo, aún así siempre admirada en los eventos sociales.

—Eso es extraño — dijo Thomas.

—No realmente — dijo Christopher —. A los hombres les gusta la idea de una mujer a quien pueden rescatar.

Ambos, Matthew y Thomas le miraron asombrados. Él solo se encogió de hombros.

—Escuché a mi madre decir eso una vez —dijo él —. Parece cierto en este caso.

—¿Crees que ella está enamorada de James? — dijo Thomas —. Porque él parece perdido por ella. Espero que sea correspondido.

—Mejor que ella lo ame también — dijo Matthew —. Él lo merece.

—No siempre amamos a personas que se lo merecen — dijo Thomas en voz baja.

—Tal vez no — dijo Matthew —. Pero a menudo no amamos a aquellos que no se lo merecen, y muy bien, también. —Sus dedos agarraban el libro que sostenía tan fuerte que se habían puesto pálidos.

Thomas llevó su dedo a sus labios. James había regresado con una carta. La dirección había sido escrita en una decidida letra femenina: J.H., al cuidado de Matthew Fairchild. URGENTE.

—¿Alguien te envió una carta aquí? — dijo Thomas curioso —. ¿Es de Grace?

James, quien había escaneado las primeras líneas, asintió —. Ella no quería arriesgarse a ponerme en luz roja con la enclave. Ella sabía que estaría aquí, o Matthew me encontraría y me daría el mensaje. Él estaba bastante seguro de que sus amigos habían estado hablando de él mientras no estaba, pero no le importaba. el alivio al ver la escritura de Grace era casi palpable. La caligrafía de su mano era tan familiar para él como el bosque de la mansión Herondale.

—Entonces, ¿Qué es lo que ella dice? — dijo Matthew —. ¿Que adora tu cara y anhela pasar sus dedos por tu desordenado cabello negro?

—Ella quiere que nos encontremos esta noche, a las diez —dijo James mientras metía la carta en su bolsillo, sus pensamientos volando—. Debería irme. No tengo manera de mandarle un mensaje de vuelta, y tendré que caminar... las calles están completamente paralizadas por el tráfico.

—No puedes caminar hasta Chiswick... — Thomas protestó.

James negó con su cabeza —. Por supuesto que no. Ella propuso un lugar en Londres... un lugar que Matthew y yo usábamos para hacer ejercicios de balance. Se lo he descrito antes.

—Aún así — Matthew se veía vacilante —. ¿Es sabio ir? Mi hermano es un idiota, pero si la enclave quiere que estés lejos de los Blackthorn...

—Debo hacerlo — dijo James, no queriendo explicar; conocía a sus amigos y ellos insistirían en ir con él si lo hiciera. Era mejor irse ahora y dejarles pensar que su preocupación era puramente romántica. Se inclinó para frotar la cabeza de Oscar y dijo —, Thomas, Christopher, encárguense del trabajo en el laboratorio. Matthew, te buscaré cuando vuelva de ver a Grace e iremos a la Taberna del Diablo.

—Siempre voy la Taberna del Diablo — Dijo Matthew, una chispa en sus ojos —. Yo debería estar en la taberna para la media noche. Encuéntrame cuando puedas.

James se excusó y corrió fuera de la casa. La carta en su bolsillo parecía latir contra su pecho, como un segundo corazón. Una y otra vez él leyó las líneas que Grace había escrito:

Esperaré allí y rogaré por tu presencia. Ayúdame, James. Estoy en peligro.



Alastair dejó a Cordelia en la casa de Anna con una palmadita superficial en su cabeza y una promesa de volver antes de las nueve en punto. Dado que su madre servía la cena a las nueve esto parecía ser bastante tarde, pero él se fue en el carruaje antes de que ella siquiera pudiera preguntar a dónde iba. No podía decir que aquello le sorprendía.

Con un suspiro, Cordelia volteó a ver Percy Street, una pequeña calle cerca de Tottenham Court Road. Estaba llena de largos caminos de casas de ladrillo que parecían casi iguales. Cada una tenía ventanas guillotina, puertas blancas, chimeneas de ladrillo, un conjunto superficial de pasos y una valla sobre la entrada de los sirvientes hecha de hierro forjado negro.

En las escaleras frente al número 30, una chica estaba sentada llorando. Ésta parecía ser muy elegante, en un vestido azul de algún tipo de seda con recorte de encaje y volantes alrededor de la falda. Llevaba una diadema adornada de rosas de seda que se tambaleaba mientras lloraba.

Cordelia miró de nuevo la dirección que estaba escrita, esperando que ésta hubiera cambiado, pero no, definitivamente el número 30. Ella suspiró, cuadró sus hombros y se acercó.

—Disculpa —ella dijo mientras se acercaba a los escalones. La chica estaba bloqueándolos completamente; no había manera de pasar sin ser grosera—. Estoy aquí para ver a Anna Lightwood.

La cabeza de la chica se sacudió. Era muy linda: Rubia y con las mejillas rosas, aunque había estado llorando—. ¿Quién eres tú? —exigió.

—Yo... —Cordelia miró más de cerca a la chica. Definitivamente era una mundana, no tenía runas ni glamour—. ¿Soy su prima? —no era muy cierto, pero parecía ser lo que debía decir.

—Oh —parte de las sospechas abandonaron el rostro de la chica—. Yo... Yo estoy aquí porque... Bueno, porque es todo muy, muy horrible ...

—¿Podría saber yo cual es el problema?—Cordelia preguntó aun cuando temía saber cuál sería la respuesta, parecía ese tipo de situación donde ella tendría que encontrar una solución.

—Anna —la chica sollozó—. La amo... ¡Aún la amo! Yo hubiera dejado todo por ella, todo. La sociedad y todas sus reglas, solo para estar con ella, pero ¡ella me ha sacado como un perro a la calle!

—Vamos, Evangeline—arrastró una voz y Cordelia levantó su vista para ver a Anna inclinada en la ventana de arriba. Ella estaba usando un traje de hombre de un rico brocado purpura y dorado, y su cabello estaba corto y rizado—. No puedes decir que te he tirado como un perro cuando tengo a tu madre, dos lacayos y un mayordomo viniendo por ti —ella saludó—. Hola, Cordelia.

—Oh, cariño—dijo Cordelia y palmeó gentilmente el hombro de Evangeline.

—Además, Evangeline —dijo Anna—. Te vas a casar el miércoles. Con un baronet.

—¡No lo quiero a él! —Evangeline saltó a sus pies—. ¡Te quiero a ti!

—No —dijo Anna—. Quieres un Baronet. No vivir en mi pequeño y desordenado apartamento. Ahora vete, Evangeline, sé una niña buena.

Evangeline volvió a romper en llanto—. Creí que era especial —sollozó—. Después de todas las otras chicas... pensé que ellas no significaban nada.

—No lo hicieron —dijo Anna animada—. Y tampoco tú. Ven, Cordelia, el agua está hirviendo.

Evangeline dejó salir un gemido que hizo a Cordelia saltar asustada por su vida. La chica saltó haciendo que sus rizos rubios saltaran con ella. —No voy a aguantar esto —ella anunció—. ¡Volveré a entrar!

Anna parecía alarmada—. Cordelia, por favor deténla, la dueña de la casa odia los alborotos...

Se escuchaba un sonido de pezuñas golpeando el camino, cada vez más fuerte. Un carruaje ligero siendo llevado por dos caballos grises se precipitó por la calle; sobre esta había una mujer alta y bien proporcionada con una falda acampanada y un redingote se encontraba sobre el asiento del conductor. La mujer se detuvo rápidamente frente a la casa y dio una mirada furiosa a la casa número 30.

—¡Evangeline! —ella rugió—. ¡Entra en el carruaje en este mismo instante!

El fuego en la chica se apagó rápidamente—. Sí, mamá—ella chilló y entró rápidamente en el carruaje.

Las plumas del sombrero de la madre de Evangeline temblaron cuando ella le dio una mirada severa a Anna, quien se encontraba apoyada en la ventana mirando con un cigarro sin encender.

—¡Tú! —la señora gritó—. ¡Es usted una desgracia! ¡Romper el corazón de una chica así! ¡Una absoluta desgracia, señor! ¡Si estuviéramos en el siglo pasado, seguramente le hubiera abofeteado con mi guante decididamente!

Anna empezó a reír a carcajadas, la puerta del carruaje fue cerrada y los caballos empezaron a galopar. Las ruedas del carruaje chirriaron mientras el transporte salía disparado por la esquina y estuvo pronto fuera de vista.

Anna miró agradablemente a Cordelia—. Sube —ella dijo—. Estoy en el segundo piso y dejaré la puerta abierta para ti.

Sintiéndose como si hubiera sido golpeada por un tifón, Cordelia se dirigió a las escaleras e ingresó a una entrada un poco destartalada. Una lámpara brillaba en una alcoba a medio camino de los escalones interiores. La alfombra estaba raída y la barandilla estaba tan astillada que le dio miedo tocarla y casi cae en los tres últimos escalones.

La puerta de Anna estaba, como había dicho, abierta. El apartamento por dentro era mucho más agradable de lo que ella había imaginado por el estado del pasillo. Un papel tapiz victoriano antiguo y de tonalidades suaves de verde oscuro y dorado, con un amoblado al azar que poco combinaban con los colores pero que aun así lucía glorioso, como ejércitos de guerra que han encontrado una armonía peculiar. Había un terriblemente largo sofá desgastado de terciopelo dorado oscuro, algunos sillones alados con almohadones tejidos, una alfombra turca y una lámpara Tiffany de vidrio que poseían una docena de colores. El

manto de la chimenea estaba decorado con un montón de cuchillos que habían sido incrustados en esta en ángulos extraños, cada uno con una empuñadura brillante y adornada; sobre una pequeña mesa cercana a la puerta de la alcoba había una larga serpiente de peluche de dos cabezas con colores vibrantes.

—Veo que estás examinando a Percival —dijo Anna, señalando a la serpiente—. Espectacular, ¿No es así?

Se paró enfrente de la ventana de guillotina, viendo el sol desaparecer tras los tejados de Londres. Su bata se abrió en su largo cuerpo y Cordelia pudo observar que llevaba unos pantalones oscuros y una camisa blanca de caballero que se encontraba desabotonada hasta su clavícula; su piel era solo un poco más oscura que la blanca camisa y su cabello, rizado en la parte de atrás de su cuello, era igual de negro que el de James Herondale, del color de las alas de un cuervo.

—Él ciertamente posee colores brillantes — dijo Cordelia.

—Fue un regalo. No suelo cortejar chicas aburridas—Anna miró a Cordelia, la bata barriendo el lugar como si fueran sus alas. Su físico no era algo que Cordelia llamaría bonito... Ella era sorprendente, maravillosa incluso. “Bonita” parecía muy pequeño e impreciso para Anna.

—¿Acaso esa mujer te llamó “Señor”? — comentó Cordelia curiosa —. ¿Cree ella que eres un hombre?

—Posiblemente—Anna sacudió su cigarro en la chimenea—. En mi experiencia, es mejor dejar que las personas crean lo que quieran creer.

Se dejó caer en el sofá, no había tirantes sosteniendo sus pantalones, pero, a diferencia de los hombres para quienes éstos eran confeccionados, ella tenía caderas y los pantalones se ajustaban por ellos mismos pegándose a sus curvas.

—Pobre Evangeline — Había dicho Cordelia, soltando la correa que mantenía a Cortana y dejando su espada contra la pared. Asentando sus faldas alrededor de ella antes de sentarse en uno de los sillones.

Anna suspiró —. Esta no es la primera vez que he intentado terminar con ella — dijo —. Las últimas veces fui más suave, pero el día de su boda se acerca, creo que alguien debería ser cruel en esta situación. Nunca quise arruinar su vida — Ella se inclinó hacia adelante, concentrada en Cordelia —. Ahora, Cordelia Carstairs... Dime todos tus secretos.

—Creo que mejor no — dijo Cordelia —. No te conozco tan bien.

Anna se rio —. ¿Eres siempre tan honesta? ¿Por qué viniste por té si no querías cotillear?

—No dije que no quería cotillear. Solo que no sobre mí.

La sonrisa de Anna se profundizó —. Eres una pequeña cosa irritante — ella dijo, aunque no sonaba irritada —. ¡Oh, La tetera!

Ella saltó en un remolino de brocado brillante y se ocupó en la pequeña cocina. Ésta tenía las paredes pintadas de colores vivos y una pequeña ventana que daba a una pared de ladrillos del edificio colindante.

—Bueno, entonces, si tú quieres cotillear, pero no quieres decirme sobre ti, ¿Por qué no me hablas de tu hermano? ¿Es tan horrible como solía ser en la escuela?

—¿Estuviste en la escuela con Alastair? — Cordelia estaba sorprendida; seguramente Alastair lo hubiera mencionado.

—No, James y Matthew y el resto de los ladrones felices lo hicieron, y Matthew dice que él era triste miserable y bastante irritante. No quiero ofender. Aunque admito que Thomas nunca dijo nada malo acerca de él. ¿Azúcar? No tengo nada de leche.

—Sin azúcar — dijo Cordelia, y Anna dio media vuelta para ir al salón con el té en una taza y platillo astillado. Ella se lo pasó a Cordelia quien lo balanceó embarazosamente en sus piernas.

—Alastair es bastante horrible — ella admitió —, pero no creo que quiera serlo.

—¿Crees que esté enamorado? — Anna dijo —. Las personas pueden ser horribles cuando están enamoradas.

—No sé de quién estaría enamorado — dijo Cordelia —. Él ha tenido difícil lo de enamorarse de alguien dado que acabamos de llegar a Londres, y dudo que con todo lo que está sucediendo alguien pueda estar en el modo de querer enamorarse...

—¿Qué hizo tu padre, exactamente? — Preguntó Anna.

—¿Qué? — A Cordelia casi se le derrama su té.

—Bueno, todos sabemos que hizo algo terrible — dijo Anna —. Y que tu madre vino aquí para intentar congraciarse nuevamente en la sociedad de cazadores de sombras. Espero que nadie esté siendo muy testarudo con eso. Me gusta tu madre, me recuerda a una reina de un cuento de hadas, o a peri de *Lalla Rookh*. Eres mitad persa, ¿No?

—Si — Cordelia dijo con algo de cautela.

—Entonces, ¿Por qué tu hermano es rubio? — Anna preguntó —. Y tú tan pelirroja... Pensé que los persas tenían cabellos oscuros.

Cordelia dejando su taza —. Hay todo tipo de persas, y todos lucimos diferente —dijo ella —. Tú no esperarías que todos los ingleses se parezcan, ¿O sí? ¿Por qué debería ser diferente

con nosotros? Mi padre es británico y muy blanco, y el cabello de mi madre era rojo cuando era pequeña, luego se oscureció, y Alastair... él tiñe su cabello.

—¿Lo hace? — Las cejas de Anna, elegantes curvas en picada, se levantaron —. ¿Por qué?

—Porque odia que su cabello, su piel y sus ojos sean oscuros — dijo Cordelia —. Siempre lo ha hecho. Tenemos una casa de campo en Devon y las personas solían mirar cuando íbamos a la villa.

Las cejas de Anna bajaron y tomó una expresión amenazante —. La gente es... — terminó con un suspiro y una palabra que Cordelia no conocía —. Ahora siento simpatía de tu hermano y era lo que menos quería. Rápido, hazme una pregunta.

—¿Por qué querías llegar a conocerme? —dijo Cordelia —. Yo soy menor que tú y tú debes conocer un montón de personas que podrían ser más interesantes.

Anna se levantó de un salto, la túnica volando a su alrededor —. Debo cambiarme —dijo, desapareciendo en su habitación. La puerta fue cerrada pero las paredes eran delgadas, por lo que Cordelia pudo escuchar perfectamente bien cuando habló nuevamente. —Bueno, al inicio, fue porque eras la nueva chica del grupo y quería saber si tú eras lo suficientemente buena para nuestro Jamie o nuestro Matthew.

—¿Suficientemente buena en qué sentido?

—Bueno, en matrimonio, por supuesto —Anna dijo—. Cualquier otra cosa sería un escándalo.

Cordelia farfulló. Pudo escuchar la risa de Anna, era suave y rica, como mantequilla derretida.


—Es muy divertido molestarte — ella dijo —. Me refería a lo suficientemente buena para conocer sus secretos... y los de Christopher y Thomas también. Ellos son mis favoritos, esos cuatro, lo habrás notado. Y, bueno, la actual cosecha de chicas en Londres no es muy buena... por supuesto, Lucie es preciosa, pero ella nunca miraría a ninguno de los chicos como algo más que hermanos.

—Parece sensato —murmuró Cordelia—. Especialmente en el caso de James.

—Necesitan una musa —dijo Anna—. Alguien que les inspire, alguien que sepa sus secretos, ¿Te gustaría ser una musa?

—No —dijo Cordelia—. Me gustaría ser una heroína.

Anna asomó su cabeza por la puerta y miró a Cordelia por un largo tiempo por debajo de sus oscuras pestañas. Luego sonrió —. Lo sospeché — dijo, desapareciendo en su habitación, la puerta sonando al ser cerrada —. Esa es la verdadera razón por la que te pedí venir.



La cabeza de Cordelia estaba girando —. ¿A qué te refieres?

—Estamos en peligro — dijo Anna —. Todos nosotros y la Clave no parece verlo. Temo que, si los pasos no son dados, será muy tarde para Bárbara y Piers y... y Ariadne — Hubo un pequeño temblor en su voz —. Necesito tu ayuda.

—Pero, ¿Qué puedo yo...?— Cordelia empezó y se detuvo cuando escuchó la puerta abajo ser abierta bruscamente.

—¡Anna! — Una voz profunda de hombre hizo eco desde las escaleras y en segundos se le unió un sonido de pasos rápidos que terminaron con Matthew Fairchild entrando en el salón de Anna.

8

NINGUNA TIERRA EXTRAÑA

Traducido por: Lady Bridgestock, Mare
Corregido por: Jeivi37, BLACKTHORN

“Pero (Cuando estás tan triste que no puedes estarlo más)

Llora; —y sobre la dolorosa pérdida

Brillará el tráfico de las escaleras de Jacob

Inclinada entre el cielo y Charing Cross.”

— Francis Thompson, *En Ninguna Tierra Extraña*

Matthew usaba un chaleco de brocado y un nuevo sombrero de seda que sujetaba en su mano y aunque su cabeza estaba desnuda sus rizos estaban despeinados.

Brillantes piedras centelleaban en el alfiler de su corbata y en sus gemelos, al igual que el anillo en su mano —. Anna, no vas a creer...— se detuvo cuando vio a Cordelia —. ¿Qué haces aquí?

Cordelia no estaba segura si tan grosera pregunta merecía una respuesta —. Tomando el té.

Su rostro miró la habitación. Sus ojos eran de un color muy peculiar, verde claro bajo algunas luces y oscuro en otras —. No veo a Anna —dijo, sonando asombrado y un poco sospechoso, como si él sospechara que Cordelia escondió a Anna en la tetera.

—Está en su habitación — dijo Cordelia, tan tranquila como pudo.

—¿Sola? — preguntó Matthew.

—¡Matthew! —llamó Anna desde la habitación— No seas grosero.

Matthew fue a apoyarse frente a la puerta del cuarto de Anna, moviendo su cabeza para hablarle a través de la grieta. Estaba claro que a él no le importaba si Cordelia le escuchaba—. He tenido un día muy loco —él dijo—. James ha sido calumniado por Tatiana Blackthorn y mi podrido hermano mayor le está apoyando hasta la empuñadura; James ha ido a un encuentro con Grace y aquí estoy para ponerme un poco ebrio e intentar olvidar las cosas estúpidas que mi *parabatai* está haciendo — miró a su reloj —. También tengo que estar en Fleet Street para la medianoche.

Anna volvió a aparecer luciendo asombrosa en un abrigo de terciopelo negro que combinaba con sus pantalones y una camisa blanca de seda atada en el cuello. Un monóculo colgaba alrededor de su cuello y sus botas eran de un brillante negro. Entre ella y Matthew era difícil decir quien lucía más como alguien salido de una ilustración en *Punch* sobre la

glamurosa juventud de hoy.

—Una historia terrible —Anna dijo—. ¿Nos vamos?

—Obviamente —dijo Matthew—. Cordelia, fue encantador, y sorprendente, el encontrarte aquí.

—No hay necesidad de despedirse —empezó Anna, poniéndose un par de guantes—. Cordelia va a venir con nosotros, por eso la invité.

—¡Pensé que querías tomar té! —objetó Cordelia.

—Nadie nunca quiere tomar té — dijo Anna —. El té es una excusa para una agenda clandestina.

—Anna, Cordelia es una señorita bien educada — dijo Matthew —. Ella no va a querer poner en riesgo su reputación al salir con subterráneos y sinvergüenzas.

—Cordelia quiere ser una heroína — dijo Anna —. Uno no puede serlo quedándose en casa cosiendo — sus ojos brillaron —. Estuve en la reunión de la Enclave hoy, tú no. Sé cómo la Enclave va a lidiar con la situación y no creo que ayude a aquellos que están heridos o a prevenir otro ataque como el del lago.

Cuando Matthew habló el descaro había abandonado su voz—. Yo pensé que Bárbara estaba mejorando. Thomas dijo...

—Los hermanos silenciosos han puesto a todos los heridos a dormir — dijo Cordelia que lo había escuchado de Alastair —. Ellos tienen la esperanza de poder curarlo, pero...

—La esperanza no es una solución — dijo Anna —. La Clave insiste en que esto fue un ataque demoníaco al azar, que tuvo lugar bajo una nube y no a la luz del día. Han asignado patrullas en el Regent's Park.

—No fue al azar — dijo Cordelia —. Había mundanos en el parque también... ninguno fue atacado.

—Y los demonios vinieron antes de que la nube les cubriera, — dijo Matthew —. Cuando Piers empezó a gritar, el sol estaba visible.

—Empiezas a ver el problema— dijo Anna —. Muchos de los miembros de la Enclave dijeron eso, entre estos mis padres, pero la mayoría prefirió pensar en esto como un problema que ya conocen. No como algo nuevo.

—Y crees que es algo nuevo — dijo Cordelia.

—Estoy segura de ello, — dijo Anna —. Y cuando una nueva amenaza sobrenatural entra en Londres, ¿Quiénes son los primeros en saberlo? *Subterráneos*. Deberíamos estar preguntando cosas en el submundo. Hubo un tiempo cuando la Clave tuvo conexiones con

los grandes brujos, líderes de vampiros, clanes de hombres lobos y la reina de la corte Seelie —negó con su cabeza en frustración—. Yo sé que el tío Will y la tía Tessa han hecho todo lo que han podido, pero estas alianzas han sido dejadas de lado y ahora los cazadores de sombras pueden solo apoyarse en ellos mismos.

—Ya veo — dijo Matthew, cuyos ojos empezaron a brillar —. Deberíamos ir al Callejón del Infierno.

—Matthew y yo a veces vamos a un salón artístico en el edificio del gran brujo de Londres— dijo Anna —. Malcolm Fade.

—¿Malcolm Fade? — Cordelia había escuchado de él. Los grandes brujos de ciudades a veces eran elegidos y otras veces ellos simplemente tomaban el título.

Malcolm Fade había aparecido en Londres en algún momento del siglo y anunció que iba a ser el gran brujo dado que Ragnor Fell se había retirado y nadie tenía idea de dónde se encontraba Magnus Bane.

Lucie había estado emocionada, especialmente cuando él vino a llamar al instituto y a hablar con Will y Tessa. Ella dijo que su cabello era del color de la sal, sus ojos eran violetas y estuvo encantada por él por más de una semana; sus cartas no hablaban de otra cosa.

—Todo subterráneo que es alguien estará allí— dijo Anna —. Es tiempo de que hagamos lo que mejor sabemos hacer.

—¿Tomar? — preguntó Matthew.

—Ser encantadores— dijo Anna —. Preguntar cosas y ver qué podemos aprender— Ella levantó una mano enguantada —. Vamos, vamos. ¿Está el carruaje abajo, Matthew?

—A tu servicio— dijo Matthew —. ¿Estás segura de que quieres venir Cordelia? Será escandaloso.

Cordelia ni se molestó en responder, solo tomó a Cortana y salió del apartamento. Estaba oscuro afuera, el aire estaba húmedo y frío. Un carruaje con el escudo de armas del cónsul pintado por toda su puerta era lo que les esperaba en la acera.

Alguien había dejado un montón de rosas con las cabezas cortadas en los escalones del frente. ¿Evangeline, u otra chica?

—Entonces, ¿Qué tipo de salón es exactamente este? — preguntó Cordelia. Mientras la puerta del carruaje se abrió y Matthew la ayudó a entrar. Uno de los sirvientes del cónsul, de mediana edad con cabello castaño, se sentó impasiblemente al frente en un asiento de caja.

Había oído hablar de salones por supuesto. Reuniones donde los grandes, los famosos y nobles se reunían para apreciar el arte y la poesía. Se rumoreaba que también ocurrían cosas

más atrevidas en los salones, en las sombras y los jardines oscuros parejas que se reúnen para ir a donde nadie pueda verlos.

Anna y Matthew se apresuraron detrás de ella, Anna despreciando la mano amiga de Matthew. —Uno Exclusivo — dijo Anna sentándose en la banca aterciopelada. —Asisten algunos de los subterráneos más famosos del mundo.

El carro partió a toda velocidad.

Anna dijo:

—De algunos habrás oído y de otros no, algunos con reputaciones que no se merecen y otros con reputaciones por que hicieron más.

—Nunca pensé que los subterráneos estarían interesados en pinturas o arte — dijo Cordelia —. Pero supongo que no hay ninguna razón por la que no deberían estarlo ¿Verdad?, es solo que esas no son cosas que hacemos los cazadores de sombras. Nosotros no creamos algo así.

—Podemos — dijo Matthew —. Simplemente nos dicen que no debemos hacerlo. No confundas el condicionamiento con una incapacidad innata.

— ¿Tu creas Matthew? — preguntó Cordelia mirándolo fijamente —. ¿Tu dibujas o pintas o escribes poesía?

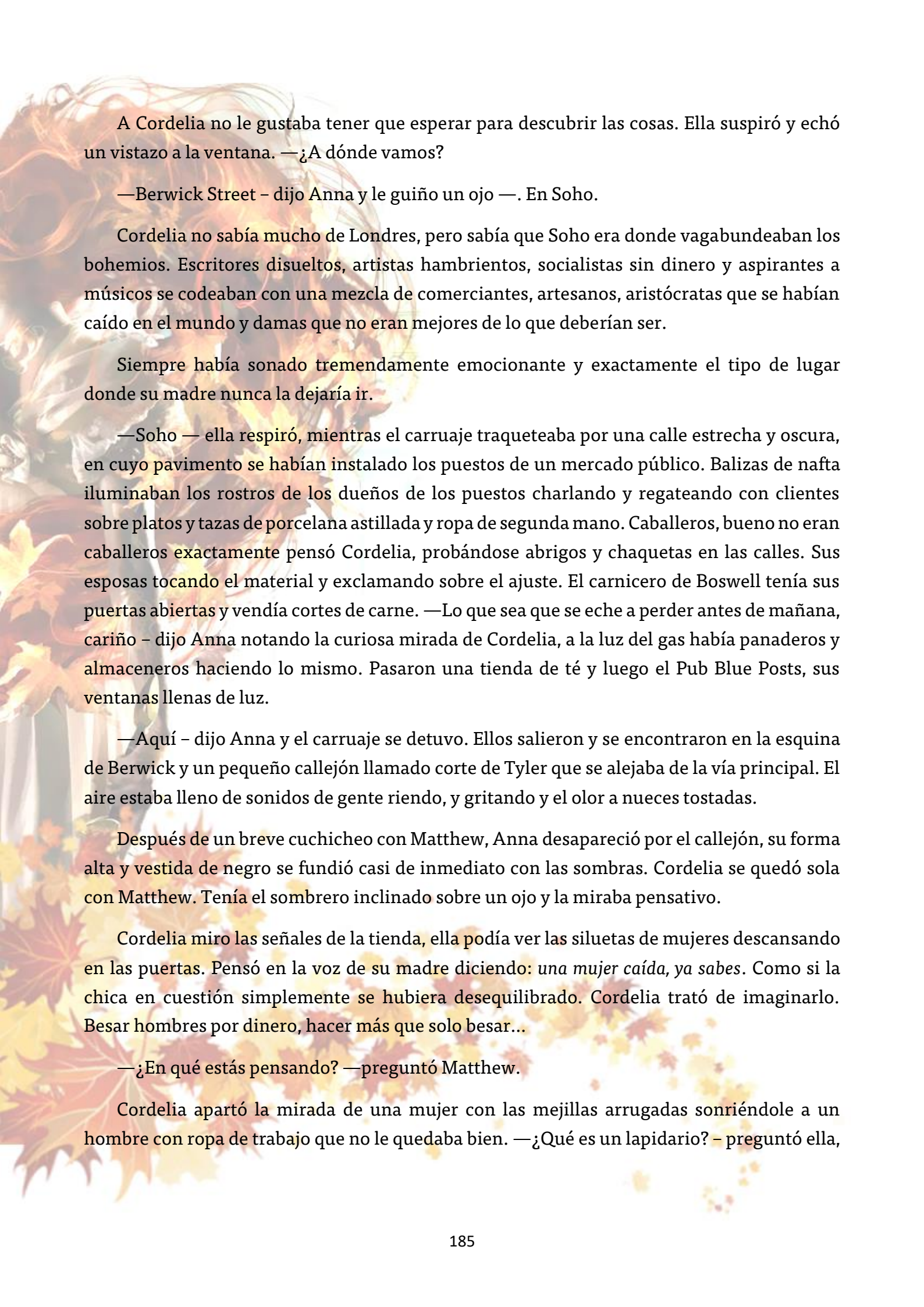
—Lucie escribe —dijo Matthew, sus ojos como agua oscura —. Pensé que ella te escribía para ti a veces.

—Lucie se preocupa — dijo Cordelia —. Ella no lo dice, pero yo sé que se preocupa, que lo que escribe quede en la nada, porque es una cazadora de sombras y esa debe ser su prioridad — ella dudó —. ¿Qué significa Callejón del Infierno?

Los ojos de Anna brillaron, dijo: — Las reuniones académicas oficiales en París siempre han sido controladas por hombres, pero los salones son un mundo gobernado por mujeres. Una famosa y noble dama sentó a sus artísticos invitados en su *callejón* que es el espacio entre su cama, o la cama de cualquier dama en realidad y un muro. Un punto *escandaloso*. Informalmente, una reunión artística presidida por una mujer viene a ser conocido como un “callejón”.

—Pero pensé que tu dijiste que Malcolm Fade dirigía esta.

—Él es dueño del edificio — dijo Anna —. Y por quien lo dirige, lo verás pronto.



A Cordelia no le gustaba tener que esperar para descubrir las cosas. Ella suspiró y echó un vistazo a la ventana. —¿A dónde vamos?

—Berwick Street – dijo Anna y le guiño un ojo —. En Soho.

Cordelia no sabía mucho de Londres, pero sabía que Soho era donde vagabundeaban los bohemios. Escritores disueltos, artistas hambrientos, socialistas sin dinero y aspirantes a músicos se codeaban con una mezcla de comerciantes, artesanos, aristócratas que se habían caído en el mundo y damas que no eran mejores de lo que deberían ser.

Siempre había sonado tremendamente emocionante y exactamente el tipo de lugar donde su madre nunca la dejaría ir.

—Soho — ella respiró, mientras el carruaje traqueteaba por una calle estrecha y oscura, en cuyo pavimento se habían instalado los puestos de un mercado público. Balizas de nafta iluminaban los rostros de los dueños de los puestos charlando y regateando con clientes sobre platos y tazas de porcelana astillada y ropa de segunda mano. Caballeros, bueno no eran caballeros exactamente pensó Cordelia, probándose abrigos y chaquetas en las calles. Sus esposas tocando el material y exclamando sobre el ajuste. El carnicero de Boswell tenía sus puertas abiertas y vendía cortes de carne. —Lo que sea que se eche a perder antes de mañana, cariño – dijo Anna notando la curiosa mirada de Cordelia, a la luz del gas había panaderos y almaceneros haciendo lo mismo. Pasaron una tienda de té y luego el Pub Blue Posts, sus ventanas llenas de luz.

—Aquí – dijo Anna y el carruaje se detuvo. Ellos salieron y se encontraron en la esquina de Berwick y un pequeño callejón llamado corte de Tyler que se alejaba de la vía principal. El aire estaba lleno de sonidos de gente riendo, y gritando y el olor a nueces tostadas.

Después de un breve cuchicheo con Matthew, Anna desapareció por el callejón, su forma alta y vestida de negro se fundió casi de inmediato con las sombras. Cordelia se quedó sola con Matthew. Tenía el sombrero inclinado sobre un ojo y la miraba pensativo.

Cordelia miro las señales de la tienda, ella podía ver las siluetas de mujeres descansando en las puertas. Pensó en la voz de su madre diciendo: *una mujer caída, ya sabes*. Como si la chica en cuestión simplemente se hubiera desequilibrado. Cordelia trató de imaginarlo. Besar hombres por dinero, hacer más que solo besar...

—¿En qué estás pensando? —preguntó Matthew.

Cordelia apartó la mirada de una mujer con las mejillas arrugadas sonriéndole a un hombre con ropa de trabajo que no le quedaba bien. —¿Qué es un lapidario? – preguntó ella,

porque realmente quisiera saberlo, sino porque la señal frente a ella decía A. JHONES LAPIDARIO y Matthew la estaba poniendo nerviosa.

—Una frase lapidaria es la que vale la pena tallar en piedra –dijo Matthew —Y conservarla para siempre, como un sabio diciendo algo como: *somos polvo y sombras*, o alternado, cualquier palabra que salga de mi boca.

Cordelia señaló el letrero. — ¿Venden frases ahí?

—Venden objetos con frases grabadas en ellos – dijo Matthew —. Por ejemplo, si deseas palabras de amor grabadas en los anillos de boda. O palabras de arrepentimiento o pena en tu tumba. Para mi propia lápida, esperaba algo un poco grandioso.

—Me sorprendes —dijo Cordelia —. Soy todo asombro.

Matthew levantó los brazos en el aire, su rostro iluminado por las balizas de nafta. — Quizás algo simple “Oh tumba ¿Dónde está tu victoria? Oh muerte ¿Dónde está tu aguijón?” Pero, ¿Eso realmente captura la luz que llevé a la vida de mis amigos y conocidos, la tristeza que sentirán cuando se haya extinguido?, Quizás:

*No derrames por él la lágrima amarga
Ni des el corazón al vano arrepentimiento
Es sólo el ataúd que yace aquí
La gema que llena aún brilla.*

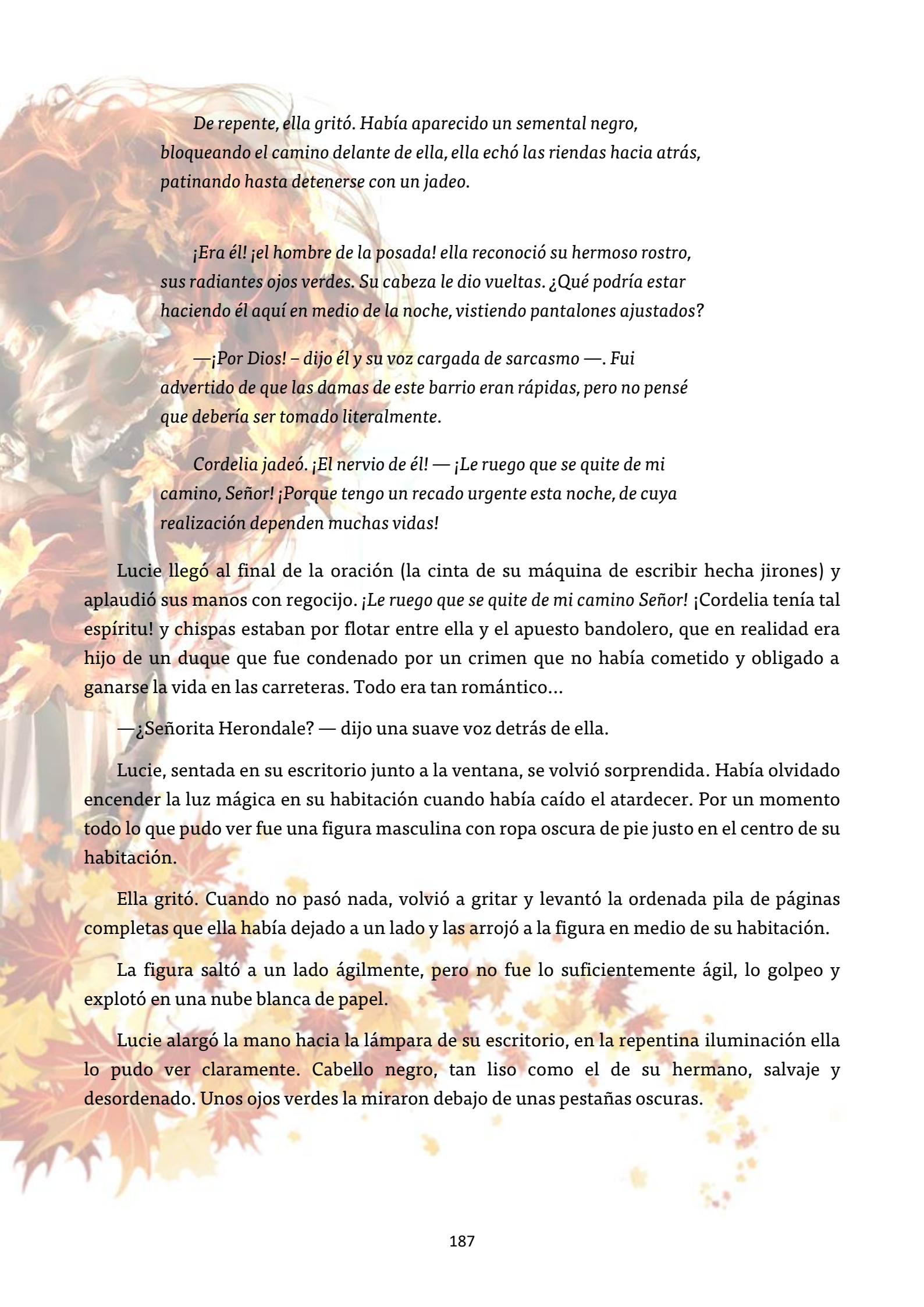
La voz de Matthew se había elevado, los aplausos surgieron de la multitud afuera del Blue Posts cuando terminó. Bajó los brazos justo cuando Anna salió del callejón.

—Deja de balbucear podredumbre, Matthew – dijo Anna —. Ahora vengan ustedes dos que nos esperan.

* * *

*Era una noche oscura, el bosque profundo y oscuro. La hermosa Cordelia, a horcajadas sobre su palafrén^{*29} blanco, galopaba a lo largo del camino sinuoso que brillaba blanco a la luz elegante de la luna. Su brillante cabello escarlata sopló detrás de ella; y su rostro radiantemente bello se fijó con firme determinación.*

²⁹ Caballo manso en que solían montar las damas en las caserías o fiestas, y a veces los reyes y príncipes al entrar en un pueblo.

The background of the page features a soft, artistic illustration. On the left, there are vibrant autumn leaves in shades of orange, red, and yellow. In the center-left, a person is depicted wearing a white mask with dark eye sockets and a dark, flowing garment. The overall scene is ethereal and moody, with a light, hazy background.

De repente, ella gritó. Había aparecido un semental negro, bloqueando el camino delante de ella, ella echó las riendas hacia atrás, patinando hasta detenerse con un jadeo.

¡Era él! ¡el hombre de la posada! ella reconoció su hermoso rostro, sus radiantes ojos verdes. Su cabeza le dio vueltas. ¿Qué podría estar haciendo él aquí en medio de la noche, vistiendo pantalones ajustados?

—¡Por Dios! — dijo él y su voz cargada de sarcasmo —. Fui advertido de que las damas de este barrio eran rápidas, pero no pensé que debería ser tomado literalmente.

Cordelia jadeó. ¡El nervio de él! — ¡Le ruego que se quite de mi camino, Señor! ¡Porque tengo un recado urgente esta noche, de cuya realización dependen muchas vidas!

Lucie llegó al final de la oración (la cinta de su máquina de escribir hecha jirones) y aplaudió sus manos con regocijo. *¡Le ruego que se quite de mi camino Señor! ¡Cordelia tenía tal espíritu! y chispas estaban por flotar entre ella y el apuesto bandolero, que en realidad era hijo de un duque que fue condenado por un crimen que no había cometido y obligado a ganarse la vida en las carreteras. Todo era tan romántico...*

—¿Señorita Herondale? — dijo una suave voz detrás de ella.

Lucie, sentada en su escritorio junto a la ventana, se volvió sorprendida. Había olvidado encender la luz mágica en su habitación cuando había caído el atardecer. Por un momento todo lo que pudo ver fue una figura masculina con ropa oscura de pie justo en el centro de su habitación.

Ella gritó. Cuando no pasó nada, volvió a gritar y levantó la ordenada pila de páginas completas que ella había dejado a un lado y las arrojó a la figura en medio de su habitación.

La figura saltó a un lado ágilmente, pero no fue lo suficientemente ágil, lo golpeo y explotó en una nube blanca de papel.

Lucie alargó la mano hacia la lámpara de su escritorio, en la repentina iluminación ella lo pudo ver claramente. Cabello negro, tan liso como el de su hermano, salvaje y desordenado. Unos ojos verdes la miraron debajo de unas pestañas oscuras.

—Entonces, esto es lo que la gente quiere decir cuando dicen que las paginas simplemente pasaron volando —dijo Jesse secamente cuando el último de los papeles se asentó en sus pies— ¿Era eso necesario?

—¿Era necesario invadir mi habitación? —Lucie reclamó con sus manos en la cadera, ella podía sentir que su corazón le martillaba y era una pequeña sorpresa para ella misma. No era como si ver un fantasma fuera algo tan raro para ella. Jessamine entraba y salía de la habitación de Lucie con frecuencia, ella amaba ver la ropa de Lucie cuando las sacaba del armario y le daba consejos de moda no deseados. Lucie casi tenía diez años antes de haberse dado cuenta (cuando Rosamund y Piers Wentworth se habían reído de ella) que la mayoría de las chicas no tenía un amigo fantasma molesto.

Jesse había recogido una página y la estaba mirando críticamente. —Demasiado uso de la palabra “radiante” —dijo él—. Al menos tres veces en la misma página, también “dorado” y “brillante”.

—No recuerdo haberte pedido consejo —dijo Lucie poniéndose de pie. Gracias a Dios ella se había cambiado para la cena y no seguía sentada con su bata. Ella a veces olvidaba vestirse cuando estaba metida profundamente en su historia y las palabras brotaban de sus dedos. — ¿Cuál fue el último libro que leíste?

—Grandes expectativas — dijo rápidamente —. Te lo dije, yo leo mucho.

Él se sentó en el borde de la cama de Lucie e inmediatamente saltó hacia atrás sonrojado. Lucie quitó las manos de la cintura divertida.

—Un fantasma con sentido de la propiedad, eso es gracioso.

Él la miró sombríamente. Él realmente tenía una cara muy llamativa, pensó ella. Su cabello negro y sus ojos verdes hacían un contraste invernal contra su piel pálida. Como escritora, una tenía que prestar atención a estas cosas. Las descripciones eran muy importantes.

—En realidad hay un propósito para mi visita — dijo él.

—¿Aparte de burlarte y humillarme?, ¡Estoy tan agradecida!

Jesse ignoró esto. —Mi hermana y tu hermano han arreglado una cita secreta para esta noche.

—¡Oh por el ángel! —Era el turno de Lucie de sentarse pesadamente al borde de su cama. —Esto es terriblemente delicado.

Antes de que Jesse diga otra palabra la puerta del dormitorio se abrió de golpe y el padre de Lucie estaba en el umbral alarmado.

—¿Lucie? —dijo él—. ¿Llamaste? Pensé haberte oído.

Lucie se tensó, pero la expresión en los ojos azules de su padre no cambió, tenía una leve preocupación mezclada con perplejidad curiosa. Él realmente no podía ver a Jessie.

Jesse la miró, muy irritado, se encogió de hombros como diciéndole “te lo dije”.

—No papá —dijo ella— Todo está bien. —Miró las páginas del manuscrito esparcidas por toda la alfombra.

—¿Punto de bloqueo de escritor Lulú?

Jesse levantó una ceja. “¿Lulú?” el articuló.

Lucie consideró si era posible morir de humillación. No se atrevió a mirar a Jesse. En su lugar miró directamente a su padre. El todavía parecía preocupado. —¿Pasa algo malo papá?

Will sacudió la cabeza, Lucie no podía recordar cuándo los hilos de cabello blancos habían aparecido en sus sienes, iluminando su cabello negro. —Hace algún tiempo —dijo él—. Yo fui el que advirtió a la clave que algo terrible estaba por venir. Una amenaza que no sabíamos cómo enfrentar. Ahora yo soy la clave y todavía no puedo convencer a los que me rodean de que se deben tomar más medidas que simplemente establecer patrullas en un parque.

—¿Realmente eso es todo lo que están haciendo?

—Tu madre cree que la respuesta se encuentra en la biblioteca —dijo Will pasando sus dedos distraídamente por su cabello. El dorso de las manos de su padre habían quedado marcados con cicatrices por el ataque de un demonio que había sucedido hace años, cuando Lucie era una niña. —Tu tío Jem cree que los brujos pueden tener algún conocimiento útil en su laberinto espiral.

—¿Y tú qué crees? —dijo Lucie.

—Creo que siempre hay quienes se mantienen alerta y buscan la verdad en lugar de respuestas fáciles —dijo, con una sonrisa que Lucie podría decir que fue más para ella que para él. —Mientras tanto, estaré con tu madre en la biblioteca. Todavía estamos en la sección A de libros de Demonios Inusuales, ¿Quién hubiera sabido que una criatura parecida a un gusano llamada Aaardshak es común en Sri Lanka?

—Cordelia quizás —dijo Lucie—. Ella ha estado en todas partes. —frunció el ceño. —¿Es horriblemente egoísta preocuparme de que todo este asunto demore el convertirnos en parabatai? Siento que seré una mejor cazadora de sombras cuando esté hecho. ¿Tú lo fuiste después de convertirte en parabatai con el tío Jem?

—Un mejor cazador de sombras y un mejor hombre —dijo Will—. Todo lo mejor de mí lo aprendí de Jem y tu madre, todo lo que quiero para ti y para Cordelia es que tengan lo que yo tuve, una amistad que moldeará todos tus días. Y que nunca se separen.

Lucie sabía que sus padres habían hecho grandes obras que se habían vuelto famosas historias Nephilim, pero habían sufrido demasiado. Lucie hace tiempo había decidido que vivir una historia sería terriblemente incómodo. Era mucho mejor escribirlas, y controlar el cuento para que nunca fuera demasiado triste o demasiado aterrador, sólo lo suficiente para ser intrigante.

Will suspiró —Duerme un poco, *fy nghariad bach*. Esperemos que nuestros pacientes de la enfermería estén mejor mañana.

La puerta se cerró detrás de su padre y Lucie miró alrededor de la habitación poco iluminada. ¿Dónde estaba su fantasma?

—Bueno, eso fue interesante —dijo Jesse con voz pensativa.

Lucie se dio la vuelta y miró a Jesse, que estaba sentado en el alféizar de la ventana, toda su piel pálida y cejas oscuras parecían cortes en la cara. Él no se reflejaba contra los cristales. Eran negros y vacíos detrás de él.

—Tienes suerte que no le dije que estabas aquí —dijo ella—. Él podría haberme creído. Y si él supiera que hay un chico en la habitación de su hija, él habría descubierto como desgarrarle miembro por miembro, incluso sin poder verlo.

Jesse no parecía particularmente preocupado. — ¿Cómo te llamó? ¿Cuándo estaba saliendo de la habitación?

—*Fy nghariad bach*, significa “Mi querida” en Galés, “Mi pequeña querida”.

Ella lo miró desafiante, pero él no parecía inclinado a burlarse de ella. —Mi madre habla a menudo de tu padre —dijo—. No pensé que él podría ser así.

—¿Así como?

Su mirada se desvió de la de ella. —Mi propio padre murió antes de que yo naciera. Pensé que tal vez lo vería cuando muriera, pero no lo hice. Los muertos van a algún lugar lejano, no puedo seguirlos.

—¿Por qué no? —Lucie una vez le preguntó a Jessamine qué pasaba después de que uno muere. Jessamine había respondido que no sabía, que el limbo habitado por fantasmas no era la tierra de la muerte.

—Estoy retenido aquí —dijo Jesse — Cuando sale el sol me voy a la oscuridad. No estoy nuevamente consciente hasta que llega la noche. Si hay una vida futura, nunca la he visto.

—Pero tú puedes hablar con tu hermana y tu madre —dijo Lucie —. Ellas saben cuán extraño es esto, ¿Pero lo mantienen en secreto? ¿Grace nunca se lo ha dicho a James?

—Ella no lo ha hecho —dijo Jesse —. Los Blackthorn están acostumbrados a guardar secretos. Sólo por casualidad descubrí que Grace se encontraría con tu hermano esta noche. La vi escribirle a James, aunque ella no sabía que yo estaba ahí.

—¡Oh si, la cita secreta! —dijo Lucie — ¿Estás preocupado que Grace sea arruinada?

Era angustiosamente fácil que una joven dama se “arruine”. Su reputación destruida si era encontrada a solas con un caballero. La madre siempre esperaba que el caballero hiciera lo correcto y se casara con la dama en lugar de condenarla a una vida de vergüenza, incluso si él no la amaba, pero estaba lejos de ser una cosa segura. Si no lo hacía, uno no podría estar seguro de que ningún otro hombre se acercaría a ella. Nunca se casaría.

Lucie pensó en Eugenia.

—Nada tan trivial —dijo Jesse —. Estoy seguro que sabes las historias de mi abuelo, ¿Cierto?

Lucie levantó una ceja. —¿El que se convirtió en un gran gusano a causa de la viruela demoniaca y fue asesinado por mi padre y mis tíos?

—Temía que tus padres no lo hubieran considerado como el tipo de cuento adecuado para los oídos de una joven dama —dijo Jesse —. Veo que era una preocupación en vano.

—Lo cuentan cada navidad —dijo Lucie con aire de suficiencia.

Jesse se puso de pie. Lucie no pudo evitar mirarse al espejo con vanidad, donde podía ver el reflejo de su propio rostro, pero no a Jesse. Una chica en una habitación vacía, hablando sola. —El abuelo Benedict incursionó de gran manera en la magia negra —dijo —Y en su relación con los demonios —. Se estremeció. —Cuando él murió, dejó un demonio Cerberus en el invernadero. Su mandato es proteger a nuestra familia.

—¿El demonio que James vio en el invernadero? pero lo mató. Y cuando el Enclave registró los terrenos, no encontraron nada.

—El cerberus había sido criado con cierta planta demoníaca —dijo Jesse—. Cuando se lo mata deja caer vainas que al principio parecen inofensivas, después de algunas horas eclosionan y se convierten en nuevos demonios Cerberus. Para ahora ya deben estar completamente desarrollados.

Lucie sintió un escalofrío. —¿A qué le temes?

—Grace salió de la casa sin el consentimiento de mi madre, de hecho, en contra de sus órdenes expresas. Los demonios Cerberus recién nacidos lo debieron haber sentido. Mi abuelo les inculcó el mandato de proteger a nuestra familia. Saldrán a buscar a Grace y la traerán de vuelta —dijo Jesse.

—Pero, ¿cómo puedes estar seguro? ¿Por qué los nuevos demonios heredarían el mandato del viejo?

—Lo leí en los papeles de mi abuelo —dijo Jesse—. Esperaba crear un demonio obediente que diera a luz nuevos demonios cuando fuera asesinado, uno que recuerde todo lo que progenitor sabía. Créeme, nunca pensé que su en realidad plan funcionara. El abuelo estaba loco como un sombrerero. Pero para el momento en que me di cuenta de lo que estaba sucediendo, ya era muy tarde.

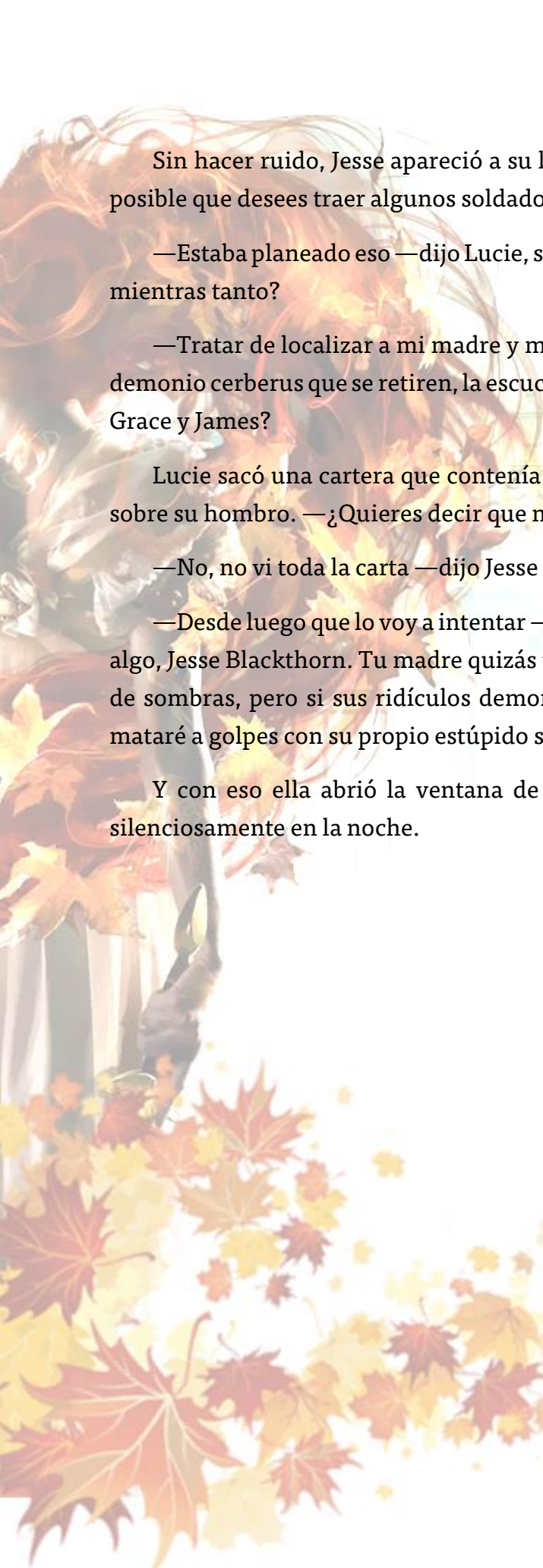
—Pero... —farfulló Lucie—. ¿Le harán daño a Grace?

—No. La considerarán una Blackthorn. Pero si un Herondale, si tu hermano esta con ella, lo considerarán un enemigo. El mató a su progenitor en el invernadero. Lo atacarán y no será tarea fácil defenderse de un grupo de demonios Cerberus solo.

No sólo James podría estar solo, Lucie incluso no estaba segura de que él estuviera armado. —¿Qué es lo que tu madre sabe de esto? seguramente ella no podría haber querido un demonio en su propiedad.

—Mi madre está resentida con los cazadores de sombras, y no es sin motivo. Creo que ella siempre se sintió protegida por la presencia del demonio Cerberus en el invernadero —Jesse suspiró—. Para ser honesto, ni siquiera estoy seguro de que ella sepa de la presencia de los nuevos demonios. Sólo deduje lo que estaba pasando cuando vi que ellos dejaban la mansión, y como soy un fantasma no pude detenerlos —su voz estaba llena de frustración—. Ni siquiera he podido encontrar a mi madre para advertirle lo que está pasando.

Sacudiendo la cabeza, Lucie cayó de rodillas frente al baúl que estaba a los pies de su cama que contenía su armamento. Ella lo abrió y una humareda de polvo flotó. Adentro había montones de dagas, cuchillas serafines, cuchillos, cadenas, dardos y otros artículos similares, todos envueltos delicadamente en terciopelo doblado.



Sin hacer ruido, Jesse apareció a su lado. —Los demonios cerberus no son pequeños, es posible que desees traer algunos soldados más.

—Estaba planeado eso —dijo Lucie, sacando una pequeña hacha de su baúl. —¿Qué harás mientras tanto?

—Tratar de localizar a mi madre y mandarla después por Grace. Ella le puede decir a los demonio cerberus que se retiren, la escucharán. ¿Tienes alguna idea de dónde se encontrarán Grace y James?

Lucie sacó una cartera que contenía varias dagas y cuchillos serafín del baúl y la colocó sobre su hombro. —¿Quieres decir que no lo sabes?

—No, no vi toda la carta —dijo Jesse—. ¿Crees que puedes encontrarlos?

—Desde luego que lo voy a intentar —Lucie se levantó, hacha en mano—. Déjame decirte algo, Jesse Blackthorn. Tu madre quizás tiene razones para estar resentida con los cazadores de sombras, pero si sus ridículos demonios lastiman a mi hermano, no tendré piedad. La mataré a golpes con su propio estúpido sombrero.

Y con eso ella abrió la ventana de su habitación, gateó hacia la repisa y se adentró silenciosamente en la noche.



9

VINO MORTAL

Traducido por: Nay Herondale
Corregido por: Jeivi37, BLACKTHORN

*“Aquí no crecen hierbas ni malezas,
Flores de brezo o vides;
Sino estériles brotes de amapola,
Verdes racimos de Proserpina,
Blancas vasijas de ondulantes juncos.
Aquí nada florece o colorea,
Excepto esta flor,
De la que Ella extrae para los hombres
Un néctar mortal.”*

—Algernon Charles Swinburne, *El jardín de Proserpina*

Cordelia y Matthew caminaron muy poco por el callejón antes de que una puerta surgiera delante de ellos. Brillaba en el costado de un muro con aspecto desgastado, y Cordelia sospechaba que para los mundanos, la entrada no sería visible en absoluto.

Dentro había un pasillo estrecho cuyas paredes eran de tela roja y pesados tapices colgando del techo al piso, oscureciendo lo que sea que estuviera tras ellos. Al final del pasillo había otra puerta, también pintada de rojo.

—Cuando este lugar no es el hogar de un salón, es una casa de juegos— susurró Matthew a Cordelia mientras se acercaban a la puerta. —Ahí hay incluso una trampilla en el techo, de modo que, si son sorprendidos por la policía, los jugadores pueden escapar por la cornisa.

La puerta se abrió de repente. Descansando en el espacio que revelaba, estaba un hombre alto con una chaqueta y pantalones de color gris hierro. En la penumbra, su cabello parecía completamente blanco. Cordelia pensó que debía estar en sus sesenta años, pero cuando se acercaron se dio cuenta de que su rostro era joven y agudo, sus ojos morado oscuro.

Este debía ser Malcolm Fade, Gran Brujo de Londres. La mayoría de los brujos tenía una marca que los separaba, un signo físico de su sangre demoníaca: piel azul, cuernos,

garras de piedra. Los ojos de Malcolm eran ciertamente una sombra sobrenatural, como amatistas.

—¿Tres de ustedes esta vez? —le dijo a Anna.

Ella asintió. —Tres.

—Tratamos de limitar el número de cazadores de sombras en el salón—, dijo Malcolm — Prefiero que los Nefilim se sientan superados en número entre los subterráneos, como suele ser al revés —. La voz de una mujer llamó detrás de él: Malcolm no se volvió, pero sonrió —. Sin embargo, ustedes animan el lugar, como Hypatia me recuerda —abrió la puerta y se hizo a un lado para permitirles entrar—. Adelante. ¿Están armados? No importa, por supuesto que lo están. Son cazadores de sombras.

Anna cruzó la puerta, luego Matthew, y finalmente Cordelia. Cuando ella pasó junto a Malcolm, él la miró a la cara. —No hay Sangre Blackthorn en tu familia, ¿verdad? —preguntó de repente.

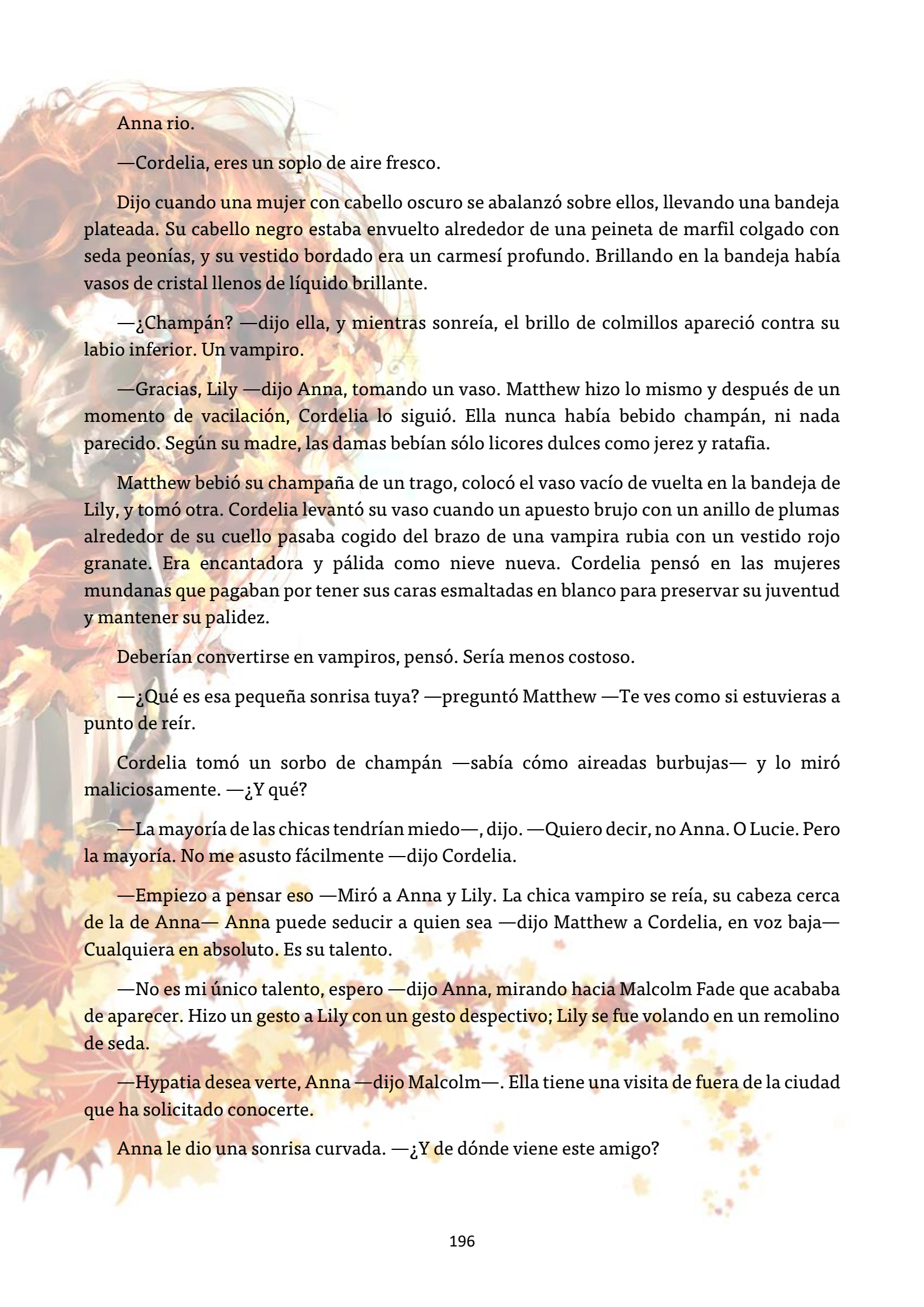
—No, ninguna, no creo—dijo Cordelia, sorprendida.

—Bien—los hizo pasar. En el interior, el salón era una serie de habitaciones interconectadas, decoradas en brillantes tonos de joyas de rojo y verde, azul y oro. Bajaron por un pasillo pintado de bronce y entraron en una habitación octogonal llena de subterráneos. Charla y risas surgieron sobre ellos como una marea.

Cordelia sintió que su corazón se agitaba un poco, había algo en esta noche que se sentía peligrosa, y no porque ella estuviera en una habitación llena de subterráneos. El hecho de que ninguno de ellos intentara ocultarlo lo hacía parecer de alguna manera menos preocupante. Vampiros acechando orgullosamente, sus rostros brillaban bajo la luz eléctrica; hombres lobo rondaban las sombras en elegantes vestidos de noche. Había música proveniente de un cuarteto de cuerda de pie en un escenario elevado de cerezo en el centro de la habitación. Cordelia vislumbró a un apuesto violinista con los ojos verde dorado de un hombre lobo, y un clarinetista con rizos castaños, sus pantorrillas terminando en duras pezuñas de cabra.

Las paredes eran de un profundo color azul y colgaban enormes cuadros con marcos dorados sobre ellas, representando escenas de la mitología. Al menos, pensó Cordelia que eran escenas de la mitología. Usualmente cuando la gente aparecía desnuda, había descubierto que, era porque el pintor creía que los griegos y los romanos no necesitaban o usaban ropa. Lo cual Cordelia encontró desconcertante, especialmente cuando los sujetos estaban involucrados en actividades como luchar contra minotauros o contra serpientes. Cualquier cazador de sombras sabía que, en una batalla, el equipo que cubría tu cuerpo era crucial.

—Simplemente no puedo entender por qué uno desearía hacer un picnic desnudo —dijo Cordelia—. Habría hormigas en lugares terribles.



Anna rio.

—Cordelia, eres un soplo de aire fresco.

Dijo cuando una mujer con cabello oscuro se abalanzó sobre ellos, llevando una bandeja plateada. Su cabello negro estaba envuelto alrededor de una peineta de marfil colgado con seda peonías, y su vestido bordado era un carmesí profundo. Brillando en la bandeja había vasos de cristal llenos de líquido brillante.

—¿Champán? —dijo ella, y mientras sonreía, el brillo de colmillos apareció contra su labio inferior. Un vampiro.

—Gracias, Lily —dijo Anna, tomando un vaso. Matthew hizo lo mismo y después de un momento de vacilación, Cordelia lo siguió. Ella nunca había bebido champán, ni nada parecido. Según su madre, las damas bebían sólo licores dulces como jerez y ratafia.

Matthew bebió su champaña de un trago, colocó el vaso vacío de vuelta en la bandeja de Lily, y tomó otra. Cordelia levantó su vaso cuando un apuesto brujo con un anillo de plumas alrededor de su cuello pasaba cogido del brazo de una vampira rubia con un vestido rojo granate. Era encantadora y pálida como nieve nueva. Cordelia pensó en las mujeres mundanas que pagaban por tener sus caras esmaltadas en blanco para preservar su juventud y mantener su palidez.

Deberían convertirse en vampiros, pensó. Sería menos costoso.

—¿Qué es esa pequeña sonrisa tuya? —preguntó Matthew —Te ves como si estuvieras a punto de reír.

Cordelia tomó un sorbo de champán —sabía cómo aireadas burbujas— y lo miró maliciosamente. —¿Y qué?

—La mayoría de las chicas tendrían miedo—, dijo. —Quiero decir, no Anna. O Lucie. Pero la mayoría. No me asusto fácilmente —dijo Cordelia.

—Empiezo a pensar eso —Miró a Anna y Lily. La chica vampiro se reía, su cabeza cerca de la de Anna— Anna puede seducir a quien sea —dijo Matthew a Cordelia, en voz baja— Cualquiera en absoluto. Es su talento.

—No es mi único talento, espero —dijo Anna, mirando hacia Malcolm Fade que acababa de aparecer. Hizo un gesto a Lily con un gesto despectivo; Lily se fue volando en un remolino de seda.

—Hypatia desea verte, Anna —dijo Malcolm—. Ella tiene una visita de fuera de la ciudad que ha solicitado conocerte.

Anna le dio una sonrisa curvada. —¿Y de dónde viene este amigo?

—La costa —dijo Malcolm— Ven, ya sabes cómo se pone Hypatia.

Anna guiñó un ojo a Cordelia y Matthew y se volvió para seguir a Malcolm por un pasillo lleno de papel tapiz de color damasco. Ellos estuvieron rápidamente fuera de la vista.

—Ella es tan hermosa —dijo Cordelia. —Anna, quiero decir.

—Anna tiene una cualidad—. Matthew levantó una ceja, pensativo. —En francés lo llamarían *jolie laide*.

Cordelia sabía suficiente francés como para fruncir el ceño. —¿Bastante fea? ¡Ella no es fea!

—No significa eso —dijo Matthew— Significa inusualmente bonita. Extrañamente hermosa. Denota el tener un rostro con carácter —Su mirada viajó desde la parte superior de su cabello hasta las puntas de sus zapatos— Como tú la tienes.

Extendió la mano para tomar una copa de champán de una bandeja que pasaba mientras el apuesto hombre lobo del cuarteto de cuerda pasó con una sonrisa. De alguna manera, Matthew había bebido el que tenía y lo descartó con impresionante velocidad y discreción. Tomó un trago del nuevo y se encontró con los ojos de Cordelia sobre el borde.

Cordelia no estaba completamente segura de cómo se sentía al ser llamada “bonita-fea” pero había cuestiones más importantes a la mano. No sabía cuándo volvería a estar sola con Matthew. Ella dijo: —¿Recuerdas que te pregunté por tu madre en el baile?

—Siempre disfruto pensando en mi madre en este tipo de fiestas —dijo.

Ella tomó otro trago de champán y trató de contener el hipo. —Tu madre es el cónsul—, continuó.

—Lo había notado, sí.

—Y ella está actualmente en Idris, donde se están preparando para juzgar a mi padre.

Sus ojos se entrecerraron. —Pensé que ...— Sacudió la cabeza. Un grupo de las bailarinas vampiro los miraron y se rieron. —No importa. Pienso demasiado y bebo demasiado, ese es siempre mi problema.

—Hay algo que no entiendo—, dijo Cordelia. —¿Por qué no han probado a mi padre con la Espada Mortal? Así tendrían pruebas de que es inocente.

Matthew parecía ligeramente sorprendido. —En efecto. Tiene poco sentido poseer un objeto mágico que obliga al portador a decir la verdad si no lo van a usar en juicios criminales.

La palabra “criminal” todavía sacudía a Cordelia hasta los huesos. —Tenemos muy poca información, pero mi hermano tiene amigos de la escuela en Idris. Él escuchó que no planean

usar la Espada Mortal en el juicio. ¿Crees que podrías convencer a tu madre de que deberían hacerlo?

Matthew había adquirido otra bebida, posiblemente de una planta en una maceta. Él la estaba mirando por encima del borde de la copa. Cordelia se preguntó cuánta gente había visto a Matthew sonriendo con una bebida y fallado en verlo mirándolos con esos ojos verde oscuro. —Estás muy molesta por esto, ¿no es así? —dijo.

—Es mi familia—, dijo. —Si mi padre es encontrado culpable, no solo lo perderemos a él, estaremos como los Lightwood después de la muerte de Benedict. Todo lo que tenemos será despojado de nosotros. Nuestro nombre será deshonorado.

—¿Te importa tanto caer en la desgracia?

—No—, dijo Cordelia. —Pero a mi madre y mi hermano sí, y no sé si sobrevivirían.

Matthew dejó su vaso sobre una mesa auxiliar de marquetería. —Está bien—dijo. —Le escribiré a mi madre en Idris.

El alivio era casi doloroso. —Gracias —dijo Cordelia. —Pero tienes que enviar su carta a Lucie, por favor, en el Instituto. No quiero que mi madre vea la respuesta antes que yo, en caso de que ella diga que no.

Matthew frunció el ceño. —Mi madre no ...— Se interrumpió, mirando más allá de ella hacia donde Lily saludó desde el otro extremo de la habitación. —Esa es la de señal de Anna —dijo. —Debemos irnos.

Cordelia sintió una leve emoción de inquietud. —¿Ir a dónde?

—Al corazón de todo—, dijo Matthew, haciendo un gesto hacia el corredor de color damasco en el que Anna había desaparecido antes. —Prepárate. Los brujos pueden ser tan engañosos como las hadas si se lo proponen.

Curiosa, Cordelia siguió a Matthew por el pasillo. Linternas de papel iluminaban el camino. Al final del pasillo había un gabinete de ébano tallado, un arreglo de curiosidades extendidas bajo cristal. Matthew le dio un golpe juguetón al cristal.

El gabinete se movió hacia adentro.

Dentro había una gruta dorada. Toda la habitación brillaba, desde el cielorraso pintado al piso donde la alfombra brillaba como si fuera papel de seda. Había mesas de madera dorada con todo tipo de tesoros: un pájaro mecánico con incrustaciones de lapislázuli y oro, guanteletes y hojas de delicada mano de obra de hadas, una caja de madera pulida decorada con el símbolo de un *ourobouros* (una serpiente que se muerde la cola) y una manzana tallada en un solo rubí. Al final de la habitación había una cama con dosel del tamaño de todo el dormitorio que Cordelia tenía en casa, con incrustaciones de cobre y latón, cubierto en

docenas de cojines de tela de oro. Sentada en el borde de la cama como si fuera un trono estaba una mujer, una bruja elegante que parecía ingeniosamente formada de materiales encantados: su piel caoba, su cabello bronce, su vestido de un oro brillante.

Cordelia dudó en el umbral. Había otras personas en la habitación además de la mujer bruja: el propio Malcolm Fade y Anna Lightwood, reposando sola en un sofá de madera de nogal y terciopelo dorado, sus largas piernas enganchadas sobre los delgados brazos de madera.

Malcolm Fade sonrió. —Bienvenidos, pequeños cazadores de sombras. Pocos de su especie alguna vez han visto las cámaras interiores de Hypatia Vex—.

—¿Es ella bienvenida, me pregunto? — preguntó Hypatia, con una sonrisa felina. — Déjala acercarse.

Cordelia y Matthew avanzaron juntos, Cordelia se movía con cautela alrededor de las sillas y mesas rococó, relucientes con dorados y perlas. De cerca, las pupilas de los ojos de Hypatia Vex tenían la forma de estrellas. Su marca de brujo. —No puedo decir que me importe la idea de que tantos Nefilim infesten mi salón. ¿Eres interesante, Cordelia Carstairs?

Cordelia vaciló.

—Si tienes que pensarlo—dijo Hypatia, —entonces no lo eres.

—Eso difícilmente tiene sentido—dijo Cordelia. —Seguramente si no piensas, no puedes ser interesante.

Hypatia parpadeó, creando un efecto de las estrellas apagándose y encendiéndose como lámparas. Entonces ella sonrió. —Supongo que puedes quedarte un momento.

—Buen trabajo, Cordelia —dijo Anna, balanceando las piernas fuera del borde del sofá. —Arabella, ¿cómo van las bebidas?

Cordelia se dio vuelta para darse cuenta de una mujer hada con cabello azul y verde que también estaba en la habitación. Estaba de pie en una alcoba, parcialmente oculta. Delante de ella había un aparador donde estaba mezclando bebidas. Agitó las manos en el aire como hojas de agua, jarras ininterrumpidas y viales de cristal llenos de líquido rojo y muy ocupada vertiéndolo todo en una variedad de copas y flautas.

Los ojos de Cordelia se entrecerraron.

—¡Todo listo, querida! —dijo Arabella, y se acercó para repartir las bebidas. Matthew aceptó un trago con prontitud. Cordelia notó que Arabella caminaba con paso tambaleante e inestable, como si fuera un marinero que no estaba acostumbrado a pisar la tierra.

Cuando Arabella le dio a Anna su bebida, Anna tiró de Arabella a su regazo. Arabella se rió, pateando los talones franceses. Sus piernas estaban impactantemente desnudas y

cubiertas de un tenue patrón de escamas iridiscentes. Brillaron en la luz dorada como un arco iris.

Una sirena. Así que éste era el “amigo de la costa” de Hypatia. Ellos eran un tipo de hada rara vez visto fuera del agua, ya que sus piernas humanas les causan dolor al caminar.

Arabella notó la mirada de Cordelia y se encogió de hombros, moviendo los hombros fluidamente debajo de sus pesadas masas de cabello azul y verde. —No he estado en tierra por muchos años. La última vez que visité esta fea ciudad, los subterráneos y los cazadores de sombras intentaban formar los Acuerdos. No estaba muy impresionada con los Nefilim en ese tiempo, y no he sido aficionada a los Cazadores de sombras desde entonces. Aun así, se pueden hacer excepciones.

Antes de que se formaran los Acuerdos. Esta mujer no había estado en la tierra por más de treinta años.

Arabella se inclinó hacia Anna mientras hablaba, y los dedos con cicatrices de Anna flotaban ágilmente entre las ondas del cabello de la sirena. Un pez pequeño, como chispas de un fuego y de un azul brillante, que se agita cuando se le molesta y salta de filamento a filamento, persiguiendo los movimientos de Anna.

—Mi querida, tu cabello es como una hermosa corriente—, murmuró Anna. —Porque hay peces en él.

Al parecer, Anna podría seducir a varias personas en una noche. Arabella se sonrojó y se levantó para recoger más bebidas del aparador.

—Sabemos por qué Anna te trajo, Matthew—, dijo Malcolm. —Tú eres divertido. Pero ¿hay alguna razón por la que esta joven Carstairs esté acompañándolos esta noche?

—Porque necesitamos su ayuda— dijo Cordelia.

Todos en la sala se rieron. Malcolm sonrió y levantó su vaso vacío a Cordelia como si hubiera hecho un chiste particularmente bueno; Arabella seguía todavía en el aparador, rociando flores en dos copas de vino y mezclándolo.

Anna y Matthew parecían dolidos.

—Magnus Bane los ayudaría —dijo Hypatia, las estrellas en sus ojos chispeando. —Por eso han venido. Magnus les ha hecho creer que los brujos siempre los ayudarán.

—Magnus no está aquí—, dijo Malcolm. Su mirada era distante. —No te tengo mala voluntad, niña, pero una vez amé a una cazadora de sombras y solo me trajo dolor.

—Ella se convirtió en una Hermana de Hierro y le rompió el corazón —dijo Hypatia.

—¡Oh! —dijo Cordelia, sorprendida. Las Hermanas de Hierro eran aún más reservadas que los hermanos silenciosos. Le daban forma al adamantas para hacer armas con runas para los Nephilim desde su fortaleza oculta. Habían estado así por mil años. Al igual que los Hermanos Silenciosos, no se casaban, y tenía la responsabilidad de colocar hechizos protectores en los cazadores de sombras bebés cuando nacían. A nadie que no sea de su hermandad se le permitía entrar en La Ciudadela Adamante. Sin embargo, solo las mujeres podían elegir ser Hermanas de Hierro, a Cordelia le parecía tan solitario como la Hermanos Silenciosos— Eso parece muy triste.

—De hecho —dijo Malcolm— Nuestro tipo y el suyo están mejor separados, lo que Bane podría decir.

—No he conocido a Bane —dijo Hypatia, golpeando sus uñas doradas unas con otras— Antes de salir de Londres por última vez, ayudó a los Nephilim, pero ¿ellos recuerdan que le deben agradecimiento, o solo esperan ayuda a la primera señal de problemas? Te dejo venir a mi salón porque me diviertes, Matthew Fairchild, porque eres un niño, un niño tonto y hermoso, que toca el fuego porque es encantador y olvida que lo quemará. Pero no supongas que eso significa que puedes pedir favores .

—Puede ser divertido para ti descubrir qué es lo que quieren—, sugirió Anna.

—Como si aún no lo supieras —dijo Hypatia, pero la mirada que le dirigió a Anna era cariñosa y Anna sonrió.

—¿Y si hiciéramos algo por ti? —dijo Cordelia. Arabella estaba haciendo la ronda, colocando sus bebidas adornadas con flores frente a los brujos. Malcolm levantó la suya y la miró como si esperara encontrar consuelo en la parte inferior. A toda prisa, Cordelia dijo: — ¿Y si te salvara la vida?

Esta vez no se rieron. Simplemente la miraron. —Tentador—, dijo Hypatia. —Pero no estamos en peligro.

—No estoy de acuerdo —dijo Cordelia.

Ella sacó a Cortana. Cada brillo luz en la habitación cobró vida en la cuchilla.

Cordelia golpeó la copa de cristal de Hypatia con un movimiento de su espada. La copa explotó, enviando vidrio y vino en todas las direcciones. Arabella dio un grito indignado y Cordelia balanceó la espada para apuntar directamente a ella.

—Es una pena —dijo Cordelia. —Nunca he conocido a una sirena antes. Desearía que no hubieras resultado ser una envenenadora .

Matthew, que ya había vaciado su vaso, lo dejó sobre la mesa con un fuerte golpe. — ¿Veneno?

—Sólo para los brujos —dijo Cordelia. —Eran ellos a quienes trataba de matar.

Hypatia parecía indignada. —¿Puedo preguntar de dónde sacas esta descabellada conclusión?

—Mi madre sabe mucho sobre plantas medicinales y compartió su conocimiento conmigo —dijo Cordelia. —Hay una planta cultivada por las sirenas, una variedad submarina de sombras mortales, que no venderían incluso en los mercados de sombras. Su consumo es la muerte. La vi rociar esas flores en sus copas.

Malcolm Fade agitó una mano sobre su propia taza. Chispas púrpuras se despertaron y bailaron en su copa. La mancha de vino tinto en la alfombra se desplegó como una flor y se convirtió en humo morado. Hypatia miró la copa rota como si se hubiera convertido en una rata

—Yo era un niño en Cornwall hace mucho tiempo, donde la *Atropa belladonna* crece salvaje —dijo Malcolm en voz baja. —Soy un experto en los usos de *nightshades* mortales, y he visto a su primo mortal *nightsea* antes. La señorita Carstairs tiene razón. Nos ha salvado la vida .

—Agarra a la sirena —dijo Hypatia entre dientes.

Anna ya estaba levantada y fuera de su silla, con la daga en la mano, sus movimientos ligeros como los de un gato. Arabella estaba hurgando en su corpiño, sus dientes desnudos, pero Anna atrapó su muñeca y la retorció con fuerza. Un artículo cayó de los dedos de Arabella y rodó sobre la alfombra dorada: era el cuerno de una criatura marina, afilada hasta un punto mortal.

—Déjame terminar mi vida —siseó Arabella, retorciéndose, pero Anna continuó sosteniendo a su prisionera con un brazo alrededor de su cuello. Las runas estallaron a lo largo de su brazo desnudo y delgado; la daga en su otra mano brillaba como diamantes. —Déjame morir con honor como lo hace la gente del mar.

—¿Honor? No hay honor en el veneno. Es un truco de cobardes —dijo Hypatia —Tenías la intención de envenenarme a mí y a Malcolm Fade. ¿Y con qué fin? ¿Qué poder buscas?

—Ella busca venganza—, dijo Malcolm. —He oído hablar de ti, Arabella. Tú te consideraste insultada por los Nefilim hace años. Debe haber sido un asunto mucho más grande de lo que cualquiera de nosotros pudo darse cuenta, para cuando Hypatia dijo que estaban aquí esta noche buscaste pagarles de vuelta —Sus ojos se entrecerraron. —Hypatia y yo hubiéramos estado muertos, brujos envenenados por Cazadores de sombras, dirías. Todos los subterráneos de Londres estarían tras la sangre de los Nefilim.

Con su cara de piedra, Hypatia levantó una pequeña campana de oro y la sacudió; el zumbido resonó por la habitación. Una chica hada de piel azul con dedalera en el pelo asomó la cabeza por la puerta. —¿Llamó usted, señora?

La boca de Hypatia era una línea apretada. — Hyacinth haz que los guardias se lleven esta Sirena y la pongan en la bodega.

—Por favor, reconsidere poner a una envenenadora en la bodega—, dijo Matthew. —Se lo ruego, por el bien de mis futuras visitas.

Hypatia agitó una mano. —Ponla en la sala de susurros, entonces. Ella no debería ser capaz de causar ningún problema allí; la llevaremos al Laberinto Espiral en breve.

—¿Y entonces? —dijo Cordelia cuando dos trolls con abrigo con trenzas doradas entraron, separó a Arabella del agarre de Anna y escoltaron a la siseante sirena fuera de la habitación. —¿Qué pasará con ella?

—Un juicio —dijo Hipatia. —Un asunto subterráneo que no es de tu interés. Será justo. Los subterráneos siempre son justos.

—Entonces deberías tener pocos problemas para ofrecer ayuda a Cordelia —dijo Anna, sacudiéndose el polvo de las esposas. —Ella te salvó la vida.

—Anna tiene razón—, dijo Malcolm. —Una deuda es una deuda. ¿Con qué es lo que deseas ayuda, Nefilim?

Cordelia dejó que Matthew contara la historia; el picnic, la visión de James del reino de las sombras, los demonios que llegaron a la luz del día, los Cazadores de sombras heridos, y el veneno que los Hermanos Silenciosos no podían curar.

—¿Tu amigo vio una tierra de sombras que nadie más puede ver? — dijo Hipatia. —¿Es él el hijo de la bruja cambia formas y el cazador de sombras que está lo suficientemente loco como para casarse con ella? Sabía que eso sería un problema.

Matthew parecía furioso. Cordelia dijo:

—Él ciertamente puede ver lo que otros no pueden. Es un talento raro.

—Así que este es un tipo de demonio que viene a la luz del día—, dijo Malcolm. —Y transmite un veneno que tus eruditos nunca han visto antes.

—Si tales demonios estuvieran libres en Londres, no sería bueno para nadie— dijo Anna.

—Por supuesto, todos los demonios provienen de otros mundos —dijo Hypatia. —Pero si crees que como hijos de demonios estamos íntimamente familiarizados con su geografía y los que habitan en ellos, están bastante equivocados.

—No la estamos insultando, señorita Vex —dijo Cordelia. —Pero tienen su oído al mundo subterráneo. No pasa nada ahí sin que ustedes lo sepan. Si hubiera otra palabra de estos extraños demonios ...

—No la hay —dijo Hypatia con firmeza— Toda la discusión ha sido sobre la falta de demonios en Londres, de hecho, y lo extraño que es.

—Ragnor lo llama “la calma antes de la tormenta”, pero él es un apocalíptico en el mejor de los tiempos —dijo Malcolm.

—Bueno, parecen estar volviendo—, dijo Anna. —Un grupo de demonios Shax aparecieron en Seven Dials el otro día.

—Y se encontraron demonios Deumas en la ciudad —agregó Matthew. —Criaturas desagradables y desordenadas.

Hypatia y Malcolm intercambiaron una mirada. Los demonios eran problema de todos, Subterráneos y Cazadores de Sombras por igual. Un solo ataque contra los cazadores de sombras de criaturas desconocidas eran una cosa, pero demonios Shax y Deumas eran asesinos indiscriminados.

—Hubo un rumor —dijo Malcolm, —aunque fue solo un rumor, creo, que algún tipo de individuo poderoso (un brujo, tal vez) ordenó a los grupos de demonios que debían evitar Londres.

—¿Desde cuándo los demonios han escuchado a alguien? —inquirió Anna.

Malcolm se encogió de hombros. —Como dije, un rumor. Además, en tal situación, parece sabio mantenerse alejado.

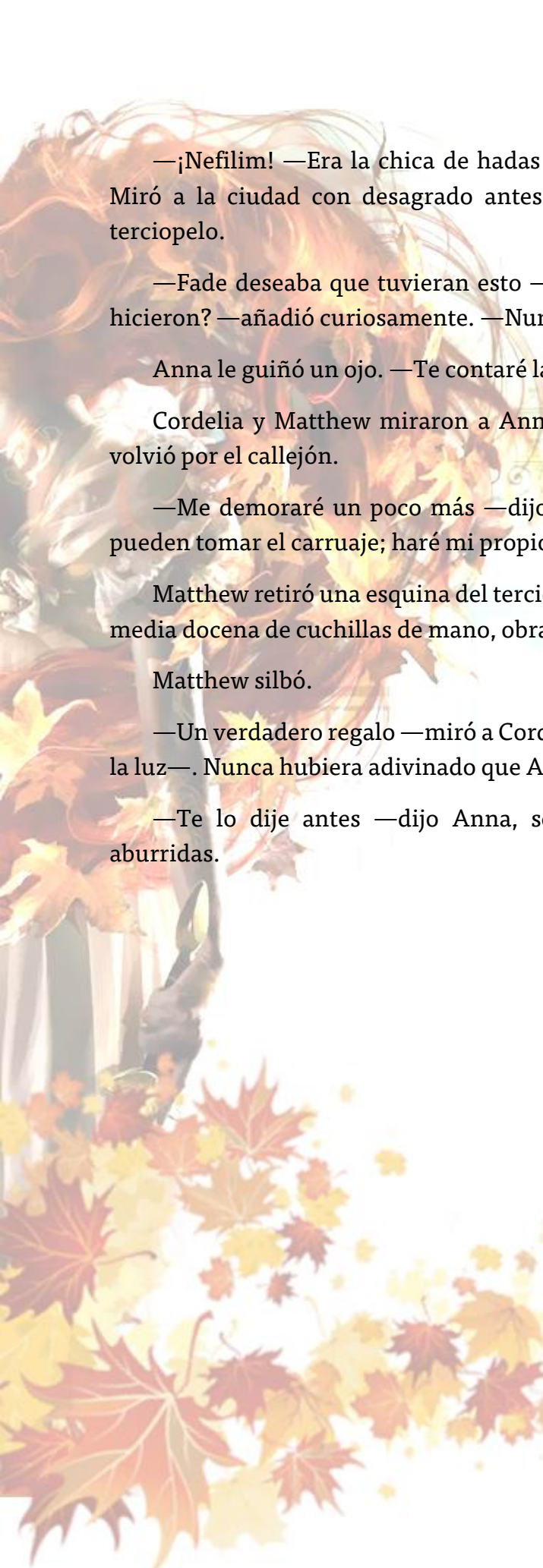
—El tiempo de mantenerse alejados ha pasado —dijo Cordelia. —Estos demonios diurnos pueden ser un presagio de lo peor para todos nosotros; seguramente ¿deberíamos trabajar juntos para descubrir si tal es el caso?

—Detesto cuando los cazadores de sombras tienen razón —Hypatia suspiró—. Ragnor Fell está de regreso en Londres, y a menudo ha trabajado con cazadores de sombras en el pasado. Él sabe mucho sobre mundos demoníacos, habiéndose hecho un estudiante de magia dimensional. Si hay una dimensión que engendra demonios que puedan soportar la luz solar, él lo sabría.

—Parece un lugar donde comenzar. ¿Cómo lo encontramos? —dijo Matthew.

—Le enviaré un mensaje urgente —dijo Hypatia. —Se pondrá en contacto con ustedes. —Se recostó en la silla. —Ahora váyanse —dijo, cerrando sus ojos de estrellas —Me encuentro cansada de los ángeles.

Parecía que no había más que decir. Matthew, Anna y Cordelia hicieron su camino por la sala principal del salón, donde un vampiro estaba recitando poesía sobre sangre. En unos momentos habían llegado a la calle Berwick y el mundo exterior: Cordelia inhaló bocanadas de aire fresco de la noche. Sabía a tierra y ciudad.



—¡Nefilim! —Era la chica de hadas de piel azul que Hypatia había llamado Hyacinth. Miró a la ciudad con desagrado antes de entregar a Matthew un paquete envuelto en terciopelo.

—Fade deseaba que tuvieran esto —dijo—. Está agradecido por lo que hicieron. ¿Qué hicieron? —añadió curiosamente. —Nunca había oído hablar de un brujo agradecido antes.

Anna le guiñó un ojo. —Te contaré la historia en un momento.

Cordelia y Matthew miraron a Anna con sorpresa. Hyacinth se sonrojó y rió cuando volvió por el callejón.

—Me demoraré un poco más —dijo Anna, con un estiramiento felino. —Ustedes dos pueden tomar el carruaje; haré mi propio camino a casa.

Matthew retiró una esquina del terciopelo. Doblado suavemente por dentro había tal vez media docena de cuchillas de mano, obra de las hadas, finas y de cuidado.

Matthew silbó.

—Un verdadero regalo —miró a Cordelia con admiración su cabello bronceado brillaba a la luz—. Nunca hubiera adivinado que Arabella estaba involucrada en un envenenamiento.

—Te lo dije antes —dijo Anna, señalando el carruaje. —Yo nunca cortejo chicas aburridas.

DÍAS PASADOS: PARÍS, 1902

Traducido por: Helkha Herondale

Corregido por: Jeivi37, BLACKTHORN

—Deberías ir a París –le había dicho Matthew a Thomas el día anterior a que éste se fuera para Madrid. Él, James y Matthew estaban extendidos en sus sillas en la Taberna del Diablo, esperando a Christopher –Si finalmente vas a poder huir de esta aburrida isla y vas a estar en un lugar de verdad culto, deberías ir a París primero.

—No está de camino a España –dijo Thomas –Y eso sería mucha emoción para mí.

—Tonterías –dijo Matthew –Sólo París es como París. Y te debes quedar en uno de mis alojamientos favoritos, el Hotel d' Alsace. En el Left Bank³⁰. Todo mundo lo llama L' Hotel.

—¿Eso no significa simplemente “el hotel” en francés? –dijo James, apenas levantado la mirada de su libro.

—Eso es solo porque es el hotel donde se queda cualquiera que sea *alguien*

—No soy alguien –Protestó Thomas.

—Oscar Wilde se alojó allí –dijo James –Cuando Matthew dice “alguien”, es usualmente a él a quien se refiere.

—No sólo Oscar Wilde –dijo Matthew –Pero sí, Oscar Wilde. Él murió ahí.

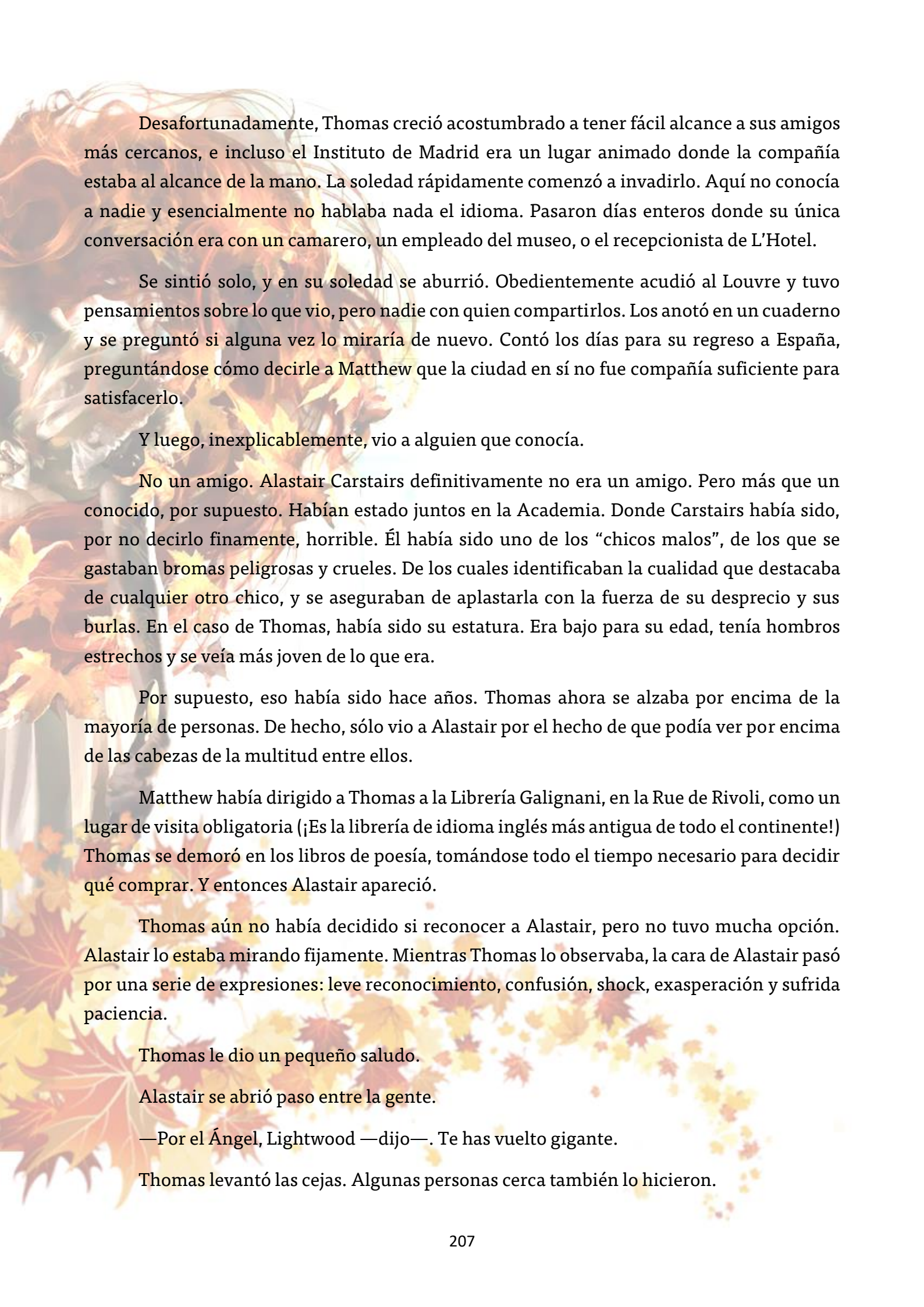
—Confío en que tendrás un rato más agradable –dijo James.

Thomas realmente tenía la intención de limitar sus viajes a España, pero las palabras de Matthew se habían clavado en él, y cuando el director del Instituto de Madrid le sugirió a Thomas que se tomará dos semanas libres para ver un poco más del mundo, Thomas recordó las promesas de Matthew sobre que todo el mundo cambiaría ante sus ojos después de que viera la Ciudad de las Luces.

L' Hotel se sentía como estar en la casa de alguien, aunque alguien un poco desaliñado. Fue en el sexto distrito, en el que sintió que todo tenía un ambiente amistoso, aunque ligeramente lamentable. Estaba lleno de mundanos que asistían al Sorbonne³¹ cerca, y para Thomas resultó fácil sentirse parte de la multitud mientras caminaba por las calles del vecindario durante el atardecer, pensando en dónde cenar. Se negó a presentarse en el Instituto de París, solo vio un puñado de subterráneos, y se dispuso a disfrutar.

³⁰ Hotel Left Bank Saint Germain, París, Francia

³¹ Sorbonne es una universidad histórica de París



Desafortunadamente, Thomas creció acostumbrado a tener fácil alcance a sus amigos más cercanos, e incluso el Instituto de Madrid era un lugar animado donde la compañía estaba al alcance de la mano. La soledad rápidamente comenzó a invadirlo. Aquí no conocía a nadie y esencialmente no hablaba nada el idioma. Pasaron días enteros donde su única conversación era con un camarero, un empleado del museo, o el recepcionista de L'Hotel.

Se sintió solo, y en su soledad se aburrió. Obedientemente acudió al Louvre y tuvo pensamientos sobre lo que vio, pero nadie con quien compartirlos. Los anotó en un cuaderno y se preguntó si alguna vez lo miraría de nuevo. Contó los días para su regreso a España, preguntándose cómo decirle a Matthew que la ciudad en sí no fue compañía suficiente para satisfacerlo.

Y luego, inexplicablemente, vio a alguien que conocía.

No un amigo. Alastair Carstairs definitivamente no era un amigo. Pero más que un conocido, por supuesto. Habían estado juntos en la Academia. Donde Carstairs había sido, por no decirlo finamente, horrible. Él había sido uno de los “chicos malos”, de los que se gastaban bromas peligrosas y crueles. De los cuales identificaban la cualidad que destacaba de cualquier otro chico, y se aseguraban de aplastarla con la fuerza de su desprecio y sus burlas. En el caso de Thomas, había sido su estatura. Era bajo para su edad, tenía hombros estrechos y se veía más joven de lo que era.

Por supuesto, eso había sido hace años. Thomas ahora se alzaba por encima de la mayoría de personas. De hecho, sólo vio a Alastair por el hecho de que podía ver por encima de las cabezas de la multitud entre ellos.

Matthew había dirigido a Thomas a la Librería Galignani, en la Rue de Rivoli, como un lugar de visita obligatoria (¡Es la librería de idioma inglés más antigua de todo el continente!) Thomas se demoró en los libros de poesía, tomándose todo el tiempo necesario para decidir qué comprar. Y entonces Alastair apareció.

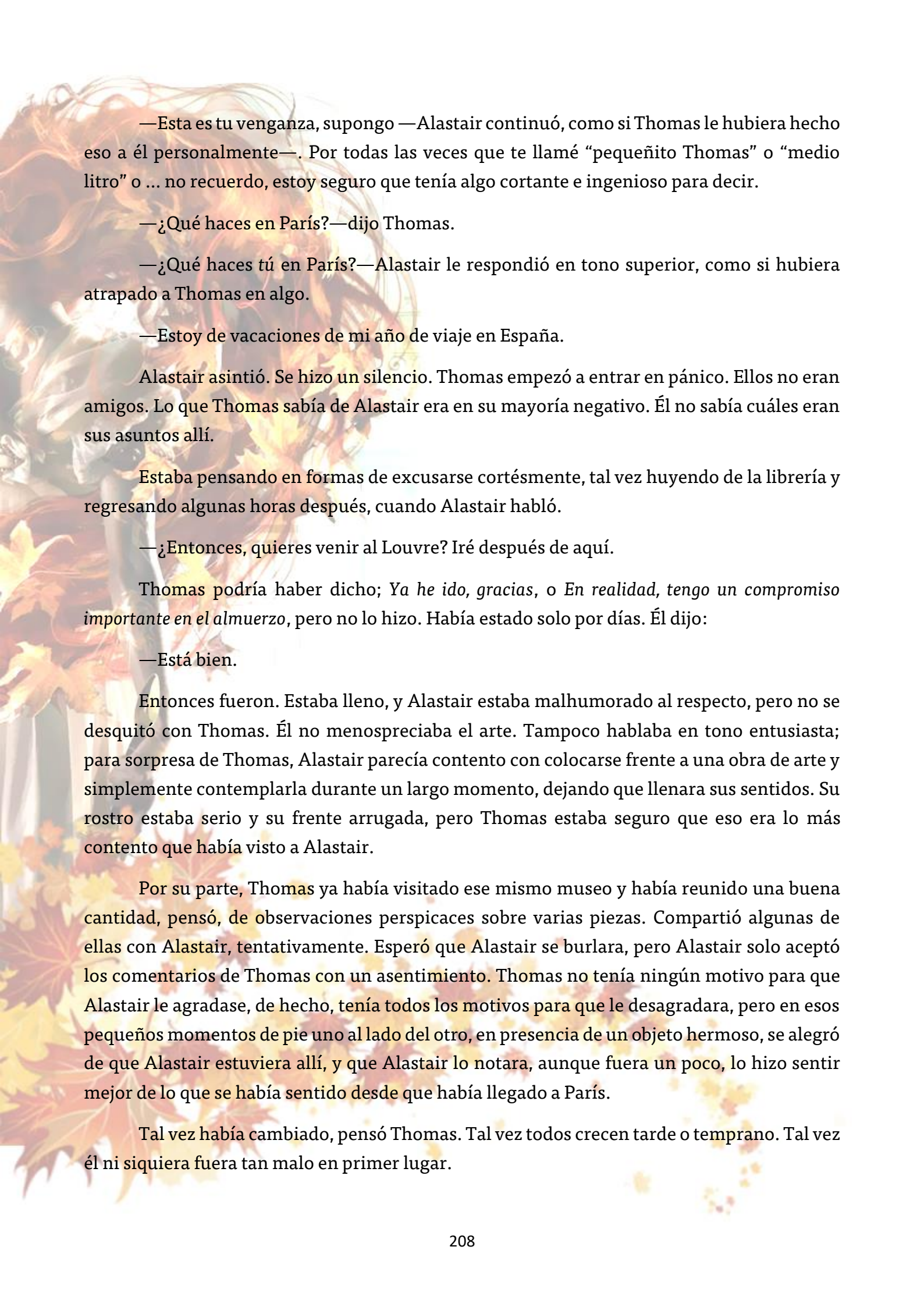
Thomas aún no había decidido si reconocer a Alastair, pero no tuvo mucha opción. Alastair lo estaba mirando fijamente. Mientras Thomas lo observaba, la cara de Alastair pasó por una serie de expresiones: leve reconocimiento, confusión, shock, exasperación y sufrida paciencia.

Thomas le dio un pequeño saludo.

Alastair se abrió paso entre la gente.

—Por el Ángel, Lightwood —dijo—. Te has vuelto gigante.

Thomas levantó las cejas. Algunas personas cerca también lo hicieron.



—Esta es tu venganza, supongo —Alastair continuó, como si Thomas le hubiera hecho eso a él personalmente—. Por todas las veces que te llamé “pequeñito Thomas” o “medio litro” o ... no recuerdo, estoy seguro que tenía algo cortante e ingenioso para decir.

—¿Qué haces en París?—dijo Thomas.

—¿Qué haces tú en París?—Alastair le respondió en tono superior, como si hubiera atrapado a Thomas en algo.

—Estoy de vacaciones de mi año de viaje en España.

Alastair asintió. Se hizo un silencio. Thomas empezó a entrar en pánico. Ellos no eran amigos. Lo que Thomas sabía de Alastair era en su mayoría negativo. Él no sabía cuáles eran sus asuntos allí.

Estaba pensando en formas de excusarse cortésmente, tal vez huyendo de la librería y regresando algunas horas después, cuando Alastair habló.

—¿Entonces, quieres venir al Louvre? Iré después de aquí.

Thomas podría haber dicho; *Ya he ido, gracias*, o *En realidad, tengo un compromiso importante en el almuerzo*, pero no lo hizo. Había estado solo por días. Él dijo:

—Está bien.

Entonces fueron. Estaba lleno, y Alastair estaba malhumorado al respecto, pero no se desquitó con Thomas. Él no menospreciaba el arte. Tampoco hablaba en tono entusiasta; para sorpresa de Thomas, Alastair parecía contento con colocarse frente a una obra de arte y simplemente contemplarla durante un largo momento, dejando que llenara sus sentidos. Su rostro estaba serio y su frente arrugada, pero Thomas estaba seguro que eso era lo más contento que había visto a Alastair.

Por su parte, Thomas ya había visitado ese mismo museo y había reunido una buena cantidad, pensó, de observaciones perspicaces sobre varias piezas. Compartió algunas de ellas con Alastair, tentativamente. Esperó que Alastair se burlara, pero Alastair solo aceptó los comentarios de Thomas con un asentimiento. Thomas no tenía ningún motivo para que Alastair le agradase, de hecho, tenía todos los motivos para que le desagradara, pero en esos pequeños momentos de pie uno al lado del otro, en presencia de un objeto hermoso, se alegró de que Alastair estuviera allí, y que Alastair lo notara, aunque fuera un poco, lo hizo sentir mejor de lo que se había sentido desde que había llegado a París.

Tal vez había cambiado, pensó Thomas. Tal vez todos crecen tarde o temprano. Tal vez él ni siquiera fuera tan malo en primer lugar.

Pensó en su tiempo en la Academia y decidió que no, Alastair definitivamente había sido terrible desde el principio. Pero parecía más tranquilo ahora, más pensativo.

Después de salir del museo, Thomas y Alastair fueron a caminar a lo largo del Sena. Alastair quería saber todo sobre Madrid, y Thomas incluso fue capaz de escuchar algunas historias de Alastair durante su tiempo en Damasco, Marruecos, y el propio París. Al crecer en Idris y Londres, Thomas sintió que Alastair debía ser muy mundano³². Y, sin embargo, se preguntó si tanta reubicación haría que una persona se sintiera solitaria.

La Torre Eiffel se levantaba frente a ellos, y Alastair lo señaló. —¿Ya estuviste allá arriba?

—Así es —respondió Thomas—. La vista es impresionante.

—¿Qué opinas de la vista desde aquí? —Preguntó Alastair

Thomas tenía la clara sensación de que le estaba tendiendo una trampa, pero no estaba seguro de por qué, o cómo evitar caer en ella.

—Creo que es una estructura fascinante —dijo—. No hay nada igual.

Alastair se rió sin alegría.

—En efecto, no lo hay. De hecho, muchos Parisinos están horrorizados de ella. La encuentran fea, hasta espantosa, y la llaman ‘La locura de Eiffel’.

Thomas miró la torre de nuevo. El sol se estaba hundiendo, bañando el metal con un brillo rosa-anaranjado. Por un momento le hizo pensar en las altísimas torres de *adamas* que protegían Alicante, la capital de los Cazadores de Sombras, la forma en que atrapaban la luz del sol poniente y la sostenían un poco más de lo esperado.

—No es fea —dijo—. Solo es inusual.

Alastair parecía satisfecho.

—Muy bien. Gustave Eiffel es un genio, y estoy seguro que algún día será apreciado. A veces tienes que dar un paso atrás y dejar que las personas hagan lo que hacen bien, incluso si parece una locura en el momento.

Cenaron juntos en un bistró cercano, el cual Thomas pensó que era bastante decente, pero Alastair describió como “indiferente”. Hablaron hasta bien entrada la noche; cerraron el restaurante mientras todos los demás se iban y ellos seguían hablando: sobre libros, viajes,

³² La palabra original es “worldly”, y su traducción es mundano. Pero no va en el sentido en el que se les llama mundanos a los humanos que desconocen el mundo de las sombras.

música, historia. Thomas le dijo a Alastair que tenía planeado hacerse un tatuaje de una rosa de los vientos en la parte interior del brazo. No se lo había dicho a nadie más, y Alastair parecía curioso.

—¿En qué parte del brazo? —preguntó, y cuando Thomas le mostró, Alastair pasó los dedos sobre el lugar, inconscientemente, con la punta de los dedos trazando un camino desde la sensible piel de la parte interna de la muñeca hasta la curva de su codo.

Thomas se quedó aturdido y temblando, aunque tenía calor por todas partes. Alastair no pareció notarlo, solo retiró su mano y le pidió al mesero la cuenta, la cual pagó. Alastair se negó a decirle a Thomas donde se estaba quedando, pero le dijo a Thomas que se encontrara con él en una dirección determinada la tarde siguiente, para una sorpresa.

Quince minutos después de la hora acordada, Thomas decidió que Alastair no llegaría, y probablemente estaba en algún lugar riéndose de ello, pero de hecho Alastair apareció, e incluso se disculpó por la tardanza. Dirigió a Thomas a las puertas del Théâtre Robert-Houdin.

—Sé que se supone que debemos evitar cosas mundanas —dijo Alastair—. Pero debes ver esto. Es una película. ¡Una imagen en movimiento! Esta es la última. Se llama *Le Voyage dans la Lune*.

Incluso Thomas pudo traducir eso, y durante diecisiete minutos se maravillaron de lo que los mundanos habían hecho; hacer que las imágenes se movieran, como un teatro, pero en imágenes proyectadas en una pantalla. Había un narrador, quien, supuso Thomas, contó la historia, pero no pudo seguirla en absoluto. Lo disfrutó de todos modos, viendo a esos mundanos en sus disfraces extraños trepar una gran caja de metal como un proyectil de artillería, ir a la luna y ser ahuyentados por extrañas criaturas que ya estaban viviendo ahí.

—¿Crees que sea real? —le dijo a Alastair mientras salían, parpadeando a la luz repentina del día.

—¿Qué? No, no seas estúpido —dijo Alastair, empujando un mechón de cabello oscuro detrás de sus orejas. La gente se escandalizaba por el cabello rubio, como el de Matthew, como si fuera especial, pero privadamente Thomas pensó que los ojos y el cabello oscuro eran mucho más llamativos. —Es como una obra, o un truco de magia. Eso es lo que hacen los mundanos; no pueden hacer magia, así que hacen trucos que parecen magia, pero en realidad no lo es.

Alastair se despidió de él al final del camino; le dijo que se iba de París al día siguiente, pero siguió negándose a decirle a Thomas por qué estaba ahí, a dónde iba o por qué se iba al

día siguiente. Thomas supuso que, después de todo, no eran amigos, aunque él había disfrutado el tiempo que pasaron juntos. No estaba completamente seguro lo que en realidad era un amigo, si no era alguien con quien disfrutabas pasar el tiempo.

Todo el viaje había parecido desconectado y de ensueño. Alastair había aparecido de la nada y regresado a la nada, y Thomas no tenía ni idea cuando se volverían a ver, o como actuarían cuando eso pasara. ¿Eran amigos ahora? ¿Habían sido amigos esos últimos días?

—Yo regreso a España en un par de días—dijo Thomas.

Alastair se rio un poco.

—Es extraño que hayas venido aquí desde Madrid. Es como tomarse unas vacaciones de unas vacaciones.

—Supongo —dijo Thomas. Luego frunció el ceño—. No, no es extraño. Un año de viaje no son vacaciones. Es una asignación. ¿Siempre tienes que atacar todo?

Alastair parecía sorprendido.

—Lo siento —dijo después de un largo momento—. No quise decir nada con eso.

Parecía preocupado en ese momento, humano y vulnerable de una forma que hizo que Thomas quisiera—bueno, no estaba seguro de lo que quería hacer, pero le tendió la mano a Alastair, quien la miró por un momento, y luego lentamente se la tomó.

Su mano era cálida y callosa contra la de Thomas, y Thomas recordó la sensación de los dedos de Alastair en la parte interior de su brazo y trató de no cambiar de expresión. Se sacudieron las manos.

Alastair no le había preguntado a Thomas sobre sus amigos o su familia. Thomas tampoco le había preguntado a Alastair. Estos días habían sido como si nadie más existiera en el mundo entero.

—Bueno —dijo Thomas—. Adiós, Carstairs.

—Adiós, Lightwood. Trata de no ponerte más alto. Estás empezando a ser desconcertante en otra forma.³³

Thomas observó a Alastair alejarse y esperó a que se diera la vuelta una última vez, pero Alastair no miró hacia atrás mientras doblaba la esquina y desaparecía.

³³ Nota de correctora: A MÍ NO ME ENGAÑAN, PENSAMIENTOS IMPUROS ESTABAN PASANDO POR LA MENTE DE ALASTAIR EN ESE MOMENTO.

The background of the page features a soft, painterly illustration of autumn leaves in shades of orange, yellow, and red. In the upper left corner, a human skull is partially visible, its features subtly integrated into the foliage. The overall atmosphere is one of quiet mystery and seasonal transition.

10

LA LEALTAD ATA

Traducido por: Helkha Herondale, Roni Turner, Mechanical Angel
Corregido por: Jeivi37, BLACKTHORN, Cortana, Roni Turner

*“Cerca, lado a lado, desde la mañana hasta la noche,
Besando y disfrutando su deleite,
Mientras tú volando de consuelo humano
Con amor no correspondido, el arte muere.”*

—Nizami Ganjavi, Layla y Majnun

El propietario no permitía que Lucie subiera a la habitación privada de los Ladrones Felices en la Taberna del Diablo, por lo que se vio obligada a enviar un mensaje a través de Polly, la mujer lobo camarera. Se sentó enfurecida en una incómoda silla de madera mientras una mezcla de Subterráneos y magos la miraban curiosamente: una niña pequeña de gorro y con runas Nephilim sosteniendo un hacha. En la esquina, una Kelpie que parecía estar marinando en un tanque de ginebra le dio una mirada brillante.

—¿Drenaje de pálido? —preguntó un vampiro con melena salvaje, ofreciéndole una botella de ginebra por la mitad.

—Ella no bebe —. Era Thomas, ceñudo. El vampiro retrocedió. Christopher apareció sobre el hombro de Thomas, parpadeando.

—Sabía que estarían aquí—dijo Lucie triunfante.

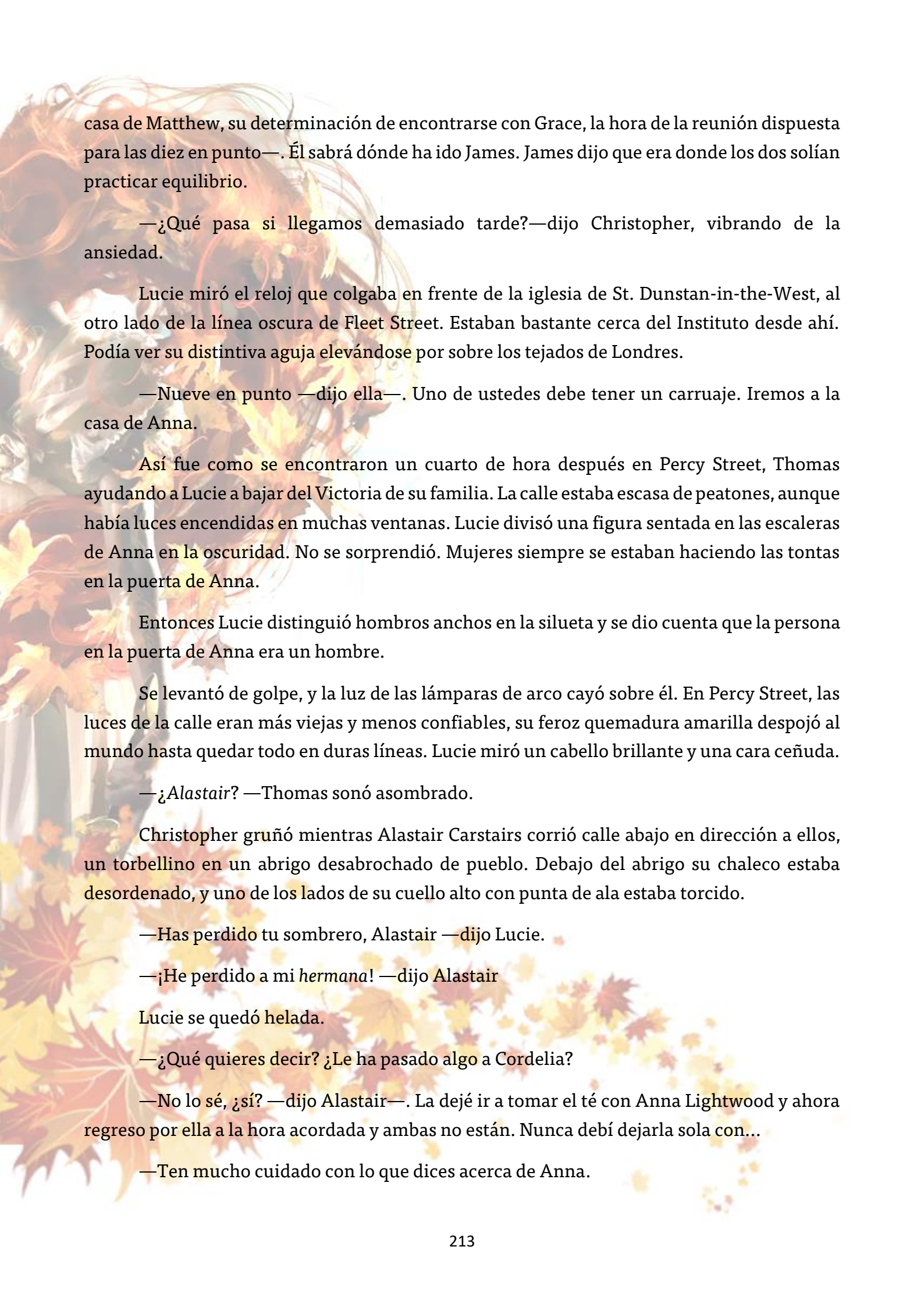
—Estuviste muy cerca de no encontrarnos —dijo Christopher—. Decidimos usar el laboratorio de arriba en lugar del que está en Grosvenor Square ya que Matthew y James no estarían aquí para molestarse o explotar

Thomas lo calló.

—Christopher, suficiente. Lucie, ¿qué está pasando? ¿pasó algo?

Después de arrastrarlos a ambos afuera, Lucie hizo todo lo posible por explicarles bien la situación sin mencionar a Jesse. Culpó a Jessamine en su lugar, y a una red de chismes entre fantasmas que se inventó en el acto. Afortunadamente, ni Christopher ni Thomas eran suspicaces.

—Necesitamos a Matthew, y el maldito se ha ido a casa de Anna —dijo Thomas, después de contarle a Lucie lo poco que sabían —la carta que había llegado para James en la



casa de Matthew, su determinación de encontrarse con Grace, la hora de la reunión dispuesta para las diez en punto—. Él sabrá dónde ha ido James. James dijo que era donde los dos solían practicar equilibrio.

—¿Qué pasa si llegamos demasiado tarde?—dijo Christopher, vibrando de la ansiedad.

Lucie miró el reloj que colgaba en frente de la iglesia de St. Dunstan-in-the-West, al otro lado de la línea oscura de Fleet Street. Estaban bastante cerca del Instituto desde ahí. Podía ver su distintiva aguja elevándose por sobre los tejados de Londres.

—Nueve en punto —dijo ella—. Uno de ustedes debe tener un carruaje. Iremos a la casa de Anna.

Así fue como se encontraron un cuarto de hora después en Percy Street, Thomas ayudando a Lucie a bajar del Victoria de su familia. La calle estaba escasa de peatones, aunque había luces encendidas en muchas ventanas. Lucie divisó una figura sentada en las escaleras de Anna en la oscuridad. No se sorprendió. Mujeres siempre se estaban haciendo las tontas en la puerta de Anna.

Entonces Lucie distinguió hombros anchos en la silueta y se dio cuenta que la persona en la puerta de Anna era un hombre.

Se levantó de golpe, y la luz de las lámparas de arco cayó sobre él. En Percy Street, las luces de la calle eran más viejas y menos confiables, su feroz quemadura amarilla despojó al mundo hasta quedar todo en duras líneas. Lucie miró un cabello brillante y una cara ceñuda.

—¿Alastair? —Thomas sonó asombrado.

Christopher gruñó mientras Alastair Carstairs corrió calle abajo en dirección a ellos, un torbellino en un abrigo desabrochado de pueblo. Debajo del abrigo su chaleco estaba desordenado, y uno de los lados de su cuello alto con punta de ala estaba torcido.

—Has perdido tu sombrero, Alastair —dijo Lucie.

—¡He perdido a mi *hermana*! —dijo Alastair

Lucie se quedó helada.

—¿Qué quieres decir? ¿Le ha pasado algo a Cordelia?

—No lo sé, ¿sí? —dijo Alastair—. La dejé ir a tomar el té con Anna Lightwood y ahora regreso por ella a la hora acordada y ambas no están. Nunca debí dejarla sola con...

—Ten mucho cuidado con lo que dices acerca de Anna.

Dijo Christopher.³⁴ Lucie pensó que debería haberlo encontrado divertido: Christopher, quien nunca se enojaba, hablándole en ese tono gélido a Alastair. Pero de alguna forma, no fue divertido en absoluto.

Alastair avanzó peligrosamente hacia Christopher, pero Thomas atrapó su brazo mientras avanzaba. Lucie observó con gran satisfacción como Alastair se había paralizado por completo, sin que Thomas tuviera que ejercer algún esfuerzo en particular. Los músculos de Alastair se tensaron debajo de la manga del abrigo mientras se forzaba en contra del agarre de Thomas. Alastair era lo suficientemente alto y parecía igual de fuerte, pero no pudo hacer ningún avance.

—Mantente estable, Alastair —dijo Thomas. —Sé que estás preocupado por tu hermana. Nosotros estamos preocupados por James. Mejor discutamos una forma de solucionar las cosas en vez de pelear en público.

Alastair inclinó la barbilla para mirar a los ojos a Thomas, la línea de su mandíbula era dura. —Suéltame —gruñó. —Y deja de dirigirte a mí siempre por mi primer nombre. Ya no eres el desaliñado escolar que se arrastraba detrás de mí.

Thomas, con las mejillas encendidas en rojo, echó la mano atrás como si se hubiera quemado.

—¡Paren! —Lucie espetó. Thomas solo había intentado ser amable—. Es muy probable que Matthew esté con Anna y Cordelia. Él puede ser chaperón...

La expresión de Alastair se volvió plana.

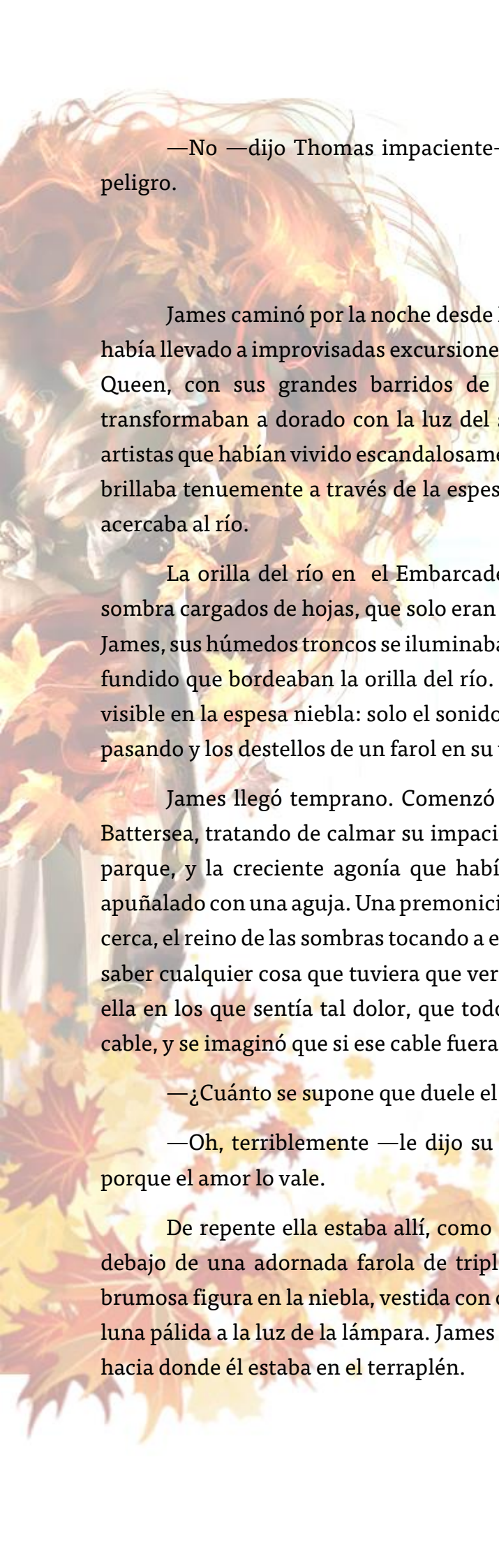
—¿Crees que me tendría que sentir aliviado de escuchar que ella está con *Matthew*? ¿Crees que no conozco a un borracho cuando veo uno? Créeme, lo hago. Si pone a Cordelia en alguna clase de peligro...

Hubo un repentino, aunque bienvenido traqueteo de ruedas en el camino adoquinado. Todos los presentes se giraron para ver el carruaje del Cónsul rodando hacia la casa de Anna. La puerta del carruaje se abrió y arrojó a Cordelia y Matthew, quien estaba sosteniendo una pieza enrollada de terciopelo.

Los dos se congelaron al ver a los visitantes.

—¿Qué hacen aquí? —dijo Matthew—. ¿Le ha pasado algo a Bárbara o a los demás?

³⁴ Nota de correctora: Ay, me encanta ver a Kit defendiendo a su hermana : '3



—No —dijo Thomas impaciente—. Nada de eso. Pero si es urgente. James está en peligro.

* * *

James caminó por la noche desde King's Road hacia el Támesis. Matthew a menudo lo había llevado a improvisadas excursiones por Chelsea, más allá de los edificios estilo Anne en Queen, con sus grandes barridos de escalones de piedra y paneles terracota que se transformaban a dorado con la luz del sol, señalando las residencias de famosos poetas y artistas que habían vivido escandalosamente. Ahora el encendido de las ventanas de las casas brillaba tenuemente a través de la espesa niebla, que se puso más densa mientras James se acercaba al río.

La orilla del río en el Embarcadero Chelsea era un paseo por debajo de árboles de sombra cargados de hojas, que solo eran visibles como nubes oscuras encima de la cabeza de James, sus húmedos troncos se iluminaban por las esferas fantasmales de las farolas de hierro fundido que bordeaban la orilla del río. El Támesis, más allá de la pared del río, era apenas visible en la espesa niebla: solo el sonido del motor de gasolina del bote de la policía que iba pasando y los destellos de un farol en su vigilia traicionaban la presencia del río.

James llegó temprano. Comenzó a caminar lentamente hacia el arco del puente de Battersea, tratando de calmar su impaciencia y preocupación. *Grace*. Recordó su beso en el parque, y la creciente agonía que había surgido dentro de él. Como si estuviera siendo apuñalado con una aguja. Una premonición de demonios, quizá, un peligro desconocido muy cerca, el reino de las sombras tocando a este. Era difícil saberlo, pero de igual forma era difícil saber cualquier cosa que tuviera que ver con Grace. Había momentos en los que pensaba en ella en los que sentía tal dolor, que todos sus huesos parecían estar ensartados en un solo cable, y se imaginó que si ese cable fuera jalado hasta tensarse, lo mataría.

—¿Cuánto se supone que duele el amor? —le había preguntado a su padre una vez.

—Oh, terriblemente —le dijo su padre con una sonrisa—. Pero sufrimos por amor porque el amor lo vale.

De repente ella estaba allí, como si hubiera aparecido de un momento a otro, de pie debajo de una adornada farola de triple cabeza cerca del final del puente: una pequeña, brumosa figura en la niebla, vestida con colores claros como siempre, su rostro era como una luna pálida a la luz de la lámpara. James se echó a correr, y ella bajó los escalones del puente hacia donde él estaba en el terraplén.

Cuando se encontraron, ella lo abrazó. Las manos de ella estaban frías contra la nuca de él, y él se sintió mareado y asaltado por recuerdos: las paredes derrumbadas de la finca Blackthorn, las sombras en el bosque donde se habían sentado y hablado juntos, su mano sujetando el brazalete de plata alrededor de su muñeca...

James se alejó lo suficiente para mirarla a la cara.

—¿Qué pasó? —dijo—. Tu carta decía que estabas en peligro.

Ella dejó caer una mano para rodear su muñeca, y sus dedos se deslizaron sobre la banda de metal como para asegurarse si seguía ahí. Sus dedos se presionaron donde estaba su pulso.

—Mamá está loca de rabia. No sé lo que hará. Le dijo a Charles...

—Sé lo que le dijo a Charles —le dijo—. Por favor dime que no estuviste preocupada por mí, Grace.

—Viniste a la casa a verme —dijo ella—. ¿Sabías que Cordelia estaba ahí?

Él dudó. ¿Cómo podría decir que no había ido a la casa a verla? ¿Que hubo un momento —un terrible momento— en el que Cordelia mencionó que Grace estaba en la casa, y él se había dado cuenta que no había pensado en ella? ¿Cómo era posible sentir tal agonía cuando el nombre de alguien se mencionaba, pero olvidarlo bajo presión? Recordó que Jem una vez le dijo que el estrés podía hacer cosas terribles en la mente propia. Seguramente eso es lo que había pasado.

—No lo sabía hasta que llegué y la vi a ella y a Lucie —dijo él—. Supongo que querían asegurarse de que estabas bien. Cuando llegué, escuché ruidos en el invernadero y... —se interrumpió encogiéndose de hombros. Odiaba mentirle a Grace—. Vi el demonio.

—Estabas siendo valiente, lo sé, pero Mamá no lo ve así. Ella piensa que llegaste solo para humillarla y recordarle al mundo las fechorías de su padre.

James tenía muchas ganas de patear una farola.

—Déjame hablar con ella. Podríamos sentarnos, todos, mi padre, tú y tu madre...

—¡James! —Grace pareció furiosa por un momento—. Lo que mi madre me haría si alguna vez le sugiero algo así... —sacudió su cabeza—. No. Ella observa todo lo que hago. Apenas fui capaz de salir esta noche. Había pensado que venir a Londres podría ablandarla contigo, pero se ha vuelto más dura que nunca. Ella dice que la última vez que los Herondale estuvieron en la Casa Chiswick, su padre y esposo murieron. Dice que no te dejará destruirnos.

Tatiana está demasiado enojada, pensó James impotente. Él no se había dado cuenta que todo se había ido mucho más allá del rencor.

—Grace, ¿qué estás diciendo?

—Dice que me traerá de vuelta a Idris. Que se equivocó al permitirme asistir a fiestas y eventos a los que tú y tu hermana irían, y los Lightwood, dice que seré corrompida y arruinada. Me encarcelará, James, por los siguientes dos años. No te veré, ni podré escribirte...

—Ese es el peligro al que te referías —dijo lentamente. Entendió. Tal soledad parecería un peligro para Grace. Parecería la muerte.

—Entonces ven con nosotros al Instituto —dijo—. El Instituto es *donde* se provee asilo a los Nefilim en apuros. Mis padres son gente amable. Te protegeríamos de ella...

Grace sacudió su cabeza lo suficientemente fuerte como para quitarse el pequeño y floreado sombrero.

—Mi madre sencillamente pediría que la Clave me devolviera, y lo harían al aún no tener dieciocho años.

—Eso no lo sabes. Mis padres tienen influencia en la Clave...

—Si de verdad me amas —dijo ella, sus ojos grises ardiendo—, entonces te casarás conmigo. Ahora. Debemos fugarnos. Si fuéramos mundanos, podríamos correr a Gretna Green³⁵ y casarnos, y nada podría separarnos. Yo te pertenecería a ti y no a ella.

James estaba aturdido.

—Pero no somos mundanos. Su ceremonia de matrimonio no se consideraría válida para la Clave. Cásate conmigo en una ceremonia de Cazadores de Sombras, Grace. No necesitas su permiso...

—No podemos hacer eso —protestó Grace—. No podemos permanecer en el mundo de los Cazadores de Sombras donde mi madre puede alcanzarnos. Debemos escapar de su influencia, su habilidad para castigarnos. Debemos casarnos en Gretna y si es necesario, dejaremos que nos arranquen las Marcas.

—¿Dejar que nos arranquen las Marcas? —James se enfrió por completo. Arrancarse las Marcas era el castigo más severo que un Cazador de Sombras podía padecer. Significaba el exilio y convertirse en mundano.

³⁵ pueblo de Escocia.

Intentó imaginar no volver a ver a sus padres de nuevo, o a Lucie, o a Christopher o Thomas. Romper el lazo que le ataba a Matthew, como si le cortasen su mano derecha. Convertirse en un mundano y perder todo lo que le hacía un Cazador de Sombras.

—Grace, *no*. Esa no es la respuesta.

—No es la respuesta para ti —dijo fríamente—, para ti que siempre has sido un Cazador de Sombras. Nunca he sido entrenada, nunca he tenido más que unas pocas Marcas. No sé nada de la historia, no tengo compañero guerrero ni amigos. ¡Podría también haber sido criada como una mundana!

—En otras palabras —dijo James—, tú no perderías nada, y yo lo perdería todo.

Grace se apartó de los brazos de James. El dolor ocupó su lugar, el suplicio de estar sin ella. Era físico, inexpresable e inexplicable. Era simplemente lo que era: cuando ella no estaba allí, él lo sentía como una herida.

—No me perderías a mí —dijo Grace.

—No quiero perderte —dijo, tan firmemente como pudo por el dolor—. Pero tan solo tenemos que esperar un poco y podemos estar juntos sin perder también todo lo demás.

—No lo *entiendes* —gritó Grace—. No puedes. No sabes...

—Entonces dime. ¿Qué es? ¿Qué es lo que no sé?

Su voz era ronca—. Necesito que hagas esto por mí, James —dijo—. Necesito hacerlo. Es tan importante. Más de lo que puedes saber. Solo di que lo harás. Solo dilo.

Casi parecía como si le rogase que lo dijera incluso si él no quería decirlo, ¿pero qué sentido tendría? No. Ella debía querer que él lo dijese en serio. Estar dispuesto a hacerlo: arriesgar la única vida que conocía, arriesgar no volver a ver a quienes amaba. Cerró sus ojos y vio, contra el envés de sus párpados, las caras de sus padres. Su hermana. Jem. Thomas. Christopher. Matthew. Matthew, a quien dañaría de manera irreparable.

Luchó para decir las palabras, para darles forma. Cuando finalmente habló, su voz era tan ronca como si hubiera estado gritando.

—No. No puedo hacerlo.

La vio retroceder.

—Esto es porque no viniste a Idris —dijo ella, sus labios temblando—. A principios de este verano. Tú, tú me has olvidado.

—Nunca podría haberte olvidado. No después de semanas, o meses, o años, Grace.

—Cualquier hombre se casaría conmigo —prosiguió—. Cualquier hombre haría esto si se lo pidiera. Pero tú no. Tienes que ser diferente. —Su boca se torció.

—Estás hecho de una pasta diferente que el resto de hombres.

James levantó una mano en protesta.

—Grace. Yo quiero casarme contigo...

—No lo suficiente. —Dio un paso atrás, entonces sus ojos se salieron de repente, y gritó. El cuerpo de James se movió más rápido que su pensamiento. Se arrojó sobre Grace y entonces ambos cayeron sobre el duro pavimento. Grace jadeó y se presionó contra la pared del dique mientras el disparo de un demonio les pasaba a un pelo de distancia.

Y era un demonio. Una oscura y retorcida forma como la raíz de un árbol destrozado, sin ojos ni nariz, pero con dientes marrones afilados como espinas, su cuerpo recubierto con limo negro. No tenía alas, pero sí unas largas patas dobladas como las de una rana: saltó sobre ellos de nuevo, y esta vez James sacó una espada de su cinto y la blandió. Las runas destellaron sobre la hoja como fuego mientras navegaba por el aire y golpeaba, casi despedazando el torso del demonio. Salpicó icor y desapareció de vuelta a su propia dimensión.

Grace se había encogido sobre sí misma; él la subió por los escalones y la llevó al puente, para un mejor punto de observación.

—Un demonio Cerberus —dijo ella, parpadeando—. Pero estaba muerto, el del invernadero estaba muerto, por eso pensé que podía irme... —Contuvo el aliento—. Oh, Dios. Hay más de ellos viniendo.

Ella extendió sus manos como si pudiese apartarlos. Ciertamente estaban viniendo: formas oscuras estaban apareciendo a través de la niebla desde la mitad del puente, reptando y saltando como monstruos-rana infernales, deslizándose y resbalando a través de la carretera mojada. Cuando uno saltó hacia ellos, extrajo una larga, negra y pegajosa lengua, atrapó una paloma desafortunada, y depositó al pájaro en su boca acolmillada.

James disparó lanzando cuchillos: una, dos, tres veces. Cada vez, un demonio caía. Presionó un cuchillo contra la mano de Grace, sus ojos suplicándola... Ella retrocedió contra la barandilla del puente, la cuchilla empuñada por su mano temblorosa. Un demonio la alcanzó y ella lo apuñaló; hizo un espeluznante alarido cuando el icor rojo y negro salió de su hombro. Saltó lejos de ella, siseando, y embistió de nuevo. Ella se agachó. James arrojó un cuchillo y destruyó la criatura, pero sabía que estaba casi sin cuchillas. Cuando se terminaran, solo le quedaría un arma: una espada serafín.

No sería suficiente para protegerse a sí mismo y a Grace. Tampoco podían correr. Los demonios los atraparían fácilmente.

Dos criaturas se lanzaron a por ellos. James arrojó su última espada, despachando un demonio Cerberus en una lluvia de icor. El otro cayó a su lado, hendido en dos por una refinada hacha arrojadiza.

James se congeló. Él conocía esa hacha.

Girando, vio a Lucie corriendo a toda velocidad hacia él desde la carretera. Y no estaba sola.

Cordelia estaba allí, Cortana resplandeciendo en su mano. Matthew estaba junto a ella, armado con *chakrams* indios: cuchillos arrojadizos circulares con filo de acero afilado. Luego vino Christopher con dos crepitantes espadas serafín y Thomas empuñando sus *bolas*. Un rápido movimiento de las cuerdas, un giro del poderoso brazo de Thomas, y un demonio saltó del puente y cayó al río.

Alastair Carstairs también estaba con ellos. Mientras James miraba fijamente, él saltó sobre la barandilla de hierro del puente, balanceándose como James y Matthew una vez hicieron entrenando. Una lanza de hoja larga estaba en su mano. Con dos barridos cortó a una de las criaturas por la mitad. Explotó en la nada, salpicando a Alastair con icor, lo que le pareció a James matar dos pájaros de un tiro³⁶. Alastair saltó de la barandilla con un sonido asqueado, y cargó contra la refriega.

Cuando los Cazadores de Sombras se esparcieron a su alrededor, un grito surgió de los demonios: un sonido denso y obstruido. Si un cadáver pudriéndose en la mugre tuviera un sonido, pensó James, así se hubiera oído. Saltó hacia atrás, cambió de dirección y dio una patada giratoria a un demonio que se aproximaba. Hubo una mancha dorada, y el demonio desapareció; James alzó la vista para ver a Cordelia de pie sobre él, con Cortana en su mano. Su espada estaba manchada de sangre de demonio.

No había tiempo para agradecerle. Otro demonio embistió; James agarró su espada serafín.

— ¡Zarachiel! —gritó, y la espada se convirtió en una vara de fuego.

Sus amigos estaban en medio de la batalla, salvo Grace, quien se había alejado, aferrando la daga. James evitó tener un pensamiento amargo hacia Tatiana, quien nunca había estado dispuesta a permitir que Grace se entrenara para luchar, antes de girar para esquivar a un

³⁶ Matar a dos pájaros de un tiro*: literalmente, a positive development on two fronts; un acontecimiento positivo en dos frentes.

cercano demonio. Antes de que pudiera, una crepitante espada serafín cortó de lado la carne de la criatura. Saltó hacia atrás, siseando como una olla hirviendo, dejando a James con un claro campo de visión hacia Christopher. Se levantó sosteniendo la espada serafín, que chisporroteó como una patata frita.

—Christopher —dijo James—, ¿qué es esa cosa?

—¡Una espada serafín! ¡He intentado mejorarla con electricidad!

—¿Funciona?

—Para nada —confesó Christopher, justo cuando un demonio sobrevoló chillando en su cara. Él lo apuñaló, pero su espada serafín saltó con una errática línea de fuego. Lucie y Thomas estaban ahí antes de que el demonio pudiese tocar a Christopher, el hacha de Lucie y las bolas de Thomas casi encontrándose en el torso de la criatura. Desapareció, pero otro tomó su lugar inmediatamente, elevándose sobre ellos como una nube amenazante.

Abandonando la espada serafín, Christopher agarró una daga del interior de su chaleco y apuñaló con ella a la criatura. Se tambaleó, justo en el momento en el que una larga lanza planeaba a través de la niebla y se estrellaba contra ella. Se dobló como una carta y desapareció, dejando atrás una mancha de icor.

James echó una ojeada violentamente y vio a Alastair Carstairs, sosteniendo una lanza a juego en su mano izquierda y mirando pensativamente el lugar donde el demonio acababa de desaparecer.

—¿Llevas lanzas? —requirió James.

—¡Nunca salgo de casa sin mis lanzas! —gritó Alastair, causando que todos le mirasen, incluso Grace.

James tenía preguntas, pero no la oportunidad de aclararlas. Escuchó a su hermana gritar, y corrió hacia ellas solo para encontrar a Lucie y Cordelia luchando espalda contra espalda, una daga en la mano de Lucie y Cortana en la de Cordelia. Cortana hizo un amplio barrido dorado, y a cada criatura que logró escabullirse más allá de la guardia de Cordelia, Lucie la apuñaló. Matthew se puso de pie sobre la barandilla, lanzando un *chakram* tras otro para cubrir a las chicas.

Un demonio se acercó repentinamente detrás de Thomas, cuyas bolas estaban envueltas alrededor de otro demonio: posiblemente en torno a su garganta, aunque con estas criaturas era difícil saberlo.

—¡Lightwood! —gritó Alastair—. ¡Detrás de ti!

James sabía que era Alastair, porque nadie más sería tan tonto para gritar eso en medio de una batalla. Por supuesto, Christopher se giró y por supuesto, Thomas, a quien el grito estaba dirigido, no lo hizo. James se zambulló por Thomas, rodando por el suelo para alcanzarlo más rápido, justo cuando el demonio embistió. Sus dientes y garras arañaron el brazo de Thomas, haciéndole sangrar. No había espacio para que Thomas use sus bolas. Gritó y golpeó al demonio: se tambaleó y James, poniéndose de pie, lo apuñaló por la espalda.

Pero no había tiempo para descansar: habían llegado más demonios. Matthew saltó de la barandilla y corrió hacia ellos. Se arrojó sobre el suelo y en los últimos metros se deslizó sobre el pavimento mojado, un gran sacrificio para Matthew, que amaba su ropa, lanzando un *chakram* hacia la masa de demonios. Uno cayó, pero parecía haber una docena más. Alastair estaba proyectando lanzas con una precisión mortal, Cordelia estaba tendida con su Cortana como una diosa guerrera. Todos peleaban bien, y todavía...

El demonio más grande se alzó frente a James. Sin un segundo para dudar, hundió su espada serafín en la criatura. Icor negro salpicó su mano, rociando el suelo a sus pies. El demonio gorgoteó y pareció desplomarse, sus patas de rana cedieron bajo él. James levantó su espada para despacharlo, justo cuando lo miró con sus letales ojos negros.

Se vio reflejado en esos ojos como si fueran espejos. Vio su propio cabello negro, su rostro pálido, el dorado de sus pupilas. Vio la misma expresión que había visto en la cara de los Deumas en el callejón cerca de la calle Fleet.

Reconocimiento.

—Chico Herondale —dijo el demonio, con una voz como el último siseo del fuego muriendo en la chimenea—. *Te conozco. Sé todo sobre ti. Sangre de demonio corre por tus venas. ¿Por qué matarías a aquellos que veneran al padre de tu madre? ¿Por qué destruir a los tuyos?*

James se congeló. Pudo ver a varios de los demás girarse para mirarle: Matthew parecía furioso, los demás horrorizados. Lucie tenía su mano sobre la boca. Alastair, quien más cerca estaba de él, le miraba fijamente con grandes ojos oscuros.

James exhaló un tembloroso aliento—. No soy de tu especie —dijo.

—No sabes lo que eres.

Suficiente, pensó James. *Esto es suficiente.*

—Si veneras a mi abuelo —dijo salvajemente—, entonces vete, en su nombre. No de vuelta a la mansión Chiswick, de vuelta a la dimensión de la que viniste.

El demonio dudó, y mientras lo hacía, todos los demás demonios se quedaron quietos. Cada silueta de la orilla del río se volvió hacia James.

—*Nos iremos, entonces, como tú dices, para demostrar que honramos tu sangre* —dijo el demonio—. *Pero hay una condición. Si tú o tus amigos dicen una palabra de lo que sucedió aquí, esta noche, a cualquier miembro de la Clave, regresaremos. Y sus familias pagarán con sangre y muerte por su traición.*

—¡No te atrevas...! —comenzó James.

El demonio sonrió—. *En nombre del príncipe más astuto del Infierno* —dijo, en voz tan baja que solo James pudo oírlo.

Luego desapareció, todos desaparecieron. Tan rápido como el mundo había estallado en movimiento y ruido, se calmó de nuevo. James podía escuchar el río, la cercana y fuerte respiración de Alastair, los latidos de su propio corazón.

Dejó caer su aún ardiente espada al suelo. Vio a Lucie y Cordelia bajar sus armas. Thomas y Matthew se tambalearon; había un corte a lo largo de la cara de Matthew, y la camisa de Thomas estaba rasgada, su brazo sangrando gravemente.

Todos estaban mirando a James. Se sentía entumecido.

Ya sabía que su abuelo era un Gran Demonio. Pero Príncipe del Infierno era otro nivel. Eran ángeles caídos. Tan poderosos como Raziel, pero malvados y podridos hasta la médula.

El príncipe más astuto del Infierno. No pudo evitar mirar a Lucie, pero estaba claro que no había escuchado las últimas palabras del demonio: estaba sonriendo y diciéndole algo a Cordelia.

Los demonios mentían. ¿Por qué debería Lucie tener que atormentarse por una posible falsedad? Su mente se adelantó: tenía que hablar con el tío Jem de nuevo, tan pronto como fuera posible. Jem era el que había estado buscando a su abuelo. Jem sabría qué hacer.

Fue Christopher quien rompió el silencio—. ¿Qué acaba de pasar?

—Los demonios han desaparecido —dijo Matthew, tocando suavemente la sangre de su cara.

—El líder parecía sentir que era un viejo amigo del abuelo de James.

—Oh, ¿el abuelo demoníaco? —dijo Christopher.

—Sí, obviamente el demoníaco, Christopher —dijo James.

—El otro está en Gales —dijo Thomas, como si eso explicase las cosas. Dirigió esta afirmación hacia la dirección de Alastair y Cordelia.

—No hay necesidad de explicar sobre Herondale —dijo Alastair, con una desagradable sonrisa—. Me imagino que esto le sucede con bastante frecuencia.

Cordelia le pisó en el pie.

Grace había emergido de entre las sombras. Caminó hacia el resto del grupo, con las manos cruzadas frente a ella, su rostro blanco y rígido.

—Lo siento, no sé cómo pelear...

—No pasa nada —dijo James—, no pasa nada, te entrenaremos adecuadamente...

—¡James! ¡Grace! —Era Lucie. Hizo un gesto hacia la carretera; un segundo después James escuchó un tintineo, y vio emerger de la niebla una anticuada y pequeña carreta, arrastrada por dos escuálidos caballos marrones. Sentada en la carreta estaba Tatiana Blackthorn.

Se detuvo en seco y saltó del carruaje. Como siempre, mostraba una estrafalaria apariencia: llevaba un traje con grandes faldas y encaje recargado, un vestido de otra época hecho para una chica mucho más joven y regordeta. Sobre su cabeza había un sombrero lleno de fruta falsa y aves disecadas. Tembló de rabia mientras fulminaba al grupo con su furiosa mirada, que se posó sobre su hija.

—Grace —espetó ella—. Métete en la carreta. Ahora.

Grace se giró hacia James; su cara estaba blanca. En voz baja, dijo—: No necesitas hacer lo que ella dice. Vuelve al Instituto conmigo. Te lo ruego.

La cara de Grace seguía manchada de lágrimas, pero su expresión se había cerrado como la caja fuerte de un banco—. James. No puedo. Llévame al carruaje, por favor.

James dudó.

—Por favor —dijo ella—. Lo digo en serio.

De mala gana, James extendió su brazo para que Grace lo tomara. Vio los labios de Tatiana tensarse en una fina línea. James esperó a que gritara, pero se quedó silencio: claramente no había esperado tantos Cazadores de Sombras allí. Y tantos de las familias que odiaba: Herondale, Lightwood, Carstairs... desearía irse lo antes posible, sospechaba James.

Ella lanzó una mirada a James mientras caminaba hacia el carruaje, apoyando a Grace en su brazo. Él la ayudó a entrar, y ella se recostó contra el asiento, sus ojos cerrándose cansados.

James deseaba poder decirle algo sobre la discusión que habían tenido previamente. Él y Grace nunca habían discutido antes. Quería rogarle que no volviera a la mansión Chiswick, pero sospechaba que solo empeoraría las cosas para ella si lo hiciera.

—Te escribiré mañana —comenzó.

—No —dijo Grace con los labios blancos—. No. Necesito algo de tiempo, James. Yo te escribiré.

—Suficiente —siseó Tatiana, ahuyentando a James del carruaje—. Deja en paz a mi hija, Herondale. No necesito que la tientes a los problemas...

—El único problema que encontramos fueron los demonios Cerberus de tu familia —dijo James en un tono bajo y furioso—. Te sugiero que ceses con tus amenazas, a menos que quieras que le cuente a la Clave sobre ellas.

No podía decirle a nadie, por supuesto, dada la amenaza del demonio, pero Tatiana no sabía eso. No es que importara. Una risa entre dientes borboteó desde su garganta—. ¿Mis demonios? —repitió—. ¿Y dónde están ahora, Herondale?

—Muertos —dijo James brevemente—. Los matamos.

—Qué impresionante —dijo ella—. Acúsame, muchacho. Le diré a Clave que Grace crió a los demonios por ella misma. Les diré que está hundida hasta el cuello^{37*} en estudios de magia negra. La abandonaré y la arrojaré a su merced con su reputación manchada para siempre. Arruinaré su vida, si quieres jugar limpio. —Clavó un dedo contra su pecho—. Te importa, Herondale. Esa es tu debilidad.

James retrocedió asqueado mientras Tatiana se subía en la carreta. Un momento después traqueteaba por el camino, los ponis resoplando y las riendas tintineando.



Hubo un largo e incómodo silencio mientras el grupo de Cazadores de Sombras miraban al carruaje de los Blackthorn desaparecer en la niebla.

—Bien —dijo Alastair al fin—. Creo ya es hora de que Cordelia y yo nos vayamos.

—No puedo irme todavía —dijo Cordelia. Tendió su brazo y vio agrandarse los ojos de su hermano. Un largo y sangriento corte recorría su codo hasta la muñeca. Apenas lo había

³⁷ Hundida hasta el cuello*: literalmente, she's deep in [...] up to her pretty little ears; hundida hasta sus lindas orejitas.

sentido durante la contienda, pero le estaba empezando a picar—. Necesito una runa curativa. Si regreso así a casa, Madre se desmayará.

—Varios de nosotros estamos heridos —dijo Christopher—. A no ser que queramos explicar qué ocurrió aquí, lo que parece una mala idea, probablemente deberíamos aplicarnos *iratzes*. —Se giró hacia Thomas—. Haré los tuyos.

—Por favor, no —dijo Thomas. Christopher no siempre había tenido la mejor de las suertes con las runas.

—Oh, maldita sea, lo haré yo —dijo Alastair, y se abalanzó fuertemente hacia el lado de Thomas. Thomas, que parecía conmocionado, observaba mientras Alastair tomaba una estela y empezaba a dibujar sobre la piel desnuda de su brazo donde su camisa se había rasgado.

Junto a Cordelia, Lucie agarró su estela con una floritura—. ¡Nuestra primera runa curativa! —Proclamó, posando la punta de la estela sobre la muñeca de Cordelia—. Un momento histórico para un par de futuras famosas *parabatai*.

—Odio parecer desagradecido con la ayuda —dijo James—. ¿Pero qué diablos les trajo a todos aquí? ¿Cómo supieron qué estaba pasando?

—Escuché sobre los Cerberus por Jess... Jessamine —dijo Lucie, dando los últimos toques de la runa de Cordelia. Ambas se apoyaban contra un muro bajo que recorría el dique—. Fantasmas, chismean. —Le repitió a James la historia que le había contado al resto de ellos en el camino a Chelsea, acabando con—: Así que, parece que el demonio que mataste en el invernadero tuvo tiempo para multiplicarse, y los nuevos demonios vinieron buscando a Grace cuando abandonó Chiswick.

—Ciertamente había muchos de ellos —dijo Cordelia—. Mucho peor que el único que había en el invernadero.

—Tal vez todos tienen una retribución secreta por parte de Grace —dijo Lucie.

Alastair resopló—. Esa mujer Blackthorn debe estar loca, dejando que demonios Cerberus corran libremente por sus arbustos —dijo alejando su estela. Thomas tocó su brazo con una especie de mirada de asombro; su herida ya estaba empezando a cerrarse. Alastair podía ser descortés, pero era hábil con la estela.

James y Matthew se habían sentado en el suelo para que James pudiera sujetar con la mano adecuadamente la cara de Matthew. Dibujó un *iratze* suavemente sobre su mejilla mientras Matthew se retorció y se quejaba—. Es difícil discernir cuánto sabía —dijo James—

Estoy seguro de que estaba al tanto del demonio inicial del invernadero, pero probablemente no su vengativa progenie.

—Sabía suficiente para venir aquí —señaló Christopher—. Aunque puede que solo hubiese estado siguiendo a Grace.

James parecía reflexivo; Cordelia no pudo evitar preguntarse qué le había dicho Tatiana en la carreta. Él había parecido anonadado, como si le hubiese golpeado en la cara.

—Desaparecieron porque les dijiste que lo hicieran, ¿no? —dijo Cordelia.

—Eso parece. —James estaba examinando la mejilla de Matthew, aparentemente estudiando su trabajo con la runa. Satisfecho, se reclinó. Matthew tomó un frasco de su bolsillo con aire aliviado, desenroscó la tapa, y dio un largo trago—. Regresaron a cual sea la dimensión de la que provengan los demonios Cerberus. En el nombre de mi abuelo.

Sonaba resentido.

—Qué bien que estés emparentado con un demonio tan importante —dijo Alastair secamente

—Si realmente le afectase que James estuviese emparentado con un 'importante' demonio, me hubiese dicho algo a mí también —dijo Lucie—. Soy su hermana. No aprecio ser ignorada.

James sonrió, lo que, Cordelia sospechaba, fue el propósito de Lucie. Tenía un perfecto y letal hoyuelo que se mostraba cuando sonreía. Tales cosas deberían ser ilegales.

—Son leales a la familia Blackthorn, a su horrible manera —dijo Lucie pensativa—. Por ello no querían que dijéramos nada sobre lo que ocurrió esta noche.

—Ah —dijo Alastair—. Porque la Clave no se mostraría muy amable con los Blackthorn criando una manada de demonios Cerberus y permitiéndoles perseguir a Herondale, a pesar de que sea muy irritante.

—Se lo dije, Benedict Lightwood es quien los cría —dijo Lucie airadamente.

—Por desagradable que fuese todo eso —dijo Matthew—, hay algo reconfortante en la lucha contra el tipo de demonio corriente al amparo de la oscuridad, en lugar de los venenosos que aparecen durante el día.

—¡Oh! —dijo Cordelia—. Eso me recuerda. Deberíamos contarles lo que dijo Hypatia, Matthew. Que podríamos decirle a Ragnor Fell sobre los demonios del parque.

Todos comenzaron a balbucear preguntas. Matthew levantó una mano—. Sí, hablamos con Hypatia Vex en el Callejón del Infierno. Dijo que le enviaría un mensaje a Ragnor. No es algo seguro.

—Tal vez, pero Anna tenía razón —dijo Cordelia—. De todas formas, debemos hablar con más Subterráneos. Se habló mucho de Magnus Bane...

—Ah, Magnus Bane —dijo Matthew—. Mi héroe personal.

—En efecto, una vez lo describiste como 'Oscar Wilde si hubiese tenido poderes mágicos' —dijo James.

—Magnus Bane hizo una fiesta en España a la que asistí —dijo Thomas—. Fue un poco difícil, ya que no conocía ni un alma. Me emborraché bastante.

Matthew bajó el frasco con una sonrisa—. ¿Fue ahí cuando te hiciste tu tatuaje?

Lucie aplaudió—. Los chicos bromean sobre el tatuaje que Thomas se hizo en España, pero Thomas nunca me dejará verlo. ¿No es lo más infame que has escuchado jamás, Cordelia? Soy escritora. Creo que debería tener la experiencia de estudiar un tatuaje de cerca.

—No creo que debas —dijo Thomas, con convicción.

—¿El problema es que está en un lugar innombrable? —preguntó Lucie.

—No, Lucie —dijo Thomas, con un aire atormentado.

—Me gustaría verlo —dijo Alastair, con una voz sorprendentemente tranquila.

Thomas dudó, luego se desabrochó la manga de la camisa de su brazo no herido, y la enrolló hasta el codo. Todos se inclinaron hacia adelante. Contra la pálida piel del interior del musculoso brazo de Thomas estaba la tracería gris y negra de una brújula. Norte, sur, este y oeste estaban delineados por espadas como puntas de dagas, y en el corazón de la brújula, se desplegaban pétalos oscuros, había una rosa.

Cordelia había pensado que un tatuaje se parecería más bien a sus Marcas, pero en su lugar le recordaba a algo más. Era tinta, de la manera en la que libros y poemas estaban hechos de tinta, contando una historia permanente.

Lucy aplaudió. Alastair hizo un ruido extraño. Estaba apartando la mirada, como si la vista de Thomas le molestase.

—Pienso que es encantador, Thomas —dijo Cordelia—. El norte señala tu brazo, a lo largo de la vena que llega a tu corazón.

—Entonces, ¿eso significa que eres amigo cercano de Magnus Bane, Thomas? —dijo Lucie—. ¿Puedes contactarlo y pedirle ayuda?

—Nunca apareció en la fiesta —dijo Thomas, desenrollando su manga—. Pero contactar con Ragnor Fell es una buena idea.

—Mientras se guarde todo esto para sí mismo —dijo Christopher, empujando sus gafas por el puente de su nariz—. No podemos decirle a ningún Cazador de Sombras lo que pasó aquí esta noche. Todos escuchamos lo que ese demonio dijo.

Hubo un murmullo de acuerdo, quebrado por Alastair—. Cordelia y yo debemos partir —dijo—. En cuanto a sus pequeños secretos, no pueden confiar en los demonios. No importa lo que afirmen.

Cordelia conocía ese tono en su voz—. Alastair, debes prometer encubrir todo lo que sucedió aquí esta noche.

—¿Por qué debería prometerlo? —requirió Alastair.

—Porque aunque los demonios sean mentirosos, el riesgo es demasiado grande —dijo Cordelia, un poco desesperada—. El demonio dijo que hostigaría a nuestras familias si alguno de nosotros habla de lo que pasó aquí esta noche. Piensa en Madre y Padre.

Alastair parecía amotinado.

—Si no lo prometes —añadió Cordelia—, no iré a casa contigo. Me quedaré fuera toda la noche y seré totalmente maltratada. Tendré que casarme con Thomas o Christopher.

—Vaya —dijo Christopher, pareciendo sorprendido. Thomas sonrió.

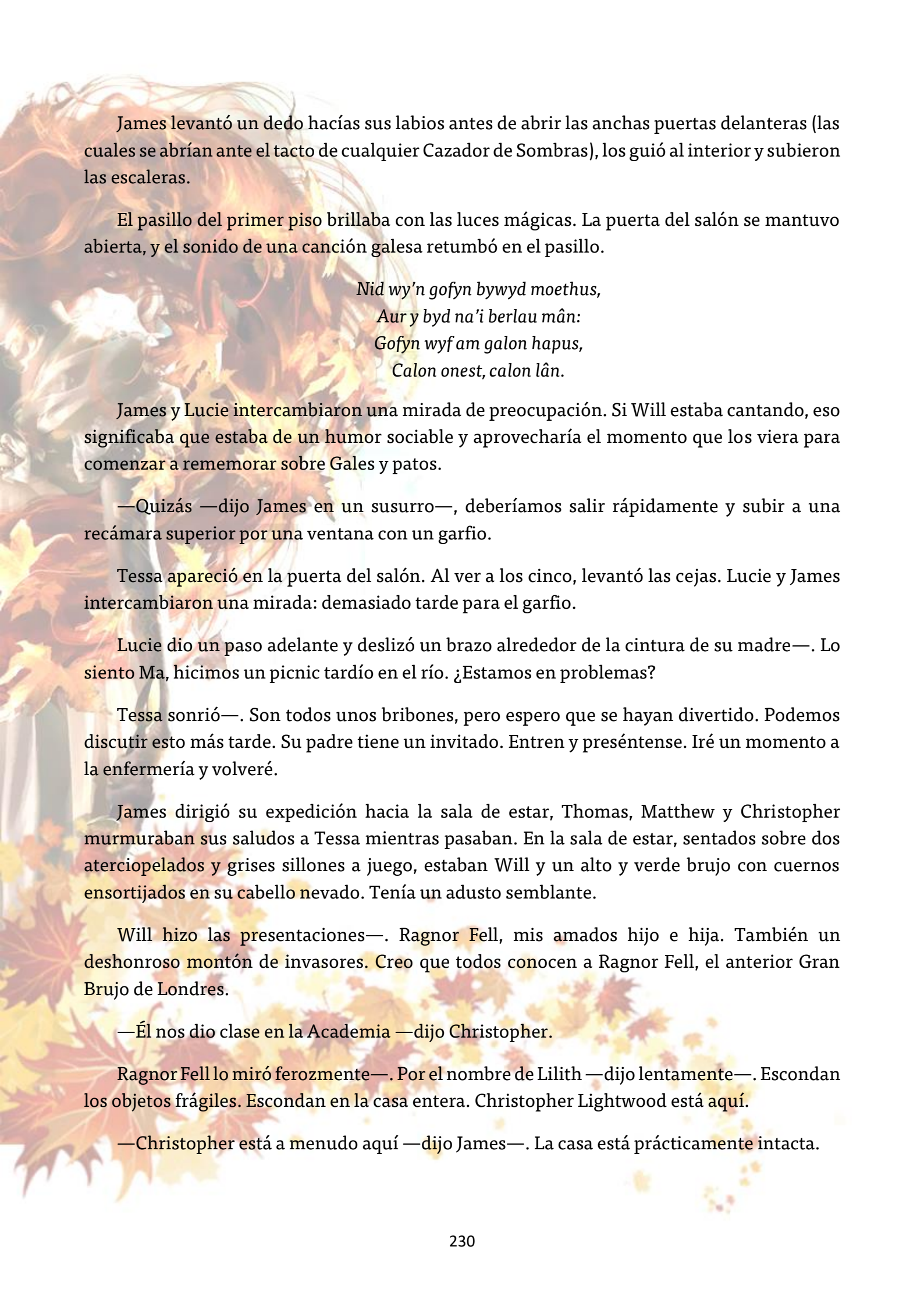
—Si te preocupa algo tu familia, debes prometerlo —dijo Cordelia—. Por favor, Alastair.

Hubo un murmullo; Lucie parecía preocupada. James estaba mirando a Cordelia con una expresión que no podía descifrar.

Alastair entrecerró los ojos—. Muy bien, lo prometo —murmuró—. Ahora retírate de una vez. Tenemos mucho que discutir cuando volvamos a casa.

* * *

Era cerca de medianoche cuando los cinco —Lucie, James, Matthew, Thomas y Christopher— finalmente regresaron al Instituto. Lucie contempló la luz de ventanas con curiosidad, mientras esta se derramaba en el patio. Era inusual que a esa hora todas las lámparas estuvieran encendidas.



James levantó un dedo hacía sus labios antes de abrir las anchas puertas delanteras (las cuales se abrían ante el tacto de cualquier Cazador de Sombras), los guió al interior y subieron las escaleras.

El pasillo del primer piso brillaba con las luces mágicas. La puerta del salón se mantuvo abierta, y el sonido de una canción galesa retumbó en el pasillo.

*Nid wy'n gofyn bywyd moethus,
Aur y byd na'i berlau mân:
Gofyn wyf am galon hapus,
Calon onest, calon lân.*

James y Lucie intercambiaron una mirada de preocupación. Si Will estaba cantando, eso significaba que estaba de un humor sociable y aprovecharía el momento que los viera para comenzar a rememorar sobre Gales y patos.

—Quizás —dijo James en un susurro—, deberíamos salir rápidamente y subir a una recámara superior por una ventana con un garfio.

Tessa apareció en la puerta del salón. Al ver a los cinco, levantó las cejas. Lucie y James intercambiaron una mirada: demasiado tarde para el garfio.

Lucie dio un paso adelante y deslizó un brazo alrededor de la cintura de su madre—. Lo siento Ma, hicimos un picnic tardío en el río. ¿Estamos en problemas?

Tessa sonrió—. Son todos unos bribones, pero espero que se hayan divertido. Podemos discutir esto más tarde. Su padre tiene un invitado. Entren y preséntense. Iré un momento a la enfermería y volveré.

James dirigió su expedición hacia la sala de estar, Thomas, Matthew y Christopher murmuraban sus saludos a Tessa mientras pasaban. En la sala de estar, sentados sobre dos aterciopelados y grises sillones a juego, estaban Will y un alto y verde brujo con cuernos ensortijados en su cabello nevado. Tenía un adusto semblante.

Will hizo las presentaciones—. Ragnor Fell, mis amados hijo e hija. También un deshonesto montón de invasores. Creo que todos conocen a Ragnor Fell, el anterior Gran Brujo de Londres.

—Él nos dio clase en la Academia —dijo Christopher.

Ragnor Fell lo miró ferozmente—. Por el nombre de Lilith —dijo lentamente—. Escondan los objetos frágiles. Escondan en la casa entera. Christopher Lightwood está aquí.

—Christopher está a menudo aquí —dijo James—. La casa está prácticamente intacta.

Will sonrió—. El Sr. Fell vino aquí a una visita social —dijo—. ¿No es genial?

Will había intentado dejar claro que las puertas del Instituto estaban abiertas a los Subterráneos, pero pocos habían aceptado esa hospitalidad. Will y Henry hablaban frecuentemente de Magnus Bane, pero durante toda la vida de Lucie, Bane había estado en América.

—El Sr. Fell expresó un entusiasta interés en la música galesa, así que canté algunas canciones —dijo Will—. Además, tomamos algunas copas de oporto. Hemos estado disfrutando.

—He estado aquí por horas —dijo Ragnor, en una lastimera voz—. Ha habido muchas canciones.

—Sé que las disfrutaste —dijo Will. Sus ojos estaban brillando. Lejos sobre ellos, Lucie escuchó un extraño sonido: como si algo en la casa se hubiese volcado y estrellado. Tal vez una lámpara.

—Siento como si hubiera ido y vuelto de Gales —dijo Ragnor. Sus ojos se avivaron al mirar a Matthew—. El hijo de la Cónsul —dijo—. Te recuerdo. Tu madre es una mujer amable, ¿ha superado su enfermedad?

—Hace algunos años —dijo Matthew. Intentó sonreír y fracasó; Lucie se mordió el labio. Pocos sabían que Charlotte había estado bastante enferma cuando Matthew tenía quince años, y que había perdido un embarazo. Pobre Matthew, por ser recordado así.

Matthew se acercó a la repisa de la chimenea y se sirvió un vaso de jerez con manos ligeramente temblorosas. Lucie vio los ojos de Will siguiendo a Matthew, pero antes de que pudiera hablar, la puerta de la sala se abrió y apareció Tessa, llevando una vela encendida. Su rostro estaba ensombrecida.

—Will, *bach* —dijo en voz baja—. Ven conmigo un momento; tengo que pedirte algo.

Will se puso de pie con presteza. Siempre que Tessa lo llamaba lo hacía. Lucie sabía que el amor que sus padres se tenían era extraordinario. Era el tipo de amor que trataba de capturar en las páginas de sus propios escritos, pero nunca podía encontrar las palabras correctas.

Tan pronto como la puerta se cerró tras los padres de Lucie, Ragnor Fell se giró hacia James.

—Veo que esta generación de Cazadores de Sombras no es más sensata que la anterior —dijo abruptamente—. ¿Por qué están deambulando por la ciudad de Londres a estas horas de la noche cuando necesito hablar con ustedes?

—¿Qué, e interrumpir tu visita social? —dijo James, sonriendo—. Padre dijo que han estado escuchando canciones galesas por horas.

—Sí, una lástima. —Ragnor hizo un gesto de impaciencia—. Mi amiga Hypatia me hizo saber que esta noche algunos jóvenes Cazadores de Sombras fueron a su salón preguntando por extraños demonios y aventurándonos un futuro terrible a todos. Mencionó *tu* nombre. —Señaló con el dedo a Matthew—. Dijo que te debía una especie de deuda y me pidió ayuda.

—¿Lo harás? —Thomas habló por primera vez desde que habían entrado en la sala—. Mi hermana es una de los heridos.

Ragnor lo miró atónito—. ¿Thomas Lightwood? Señor, estás enorme. ¿De qué te *han* estado alimentando los Nefilim?

—Crecí un poco —dijo Thomas, impaciente—. ¿Puedes ayudar a Barbara? Los Hermanos Silenciosos han dormido a todos los heridos, pero hasta ahora no hay cura.

Thomas sujetó el respaldo de una silla de madera, tallada para representar espadas serafín cruzadas. Su piel estaba bronceada, pero agarraba la silla tan fuerte que sus manos estaban blancas. Ragnor Fell inspeccionó la habitación, sus pálidas cejas levantadas.

—No se me ha escapado la escasez de demonios en Londres en los últimos años —dijo—. También he escuchado los rumores de que un poderoso brujo está detrás de esta ausencia.

—¿Lo crees? —dijo Lucie.

—No. Si los brujo pudiéramos mantener alejados a los demonios de nuestras ciudades, lo haríamos. Pero jugar con este tipo de magia no requeriría un poderoso brujo sino más bien uno corrupto.

—¿Qué quieres decir? —dijo James—. Sin duda mantener a los demonios alejados es algo bueno, no malo.

Ragnor negó con su peluda cabeza lentamente—. Uno pensaría así —dijo—. Y, sin embargo, lo que estamos viendo es que alguien ha despejado a los demonios menores de Londres para encaminar a aquellos aún más peligrosos —Ragnor vaciló—. Entre los brujos, mi nombre a menudo se invoca cuando se habla de magia dimensional: el tipo de magia más difícil e inestable, el tipo que involucra a mundos diferentes a los nuestros. Me he hecho estudiarlo, y nadie sabe más sobre ello que yo. Los demonios no pueden aparecer a la luz del día. Es una regla de la naturaleza. Y, sin embargo, ¿hay maneras de traer demonios a este mundo que se impermeabilizaran ante esta?

—¿Si? —Lucie aventuró.

Ragnor les fulminó con la mirada—. No esperen que les diga lo que son —dijo—. Solo que están prohibidos por el Laberinto Espiral, ya que involucran una compleja magia dimensional que representa un peligro para el tejido del mundo en sí. —Sacudió su melena blanca—. No tengo información sólida, solo rumores y conjeturas. No delataría a uno de mi propia clase a un miembro de la Clave a menos que supiera con certeza que es culpable de un crimen, ya que la Clave lo arrestaría primero e inspeccionaría la evidencia después. Pero ustedes... ustedes son unos niños. Aún no están en la Clave. Si fueran a investigar esto...

—No le diremos a Padre nada que no quieras —prometió James. —No le diremos a nadie. Lo juramos en nombre de Raziel.

—Excepto a Cordelia —dijo Lucie apresuradamente—. Ella será mi parabatai. No puedo ocultarle nada. Pero no le diremos a nadie más, y ciertamente a ningún adulto.

Hubo un murmullo mientras los demás prometían junto a ella. Jurar algo, para un Cazador de Sombras, era cosa seria; jurar en el nombre del Ángel era aún más serio.

Ragnor se volvió hacia James—. Pocos brujos podrían llevar a cabo esta magia, y menos aún estarían dispuestos a ello. De hecho, solo puedo pensar en uno tan corrupto. Emmanuel Gast. Entre los brujos se rumorea que, si el precio es lo suficientemente alto, no hay trabajo demasiado infame para él. No sé si el rumor es cierto, pero sí conozco su dirección.

Ragnor fue al escritorio en la esquina de la habitación y anotó la dirección sobre una hoja de papel. Lucie observó fijamente la pluma estilográfica repujada en oro de Waterman en las pesadas manos de Ragnor Fell, una articulación adicional en cada dedo hacía que la sombra de su mano sobre la página pareciera casi una garra.

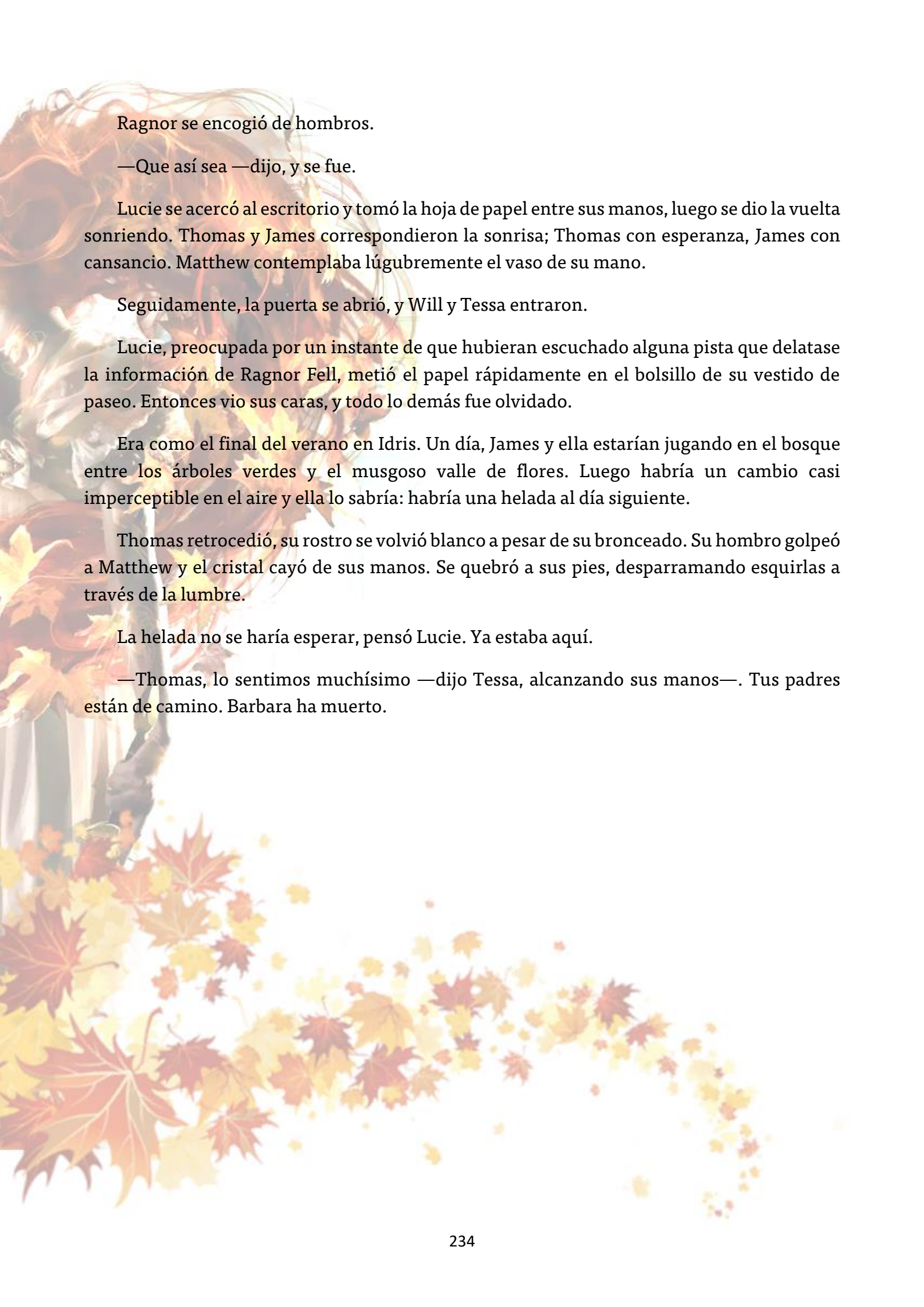
—Gracias —dijo James, cuando el brujo terminó.

—Supongo que no necesito pedirles que no le digan a Gast quien los envió —dijo enderezándose—. Si descubro que lo hicieron, los convertiré a todos en un juego de tazas de té. En cuanto a mí, voy a Capri. Mis nervios están fuera de sí. Si Londres va a ser devorado por demonios, no deseo estar presente en el evento. Buena suerte a todos ustedes.

Parecía una actitud extraña para el anterior Gran Brujo, pero Lucie mantuvo la boca cerrada mientras Fell se abría paso hacia la puerta. Pensó que podría irse sin mediar palabra, pero se demoró por un momento.

—No sé del todo como tratarlos a los Herondales —admitió—. Nunca antes un brujo había tenido un hijo. No puedo evitar preguntarme: ¿en qué se convertirán?

Miró incesantemente a James, y luego a Lucie. El fuego crepitó en la chimenea, pero ninguno habló. Lucie pensó en el demonio del puente diciéndole a James que honraría la sangre de su hermano. Su sangre.



Ragnor se encogió de hombros.

—Que así sea —dijo, y se fue.

Lucie se acercó al escritorio y tomó la hoja de papel entre sus manos, luego se dio la vuelta sonriendo. Thomas y James correspondieron la sonrisa; Thomas con esperanza, James con cansancio. Matthew contemplaba lúgubremente el vaso de su mano.

Seguidamente, la puerta se abrió, y Will y Tessa entraron.

Lucie, preocupada por un instante de que hubieran escuchado alguna pista que delatase la información de Ragnor Fell, metió el papel rápidamente en el bolsillo de su vestido de paseo. Entonces vio sus caras, y todo lo demás fue olvidado.

Era como el final del verano en Idris. Un día, James y ella estarían jugando en el bosque entre los árboles verdes y el musgoso valle de flores. Luego habría un cambio casi imperceptible en el aire y ella lo sabría: habría una helada al día siguiente.

Thomas retrocedió, su rostro se volvió blanco a pesar de su bronceado. Su hombro golpeó a Matthew y el cristal cayó de sus manos. Se quebró a sus pies, desparramando esquirlas a través de la lumbre.

La helada no se haría esperar, pensó Lucie. Ya estaba aquí.

—Thomas, lo sentimos muchísimo —dijo Tessa, alcanzando sus manos—. Tus padres están de camino. Barbara ha muerto.

11

TALISMANES Y HECHIZOS

Traducido por: Mechanical Angel ✂, LadyBridgestock, Fairchild

Corregido por: Roni Turner, BLACKTHORN, Cortana, Jeivi37

El conocimiento se enorgullece de haber aprendido tanto;

La sabiduría es humilde de no saber más.

Los libros raramente son talismanes y hechizos.

—William Cowper, *La tarea, Libro VI: Paseo Invernal a Mediodía*

—El *tahdig* está frío. —Sona se alzaba en el umbral de su mansión, cruzada de brazos mientras observaba a sus dos hijos—. Risa preparó la cena hace más de dos horas ¿Dónde han estado?

—Fuimos a la enfermería del Instituto —mintió Alastair, sus ojos bien abiertos con inocencia. Realmente era hijo de una temperamental madre persa, pensó Cordelia con cierta diversión. Se había palmeado el pelo y las faldas en el carruaje tanto como pudo, pero era muy consciente de que se veía espantosa—. Pensamos en traer flores, para mostrar nuestra preocupación como parte de la comunidad londinense.

La cara de Sona reveló un ápice de ira—. Esos pobres niños en el sanatorio —dijo. Retrocedió y los hizo pasar adentro—. Pasen, entonces. ¡Y quítense los zapatos antes de embarrar las alfombras!

La cena fue una breve velada de frío *tahdig* y *khoresh bademjan*. A su final, Sona se había convencido de que la idea de ayudar en la enfermería había sido suya—. Eres un buen chico, Alastair *joon* —dijo, besándolo sobre la coronilla mientras se levantaba de la mesa—. Y tú también, Cordelia. Aunque no deberías haber recogido las flores tú misma. Tu vestido está destrozado. ¡Tanto barro! —Sacudió la cabeza.

—Bien —dijo Cordelia—. Es un vestido horroroso.

Sona parecía dolida—. Cuando yo tenía tu edad... —empezó. Esto, sabía Cordelia, presagiaba una historia sobre como cuando Sona era una muchacha, fue perfectamente obediente a sus padres, una Cazadora de Sombras responsable, y siempre mantuvo su ropa en perfectas condiciones.

Alastair arrojó su servilleta sobre la mesa—. Nuestra Layla parece agotada —dijo—. Ayudar a los enfermos es muy agotador. La veré arriba.

Había tres pisos en aquella mansión, el piso superior daba a las habitaciones de Alastair y Cordelia y a un pequeño estudio. Las ventanas de panel diamantado dejaban ver el oscuro cielo sobre Kensington. Alastair se detuvo al subir las escaleras y se apoyó contra el papel pintado de damasco—. Nunca jamás volveremos a hablar con esas terribles personas —dijo.

Estaba retorciendo una de sus lanzas chinas entre sus dedos, su cuchilla en forma de hoja captaba la luz que se filtraba desde abajo. Alastair tenía una colección de lanzas, algunas de las cuales se doblaban y se podían guardar sus bolsillos, varias estaban aseguradas en el forro de su abrigo.

—Me gustan —dijo Cordelia con enojo—. Todos ellos.

Podía escuchar a su madre cantando para sí misma en su habitación; hace mucho tiempo, el propio Alastair cantaba y tocaba el piano a menudo. Alguna vez fueron una familia musical. Alguna vez las cosas habían sido muy diferentes. Esa noche Cordelia recordó cuando su hermano y ella eran niños, y co-conspiradores como los hermanos aislados a menudo eran. A tiempos anteriores a que Alastair fuese a la escuela, y se volvieran muy difíciles de alcanzar.

—¿En serio? —preguntó Alastair—. ¿Cuál te parece tan agradable? Si es Herondale, nunca te querrá más que a la Srta. Blackthorn, y si es Fairchild, nunca te querrá más que a la botella.

Los labios de Cordelia se apretaron—. Te gusten o no, son personas influyentes, y preferiría pensar que estás manteniendo el bienestar de nuestro padre como lo más importante en tu mente.

Alastair resopló—. ¿Tu plan es salvar a Padre *gustando* a la gente?

—Claramente, nunca pensaste que gustar a la gente fuera importante, Alastair, pero yo no soy así.

Alastair parecía sorprendido, pero se recuperó rápidamente. —Deberías pensar menos en gustar a la gente y más en hacer que te *deban*.

—Alastair...

Pero alguien estaba golpeando la puerta abajo. El sonido repicó en el silencio. Quienquiera que estuviese afuera golpeó tres veces en una rápida secuencia, luego se detuvo.

La expresión de Alastair cambió—. Ya hemos hablado de esto lo suficiente. Buenas noches, Cordelia.

Nunca más Layla. Cordelia. Su expresión era severa cuando se giró y bajó apresuradamente.

Cordelia extendió la mano y agarró su chaqueta—. ¿Quién podría estar visitándonos tan tarde? ¿Crees que son malas noticias?

Alastair se marchó, pareciendo asombrado de que Cordelia todavía estuviera presente, y su chaqueta se deslizó entre sus dedos.

—Sé quien es. Me encargaré de la situación. Vete a la cama de una vez, Cordelia —ordenó Alastair, sin mirarla a los ojos—. Si Madre te pilla fuera de la cama, que Dios te pille confesada.³⁸

Bajó corriendo las escaleras.

Cordelia se inclinó sobre la barandilla. Dos pisos más abajo, podía ver los azulejos encáusticos de la sala, su superficie recién pintada retraba un amarillo brote estelar refulgiendo a través de un laberinto de espadas. Vio a su hermano abrir la puerta, y vio la sombra proyectada sobre las espadas y las estrellas cuando el visitante entró. El hombre se quitó el sombrero. Con cierta sorpresa, Cordelia reconoció a Charles Fairchild.

Alastair miró a su alrededor preocupado, pero parecía claro que ambas, tanto su madre como Risa, se habían ido a dormir. Tomó el sombrero y la chaqueta de Charles, y se dirigieron juntos hacia el salón.

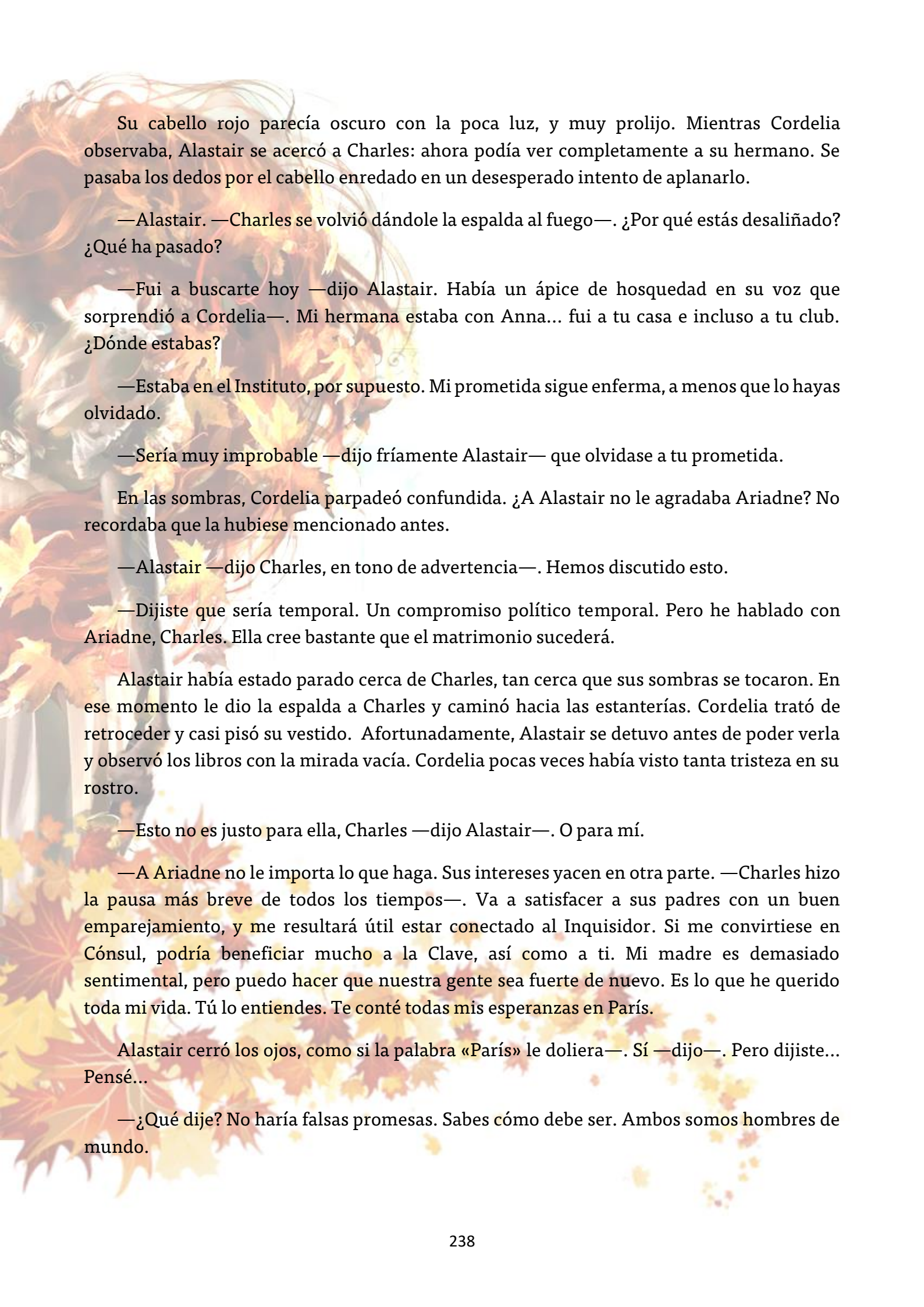
El corazón de Cordelia latía con fuerza. Charles Fairchild. Charles, quien le había dicho a James que no se arriesgara a acercarse a Grace. Charles, en quien Matthew claramente no confiaba... pero en quien Alastair claramente confió.

Alastair le había prometido que no contaría los secretos de James. Él lo había *prometido*.

Pero no había querido hacer la promesa. Cordelia se mordió el labio, maldijo en voz baja, y comenzó a bajar las escaleras. Las escaleras de su nuevo hogar eran de roble, pintadas en gris con ristras amarillas en el centro y un barandilla forjada en hierro pintada también de gris. Cordelia luchaba contra su conciencia mientras corría hacia ellos con ligereza, las medias de sus pies amortiguaban el ruido.

Había una entrada trasera al salón. Cordelia se deslizó a través del comedor, donde los platos todavía estaban sobre la mesa, y descendió por el pasillo de los sirvientes. Al final de la sala estaba la puerta que daba al salón, ya entornada. Se presionó contra ella, fisgoneando a través de una grieta; solo podía ver a Charles, calentándose las manos ante el fuego crepitante de la chimenea de yeso blanco.

³⁸ Que Dios te pille confesada: literalmente, *The devil to pay and no pitch hot*. Es una expresión usada cuando se genera una gran cantidad de problemas, generalmente como resultado de que algo particular suceda (o no).



Su cabello rojo parecía oscuro con la poca luz, y muy prolijo. Mientras Cordelia observaba, Alastair se acercó a Charles: ahora podía ver completamente a su hermano. Se pasaba los dedos por el cabello enredado en un desesperado intento de aplanarlo.

—Alastair. —Charles se volvió dándole la espalda al fuego—. ¿Por qué estás desaliñado? ¿Qué ha pasado?

—Fui a buscarte hoy —dijo Alastair. Había un ápice de hosquedad en su voz que sorprendió a Cordelia—. Mi hermana estaba con Anna... fui a tu casa e incluso a tu club. ¿Dónde estabas?

—Estaba en el Instituto, por supuesto. Mi prometida sigue enferma, a menos que lo hayas olvidado.

—Sería muy improbable —dijo fríamente Alastair— que olvidase a tu prometida.

En las sombras, Cordelia parpadeó confundida. ¿A Alastair no le agradaba Ariadne? No recordaba que la hubiese mencionado antes.

—Alastair —dijo Charles, en tono de advertencia—. Hemos discutido esto.

—Dijiste que sería temporal. Un compromiso político temporal. Pero he hablado con Ariadne, Charles. Ella cree bastante que el matrimonio sucederá.

Alastair había estado parado cerca de Charles, tan cerca que sus sombras se tocaron. En ese momento le dio la espalda a Charles y caminó hacia las estanterías. Cordelia trató de retroceder y casi pisó su vestido. Afortunadamente, Alastair se detuvo antes de poder verla y observó los libros con la mirada vacía. Cordelia pocas veces había visto tanta tristeza en su rostro.

—Esto no es justo para ella, Charles —dijo Alastair—. O para mí.

—A Ariadne no le importa lo que haga. Sus intereses yacen en otra parte. —Charles hizo la pausa más breve de todos los tiempos—. Va a satisfacer a sus padres con un buen emparejamiento, y me resultará útil estar conectado al Inquisidor. Si me convirtiese en Cónsul, podría beneficiar mucho a la Clave, así como a ti. Mi madre es demasiado sentimental, pero puedo hacer que nuestra gente sea fuerte de nuevo. Es lo que he querido toda mi vida. Tú lo entiendes. Te conté todas mis esperanzas en París.

Alastair cerró los ojos, como si la palabra «París» le doliera—. Sí —dijo—. Pero dijiste... Pensé...

—¿Qué dije? No haría falsas promesas. Sabes cómo debe ser. Ambos somos hombres de mundo.

—Lo sé —dijo Alastair, abriendo los ojos. Se volvió para mirar a Charles—. Es solo que... te amo.

Cordelia inhaló bruscamente. *Oh, Alastair.*

La voz de Alastair se quebró mientras hablaba. La voz de Charles también se quebró, pero la suya no sonaba como algo rompiéndose. Sonaba como un látigo.

—Bajo ningún concepto puedes decir eso —dijo Charles—. No donde alguien pueda escucharte. Lo sabes, Alastair.

—Nadie puede escucharnos —dijo Alastair—. Y te he amado desde París. Pensé que me amabas.

Charles no dijo nada. Y por un momento, todo lo Cordelia pudo pensar fue que odiaba a Charles Fairchild por lastimar a su hermano. Entonces vio el ínfimo temblor de la mano de Charles mientras la ponía en su bolsillo, y se dio cuenta de que Charles también podía tener miedo.

Charles respiró hondo y cruzó el suelo alfombrado hasta Alastair. Cordelia podía verlos a ambos claramente. Demasiado claro, tal vez, pensó, mientras Charles sacaba las manos de sus bolsillos y las ponía sobre los hombros de su hermano. Los labios de Alastair se separaron ligeramente—. Lo hago —dijo Charles—. Sabes que sí.

Sus manos se deslizaron por el cabello de Alastair. Todavía llevaba guantes, sus dedos oscuros contra el pálido cabello de Alastair; atrajo a Alastair hacia a él, y sus labios se encontraron. Alastair hizo un sonido suave, como rindiéndose. Deslizó su brazo alrededor del cuello de Charles y lo jaló hacia el sofá.

Se echaron juntos, Charles sobre Alastair. Fue el turno de Alastair para enterrar sus manos en el cabello de Charles, para presionarse contra el cuerpo de Charles y palpando torpemente su chaleco. Charles extendió las manos contra el pecho de Alastair, y besó a Alastair con voracidad, una y otra vez...

Cordelia cerró los ojos con fuerza. Esta era la vida de su hermano, sus asuntos, su asunto muy *privado*. Santo cielo, no había esperado aquello en absoluto. Podía escuchar suaves gemidos, podía escuchar a Alastair susurrarle a Charles en persa, palabras cariñosas que nunca habría imaginado a su hermano pronunciar.

Hubo un jadeo. Se arriesgaría, decidió. Huiría y, con suerte, estarían demasiado obcecados el uno en el otro como para escucharla.

Entonces escuchó a Charles decir—. Alastair. No puedo... No puedo. —Hubo un ruido sordo, y Cordelia abrió los ojos para ver a Alastair despeinado sentado en el sofá, y a Charles de pie, alisando su chaleco. La chaqueta de Alastair estaba tirada tras el sofá—. Ahora no.

Alastair ya no tocaba música, pero todavía tenía las manos de un músico. Cordelia observó sus manos levantadas, uniéndose contorsionadas en un breve instante de dolor, y se calmó.

—¿Qué ocurre, Charles? —dijo con una ronca y áspera voz—. Si esto no es por lo que viniste, ¿entonces por qué estás aquí?

—Pensé que habías aceptado la situación con Ariadne —dijo Charles—. No te dejaría, Alastair. Todavía seríamos... lo que somos. Y pensé que accederías a casarte también.

—¿Que yo me case? —saltó Alastair—. Te lo he dicho una y otra vez, Charles, incluso si no te tuviera a ti, nunca me casaría con una pobre mujer para engañarla en cuanto a mi amor y consideración. He convencido a mi madre de que puedo ser de mejor utilidad para la familia en la política...

—Te resultará difícil tener éxito en la política sin una esposa —dijo Charles—. Y no necesitas engañar a una mujer.

—Ariadne es un caso inusual —dijo Alastair—. Si no prefiriese a las mujeres, es poco probable que estuviera dispuesta a casarse contigo.

Charles se quedó muy quieto, sus ojos fijos en la cara de Alastair—. ¿Y si no fuera Ariadne?

Alastair parecía desconcertado—. Habla con sentido, Charles. ¿Qué quieres decir?

Charles negó con la cabeza como si estuviera despejando telarañas—. Nada —dijo—. Estoy... agitado. Mucho ha sucedido esta noche, todo malo.

Cordelia se tensó. ¿Qué quería decir? No era posible que supiese sobre su encuentro con los demonios en el puente Battersea. ¿Alguien más había enfermado?

Charles habló con voz pesada—. Barbara Lightwood ha muerto.

Cordelia se sentía como si la hubieran golpeado en el estómago. Escuchó a Alastair como a la distancia, sonaba aturdido—. ¿La hermana de Thomas está muerta?

—No habría esperado que te importara —dijo Charles—. Pensé que odiabas a esos tipos.

—No —dijo Alastair, sorprendiendo a Cordelia—. ¿Pero... Ariadne está bien?

—Ella vive todavía —dijo Charles—. Pero solo Raziel sabe lo que sucederá. A cualquiera de ellos.

Alastair se sentó de nuevo—. Quizá debiéramos partir de Londres. Puede que esto no sea seguro para Cordelia, para mi madre...

Cordelia sintió una sacudida de sorpresa por su hermano pensando en ella.

Alastair puso la cabeza entre sus manos—. *Nemidoonam* —susurró.

Charles se quedó en blanco, pero Cordelia lo entendió: *No sé. No sé qué hacer.*

—Somos Cazadores de Sombras —dijo Charles, y Cordelia se preguntó, ¿no se preocupaba de si Matthew había caído enfermo? ¿De Henry?—. No escapamos, o estamos de luto. Este es el momento de luchar y ganar. El Enclave necesitará un líder, y con mi madre en Idris, ahora es mi momento de mostrarles mis mejores cualidades. —tocó ligeramente el hombro de Alastair. Alastair alzó la vista, y Cordelia cerró los ojos. Había algo demasiado personal en la forma en la que Alastair miraba a Charles, toda su defensa desapareció.

—Debo irme —dijo Charles—. Pero nunca olvides, Alastair, que lo que sea que haga, es siempre contigo en mi mente.

* * *

—Tíralo de vuelta, Alexander— Dijo Lucie en un susurro. “Eso” era una pequeña pelota roja de goma. El primo pequeño de Lucie se deslizó por el piso de mármol de la biblioteca, pero la pelota rebotó fuera de su alcance, directo al regazo de Lucie.

Alexander lucía un poco enojado.

—No fue justo—dijo él. Estaba cansado y quisquilloso dado que había estado despierto mucho más tiempo de lo usual. Lucie no estaba segura de qué hora era, pero estaba segura de que habían pasado muchas horas desde la muerte de Barbara, pero todo parecía un mal sueño, sin tiempo e impreciso.

Lucie subió su mirada y frunció el ceño —. Jessamine, no le quites la pelota al niño.

—Solo quería ser incluida— Jessamine dijo mientras se movía entre los pilares donde Lucie había llevado a Alexander para distraerle mientras sus padres y los de Lucie se acomodaban entre conversaciones. En algún punto Jessamine apareció, sintiendo el inestable ambiente del instituto. Ella se balanceó cerca de Lucie, su cabello rubio deshecho y flotante.

—Tal vez es mejor para ellos el irse de Londres— Tessa estaba diciendo, ella y Will se sentaron con la tía de Lucie, Cecily, y el tío Gabriel en una larga mesa en el centro de la

habitación —. Sería bueno para Sophie y Gideon el unirse a Henry y a Charlotte en Idris, para ellos siempre son una presencia consoladora y obviamente estar aquí en este momento les va a recordar a Barbara.

Lucie había visto a su tío Gideon y a su tía Sophie por cortos segundos cuando ellos llegaron a ver el cuerpo de Barbara y a recoger a Thomas. Ambos se veían sin vida, como muñecos en formas de su tío y tía, dando los movimientos que eran necesarios. Aun así, ellos habían intentado reconfortar a Oliver, quien se encontraba llorando a un lado del cuerpo muerto de Barbara.

Ella había golpeado y llorado al final, parecía, justo antes de que Tessa llegara y le encontrara muerta; había clavado sus uñas en las manos de Oliver y el color de la sangre manchaba los blancos puños de su camisa y se mezclaban con sus lágrimas.

Oliver, devastado, había vuelto a York con sus padres; Gideon y Sophie, parecía, se habían ido a Idris donde Eugenia había colapsado al escuchar las noticias de la muerte de su hermana y no se encontraba lo suficientemente bien para viajar por el portal. Thomas, sin embargo, no iría con ellos. Había insistido en quedarse en Londres y se quedaría con Cecily y Gabriel en su casa en Bedford Square.

—Cuidaremos lo mejor posible de Thomas— Había dicho Cecily —. Christopher estará feliz de tenerlo con nosotros, pero no puedo evitar preguntarme si Thomas se arrepentirá de no ir a Idris. Obviamente es un momento muy duro para estar alejado de su familia.

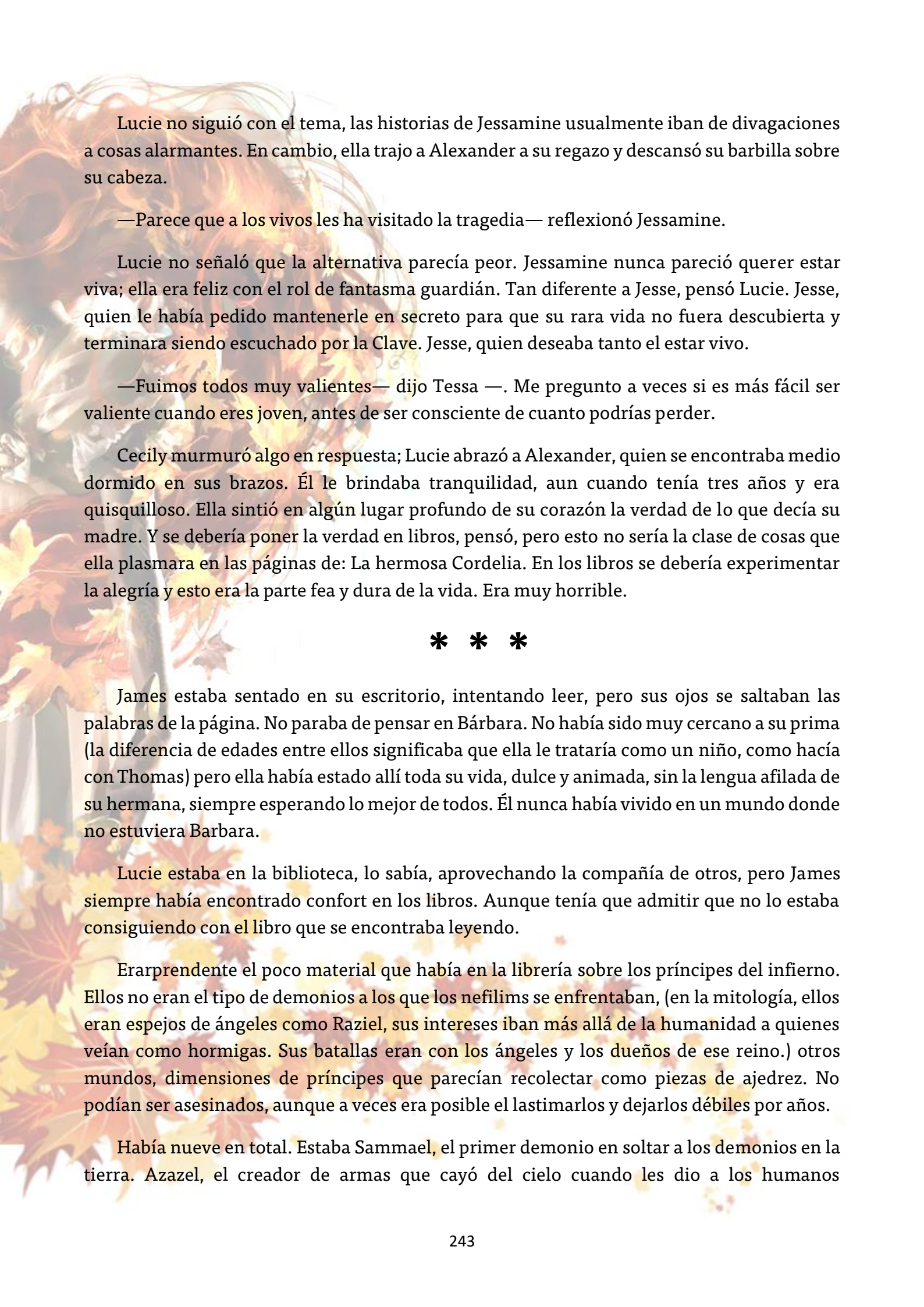
—También son su familia— dijo Will —. Christopher y Thomas son como hermanos, Cecy.

—No creo que se vaya a arrepentir— dijo Gabriel quien era un tío amable pero sus fracciones aguileñas, como las de Anna y Christopher, le hacían lucir más severo de lo que era —. Thomas es como Gideon, del tipo que deben tener algo que hacer cuando llegan las tragedias. Christopher desea su ayuda con el antídoto...

—Pero Kit es solo un niño— dijo Cecily —. No deberíamos esperar que pueda hacer algo tan monumental.

—No hay que decir que los esfuerzos de Chris y Thomas serán en vano— dijo Will —. Deberíamos recordar que hubo un tiempo en que la Clave dudaba de nosotros y de Henry, y triunfamos.

—Pobre Sophie— había dicho Jessamine inesperadamente —. Ella siempre ha sido una chica tierna. Excepto por aquella vez en la que golpeó mi cabeza con un espejo y me amarró a mi cama.



Lucie no siguió con el tema, las historias de Jessamine usualmente iban de divagaciones a cosas alarmantes. En cambio, ella trajo a Alexander a su regazo y descansó su barbilla sobre su cabeza.

—Parece que a los vivos les ha visitado la tragedia— reflexionó Jessamine.

Lucie no señaló que la alternativa parecía peor. Jessamine nunca pareció querer estar viva; ella era feliz con el rol de fantasma guardián. Tan diferente a Jesse, pensó Lucie. Jesse, quien le había pedido mantenerle en secreto para que su rara vida no fuera descubierta y terminara siendo escuchado por la Clave. Jesse, quien deseaba tanto el estar vivo.

—Fuimos todos muy valientes— dijo Tessa —. Me pregunto a veces si es más fácil ser valiente cuando eres joven, antes de ser consciente de cuanto podrías perder.

Cecily murmuró algo en respuesta; Lucie abrazó a Alexander, quien se encontraba medio dormido en sus brazos. Él le brindaba tranquilidad, aun cuando tenía tres años y era quisquilloso. Ella sintió en algún lugar profundo de su corazón la verdad de lo que decía su madre. Y se debería poner la verdad en libros, pensó, pero esto no sería la clase de cosas que ella plasmara en las páginas de: La hermosa Cordelia. En los libros se debería experimentar la alegría y esto era la parte fea y dura de la vida. Era muy horrible.

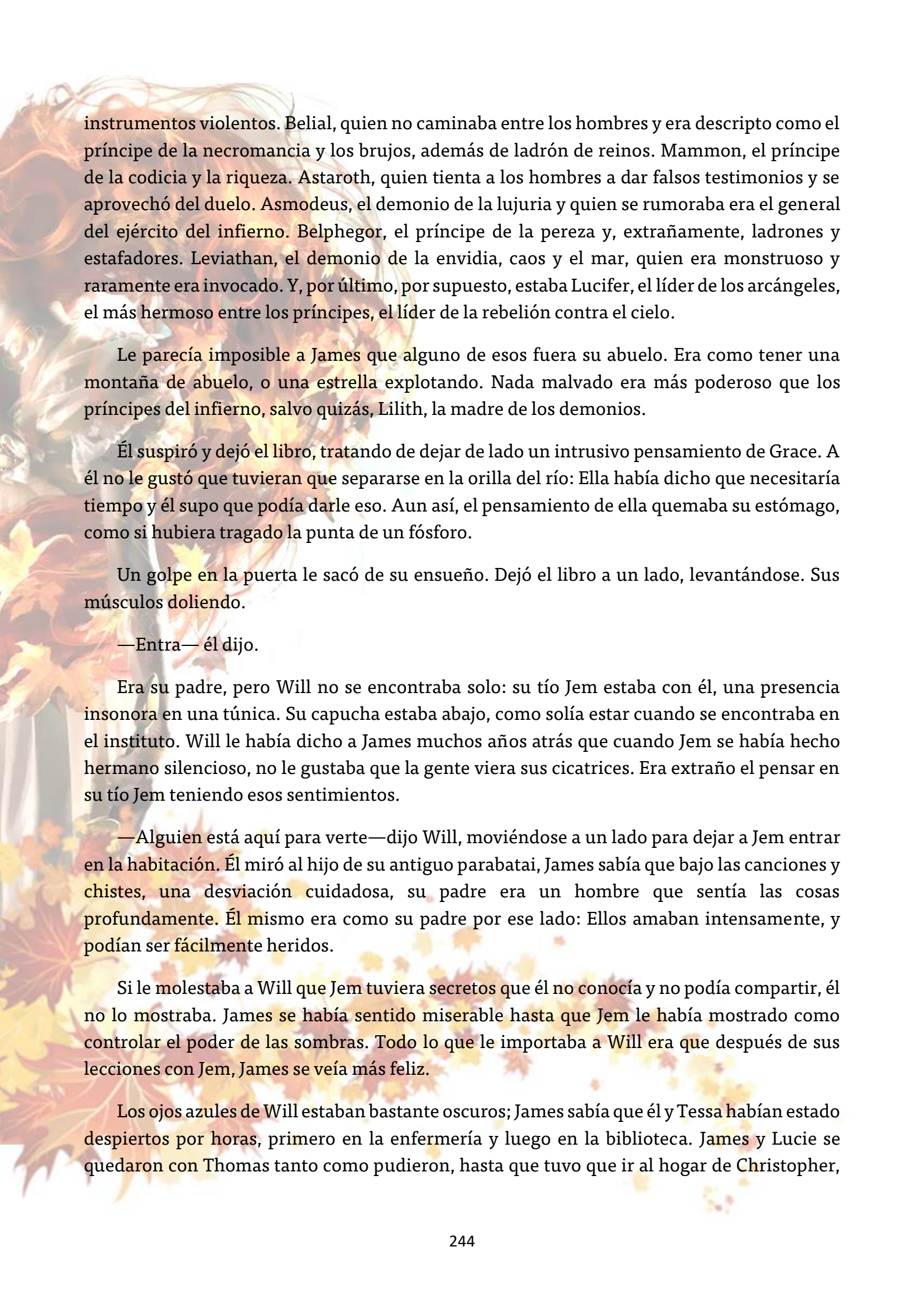


James estaba sentado en su escritorio, intentando leer, pero sus ojos se saltaban las palabras de la página. No paraba de pensar en Bárbara. No había sido muy cercano a su prima (la diferencia de edades entre ellos significaba que ella le trataría como un niño, como hacía con Thomas) pero ella había estado allí toda su vida, dulce y animada, sin la lengua afilada de su hermana, siempre esperando lo mejor de todos. Él nunca había vivido en un mundo donde no estuviera Barbara.

Lucie estaba en la biblioteca, lo sabía, aprovechando la compañía de otros, pero James siempre había encontrado confort en los libros. Aunque tenía que admitir que no lo estaba consiguiendo con el libro que se encontraba leyendo.

Erarprendente el poco material que había en la librería sobre los príncipes del infierno. Ellos no eran el tipo de demonios a los que los nefilims se enfrentaban, (en la mitología, ellos eran espejos de ángeles como Raziel, sus intereses iban más allá de la humanidad a quienes veían como hormigas. Sus batallas eran con los ángeles y los dueños de ese reino.) otros mundos, dimensiones de príncipes que parecían recolectar como piezas de ajedrez. No podían ser asesinados, aunque a veces era posible el lastimarlos y dejarlos débiles por años.

Había nueve en total. Estaba Sammael, el primer demonio en soltar a los demonios en la tierra. Azazel, el creador de armas que cayó del cielo cuando les dio a los humanos



instrumentos violentos. Belial, quien no caminaba entre los hombres y era descripto como el príncipe de la necromancia y los brujos, además de ladrón de reinos. Mammon, el príncipe de la codicia y la riqueza. Astaroth, quien tienta a los hombres a dar falsos testimonios y se aprovechó del duelo. Asmodeus, el demonio de la lujuria y quien se rumoraba era el general del ejército del infierno. Belphegor, el príncipe de la pereza y, extrañamente, ladrones y estafadores. Leviathan, el demonio de la envidia, caos y el mar, quien era monstruoso y raramente era invocado. Y, por último, por supuesto, estaba Lucifer, el líder de los arcángeles, el más hermoso entre los príncipes, el líder de la rebelión contra el cielo.

Le parecía imposible a James que alguno de esos fuera su abuelo. Era como tener una montaña de abuelo, o una estrella explotando. Nada malvado era más poderoso que los príncipes del infierno, salvo quizás, Lilith, la madre de los demonios.

Él suspiró y dejó el libro, tratando de dejar de lado un intrusivo pensamiento de Grace. A él no le gustó que tuvieran que separarse en la orilla del río: Ella había dicho que necesitaría tiempo y él supo que podía darle eso. Aun así, el pensamiento de ella quemaba su estómago, como si hubiera tragado la punta de un fósforo.

Un golpe en la puerta le sacó de su ensueño. Dejó el libro a un lado, levantándose. Sus músculos doliendo.

—Entra— él dijo.

Era su padre, pero Will no se encontraba solo: su tío Jem estaba con él, una presencia insonora en una túnica. Su capucha estaba abajo, como solía estar cuando se encontraba en el instituto. Will le había dicho a James muchos años atrás que cuando Jem se había hecho hermano silencioso, no le gustaba que la gente viera sus cicatrices. Era extraño el pensar en su tío Jem teniendo esos sentimientos.

—Alguien está aquí para verte—dijo Will, moviéndose a un lado para dejar a Jem entrar en la habitación. Él miró al hijo de su antiguo parabatai, James sabía que bajo las canciones y chistes, una desviación cuidadosa, su padre era un hombre que sentía las cosas profundamente. Él mismo era como su padre por ese lado: Ellos amaban intensamente, y podían ser fácilmente heridos.

Si le molestaba a Will que Jem tuviera secretos que él no conocía y no podía compartir, él no lo mostraba. James se había sentido miserable hasta que Jem le había mostrado como controlar el poder de las sombras. Todo lo que le importaba a Will era que después de sus lecciones con Jem, James se veía más feliz.

Los ojos azules de Will estaban bastante oscuros; James sabía que él y Tessa habían estado despiertos por horas, primero en la enfermería y luego en la biblioteca. James y Lucie se quedaron con Thomas tanto como pudieron, hasta que tuvo que ir al hogar de Christopher,

en luto silencioso y exhausto. Después de eso, Lucie había ido a la biblioteca a cuidar de Alexander, pero James había vuelto a su habitación. Él siempre había sido del tipo que lidiaba con su dolor en privado.

Will despeinó el cabello de James y dijo algo sobre ser solicitado en otro lugar antes de irse de la habitación. Cuando se fue, James se volvió a sentar en su escritorio y miró a su tío Jem.

— ¿Me llamaste? — dijo Jem.

— Si, necesito decirte algo. O, tal vez, preguntarte algo. No estoy seguro de qué.

— ¿Es sobre Barbara o los otros? — preguntó Jem —. *No sabemos muy bien por qué murió, James. Pensamos que el veneno alcanzó su corazón. Piers y Ariadne se mantienen estables pero la necesidad de los hermanos de conseguir una cura se ha vuelto más desesperada.*

James pensó en la sangre que Christopher había tomado de la enfermería, el laboratorio de la casa en Grosvenor Square. Él sabía que Christopher estaba haciendo todo lo que podía para encontrar una cura para el veneno del demonio, pero él no podía evitar querer que Henry volviera de Idris pronto para que le brindara ayuda. Sin mencionar que también estaba el problema de la tierra que James había encontrado en el reino de sombras...

— Te mandé el mensaje antes de saber lo de Bárbara — dijo James, arrastrando sus pensamientos de nuevo al presente —. Me siento tonto ahora, mis problemas no son nada a comparación con esos...

— Dime, ¿Por qué mandaste por mí? — dijo Jem —. *Juzgaré si es o no es importante.*

James vaciló.

— No podré decirte todo — él dijo —, por razones que no puedo explicar. Solo diré que me encontré un demonio, que me dijo que mi abuelo era un príncipe del infierno — Levantó la mirada para ver el rostro de su tío —. ¿Lo sabías?

La blanca raya en el cabello de Jem bailó cuando este negó con su cabeza.

— *Como he estado buscando el nombre de tu abuelo, he tenido que escuchar muchas historias de diferentes fuentes. Había una, una bruja, que me dijo que era un príncipe del infierno. Pero muchos otros dieron nombres de otros demonios. Como no sé en quien confiar, pensé que sería mejor no decirle a tu familia hasta que estuviera seguro.*

— Tal vez una pista podría estar en el reino de las sombras — dijo James —. Estoy viéndolo más y más seguido desde que el número de demonios en Londres ha aumentado, si hay alguna conexión...

— ¿Acaso el demonio del lago te habló? ¿Mencionó a tu abuelo? — James negó con la cabeza —. *Asumiré que el demonio que te habló fue el Cerberus en el invernadero en Chiswick, dijo Jem. James no le contradijo, estaba muy cerca. Podría ser que este demonio estuviera conectado a Benedict y Tatiana, escuchara tu nombre y dijo lo que fuera que sintiera podría lastimarte. Los demonios son engañosos, podría no ser verdad.*

— Pero, ¿Qué significa si es cierto? — James susurró —. *¿Si yo desciendo de un príncipe del infierno?*

— No cambia quien tu eres, — dijo Jem —. *Mira a tu madre, a tu hermana. ¿Vas a decir que hay algo mal en ellas? Tú eres el hijo de tu madre y tu padre, James. Eso es lo que importa, lo que siempre ha importado.*

— Eres muy amable — dijo James —. *Más amable de lo que la Clave será si esto resulta ser verdad.*

Jem tomó el rostro de James en sus manos. Su toque era frío, como siempre, y su rostro era joven y viejo al mismo tiempo. ¿Cómo podía él no lucir más viejo que James y al mismo tiempo eterno?

— Si vieras la humanidad como yo la veo, — el tío Jem dijo —. *Hay poco brillo y calor en el mundo para mí. Hay solo cuatro llamas, en todo el mundo, que queman lo suficientemente fuerte para que yo pueda sentir algo de la persona que fui. Tu madre, tu padre, Lucie y tú. Tú amas, y tiemblas y te quemas. No dejes que aquellos que no pueden ver la verdad te digan quién eres. Eres la llama que no puede ser apagada. Eres la estrella que no puede perderse. Eres quien siempre has sido, y eso es suficiente, más que suficiente. Cualquiera que te mire y vea oscuridad está ciego.*

Soltó a James de repente, como si hubiera dicho mucho.

— No es suficiente, ¿No? — Jem dijo, su tono silencioso de alguna manera resignado —. *La incertidumbre ha sido plantada y sientes que debes saber.*

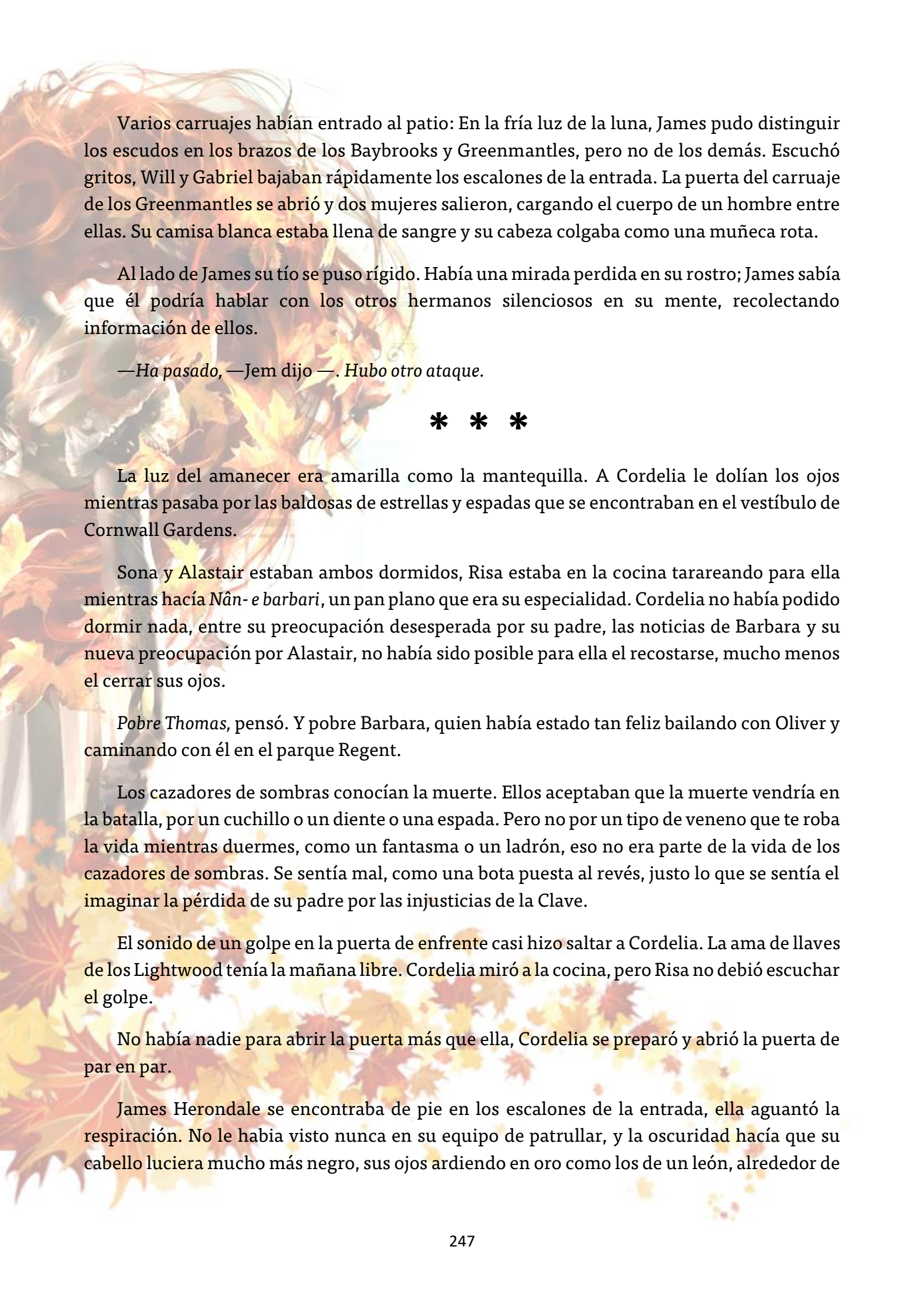
— Si — James dijo —. Lo siento.

— Muy bien, dijo Jem. *Llamaré a un viejo amigo, con una condición. Tú no vas a mencionar esto de nuevo, a nadie, hasta que sepamos de él.*

James titubeó. Él estaba manteniendo muchos secretos ya... secretos para Grace, secretos del ataque en Chelsea, el secreto de Emmanuel Gast.

Antes de poder responder, el sonido del traqueteo de ruedas hizo eco; hubo un golpe y James escuchó las puertas del instituto abrirse.

Corrió a la ventana. Jem estuvo tras de él en un instante sin hacer ruido alguno, como un fantasma.



Varios carruajes habían entrado al patio: En la fría luz de la luna, James pudo distinguir los escudos en los brazos de los Baybrooks y Greenmantles, pero no de los demás. Escuchó gritos, Will y Gabriel bajaban rápidamente los escalones de la entrada. La puerta del carruaje de los Greenmantles se abrió y dos mujeres salieron, cargando el cuerpo de un hombre entre ellas. Su camisa blanca estaba llena de sangre y su cabeza colgaba como una muñeca rota.

Al lado de James su tío se puso rígido. Había una mirada perdida en su rostro; James sabía que él podría hablar con los otros hermanos silenciosos en su mente, recolectando información de ellos.

—Ha pasado, —Jem dijo—. Hubo otro ataque.



La luz del amanecer era amarilla como la mantequilla. A Cordelia le dolían los ojos mientras pasaba por las baldosas de estrellas y espadas que se encontraban en el vestíbulo de Cornwall Gardens.

Sona y Alastair estaban ambos dormidos, Risa estaba en la cocina tarareando para ella mientras hacía *Nân- e barbari*, un pan plano que era su especialidad. Cordelia no había podido dormir nada, entre su preocupación desesperada por su padre, las noticias de Barbara y su nueva preocupación por Alastair, no había sido posible para ella el recostarse, mucho menos el cerrar sus ojos.

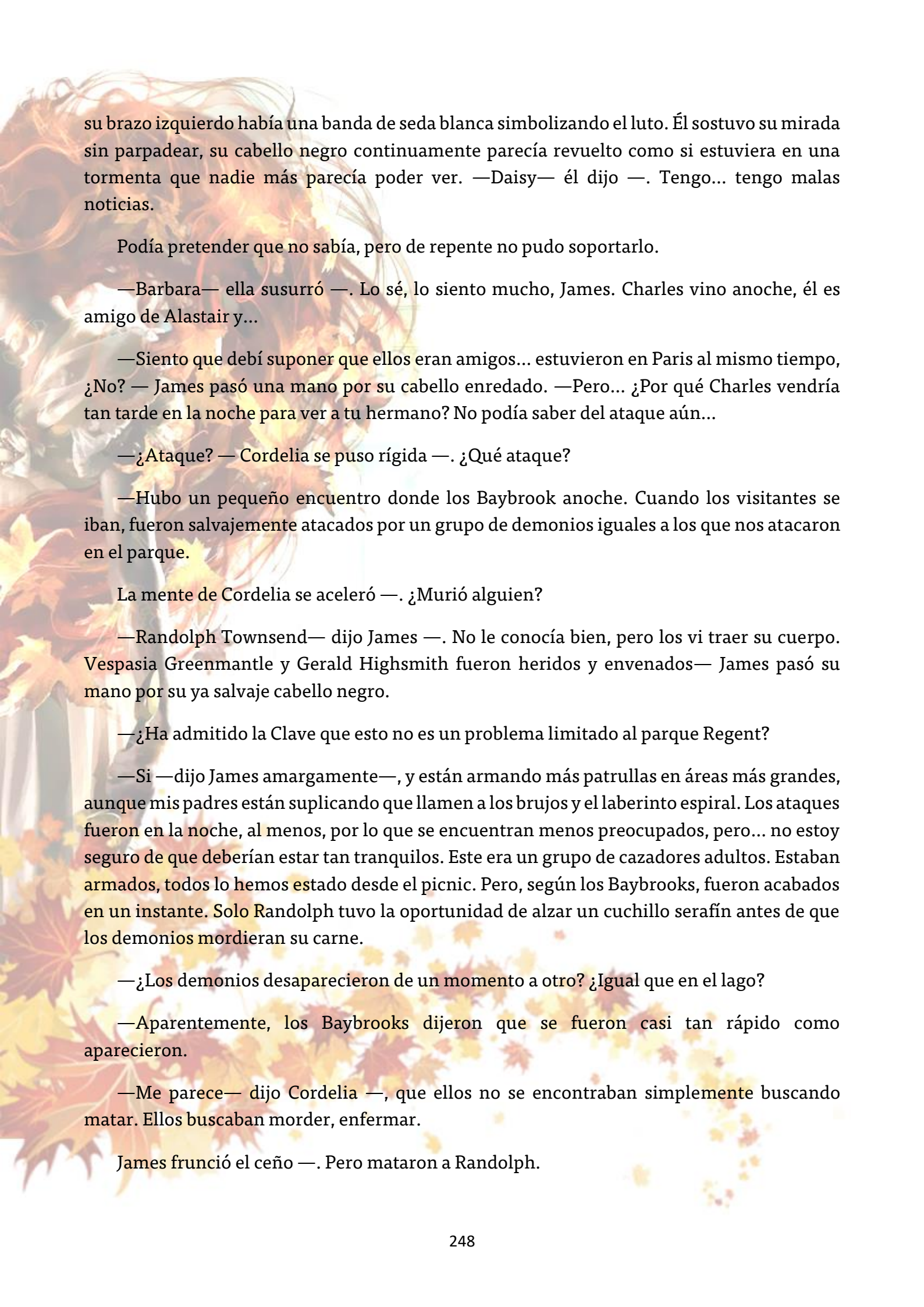
Pobre Thomas, pensó. Y pobre Barbara, quien había estado tan feliz bailando con Oliver y caminando con él en el parque Regent.

Los cazadores de sombras conocían la muerte. Ellos aceptaban que la muerte vendría en la batalla, por un cuchillo o un diente o una espada. Pero no por un tipo de veneno que te roba la vida mientras duermes, como un fantasma o un ladrón, eso no era parte de la vida de los cazadores de sombras. Se sentía mal, como una bota puesta al revés, justo lo que se sentía el imaginar la pérdida de su padre por las injusticias de la Clave.

El sonido de un golpe en la puerta de enfrente casi hizo saltar a Cordelia. La ama de llaves de los Lightwood tenía la mañana libre. Cordelia miró a la cocina, pero Risa no debió escuchar el golpe.

No había nadie para abrir la puerta más que ella, Cordelia se preparó y abrió la puerta de par en par.

James Herondale se encontraba de pie en los escalones de la entrada, ella aguantó la respiración. No le había visto nunca en su equipo de patrullar, y la oscuridad hacía que su cabello luciera mucho más negro, sus ojos ardiendo en oro como los de un león, alrededor de



su brazo izquierdo había una banda de seda blanca simbolizando el luto. Él sostuvo su mirada sin parpadear, su cabello negro continuamente parecía revuelto como si estuviera en una tormenta que nadie más parecía poder ver. —Daisy— él dijo —. Tengo... tengo malas noticias.

Podía pretender que no sabía, pero de repente no pudo soportarlo.

—Barbara— ella susurró —. Lo sé, lo siento mucho, James. Charles vino anoche, él es amigo de Alastair y...

—Siento que debí suponer que ellos eran amigos... estuvieron en París al mismo tiempo, ¿No? — James pasó una mano por su cabello enredado. —Pero... ¿Por qué Charles vendría tan tarde en la noche para ver a tu hermano? No podía saber del ataque aún...

—¿Ataque? — Cordelia se puso rígida —. ¿Qué ataque?

—Hubo un pequeño encuentro donde los Baybrook anoche. Cuando los visitantes se iban, fueron salvajemente atacados por un grupo de demonios iguales a los que nos atacaron en el parque.

La mente de Cordelia se aceleró —. ¿Murió alguien?

—Randolph Townsend— dijo James —. No le conocía bien, pero los vi traer su cuerpo. Vespasia Greenmantle y Gerald Highsmith fueron heridos y envenenados— James pasó su mano por su ya salvaje cabello negro.

—¿Ha admitido la Clave que esto no es un problema limitado al parque Regent?

—Si —dijo James amargamente—, y están armando más patrullas en áreas más grandes, aunque mis padres están suplicando que llamen a los brujos y el laberinto espiral. Los ataques fueron en la noche, al menos, por lo que se encuentran menos preocupados, pero... no estoy seguro de que deberían estar tan tranquilos. Este era un grupo de cazadores adultos. Estaban armados, todos lo hemos estado desde el picnic. Pero, según los Baybrooks, fueron acabados en un instante. Solo Randolph tuvo la oportunidad de alzar un cuchillo serafín antes de que los demonios mordieran su carne.

—¿Los demonios desaparecieron de un momento a otro? ¿Igual que en el lago?

—Aparentemente, los Baybrooks dijeron que se fueron casi tan rápido como aparecieron.

—Me parece— dijo Cordelia —, que ellos no se encontraban simplemente buscando matar. Ellos buscaban morder, enfermar.

James frunció el ceño —. Pero mataron a Randolph.

—Fue el único que peleó —dijo Cordelia—. Me parece que no les importa matar... Barbara o Piers pudieron fácilmente morir por pérdida de sangre... pero su objetivo es extender esta... esta infección.

—Entonces, crees que los están contralando— dijo James —. Bien, también lo creo. Esperemos poder saber más por Gast.

—¿Gast? — repitió Cordelia.

Sus ojos brillaron con un dorado oscuro —. Una cosa buena que sucedió anoche. Parece que tu viaje al callejón del infierno fue exitoso. Hypatia Vex mandó a Ragnor Fell a ayudarnos con el nombre de un brujo que podría haber invocado a los demonios. Emmanuel Gast. — Él miró a la ventana de su casa —. Ragnor insistió en que mantuviéramos en secreto esta información.

—Otro secreto— dijo Cordelia —. Parece que hay muchos que mantener ahora. Y, pobre Thomas... él... ¿Él sabe...?

—¿De Gast? Si. Ragnor vino antes de que nos enteráramos de Barbara.” La pena fue notoria en el rostro de James —. Thomas se culpa a si mismo por su muerte, aunque no había nada que él pudiera haber hecho.

James lucía exhausto, Cordelia lo notó. Había venido desde lejos a decirle las noticias para que ella no tuviera que escucharlas de personas que no conocían a Thomas o que no les importara ni él ni sus amigos.

Debe estar desesperado en irse, pensó. Ella no podía mantenerle allí hablando cuando no había duda que esperaba estar con su familia, o con Grace.

—Fue muy amable de tu parte el venir y decirme— ella dijo, apoyándose contra la puerta —. Te invitaría a un té, pero sé que debes estar apurado en volver con tu familia.

—Realmente, no voy a volver al instituto. He hecho planes con Matthew y Lucie para confrontar a Gast en su apartamento. Me los encontraré allí, vine a ver si querías unirnos.

Sorprendida, Cordelia dijo —. Oh, ¿Acaso Lucie pidió que fuera?

James vaciló —. Si, ella lo hizo.

—Lo que sea por mi futura parabatai, por supuesto— Cordelia dijo y lo decía en serio. Ella quería tanto el ver a Lucie, y aún más el ser útil de alguna manera. Ayudar. Toda la noche ella había estado pensando en Barbara, a quien no conocía mucho, pero se veía tan joven y amable.

—No creo que este brujo esté feliz de vernos— dijo James —. Trae tu equipo y a Cortana; debemos estar listos para pelear.

* * *

Emmanuel Gast vivía en un apartamento sobre un fabricante de pañuelos cerca del cruce entre Cheapside y Friday Street. Matthew señaló Friday Street mientras pasaban —. Solía haber un club en esa calle llamado la taberna de la sirena donde Shakespeare solía tomar.

En la opinión de Lucie como escritora, esta no era una avenida que inspirara. En cada lado de la calle había edificios marrones y de apariencia lúgubre con angostas ventanas de plomo y gabletes holandeses sucios. Toldos colgaban fuera de diferentes edificios que también estaban teñidos de un marrón moteado, no por el diseño sino por el polvo de las calles y el humo de la ciudad. Cheapside era una de las más concurridas vías de Londres. Las multitudes surgían desde los puestos de pescaderos hasta las blancas campanas de la torre de St. Mary-le-Bow.

Ella arrugó la nariz —. No puedo decir mucho del gusto de Shakespeare.

Matthew sonrió, aunque se veía tan cansado como Lucie se sentía. Él vestía el equipo negro al igual que ella, una banda blanca de luto alrededor de su muñeca y una flor blanca en su ojal. Había estado haciendo chistes toda la mañana y Lucie había estado esforzándose para seguir su ritmo. Era difícil para ella mantener su mente fuera de la situación de Bárbara y la ahora llena enfermería del instituto, además del pensamiento de cuando vendría el próximo ataque y quien podría salir herido o muerto.

—Luce—Matthew tocó su brazo ligeramente. Ellos estaban bajo el glamour y la multitud se movía a su alrededor, partiéndose como un río alrededor de una isla.

Los niños con los periódicos moviendo el “*Evening Standard*” arriba y abajo por la calle: Matthew había saludado a uno antes, y le explicó a Lucie que era un Irregular, uno de los muchos erizos de la calle del Submundo que hacía mandados fuera de la Taberna del Diablo —. Hay algo extraño de lo que quería hablarte. Charles... bueno, Charles es siempre extraño, pero Charles y Grace...

—¡James! ¡Cordelia! — Lucie se levantó de inmediato, moviendo su mano en alto a través de la multitud. Su hermano y Cordelia habían bajado del carruaje a algunos metros de distancia y ahora caminaban hacia ellos. Estaban muy entretenidos en una conversación, sus cabezas encorvadas como si estuvieran compartiendo secretos.

Lucie se dejó caer sobre sus talones, un poco confundida. Ella raramente veía a James perdido en una conversación con alguien que no fueran sus tres amigos cercanos.

—Interesante— dijo Matthew, sus ojos verdes entrecerrados. Alzó la mano y saludó, y esta vez, James los vio. Él y Cordelia caminaron entre la multitud para encontrarles en la esquina. Lucie le miró un poco: Cordelia lucía muy diferente sin aquellos feos ropajes que su madre la hacía usar. Ella estaba en ropa de entrenamiento: Una larga túnica sobre botas y pantalones, su cabello rojo hecho en una trenza y una vaina de cuero sobre uno de sus hombros. Lucía incluso más joven y hermosa que en el baile del instituto.

—Es una pensión— dijo Matthew tan pronto como Cordelia y James estuvieron cerca —. Ya hemos estado dentro. La mujer nos dijo que nuestro amigo Emmanuel Gasta estaba *“Fuera de casa por un tiempo indefinido”*

—Le fue imposible a Matthew el encantarle— dijo Lucie —. La mujer es un bloque de concreto en forma de humana. Aun así, conseguimos enterarnos de que el apartamento es uno en el tercer piso.

Una sonrisa tomó lugar en el rostro de James. Una de las cosas que a él más le gustaban de patrullar era trepar por los tejados —. Entonces, subamos por el costado del edificio.

—Tenía miedo de eso— murmuró Matthew mientras seguían a James en un angosto y ahogado corredor —. Mis botas son nuevas.

—Endurece tus tendones, Matthew— dijo James —. ¡Y ora a Dios por Harry, Inglaterra y san George!

—Shakespeare— dijo Cordelia —. Enrique V

—Bien hecho— dijo James, y sacó un gancho. Pasó el extremo de una cuerda y retrocedió un poco para tirarla. Su puntería, como siempre, fue excelente: el gancho se incrustó en el dintel de una ventana del tercer piso; la cuerda cayó por el extremo del edificio —. Una vez más en la brecha— anunció y empezó a escalar.

A James le siguió Cordelia, después Lucie y Matthew al final, aun maldiciendo por la mugre en sus botas. Lucie estaba a mitad de camino cuando escuchó un grito, al mirar abajo, ella vio a Matthew de rodillas en el callejón. Debió haber caído de la cuerda.

—¿Estás bien? — Ella preguntó en un susurro fuerte.

Cuando él se levantó, sus manos temblaban. Deliberadamente esquivó la mirada de Lucie mientras tomaba la cuerda. —Te lo dije— él dijo —. Botas nuevas.

Lucie volvió a escalar la cuerda nuevamente, James había alcanzado la ventada; equilibrándose en el dintel, él miró alrededor y pateo la ventana para abrirla, rompiendo esta y haciendo un reguero con el vidrio y el marco de la ventana. Él desapareció dentro, seguido por Cordelia. Lucie y Matthew entraron después de ellos.

El apartamento era oscuro y olía a desechos podridos, había un papel tapiz marrón con manchas de grasa. Imágenes sacadas de revistas se encontraban pegadas en las paredes. Había poca luz, aunque Lucie podía ver un sofá viejo y una alfombra turca manchada. Un alto estante para libros lleno de tomos de un aspecto lamentable; James los miró con curiosidad.

—Creo que Ragnor tenía razón— él dijo —. Hay una gran colección de estudios de la magia dimensional aquí.

—No vamos a robar los libros y a llevarlos a la taberna del diablo— dijo Matthew —. No sería la primera vez que tu cleptomanía por los libros nos metiera en problemas.

James levantó ambas manos fingiendo inocencia y fue a buscar tras los muebles. Cordelia le siguió y empezó a buscar tras de un barato cuadro de una pequeña pintura al óleo de la reina Elizabeth, su cabello rojizo y polvo blanco haciendo su cara aún más fea.

—Miren esto —había polvo en el cabello de James y su ceño estaba fruncido —. Me pregunto si esto será un tipo de arma.

Mostró lo que parecía un montón de pedazos rotos de madera esparcidos por el suelo tras el sofá —. Están llenos de polvo— dijo Cordelia —. Como si nadie los hubiera tocado en años.

James se encorvó para recoger uno, frunciendo el ceño mientras Matthew miraba desde arriba. Él había estado examinando un pequeño, y desgastado escritorio cubierto con papeles. Sostuvo un boceto desordenado —. James, por aquí.

James entrecerró sus ojos —. Es una caja. Cubierta con garabatos.

—No es una caja —dijo Matthew ayudándolo —Es el dibujo de una caja.

—Gracias, Matthew —dijo James secamente. Inclínó la cabeza hacia un lado —Hay algo familiar acerca de ella.

—¿Te recuerda a las cajas que has visto antes? —dijo Matthew —Mira un poco más de cerca los garabatos. ¿No te recuerdan a runas?

James tomó el papel de la mano de su *parabatai*. —Sí —dijo, sonando un poco sorprendido —Bastante. No a runas que usemos, pero bastante parecidas.

Cordelia, quien se había arrodillado para mirar los pedazos de madera, dijo: —Estos sí tienen runas talladas en ellos. Nuestra clase de runas. Pero también se ven como si hubieran sido corroídas por alguna clase de ácido.

—Y mira esos arañazos en la madera —dijo James, uniéndose a ella. Le dio un vistazo al boceto de Gast, y luego de vuelta a los pedazos —Es como si...

Lucie medio escuchó a Matthew diciendo algo en respuesta, pero ella ya estaba demasiado ocupada tomando ventaja de la distracción como para deslizarse por una puerta entreabierta en la pequeña habitación del departamento.

La mano le voló a la boca. Le entraron arcadas y tuvo que morderse su propio pulgar, el dolor atravesando las náuseas como un cuchillo.

La habitación estaba casi desnuda a excepción de una cama con postes de hierro, una única ventana, y lo que quedaba de Emmanuel Gast arruinado en el despojado suelo. La carne y los huesos habían sido arrancados de su lugar, las costillas se abrían para mostrar una colapsada caverna roja. La sangre se había hundido como surcos negros en el suelo de madera. La parte restante de él que aún se veía humana eran sus manos, ya que sus brazos habían volado con las palmas hacia arriba como si estuviera rogando por una misericordia que no había recibido.

Había estado muerto durante bastante tiempo. Olía a podredumbre.

Lucie dio un paso atrás. La puerta detrás de ella se cerró de un portazo, trabándose con una fuerza que hizo vibrar la pared. Ella dejó caer su mano, saboreando sangre en su boca mientras la cosa en el suelo palpitó y una sombra negra salía escupida hacia arriba de entre las aserradas costillas blancas.

Era un fantasma. Este fantasma no era Jessamine, ni Jesse Blackthorn, quienes se veían sólidos y humanos. Había un horrible destello a su alrededor, como si con su violento final un espacio hubiera sido dividido en el mundo. Eso (él) estaba desgastado en los bordes, su calavera pálida en un nido de irregular cabello marrón. Lucie podía ver el patrón del papel tapiz a través de su cuerpo transparente.

El fantasma de Emmanuel Gast parpadeó sus acuosos ojos azules ante ella. —¿Por qué me has invocado, tonta? —demandó, en una voz que sonaba como el pitido de vapor escapando de un tubo.

—Yo no te invoqué —dijo Lucie—. No tenía idea de que estuvieras muerto, hasta este desagradable momento —ella se le quedó viendo.

—¿Por qué me has arrastrado a este lugar de agonía? —siseó Gast—. ¿Qué quieres, Cazadora de Sombras?

Lucie alcanzó el pomo de la puerta y lo giró, pero estaba atascado. Ella podía escuchar vagamente las voces de los demás en la sala, llamándola.

Tomó un profundo aliento, casi ahogándose con el fétido aire. Aunque estuviera muerto, Gast seguía siendo su única tenue conexión con los demonios que habían matado a Barbara.

Ella se irguió hasta su máxima altura. —¿Tú invocaste a los demonios? ¿A los que han estado atacando a los Nefilim a plena luz del día?

El fantasma se quedó callado. Lucie podía ver donde su garganta había sido cortada, su columna viéndose por el hueco rajado de su cuello. Quien hubiera sido el asesino de Emmanuel Gast se había querido asegurar de que estuviera muerto.

—¡Contéstame! —chilló Lucie.

Para el asombro de Lucie, los bordes titilantes del brujo se volvieron de una forma sólida. Los ojos del fantasma ardían rojos de furia, pero habló, y su voz sonaba vacía. —Yo soy quien los invocó. Yo, Emmanuel Gast, el más rechazado de los brujos. Años atrás el Laberinto Espiral me dio la espalda. Me exiliaron de la sociedad de los brujos. Mi recompensa dorada me fue arrebatada. He sido forzado a tomar los trabajos más degradantes para vestirme y alimentarme. Sin embargo, todo este tiempo estudié. Aprendí. Fui más inteligente de lo que ellos creían.

¿Inteligente? Se preguntó Lucie. Por la perspectiva del asunto, las recientes decisiones de Gast estaban muy alejadas de la inteligencia.

—Veo la manera en que me miras. —Sangre goteaba de las heridas del fantasma, un silencioso patrón de negras manchas en el piso descubierto—. Tú me desprecias por atraer a tal demonio, el que acarrea muertes, envenenador de la vida. Pero el oro, lo necesitaba. Y el demonio sólo matará Cazadores de Sombras.

—Alguien te pagó para hacer esto —susurró Lucie—. ¿Quién? ¿Quién fue?

El fantasma siseó. —¿Qué eres? Eres una cazadora de sombras, pero al mismo tiempo no. ¿Me trajiste de vuelta del vacío? —Intentó alcanzarla con una mano insustancial, retorciéndose en una pinza— ¿Qué es este monstruoso poder...?

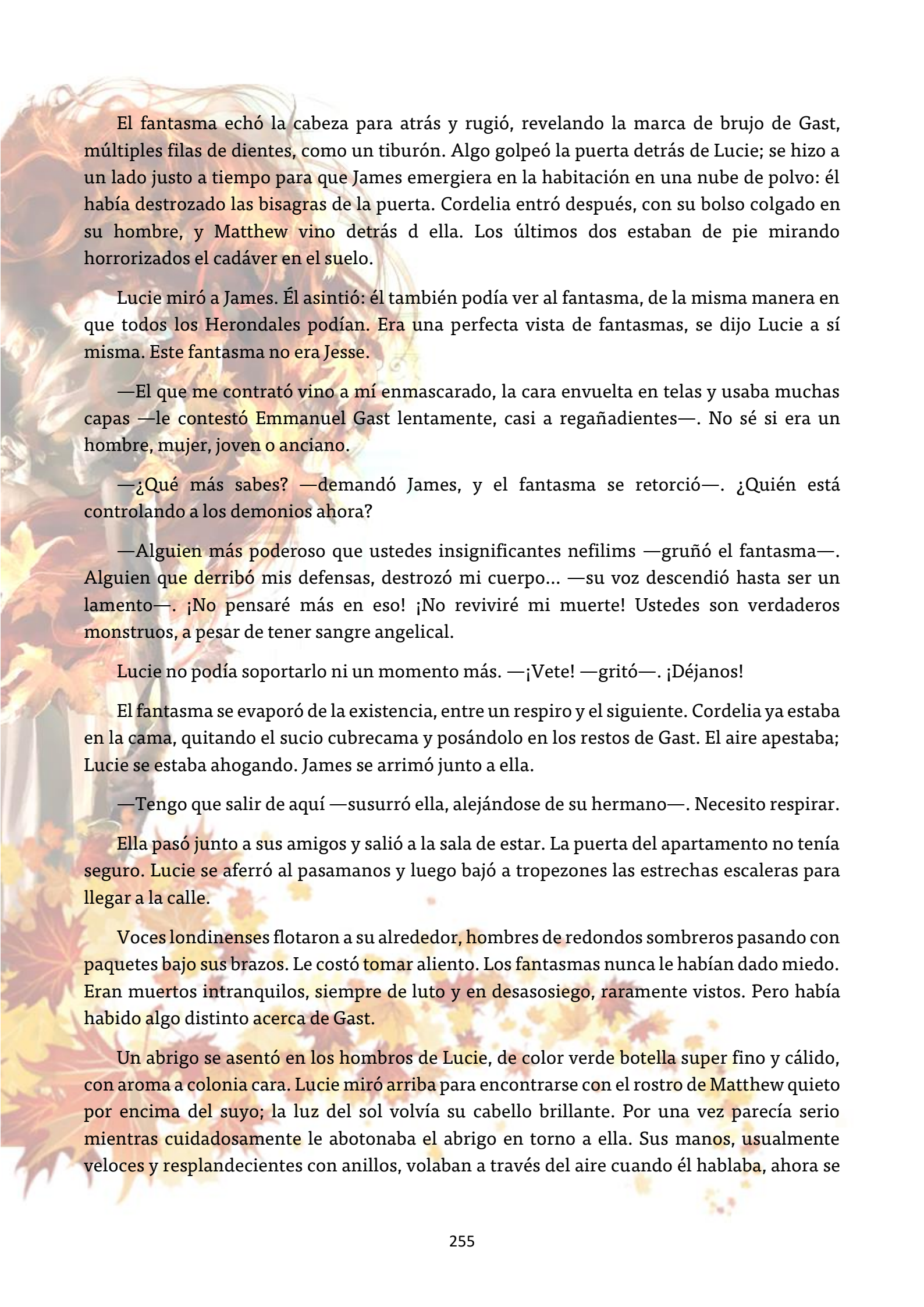
—¿Monstruoso? —soltó Lucie—. Lo que es monstruoso son las criaturas que tú invocaste a este mundo, sabiendo el daño que harían.

—No sabes nada de mí —dijo Gast—. Fui al puente para conjurar al demonio. Lo traje a este mundo y luego lo capturé, lo mantuve donde estaría a salvo, un regalo para aquel que me dio el oro. Pero cuando volví aquí, fui traicionado. No pude detenerlo. Mi sangre y mi vida corrieron por el suelo y mi asesino dejó salir al demonio de su escondite.

Lucie ya no podía resistirlo. —¿Quién lo hizo? ¿Quién te contrató?

Por un instante Lucie creyó que Gast simplemente se desvanecería en las sombras y el humo londinense. Empezó a temblar, como una mariposa atravesada con una aguja pero aún viva. —Yo no diré...

—¡Lo harás! —vociferó Lucie con la mano extendida, ella sintió algo pasando por ella, como electricidad en un alambre, como la sensación de una runa quemándole la piel.



El fantasma echó la cabeza para atrás y rugió, revelando la marca de brujo de Gast, múltiples filas de dientes, como un tiburón. Algo golpeó la puerta detrás de Lucie; se hizo a un lado justo a tiempo para que James emergiera en la habitación en una nube de polvo: él había destrozado las bisagras de la puerta. Cordelia entró después, con su bolso colgado en su hombro, y Matthew vino detrás de ella. Los últimos dos estaban de pie mirando horrorizados el cadáver en el suelo.

Lucie miró a James. Él asintió: él también podía ver al fantasma, de la misma manera en que todos los Herondales podían. Era una perfecta vista de fantasmas, se dijo Lucie a sí misma. Este fantasma no era Jesse.

—El que me contrató vino a mí enmascarado, la cara envuelta en telas y usaba muchas capas —le contestó Emmanuel Gast lentamente, casi a regañadientes—. No sé si era un hombre, mujer, joven o anciano.

—¿Qué más sabes? —demandó James, y el fantasma se retorció—. ¿Quién está controlando a los demonios ahora?

—Alguien más poderoso que ustedes insignificantes nefilims —gruñó el fantasma—. Alguien que derribó mis defensas, destrozó mi cuerpo... —su voz descendió hasta ser un lamento—. ¡No pensaré más en eso! ¡No reviviré mi muerte! Ustedes son verdaderos monstruos, a pesar de tener sangre angelical.

Lucie no podía soportarlo ni un momento más. —¡Vete! —gritó—. ¡Déjanos!

El fantasma se evaporó de la existencia, entre un respiro y el siguiente. Cordelia ya estaba en la cama, quitando el sucio cubrecama y posándolo en los restos de Gast. El aire apestaba; Lucie se estaba ahogando. James se arrimó junto a ella.

—Tengo que salir de aquí —susurró ella, alejándose de su hermano—. Necesito respirar.

Ella pasó junto a sus amigos y salió a la sala de estar. La puerta del apartamento no tenía seguro. Lucie se aferró al pasamanos y luego bajó a tropezones las estrechas escaleras para llegar a la calle.

Voces londinenses flotaron a su alrededor, hombres de redondos sombreros pasando con paquetes bajo sus brazos. Le costó tomar aliento. Los fantasmas nunca le habían dado miedo. Eran muertos intranquilos, siempre de luto y en desasosiego, raramente vistos. Pero había habido algo distinto acerca de Gast.

Un abrigo se asentó en los hombros de Lucie, de color verde botella super fino y cálido, con aroma a colonia cara. Lucie miró arriba para encontrarse con el rostro de Matthew quieto por encima del suyo; la luz del sol volvía su cabello brillante. Por una vez parecía serio mientras cuidadosamente le abotonaba el abrigo en torno a ella. Sus manos, usualmente veloces y resplandecientes con anillos, volaban a través del aire cuando él hablaba, ahora se

movían con gran deliberación por tan pequeña tarea. Ella lo escuchó decir algo en un corto aliento.

—Luce —dijo—. ¿Qué pasó ahí? ¿Estás bien?

Ella se estremeció. —Estoy bien —dijo ella—. Raramente he visto a un fantasma en tal... tal condición.

—¡Lucie! —James y Cordelia se les unieron en la calle. Cordelia tomó la mano de Lucie y la apretó. James desordenó el cabello de su hermana.

—Gast no murió fácilmente —dijo él—. Buen trabajo, Lucie. Sé que eso no pudo haber sido agradable.

Él me llamó monstruo. Pero ella no lo dijo en voz alta. —¿Encontraron algo más en el departamento luego de que yo entré a la habitación? —preguntó.

James asintió. —Tomamos algunas cosas, bocetos, y Cordelia tiene los pedazos de madera en su bolsa.

—Eso me recuerda... —dijo Matthew, tomando la bolsa de Cordelia. Él se acercó al niño del papel periódico de cara mugrienta que había resaltado antes para Lucie y se sumió en una animada discusión con él, eventualmente tendiéndole la bolsa.

—¿Está Matthew vendiéndole mi bolso a un repartidor de periódico? —preguntó Cordelia curiosamente.

James plasmó una sonrisa torcida. —Ya veo que sería mejor que te expliquemos de los Irregulares, para que no creas que pasamos el tiempo conduciendo a los niños de Londres a una vida de crimen y depravaciones.

Matthew volvió, el viento revolviendo su oscuro cabello dorado. —Le dije a Neddy que le llevara el bolso a Christopher —dijo—. Identificar lo que son esos pedazos de madera podría ser una ayuda. —miró a Cordelia, quien se veía algo confundida—. Dudo que Christopher haya dejado a Tom desde anoche. Quizás esto sirva como distracción para ambos.

—Quizás —dijo Lucie—. Si pudiéramos regresar al Instituto, me gustaría escribir lo que dijo Gast, así podré recordar cada detalle.

Eso era sólo la mitad de lo que verdaderamente pensaba. Ella le había mentado a los demás acerca de Jessamine siendo parte de una red de chismes fantasmales. Jessamine nunca dejaba el instituto, y evadía la compañía de otros fantasmas. Pero Lucie sabía que no todos los espíritus eran así. Muchos vagaban. Ella repentinamente quería saber si otro fantasma sabía acerca de la muerte de Emmanuel Gast. Ella quería hablar con Jesse.

12

EL FIN DE ELLO

Traducido por: Fairchild, Lost Carstairs
Corregido por: Jeivi37, BLACKTHORN, Cortana

*“Ella me quiere con todo su ser
Y su modo se entrega a mi modo
Pero a ningún hombre nació a pertenecer
Y nunca será mía del todo.”*

—Edna St. Vincent Millay, *Esposa bruja*

Mientras el carruaje pasaba por debajo del portón del Instituto, James vio a sus padres de pie en el patio. Su padre estaba usando un saco recortado de día y un alfiler de corbata azul zafiro que Tessa le había regalado en su vigésimo aniversario. Tessa misma usaba un vestido de día formal. Ambos estaban claramente preparados para salir.

—¿Y dónde han estado ustedes? —demandó Will mientras James salía del carruaje. Los otros saltaron tras él, las chicas al estar usando ropa de entrenamiento no necesitaban ayuda para bajar —. Robaron nuestro carruaje.

James deseó poder decirle la verdad a su padre, pero eso sería romper su promesa jurada a Ragnor.

—Es solo el segundo mejor carruaje —protestó James.

—¿Recuerdan cuando Papá le robó el carruaje al tío Gabriel? Es una orgullosa tradición familiar —dijo Lucie, mientras el grupo se acercaba a las escaleras del Instituto.

—No los eduqué para que fueran unos ladrones a caballo y canallas. —dijo Will—. Y muy claramente recuerdo que te dije que...

—Gracias por dejarles tomar el carruaje para venir a buscarme —dijo Cordelia. Sus ojos eran muy amplios, y parecía completamente inocente. James sintió una divertida punzada de sorpresa: ella era una interesantemente hábil mentirosa. Por lo menos sus padres no podrían preguntarse por qué estaban todos en su ropa de entrenamiento. Al salir James y Lucie de la casa más temprano, Will les había dicho que por años él había confiado en ellos para patrullar en la oscuridad, pero que ahora debían estar armados todo el tiempo, tratando el día como si fuera noche. También le había aconsejado a James que llevara a Matthew consigo, lo cual ya James había estado planeando—. Tenía muchas ganas de venir al Instituto y ver qué podía hacer para ayudar.

Will se ablandó inmediatamente. —Por supuesto. Siempre eres bienvenida aquí, Cordelia. Aunque, como puedes ver, vamos saliendo. Charles ha usado la autoridad de Cónsul

y arregló una reunión en Grosvenor Square para discutir los ataques de anoche. Sólo para miembros del Enclave del alto nivel, aparentemente.

La cara de Matthew se ensombreció. —Por el Ángel, eso suena desagradable. Espero que esté bien si me quedo.

Tessa sonrió. —Ya arreglamos una de las habitaciones extra para ti.

—Ya que he conocido a Charles desde que nació, tengo dificultad reconociéndolo como una figura de autoridad —dijo Will pensativamente—. Supongo que si dice algo que no me gusta, puedo pedir que sea nalgueado.

—Oh, sí, por favor —dijo Matthew—. Eso sería hacerle un favor al mundo.

—Will... —empezó Tessa exasperada, pero Bridget emergió por las puertas frontales. Ella parecía estar cargando una enorme lanza medieval: la barra estaba desgastada, y su larga punta de hierro oxidada. Ella se subió hasta el asiento del conductor del carruaje y se sentó con la cara oscura, claramente esperando a Tessa y Will.

—Espero que apliques *glamour* a ese carruaje —dijo James—. La gente pensará que los romanos han vuelto para reconquistar las Islas Británicas.

Tessa y Will se treparon al carruaje. Mientras que Bridget tomaba las riendas, Tessa se mostró en la ventana. —El tío Jem está en la enfermería con varios otros Hermanos Silenciosos, cuidando a los enfermos —llamó—. Por favor intenten no causarles ningún problema, y vean si tienen todo lo que necesitan.

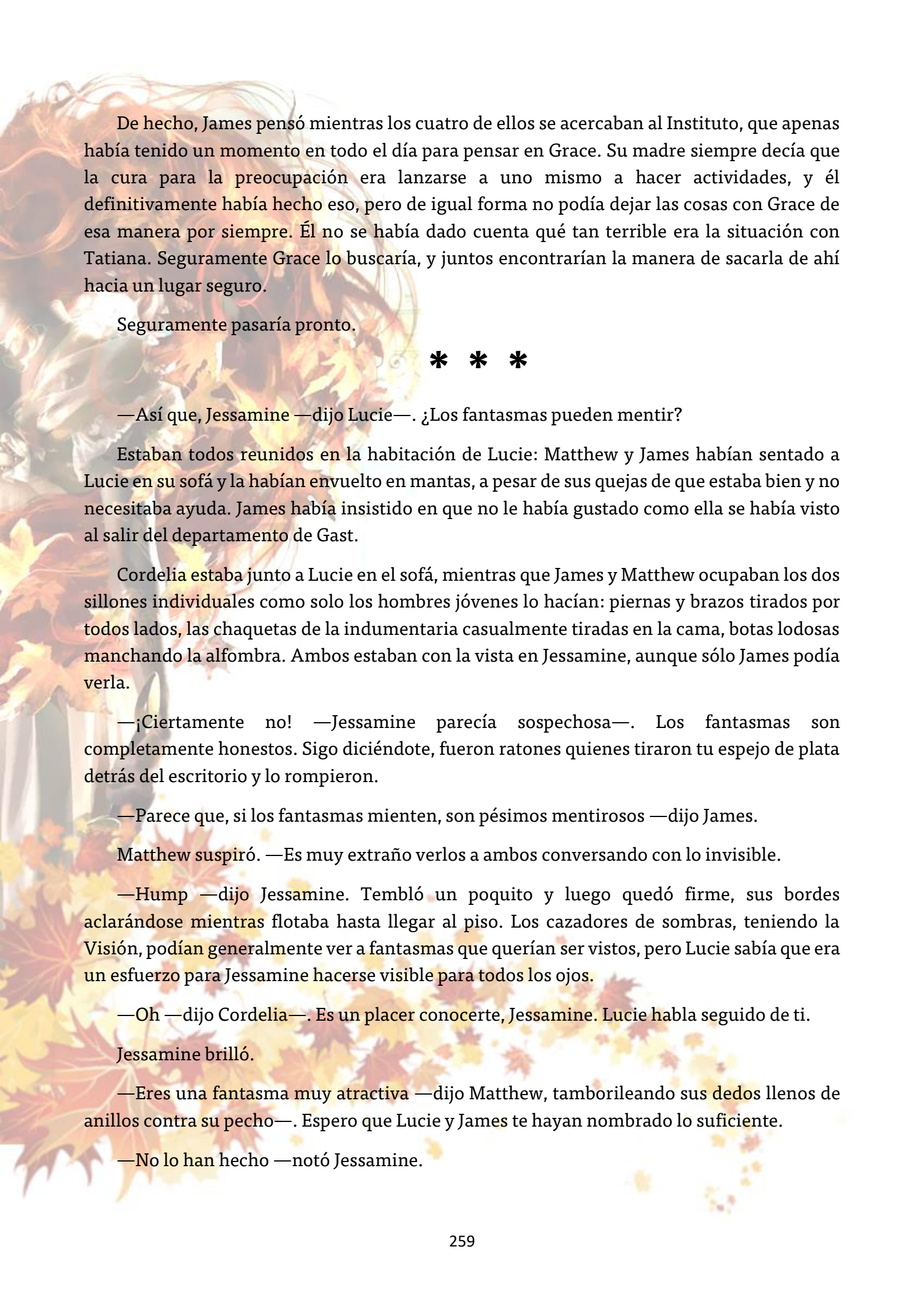
James asintió mientras el carruaje rodaba fuera del patio. Él sabía que habría guardias en el Instituto; ya había visto a varios de ellos, marcados claramente en su ropa negra, fuera de las puertas mientras ellos se acercaban. Sus padres habían pasado demasiado como para alguna vez dejar el Instituto inseguro.

Le lanzó una mirada a su hermana, preguntándose si ella estaría pensando lo mismo. Ella estaba de pie viendo hacia los pisos más altos del Instituto (¿quizás la enfermería?). Él estaba acostumbrado a una Lucie en movimiento, no a una Lucie pálida y reservada, claramente perdida en sus pensamientos.

—Ven, Luce —dijo él—. Entremos.

Ella le frunció el ceño. —No hay necesidad de usar tu voz de preocupado. Estoy perfectamente bien, James.

Él lanzó un brazo alrededor de su hombro. —No todos los días se ve a un brujo tirado a su suerte en su propia habitación —dijo él—. Puede que necesites algo de tiempo para recuperarte. Razel sabe que ninguno de nosotros ha tenido mucho tiempo para recuperarse de algo últimamente.

A background illustration featuring a dense cluster of autumn leaves in shades of orange, yellow, and red. A faint, ethereal face of a person with long, flowing hair is visible behind the foliage, particularly on the left side of the page.

De hecho, James pensó mientras los cuatro de ellos se acercaban al Instituto, que apenas había tenido un momento en todo el día para pensar en Grace. Su madre siempre decía que la cura para la preocupación era lanzarse a uno mismo a hacer actividades, y él definitivamente había hecho eso, pero de igual forma no podía dejar las cosas con Grace de esa manera por siempre. Él no se había dado cuenta qué tan terrible era la situación con Tatiana. Seguramente Grace lo buscaría, y juntos encontrarían la manera de sacarla de ahí hacia un lugar seguro.

Seguramente pasaría pronto.

* * *

—Así que, Jessamine —dijo Lucie—. ¿Los fantasmas pueden mentir?

Estaban todos reunidos en la habitación de Lucie: Matthew y James habían sentado a Lucie en su sofá y la habían envuelto en mantas, a pesar de sus quejas de que estaba bien y no necesitaba ayuda. James había insistido en que no le había gustado como ella se había visto al salir del departamento de Gast.

Cordelia estaba junto a Lucie en el sofá, mientras que James y Matthew ocupaban los dos sillones individuales como solo los hombres jóvenes lo hacían: piernas y brazos tirados por todos lados, las chaquetas de la indumentaria casualmente tiradas en la cama, botas lodosas manchando la alfombra. Ambos estaban con la vista en Jessamine, aunque sólo James podía verla.

—¡Ciertamente no! —Jessamine parecía sospechosa—. Los fantasmas son completamente honestos. Sigo diciéndote, fueron ratones quienes tiraron tu espejo de plata detrás del escritorio y lo rompieron.

—Parece que, si los fantasmas mienten, son pésimos mentirosos —dijo James.

Matthew suspiró. —Es muy extraño verlos a ambos conversando con lo invisible.

—Hump —dijo Jessamine. Tembló un poquito y luego quedó firme, sus bordes aclarándose mientras flotaba hasta llegar al piso. Los cazadores de sombras, teniendo la Visión, podían generalmente ver a fantasmas que querían ser vistos, pero Lucie sabía que era un esfuerzo para Jessamine hacerse visible para todos los ojos.

—Oh —dijo Cordelia—. Es un placer conocerte, Jessamine. Lucie habla seguido de ti.

Jessamine brilló.

—Eres una fantasma muy atractiva —dijo Matthew, tamborileando sus dedos llenos de anillos contra su pecho—. Espero que Lucie y James te hayan nombrado lo suficiente.

—No lo han hecho —notó Jessamine.

—Es una lástima —dijo Matthew con los ojos centelleando.

—No eres en lo absoluto como Henry —dijo Jessamine, ojeando a Matthew especulativamente—. Él siempre estaba incendiando cosas, y no se podía escuchar ni un cumplido.

—Jessamine —dijo Lucie—. ¡Esto es importante! Por favor dinos, ¿los fantasmas pueden mentir? No tú, por supuesto, querida.

—Los fantasmas *pueden* mentir —concedió Jessamine—. Pero hay ciertas formas de necromancia que pueden obligarlos a decir la verdad, e incluso permitir a los vivos controlarlos —ella se estremeció—. Es por eso que la necromancia es desagradable y prohibida.

—¿Es por eso? —Cordelia sonaba dudosa. Volteándose a Lucie, dijo: —¿Estás preocupada porque el fantasma de Gast haya estado mintiendo?

Lucie titubeó. Parte de ella tenía la *esperanza* de que hubiera estado mintiendo, ya que él había clamado que un demonio sólo mataría cazadores de sombras. Era un pensamiento aterrador. —Sólo no quiero que corramos a un callejón sin salida. Gast fue muy insistente en que alguien extraordinariamente poderoso lo contrató para invocar estos demonios. Necesitamos averiguar quién fue.

—También necesitamos saber qué clase de demonios eran —dijo Cordelia—. No podemos ir al Enclave solo para reportar que Gast desató un montón de demonios venenosos, porque ya sabemos que estos demonios tienen veneno. No sabemos por qué su veneno es tan letal, o qué hizo Gast para hacerlos aparecer a plena luz del día.

—Todo esto parece muy aburrido —dijo Jessamine—. Si no me necesitan más, me voy. —se desvaneció con un suspiro de alivio, sin duda por no tener que seguir manteniéndose en su forma visible.

Lucie se estiró para tomar uno de sus cuadernos de escritura situados al borde del escritorio. Quizás era momento para empezar a tomar nota de sus pensamientos. —Hay otra cosa extraña. Sabemos que Gast invocó múltiples demonios, pero él seguía refiriéndose a uno solo. Él dijo *lo* invocó, no *los*.

—Quizás el demonio tuvo descendientes —sugirió James—. Algunos demonios tienen docenas de hijos, como las arañas.

De afuera de la ventana de Lucie vino el traqueteo de unas ruedas y los relinchos de caballos. Un momento después hubo un sonido de llanto desde el patio. James y Lucie corrieron a la ventana.

Un carruaje sin conductor se había materializado frente a las escaleras del Instituto. Lucie reconoció el escudo a un lado al instante: las cuatro Cs del Consulado. Era el carruaje de Charles Fairchild.

Las puertas del carruaje se abrieron de par en par y Grace salió a tropezones, con el cabello bajándole como una cortina por los hombros y el vestido lleno con sangre. Estaba gritando.

Al lado de Lucie, el cuerpo de James se tensó como un hierro.

Las puertas del Instituto se abrieron abruptamente y el hermano Enoch bajó corriendo las escaleras. Alcanzó dentro del carruaje detrás de Grace y cargó el cuerpo convulsionante de una mujer, cubierto en un manchado vestido fucsia. Su brazo estaba sangrando, envuelto con una venda temporal.

Tatiana Blackthorn.

Cordelia y Matthew se les habían unido en la ventana. Cordelia se tapaba la boca con la mano. —Por el Ángel —dijo Matthew—. Otro ataque.

Lucie se volteó para decirle a James que corriera hacia Grace, pero no hubo necesidad de hacerlo. Él ya se había ido.



James irrumpió en la enfermería para encontrar una escena de horror. Mamparas habían sido puestas entre las camas cerca de la pared occidental donde los enfermos yacían en su sueño inducido por veneno. James sólo podía ver sus siluetas—oscuras formas curvadas bajo las sábanas, tan tíasas como cadáveres. Al fondo de la habitación dos camas habían sido juntadas: Tatiana había sido cargada a través de la habitación, y la sangre salpicada en el suelo formaba un camino que llevaba hasta donde ésta estaba tirada sobre ambas camas, su cuerpo convulsionando y agitándose. Su hombro había sido desgarrado, al igual que su brazo; se le había caído el sombrero, y los finos mechones de su cabello canoso estaban enredados en su cráneo.

El hermano Enoch estaba inclinado sobre Tatiana, derramando un líquido azul oscuro desde un vaso hacia su boca abierta mientras ella jadeaba por aire. James pensó salvajemente en un ave bebé siendo alimentada por su madre. Jem estaba ahí, sosteniendo vendas bañadas en antiséptico. Grace estaba arrodillada en la sombra de la cama de su madre, sus manos fuertemente agarrando las de ella.

James se acercó, pasando las camas en las cuales los demás pacientes reposaban en sus inquietos estados drogados. Ariadne, Vespasia y Gerald podrían haber estado solo durmiendo, de no haber sido por los oscuros mapas de venas negras bajo su piel. Parecían crecer más con cada día que pasaba.

Hola, James.

Era la voz de Jem, gentil en su mente. James deseó tener algo para decirle a su tío, más que los frustrantes pedazos de un misterio que se rehusaban a pegarse. Pero Jem ya estaba buscando la identidad del abuelo de James. No podía molestar a Jem con más preguntas que podrían no tener respuestas.

¿Ella vivirá? le preguntó silenciosamente, señalando a Tatiana.

La voz de Jem se sentía inusualmente forzada. *Si ella muere, no será por causa de las heridas que ves aquí.*

El veneno. *El que acarrea muertes, envenenador de la vida*, había dicho Gast. Pero, ¿qué en el nombre del Ángel había conjurado?

—James. —Una mano atrapó su brazo; se inclinó para ver a Grace, con la cara llena de cenizas, sus labios mortalmente blancos. Estaba aferrándose al brazo de él con ambas manos—. Sácame de aquí.

Se volteó un poco para cubrirlos a ambos de la vista popular.

—¿A dónde te llevo? ¿Qué necesitas?

Sus manos temblaban, sacudiéndole el brazo.

—Necesito hablar contigo, James. Llévame a donde podamos estar solos.

* * *

—James se fue hace una eternidad —dijo Lucie. Ella estaba garabateando en su cuaderno, pero había empezado a parecer preocupada—. ¿Irías a buscarlo, Cordelia?

Cordelia no quería ir a buscar a James. Ella había visto la mirada en su cuando Grace salió del carruaje de Charles en el patio. El anhelo que se había convertido tan rápidamente en temor por Grace; la rápida inconsciente forma en que tocó el brazalete en su muñeca. Él odiaba a Tatiana, ella lo sabía, y con una buena razón. Pero él habría hecho cualquier cosa para protegerla, para evitarle a Grace el dolor.

Se preguntaba cómo sería, ser amada de esa manera. Incluso a pesar de su tristeza, había una extraña admiración por ella, por la forma en que James amaba a Grace y todo lo que la rodeaba. Eso no significaba que ella quisiera irrumpir entre James y su amada. Pero Lucie había preguntado, y Cordelia no veía razón para negarse. Ella sonrió débilmente.

—No estoy segura de dejarte a solas con un hombre —dijo— parece escandaloso.

Lucie se rio.

—Matthew no es un hombre. Solíamos pelearnos con cucharones de sopa cuando éramos niños.

Cordelia esperaba que Matthew también se riera, pero en cambio parecía distraído, de repente ocupado con una mancha de suciedad en su manga. Con un silencioso suspiro, Cordelia le hizo un gesto a Lucie y salió al pasillo.

Todavía estaba aprendiendo a moverse por el Instituto. Los símbolos para las familias de los cazadores de sombras estaban en todas partes y cuando Cordelia pasó por ellas, la luz mágica tocó las formas de las alas y las curvas de las torres. Cordelia encontró un conjunto de escalones de piedra y se dirigió hacia abajo, sólo para saltar de sorpresa cuando Anna Lightwood salió por debajo de un friso de mármol de un ángel sobre una colina verde. El dragón de Gales estaba representado en el fondo.

Anna llevaba pantalones y una chaqueta de sastrería francesa muy marcada. Sus ojos azules eran del mismo color que los de Will, más oscuros que los de Lucie: coincidían con los de su chaleco, y la cabeza de lapislázuli de su bastón.

—¿Has visto a James?—Cordelia exigió sin preámbulo.

—No —dijo Anna con rapidez—, me temo que no hay pistas sobre su paradero.

Cordelia frunció el ceño, no por James, sino por la expresión de Anna

—¿Anna? ¿Qué pasa?

Anna frunció el ceño.

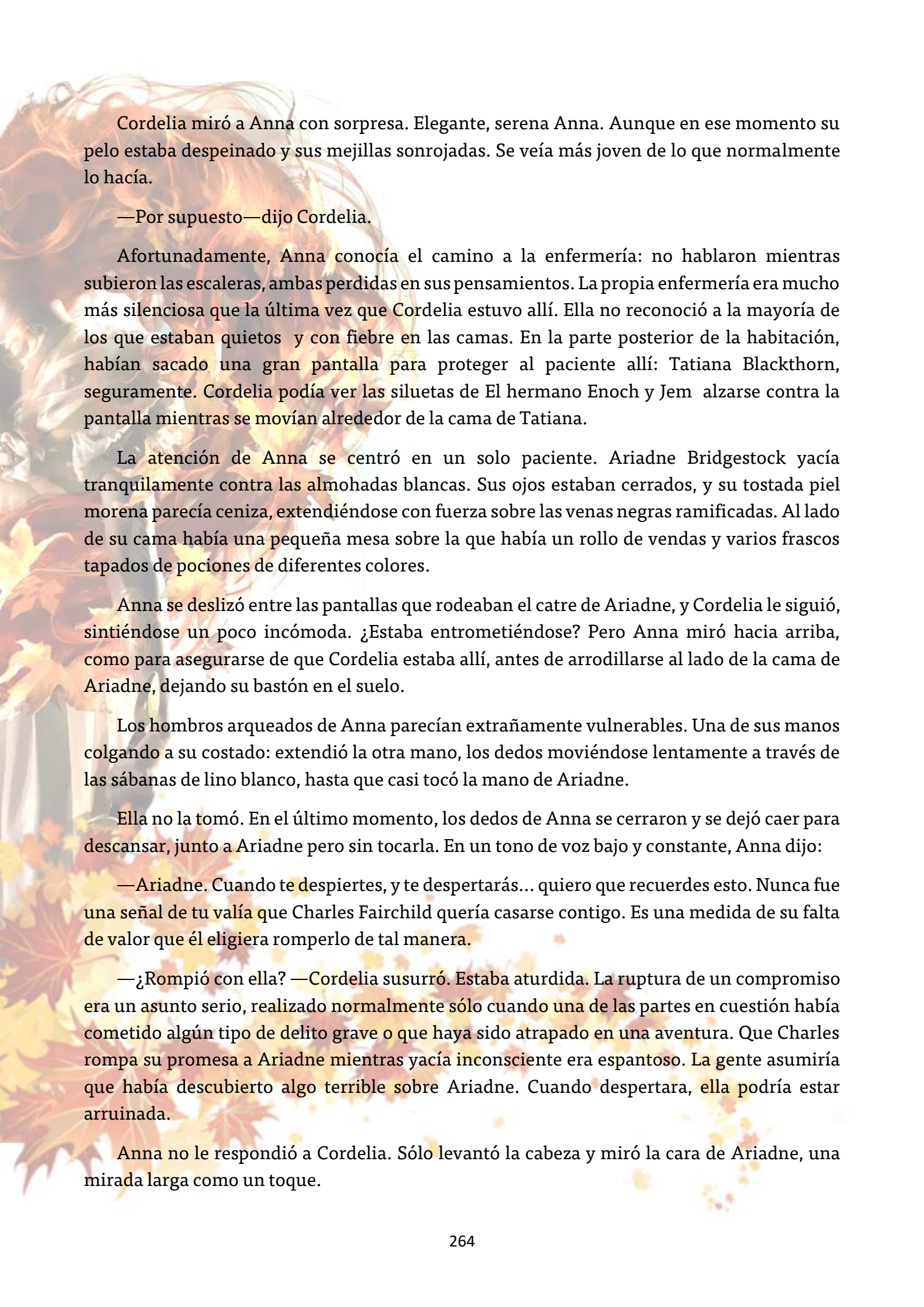
—Vine aquí a azotar a Charles, pero parece que está en otra parte.

—¿Charles Fairchild? —Cordelia repitió sin ninguna expresión—. Creo que está en la casa... convocó una reunión en su casa para los miembros de alto rango del Enclave. Podrías ir a azotarlo allí, pero sería una reunión muy extraña.

—¿Miembros de alto rango del enclave? —Anna puso los ojos en blanco—. Bueno, no hay duda porque no sé nada de eso. Así que supongo que tendré que esperar hasta más tarde para pincharlo como el forúnculo pustuloso que es—. Anna comenzó a caminar por el borde de la escalera—. Charles —dijo—. Maldito Charles, todo en servicio de sus ambiciones —ella giró, golpeando su bastón contra una escalera—. Ha hecho una cosa espantosa, espantosa. Necesito ir a la enfermería. No debería estar sola. Debo verla.

—¿Ver a quién?—Cordelia estaba desconcertada.

—Ariadne —dijo Anna—. Cordelia, ¿me acompañas a la enfermería?



Cordelia miró a Anna con sorpresa. Elegante, serena Anna. Aunque en ese momento su pelo estaba despeinado y sus mejillas sonrojadas. Se veía más joven de lo que normalmente lo hacía.

—Por supuesto—dijo Cordelia.

Afortunadamente, Anna conocía el camino a la enfermería: no hablaron mientras subieron las escaleras, ambas perdidas en sus pensamientos. La propia enfermería era mucho más silenciosa que la última vez que Cordelia estuvo allí. Ella no reconoció a la mayoría de los que estaban quietos y con fiebre en las camas. En la parte posterior de la habitación, habían sacado una gran pantalla para proteger al paciente allí: Tatiana Blackthorn, seguramente. Cordelia podía ver las siluetas de El hermano Enoch y Jem alzarse contra la pantalla mientras se movían alrededor de la cama de Tatiana.

La atención de Anna se centró en un solo paciente. Ariadne Bridgestock yacía tranquilamente contra las almohadas blancas. Sus ojos estaban cerrados, y su tostada piel morena parecía ceniza, extendiéndose con fuerza sobre las venas negras ramificadas. Al lado de su cama había una pequeña mesa sobre la que había un rollo de vendas y varios frascos tapados de pociones de diferentes colores.

Anna se deslizó entre las pantallas que rodeaban el catre de Ariadne, y Cordelia le siguió, sintiéndose un poco incómoda. ¿Estaba entrometiéndose? Pero Anna miró hacia arriba, como para asegurarse de que Cordelia estaba allí, antes de arrodillarse al lado de la cama de Ariadne, dejando su bastón en el suelo.

Los hombros arqueados de Anna parecían extrañamente vulnerables. Una de sus manos colgando a su costado: extendió la otra mano, los dedos moviéndose lentamente a través de las sábanas de lino blanco, hasta que casi tocó la mano de Ariadne.

Ella no la tomó. En el último momento, los dedos de Anna se cerraron y se dejó caer para descansar, junto a Ariadne pero sin tocarla. En un tono de voz bajo y constante, Anna dijo:

—Ariadne. Cuando te despiertes, y te despertarás... quiero que recuerdes esto. Nunca fue una señal de tu valía que Charles Fairchild quería casarse contigo. Es una medida de su falta de valor que él eligiera romperlo de tal manera.

—¿Rompió con ella? —Cordelia susurró. Estaba aturdida. La ruptura de un compromiso era un asunto serio, realizado normalmente sólo cuando una de las partes en cuestión había cometido algún tipo de delito grave o que haya sido atrapado en una aventura. Que Charles rompa su promesa a Ariadne mientras yacía inconsciente era espantoso. La gente asumiría que había descubierto algo terrible sobre Ariadne. Cuando despertara, ella podría estar arruinada.

Anna no le respondió a Cordelia. Sólo levantó la cabeza y miró la cara de Ariadne, una mirada larga como un toque.

—Por favor, no te mueras— dijo en voz baja, y se puso de pie.

Cogiendo su bastón, salió de la enfermería, dejando a Cordelia mirándola con sorpresa.



Lucie dejó su cuaderno a un lado. Matthew estaba dibujando círculos en el aire con un dedo índice y frunciendo el ceño perezosamente, como si fuera un pasha mirando sobre su corte y encontrándolos maleducados y que no están preparados para la inspección.

—¿Cómo estás, Luce? —dijo. Se había movido para sentarse a su lado en el sofá—. Dime la verdad.

—¿Cómo estás, Matthew? —Lucie respondió—. Dime la verdad.

—Yo no soy el que vio el fantasma de Gast, — dijo Matthew, y sonrió — suena como una novela de Dickens sin terminar, ¿no? *El Fantasma de Gast*.

—No soy la que casi se cae de una cuerda por la que debería haber encontrado fácil escalar—dijo Lucie en voz baja.

Los ojos de Matthew se entrecerraron. Eran unos ojos extraordinarios, tan oscuros que sólo podías saber que eran verdes si te parabas cerca de él. Y Lucie lo había hecho, muchas veces. Estaban cerca ahora, lo suficientemente cerca como para que ella pudiera ver el ligero mechón de pelo dorado a lo largo de su mandíbula, y las sombras bajo sus ojos.

—Eso me recuerda —dijo, y se arremangó. Había un largo rasguño a lo largo de su antebrazo—. Me vendría bien un iratze —le dedicó una sonrisa ganadora. Todas las sonrisas de Matthew eran así—. Aquí —añadió, y le paso su estela a ella—. Usa la mía.

Ella se acercó para quitárselo, y por un momento, su mano se cerró suavemente alrededor de la suya.

—Lucie—dijo él suavemente, y ella casi cerró los ojos, recordando cómo había puesto su abrigo alrededor de ella en la calle, el calor de su toque, el débil olor de él, el brandy y las hojas secas.

Pero sobre todo brandy.

Ella miró sus manos entrelazadas, las de él más cicatrizadas que las de ella. Los anillos en sus dedos. Empezó a girar la mano de ella en la suya, como si él pretendiera besar la palma de su mano.

—Eres un cazador de sombras, Matthew —dijo—. Deberías ser capaz de escalar una pared.

Se echó hacia atrás.

—Y lo soy —dijo—. Mis botas nuevas estaban resbaladizas.

—No fueron tus botas —dijo Lucie—, estabas borracho. Ahora estás borracho, también. Matthew, estás borracho la mayor parte del tiempo.

Soltó su mano como si le hubiera golpeado. Había confusión en sus ojos, y se podía ver que estaba herido también.

—Yo no soy...

—Sí, lo eres. ¿Crees que no puedo reconocerlo?

La boca de Matthew se endureció en una línea estrecha.

—La bebida me hace divertido.

—No me divierte ver cómo te haces daño, —dijo—. Tú eres como un hermano para mí, Math...

Se estremeció.

—¿Lo soy? Nadie más se queja tanto de lo que hago, o mi deseo de fortificación.

—Muchos temen mencionarlo —dijo Lucie—. Otros, como mi hermano y mis padres, no ven lo que no quieren ver. Pero yo lo veo, y estoy preocupada.

Su labio se enroscó en la esquina.

—¿Preocupada por mí? Me siento halagado.

—Estoy preocupada —dijo Lucie—, de que hagas que maten a mi hermano.

Matthew no se movió. Permaneció tan quieto como si se hubiera convertido en piedra por la Gorgona de las viejas historias. La Gorgona era un demonio, el padre de Lucie le había dicho, aunque en aquellos días no había cazadores de sombras. En su lugar los dioses y semidioses habían caminado sobre la tierra, y los milagros habían bajado del cielo como las hojas de un árbol en otoño. Pero no hubo ningún milagro aquí. Sólo el hecho de que ella podría haber apuñalado a Matthew en el corazón y hubiera sido lo mismo.

—Eres su parabatai —dijo Lucie, con la voz temblorosa—. Él confía en ti, para estar a su espalda en la batalla, para ser su escudo y espada, y si no eres tú mismo...

Matthew se puso de pie, casi volteando la silla. Sus ojos estaban oscuros con furia.

—Si fuera cualquier otro que no fueras tú, Lucie, quien me dijera estas cosas...

—¿Entonces qué? —Lucie también se puso de pie. Apenas llegaba a alcanzar el hombro de Matthew, pero ella lo miró de todas formas. Siempre había dado lo mejor de sí en las batallas de cucharones de sopa de su infancia—. ¿Qué harías?

Salió de la habitación sin responder.

* * *

Al final, James llevó a Grace al salón de pintar.

Estaba tranquilo y desierto: había un fuego encendido y él le llevó a una silla cerca de ella, agachándose para quitarle los guantes. Quería besar sus manos desnudas... tan vulnerables, tan familiares por sus días y noches en el bosque... pero él dio un paso atrás y la dejó sola para que se calentara con las llamas. No era un día frío, pero el shock podía hacer que uno se estremeciera hasta los huesos.

La luz de las llamas bailó sobre el papel tapiz de William Morris y los profundos colores de las alfombras Axminster que cubrían el piso de madera.

Al final Grace se puso de pie y comenzó a caminar de arriba a abajo frente a la fuego. Se había quitado los últimos alfileres de su pelo, y este se derramó sobre sus hombros como el agua helada.

—¿Grace? —ahora, en esta habitación, con sólo el sonido del tic-tac del reloj rompiendo el silencio, James dudó, ya que no había tenido tiempo o pausa para hacerlo en la enfermería—. ¿Puedes hablar de lo que pasó? ¿Dónde fue el ataque? ¿Cómo escapaste?

—Mamá fue atacada en la mansión —dijo Grace, con la voz baja—. Yo no sé cómo sucedió. La encontré inconsciente en la parte inferior de los escalones de la puerta principal. Las heridas en su hombro y brazo eran las heridas de los dientes.

—Lo siento mucho.

—No tienes que decir eso —dijo Grace. Había empezado a caminar de nuevo—. Hay cosas que no sabes, James. Y cosas que debo hacer, ahora que está enferma. Antes de que se despierte.

—Me alegra que pienses que se recuperará—dijo James, acercándose a ella.

No estaba seguro de si debía alcanzarla para tocarla, incluso cuando ella dejó de caminar y levantó sus ojos a los de él. No pensó que había visto a Grace así antes.

—Es importante tener esperanza.

—Es certeza. Mi madre no morirá —dijo Grace—. Todos estos años ha vivido de la amargura, y su amargura la mantendrá viva ahora. Es más fuerte que la muerte—ella alcanzó a acariciar su cara. Él cerró los ojos cuando las puntas de sus dedos trazaron el contorno de su pómulos, ligero como el toque de un ala de la libélula.

—James —dijo—. Oh, James. Abre los ojos. Déjame mirarte mientras aún me amas.

Sus ojos se abrieron de golpe.

—Te he amado durante años. Siempre te amaré.

—No —dijo Grace, dejando caer su mano. Había un gran cansancio en ella cara, en sus movimientos—. Pronto me odiarás.

—Nunca podría odiarte—dijo James.

—Me voy a casar—dijo.

Fue el tipo de shock tan inmenso que uno apenas lo sentía. *Ella ha cometido algún un tipo de error, pensó James. Está confundida. Arreglaré esto.*

—Me casaré con Charles —continuó—, Charles Fairchild. Hemos pasado bastante tiempo juntos desde que llegué a Londres, aunque sé que no lo has notado.

Un pulso había empezado a latir detrás de los ojos de James, a tiempo con el tic-tac del reloj del abuelo.

—Esto es una locura, Grace. Me pediste que me casara contigo anoche.

—Y tú dijiste que no. Fuiste muy claro —se encogió de hombros—. Charles dijo que sí.

—Charles está comprometido con Ariadne Bridgestock.

—Ese compromiso está roto. Charles le dijo al inquisidor Bridgestock que estaba terminando esta mañana. Ariadne no amaba a Charles; no le importará si se casan o no.

—¿En serio? ¿Le has preguntado? —James exigió ferozmente, y Grace se estremeció—. Nada de esto tiene sentido, Grace. Has estado en Londres menos de una semana...

Sus ojos brillaban.

—Puedo lograr mucho en menos de una semana.

—Aparentemente. Incluyendo el daño a Ariadne Bridgestock, que nunca te ha hecho nada. Charles es una persona fría. Tiene un corazón frío. Pero yo habría esperado algo mejor de ti que ser parte de algo como esto.

Grace se sonrojó.

—¿Crees que Ariadne está desesperada? Ella es hermosa y rica, y Charles está dispuesto a decirle a todos que ella rompió con él.

—¿Mientras estaba inconsciente?

—Claramente, él dirá que fue antes de que ella se enfermara—dijo Grace

—Y si muere, qué conveniente para ti—dijo James, el dolor como una bengala blanca encendiéndose detrás de sus ojos.

—Te dije que me odiarías —dijo Grace, y había algo casi salvaje en su expresión— ¡Te he dicho que ella no quiere a Charles, y si ella muere, sí, lo necesitará aún menos de lo que lo hace ahora! —Ella jadeaba para respirar—. No puedes verlo. Estoy más desesperada de lo que Ariadne podría estarlo.

—No puedo ver lo que no me dices, —dijo James en voz baja—. Si estás desesperada, déjame ayudarte...

—Te ofrecí la oportunidad de ayudarme —dijo—. Te pedí que te casaras conmigo, pero no lo habrías hecho. Todo lo que tienes aquí, es más importante para ti que yo.

—Eso no es verdad...

Sorpresivamente, se rio.

—Para amarme, James, debes amarme sobre todas las cosas. Siempre seremos el objetivo de mi madre si nos casamos y luego nuestros hijos lo serán... ¿y cómo podría eso valer la pena para ti? Ya sé que no lo vale para ti. Cuando te pedí que te casaras conmigo anoche, fue sólo una prueba. Deseaba ver si me amabas lo suficiente. Lo suficiente para hacer cualquier cosa para protegerme. No lo haces.

— ¿Y Charles lo hace? — La voz de James era baja —. Apenas lo conoces.

—No importa. Charles tiene poder. Será el Cónsul. No necesita amarme —lo enfrentó a través del patrón desgastado de la alfombra—. Debo hacer esto ahora, antes de que mi madre se despierte. Ella lo prohibiría. Pero si se despierta y ya está hecho, no irá contra la Clave y el Cónsul. ¿No lo ves? Es imposible entre nosotros, James.

—Sólo es imposible si lo haces así— dijo James.

Grace lanzó su chal alrededor de sus hombros como si tuviera frío.

—No me amas lo suficiente —dijo—. Te darás cuenta de eso pronto y estarás agradecido de que yo haya hecho esto —ella extendió su mano—. Por favor, devuélveme mi brazalete.

Fue como el golpe de un látigo. Lentamente James alcanzó el cierre del brazalete de plata. Había descansado allí tanto tiempo que cuando lo quitó, vio una tira de carne más pálida que rodeaba su muñeca, como la palidez que deja una vez se quita un anillo de bodas.

—Grace —dijo él, sosteniéndolo—, no necesitas hacer esto.

Ella le quitó el brazalete, dejando su muñeca con una sensación desnuda.

—Lo que teníamos era el sueño de los niños —dijo—. Se desvanecerá como nieve en verano. Lo olvidarás.

Su cabeza se sentía como si su cráneo se estuviera agrietando; apenas podía respirar. Escuchó su propia voz como si viniera de muy lejos.

—Soy un Herondale. Sólo amamos una vez.

—Eso es sólo una historia.

—¿No te has enterado? —James dijo amargamente—. Todas las historias son verdaderas.

Abrió la puerta, desesperado por alejarse de ella. Mientras corría al final del pasillo, los rostros de los extraños pasaron volando en un borrón; escuchó su propio nombre y luego bajó las escaleras y en la entrada, agarrando su abrigo. El cielo estaba nublado y las sombras se habían acumulado densamente en el patio, descansando entre las ramas de los árboles como cuervos.

—Jamie...

Matthew apareció en la oscuridad, su cabello brillante en la oscuridad de entrada, su expresión preocupada.

—Jamie, ¿qué pasa?

—Grace se va a casar con Charles —dijo James—. Déjalo, Matth. Necesito estar solo.

Antes de que Matthew pudiera decir una palabra, James abrió las puertas y huyó, desapareciendo debajo de las puertas arqueadas que marcaban la entrada al Instituto, las palabras talladas en ellas brillando a la luz del sol.

Somos polvo y sombras.



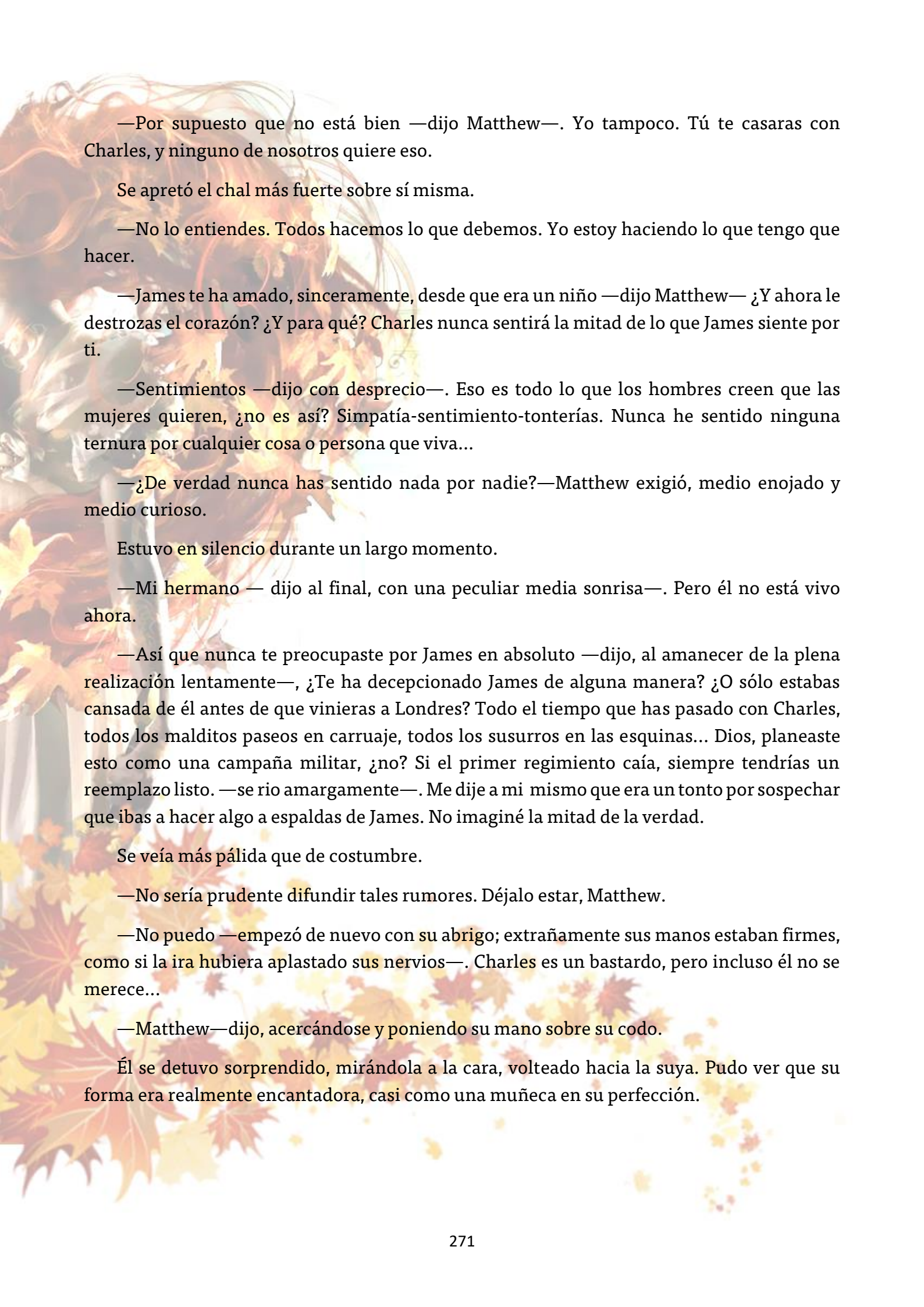
Matthew maldijo, con sus dedos buscando a tientas los botones de su abrigo. James se acababa de desvanecer en las sombras fuera del Instituto sin una sola arma con él, pero Matthew estaba seguro de que podría atraparlo. Él sabía los lugares de James, así como el propio James los conocía: todos los lugares en la ciudad que James podría buscar cuando estaba molesto.

Aunque sus manos temblaban demasiado como para que los botones funcionaran bien. Él maldijo de nuevo y alcanzó la petaca de su chaleco. Sólo un toque para estabilizar sus manos y lo puso en su lugar...

—¿Se veía James bien?—dijo una voz detrás de él.

Matthew se giró, dejando caer su mano. Grace se paró al pie de los escalones, un chal gris como una telaraña envuelto alrededor de sus delgados hombros

Matthew sabía que la mayoría la consideraba sorprendentemente hermosa, pero ella siempre parecía la sombra de una sombra para él, carente de vitalidad y color.



—Por supuesto que no está bien —dijo Matthew—. Yo tampoco. Tú te casaras con Charles, y ninguno de nosotros quiere eso.

Se apretó el chal más fuerte sobre sí misma.

—No lo entiendes. Todos hacemos lo que debemos. Yo estoy haciendo lo que tengo que hacer.

—James te ha amado, sinceramente, desde que era un niño —dijo Matthew— ¿Y ahora le destrozas el corazón? ¿Y para qué? Charles nunca sentirá la mitad de lo que James siente por ti.

—Sentimientos —dijo con desprecio—. Eso es todo lo que los hombres creen que las mujeres quieren, ¿no es así? Simpatía-sentimiento-tonterías. Nunca he sentido ninguna ternura por cualquier cosa o persona que viva...

—¿De verdad nunca has sentido nada por nadie?—Matthew exigió, medio enojado y medio curioso.

Estuvo en silencio durante un largo momento.

—Mi hermano — dijo al final, con una peculiar media sonrisa—. Pero él no está vivo ahora.

—Así que nunca te preocupaste por James en absoluto —dijo, al amanecer de la plena realización lentamente—, ¿Te ha decepcionado James de alguna manera? ¿O sólo estabas cansada de él antes de que vinieras a Londres? Todo el tiempo que has pasado con Charles, todos los malditos paseos en carruaje, todos los susurros en las esquinas... Dios, planeaste esto como una campaña militar, ¿no? Si el primer regimiento caía, siempre tendrías un reemplazo listo. —se rio amargamente—. Me dije a mi mismo que era un tonto por sospechar que ibas a hacer algo a espaldas de James. No imaginé la mitad de la verdad.

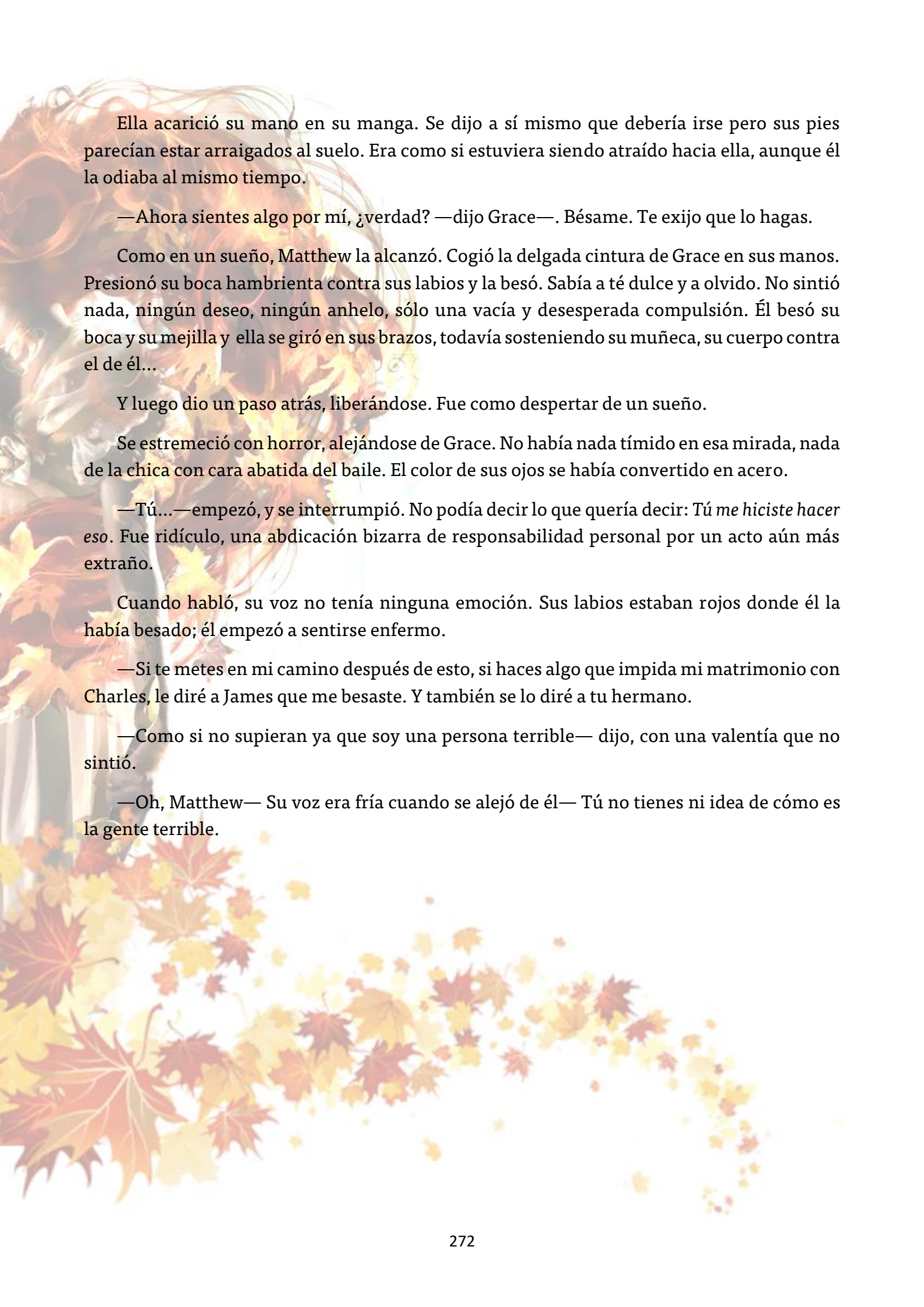
Se veía más pálida que de costumbre.

—No sería prudente difundir tales rumores. Déjalo estar, Matthew.

—No puedo —empezó de nuevo con su abrigo; extrañamente sus manos estaban firmes, como si la ira hubiera aplastado sus nervios—. Charles es un bastardo, pero incluso él no se merece...

—Matthew—dijo, acercándose y poniendo su mano sobre su codo.

Él se detuvo sorprendido, mirándola a la cara, volteado hacia la suya. Pudo ver que su forma era realmente encantadora, casi como una muñeca en su perfección.



Ella acarició su mano en su manga. Se dijo a sí mismo que debería irse pero sus pies parecían estar arraigados al suelo. Era como si estuviera siendo atraído hacia ella, aunque él la odiaba al mismo tiempo.

—Ahora sientes algo por mí, ¿verdad? —dijo Grace—. Bésame. Te exijo que lo hagas.

Como en un sueño, Matthew la alcanzó. Cogió la delgada cintura de Grace en sus manos. Presionó su boca hambrienta contra sus labios y la besó. Sabía a té dulce y a olvido. No sintió nada, ningún deseo, ningún anhelo, sólo una vacía y desesperada compulsión. Él besó su boca y su mejilla y ella se giró en sus brazos, todavía sosteniendo su muñeca, su cuerpo contra el de él...

Y luego dio un paso atrás, liberándose. Fue como despertar de un sueño.

Se estremeció con horror, alejándose de Grace. No había nada tímido en esa mirada, nada de la chica con cara abatida del baile. El color de sus ojos se había convertido en acero.

—Tú...—empezó, y se interrumpió. No podía decir lo que quería decir: *Tú me hiciste hacer eso*. Fue ridículo, una abdicación bizarra de responsabilidad personal por un acto aún más extraño.

Cuando habló, su voz no tenía ninguna emoción. Sus labios estaban rojos donde él la había besado; él empezó a sentirse enfermo.

—Si te metes en mi camino después de esto, si haces algo que impida mi matrimonio con Charles, le diré a James que me besaste. Y también se lo diré a tu hermano.

—Como si no supieran ya que soy una persona terrible— dijo, con una valentía que no sintió.

—Oh, Matthew— Su voz era fría cuando se alejó de él— Tú no tienes ni idea de cómo es la gente terrible.



13

RUINA AZUL

Traducido por: Lovelace, Nay Herondale

Corregido por: Cortana, BLACKTHORN

“Veinte puentes desde la Torre hasta Kew

*Queriendo saber lo que el río sabía,
Porque eran jóvenes y el Támesis viejo,
Y esta es la historia que el río contó.”*

—Ruyard Kipling, *La Historia del Río*

James se sentó en la orilla del baluarte de piedra sobre el puente Blackfriars, sus piernas colgando sobre el borde. El agua jade oscuro del Támesis fluía debajo. Pequeños botes de remos y luces circulaban junto a las barcasas del río, distinguiéndose por las características cimas de sus velas rojas, como manchas de sangre contrastando con el nublado cielo. A bordo de ellos, hombres con boinas se gritaban unos a los otros a través de la corriente del río.

Hacia el norte, el domo de San Paulo brillaba contra el fondo de nubes negras; del otro lado del río, la central de energía de Bankside soplab a humo al cielo.

El rítmico golpeteo de la marea contra el muelle de granito del puente era familiar para James como un arrullo. Blackfriars era un lugar especial para su familia: figuraba en unas cuantas historias de sus papás. Usualmente lo encontraba reconfortante. El río seguía, sin importar la confusión en las vidas de las personas que cruzaban el puente o navegaban a través del agua. No podían dejar verdaderamente una marca en el tiempo.

No era reconfortante ahora. No sentía como si pudiera respirar. El dolor que sentía era físico, como si afiladas varillas de acero hubieran atravesado sus costillas, deteniendo su corazón.

—¿James?

James levantó la vista. Matthew caminaba hacia él, con su abrigo abierto. No traía sombrero, su pálido cabello enredándose en la brisa del río, con aroma a carbón y sal.

—Te he estado buscando por toda la ciudad—dijo Matthew, balanceándose a sí mismo hacia la piedra del baluarte junto a James. James luchó contra el impulso de decirle que fuera cuidadoso. Era una gran caída hacia el río, pero las manos de Matthew eran firmes mientras se levantaba—. Dime que pasó.

James no podía explicarlo, la sensación de asfixia, el mareo. Recordó a su padre decir que el amor era dolor, pero el sentía algo más que eso. Sentía como si hubiera sido privado del aire casi al punto de morir y ahora estuviera jadeando y ahogándose, tratando desesperadamente de llenar sus pulmones. No podía encontrar palabras, no podía hacer nada más que inclinarse hacia Matthew y recargar su cabeza sobre su hombro.

—Jamie, Jamie —dijo Matthew, y levantó su mano para apoyarla fuertemente contra la espalda de James, entre sus omoplatos—. No.

James mantuvo su rostro presionado contra la tela del abrigo de Matthew. Olía a brandy y a la colonia de Penhaligons que Matthew había tomado de Charles. James sabía que su cuerpo estaba torcido en una extraña forma, su mano sujetando la pechera de Matthew y su cara enterrada en su hombro, no obstante, había algo en el consuelo de tu *parabatai*, nadie más podía dártelo, no tu madre o tu hermana o tu padre o amante. Era de tal trascendencia.

Las personas no pasarían por desapercibido a Matthew, por su ropa, por sus bromas, por la manera en la que no tomaba nada en serio. Asumían que era más propenso a quebrarse, a ceder cuando las cosas se ponían difíciles. Pero él no lo hacía. Él estaba sosteniendo a James ahora, como siempre lo hacía, haciéndolo parecer fácil, como siempre lo hacía.

—Supongo que hay un montón de cosas inútiles que podría decirte —dijo en voz baja, mientras James retrocedía—. Que era probablemente mejor que esto pasara rápido, y que es mejor haber amado y perdido que nunca haber amado en absoluto, y todo eso. Pero es todo tonterías ¿verdad?

—Muy probable —dijo James. Estaba consciente de que sus manos estaban temblando de una forma que le recordaba a algo. No podía saber bien a qué. Estaba teniendo problemas para concentrarse, ideas que se escabullían como ratones huyendo de un gato acercándose —. Creí que mi vida sería una cosa. Ahora parece ser algo completamente diferente.

Matthew descompuso su cara en una manera que los padres regularmente encontraban adorable. James pensó que lo hacía parecerse a Oscar—. Créeme —dijo—. Sé cómo se siente.

James estaba ligeramente sorprendido de escucharlo. Había encontrado a Matthew en situaciones comprometedoras con chicos y chicas antes, pero nunca pensó que el corazón de Matthew estuviera involucrado con alguno de ellos.

Estaba Lucie, por supuesto. Pero James sospechaba que Matthew no la amaba tampoco, más allá de los restos del enamoramiento infantil. En algún lugar del camino, James

sintió que Matthew había perdido la fe en la mayoría de las cosas. Habría sido fácil para el mantener su fe en Lucie, pero la pura fe no era amor.

James metió sus manos dentro del abrigo de Matthew. Matthew se quejó, pero no alejó su mano mientras James desabotonaba el bolsillo interno y sacaba la botella plateada de su *parabatai*.

—¿Estás seguro? —dijo Matthew—. La última vez que te sentiste con el corazón roto, disparaste a un candelabro con un arma mundana y casi te ahogas en el Serpentine.

—Estaba tratando de ahogarme —apuntó James—. Además, Magnus Bane me salvó.

—No menciones eso —dijo Matthew mientras James destapaba la botella—. Sabes cuan enojado estoy sobre eso. Yo idolatro a Magnus Bane, tuviste la oportunidad de conocerlo, y nos avergonzaste a todos nosotros.

—Estoy bastante seguro de que no le mencioné a ninguno de ustedes —dijo James empujando la botella. Se atragantó. Era ruina azul; el más barato, más duro tipo de ginebra. Bajaba como un rayo. Tocio y apartó la botella.

—Incluso peor —dijo Matthew—. Más mordaz que el diente de una serpiente es tener un *parabatai* desagradecido.

—Estoy bastante seguro de que eso no es original de Shakespeare —dijo James—. Fue algo bueno que Bane estuviera ahí —añadió—. Estaba en mal estado. Apenas y lo recuerdo. Sé que fue por Grace, me había escrito para decirme que deberíamos cortar contacto entre los dos. No lo podía entender. Salí a beber, para olvidar... —se interrumpió, sacudiendo la cabeza—. Al día siguiente volvió a escribirme para disculparse. Dijo que solo había tenido miedo. Me pregunto ahora si hubiera sido mejor que las cosas terminaran en ese entonces.

—No escogemos en qué momento de nuestras vidas vamos a sentir dolor —dijo Matthew—. Pasa cuando tiene que pasar, tratamos de recordarlo, a pesar de que no podemos imaginar el día en que finalmente nos libere, que todo el dolor se desvanece. La miseria pasa. La humanidad es atraída hacia la luz, no a la oscuridad.

El cielo estaba repleto del negro humo de Londres. Matthew era una pálida marca contra el oscuro cielo tormentoso; la brillante tela de su chaleco resplandecía igual que su rubio pelo.

—Matth —dijo James—. Sé que nunca te gustó Grace.

Matthew suspiró.

—No importa lo que piense de ella. Nunca lo hizo.

—Sabías que no me amaba—dijo James. Aún se sentía un poco atontado.

—No. Lo lamento. No es lo mismo. Incluso entonces, nunca podría haber adivinado lo que ella haría. Charles nunca podrá hacerla feliz.

—Ella me pidió que me casara con ella anoche, huir y casarnos en secreto —dijo James—. Dije que no. Hoy, me dijo que había sido una prueba. Era como si ella hubiera decidido que nuestro amor ya era una cosa rota y arruinada, y estuviera tratando de demostrarlo —tomó una respiración entrecortada—. Pero no puedo imaginar amarla más de lo que había hecho, más de lo que lo hago.

Los dedos de Matthew se pusieron blancos en donde agarraba la botella. Después de un largo momento, habló con un poco de dificultad—. No puedes atormentarte a ti mismo —dijo—. Si no hubiera sido esa prueba, habría sido otra. Este no es un problema de amor, si no de ambición. Desea ser la esposa del Cónsul. El amor no tiene lugar en este plan.

James trató de concentrarse en la cara de Matthew. No era tan fácil como debería ser. Luces danzaban detrás de sus parpados al cerrarlos y sus manos seguían temblando. Seguramente esto no era debido a un trago de la ruina azul. Sabía que no estaba ebrio, pero un sentimiento de indiferencia seguía ahí. Como si nada de lo que hiciera ahora importara —. Dime, Matthew —dijo—. Dime el nombre de la sombra que siempre está colgando sobre ti. Puedo convertirme en una sombra. Podría pelearla por ti.

Matthew apretó los ojos cerrándolos, como si dolieran—. Oh, Jamie —suspiró—. ¿Qué harías si te dijera que no hay ninguna sombra?

—No te creería —dijo James—. Sé lo que siento en mi propio corazón.

—James —dijo Matthew—. Estás comenzado a resbalarte del puente.

—Bien —James cerró sus ojos—. Tal vez seré capaz de dormir esta noche.

Matthew saltó hacia abajo, justo a tiempo para atrapar a James mientras éste se desplomaba de la pared.

* * *

James se arrodilló sobre el techo del Instituto. Sabía que estaba soñando, aun así, al mismo tiempo se sentía imposible que lo que le estaba pasando no fuera real: podía ver a Londres yacer delante de él tan claro como una pintura, ver sus caminos y callejones y bulevares, ver las estrellas colgando sobre la ciudad, blancas y pálidas como un diente aperlado de la muñeca de una niña.

Podía verse a sí mismo, desde la distancia, vio el negro de su pelo, y el oscuro negro de las alas que se alzaban desde su espalda.

Se vio a si mismo batallar con el peso de las alas. Eran puntiagudas y oscuras, con capas de plumas superpuestas que se difuminaban desde un profundo negro hasta un gris. Se dio cuenta entonces, que no eran sus alas: un monstruo arrodillado en su espalda, una criatura cuya cara no podía ver. Una joroba, algo deforme, en descoloridos harapos, sus afiladas garras clavadas profundamente en su espalda.

Sentía dolor. Era tan feroz como el fuego, quemando a través de su piel; se puso de pie tambaleándose, girando y girando como si pudiera lanzar a la criatura fuera de él. Luz ardía a su alrededor, pálida luz dorada, la misma que había visto cuando había pasado al reino de las sombras y después al invernadero de la casa Chiswick.

La luz de Cortana.

La vio ahí, la espada en su mano, su pelo como el fuego. Cortó a la criatura en la espalda de James, y con un abrazador dolor se desprendió fuera de él, Cortana se hundió profundo en el cuerpo. Se derrumbó, cayendo por la inclinada pendiente del techo.

La camisa de James estaba rasgada, empapada en sangre. Podía sentir más sangre goteando entre sus omoplatos. Cordelia corrió hasta él. Susurró su nombre: James, James, como si nadie lo hubiera pronunciado antes.

Todo alrededor de ellos, el cielo floreció con luces brillantes. No podía ver más a Cordelia. Las luces formaron figuras y patrones, las había visto antes, los garabatos en el papel del departamento de Gast. Saber que eran ellos causo cosquillas en su cerebro. Llamó por Cordelia, pero ya se había ido, como el sueño que él sabía que era ella.

** * **

Cuando James despertó a la mañana siguiente, estaba acostado en su propia cama. Estaba completamente vestido, sin embargo, alguien le había quitado su chaqueta y zapatos y los había puesto en una silla. En una butaca de terciopelo cerca, Matthew estaba dormitando, su mejilla apoyada en su mano.

Matthew siempre lucía un tanto diferente cuando estaba dormido. El constante movimiento que era una distracción cuando estaba despierto se desvanecía, y se convertía en una de esas pinturas que amaba: una de Frederic Leighton, posiblemente. Leighton era famoso por pintar niños en su inocencia, y cuando Matthew dormía parecía como si la tristeza jamás lo hubiera tocado.

Como si supiera que estaba siendo observado, se removió y se sentó, enfocando a James—. Estás despierto —comenzó a sonreír—. ¿Cómo está tu cabeza? ¿Sonando como una campana?

James se incorporó lentamente. Había estado con Matthew muchas mañanas cuando su *parabatai* se quejaba del dolor de cabeza, o malestares y la necesidad de tragar un vaso de huevo crudo y pimienta antes de empezar el día. Pero James no sentía nada como eso. Nada dolía o molestaba—. No, pero ¿Cómo me veo?

—Horrible —Matthew informó felizmente—. Como si hubieras visto al fantasma de Old Mol y tu cabello todavía este peinado.

James miro hacia abajo a sus propias manos, girándolas. Su muñeca desnuda seguía luciendo extraña, la ausencia del brazalete como una herida deslumbrante. Pero no había dolor real, ni físico o mental.

—Por otro lado —dijo Matthew, sus ojos brillando diabólicamente—. No puedo decir que tus padres estaban muy complacidos cuando te traje anoche...

James salió de la cama. Su ropa estaba tan arrugada como si hubiera dormido debajo de un puente—. ¿Me trajiste? ¿Mis padres estaban aquí?

—Ellos, en efecto, regresaron de su reunión con mi hermano —dijo Matthew—, quien era, aparentemente, muy aburrido lo cual pude haberles dicho.

—MATTHEW—dijo James.

Matthew levantó sus manos inocentemente —. No les dije nada, pero aparentemente Charles les conto de su compromiso con Grace en la reunión, y ellos dedujeron que estuviste tratando de ahogar tus penas. Les dije que solo tuviste un trago de ginebra y te acusaron de emborracharte fácilmente.

—Santo Dios—James se tambaleó hasta el baño. Por suerte había agua en la jarra, y una barra de jabón de sándalo. Se aseó así mismo apresuradamente y enjuagó su cabello. Sintiéndose menos asqueroso, se metido al vestidor, se puso ropa nueva, y regresó a la habitación, donde Matthew estaba sentado al pie de su cama con sus piernas cruzadas. Le tendió a James una taza de té sin decir nada, exactamente en la manera a la que a él le gustaba; fuerte y dulce, sin leche.

—¿De dónde trajiste esto? —preguntó James en voz alta, aceptando la taza.

Matthew se puso de pie—. Ven conmigo —dijo—. La comida ha sido servida en la sala de desayuno. Déjanos probar algunos de los deliciosos huevos de Bridget y te explicaré.

James miro a su *parabatai* con sospecha. Los huevos de Bridget eran famosamente asquerosos—. ¿Explicarme qué?

Matthew hizo un gesto para que guardara silencio. Rodando sus ojos, James deslizo los pies en sus zapatos y siguió a Matthew a través de los serpenteantes corredores hasta el desayuno, donde la comida seguía puesta. Una urna plateada, ahora con café frío en ella, platos de chuleta de ternera, y el menos favorito de James, kitchiri. Se instaló en la mesa con un plato de champiñones y tostadas. Su mente se sentía sorprendentemente clara, como si hubiera salido de una extraña niebla. Incluso la tostada y los champiñones sabían diferente.

Frunció el ceño—. Algo pasó —dijo, dándose cuenta de lo silencioso que estaba. Solo el sonido de relojes haciendo tic tac en el Instituto. Los corredores estaban libres de personas. Se levantó y se dirigió a la ventana que daba al patio. No había carruajes. Su agarre se apretó sobre el alambique—. Matthew, ¿alguien...?

—No —dijo Matthew rápidamente—. No, Jamie, nadie ha muerto. El Énclave decidió trasladar a los heridos a la Ciudad Silenciosa. Estaban demasiado enfermos para ir por un portal, así que tus padres están ayudando con la tarea, igual que Christopher. Incluso Charles ha prestado su carruaje.

—¿Y Grace? —dijo James. Su nombre se sentía extraño en su boca, como si hubiera adquirido un nuevo sonido. Recordaba el horrible dolor que había sentido un día antes, llevándolo a la oscuridad. Un sentimiento que parecía destrozar su pecho, pero intelectualmente, no físicamente. Seguramente regresaría, pensó. Debería prepararse mientras pudiera.

—Los Pouncebys la han llevado —dijo Matthew—. Están en el Highgate, cerca de la entrada a la Ciudad Silenciosa. Podrá visitar a su madre —pausó—. Estará bien James.

—Sí, confío en que lo estará —dijo James—. ¿Y Lucie? ¿Sabe lo que está pasando?

Matthew pareció sorprendido—. Sí, pero ¿oíste lo que dije de Grace?

Antes de que James pudiera responder, Lucie entró al comedor. Estaba en su ropa de entrenamiento, una holgada túnica sobre calzas y botas, y traía un bonche de cartas con ella. El correo apenas debió de haber llegado. Dejó la correspondencia en la bandeja del correo en la cómoda y se dirigió hacia James con una preocupada mirada—. ¡Jamie! Oh, gracias a Dios. Madre me conto sobre Charles y Grace, pero me he guardado las noticias completamente para mí misma. ¿Te encuentras bien? ¿Está tu alma angustiada?

—El Cruel Príncipe James está bastante bien, gracias —dijo. Un tanto extrañado, notó que Matthew se había deslizado alrededor de Lucie y parecía estar asomándose al correo—. ¿Dónde has estado Luce?

—Arriba en el cuarto de entrenamiento con Cordelia —dijo—. Alastair fue con Charles a ayudar a trasladar a algunos de los enfermos, y ella se ha quedado conmigo. Pensamos que tal vez deberíamos estar más preparadas, sabes, en caso de que otra secreta asignación terminara en un ataque de demonio.

—No creo que eso sea muy probable—dijo James, y vio a Matthew dándole otra peculiar mirada.

—James —dijo Lucie severamente—. No necesitas pretender ser valiente, como el Lord Wingrave cuando su mano fue rechazada en matrimonio.

James se preguntó si era alguien que él debía conocer —. ¿Quién diablos es él?

—Aparece el *La Hermosa Cordelia* —dijo Lucie—. Juro que leí eso en voz alta la última Navidad. Papá estaba bastante impresionado.

Matthew se giró, sus manos detrás de su espalda—. Ah, Lucie —dijo un poco muy fuerte—. Has estado entrenando, según veo, como un gran guerrero de Inglaterra. Como Boadicea, quien venció a los romanos. ¡Siéntate! Permíteme prepararte un emparedado de miel.

Lucie lo miró dudosa, después pareció encogerse de hombros y aceptó el gesto—. Tú eres una persona demente, Matthew —dijo—. Pero adoro los emparedados de miel —se dejó hacer en una silla y se estiró alcanzando la tetera—. Supongo que Charles y Grace no han anunciado su compromiso formalmente aun, pero eso sería muy inapropiado con Ariadne tan enferma. Estoy sorprendida de que el Inquisidor no haya tratado de arrestar a Charles.

Mientras Matthew cruzó la habitación para ir por el tarro de miel del aparador, presionó algo plano y de papel en la mano de James—. Sé que está dirigida a Lucie —dijo en voz baja—. Pero es para Cordelia. Llévaselo a ella.

Uno no hacía preguntas cuando se le era solicitado por su *parabatai*—. Parece que me he olvidado de ponerme calcetines —anunció James. Lucie lo miró como si hubiera perdido el juicio. Se acercó lentamente a la puerta, tratando de evitar que Lucie mirara sus pies—. Regresaré en un momento.

James tomó las escaleras hacia el piso de arriba dos escalones a la vez. Se sentía más ligero de lo que se había sentido en meses, como si hubiera dejado una carga que ni siquiera sabía que estaba llevando. Mientras alcanzaba el tercer piso, examinó el objeto que Matthew

le había dado: una carta, escrita en la letra inconfundible de la Cónsul, dirigida a Lucie Herondale.

La puerta del cuarto de entrenamiento estaba abierta. Era un largo salón, el cual había sido alargado unos años antes cuando fue unido con el resto del ático. El piso era de madera pulida cubierta de una alfombra de tatami, y cuerdas flexibles colgadas de las vigas en el techo, anudadas a varias alturas para escalar más fácilmente. Antorchas de luz mágica iluminaban la habitación, y la luz del sol nublado entraba por las ventanas superiores.

Cordelia estaba parada en la parte norte del cuarto enfrente del largo espejo plateado, Cortana de un oro brillante a su lado. Usaba ropa de entrenamiento que debió de haberlas tomadas prestadas de Lucie: parecían apretadas y cortas en ella, sus tobillos visibles debajo del dobladillo del pantalón.

Se volteó, moviéndose con la espada como si danzaran juntas. Su clara piel morena relucía como la luz mágica, brillando en sudor en su clavícula, y garganta. Su cabello había sido soltado de su agarre. Juntas, ella y Cortana eran un poema escrito en fuego y sangre.

Debió haber hecho un sonido para que ella se hubiera girado a verlo, ojos bien abiertos, su pecho subiendo y bajando con rápidas respiraciones. Una sacudida lo atravesó. Algo como una memoria, Cordelia acostada a su lado, su pelo suave contra un lado de su cuello, el calor de su cadera contra él...

Trató de sacudir el pensamiento de su cabeza; nada como eso había pasado en su vida. ¿Un fragmento de su sueño de la noche anterior tal vez?

Deslizó la carta de su bolsillo y se lo tendió—. Daisy —dijo—. Tengo algo para ti.



Muchos años de práctica habían familiarizado a Cordelia con el entrenamiento en solitario. Su padre siempre decía que una pareja viviente era necesaria para aprender ciertos aspectos del arte de la espada ¿Cómo podrías aprender a girar una cuchilla de cerca, por ejemplo, si no tenías una espada contra la que apoyar la tuya? Alastair había replicado que el entrenamiento de un cazador de sombras era algo único: raramente peleabas con un oponente que trajera espada, al fin y al cabo, era más probable hacerlo contra un monstruo de forma peculiar.

Cordelia se había reído, y Elias había rodado sus ojos y cedido. Después de todo, se mudaban tan seguido por la salud de Elias que ni Cordelia o Alastair habían tenido alguna pareja de entrenamiento regular más que el uno al otro, y ellos no eran compatibles en altura

o peso. Entonces cuando Lucie se había ido a preparar una taza de té, Cordelia había regresado a las viejas costumbres de practicar su juego de pies, arremetiendo con Cortana en mano, practicando secuencias de acciones una tras otras hasta que fueran naturales para ella como lo era bajar las escaleras. Alzó a Cortana, volteándola, haciéndola girar y embistiendo, solo para casi perder su balance ante la sorpresa mientras James caminaba a través de la puerta abierta del cuarto de entrenamiento.

Lo observó por un momento, atrapándolo con la guardia baja. Algo en él lucía diferente. Su ropa era ordinaria, un saco para la mañana, pantalones grises, y su usual cabello negro enmarañado. Había unas ligeras sombras bajo sus ojos, lo cual no era sorprendente para alguien que había estado fuera tan tarde.

Deslizó Cortana dentro de su funda en su espalda mientras James le pasaba una carta de su bolsillo y se la ofrecía con una sonrisa; podía ver el nombre de Lucie garabateado en el frente.

—¿Cómo supiste que esto era para mí?—preguntó. Sus manos temblaban mientras tomó la carta de él y la comenzó a abrir.

—Matthew me contó —dijo—. Creo que él está distrayendo a Lucie en el comedor, sin embargo, quien sabe cuánto durará.

—Está bien, sabes, confío en Lucie —dijo Cordelia—. Si no hubiera estado preparada para que ella leyera la carta no hubiera hecho que la enviaran aquí.

—Lo sé —dijo James—. Pero es tu carta. ¿Por qué no deberías leerla tu primero? De hecho, si necesitas que me retire, puedo hacerlo.

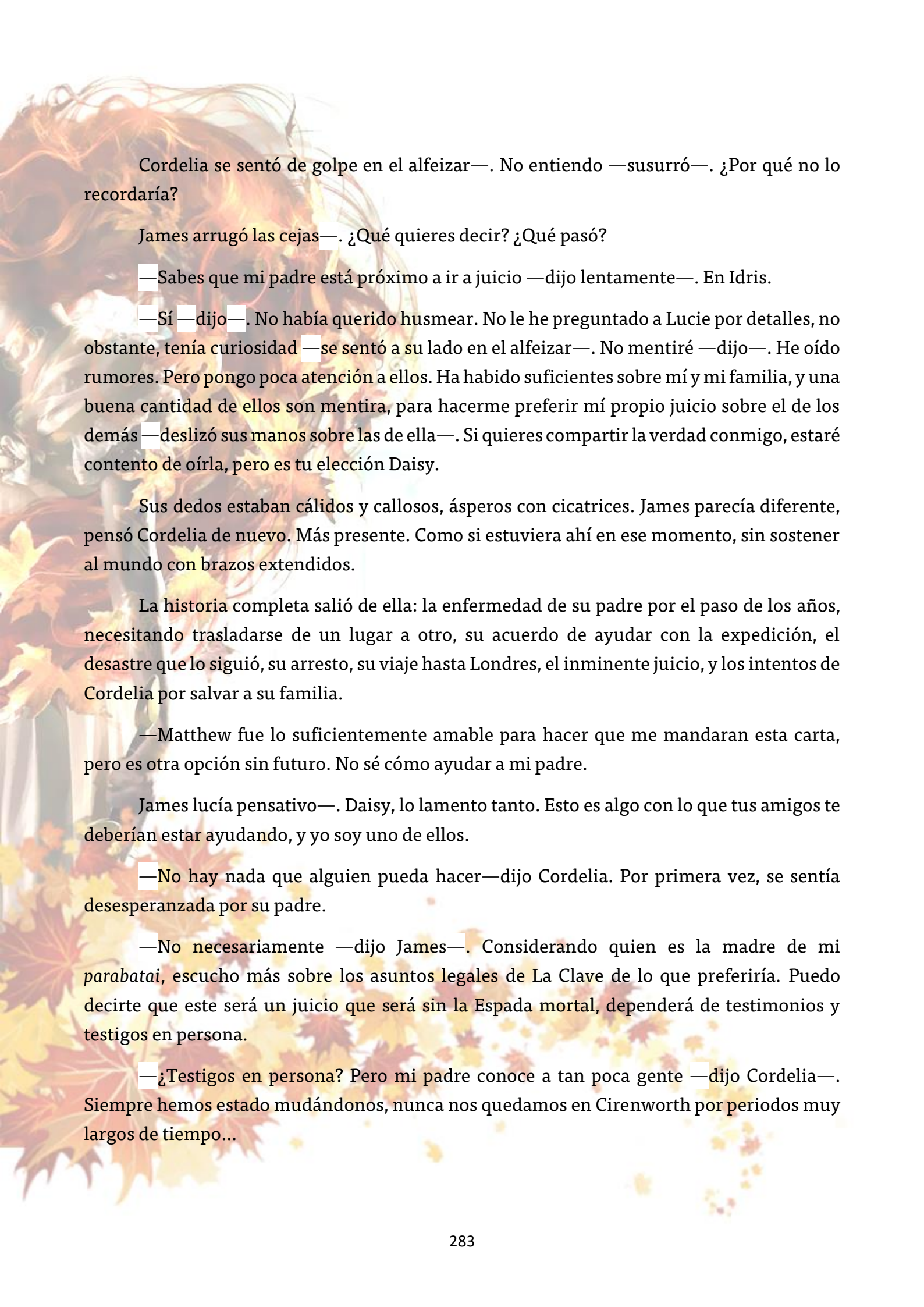
—No —dijo Cordelia, bajando la mirada para escanear la letra de Charlotte—. No, quédate, por favor.

Querida Lucie,

Espero que esta carta te encuentre bien, y a la querida Cordelia también. Lamento decir que solo tengo pocas noticias nuevas, ya que la situación de Elías Carstairs se ha puesto en espera por un tiempo mientras se trata la actual emergencia. Nosotros en efecto tratamos de probar la espada mortal, pero desafortunadamente hacerlo no arrojó ninguna luz sobre la situación, pues Elías no tiene ninguna memoria de los eventos de la noche de la batalla. Es un tema sumamente complicado. Por favor manda a Cordelia mis buenos deseos. No puedo esperar a regresar a Londres y verlos pronto.

Con amor,

Charlotte



Cordelia se sentó de golpe en el alfeizar—. No entiendo —susurró—. ¿Por qué no lo recordaría?

James arrugó las cejas—. ¿Qué quieres decir? ¿Qué pasó?

—Sabes que mi padre está próximo a ir a juicio —dijo lentamente—. En Idris.

—Sí —dijo—. No había querido husmear. No le he preguntado a Lucie por detalles, no obstante, tenía curiosidad —se sentó a su lado en el alfeizar—. No mentiré —dijo—. He oído rumores. Pero pongo poca atención a ellos. Ha habido suficientes sobre mí y mi familia, y una buena cantidad de ellos son mentira, para hacerme preferir mi propio juicio sobre el de los demás —deslizó sus manos sobre las de ella—. Si quieres compartir la verdad conmigo, estaré contento de oírla, pero es tu elección Daisy.

Sus dedos estaban cálidos y callosos, ásperos con cicatrices. James parecía diferente, pensó Cordelia de nuevo. Más presente. Como si estuviera ahí en ese momento, sin sostener al mundo con brazos extendidos.

La historia completa salió de ella: la enfermedad de su padre por el paso de los años, necesitando trasladarse de un lugar a otro, su acuerdo de ayudar con la expedición, el desastre que lo siguió, su arresto, su viaje hasta Londres, el inminente juicio, y los intentos de Cordelia por salvar a su familia.

—Matthew fue lo suficientemente amable para hacer que me mandaran esta carta, pero es otra opción sin futuro. No sé cómo ayudar a mi padre.

James lucía pensativo—. Daisy, lo lamento tanto. Esto es algo con lo que tus amigos te deberían estar ayudando, y yo soy uno de ellos.

—No hay nada que alguien pueda hacer—dijo Cordelia. Por primera vez, se sentía desesperanzada por su padre.

—No necesariamente —dijo James—. Considerando quien es la madre de mi *parabatai*, escucho más sobre los asuntos legales de La Clave de lo que preferiría. Puedo decirte que este será un juicio que será sin la Espada mortal, dependerá de testimonios y testigos en persona.

—¿Testigos en persona? Pero mi padre conoce a tan poca gente —dijo Cordelia—. Siempre hemos estado mudándonos, nunca nos quedamos en Cirenworth por periodos muy largos de tiempo...

—He escuchado muchas historias sobre tu padre —continuó James—. La mayoría de Jem. Después de que los padres de Jem fueron asesinados por el demonio Yanluo, fue Elias quien lo atacó con Ke Yiwen y lo mató, salvando incontables vidas. Tu padre podrá haber estado cansado y enfermo estos últimos años, pero antes de eso, fue un héroe, y La Clave necesita que se lo recuerden.

La esperanza comenzó a regresar al corazón de Cordelia—. Mi padre raramente habla sobre su vida antes de nuestra familia, no obstante ¿Crees que podrías ayudarme a averiguar algunos de los nombres de los testigos? —agregó apresuradamente—. Entiendo si no puedes. Sé que Grace te necesita ahora, con su madre enferma.

James vaciló—. Ya no tengo un entendimiento con Grace.

—¿Qué?

Retiró sus manos; estaban temblando. Se dio cuenta con ligera sorpresa que el brazalete de metal ya no estaba en su muñeca. Grace debió haberlo tomado de vuelta—. Eres la única persona a la que se lo he dicho; además de Matthew anoche...

Christopher apareció en la habitación como un pequeño ciclón. No llevaba sombrero y usaba una levita que parecía como si hubiera pertenecido a su padre, hecha en espiguilla con varios hoyos de quemaduras en los puños—. Aquí están —dijo, como si lo hubieran traicionado por no haberlos podido encontrar en una locación más fácil—. He venido con noticias.

James se puso de pie —. ¿Qué pasa Kit?

—Esos fragmentos de madera que me enviaste —dijo Christopher—. Thomas y yo fuimos capaces de analizarlos usando el laboratorio en la taberna.

—¿Los fragmentos de madera? Los que creíamos que podían ser armas —dijo Cordelia.

Christopher asintió—. Lo peculiar es que el ácido que ha quemado la madera era la sangre de algún tipo de demonio, y había residuo demoniaco en la madera, pero solo en un lado de cada fragmento.

Los ojos de James se ancharon—. Di eso de nuevo.

—Solo en un lado de cada fragmento —dijo Christopher obedientemente—. Como si hubiera sido colocado allí deliberadamente.

—No—James metió la mano en el bolsillo y sacó un papel doblado.

Cordelia lo reconoció como el boceto que él y Matthew habían encontrado en el piso de Gast.

Se lo tendió a Cordelia.

—Tenía la intención de preguntarte antes —dijo con urgencia en su tono—. Cuando lo vi por primera vez pensé que eran runas: no sé qué demonios había en mi cabeza. Algunos de estos son símbolos alquímicos, pero los otros son claramente escritos antiguos persas, probablemente de la era aqueménida.

Cordelia tomó el papel de James. Ella no había podido mirar el papel antes, pero James tenía razón: debajo de los símbolos impares había un nombre en persa antiguo. La escritura cuneiforme *las hacía* parecer un poco como runas, pero ella lo reconoció de inmediato; su madre había insistido en que ella y Alastair supieran al menos un poco del lenguaje de Darío el Grande.

—*Merthykhuwar*—dijo ella lentamente—. Es un nombre para un tipo de demonio que existió en Persia hace mucho tiempo. Los cazadores de sombras lo llaman el Mandikhor.

—Incluso los mundanos tienen una palabra para eso —dijo James—. 'Manticore'—miró a Christopher—. Sé de qué son los fragmentos ahora —dijo—. ¿Cómo pude no haberlo visto antes? Son los restos de una caja Pyxis.

—¿Una Pyxis?—Cordelia se sobresaltó. Hace mucho tiempo, los cazadores de sombras habían desarrollado contenedores de madera llamados cajas Pyxis para atrapar la esencia de los demonios que cazaban; después de la Guerra Mecánica, cuando Axel Mortmain había usado una caja Pyxis para transferir almas demoníacas a monstruos mecánicos, habían sido abandonadas como una herramienta Nefilim. Nadie las había usado en años.

—He visto una Pyxis antes, en la Academia —dijo James—. Si un demonio hubiera estado atrapado en un Pyxis y estalló, eso explicaría por qué había residuos del demonio solo en un lado de la madera: el interior. Y las marcas en los fragmentos se asemejan a los símbolos alquímicos que fueron tallados en cajas Pyxis...

El sonido de pasos corriendo en el pasillo lo interrumpió. La puerta se abrió de nuevo; esta vez fueron Matthew y Lucie, ambos parecían preocupados. Christopher, que había tomado una espada serafín de su cinturón, la bajó aliviado.

—Gracias a Raziel —dijo—. Pensé que era un demonio atacando.

Matthew le dio a Christopher una mirada oscura.

—Guarda eso —dijo—. No me gustaría ser apuñalado; Soy demasiado joven y hermoso para morir.

—Veo que has sido interrumpido en tu camino para encontrar calcetines, James —dijo Lucie—. Bridget vino y nos dijo que Christopher estaba aquí. ¿Qué está pasando? ¿Ha sucedido algo?...

—En realidad, muchas cosas —dijo Christopher—. Podemos discutirlo todo en la Taberna del Diablo. Thomas está esperando allí, y no quiero dejarlo solo.



La Taberna del Diablo era un edificio de entramado de madera en Fleet Street con vastos cristales brillantes que parecían dividir la luz, dejando el interior del pub en la sombra. Había muy poca gente adentro, solo unos pocos hombres encorvados sobre jarras de cerveza, pero un hombre lobo de barba canosa y su camarera miraba con los ojos abiertos a Lucie, Cordelia, James, Christopher y Matthew cruzar la habitación y subir los escalones, sus miradas curiosas.

Cordelia no se sorprendió al ver que las paredes de los Ladrones Felices estaban abarrotadas de libros de aspecto fascinante. Había un tablero de dardos de aspecto antiguo en el que se encontraban varias dagas incrustadas, su superficie roja y negra en relieve que mostraba las marcas de muchas más. Había una esquina con láminas de metal fijadas a las paredes y una robusta mesa de trabajo con cubierta de acero, sobre la cual descansaba un conjunto de escamas de latón brillante y una caja de cerveza de madera de aspecto algo maltratado llena de vidrio de tubos de ensayo, réplicas y otra parafernalia química. Un laboratorio móvil para Christopher asumió Cordelia.

Se colocó un sofá bajo de crin justo enfrente de una chimenea cuya repisa alardeaba de un busto de Apolo, debajo del cual estaba tallado un verso sobre vino. Thomas se sentó en el sofá, con un libro en la mano. Sus anchos hombros estaban encorvados, sus ojos ensombrecidos por el agotamiento. Aun así, su rostro se iluminó cuando vio a sus amigos.

—Tom—dijo James. Fue y se dejó caer junto a su amigo en el sofá gastado, colocando una mano sobre su hombro. Levantó la vista y vio que los otros todavía dudaban. Les hizo un gesto para que se unieran a él y a Thomas. Ese era James, pensó Cordelia mientras acercaban las sillas. Siempre James manteniendo al grupo unido, notando cuándo se necesitaban mutuamente.

Thomas dejó el libro que había estado sosteniendo; Cordelia se sorprendió de ver que era un libro de poesía sufí, los versos de Hafiz e Ibn al-Farid, escrito en persa y árabe.

—Cordelia —dijo. Sonaba cansado como si su voz hubiera sido ralentizada por el dolor—. Lucie. Me alegro de verlas.

—Bienvenidas a nuestro santuario, damas —dijo Matthew, desenroscando la tapa de su petaca—. Christopher rescató un poco de estos muebles. Como el Rey Arturo y sus caballeros, preferimos sentarnos en una mesa redonda en la que todos seamos iguales.

—Además —agregó Christopher, bajando un libro de los estantes y entregándoselo a James—, era la única mesa que mi madre estaba dispuesta a dejarnos.

—No pude ir a Idris —dijo Thomas de repente, como si alguien le hubiera preguntado por qué todavía estaba en Londres—. Deseo ver a Eugenia, pero necesito quedarme aquí. Necesito ayudar a Kit a encontrar la cura para esta enfermedad del demonio o veneno o lo que quiera que sea esto. Lo que le pasó a mi hermana no le puede pasar a nadie más.

—A veces el dolor y la preocupación deben tomar la forma de acción —dijo Cordelia—. A veces es insoportable sentarse y esperar.

Thomas le lanzó una mirada agradecida.

—Exactamente eso —dijo.

—Entonces... ¿Christopher les contó todo sobre los fragmentos?

—Sí —intervino Christopher— y James se dio cuenta de que los fragmentos son de una Pyxis.

—¿Una Pyxis? —Thomas hizo eco—. Pero fueron destruidas después de la Guerra mecánica. No son seguros ¿recuerdan lo que sucedió en la escuela?

—La mayoría de las Pyxis fueron destruidas después de la Guerra Mecánica— dijo James.

—En el piso de Gast, sin embargo, encontré un dibujo. Parecía más bien un boceto de una caja ordinaria, no era muy buen artista...

—Ah, ¿el dibujo con las runas tambaleantes a su alrededor? —Matthew dijo.

—No eran runas —dijo James—. Eran símbolos alquímicos: los que tallarías en una caja Pyxis.

—¡Oh! —dijo Lucie—. Las marcas en los fragmentos. Eran símbolos alquímicos también. Por supuesto.

—Eso no fue todo —dijo James—. En el papel, Gast había garabateado una palabra en persa antiguo. Cordelia pudo traducirlo.

Él la miró expectante.

—Era el nombre de un demonio —dijo Cordelia—. *Merthykhuwar*—ella frunció el ceño. Tales demonios habían aparecido en viejas historias de su infancia; ella siempre los consideró casi míticos, como dragones.

—En persa moderno sería *Mardykhor*. Pero los cazadores de sombras lo llaman Mandikhor. Se dice que son cruelmente venenosos.

—¿Crees que Gast convocó a un demonio Mandikhor? —Matthew preguntó.

—¿Pero no están destinados a extinguirse? ¿Y qué tienen que ver con la caja Pyxis?

James abrió el libro que Christopher le había entregado y deslizó un par de pequeños lentes dorados sobre su nariz. Algo en el pecho de Cordelia se apretó, como si hubiera enganchado un pequeño trozo de su corazón, como un trozo de tela en una espina. Ella apartó la vista de James y sus adorables gafas. Tenía que encontrar a alguien más para sentirse así. O alguien con quien sentir de una manera diferente. Cualquiera cosa, para que ella pudiera dejar de sentirse de esa forma. Ella trató de no pensar en lo que él había dicho en la sala de entrenamiento.

Ya no tengo un entendimiento con Grace. ¿Pero por qué? ¿Que podría haber pasado entre ellos, y porque pasó tan rápido?

—'El Mandikhor está aquí y allá, es uno y muchos' —James citó—. Mira, una de las cosas más desagradables sobre el Mandikhor es que puede dividirse en muchas piezas, cada una de las cuales es su propio demonio separado y una parte de la criatura original. Es por eso que están mejor capturados en cajas Pyxis. El Mandikhor es difícil de matar, en parte porque puede producir una corriente interminable de demonios más pequeños; no te podrías incluso acercar a él. Pero con un Pyxis, si usa el cuadro para captura al Mandikhor, los demonios más pequeños desaparecerán. —alzó la vista del libro—. Empecé a adivinar que era un Pyxis cuando Christopher me dijo sobre los fragmentos, la traducción de Cordelia lo confirmó. Sabía que Gast debía haber convocado a uno de los pocos demonios que necesitaría capturar en un Pyxis. En este caso, un Mandikhor.

—No se parece en nada a esas criaturas que nos atacaron en el parque, — dijo Christopher, mirando por encima del hombro de James. El libro estaba ilustrado, pero Cordelia no necesitaba verlo: sabía lo que parecía un Mandikhor. Cola de escorpión, cuerpo de león, triple hilera de mandíbulas que gotean veneno.

—Estoy bastante segura de que esos eran los Khora —ofreció Cordelia—. Los pequeños demonios que se separaron del Mandikhor. No se parecen a eso. Y eso debe ser porque Gast se refirió al demonio en singular, él *había* convocado un demonio. Luego se dividió en demonios más pequeños.

—Entonces alguien contrató a Gast para criar un Mandikhor y atraparlo en un Pyxis —dijo Lucie—. Pero cuando regresó a su departamento con el demonio enjaulado en la caja, lo emboscaron, lo mataron, y liberaron a la criatura.

—Gast no es la mente detrás de esto —concordó James—. Era una herramienta, útil solo para construir una Pyxis y convocar al demonio. Alguien más estaba dirigiendo sus movimientos y ataques.

—No solo convocar al demonio —dijo Lucie—. Recuerda lo que Ragnor dijo: Gast lo convocó de tal manera, usando magia dimensional, que está protegido de la luz solar.

Todos intercambiaron miradas. Cordelia sabía lo que los demás estaban pensando: ¿quién podría haber contratado a Gast? ¿No había otro motivo más que propagar derramamiento de sangre, contagio y muerte?

Thomas se pasó una mano por el pelo grueso.

—Si el demonio fuera atrapado y asesinado, ¿qué hay de los envenenados? ¿Se mejorarían?

James sacudió la cabeza.

—Los enfermos no serán sanados. Todavía necesitamos un antídoto para eso. Pero los demonios se habrán ido, y eso es un buen comienzo —él dejó el libro—. El Énclave ha estado buscando a estos demonios sin éxito, ¿cómo habrían adivinado que estaban buscando la descendencia de una criatura extinta? Pero ahora que sabemos que es un Mandikhor ...

—En las historias de los demonios de *Merthykhuwar*, hacen sus hogares entre espacios, —dijo Cordelia lentamente—. Por ejemplo, la frontera entre dos países, o en medio de un puente. Un lugar que no está aquí ni allí.

James se quitó las gafas; se mordía el labio pensativamente—. Cuando entré en el reino de las sombras, desde el salón de baile —dijo—, vi, entre otras cosas, Tower Bridge. Una extraña luz roja se derramaba de ella. Yo creo que...

Matthew se enderezó. —Sabemos que Gast crió al demonio en un puente —dijo—. Un lugar intermedio, como dijo Cordelia. Quizás todavía reside allí.

—Entonces, si fuéramos al Tower Bridge, con una Pyxis, ¿Es posible que pudiéramos recuperar el Mandikhor? —dijo Lucie—. Y entonces el Khora desaparecería, ¿como si hubiera muerto?

—Sí, pero primero tendríamos que obtener una Pyxis—dijo Christopher pensando prácticamente.

—Eso sería difícil.

—Pero tal vez no sea imposible —dijo Matthew. Se estaba tocando los dedos inquietos contra el brazo de su silla, su cabello y corbata despeinados—. Si la mayoría fueron destruidos después de la Guerra Mecánica ...

—Quedan unos pocos —dijo James—. Desafortunadamente, están en Idris.

—Tenía miedo de que dijeras eso —murmuró Matthew, alcanzando su petaca de nuevo—. Creo que la Clave lo notará si desaparecemos desde Londres y aparecemos en Idris, recorriendo el Gard como cazadores de tesoros.

James lo miró exasperado.

—Las únicas Pyxis que la Clave posee están en Idris. Hay algunos otros. Solo necesitamos encontrar uno. Hay una cierta tienda en Limehouse...

—Espera —dijo Cordelia de repente—. Una caja cubierta de símbolos alquímicos la Ourobouros es un símbolo alquímico, ¿verdad? ¿Matthew, no viste una caja con un diseño de serpiente? ¿En el Callejón del infierno?

Matthew comenzó.

—Sí —dijo—. En la cámara de Hypatia Vex. Una caja de madera con un símbolo de ourobouros tallado en los lados. Tienes sentido; Hypatia es una coleccionista empedernida.

—Excelente —dijo Christopher—. Entonces le diremos que lo necesitamos.

—Adelante, si te gustaría convertirte en un gabinete de porcelana—dijo James.

—A Hypatia no le gustan los cazadores de sombras —parecía pensativo—. Bien pensado, sin embargo, Daisy. Debe haber alguna forma de llegar a ella.

—Podríamos robar el Callejón del infierno—dijo Thomas.

—Y usar máscaras — dijo Lucie con entusiasmo—. Como los salteadores de caminos.

—Solo un tonto robaría a Hypatia Vex —dijo Matthew—. Y que no sea dicho que Matthew Fairchild es un tonto. Al menos, que no sea dicho conmigo escuchando. Me resultaría muy doloroso.

—Creo que Christopher tiene razón —dijo Cordelia—. Deberíamos preguntarle a Hypatia.

Christopher parecía aturdido y satisfecho en igual medida.

—¿Deberíamos?

—Bueno, no nosotros —dijo Cordelia—. Es cierto que a ella no le gustan los Cazadores de Sombras. Pero ciertamente hay al menos una que le gusta mucho.



—Daisy, cariño, estoy encantada de verte —declaró Anna—. Aunque es totalmente maleducado aparecer sin previo aviso a la hora del té. Simplemente no será suficiente pastel para todos. Las chicas tendrán pastel y los chicos nada. No hay otra manera justa de hacerlo.

El piso de la calle Percy seguía siendo un alegre oasis de caos. Tal vez era aún más caótico de lo que había sido en la última visita de Cordelia. Una cinta de encaje, que Cordelia sospechaba provenía del corsé de una dama, adornaba uno de los cuchillos clavado en la repisa de la chimenea de Anna, balanceándose alegremente de una empuñadura de joyas. El sofá cubierto de oro de Anna y las sillas no combinadas estaban todas llenas de gente. Thomas, demasiado alto para las sillas, estaba tendido en la alfombra de hogar con sus botas balanceadas en el cubo de carbón. En su mesita, Anna había presentado, con el aire de una magnífica anfitriona, un pastel de frutas que ella había llamado barmbrack, y un bizcocho que había comprado en una pastelería.

—Eso son postres injustos—dijo James.

—El mundo es injusto, mi amor— le dijo Anna. Ella se sentó en el brazo de la silla alta con respaldo de ala donde Christopher estaba sentado, balanceando el pie delante de ella, y se agachó para acariciar el cabello de Thomas.

Los finos mechones se deslizaron por sus dedos largos y marcados.

—Por supuesto yo te ofrecería a ti pastel, querido primo, si creyera que aliviaría tu corazón.

Thomas le dirigió una mirada cariñosa pero cansada—. Creo que, en este caso, tu ayuda sería mejor que el pastel.

—Por supuesto —dijo Anna—. Dime qué está pasando.

Así que James explicó que requerían una Pyxis, aunque no con precisión del porqué estaba relacionado con los ataques de los demonios. Cordelia veía de ida y vuelta entre los dos primos, James y Anna. En muchos sentidos, ellos dos parecían más hermano y hermana que James y Lucie, o Anna y Christopher. Compartían el mismo cabello negro cuervo, como el de Will y las caras angulosas y cinceladas de Cecily. Ambos llevaban su inteligencia como armadura: mentes agudas y réplicas afiladas que protegen la suavidad que puede estar debajo.

—Y así —terminó James—, pensamos, tal vez esta noche en el Callejón del Infierno...

Anna levantó una ceja hacia arriba—. Ah sí, sobre eso. Déjame tener bien claro lo que estás pidiendo: ¿quieres que seduzca a una bruja para obtener una caja trágicamente anticuada en la que, sin duda, se alberga a un demonio peligroso? —Anna inspeccionó la habitación—. ¿Qué los hizo decidirse sobre este plan? ¿Y por qué en nombre de Raziel no le han dicho a nadie algo más al respecto?

—¿Porque estamos adivinando? —arriesgó a responder Matthew.

—Porque no podemos —dijo Lucie con rigidez—. Hemos hecho un voto de proteger la fuente que nos dio la información en la que se basan nuestras *conjeturas*. Ni siquiera podemos decírtelo, querida Anna. Simplemente debes confiar en nosotros que esto es por una buena razón.

Anna levantó las manos.

—Correcto. Están dementes, cada uno de ustedes.

La boca de James tiró hacia arriba en la esquina.

—¿Dudas de que podrías hacerlo?

—Humph —Anna jugueteó con su reloj por lo que la cadena captaba la luz y brillaba—. Yo podría hacerlo. Pero va completamente en contra de mi código. Está en contra mi estricta política de seducir a cualquiera dos veces.

—No sabía que había seducido a Hypatia una vez—dijo Matthew.

Anna agitó una mano impaciente.

—Hace siglos. ¿Cómo crees que soy invitada al Callejón del Infierno en primer lugar? Honestamente, Matthew.

—¿Cómo terminaste las cosas con Hypatia? —dijo Lucie—. ¿Estaba su corazón roto? En ese caso, ella podría querer... venganza.

Anna puso los ojos en blanco—. Espera un momento, mi querida novelista. De hecho, todos ustedes esperen aquí, excepto Cordelia. Vienes conmigo, Daisy.

Se levantó de su lugar en el brazo de la silla de Christopher y cruzó la habitación, subió un par de pasos y desapareció detrás de una puerta de madera. Cordelia se levantó, alisó los volantes de su vestido, movió las cejas hacia Lucie y marchó hacia el infame dormitorio de Anna Lightwood.

Fue sorprendentemente ordinario. Si Cordelia hubiera esperado cosas escandalosas o cartas de amor manchadas de lágrimas clavadas en las paredes, no había ninguna.

En cambio, había cigarros colocados junto con botellas de colonia en un rebozado escritorio de nogal y un chaleco color azul marino de pescador colgando descuidadamente sobre un biombo japones. La cama no estaba hecha, las sábanas eran una maraña de seda.

Cuando Cordelia cerró la puerta cuidadosamente tras ella, Anna levantó la vista lanzándole una sonrisa y un paquete de colores brillantes. Cordelia lo atrapó reflexivamente. Era un largo rollo de tela: una seda azul real.

—¿Qué es esto? —preguntó Cordelia.

Anna se apoyó contra una de las columnas de su cama, con las manos en los bolsillos.

—Compláceme. Sostenlo contra ti misma.

Cordelia hizo lo que le dijeron. ¿Quizás Anna había hecho un vestido para un amante y estaba usando a Cordelia como modelo?

—Sí —murmuró Anna—. El tono se adapta bastante a tu color. Como lo haría un clarete, creo, o un dorado profundo o azafrán. Ninguno de estos pasteles insípidos que todas las chicas llevan puestas.

Cordelia deslizó una mano por la tela.

—No pensé que te gustaran los vestidos.

Anna se encogió de hombros, con un breve movimiento de hombros.

—Usarlos yo misma era como tener mi alma en una prisión de enaguas, pero aprecio profundamente a una hermosa mujer en un vestido que le queda bien. De hecho, una de mis amantes favoritas, una señora que me entretuvo durante casi dos semanas era una *belleza* a quién podrías conocer por los periódicos de moda mundanos.

—¿Esto es para ella? ¿Es...? —comenzó Cordelia, encantada.

Anna rio.

—Nunca lo diré. Ahora déjalo y ven. He obtenido lo que vine a buscar.

Levantó un pequeño libro de notas encuadernado en negro. Cordelia no la había incluso visto agarrarlo. Salieron de la habitación, Anna agitando la mano con el libro sobre su cabeza en triunfo.

—Esto —anunció—, tendrá las respuestas a todas nuestras preguntas.

Los ocupantes del salón levantaron la vista. Lucie, Christopher y Matthew estaban discutiendo sobre el pastel, aunque, Cordelia observo, se había colocado un pedazo en un plato para Thomas ya y descansaba en su regazo. James estaba investigando la fría rejilla de la chimenea, su expresión distante.

Matthew levantó la vista, con los ojos brillantes casi febriles.

—¿Es esta tu lista de conquistas?

—Por supuesto que no —declaró Anna—. Es un libro de memorias... sobre mis conquistas. Esa es una distinción importante pero significativa.

Cordelia se recostó en el sofá junto a Lucie, que había logrado adquirir un pedazo de bizcocho. Matthew se apoyó contra el marco del sofá a su lado; James estaba mirando a Anna ahora, sus ojos color de la luz solar a través de hojas de color amarillo pálido. Anna ojeó el libro. Había muchas páginas y muchos nombres escritos en una mano audaz y extensa.

—Hmm, déjame ver. Katherine, Alicia, Virginia, una escritora muy prometedora, deberías leer su trabajo, James. Mariane, Virna, Eugenia...

—¿No es mi hermana Eugenia? —Thomas casi volcó su pastel.

—Oh, probablemente no —dijo Anna—. Laura, Lily ... ah, Hypatia. Bueno, fue un breve encuentro, y supongo que se podría decir que ella me sedujo ...

—Bueno, eso no parece justo —dijo James—. Como alguien resolviendo un caso antes de Sherlock Holmes. Si yo fuera tú, me sentiría desafiado, como a un duelo.

Matthew se rio entre dientes. Anna le dio a James una mirada oscura.

—Sé lo que estás tratando de hacer—dijo.

—¿Está funcionando? —dijo James.

—Posiblemente — dijo Anna, con respecto al libro. Cordelia no pudo evitar preguntarse: ¿Estaba allí el nombre de Ariadne? ¿Se la consideraba una conquista ahora? ¿O era algo más?

—Aprecio el rigor científico con el que has abordado este proyecto, Anna —dijo Christopher, que se había atascado en la manga—. Aunque no creo que pueda reunir tantos nombres y también perseguir la ciencia. Demasiado tiempo.

Anna rió.

—¿Cuántos nombres te gustaría reunir, entonces?

Christopher inclinó la cabeza, un breve ceño de concentración cruzó su cara, y no respondió.

—Solo querría uno—dijo Thomas.

Cordelia pensó en la delicada tracería de la rosa de los vientos en el brazo de Thomas, y se preguntó si tenía alguna persona especial en mente.

—Demasiado tarde para que solo tenga uno —declaró Matthew alegremente—. Al menos yo puedo esperar varios nombres en una cuidadosa pero entusiasta lista seleccionada.

—Nadie ha intentado seducirme en absoluto —anunció Lucie en un modo melancólico—. No hay necesidad de mirarme así, James. yo no diría que sí, pero podría inmortalizar la experiencia en mi novela.

—Sería una novela muy corta, antes que atrape al sinvergüenza y lo mate—dijo James.³⁹

Hubo un coro de risas y discusiones. El sol de la tarde estaba hundiéndose en el cielo, sus rayos atrapando las joyas en las empuñaduras de los cuchillos sobre la repisa de la chimenea de Anna, lanzaron brillantes patrones de arcoíris entre el oro y las paredes verdes. La luz iluminaba el lúgubre y deslucido piso de Anna, haciendo que algo en el corazón de Cordelia se sintiera en un lugar hogareño, en cierto modo, algo que su gran casa fría en Kensington no era.

—¿Y tú, Cordelia? — dijo Lucie.

—Uno —dijo Cordelia—. Ese es el sueño de todos, ¿verdad? En lugar de muchos que te dan pequeños pedazos de sí mismos, uno que te da todo.

Anna rio.

³⁹ Pero si Jesse opta por seducir a Lucie, James no podría verlo 😊

—Buscar uno es lo que lleva a toda la miseria en este mundo —dijo—. La búsqueda de muchos es lo que lleva a toda la diversión—Cordelia se encontró con los ojos de James, casi por accidente. Ella vio la preocupación en ellos... había algo quebradizo en la risa de Anna.

—Entonces esto debería ser divertido—dijo Cordelia rápidamente—. Seducir a Hypatia. Después de todo, ¿Para qué son las reglas si no para romperse?

—Tienes un excelente punto—dijo Matthew, arreglando un pedazo de pastel del plato de Lucie. Ella le dio una palmada en la mano.

—Y obtener esta Pyxis podría ayudar a algunas personas—dijo Cordelia.

—Podría haber ayudado a Barbara. Todavía podría ayudar a Ariadne.

El azul de los ojos de Anna se oscureció.

—Oh muy bien. Vamos a intentarlo. Puede ser una broma. Sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué? —dijo Christopher—. Si no tienes la ropa adecuada, podría prestarte mi chaleco nuevo. Es naranja.

Anna se estremeció.

—El naranja no es el color de la seducción, Christopher. El naranja es el color de la desesperación y las calabazas. De todos modos, tengo toda la ropa que necesito. Sin embargo... —levantó un dedo, la uña bastante corta—, el Callejón del Infierno no se reúne todas las noches. El próximo es mañana.

—Entonces iremos mañana—dijo James.

—No podemos ir todos al Callejón del infierno —dijo Anna—, a Hypatia no le gustaría que todos nos presentemos en pandilla. Una pandilla no es digna.

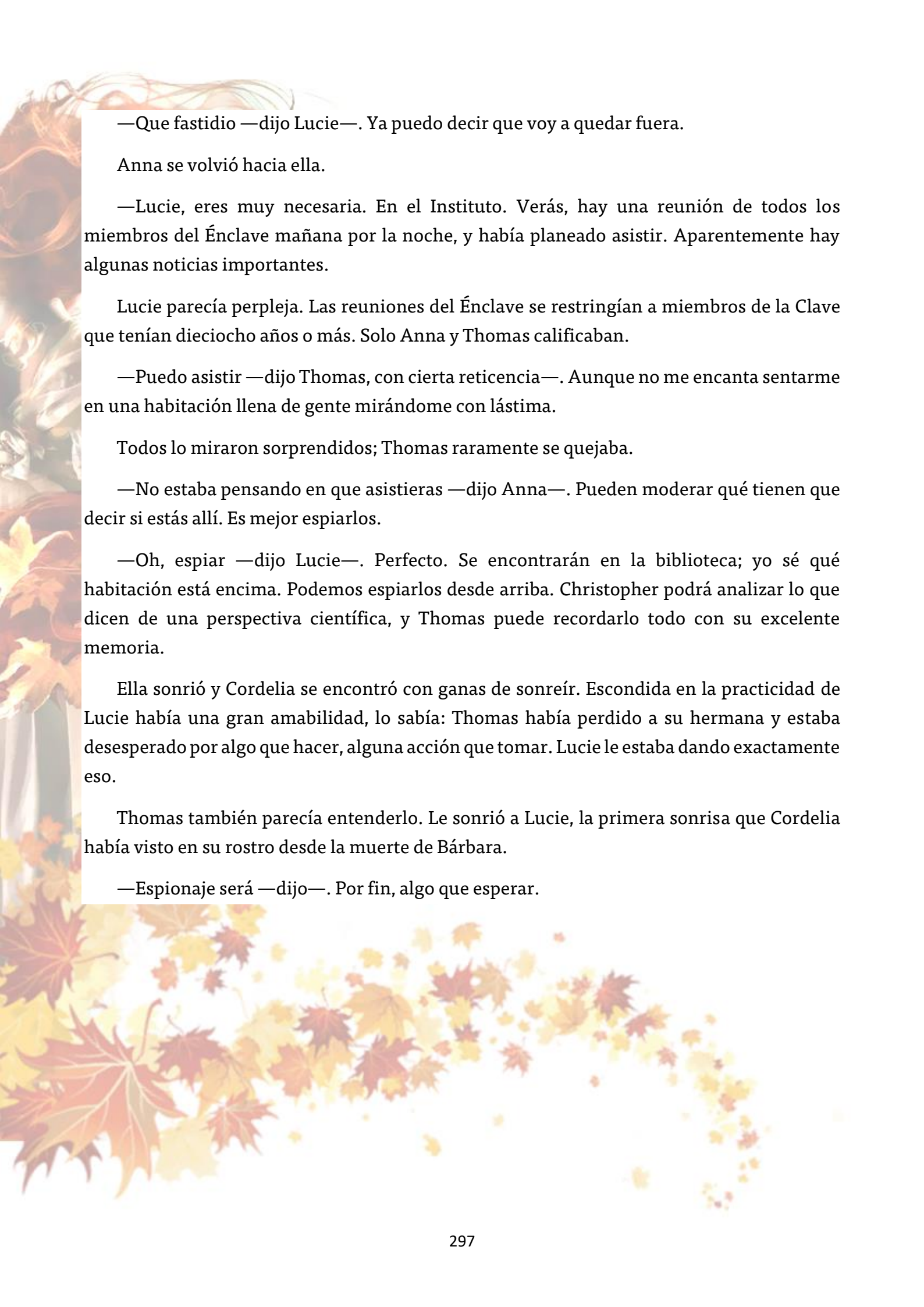
—Tiene sentido que vaya —dijo Matthew—. Ellos me conocen allí.

—Yo también debería ir —dijo James—. Es posible que mi poder de sombra sea útil, lo he utilizado antes para adquirir ciertas cosas.

Todos parecían perplejos, pero la expresión de James no era una que sugirió que una solicitud de aclaración sería bienvenida. Anna sonrió con su lenta y escocesa sonrisa.

—Y Cordelia también, por supuesto —dijo ella—. Una chica hermosa siempre es una distracción, y lo que haremos necesita mucha distracción.

James y Matthew miraron a Cordelia. *No me sonrojaré*, se dijo ella misma ferozmente. *No lo haré*. Tenía la sospecha de que parecía que podría estar ahogándose.



—Que fastidio —dijo Lucie—. Ya puedo decir que voy a quedar fuera.

Anna se volvió hacia ella.

—Lucie, eres muy necesaria. En el Instituto. Verás, hay una reunión de todos los miembros del Énclave mañana por la noche, y había planeado asistir. Aparentemente hay algunas noticias importantes.

Lucie parecía perpleja. Las reuniones del Énclave se restringían a miembros de la Clave que tenían dieciocho años o más. Solo Anna y Thomas calificaban.

—Puedo asistir —dijo Thomas, con cierta reticencia—. Aunque no me encanta sentarme en una habitación llena de gente mirándome con lástima.

Todos lo miraron sorprendidos; Thomas raramente se quejaba.

—No estaba pensando en que asistieras —dijo Anna—. Pueden moderar qué tienen que decir si estás allí. Es mejor espiarlos.

—Oh, espiar —dijo Lucie—. Perfecto. Se encontrarán en la biblioteca; yo sé qué habitación está encima. Podemos espiarlos desde arriba. Christopher podrá analizar lo que dicen de una perspectiva científica, y Thomas puede recordarlo todo con su excelente memoria.

Ella sonrió y Cordelia se encontró con ganas de sonreír. Escondida en la practicidad de Lucie había una gran amabilidad, lo sabía: Thomas había perdido a su hermana y estaba desesperado por algo que hacer, alguna acción que tomar. Lucie le estaba dando exactamente eso.

Thomas también parecía entenderlo. Le sonrió a Lucie, la primera sonrisa que Cordelia había visto en su rostro desde la muerte de Bárbara.

—Espionaje será —dijo—. Por fin, algo que esperar.

14

ENTRE LEONES SALVAJES

Traducido por: ♡Herondale♡, Ale Blackthorn
Corregido por: Jeivi37, BLACKTHORN, Roni Turner

*“Y allá lanzó el guante, para probar su amor; miró luego hacia él y le sonrió;
Hizo él una reverencia, y saltó al momento entre los leones salvajes:
Presto fue el salto, rápido el regreso y ya a su sitio había vuelto,
Cuando arrojó el guante, mas no con amor, al rostro de la dama.
“¡Por Dios!”, dijo el Rey, “¡Bien hecho!” y se alzó de su asiento:
“No amor”, sentenció, “sino vanidad, pide al amor tal hazaña.”*

—Leigh Hunt, *The Glove and the Lions*⁴⁰

James insistió en acompañar a Cordelia a casa, sin importarle que la distancia que había entre Percy Street y Kensington era mínima. Anna había secuestrado a Matthew para un encargo secreto y Thomas, Christopher y Lucie habían regresado a la Taberna del Diablo para trabajar en la caja Pyxis. Cordelia desearía haberse quedado, pero conocía bien el límite de la paciencia de su madre. Seguramente, Sona estaría preguntándose dónde estaba.

Era el momento del crepúsculo, las sombras se reflejaban en los árboles en Cromwell Road. Sólo se veían algunos carruajes tirados por caballos que cortaban la luz azul. Se sentía casi como si tuvieran la ciudad para ellos solos; no traían glamour, pero solo captaron algunas miradas curiosas cuando pasaron enfrente del gran edificio de ladrillos que era el Museo de Historia Natural. Cordelia supuso que probablemente miraban a James: al igual que su padre, atraía miradas sin intentarlo. En la oscuridad, sus ojos le recordaban a los de los tigres que había visto en Rajastán⁴¹, dorados y expectantes.

—Fue muy inteligente de tu parte el pensar en Anna—dijo James. Cordelia lo miró sorprendida; habían estado charlando descuidadamente sobre su educación: Cordelia estaba pensando en Sona y su siempre cambiante grupo de tutores. James había asistido a la Academia por algunos meses, allí conoció a Thomas, Matthew y Christopher, y juntos hicieron volar un ala de la escuela. Todos fueron expulsados, a excepción de Thomas, quien no quiso quedarse en la Academia sin sus amigos y regresó a Londres con gusto al final del año escolar. En los últimos tres años el grupo de “Los ladrones alegres” habían sido instruidos

⁴⁰ Traducción tomada de: <https://bit.ly/2QU35mo>

⁴¹ India

por Henry Fairchild y Sophie Lightwood. —Estuve encantado de que pasaras el día con nosotros.

—¿La tranquilizadora presencia de una mano femenina? —probó Cordelia—. Lucie también puede serlo.

James rio. Había un aura de ligereza en su andar que ella no había notado desde que llegó a Londres. Parecía como si se hubiera desprendido de un gran peso sobre sus hombros, lo que no tenía sentido teniendo en cuenta las circunstancias. —Lucie no querría molestar. Ya sabes, la convivencia genera descontento me temo, y nosotros somos sus ridículos amigos y yo su ridículo hermano. A veces me preocupa...

Él se interrumpió. El viento captaba los bordes de su abrigo negro. Volaba como si tuviera alas en su costado.

—¿Te preocupas por Lucie? —preguntó Cordelia un poco perpleja.

—No es eso —dijo James—. Supongo que lo que me preocupa es que todos caemos en nuestro rol de manera tan sencilla. Christopher el científico, Thomas el amable, Matthew el libertino. Y yo... yo no sé exactamente quién soy.

—Tú eres el líder—dijo Cordelia.

Él la miró divertido.

—¿Lo soy?

—Ustedes cuatro están intrínsecamente relacionados —dijo Cordelia—. Cualquiera puede ver eso. Y ninguno de ustedes está encasillado. Thomas es más que solo amable, Christopher más que solo matraces y tubos de ensayo y Matthew más que ingenio y chalecos. Cada uno de ustedes sigue su propio camino, pero tú eres el hilo que los une a todos. Tú eres el que ve lo que cada uno necesita, si alguien necesita más atención de sus amigos, o incluso si necesita estar solo. A veces los grupos de amigos se separan después de un tiempo, pero tú nunca dejarías que eso pasara.

El brillo de diversión de James había desaparecido. Su voz sonaba un poco ronca cuando dijo:

—Así que yo soy el que se preocupa más, ¿no es así?

—Tienes un gran poder para cuidar en ti —dijo Cordelia, y por un momento se sintió aliviada de decir esas palabras, de decir lo que siempre había pensado de James. Incluso cuando lo había visto enamorado de Grace y sentido el dolor de ello, había pensado también en lo que sería ser amada por alguien con esa gran capacidad de amar—. Es tu fortaleza.

James desvió la mirada.

—¿Pasa algo? —preguntó ella.

—La noche del puente en Battersea Bridge —dijo él. Habían alcanzado ya la casa de Cordelia, pero se mantenían en la acera, a la sombra de un haya—. Grace me preguntó si huiría con ella. Si cortaría todos los lazos con mi familia y me casaría con ella en Escocia, comenzando de nuevo como mundanos.

—Pero... pero tus padres, Lucie. —Cordelia pensó inmediatamente en su amiga. En lo destruida que quedaría al perder a su hermano de esa manera. Sería como verlo morir, pero peor, porque sería su decisión el dejarlos.

—Sí —dijo James—. Y mi Parabatai. Todos mis amigos —sus ojos brillando en la oscuridad—. Me rehusé. Le fallé. Fallé en amarla como debería. Así que no estoy seguro que el amor sea mi fortaleza.

—No es amor lo que ella te demandaba —dijo Cordelia enfurecida de repente—. Eso no es amor. Era una prueba. Y el amor no debería ser probado de esa manera—. Hizo una pausa. —Lo lamento —dijo ella—. No debería... Solo que no puedo entender a Grace, así que no debería juzgarla. Pero seguramente esa no es la razón por la que terminaron el entendimiento entre ustedes.

—No estoy seguro de conocer la verdadera razón —dijo James, cruzando los brazos detrás de su espalda—. Pero sí sé que lo nuestro se acabó, me quitó su brazalete. Y se comprometió con Charles.

Cordelia se congeló. Estaba segura que había escuchado mal. —¿Charles?

—El hermano mayor de Matthew —dijo James sorprendido, como si pensara que por un momento ella lo había olvidado.

—No —Cordelia inspiró—. Ella no puede. Ellos *no pueden*.

Por algún motivo James todavía estaba explicando, diciendo algo sobre Ariadne, explicando la ruptura del compromiso, pero la mente de Cordelia solo pensaba en Alastair, Alastair y Charles en la biblioteca. La agonía de Alastair al hablar del compromiso de Charles. Alastair diciendo que al menos era Ariadne. No había manera que él pudiera *saberlo*.

Oh, Alastair.

—¿Estas bien? —James dio un paso hacia ella, con expresión preocupada—. Tú ves pálida.

Debería entrar. estuvo a punto de decir. James se había acercado lo suficiente que podía oler su esencia, jabón de madera de sándalo con una mezcla de tinta y cuero. Sintió el roce de sus manos en sus mejillas, su pulgar acariciando su clavícula.

—¡Cordelia! —los dos voltearon sorprendidos. Sona estaba parada en el umbral de la casa, la luz de las velas brillando tras ella. Un *roosari*⁴² de seda cubriendo su cabello negro y una mirada radiante. —Cordelia *joon*⁴³ deberías entrar antes de que te enfermes. Y usted Sr. Herondale, es muy amable de su parte al escoltar a Cordelia a casa. Es todo un caballero.

Cordelia miró sorprendida a su madre. No había esperado que Sona estuviera de tan buen humor.

Las cejas de James se alzaron en su frente, negras como las alas de un cuervo, si las alas del cuervo tuvieran un deje sarcástico. —Es un placer acompañar a Daisy a donde sea.

—Daisy —repitió Sona—. Qué apodo encantador. Claramente, ustedes crecieron juntos de niños, y ahora ya de mayores se reencuentran. Es encantador.

Ah. Cordelia entendió qué estaba pasando con su madre. James era elegible... muy elegible. Como hijo de la cabeza del Instituto de Londres, se esperaba de él tener algún puesto de influencia en el futuro, o incluso llevar el Instituto él mismo, que era un trabajo mucho mejor pago, en el que el salario difería muchísimo del que la Clave daba a un Cazador de sombras normal.

Por otro lado, él era encantador cuando no usaba su *máscara*, y ese tipo de cosas tenía efecto en las madres. Con Sona urgiéndolos, James y ella subieron los escalones hacia la casa. Luz cálida desparramándose desde el vestíbulo, así como el delicioso aroma de la cena que Sona cocinaba.

Sona exclamó hacia James. —Encantador —dijo de nuevo—. ¿Puedo tentarte con una bebida para refrescarte James? ¿Té, quizás?

Cordelia sintió el impulso de huir de la escena, pero sólo el Ángel sabía que le diría su madre a James en su ausencia. Por otro lado, no podía irse, Alastair tenía que escuchar las noticias de su boca, en lugar de por el chisme de un extraño.

James sonrió. Fue una sonrisa que podría destruir una buena parte de Inglaterra. —Recuerdo el té que me hizo cuando estuvimos en Cirenworth Hall—dijo él—. Sabía a flores.

⁴² Es el término persa para denominar al velo que cubre la cabeza de las mujeres

⁴³ Joon en el persa, es utilizado como término de cariño/afecto hacia el nombre de la persona.

Sona se iluminó. —Sí. Una cucharada de agua de rosas, ese es el secreto para el mejor *chai*.

—También si mal no recuerdo, tenía un samovar⁴⁴ hermoso. —Dijo James—. Metal y oro.

Sona brillaba de emoción como una luciérnaga. —Era de mi madre —dijo ella—. ¡Ay!, el juego de té de mi madre está con las cosas que aún no hemos desempacado.

—James se tiene que ir —dijo Cordelia firmemente, mientras dirigía a James a la escalera—. James, di adiós.

James ofreció a Sona un rápido adiós. Cordelia esperó que no notara la clara mirada de decepción en la cara de su madre. Ella liberó el agarre de su abrigo al momento que Sona entró de nuevo en la casa.

—No tenía idea de que tu madre me amara tanto —dijo James—. Debería venir más seguido cuando necesite sentirme apreciado.

Cordelia hizo un ruidito de exasperación. —Creo que mi madre estaría igual de entusiasmada ante cualquier soltero que pretenda tener interés en tomar el té. Esa es la razón por la que te pedí tu ayuda para encontrar a alguien decente ¿recuerdas?

Ella hizo que su voz sonara relajada y bromista, pero la sonrisa de James había desaparecido de todas maneras. —De acuerdo —dijo James—. Cuando todo este asunto termine...

—Sí, sí —dijo Cordelia subiendo las escaleras.

—¡De verdad me gusta el té! —Gritó James desde el fondo de los escalones—. De hecho, ¡lo amo!, ¡AMO EL TÉ!

—¡Bien por ti amigo! —gritó el conductor de un carruaje que pasaba.

A pesar de todo, Cordelia no podía detener su sonrisa. Volvió adentro y cerró la puerta, al voltear su madre estaba parada justo detrás de ella, aun viéndose encantada. —Es guapo, ¿no es así? —Dijo Sona—. Nunca lo habría imaginado, era un chico tan torpe.

—Mâmân —protestó Cordelia—. James es sólo un amigo.

—¿Por qué tener sólo como amigo a alguien tan guapo? Eso es un desperdicio —dijo Sona—. Aparte, no creo que él te vea sólo como amiga. La manera en la que te mira...

⁴⁴ Cafetera para hacer té, muy parecida a la cafetera italiana.

Cordelia levantó las manos. —Tengo que hablar con Alastair sobre... sobre algo del entrenamiento —dijo y escapó corriendo.

* * *

La puerta de la habitación de Alastair estaba abierta. Cordelia aguardó un momento en el corredor mirando a su hermano, estaba sentado en su escritorio de madera satinada, periódicos mundanos esparcidos frente a él. Se frotaba los ojos mientras leía, cansancio evidente en el espacio entre sus hombros.

—¿Alguna noticia interesante?—preguntó Cordelia recargándose en el marco de la puerta. Sabía que no debía entrar sin invitación; Alastair mantenía siempre su habitación pulcra y ordenada: desde el esmalte de su armario de nogal, hasta el juego de sillones azules al lado de su ventana.

—Charles dice que un ataque de demonios, está usualmente acompañado por un incremento en los reportes mundanos de crimen —dijo Alastair pasando la página que estaba leyendo con su dedo manchado de tinta—. Aunque no puedo decir que esté encontrando algo. Ni siquiera un asesinato bizarro o algo parecido.

—De hecho, esperaba hablar contigo sobre Charles—dijo Cordelia.

Alastair dirigió su mirada hacia ella, su iris solo un tono más claro que su pupila. Un extraño efecto, considerando que los ojos de Sona son café claro y los de Elías azules.

—¿Hablar sobre Charles?

Ella asintió.

—Ok, entra y cierra la puerta—dijo él recargándose en la silla.

Cordelia hizo lo que le ordenaron. La habitación de Alastair era más grande que la suya, amueblada en oscuros colores de caballero: muros verde oliva, una alfombra persa. Alastair tenía una gran colección de dagas y había traído unas cuantas con él de Cirenworth. Eran lo único hermoso a lo que Cordelia recordaba que Alastair pusiera atención: una tenía una capa de esmalte azul y blanco, otras incrustaciones de oro que formaban diseños de dragones, kylins⁴⁵ y pájaros. Una *pishqabz*⁴⁶ tallada en una sola pieza de marfil, reposaba sobre el

⁴⁵ Animal mitológico chino, con cuerpo de león, piel de pez y cuernos de ciervo que augura serenidad o prosperidad.

⁴⁶ Este tipo de daga tiene una hoja doble curva, el borde inicialmente es cóncavo y termina en forma convexa

lavamanos, próxima a su *khanjar*⁴⁷ cuya hoja tenía una inscripción en persa que rezaba “Deseaba tanto tener una daga brillante, que cada una de mis costillas se transformó en una”.

Cordelia se acomodó en una silla azul. Alastair volvió un poco su mirada a ella, sus dedos golpeaban rítmicamente el periódico.

—¿Que decías de Charles? —preguntó.

—Me he enterado que se comprometió nuevamente —dijo ella—. Con Grace Blackthorn.

Las manos de Alastair dejaron de moverse. —Lo sé —dijo él—. Mala suerte para tu amigo James.

Así que él lo sabe dedujo Cordelia. Charles probablemente ya le dijo.

—Así que.... ¿Estás bien?—preguntó.

El negro en los ojos de Alastair era insondable.

—¿A qué te refieres?

Cordelia no podía aguantarlo más. —Los escuché a ti y a Charles hablando en la biblioteca —dijo—. Te escuché decirle que lo amabas. Te juro no le contaré a nadie. Sabes que siempre cumplo mis promesas. Y esto no cambia nada para mi Alastair.

Alastair se quedó en silencio.

—No iba a decir nada, pero que Charles se comprometa de nuevo, y después de saber cuán desolado estabas por Ariadne... Alastair, yo no quiero que nadie sea cruel contigo y te lastime. Quiero que estés con alguien que te haga feliz.

Los ojos de Alastair centellearon. —Él no es cruel. Tú no lo conoces, él y Grace tienen un acuerdo. Me lo explicó. Todo lo que Charles hace es para que podamos estar juntos—. Había algo mecánico en sus palabras, como si hubieran sido ensayadas

—Pero tu dijiste que no querías ser el secreto de nadie —replicó Cordelia. —Tú dijiste...

—¿Cómo sabes que dije eso? ¿Cómo podrías habernos escuchado sin haber salido para hacerlo? Estabas arriba, nosotros abajo... a menos que me hayas seguido —finalizó Alastair lentamente—. Estabas espiándome, ¿Por qué?

—Tenía miedo —dijo Cordelia quedamente—. Creí que ibas a contarle lo que te hice prometer que no contarías.

⁴⁷ Janyar en español, es una daga simbólica usada en la vestimenta de los hombres, símbolo de estatus.

—¿Hablas del demonio del puente? —Preguntó incrédulo—. ¿Sobre tus pequeños amigos y sus estúpidos planes y secretos? Te di mi palabra.

—Lo sé —contestó a punto de llorar—, y debería haberte creído Alastair. De verdad lo lamento. Nunca quise escuchar tales cosas. Sé que eran privadas. Sólo quería decirte que te amo de todas formas, que esto no cambia nada para mí.

Cordelia pensó que reafirmárselo podría ayudar, pero en su lugar, la boca de su hermano se abrió violentamente.

—De verdad —dijo fríamente—. Pues para mí, sí hace la diferencia saber que tengo una hermana espía. Así que, hazme el favor de salir de mi habitación Cordelia. Ahora.

* * *

—Jesse... —Lucie exhaló—. Jesse, ¿dónde estás?

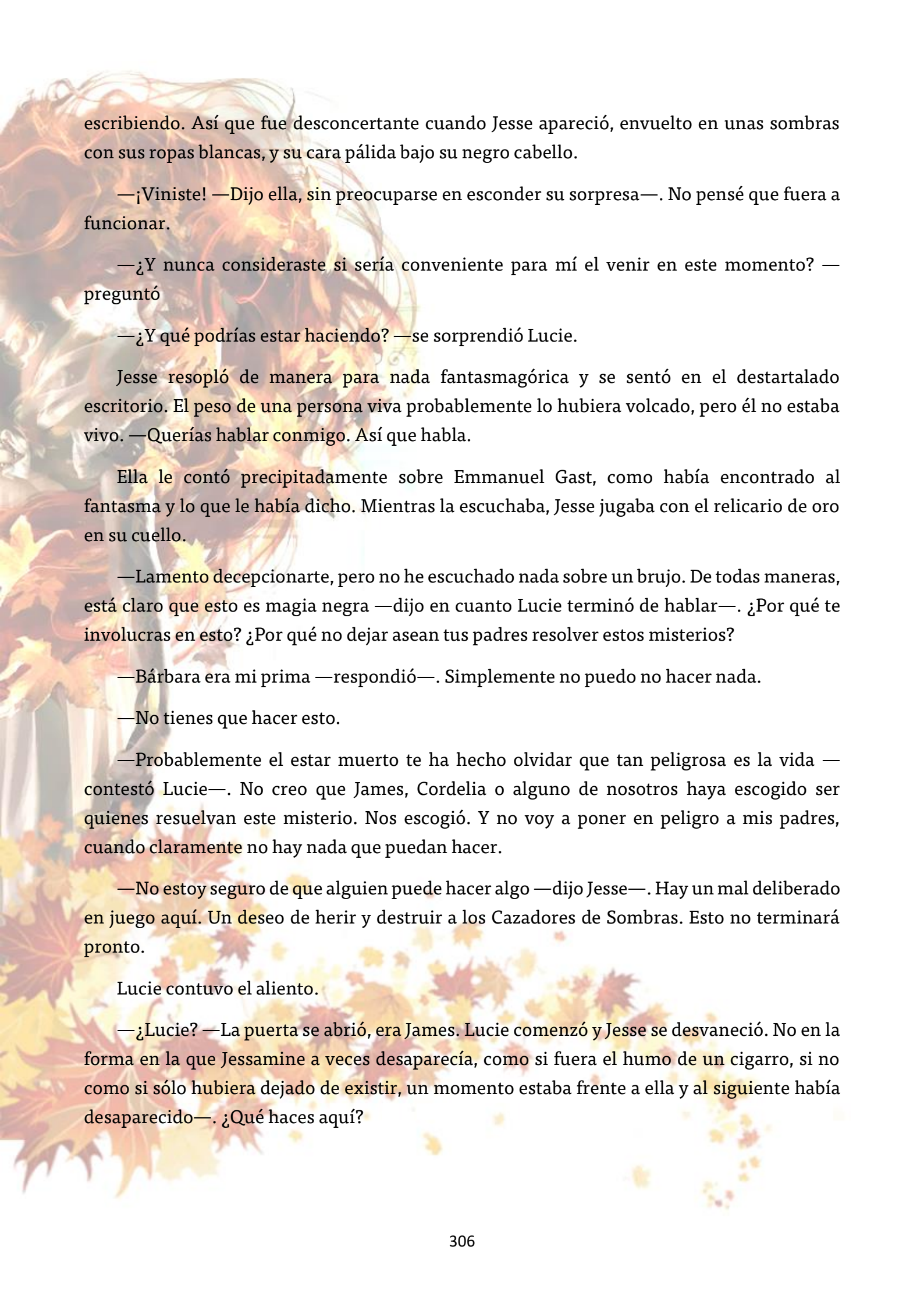
Se sentó en el suelo cerca de la chimenea de hierro fundido de la habitación de dibujo del Instituto. Había regresado a casa de la Taberna del Diablo en cuanto la noche empezó a caer. Thomas y Christopher estaban distraídos y preocupados, y de todas formas no estaba segura de cuánta de su investigación de las Pyxis era correcta. Christopher había tenido algún tipo de iluminación sobre el antídoto en el que estaba trabajando y había desaparecido en la esquina de acero de la taberna, en donde se había volcado en la destilación de algo.

Pero esa no era realmente la razón por la que quería irse. La noche ahora tenía una nueva importancia. La noche significaba que podía hablar con Jesse.

—Jesse Blackthorn —dijo ahora, sintiéndose un poco ridícula—. Por favor ven aquí. Quiero hablar contigo.

Escaneó la habitación en su búsqueda, como si Jesse se hubiera escondido bajo el sofá. Esta era la habitación familiar, donde los Herondale se reunían en las noches. Tessa había mantenido algo de la antigua decoración: un espejo de marco dorado reposaba junto a la chimenea y los muebles eran extrañamente confortables, desde las sillas floreadas distribuidas frente a la chimenea hasta el gran y destartado escritorio, marcado por años de uso de plumas. Las paredes estaban empapeladas en damasco claro, y una pila de libros usados se encontraban recargados contra el muro.

Tessa leería en voz alta un nuevo libro, mientras los otros se dispersaban delante del fuego; algunas veces, intercambiarían chismes o Will y Tessa contarían historias familiares. Era un lugar que Lucie asociaba con paz y tranquilidad, y con las tardes que pasaba



escribiendo. Así que fue desconcertante cuando Jesse apareció, envuelto en unas sombras con sus ropas blancas, y su cara pálida bajo su negro cabello.

—¡Viniste! —Dijo ella, sin preocuparse en esconder su sorpresa—. No pensé que fuera a funcionar.

—¿Y nunca consideraste si sería conveniente para mí el venir en este momento? —preguntó

—¿Y qué podrías estar haciendo? —se sorprendió Lucie.

Jesse resopló de manera para nada fantasmagórica y se sentó en el destartalado escritorio. El peso de una persona viva probablemente lo hubiera volcado, pero él no estaba vivo. —Querías hablar conmigo. Así que habla.

Ella le contó precipitadamente sobre Emmanuel Gast, como había encontrado al fantasma y lo que le había dicho. Mientras la escuchaba, Jesse jugaba con el relicario de oro en su cuello.

—Lamento decepcionarte, pero no he escuchado nada sobre un brujo. De todas maneras, está claro que esto es magia negra —dijo en cuanto Lucie terminó de hablar—. ¿Por qué te involucras en esto? ¿Por qué no dejar a sean tus padres resolver estos misterios?

—Bárbara era mi prima —respondió—. Simplemente no puedo no hacer nada.

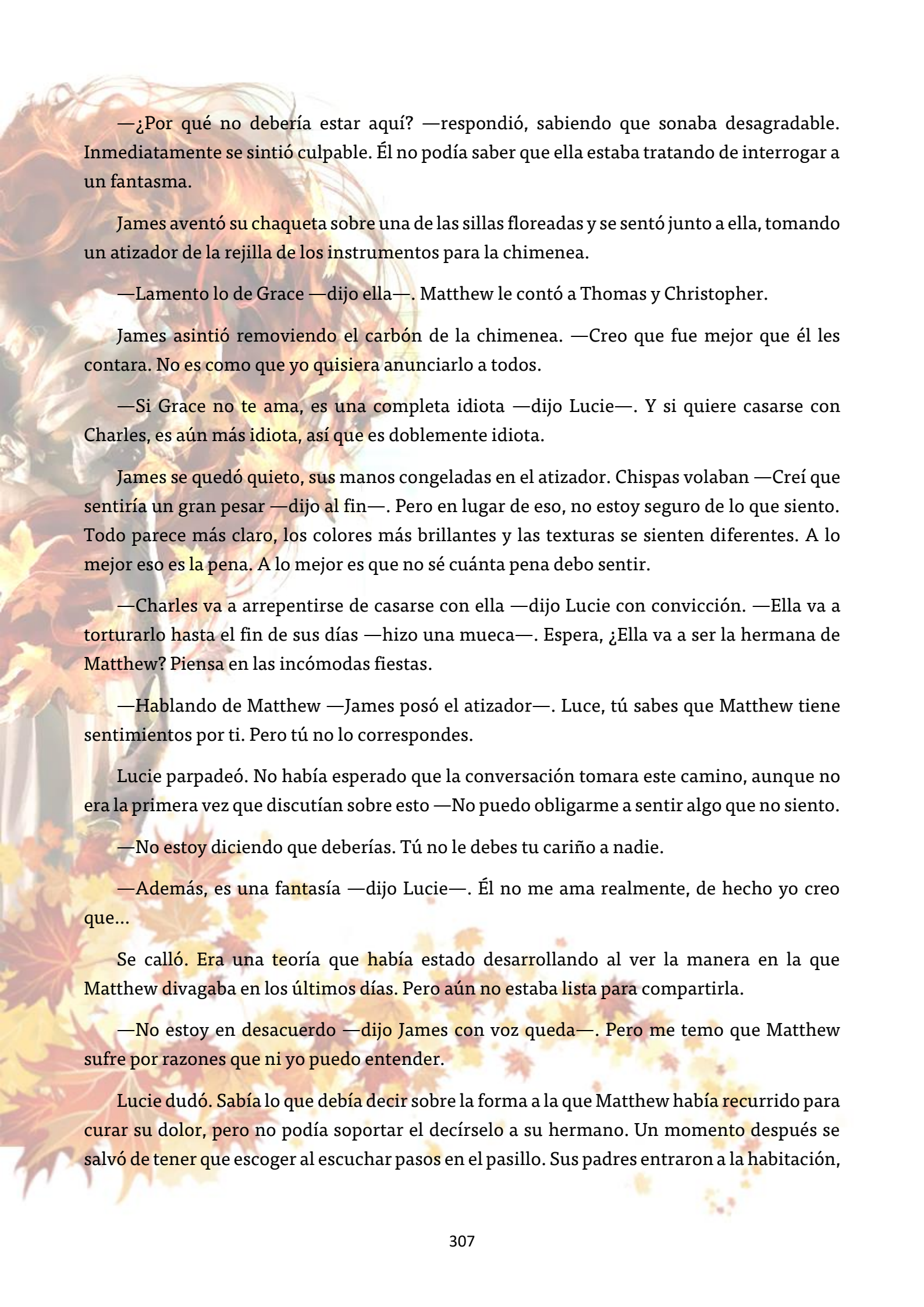
—No tienes que hacer esto.

—Probablemente el estar muerto te ha hecho olvidar que tan peligrosa es la vida —contestó Lucie—. No creo que James, Cordelia o alguno de nosotros haya escogido ser quienes resuelvan este misterio. Nos escogió. Y no voy a poner en peligro a mis padres, cuando claramente no hay nada que puedan hacer.

—No estoy seguro de que alguien puede hacer algo —dijo Jesse—. Hay un mal deliberado en juego aquí. Un deseo de herir y destruir a los Cazadores de Sombras. Esto no terminará pronto.

Lucie contuvo el aliento.

—¿Lucie? —La puerta se abrió, era James. Lucie comenzó y Jesse se desvaneció. No en la forma en la que Jessamine a veces desaparecía, como si fuera el humo de un cigarro, si no como si sólo hubiera dejado de existir, un momento estaba frente a ella y al siguiente había desaparecido—. ¿Qué haces aquí?



—¿Por qué no debería estar aquí? —respondió, sabiendo que sonaba desagradable. Inmediatamente se sintió culpable. Él no podía saber que ella estaba tratando de interrogar a un fantasma.

James aventó su chaqueta sobre una de las sillas floreadas y se sentó junto a ella, tomando un atizador de la rejilla de los instrumentos para la chimenea.

—Lamento lo de Grace —dijo ella—. Matthew le contó a Thomas y Christopher.

James asintió removiendo el carbón de la chimenea. —Creo que fue mejor que él les contara. No es como que yo quisiera anunciarlo a todos.

—Si Grace no te ama, es una completa idiota —dijo Lucie—. Y si quiere casarse con Charles, es aún más idiota, así que es doblemente idiota.

James se quedó quieto, sus manos congeladas en el atizador. Chispas volaban —Creí que sentiría un gran pesar —dijo al fin—. Pero en lugar de eso, no estoy seguro de lo que siento. Todo parece más claro, los colores más brillantes y las texturas se sienten diferentes. A lo mejor eso es la pena. A lo mejor es que no sé cuánta pena debo sentir.

—Charles va a arrepentirse de casarse con ella —dijo Lucie con convicción. —Ella va a torturarlo hasta el fin de sus días —hizo una mueca—. Espera, ¿Ella va a ser la hermana de Matthew? Piensa en las incómodas fiestas.

—Hablando de Matthew —James posó el atizador—. Luce, tú sabes que Matthew tiene sentimientos por ti. Pero tú no lo correspondes.

Lucie parpadeó. No había esperado que la conversación tomara este camino, aunque no era la primera vez que discutían sobre esto —No puedo obligarme a sentir algo que no siento.

—No estoy diciendo que deberías. Tú no le debes tu cariño a nadie.

—Además, es una fantasía —dijo Lucie—. Él no me ama realmente, de hecho yo creo que...

Se calló. Era una teoría que había estado desarrollando al ver la manera en la que Matthew divagaba en los últimos días. Pero aún no estaba lista para compartirla.

—No estoy en desacuerdo —dijo James con voz queda—. Pero me temo que Matthew sufre por razones que ni yo puedo entender.

Lucie dudó. Sabía lo que debía decir sobre la forma a la que Matthew había recurrido para curar su dolor, pero no podía soportar el decírselo a su hermano. Un momento después se salvó de tener que escoger al escuchar pasos en el pasillo. Sus padres entraron a la habitación,

los dos con los ojos brillantes por el aire de la calle. Tessa aguardó en la puerta para dejar sus guantes en la tabla marroquí de la entrada, mientras Will caminaba para besar a Lucie y alborotar el pelo a James.

—Que interesante —dijo James con tono ligero—. ¿A qué se debe todas estas muestras de afecto?

—Estuvimos con tu tía Cecily y tu tío Gabriel —contestó Tessa. Lucie notó que los ojos de su madre estaban *bastante* brillosos. Tessa tomó asiento cerca del sofá—. Mis pobres amores. Todos nuestros corazones están destrozados por Sophie y Gideon.

Will suspiró. —Me acuerdo cuando Gideon y Gabriel apenas aguantaban estar el uno junto al otro. Ahora Gabriel está ahí todos los días para su hermano. Estoy agradecido de que tú y James se tengan el uno al otro, Luce.

—Supongo que la buena noticia es que al menos no hubo nuevos ataques hoy —dijo Tessa—. Debemos agradecer por eso. Esto podría terminar en cualquier momento.

Will se sentó junto a su esposa y la atrajo hacia su regazo. —Ahora voy a besar a su madre —anunció—. Váyanse si quieren niños. Si no, podemos jugar Ludo⁴⁸ cuando el romance termine.

—El romance nunca termina —dijo James

Tessa rió y puso su cara para ser besada. James parecía exasperado, pero Lucie no estaba prestando atención: lo único en lo que pensaba era la voz de Jesse resonando en su cabeza.

“Hay un mal deliberado en juego aquí. Un deseo de herir y destruir a los Cazadores de Sombras. Esto no terminará pronto.”

Se estremeció.

* * *

En la mañana, un gran paquete adornado con listones fue entregado en Cornwall Gardens #102. Estaba dirigido a Cordelia, y Sona siguió a Risa todo el camino hasta la habitación de Cordelia.

—¡Un regalo! —exclamó Sona, mientras Risa depositaba el paquete en la cama de Cordelia. Sona estaba sin aliento. Cordelia la miró consternada, su madre usualmente tenía

⁴⁸ Juego tradicional indopachasi, donde hay que trasladar tus fichas al punto de llegada, según un dado.

mucha energía, así que un viaje por las escaleras no tendría por qué tener ese efecto en ella—. ¿Y si es de algún caballero?

Cordelia, quien había estado sentada en el tocador cepillando su cabello, resopló. Había llorado la mitad de la noche, terriblemente consciente de que había avergonzado a su hermano. No se sentía merecedora de un regalo, o a la excursión al Hell Ruelle en la noche. —Probablemente es de Lucie.

Su madre ya había desanudado todos los listones y dejado la caja abierta. Risa dio un paso atrás claramente encontrando la excitación de Sona alarmante. Al momento que Sona retiró la delicada capa de papel, exclamó —¡Oh, Layla!

La curiosidad pudo con ella y Cordelia se acercó a reunirse con su madre al lado de la cama. Se quedó boquiabierta. Dentro de la caja había al menos una docena de vestidos. Vestidos del día y para el té descansaban al lado de hermosos vestidos de noche, todos en vivos colores: lazos azul pescador, algodón color canela y vino, seda en verde Prusia, crema, borgoña, oro brillante y rosa oscuro.

Sona tomó un vestido de seda color bronce, con un suave ribete de gasa en el corpiño y dobladillo. —Es hermoso —dijo con renuencia—. Son de James, ¿no es así?

A pesar de su sorpresa inicial, Cordelia sabía exactamente quien los había enviado. Había alcanzado a ver la pequeña tarjeta firmada con la letra A escondida entre los vestidos de té. Pero si el creer que eran de James hacía que su madre la dejara usarlos, la dejaría creer lo que quisiera.

—Es muy amable de su parte, ¿No lo crees? —dijo Cordelia—. Puedo usar uno esta noche, hay una reunión en el Instituto.

Sona sonrió con deleite, esa sonrisa fue como un peso en el corazón de Cordelia. Los vestidos eran muy extravagantes: probablemente su madre creía ahora que las imaginarias intenciones románticas de James hacia Cordelia eran serias. Pensó que era una ironía, por una vez su madre y ella, querían lo mismo. Y ninguna de las dos iba a conseguirlo.



Anna recogió a Cordelia exactamente a las nueve en punto esa noche, en un carruaje negro que pareciera ser de cuero oscuro. Cordelia salió apresurada por la puerta, envuelta en su abrigo a pesar de la calidez de la noche. Se encaramó al carruaje, ignorando la llamada de su madre tras ella diciendo que debería llevar guantes también, o tal vez un mitón.

El interior del carruaje brillaba con accesorios de latón y asientos de terciopelo rojo. Anna tenía las largas piernas descuidadamente cruzadas. Estaba vestida con un elegante traje negro de hombre; su pechera almidonada y blanca. Había un alfiler de amatista, del color de los ojos de su hermano, brillando en su corbata, y su chaqueta se veía elegante sobre sus estrechos hombros. Parecía completamente calmada. Cordelia envidiaba su confianza.

—Gracias —dijo Cordelia sin aliento mientras el carruaje comenzaba a moverse—. Los vestidos son absolutamente hermosos... No tenías porqué...

Anna ignoró su agradecimiento—. No me costaron nada. Un hombre lobo costurero me debía un favor, y Matthew me ayudó a elegir la tela. —Alzó una ceja—. Entonces, ¿cuál decidiste ponerte?

Cordelia se quitó la chaqueta para mostrarle el brillante vestido bronce que llevaba debajo. La seda era fría y pesada contra su piel, como la caricia del agua; el raso del dobladillo le acariciaba las piernas y los tobillos. También era práctico; su madre le había ayudado a ocultar sutilmente a Cortana en una vaina que recorría su espalda bajo el material del vestido.

Anna se rió entre dientes con aprobación—. Los colores intensos son los correctos para ti, Cordelia. Rojo burdeos, azul marino, verde esmeralda. Líneas elegantes y simples, nada de ese frufrú que todas llevan.

El carruaje giró hacia el oeste. Había algo emocionante en recorrer el corazón de Londres, lejos del verdor de Kensington, entre las multitudes y la vida que emanaba de ellas—. ¿Tenemos un plan? —dijo Cordelia, mirando a través de la ventana a la glorieta Piccadilly—. ¿Qué haremos cuando lleguemos allí?

—Yo seduzco —dijo Anna—. Tú distraes, o al menos, no te entrometes en mi camino.

Cordelia sonrió. Se recostó contra la ventana mientras Anna le señalaba puntos de interés: la estatua de Eros en el centro de la rotonda, y el restaurante Criterion, donde Arthur Conan Doyle había situado la primera reunión de Holmes y Watson. Pronto llegaron a Soho con su estrechas calles. La niebla colgaba como telarañas extendidas entre los edificios. El carruaje rebasó tambaleándose un vendedor de café argelino, la ventanilla atiborrada de latón brillante y latas de café. Cerca había una tienda de accesorios de luz con una nueva y brillante fachada en la cual las palabras W. SITCH & CO estaban inscritas en negro y dorado, y tras ella, un conjunto de puestos de mercado. En la oscura y estrecha calle, llamaradas de petróleo ardían como fuegos de advertencia, y las cortinas de tela protegiendo el frente de los puestos volaban con el viento.

El carruaje al fin se detuvo frente al Tribunal Tyler. El aire estaba lleno de humo y sombras y el sonido de voces que hablaban docenas de idiomas distintos. James y Matthew se apoyaban contra el muro de piedra. Ambos vestían ajustadas chaquetas de noche negras. Matthew había agregado una corbata verde botella y un pantalón de terciopelo al conjunto.

James tenía el cuello alzado contra el viento, su pálido rostro entre el cabello oscuro y el fino material negro de su traje.

Anna abrió la puerta del carruaje y saltó fuera, dejando la puerta abierta a su paso. Cordelia trató de seguirla, pero al hacerlo descubrió que no era fácil moverse con su nuevo vestido. Avanzó poco a poco por el asiento, el cual chirriaba ligeramente, y casi cayó por la puerta del carruaje.

Unos brazos la atraparon antes de que golpeará el pavimento. James la había agarrado por la cintura. Su cabello le rozó las mejillas y pudo oler su colonia: madera de cedro, como los bosques de Líbano.

Él la puso sobre sus talones, sus manos seguían en sus caderas. Podía sentir la presión del anillo Herondale que llevaba contra su piel. Él la estaba mirando, y Cordelia, con una sacudida, se dio cuenta de que había dejado su abrigo en el carruaje. Se encontraba frente a Matthew y James en su nuevo vestido, sin nada más que la cubriese.

No pudo evitar ser consciente de lo fuerte que el vestido se aferraba a su cuerpo. La tela sobre sus caderas era tan ceñida que había sido incapaz de ponerse enaguas bajo ella, solo un refajo y un ligero corsé. Todos podían ver la forma de su cintura, su hinchado pecho, e incluso la seda que cubría la curva de su estómago. Las estrechas mangas se deslizaban por sus hombros, dejando al descubierto la parte superior de sus senos; el peso y la suavidad del material era como una caricia. Se sentía elegante como nunca antes, y también un poco atrevida.

—Cordelia —dijo Matthew. Se veía un poco aturdido, como si hubiera chocado contra un muro—. Te ves diferente.

—¿Diferente? —se burló Anna—. Se ve increíble.

James no se movió. Estaba mirando a Cordelia, sus ojos se habían oscurecido, del color de los ojos de un tigre a algo más enriquecido y profundo. Algo como el dorado de Cortana cuando centelleaba en el aire. Exhaló y la dejó avanzar, dando un paso atrás. Cordelia podía sentir los latidos de su corazón en la garganta, un pulso agudo, como si hubiera tomado demasiado del fuerte té de su madre.

—Será mejor que entremos —dijo James, y Cordelia vio a Anna sonreír de lado, una sonrisa felina, antes de guiarlos hacia la angosta corte.

El hada de la puerta reconoció a Anna y a Matthew y los dejó pasar a todos hacia el Callejón del Infierno con solo levantar una de sus cejas color lila. Se encontraron en la deslumbrante serie de habitaciones interconectadas del Callejón del Infierno. Mientras seguían a Anna, quien caminaba con resolución, Cordelia se dio cuenta de algo que no había atisbado antes: todas las habitaciones se extendían desde una gran cámara central como los

brazos de una estrella de mar. Los techos de los pasillos eran bajos, pero cada habitación estaba iluminada por luz eléctrica, más brillante y fuerte que la luz mágica.

Encontraron a Hypatia Vex entre el gentío de la cámara principal. La decoración de la sala octagonal había cambiado. Ahora en los muros colgaban pinturas escandalosas: bailarines desnudos rodeados de fluyentes lazos, demonios con los ojos pintados de rojo y frentes con coronas de flores, sus cuerpos barnizados en oro como los ojos de James. Detrás de Hypatia Vex colgaba un enorme tríptico de una mujer de cabellos oscuros sosteniendo a un búho negro de ojos dorados.

El escenario del centro de la sala estaba vacío ahora, aunque se habían colocado sillas y sofás a su alrededor. Estaban llenos de Subterráneos. Cordelia reconoció a la joven vampira Lily, con una peineta enjoyada en su cabello negro, bebía sangre de un vaso de cristal. Le guiñó un ojo a Anna, pero Anna estaba concentrada en Hypatia, quien estaba sentada en un sofá de roble intrincadamente tallado, tapizado en tela jacquard⁴⁹ roja y verde. Llevaba otro brillante vestido, este de seda negra que hacía parecer que sus elegantes curvas se hubieran sumergido en tinta.

No estaba sola. A su lado estaba un hermoso hombre lobo de ojos verdes y dorados. Cordelia lo había visto la última vez que estuvieron allí. Él fue el violinista del cuarteto de cuerdas. Ahora no había música y estaba centrado en Hypatia, su cuerpo se volvió hacia el de ella atentamente, sus largos dedos jugando suavemente con un tirante de su vestido.

Los ojos azules de Anna se pusieron en blanco.

—Anna —dijo James con su voz baja—. Puede que te hayan quitado el trabajo.

—Ese es Claude Kellington —dijo Matthew—. Es el maestro del entretenimiento aquí. Está a cargo del escenario.

Anna se volvió hacia ellos, sus ojos brillaban—. Matthew —dijo—. Distráelo.

Matthew guiñó un ojo y se acercó al sofá. Lily alzó la vista mientras pasaba a su lado, posiblemente considerándolo como un aperitivo potencial. Era muy hermoso, pensó Cordelia; no sabía por qué no reaccionaba con él como lo hacía con James. Por otro lado, no reaccionaba con nadie como lo hacía con James.

Alzando una ceja, Kellington se puso en pie y siguió a Matthew hacia la multitud. Cordelia y James intercambiaron una mirada mientras Matthew se acercaba hacia ellos, acompañado por el hombre lobo.

⁴⁹ Tela jacquard: tipo de patrón de tela confeccionado a principios del siglo XIX. Se caracteriza por los enrevesados dibujos que se forman con sus hilos.

—Por favor, no me digan que los tres representan algún tipo de actuación —dijo Kellington mientras se acercaba, y Cordelia se dio cuenta con un sobresalto de sorpresa que Anna se había escabullido del grupo, silenciosa como una gata—. Nadie quiere ver a Cazadores de Sombras cantando y bailando.

—Esperaba que mi *parabatai* y yo pudiéramos recitar algo de poesía —dijo Matthew—. Quizá sobre los vínculos del amor fraternal.

Kellington le dedicó una mirada divertida a Matthew. Tenía una cara muy bonita, y un cabello castaño rizado. Un anillo de oro con las palabras *Beatti Bellicosi* estampadas brillaba en su mano—. Recuerdo la poesía que me recitaste una vez —dijo—. Aunque no era particularmente fraternal. De todas maneras, estamos buscando nuevos intérpretes esta noche. —Miró a James—. ¿Tienes algún talento, aparte de verte bien y no decir nada?

—Soy bastante hábil lanzando cuchillos —dijo James con calma. Se apartó a un lado, la mirada de Kellington siguiéndole, mientras Anna se deslizaba al sofá junto a Hypatia y se llevaba la mano de la bruja a los labios para besarla. Hypatia lucía más que sorprendida.

—Si un Cazador de Sombras se levanta y comienza a lanzar cuchillos, vamos a tener un alboroto —dijo Kellington—. Hypatia quiere entretener a sus invitados, no matarlos. —Su mirada se deslizó hacia Cordelia. Su mirada se sentía como si la tocara, pensó ella. No totalmente agradable, pero sí novedoso. Kellington pareciera estar analizándola de pies a cabeza y no encontrándose descontento—. ¿Qué hay sobre ti?

Matthew y James la miraron.

—Supongo que puedo actuar —dijo Cordelia sin aliento.

Escuchaba su propia voz como si proviniera desde la lejanía. ¿Estaba loca? ¿Qué estaba ofreciendo? ¿Qué se supondría que iba a *hacer*? Escuchó a Kellington estar de acuerdo y sintió la figura de James, dedos llenos de cicatrices se posaron en su brazo—. Cordelia, no tienes porque... —comenzó.

—Puedo hacerlo —dijo ella.

La miró directamente, y vio que no había duda en su expresión. La estaba mirando con la misma confianza que mostraba cuando miraba a Matthew, a Lucie, o a Thomas. Con la total convicción de que ella podría hacer cualquier cosa, si tuviera que hacerla.

Era como si de repente pudiera conseguir el suficiente aire para sus pulmones: Cordelia inhaló, asintió a James, y se volvió hacia Kellington.

—Estoy lista —dijo ella.

Con una reverencia, el hombre lobo la condujo hacia el escenario.





PARTE DOS

Ha estado usted en cada una de las líneas que he leído, desde que vine aquí por vez primera, cuando era un muchacho ordinario y rudo, cuyo pobre corazón ya hirió usted entonces. Ha estado usted en todas las esperanzas que desde entonces he tenido... en el río, en las velas de los barcos, en los marjales, en las nubes, en la luz, en la oscuridad, en el viento, en los bosques, en el mar, en las calles. Ha sido usted la imagen de toda graciosa fantasía que mi mente ha podido forjarse. Las piedras de que están construidas los más grandes edificios de Londres no son más reales, ni es más imposible que sus manos las quiten de su sitio, que el separar de mí su influencia antes, ahora y siempre. Hasta la última hora de mi vida, Estella, no tiene usted más remedio que seguir siendo parte de mí mismo, parte del bien que exista en mí, así como también del mal que en mí se albergue.

—Charles Dickens, Grandes esperanzas.

15

LA HABITACIÓN DE LOS SUSURROS

Traducido por: Ale Blackthorn  , A_herondale
Corregido por: Roni Turner, Jeivi37, BLACKTH  RN

*“Donde la belleza no tiene reflujo, la decadencia no inunda,
Pero la alegría es sabiduría, el tiempo una canción interminable.
Te beso y el mundo comienza a desvanecerse.”*

—William Butler Yeats, *La Tierra del Deseo del Corazón*.

Desde su ventana, Lucie podía ver el flujo constante de carruajes que llegaban a través de la entrada arqueada hacia el Instituto. Retrocedió con el ceño fruncido. ¿Dónde estaban Thomas y Christopher? No los culpaba a ninguno por haber tenido dificultades para concentrarse el día anterior. La muerte de Barbara estaba en la mente de todos. Pero eso significaba que los tres habían fallado al hacer un plan apropiado para la reunión de aquella noche.

Bueno, pensó, si tenía que espiar la reunión del Enclave ella sola, entonces lo haría. Acababa de ir a buscar su estela a su tocador cuando escuchó algo repiquetear contra el cristal de su ventana. Asumiendo que Thomas y Christopher estaban tratando de atraer su atención con piedritas (su método común), corrió a abrir la ventana.

Algo que parecía una mariposa en llamas surcó sobre su cabeza, y Lucie lanzó un chillido. Corrió hacia ello mientras ardía sobre su escritorio y estallaba en un fuego rojo anaranjado. Era pequeño, no mayor que su mano, y se apresuró a apagarlo con su limpiaplumas.

—¡Perdón, Lucie! —Era Christopher, trepando hacia su ventana. Cayó al suelo y un momento después fue seguido por Thomas, quien tenía un agujero quemado en el cuello de la camisa y se veía molesto por ello—. Era un experimento... un método de enviar mensajes usando runas de fuego...

Lucie miró escépticamente la marca carbonizada de su escritorio donde el mensaje había chispeado hasta desvanecerse. Había aterrizado sobre varias páginas del manuscrito de *La hermosa Cordelia*, y ahora estaban destruidas—. Vale, ¡pero no experimenten en mí! —dijo ella—. Han destruido una escena muy importante dónde Cordelia estaba siendo cortejada por un rey pirata.

—La piratería no es ética —dijo Thomas.

—En este caso sí —dijo Lucie—. Mira, el rey pirata es en secreto el hijo de un conde...

Christopher y Thomas intercambiaron miradas—. De veras debemos irnos ya —dijo Christopher, recogiendo la estela de Lucie y entregándosela—. La reunión del Enclave está a punto de empezar.

Se arrastraron afuera de la habitación de Lucie y se apresuraron hacia una despensa vacía del segundo piso, encima de la biblioteca. Fue el padre de Lucie quien le enseñó a dibujar esta runa en particular, por lo que hizo los honores mientras se arrodillaban en un círculo poco definido en el suelo: la runa era grande, cubría un buen espacio. Cuando terminó, Lucie acabó con una floritura y se sentó.

El suelo entre sus piernas arrodilladas comenzó a brillar y un momento después de volvió transparente. Lucie, Thomas y Christopher estaban mirando hacia abajo, hacia la biblioteca, como a través de la lente de un telescopio. Podían ver claramente a todos reunidos en la sala, el color de sus ojos y el detalle en sus ropas.

Había filas de mesas adicionales, y varios Cazadores de Sombras llenaban el espacio. El padre y la madre de Lucie estaban allí, por supuesto, y su tío Gabriel también, sentado al frente de la sala donde se encontraba Will, flanqueado por el Inquisidor Bridgestock y un rígido Charles Fairchild. Lucie no podía evitar preguntarse cómo había sido su relación desde que Charles rompió su compromiso con Ariadne.

Charles dio un brusco golpe a una de las mesas, haciendo que Lilian Highsmith diera un salto en su asiento—. Orden —dijo—. Orden. Mis agradecimientos a todos los miembros del Enclave que pudieron unirse a nosotros hoy. Aunque esta información no se ha hecho pública, hasta el día de hoy ha habido un total de seis ataques importantes de un tipo desconocido de demonio contra Nefilim en Londres. Todos excepto el ataque a Baybrooks ocurrieron a la luz del día.

Lucie se volvió hacia Thomas y Christopher—. ¿Seis ataques? —susurró—. Solo sabía de tres. ¿Saben de más?

Thomas negó con la cabeza—. Ni siquiera yo lo sabía. Creo que el Enclave teme provocar pánico. Si te hace sentir mejor, creo que mucha gente no lo sabía.

Lucie volvió a mirar hacia abajo. Muchos miembros del Enclave parecían murmurar entre ellos con agitación. Podía ver a su padre con los brazos cruzados sobre el pecho, una expresión sombría en su cara. Él tampoco lo sabía.

—Ahora hay veinticinco Cazadores de Sombras gravemente enfermos en la Ciudad Silenciosa —dijo Charles—. Debido a la gravedad de la situación, la entrada y salida de Londres ha sido suspendida por la Clave por el momento.

Lucie, Thomas y Christopher intercambiaron miradas perplejas. ¿Cuándo ocurrió todo esto? Mientras un murmullo recorría toda la multitud de la biblioteca, estaba claro que muchos de los adultos presentes estaban igual de sorprendidos.

—¿Qué quieres decir con «por el momento»? —comentó George Penhallow—. ¿Por cuánto tiempo tendremos prohibido viajar?

Charles unió sus manos a la espalda—. Indefinidamente.

Los murmullos en la habitación se convirtieron en gritos—. ¿Qué hay de aquellos que están en Idris? —bramó Ida Rosewain—. ¿Podrán regresar? ¿Qué hay de nuestras familias allí?

Bridgestock negó con la cabeza—. Todo viaje a través de portales está suspendido...

—Bien —musitó Lilian Highsmith—. Nunca he confiado en esos modernos inventos. Escuché de un hombre que pasó junto a su *parabatai* a través de uno de esos portales y terminaron con las piernas pegadas.

Bridgestock ignoró esto—. No se podrá salir ni entrar en Londres, no se podrá atravesar el límite protegido de la ciudad. No por ahora.

Lucie y Christopher miraron a Thomas consternados, pero su boca solo se había convertido en una fina línea—. Bien —dijo—. Mi familia estará a salvo en Idris.

—Henry —dijo Christopher con voz preocupada—. Él iba a regresar para ayudarnos con el antídoto.

Lucie no sabía eso. Palmeó la mano de Christopher lo más reconfortante que pudo—. Los Hermanos Silenciosos también están buscando una cura —susurró—. No solo tú, Christopher. De todas maneras, estoy segura de que lo puedes hacer por tu propia cuenta.

—Y yo te ayudaré —añadió Thomas, pero Christopher solo miró con tristeza hacia la escena de abajo.

—¿Qué significa todo esto? ¿Por qué vamos a ser aprisionados en Londres? —Martin Wentworth estaba gritando. Se había puesto de pie—. Ahora es cuanto más necesitamos la asistencia de la Clave...

—Es una cuarentena, Martin —dijo Will con voz tranquila—. Deja al Inquisidor explicarlo.

Pero fue Charles quién habló—. Todos ustedes —dijo en voz alta—. Saben que mi... que Barbara Lightwood fue atacada por demonios. Veneno se ha esparcido por su cuerpo. No pudo soportarlo y murió pocos días atrás.

Thomas hizo una mueca, y la cara de Martin Wentworth pasó de rojo a blanco por claramente estar pensando en su hijo, Piers.

Charles continuó—. Oliver Hayward estaba con ella cuando murió. En sus últimos momentos de agonía, como no reconocía ni a sus amigos ni a sus seres queridos, lo atacó, arañando y golpeándole.

Lucie recordó la sangre en las manos de Oliver, sus rasguños. La biblioteca estaba en silencio. No podía evitar mirar a Thomas.

—Como ya deben saber —continuó Charles—, la familia Hayward dirige el Instituto de York, y Oliver comprensiblemente quiso regresar a su hogar tras perder a su amada.

—Como cualquier joven correcto haría —murmuró Bridgestock.

Charles lo ignoró—. Recibimos noticias ayer de que Oliver cayó enfermo. Sus rasguños empeoraron y había empezado a desarrollar los mismos síntomas que presentaron aquellos quienes fueron atacados por demonios aquí en Londres. —Charles pausó—. Oliver murió esta mañana.

Hubo un gran jadeo. Lucie se sintió enferma.

Laurence Ashdown se puso en pie—. ¡Pero Hayward no fue atacado por un demonio! ¡El veneno de demonio no es contagioso!

—El veneno causa una enfermedad —dijo Will calmado—. Los Hermanos Silenciosos han determinado que esta enfermedad puede ser contagiada a través de mordidas o rasguños. Aunque no es altamente contagioso, sí que es contagioso. De ahí la cuarentena.

—¿Es por eso que todos los enfermos fueron trasladados a la Ciudad Silenciosa y no dejan recibir visitas? ¿Es eso lo que está ocurriendo? —inquirió Wentworth.

Lucie estaba de nuevo sorprendida: no sabía que los enfermos no podían recibir visitas. Thomas, notando su angustia, susurró—. La orden contra los visitantes fue decretada apenas esta mañana. Christopher y yo escuchamos al tío Gabriel discutiendo sobre ello.

—La Ciudad Silenciosa es el lugar correcto para ellos —dijo Charles—. Los Hermanos pueden cuidar mejor de los afectados, y ningún demonio puede ingresar allí.

—¿Cuál es el plan de la Clave? —La voz de Ida Rosewain se elevó—. Su intención es encerrarnos en Londres... con demonios que poseen un veneno infeccioso del que no conocemos la cura... ¿Entonces simplemente *moriremos*?

Hasta Bridgestock se veía sorprendido. Fue Will quién hablo.

—Somos Cazadores de Sombras —dijo—. No esperamos a ser salvados por otros. Nos salvamos nosotros mismos. Aquí en Londres estamos tan equipados como cualquier otro miembro de la Clave para resolver este problema, y lo resolveremos.

Lucie sintió una chispa de calor en el pecho. Su padre era un buen líder. Era una de las cosas que amaba de él. Sabía cuándo la gente necesitaba ser tranquilizada y alentada. Charles, quien quería ser desesperadamente un líder, únicamente se limitaba a gritar y exigir.

—Will está en lo correcto —dijo Charles cauteloso—. Tenemos la ayuda de los Hermanos Silenciosos, y yo personalmente representaré a la Cónsul durante la ausencia de mi madre, ya que no puede regresar de Idris.

Charles lanzó una mirada hacia la multitud y, por un momento, parecía estar mirando directamente a Alastair Carstairs. Era raro que estuviera allí, pensó Lucie, pero Sona no estaba. Aunque Alastair seguramente le informaría de todo esto a su familia.

Alastair le devolvió la mirada a Charles y luego miró a otro lado; Lucie sintió el hombro de Thomas tensarse a su lado.

—Nos separaremos en tres grupos —dijo Bridgestock—. Uno de los grupos se encargará de buscar, indagando en nuestras bibliotecas sobre si ha pasado algo similar antes... Enfermedades de demonios, demonios que puedan caminar bajo la luz del sol, todo eso. El segundo grupo hará patrullas nocturnas, el tercero patrullas diurnas. A todos los Cazadores de Sombras mayores de dieciocho años y menores de veinticinco se les dará una zona de Londres para patrullar.

—No veo por qué los demonios permanecerían dentro del límite de la ciudad —dijo Lilian Highsmith sombría—. Podemos estar en cuarentena, pero ellos no.

—No estamos solos —dijo Will—. York también está bajo cuarentena, aunque allí no ha habido más casos de esta enfermedad, pero los Cazadores de Sombras del Instituto Cornwall y algunos de Idris patrullarán las afueras de Londres, y también habrá patrullas en todas las islas británicas. Si los demonios huyen de Londres, serán capturados.

—Estos demonios no aparecieron de la nada —dijo Bridgestock—. Fueron invocados. Tendremos que interrogar a todos los portadores de magia de Londres en busca del culpable.

—No son exactamente demonios, ¿verdad? —susurró Lucie—. Si es un demonio Mandikhor, entonces solo hay uno. Tal vez... ¿Deberíamos contárselo?

—No en este momento —dijo Thomas—. Lo último que necesitan es que caigamos del techo anunciando que tenemos la teoría de que es un demonio que puede separarse en varias partes.

—Realmente no es tanto una teoría sino más bien una hipótesis —dijo Christopher—. No lo hemos probado todavía, ni siquiera lo hemos examinado. No estoy seguro de cuanto pueda afectar a sus planes o comportamiento. Puede ser un solo demonio, pero actúa como varios, y eso es lo que están buscando combatir.

En la biblioteca, Will frunció el ceño—. Maurice, ya hemos hablado de esto. Tal acción no solo aterrorizará a todos brujos y Subterráneos de Londres, sino que tampoco estamos seguros de que quien sea que haya invocado a ese demonio siga en la ciudad. Sería una pérdida de personal que puede ayudar en otro momento.

—¡Pero alguien tiene la culpa de esto y tiene que pagarlo! —soltó Bridgestock.

Will comenzó a decir, sorprendentemente cuidadoso—. Y eso ocurrirá, pero antes tenemos que encontrar a este demonio...

—¡Mi hija está muriendo! —gritó Bridgestock, suficientemente alto para que la sala se estremeciera—. Ariadne está muriendo, ¡demando saber quién es el responsable!

—Bueno, mi sobrina ya está muerta. —Esta vez fue el tío Gabriel, levantándose. Se veía furioso, sus ojos verdes oscurecidos. Lucie deseó que su tía Cecily estuviera allí, seguramente ella lo hubiera calmado—. Y, sin embargo, en vez de estar gastando mi energía imaginando mi venganza, estaré patrullando las calles de Londres, previniendo que esto le ocurra a otro inocente...

—Eso está perfecto, Lightwood —dijo Bridgestock, sus ojos brillaban—, pero yo soy el Inquisidor, y tú no lo eres. Mi tarea es erradicar este mal de raíz...

La visión se tornó negra y la biblioteca bajo ellos comenzó a desvanecerse. Lucie alzó la vista con sorpresa para ver que Thomas había dibujado una línea a través de su runa, bloqueando la visión de la biblioteca. Sus ojos, como los de su tío Gabriel, brillaban de furia.

Christopher puso una mano sobre el hombro de Thomas—. Lo siento, Tom. Por Oliver, y...

—No hay necesidad de disculparse. —Thomas hablaba con voz firme—. Es mejor que sepamos sobre la situación. Tan pronto como nos hagamos con la Pyxis, resolveremos esto por nosotros mismos, ya que, si esperamos a que el Enclave llegue a un acuerdo, creo que muchos más morirán.

* * *

James vio como Cordelia subía los escalones hacia el elevado escenario de madera de nogal en mitad de la habitación. Era consciente de que Matthew estaba de pie a su lado, maldiciendo entre murmullos. No lo culpaba. Sabía cómo su parabatai se sentía: que de alguna forma ellos habían lanzado a Cordelia a los lobos del callejón del infierno.

Kellington, que estaba a su lado, aplaudió y el público comenzó a tranquilizarse. Aunque no lo suficientemente rápido, pensó James. Empezó a aplaudir ruidosamente, y a su lado, siguiendo su ejemplo, Matthew hizo lo mismo. Anna, acurrucada cerca de Hypatia en el sofá, también aplaudió, haciendo que Kellington la mirara y frunciera el entrecejo. Hypatia le devolvió la mirada con sus grandes y brillantes ojos, y se encogió de hombros.

Kellington se aclaró la garganta. —Queridos invitados —dijo—. Esta noche tenemos algo inusual. Una cazadora de sombras que se ha ofrecido a entretenernos.

Un murmullo se extendió a través de la habitación. James y Matthew siguieron aplaudiendo, y una chica vampira de pelo oscuro con brillantes en su pelo se sumó al aplauso. Anna susurró algo en la oreja de Hypatia.

—Por favor disfrutad la actuación de nuestra querida Cordelia Carstairs —dijo Kellington, volviendo para bajar las escaleras.

Cordelia posó una mano en su brazo. —Te solicitaré que me acompañes —dijo ella. —En el violín.

Matthew se rio entre dientes, casi de mala gana. —Cordelia es lista —dijo él, cuando Kellington, que parecía disgustado, se alejó para recuperar su instrumento. Cuando se movió a través de la habitación, Cordelia, luciendo mucho más calmada de lo que James sospechaba que estaba, se alzó y desató el cabello.

James contuvo el aliento cuando se cayó alrededor de sus hombros y se extendió por su espalda, su pelo del rojo profundo de los pétalos de rosa. Acariciaba su desnuda piel marrón como la seda. Y su brillante vestido de bronce se aferró a ella cuando extendió la mano y desenfundó a Cortana, atrayéndola hacia delante. Cada brillante luz en el Callejón del Infierno quedó atrapada a lo largo de la espada.

—Siempre he amado las historias —dijo, y su voz clara llenó la habitación. —Uno de mis cuentos favoritos es aquel de la sirvienta Tawaddud. Tras la muerte de un rico mercader, su hijo gastó toda la herencia que tuvo hasta que no le quedó nada más que una sirvienta, una chica conocida en todo el califato por su brillantez y su belleza. Su nombre era Tawaddud. Ella le suplicó al hijo que la llevara a la corte del califa Harun al-Rashid, y ahí venderla por una gran suma de dinero. El hijo insistió en que él no podía obtener tal suma de dinero por la venta de una sirvienta. Tawaddud insistió en que ella convencería al califa de que no había mujer más sabia, más elocuente o más aprendida en todo el reino excepto ella. Finalmente, el hijo se cansó. La llevó a la corte, ella fue llevada ante el califa, y le contó esto.

Cordelia asintió a Kellington, quien había vuelto para posicionarse al lado del escenario. Él empezó a tocar una melodía inquietante en el violín, y Cordelia comenzó a moverse.

Era una danza, pero no lo era. Ella se movía fluidamente con Cortana. Era oro y ella seguía ese oro en el fuego. Habló y su baja y fornida voz combinó con el baile y la música del violín.

—*“Oh Señor mío, estoy versada en sintaxis, poesía, jurisprudencia, exégesis y filosofía. Soy experta en música y en el conocimiento de las divinas ordenanzas, y en aritmética, geodesia, geometría y las fábulas de los antiguos.”*

Cortana se entrelazaba con sus palabras, subrayando cada una con acero. Se volvió cuando su espada se volvió, y su cuerpo se curvó y se desplazó como agua o fuego, como un río bajo una infinidad de estrellas. Era hermoso. Ella era hermosa, pero no era una belleza distante. Era una belleza que vivía y respiraba y alcanzaba con sus manos el pecho de James y le dejaba sin aliento.

—*"He estudiado las ciencias exactas, geometría y filosofía, y medicina y lógica y retórica y composición"*.

Cordelia se dejó caer de rodillas. Su espada azotada a su alrededor, un estrecho círculo de fuego. El violín zumbó, y su cuerpo zumbó, y James podía ver la corte del califa y la valiente chica arrodillándose ante Harun al-Rashid y contándole su valía.

—*"Puedo tocar el laúd y conocer su gama y notas y la notación y el crescendo y minuendo."*

Junto a James, Matthew contuvo el aliento. James miró rápidamente a su parabatai. Matthew se veía como lo hacía algunas veces cuando pensaba que nadie lo miraba. Había una soledad embrujada en esa mirada, un deseo casi más allá de la comprensión por algo que ni el propio Matthew entendía.

Su vista estaba fija en Cordelia. Pero entonces, todo el mundo en la habitación estaba mirándola a ella, como su cuerpo iba hacia atrás y su pelo se movió de lado a lado, un arco de fuego. Su piel marrón resplandecía, y el sudor brillaba sobre sus clavículas. La sangre de James golpeando por su cuerpo como un río a través de una presa rota.

—*"Si canto y bailo, seduzco"* —Cordelia se enderezó con un chasquido. Sus ojos encontraron la mirada de su audiencia, directa y retadora—. *"Y si me visto y me perfumo, mato"*.

Cordelia cerró de golpe la espada en su funda. Kellington había parado de tocar el violín; el también estaba mirando a Cordelia como una oveja enferma de amor. James tuvo una abrumadora urgencia de golpearle.

Cordelia se puso de pie, su cuello subiendo y bajando con su respiración acelerada.

—*"Hombres sabios de todo el reino fueron traídos para poner a prueba a Tawaddud, pero ella era más lista que todos ellos. Tan sabia y bonita como fue ella al final, que el califa le garantizó lo que sea que ella quisiera, todos los deseos de su corazón."*

Cordelia se inclinó.

—Y ese es el final de la historia —dijo y comenzó a descender sus pasos.

* * *

Cordelia nunca había sido observada por tanta gente en su vida. Escapándose del escenario, se deslizó entre el público, aunque era un diferente público del que había sido. Todos parecían querer sonreírle ahora, o inclinar sus cabezas, o guiñar. Muchos subterráneos decían "hermosamente ejecutado" cuando pasaba.

Ella les murmuraba sus gracias y estuvo inmensamente agradecida cuando alcanzó a James y a Matthew. James parecía completamente compuesto; y Matthew la estaba mirando con grandes ojos.

—Cielo santo —dijo con admiración, tan pronto como ella estuvo a su alcance. Él lucía más serio de lo que usualmente estaba. —¿Qué ha sido eso?

—Era un cuento de hadas —dijo James. —Bien hecho, Cordelia —indicó el ahora vacío sofá de tela jacquard—. Anna ha desaparecido con Hypatia, así que yo diría que tu distracción ha sido un éxito.

Cordelia. Él no la había llamado Daisy. No sabía qué pensar sobre eso. Puso una mano sobre su cuello; su corazón le estaba golpeteando, por los nervios y por el baile. —¿Qué hacemos ahora? —dijo. —¿Cuánto dura normalmente la seducción?

—Depende de si lo haces apropiadamente —dijo Matthew, con un poco de su vieja sonrisa.

—Bueno, espero por el bien de Hypatia que Anna lo haga apropiadamente, y aun por nuestro bien espero que se dé prisa —dijo James.

Matthew se había quedado quieto. —Vosotros dos —dijo —Escuchad.

Cordelia escuchó, y a principio escuchó solo el cuchicheo y el murmullo del público. Entonces, debajo de él, el susurro de una palabra conocida, hablada baja y urgente.

Una cazadora de sombras. Una cazadora de sombras está aquí.

—¿Se refieren a nosotros? —Cordelia observó a su alrededor con perplejidad y vio a Kellington mirando a la puerta, su boca cerrada con irritación. Alguien que acababa de entrar por la puerta, alguien con el pelo rojo brillante, vistiendo un pesado abrigo grueso.

—Charles —los ojos de Matthew eran verdes rendijas. —Por el Ángel, ¿Qué está haciendo él aquí?

James maldijo suavemente. Charles estaba moviéndose a través del público, su abrigo abotonado hasta la garganta, mirando alrededor con incomodidad. Parecía desesperadamente fuera de lugar.

—Deberíamos irnos —dijo James. —Pero no podemos dejar a Anna.

—Vosotros dos corred y esconderos —dijo Matthew. —A Charles se le irá la cabeza si os ve aquí.

—¿Y qué vas a hacer tú? —preguntó Cordelia.

—Él está acostumbrado a este tipo de cosas de mi parte —dijo Matthew, y toda su cara pareció haberse apretado. Sus ojos estaban brillando como fragmentos de cristal. —Yo me encargaré de Charles.

James miró a Matthew durante un momento. Cordelia sintió el susurro de las palabras no pronunciadas pasando entre ellos, la silenciosa comunicación de los parabatai. Quizás algún día ella tendría eso con Lucie; pero en aquel momento, parecía casi como magia.

James asintió con la cabeza a Matthew, se dio la vuelta, y cogió la mano de Cordelia. —Por aquí —dijo él, y se hundió entre el público. Detrás de ella, Cordelia escuchó a Matthew decir el nombre de Charles con un exagerado ruido de sorpresa. El público estaba cambiando y moviéndose ya que los subterráneos se apartaron de Charles; James y Cordelia bordearon a Kellington y fueron hacia un pasillo de paneles rojos que los guiaba fuera de la habitación principal.

Había una puerta abierta a mitad del pasillo; una placa en la puerta le proclamaba ser LA HABITACION DE LOS SUSURROS. James se metió en ella, dirigiendo a Cordelia tras él. Ella solo tuvo tiempo para ver que estaban en una habitación tenuemente iluminada y desierta cuando él cerró de golpe la puerta detrás de ellos. Ella se inclinó contra la pared, recuperando la respiración, mientras ambos miraban alrededor.

Ellos estaban en un tipo de salón, o puede que una oficina. Las paredes estaban colgadas con papel de plata, decorada con imágenes de doradas escamas y plumas. Había un alto escritorio de nogal tan grande como una mesa, con una superficie elevada apilados con montones de papeles sujetos por un tazón de cobre de duraznos. ¿El escritorio de Hypatia, quizás? Un claro fuego encantado quemaba en la chimenea, las llamas plata y azules. El humo que se alzaba del fuego trazaba delicados patrones en el aire con la forma de hojas de acanto. Su humo olía dulce, como esencia de rosas.

—¿Qué crees que Charles esté haciendo aquí? —dijo Cordelia.

James estaba observando los libros en las paredes, una cosa muy típica de los Herondale. —¿Dónde aprendiste a bailar así? —dijo repentinamente.

Ella se volvió a mirarlo con sorpresa. En ese momento se estaba recostando sobre la estantería, observándola. —Tuve un instructor de baile en París —dijo. —Mi madre creía que

aprender a bailar ayudaba para ganar movimiento en batalla. Ese baile—, añadió —estaba prohibido enseñarlo a las señoritas que no estaban casadas, pero a mi profesor de baile no le importaba.

—Bueno, gracias al Ángel que estabas ahí —dijo él. —Matthew y yo ciertamente no hubiéramos podido hacer ese baile por nuestra cuenta.

Cordelia sonrió vagamente. Mientras bailaba en el escenario, se había imaginado que James la estaba mirando, que la encontraba bella, y el poder que se había desbordado a través de ella con aquel pensamiento se había sentido como electricidad. Cordelia apartó la vista de él, arrastrando la mano a lo largo de la encimera del escritorio, cerca del montón de papeles aguantados por el cuenco de cobre.

—Ten cuidado —dijo James, con un rápido gesto de advertencia. —Sospecho que es fruta de hadas. No tiene ningún efecto en los brujos, no un efecto mágico al menos. Pero en humanos...

Ella retrocedió. —Seguramente no haga daño si no lo comes.

—Oh, no lo hace. Pero he conocido a aquellos quienes lo han probado. Dicen que cuanto más tienes, más quieres, y más te duele cuando no puedes tener más. Y aun así...Siempre he pensado ¿El no conocer como sabe no es otra forma de tortura? ¿La tortura de la imaginación?

Sus palabras eran ligeras, pero había una rareza en la forma en que la estaba mirando, pensó Cordelia, un tipo de profundidad en su mirada que no parecía familiar. Sus labios estaban ligeramente separados, y sus ojos era de un dorado más profundo que el habitual.

La belleza podía romperte el corazón como garras, pensó, pero no quería a James porque fuera atractivo. él era atractivo, porque ella lo quería. El pensamiento le trajo la sangre a sus mejillas; ella apartó la vista, justo cuando la puerta se sacudía en su marco.

Alguien estaba tratando entrar. James se giró, sus ojos eran salvajes. La mano de Cordelia voló a la empuñadura de Cortana. —Se supone que no debemos estar aquí —ella comenzó.

No fue más lejos. Un momento después James la había atraído hacia él. Sus brazos la rodearon, levantándola contra él. Su boca era amable, incluso cuando la aplastó contra la suya; se dio cuenta de que estaba haciendo un momento después de que la puerta se abriera. Dio un pequeño jadeo, y sintió como el pulso de James saltaba; su mano derecha se deslizó en su pelo, esa mano con cicatrices de runas contra su mejilla mientras la besaba.

James la estaba besando.

Ella sabía que no era real. Sabía que él lo estaba haciendo parecer como si fueran subterráneos teniendo una cita en la habitación de los susurros. Pero no importaba, nada importaba excepto la forma en que la estaba besando, besándola gloriosamente.

Envolvió sus brazos alrededor de su cuello, arqueando su cuerpo contra el de él. Ella sintió su exhalación contra su boca; la estaba besando cuidadosamente, incluso cuando los movimientos de sus manos y su cuerpo imitaban la pasión.

Pero ella no quería cuidado. Quería que fuera arrollador y tremendo, quería que fuera real, que el beso fuera desesperado era todas las cosas con las que ella siempre había soñado.

Cordelia abrió los labios contra los de James. Los suyos eran suaves, y sabía a azúcar de cebada y especias. Escuchó risas nerviosas en la puerta de la habitación y sintió como la mano de James se estrechaba en su cintura. Su otra mano izquierda dejó su mejilla y ahuecó la parte de atrás de su cuello cuando profundizó el beso, repentinamente, como si él no pudiera ayudarse a si mismo. James se apoyó ahí, en ella, su lengua trazando la forma de su boca, haciéndola estremecer.

—Oh —murmuró ella suavemente contra él, y escuchó como la puerta se cerraba. Quien quiera que fuese se había ido. Ella mantuvo sus brazos alrededor del cuello de James. Si él quería que esto terminara, tendría que terminarlo él.

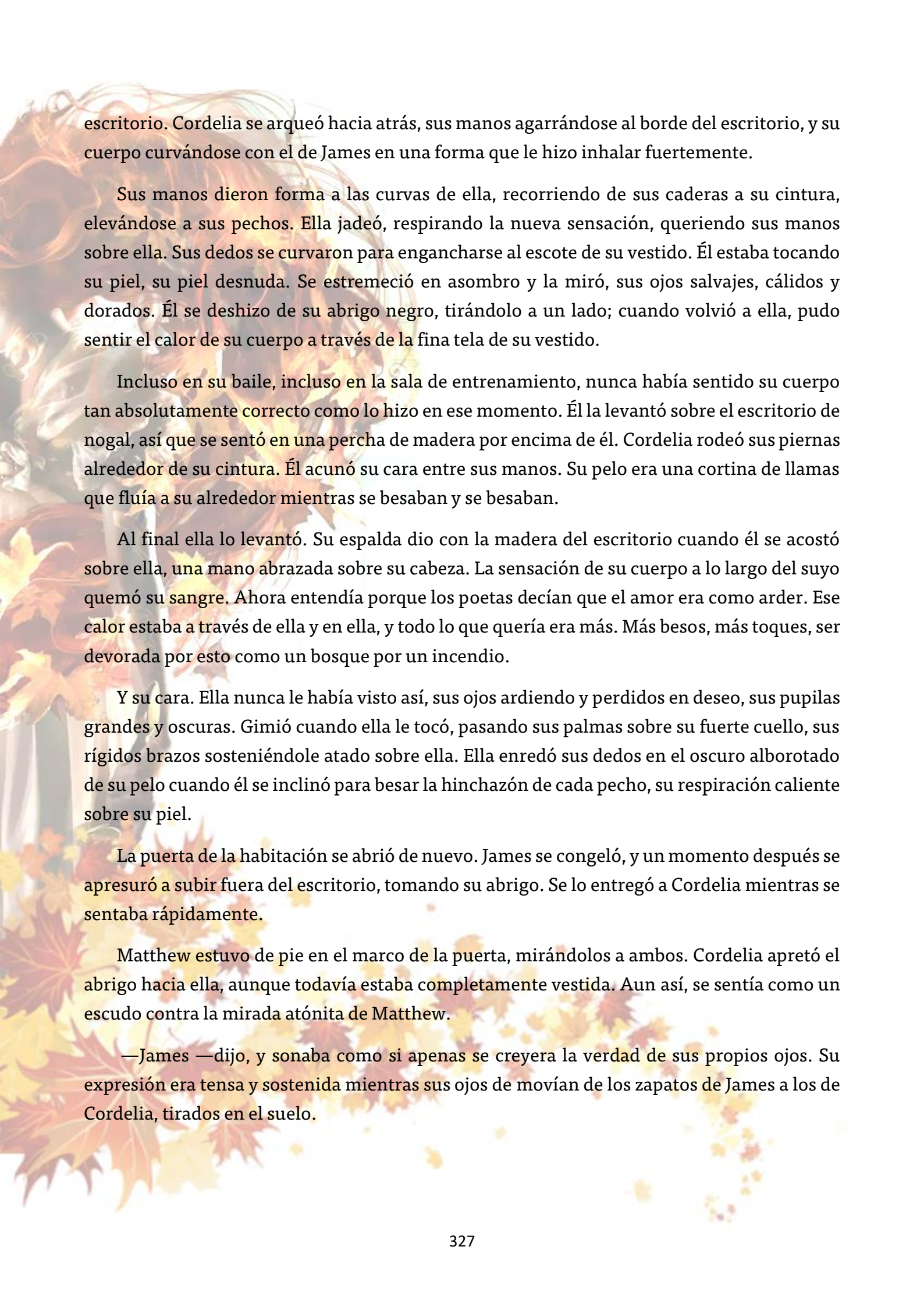
Terminó el beso, pero no la dejó ir. Todavía estaba sosteniéndola contra él, su cuerpo era una dura cuna para el de ella. Acarició el lado de su cuello con sus dedos, había una leve cicatriz justo encima, con la forma de una estrella...

Su respiración era desigual. —Daisy...mi Daisy...

—Creo que más gente está viniendo —susurró ella.

No era verdad, y los dos lo sabían. No importaba. Él la acercó contra él con tal fuerza que estuvo a punto de tropezar con su tacón cogido en la alfombra. Su zapato se salió, y lanzó lejos al segundo, subiendo de puntillas para llegar a la boca de James. Sus labios eran firmes y dulces mientras recorría el borde de sus labios, sobre su pómulo, bajando hasta su mandíbula. Estaba nadando entre mareos mientras le sentía que desató la correa de Cortana con una mano, su otra mano trazando el cuerpo de su vestido. Nunca había sabido que su cuerpo se podía sentir así, tenso y tirante de deseo mientras al mismo tiempo parecía flotar.

Él besó su cuello cuando su cabeza cayó hacia atrás. Sintió que él se torcía para poner a Cortana contra la pared; cuando se enderezó, sus brazos se apretaron alrededor de ella. Él los movió a ambos lejos de la estantería, medio llevándola, su boca urgente contra la de ella. Tropezaron a través de la alfombra, labios y manos frenéticas cuando se pusieron contra el



escritorio. Cordelia se arqueó hacia atrás, sus manos agarrándose al borde del escritorio, y su cuerpo curvándose con el de James en una forma que le hizo inhalar fuertemente.

Sus manos dieron forma a las curvas de ella, recorriendo de sus caderas a su cintura, elevándose a sus pechos. Ella jadeó, respirando la nueva sensación, queriendo sus manos sobre ella. Sus dedos se curvaron para engancharse al escote de su vestido. Él estaba tocando su piel, su piel desnuda. Se estremeció en asombro y la miró, sus ojos salvajes, cálidos y dorados. Él se deshizo de su abrigo negro, tirándolo a un lado; cuando volvió a ella, pudo sentir el calor de su cuerpo a través de la fina tela de su vestido.

Incluso en su baile, incluso en la sala de entrenamiento, nunca había sentido su cuerpo tan absolutamente correcto como lo hizo en ese momento. Él la levantó sobre el escritorio de nogal, así que se sentó en una percha de madera por encima de él. Cordelia rodeó sus piernas alrededor de su cintura. Él acunó su cara entre sus manos. Su pelo era una cortina de llamas que fluía a su alrededor mientras se besaban y se besaban.

Al final ella lo levantó. Su espalda dio con la madera del escritorio cuando él se acostó sobre ella, una mano abrazada sobre su cabeza. La sensación de su cuerpo a lo largo del suyo quemó su sangre. Ahora entendía porque los poetas decían que el amor era como arder. Ese calor estaba a través de ella y en ella, y todo lo que quería era más. Más besos, más toques, ser devorada por esto como un bosque por un incendio.

Y su cara. Ella nunca le había visto así, sus ojos ardiendo y perdidos en deseo, sus pupilas grandes y oscuras. Gimió cuando ella le tocó, pasando sus palmas sobre su fuerte cuello, sus rígidos brazos sosteniéndole atado sobre ella. Ella enredó sus dedos en el oscuro alborotado de su pelo cuando él se inclinó para besar la hinchazón de cada pecho, su respiración caliente sobre su piel.

La puerta de la habitación se abrió de nuevo. James se congeló, y un momento después se apresuró a subir fuera del escritorio, tomando su abrigo. Se lo entregó a Cordelia mientras se sentaba rápidamente.

Matthew estuvo de pie en el marco de la puerta, mirándolos a ambos. Cordelia apretó el abrigo hacia ella, aunque todavía estaba completamente vestida. Aun así, se sentía como un escudo contra la mirada atónita de Matthew.

—James —dijo, y sonaba como si apenas se creyera la verdad de sus propios ojos. Su expresión era tensa y sostenida mientras sus ojos se movían de los zapatos de James a los de Cordelia, tirados en el suelo.



—Se supone que no debemos estar aquí —dijo Cordelia rápidamente. —James pensó que si pretendíamos... quiero decir, si alguien entrara y pensara—.

—Lo entiendo —dijo Matthew, no mirándola a ella, sino a James. Y James, pensó Cordelia, parecía compuesto... tan compuesto como si nada hubiera pasado. Solo su pelo estaba un poco despeinado, y su corbata torcida, pero su expresión era normal: calmada, apenas curiosa.

—¿Está Charles todavía aquí? —dijo.

Matthew se apoyó en el marco de la puerta. Sus manos se movieron lentamente mientras hablaba, describiendo claros arcos en el aire. —Se fue. Me dio una buena reprimenda primero, te lo puedo asegurar, por desperdiciar mi tiempo en tal pantano de libertinaje y ruina. Me dijo que pensó que al menos te habría traído a ti o a Anna para cuidarme —hizo una mueca.

—Mala suerte, viejo amigo —dijo James, volviéndose a Cordelia y alcanzándole una mano para ayudarla a bajar del escritorio. La calidez se había ido de sus ojos dorados; eran fríos e indescifrables. Le entregó su abrigo y se encogió de hombros —¿Porqué estaba aquí?

—El Enclave está examinando qué saben los subterráneos sobre la situación —dijo Matthew. —Unos días después de que nosotros tuviéramos la idea, por supuesto.

—Será mejor irnos —dijo James. —Charles puede que se haya ido, pero nada impide a otros miembros de la Clave de hacer una aparición no bienvenida.

—Tenemos que advertir a Anna —dijo Cordelia, aclarándose la garganta. Pensó que sonaba remarcadamente estable, considerando las circunstancias.

La sonrisa de Matthew era pequeña. —A Hypatia no le gustará.

—Aun así —dijo Cordelia tercamente, recuperando un zapato y luego el otro. —Demos hacerlo.

Cogió a Cortana de vuelta de donde James la había dejado apoyada contra la pared y siguió a los chicos fuera al pasillo. Se mordió el labio mientras se apresuraban por el pasillo empapelado en silencio. El olor del humo de la Sala de los susurros se aferraba a su pelo, enfermizamente dulce.

—Aquí —dijo Matthew, cuando una puerta adornada en talle de oro se levanto delante de ellos, su pomo tallado con la forma de una ninfa de oro. Parecía que Hypatia había cambiado la entrada a su habitación, tal y como había cambiado las paredes en la habitación principal. —La habitación de Hypatia Vex. Cordelia, ¿supongo que quieres llamar a la puerta?

Cordelia se abstuvo de mirar a Matthew. Él permaneció cerca de ella, casi hombro con hombro, y pudo oler el alcohol sobre él, algo rico y oscuro, como brandy o ron. Pensó en la deliberación tan lenta de sus gestos, la forma en la que había parpadeado a ella y a James. Antes de venir a buscarlos a la Sala de los Susurros, se había emborrachado, se dio cuenta. Probablemente mucho más borracho de lo que aparentaba.

Antes de que pudiera moverse, el pomo con forma de ninfa se giró, y Anna abrió la puerta en una estela de bronce brillante y una pesada ráfaga de olor fragante de flores blancas: jazmín y nardos. Su pelo estaba desordenado y el cuello de su camiseta colgaba abierto para mostrar un collar de rubí brillando rojo como la sangre contra su garganta. Ella sostenía una caja de madera, tallada con los *ourobouros* y oscura con el paso de los años, en su mano izquierda.

—Shh —susurró, mirándolos. —Hypatia está dormida, pero no lo estará mucho tiempo ¡Tómenlo!

Y le tiró la Pyxis a James.

—Entonces hemos terminado —dijo Matthew. —Ven con nosotros.

—¿Y hacer que Hypatia sospeche? No seas ridículo —Anna rodó sus ojos azules. —Retírense, conspiradores. Yo ya he hecho mi parte, y el resto de mi noche no requerirá de ustedes.

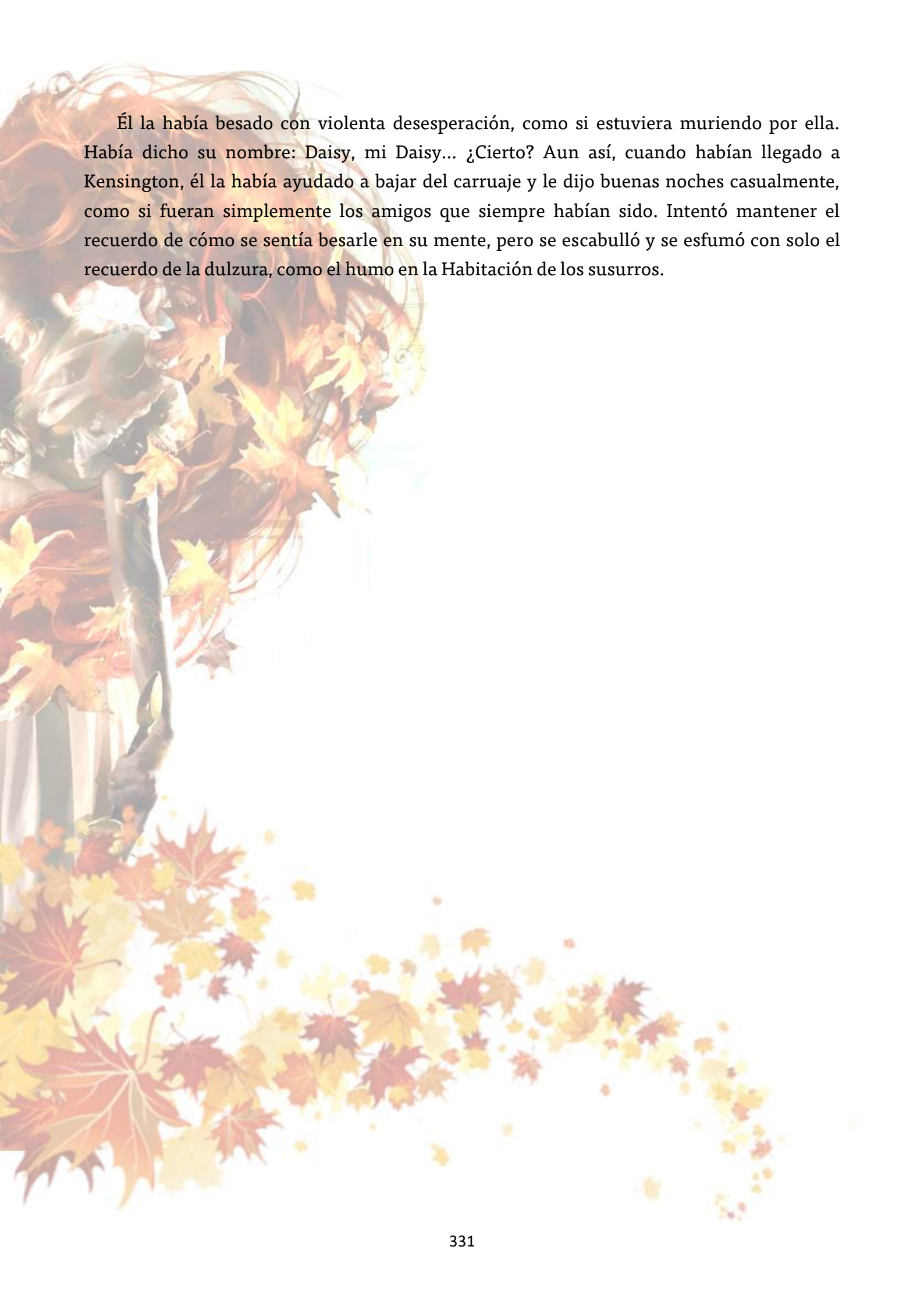
—¿Anna? —la voz de Hypatia sonó de algún lugar dentro de la habitación iluminada de bronce. —Anna, cariño, ¿dónde estás?

—Toma mi carruaje —susurró Anna. Después sonrió. —Y lo hiciste muy bien, Cordelia. Estarán hablando sobre ese baile por años.

Hizo un guiño y cerró la puerta en sus caras.



El sueño evadió a Cordelia aquella noche. Tiempo después de que los chicos la hubieran dejado en su casa en Kensington, tiempo después de que hubiera subido fatigadamente los escalones hacia su habitación, tiempo después de que su vestido se hubiera deshecho en una pila de tela bronce en el suelo, estaba despierta, mirando al techo de yeso blanco de su habitación. Todavía podía sentir los labios de él sobre los de ella, y el toque de sus manos y dedos en su cuerpo.

A soft, painterly illustration of a tree with vibrant autumn foliage in shades of orange, red, and yellow. The leaves are scattered across the left side and bottom of the page, creating a gentle, nostalgic atmosphere. The background is a pale, warm yellow.

Él la había besado con violenta desesperación, como si estuviera muriendo por ella. Había dicho su nombre: Daisy, mi Daisy... ¿Cierto? Aun así, cuando habían llegado a Kensington, él la había ayudado a bajar del carruaje y le dijo buenas noches casualmente, como si fueran simplemente los amigos que siempre habían sido. Intentó mantener el recuerdo de cómo se sentía besarle en su mente, pero se escabulló y se esfumó con solo el recuerdo de la dulzura, como el humo en la Habitación de los susurros.

16

LEGIÓN

Traducido por: Nay Herondale & Fairchild
Corregido por: Lovelace, BLACKTHORN & Helkha Herondale

“El mar entregó los muertos que yacían en él; también la muerte y el Hades entregaron los muertos que yacían con ellos, y cada uno fue juzgado conforme a sus obras.”

— Apocalipsis 20:13 [RVC]⁵⁰

Cuando Cordelia llegó al Instituto a última hora de la tarde, encontró a Lucie y los Ladrones Felices en el salón de baile, claramente aprovechando el hecho de que Will y Tessa habían ido a patrullar durante el día. Había sábanas blancas arrojadas sobre los muebles y el piano, y la única luz provenía de las ventanas arqueadas, cuyas pesadas cortinas de terciopelo habían sido retiradas. Incluso en el corto tiempo que había pasado desde el baile, el piso había aumentado ligeramente su veteado de polvo.

Lucie, Christopher, James, Matthew y Thomas estaban parados en un círculo alrededor de un objeto que había sido colocado en el medio de la habitación. Cuando Cordelia se acercó a ellos, lo reconoció como la Pyxis que Anna le había entregado a James la noche anterior.

A la luz del día, Cordelia podía verlo más claramente. Estaba hecho de una madera dorada oscura, con el patrón de los *ouroboros*, la serpiente tragando su propia cola, grabada en cuatro de sus lados. Un mango sobresalía desde la parte superior.

—¡Cordelia! —exclamó Lucie—. ¡Solo estábamos intercambiando información! Descubrimos muchos asuntos importantes en la última reunión del Énclave anoche, y suena como si hubieras hecho una cosa u otra en el Callejón del Infierno. Nada tan emocionante, sin duda, pero no todos podemos ser espías.

—Me enteré de la reunión por mi hermano esta mañana—dijo Cordelia, uniéndose a los demás en su círculo improvisado. Al igual que Cordelia, Lucie y los muchachos estaban en trajes de combate. James llevaba una chaqueta Norfolk sobre la suya, con el cuello alto levantado. Mechones de cabello negro caían sobre su frente y besaban la parte superior de sus pómulos. Ella apartó la vista rápidamente, antes de que sus ojos pudieran encontrarse. — La cuarentena y ... y todo lo demás.⁵¹

⁵⁰ Las siglas RVC significan Reina-Valera Contemporánea, una traducción de la Biblia revisada y corregida, de esta versión sacamos la traducción.

⁵¹ Cassandra es profetisa alch, sale su libro en el que los cazadores de sombras son puestos en cuarentena Y NOSOTROS SOMOS PUESTOS EN CUARENTENA TAMBIÉN.

Alastair todavía estaba enojado con ella, pero para ser justos con él, había sido gentil dando las malas noticias sobre Oliver Hayward. Sin embargo, ella nos sabía que decir al respecto. No había conocido a Oliver, excepto como una presencia al lado de Bárbara, pero los demás sí. No podía imaginar lo que sintieron, especialmente Thomas, que parecía aún más tenso de lo que había estado antes.

—Parece aún más urgente encontrar y atrapar al demonio responsable de este contagio ahora, antes de que ataque a alguien más —dijo al fin.

Christopher sacudió con entusiasmo un enorme libro que sostenía, sus lentes se balancearon en la punta de su nariz. Las palabras *Sobre los Usos de Pyxis y Otras Filacterias* estaban estampadas al frente en dorado. —Parece que esta generación de Pyxis es bastante simple. Cuando deseas atrapa un demonio, primero lo hieres o lo debilitas. Luego colocas el Pyxis cerca en el suelo y pronuncia las palabras '*Thaam Tholach Thechembaor*' y el demonio será absorbido por la caja.

El Pyxis se tambaleó bruscamente, casi cayendo de lado. Todo el mundo saltó dando un paso atrás.

—Está vivo —dijo Thomas, mirando fijamente—. No la Pyxis, quiero decir, bueno, ustedes me entienden.

—Ciertamente —dijo James—. Veo una falla en nuestro plan.

Matthew asintió con la cabeza. —Yo también. ¿Qué pasa si la Pyxis tiene un ocupante? —No había verdaderamente ninguna razón para suponer que la caja de Hypatia estaba vacía. Podría haber tenido un demonio en él todos estos años.

Todos se miraron el uno al otro.

—¿Qué pasaría si tratáramos de poner *otro* demonio allí? —Cordelia preguntó por fin—. ¿Podrían caber ambos?

—No es una buena idea—dijo Christopher, consultando el libro—. Ya que no conocemos qué tipo de demonio está allí, no sabemos si habrá suficiente espacio. Las Pyxis son más grandes por adentro de lo que parecen, pero aun así finitas.

—Bueno, entonces tenemos que vaciar esta Pyxis —dijo Lucie prácticamente—. Cualquier cosa podría estar allí. Podría ser un demonio mayor.

—¿Qué? —dijo Christopher con tristeza.

—Estoy seguro de que no lo es —dijo James—. Aun así, reubiquémonos en el Santuario. Pase lo que pase, al menos podemos mantenerlo contenido hasta que la ayuda llegue.

—¿Por qué no? —dijo Matthew—. Seguramente no hay forma de que este plan pueda ir mal.

James levantó una ceja. —¿Tienes otra idea?

—Creo que deberíamos hacerlo —dijo Thomas—. Es ridículo llegar tan lejos y regresar.

Lucie se sorbió la nariz. —Bueno, será mejor que todos ustedes esperen que funcione. Especialmente tú, James, porque si mamá y papá descubren que liberaste un demonio en el Santuario, lo alimentarán contigo.

James le lanzó a Lucie una mirada oscura de hermano mayor que casi hizo que Cordelia soltara una risilla. Siempre había estado un poco celosa de la cercanía que Lucie y James compartían, algo que siempre había querido con Alastair, pero nunca había tenido. Era agradable que en algunos momentos fueran perfectamente normales.

Se trasladaron al Santuario, James llevando la Pyxis con cuidado, como si fuera un dispositivo infernal que podría explotar en cualquier momento. Cordelia se encontró caminando junto a James y Lucie. Se preguntó si ella y James alguna vez discutirían lo que había sucedido la noche anterior en la Sala de los Susurros o si la dejaría tranquilamente volviéndose loca preguntándose por eso.

—No te preocupes —le dijo Lucie a su hermano—. No será como lo fue con papá.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Cordelia.


James dijo: —Cuando era niño, mi padre abrió una Pyxis con trágicas consecuencias. Mi tía Ella fue asesinada.

Cordelia estaba horrorizada. —Tal vez no deberíamos-

—Esto será diferente —dijo Lucie, y Cordelia no estaba segura de si Lucie se tranquilizaba a sí misma o a James—. Sabemos en lo que nos estamos metiendo. Papá no lo hacía.

Habían llegado al Santuario, la única habitación en el Instituto donde los subterráneos podían entrar libremente sin ser invitados por un cazador de sombras. Estaba protegido por hechizos que les impedían entrar a la parte principal del Instituto. Reuniones con destacados subterráneos a menudo se mantenían allí, y los subterráneos incluso podían buscar refugio en un santuario bajo los Acuerdos.

Estaba claro que el Instituto de Londres había sido una vez una



catedral, y una grande. Masivos pilares de piedra se estiraban hasta el techo. Thomas había sacado una caja de fósforos y se movía por la habitación, iluminando una docena de enormes candelabros, sus apliques rellenos de

gordas velas blancas que proyectaban una luz tenue. Los tapices y pilares habían sido cubiertos con los diseños de las runas, al igual que las baldosas del piso. Cordelia tuvo que admitir que, si uno iba a liberar un demonio, este parecía uno de los mejores lugares para hacerlo.

En medio de la habitación había una fuente de piedra seca, la cual en el centro tenía una estatua de un ángel con las alas dobladas, su cara de piedra rayado con líneas negras como lágrimas.

James dejó la caja en el suelo, directamente encima de una runa de poder angelical. Se arrodilló, estudiando la Pyxis. Después de un momento, tomó un cuchillo serafín apagado del interior de su abrigo.

—Ármense, todos —dijo.

Cordelia desenvainó a Cortana; los otros sacaron cuchillos serafín como James había hecho, salvo Thomas, quien sacó sus *bolas*. James extendió la mano y se apoderó del mango de la Pyxis.

La mano de Cordelia apretó la empuñadura de su espada.

James giró el mango hacia un lado, como si girara un sacacorchos. Hubo un fuerte clic cuando la Pyxis se abrió. Por todo el Santuario, las blancas velas fueron salpicadas consumiéndose. James saltó hacia atrás, levantando su espada.

Hubo un sonido como el silbido de un tren por la noche y humo ondeó desde la Pyxis abierta, trayendo consigo un olor a quemado. Cordelia tosió, levantando a Cortana. Escuchó a James gritar —¡*Barachiel!* — y la luz de su espada serafín cortó el humo, seguido por los cuchillos de los demás: Matthew, Christopher y Lucie.

Algo se elevaba a través del humo, algo así como una enorme oruga, de color verdoso, con un cuerpo segmentado, ondulado y una cabeza lisa cortada por una boca sin labios. La boca se abrió, mostrando fila tras fila de dientes ennegrecidos. Luego, para sorpresa de Cordelia, habló.

—*Por fin soy libre* —siseó—. *Yo, Agaliarept, soy libre de recuperar el*

dominio de mi maestro, robado de él por un demonio de gran astucia. yo debo recuperar su mundo perdido e inundar este con sangre y muerte —volvió la cabeza se hacia los cazadores de sombras. — Los que me han liberado, ¿Cuál es tu oferta? ¡Hablen! Se me ordena hacer cualquier cosa que me pidas.

—¿Cualquier cosa? —dijo Matthew con curiosidad.

Hubo un destello de luz cuando la espada serafín de James se arqueó a través del humo y se sumergió en medio del demonio. Icor negro salpicó cuando el demonio chilló con una voz aguda y chirriante. Las velas se consumieron apagándose, mientras James sacaba su espada; estaba salpicado de líquido negro, su mandíbula apretada, sus ojos brillantes.

El demonio aulló y desapareció, dejando solo humo y hedor.

Lucie se tambaleó hacia atrás, tosiendo, su cara arrugada de asco.

—¡Pero habría cumplido nuestra petición! —Matthew protestó.

—Parecía poco confiable—dijo James, secándose el icor de la cara con su manga. Su espada serafín se había oscurecido.

—Pensé que parecía estar bien, para ser un demonio—dijo Christopher —, saben.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo una fuerte voz.

Todos giraron, Cordelia levantó a Cortana instintivamente. Quitó el icor de su rostro y miró.

Alguien había entrado por la puerta de la calle. Un hombre alto, muy alto, con un mechón de pelo negro. Su piel era marrón, un tono más oscuro que la de Cordelia, sus ojos verdes dorados y con las pupilas rasgadas como las de un gato. Estaba vestido como para una boda de verano, con un levita gris y pantalones, con guantes de gamuza gris y botas. El atuendo fue coronado por un magnífico chaleco de brocado gris y magenta, un bastón y brillantes polainas magentas.

—¿Magnus Bane? —dijo Matthew, con una mezcla de asombro y horror.

Magnus Bane caminó hacia dentro del Santuario, sacudiendo la cabeza mientras estudiaba la escena ante él. —Quiero saber lo que están haciendo, pero debo confesar que tengo miedo de averiguarlo —dijo—. Invocando un demonio, ¿me equivoco?

—Es un poco complicado —dijo James—. Hola, Magnus. Es bueno verte.

—La última vez que te vi, estabas boca abajo en el Serpentine —dijo Magnus alegremente—. Ahora estás jugando con una Pyxis. Veo que has decidido seguir la larga tradición Herondale de tomar malas decisiones.

—¡Igual que yo! —dijo Lucie, decidida a no quedarse afuera.

—Vine desde Yakarta para tener una reunión con Tessa y Will sobre todo este asunto de la plaga de demonio a la luz del día —dijo Magnus—. Pero cuando llamé a la puerta principal, nadie respondió. Por lo tanto, me vi obligado a entrar por el Santuario.

—Es extraño que te hubieran pedido que vinieras aquí ahora —dijo Thomas.

—Todos los mayores de dieciocho años están buscando a los demonios responsables de los ataques.

Magnus frunció el ceño. Levantó la mano mirando el reloj en su muñeca y gimió. —Parece que olvidé ajustar el cambio de horario en mi reloj, por lo tanto, he llegado seis horas antes. Maldita sea.

Matthew parecía encantado. —Podríamos tomar el té. Soy un verdadero entusiasta de su trabajo, Sr. Bane. Además, su estilo personal. sus chalecos...

—Matthew, cállate —dijo Thomas—. El señor Bane no quiere hablar sobre chalecos.

—No es cierto —dijo Magnus—. Siempre quiero hablar de chalecos. Pero admito que tengo más curiosidad por esta Pyxis —se acercó y tocó la caja con su bastón Malacca—. ¿Tengo razón al deducir que ustedes abrieron la caja a propósito y dejaron salir a un demonio Palpis?

—Sí —dijo James.

—... ¿Por qué? —dijo Magnus.

—Necesitamos poder usar la Pyxis —soltó Matthew—. Atrapar a un demonio. Entonces tenía que estar vacía. Estábamos simplemente... vaciándola.

James suspiró. —Matthew, serías un espía terrible. Puede que no te rindieras bajo tortura, pero le dirías a alguien todo lo que quisieran saber a cambio de un buen par de pantalones.

—Oh, por el amor de Dios —dijo Cordelia. Se giró hacia Magnus—. Tú quieres que este negocio de demonios termine, ¿verdad? ¿No quieres más cazadores de sombras muertos o sí?

Magnus parecía sorprendido de ser tratado tan contundentemente. —Soy generalmente no partidario de los asesinos, no.

—Entonces quizás podrías ayudarnos —dijo James, y rápidamente describió su plan, o al menos todo lo que podía decir sin romper la promesa con Ragnor, su creencia de que estaban buscando un tipo de demonio que solo podía ser atrapado por una Pyxis. La visión de James del reino de las sombras y su razón para pensar que el demonio estaría en Tower Bridge. Mientras hablaba Magnus parecía cada vez más curioso. Al final de la historia, Magnus se había sentado en el borde de la fuente, sus largas piernas estiradas enfrente de él.

—Esta es una gran colección de suposiciones —dijo, cuando James había terminado—. Pero debo preguntar, especialmente a ti, Lucie y James, ¿por qué no buscan la ayuda de sus padres con esto? ¿Por qué el secreto?

—Porque hicimos una promesa —dijo Matthew—, a la persona que nos dio la clave que desbloqueó gran parte de esta información. Y no podemos romperla. —

Magnus esbozó una extraña sonrisa torcida. —Ragnor me dijo que les había confiado algo de información, y parece que no has traicionado su confianza. No muchos cazadores de sombras honrarían tal promesa hecha a un subterráneo. Como soy el mejor amigo de Ragnor, o al menos la única persona quien puede tolerarlo por largos períodos, guardaré su secreto. Miró de James a Lucie. —En días pasados, cuando conocí bien a sus padres, probablemente habrían estado encabezado este plan—. Se paró. —Pero ahora ya no son niños. Son padres y, por lo tanto, devotos a algo que aman más que a sus propias vidas. Por lo que ciertamente, tal vez no deberían saberlo.

Ni siquiera Matthew respondió a eso.

—Bueno, buena suerte —dijo Magnus, levantando su bastón—. Supongo que iré a Hatchards por unas horas. No hay mejor distracción en este mundo que perderse en los libros por un rato.

Cordelia dio un paso adelante, levantando las manos para evitar que se fuera. —Señor Bane —dijo—. Sé que es mucho pedir, especialmente cuando prometió guardar nuestros secretos. ¿Pero nos ayudaría?

Magnus golpeó con los dedos enguantados la cabeza de su bastón. —Eres una Carstairs, ¿verdad? ¿Cordelia Carstairs?

—Sí, soy prima de Jem —dijo Cordelia—. Mire, sabemos que esto es una locura de plan, pero podría salvar muchas vidas. No necesita ayudarnos directamente, ni involucrarse en la lucha. Entiendo que sienta lealtad a nuestros padres. Pero podría ayudarnos mucho

simplemente lanzando un hechizo para mantener a los mundanos alejados del Tower Bridge mientras nos aventuramos en él. Sería más seguro para ellos también.

Magnus vaciló. Había un total silencio en el Santuario. Cordelia imaginaba que podía escuchar el sonido de la sangre latiendo en sus oídos mientras Magnus consideraba su petición.

Por fin, el brujo se encogió sus hombros envueltos en seda. —Muy bien —dijo—. A pesar de que ese bastardo verde de Ragnor se ha largado a Capri, no creo que hubiera querido que se pusieran en peligro a causa de una promesa él. Mantendré un ojo en ustedes, pero recuerden: si veo algo que piense que Will y Tessa necesitan saber, se los diré cuanto antes.



Después de reunir lo que necesitaban de la sala de armas, James estaba cargado con más de una docena de cuchillos de tiro especialmente diseñados por Christopher, el grupo bajó por Ludgate Hill y Cannon Street mientras el sol se ponía sobre la ciudad. James se sorprendió lanzándole miradas a Cordelia cuando estaba seguro de que no era observado; ella se encontraba absorta en una conversación con Lucie, sus cabezas inclinadas juntas mientras caminaban. El cabello oscuro como el fuego de Cordelia había sido recogido en un suave moño, dejando expuesta la morena nuca de su cuello.

James trató de no pensar en el hecho de que sabía lo que era enrollar sus dedos alrededor de la parte posterior de ese cuello mientras besaba su boca. Estaba seguro de que, si pensaba en ello, se volvería loco y no sería de gran ayuda a nadie.

Esos momentos en la Sala de Susurros con Cordelia habían sido como nada más en su vida. Ninguna otra experiencia era comparable, y ciertamente ningún momento con Grace. ¿Pero qué decía eso de él? ¿No había amado Grace, y no era el amor lo mismo que el deseo? ¿No crecía uno del otro? Y no podía amar a Cordelia. No era posible que él hubiera estado enamorado de Grace hace solo unos días y haber transferido sus afectos tan rápido.

Deseaba hablar con Cordelia desesperadamente, pero ¿qué demonios diría? No podía decirle que la amaba, pero tampoco podía expresar arrepentimiento por lo que había sucedido la noche anterior. Si tuviera que elegir entre una larga vida de paz y felicidad y otros cinco minutos como los que había pasado con Cordelia en la Sala de los Susurros, no se atrevía a adivinar qué escogería.

—¿Estás bien? —para sorpresa de James, Magnus se había unido a él mientras pasaban la iglesia de St. Margaret Patten. —Tengo que admitir —Magnus agregó —, tenía la esperanza de hablar contigo esta noche, así que quizás estos acontecimientos sean fortuitos.

—¿Por qué esperabas hablar conmigo? —James deslizó sus manos en los bolsillos de su chaqueta de combate. Se apretaba estrechamente al cuerpo, permitiendo facilidad de movimiento mientras luchabas. —Si te preocupa que haya continuado mi carrera en disparar a candelabros, te sentirás aliviado de saber que, según la Clave, ahora me dedico a vandalizar invernaderos.

Magnus simplemente levantó una ceja. —Henry—dijo—. Antes de ir a Idris, me envió un frasco de tierra para analizar. Dijo que no podía encontrar nada en ella. También dijo que tú se lo diste.

James casi había olvidado que Magnus y Henry eran buenos amigos, y era conocido por todo el mundo que juntos habían creado la magia que utilizaban los Portales. —¿Y? —dijo con cautela.

—Es algo extraño —dijo Magnus—. De hecho, no es de este mundo.

Habían llegado al final de Great Tower Street y se estaban acercando a la Torre de Londres. Banderas ondeaban desde las torretas de la White Tower, tenuemente iluminadas desde atrás contra los últimos destellos del sol poniente. Magnus evitó ágilmente a un grupo de turistas con cámaras de caja y guio a James bajando Tower Hill, con una mano sobre su hombro.

James bajó la voz, aunque los otros estaban a cierta distancia.

Matthew, que llevaba la Pyxis, se había detenido para señalar algo sobre la torre a Cordelia. —¿Qué quieres decir?

—Sabes que hay otros reinos —dijo Magnus—. Otros mundos aparte de este.

Piensa en el universo como un panal, cada una de sus cámaras es un reino diferente. Entonces algunas cámaras se encuentran una al lado de la otra. —Los demonios vienen de ellos, sí. Viajan a través de las dimensiones para llegar a nuestro mundo y otros.

Magnus asintió con la cabeza. —Hay algunos mundos gobernados por demonios, por lo general demonios mayores. Esos mundos pueden estar imbuidos de la esencia misma de esas criaturas. La tierra que le diste a Henry proviene de uno de esos lugares. Una dimensión bajo el poder del demonio Belphegor.

—¿Belphegor? —El nombre fue inmediatamente familiar. —Él es uno de los Príncipes del infierno, ¿no es así?

—Sé lo que estás pensando —dijo Magnus, golpeando su bastón contra los adoquines. —Jem también me contactó por ti. Parece que todos los caminos conducen a James Herondale en estos días.

James frotó sus frías manos. El viento del río era penetrante. —¿Jem te contactó?

—Sobre tu abuelo —dijo Magnus—. Me dijo que era un Príncipe del infierno —echó un vistazo al cielo oscuro. —Te preguntas ahora si pudiera ser Belphegor porque el reino que visitas le pertenece a él.

—¿No tendría sentido? —dijo James.

—Podría. O puede que no signifique nada en absoluto. Te puedo decir que no hay registro de alguien avistando a Belphegor en más de un siglo —Magnus titubeó—. Jem me dijo que estabas desesperado por saber quién es tu abuelo. Mi propio padre es un príncipe del infierno. Son ángeles oscuros, James. Inteligentes y astutos y manipuladores. Llevan el conocimiento de miles de años de vida. Como los ángeles, han visto la cara de lo divino, pero se apartaron de ello. Han elegido la oscuridad, y esa elección ha reverberado a través de la eternidad. No pueden ser asesinados, solo heridos, y nada bueno puede venir de conocer a un Príncipe del Infierno. Ellos solo pueden causar tristeza.

—Pero no sería mejor para mí saber-

—Invoqué a mi padre una vez. Fue el peor error de mi vida. James, no eres definido por eso, esa sangre no te define. No he encontrado pistas, no tengo idea de quién es tu abuelo, y le aconsejé a Jem que cesará de buscar. No importa. Eres quién eres, hecho por la suma de tus elecciones y acciones Ni una cucharadita de sangre de demonio.

—¿Entonces *no* crees que sea Belphegor? —dijo James—. ¿Qué hay de Sammael?

Magnus resopló—. Dios mío, eres decidido. Recuerdo haber buscado un demonio para tu padre, una vez. Era igual de terco —señaló con su bastón. —Mira. Aquí estamos.

Estaban frente al puente; a pesar de que ya estaba un tanto oscuro y las lámparas de gas estaban encendidas, todavía había una buena cantidad de tráfico, incluso los ronroneos ocasionales de automóviles a lo largo del cruce del Tower Bridge.

Los otros habían comenzado a reunirse. De mala gana, James dejó ir el tema de su abuelo. —Entonces, ¿crees que puedes hacerlo? —preguntó a Magnus—. ¿Crear una distracción? ¿O deberíamos volver más tarde, cuando hay menos mundanos?

Los ojos de Magnus brillaron. —No hay necesidad de eso—dijo. Dio un paso hacia la barandilla en la orilla del río, donde un alto muro caía hacia una pedregosa playa que corría al lado y debajo del puente. Se retiró sus guantes con fuerza y se los metió en el bolsillo del chaleco. Luego extendió sus manos. Fuego azul chispeó en la punta de sus dedos.

La luz se arqueó sobre el Támesis. Brillante como mil balizas de nafta, se formó un camino resplandeciente tendido de banco a banco del Támesis. James escuchó a Cordelia jadear de asombro cuando la luz se alzó y se enroscó, formando la forma fantasmal de una brillante Tower Bridge hecho de luz. Era perfecta hasta en el más mínimo detalle, desde las torres hasta los cables de telaraña y las cadenas brillantes

Magnus bajó las manos. Estaba respirando con dificultad.

—Es espectacular —dijo Thomas, y había una mirada verdaderamente maravillada en su rostro que James se alegró de ver —. Pero-

—No lucirá para los mundanos como lo ven ustedes —dijo Magnus —. Ellos no verán el puente real. Verán esto en su lugar. Miren.

Hizo señas a un cabriolé que se aproximaba sacudiendo su mano. El pequeño grupo de cazadores de sombras se quedó boquiabierto mientras giraba hacia el resplandor de la ilusión de Tower Bridge y la cubierta del puente. Las ruedas del cabriolé sacudieron el asfalto reluciente.

—Oh, bien, tenía miedo de que el puente se derrumbara —dijo Lucie, mientras más carruajes siguieron el carruaje.

Magnus parecía haber arrojado un glamur sobre la entrada al puente real, ya que todo el tráfico, peatones e incluso omnibuses, parecían estar desviándose inconscientemente hacia la estructura secundaria y brillante de Magnus.

—Magnus jamás crearía un puente que colapsara —dijo Matthew. Sus ojos verdes brillaban y James sintió una oleada de afecto por su *parabatai*; Matthew siempre había amado la magia. Era probablemente el por qué parecía sentirse en casa en el Callejón del Infierno y en lugares como ese, rodeado de fuego encantado y brujos de ojos estrellados.

—Gracias —dijo Magnus secamente —. Si van a capturar ese demonio, será mejor que lo hagan. Solo puedo mantener esta ilusión funcionando así por un rato.

James inclinó la cabeza. —Gracias.

Magnus solo sacudió la cabeza ligeramente. —Buena suerte. Que no los maten.

James ya se había dado la vuelta y se encontraba atravesando el arco que lo llevaba a los escalones hasta el puente, los demás se pusieron detrás y alrededor él. Todos ellos sostenían cuchillos serafines excepto Cordelia; como siempre, Cortana brillaba en su mano.

James había pensado que parecía una especie de sombra colgando sobre el puente, una oscuridad que había atribuido a la sombra del glamour que Magnus había puesto. Pero a medida que subían los peldaños, las cuchillas serafín resplandecían, el mundo comenzó a oscurecerse frente a los ojos de James. Las lámparas de gas parpadearon salvajemente y se apagaron.

Las torres de piedra se agrietaron y se ennegrecieron, con profundas líneas desiguales extendiéndose a través del pavimento debajo de ellos. El viento se levantó, y las pesadas cadenas en acero de suspensión parecieron mecerse: las nubes sobre sus cabezas se agitaron y oscurecieron el cielo gris oscuro. Había un aroma ácido en el aire, como si una tormenta se acercara.

—Jamie. —Matthew seguía a su lado; James al girarse para ver a su *parabatai*, se dio cuenta de que el cabello de Matthew se veía blanco, como el de un anciano. El color estaba siendo succionado de todo, volviendo el mundo una fotografía. Contuvo el aliento—. ¿Estás bien? Te ves—

—Puedo ver el reino de las sombras. —la propia voz de James le sonaba vacía, distante y resonante—. Está a mi alrededor, Math. El puente se está deshaciendo—

La mano de Matthew se aferró a su brazo. Sus dedos parecían ser la única cosa cálida en un mundo hecho de hielo y cenizas. —No hay nada malo con el puente. Todo está bien, Jamie.

James no estaba seguro de que eso fuera cierto. El puente se veía deformado y roto. De las aberturas en el granito salía una luz rojiza. La luz teñida de sangre de su visión.

Los otros se desplegaron, mirando de arriba abajo el puente. Nubes se movían de un lado a otro sobre el puente como ansiosas mensajeras.

James inclinó la cabeza hacia atrás. Más nubes se estaban acumulando directamente sobre sus cabezas. Eran pesadas y rojizas, casi como si vinieran cargadas con lluvia, o como si estuvieran llenas de sangre. James achicó los ojos. Había pensado que podría ver estrellas a través de las nubes, unas pocas estrellas difuminadas colgando sobre los pasillos superiores del puente. Pero no eran estrellas, notó, instintivamente desenfundado un cuchillo arrojadizo de la vaina en su muñeca. Las estrellas no tenían pupilas, o iris escarlatas. Las estrellas no parpadeaban.

James tiró su brazo hacia atrás y lanzó la cuchilla.



Apareció gritando en el aire como un halcón en picada— un demonio del tamaño de un ómnibus, su capa amarillenta manchada de sangre seca. Disparó directo contra James, en un borrón de dientes negros y garras rojas—y una empuñadura de oro, donde el mango del cuchillo de James sobresalía por su hombro.

James se puso de pie en el puente, con el brazo derecho estirado, y lanzó una segunda cuchilla. El demonio esquivó el camino del cuchillo y aterrizó en el puente, con sus patas garrudas extendidas. Se empezó a mover hacia los nefilim.

Cordelia levantó a Cortana, su hoja dorada cortando el aire. Por todos lados a su alrededor pudo escuchar voces mientras espadas angelicales eran nombradas y ardían en luz. “¡Eleleth!” “¡Adamiel!” “¡Jophiel!”

El demonio peló los dientes mientras la luz serafín iluminaba el puente. Cordelia podía verlo mejor ahora: el cuerpo de un león sarnoso con largas piernas, cada una terminando en una enorme pata con garras. Su cabeza era como de serpiente y tenía escamas, con brillantes ojos rojos y una fila triple de mandíbulas serradas. Su cola de escorpión se movía de lado a lado mientras caminaba hacia James, con un gruñido gutural viniendo de su garganta.

—*Por el Ángel, pensó Cordelia. Teníamos razón. Sí es un Mandikhor.*

James recogió un cuchillo serafín mientras el demonio caminaba hacia ellos.

—*¡Raguel!*

El cuchillo se encendió mientras el demonio corría con la boca bien abierta. James se lanzó a sí mismo a un lado, evadiendo sus filosas garras. Matthew soltó la Pyxis y corrió hacia delante para el flanco de James, su espada serafín titilando. La punta tajó desde el hombro del demonio mientras se echaba para atrás, causando que aullara. Se alzó y Cordelia escuchó a Lucie gritar mientras el demonio empezaba a temblar. Un grotesco bulto creció debajo de la piel de su lado—creció y se hinchó más y más, hasta explotar en una pegajosa cosa negra. Cordelia intentó no hacer arcadas mientras la cosa se despegaba del Mandikhor, cayendo al suelo. Al ponerse sobre sus pies, Cordelia la reconoció como una de las criaturas que los habían atacado en Regent’s Park. Un demonio Khora.

Se disparó hacia Matthew, quien soltó una grosería y le destrozó con su espada serafín. Cordelia cargó hacia delante, solo para encontrarse con otro demonio Khora. El demonio había soltado varios más: dos corrían hacia Christopher y Thomas, saltando por el aire como si fueran arañas negras. Lucie corrió a unirlos, empalando uno de los Khora desde atrás: se

desvaneció, salpicando cenizas e icor, mientras Christopher y Thomas se encargaban del otro.

Cordelia azotó a Cortana hacia delante con un movimiento tajante, destrozando al demonio frente a ella con tal fuerza que la espada pasó a través del Khora, siguió, y se atascó en la barandilla de granito del puente. Ella la liberó mientras el demonio desaparecía con un aullido. La hoja de Cortana estaba bañada en negro, pero sin ningún daño. *Supongo que de verdad puede cortar cualquier cosa*, pensó ella aturdida, antes de volver a unirse a la batalla.

Ella corrió hacia delante mientras James arrojaba un cuchillo, fijando a uno de los demonios a los cables del puente como una horrenda mariposa. Se sacudió y siseó mientras Matthew y James subían corriendo por la barandilla del puente, sus espadas serafines flameando en sus manos mientras rebanaban sombra tras sombra.

Pero no importaba cuantas criaturas sombrías mataran, Cordelia lo sabía. El Mandikhor podía hacer un infinito número de Khora: era la fuente de ellos, y la fuente tenía que ser destruida.

—¡Christopher! —oyó gritar a Thomas. Ella se giró y vio que un grupo de Khora estaba empezando a acorralar a Christopher. Incluso cuando Christopher intentaba liberar su ruta de huida, el círculo seguía estrechándose. Lucie y Thomas corrieron hacia él —James y Matthew se bajaron del barandal— pero Cordelia, levantando su espada, corrió hacia el otro lado, encarando al Mandikhor.

El bicho había estado viendo a Christopher y los otros, lamiéndose los labios mientras que los Khora lo encerraban. Ahora retrocedía mientras Cordelia se acercaba, pero muy tarde—ella se lanzó hacia adelante, Cortana hundiéndose profundamente en el torso de la criatura. Caliente icor se derramó en su mano, y el mundo pareció girar alrededor de ella, el color huyendo de él como sangre de una herida. Ella se puso de pie en el puente entre sombras blanquinegras y árboles torcidos—los cables de suspensión colgaban como lianas podridas, ennegreciendo en el aire de la noche. Ella tiró de Cortana, jadeando, y cayó sobre sus rodillas. De repente sintió una mano en su brazo. Ella fue halada de vuelta a sus pies y vio con sorpresa a Matthew, mirándola fijamente con la cara muy blanca.

—Cordelia...

—¡Ella está bien! —era Lucie, bañada en sangre e icor, aferrándose a la caja Pyxis. Los otros habían revoloteado alrededor de Cordelia: James tenía su espada en una mano, con la mirada fija en el rugiente y sangriento Mandikhor.

El puente estaba libre de Khora. Cordelia distrajo al Mandikhor lo suficiente como para que los otros mataran a las criaturas sombrías; pero el Mandikhor estaba gruñendo ahora, otro bulto ya estaba empezando a hincharse en su espalda. —¡Ahora! —gritó Lucie—. ¡Debemos meterlo en la Pyxis!

—¡Pon la caja en el suelo! —era Thomas, saltando sobre la barandilla, su *bolas* en una mano. —¡Christopher, di las palabras!

Christopher se acercó a la Pyxis. El Mandikhor, dándose cuenta de lo que estaba pasando, cargó.

Christopher vociferó, en una voz que se hacía oír a través del ruido de la batalla: —¡*Thaam Tolach Thechembaor!*

Los símbolos alquímicos tallados en la Pyxis se encendieron como si las líneas en la madera se estuvieran quemando: parecían florecer sobre la madera, brillando como carbones.

Un haz de luz brotó de la Pyxis, y luego otro, y otro. Los rayos de luz flecharon a través del puente, envolviendo al Mandikhor en una jaula luminosa. Soltó un aullido —la jaula de luz se encendió una última vez y fue aspirado hacia dentro de la Pyxis, el Mandikhor desvaneciéndose con ella.

Hubo un largo silencio. James limpió la sangre de su rostro, con los ojos dorados ardiendo. La mano de Matthew seguía sitiada en el brazo de Cordelia.

—No quiero ser aguafiestas —dijo Thomas al final—, pero, ¿acaso eso funcionó? Porque parece más bien—

La Pyxis explotó. Los Cazadores de sombras gritaron y corrieron por refugio mientras pedazos de madera volaban en todas direcciones. El viento se desgarró a través del puente, tirando a Cordelia sobre sus rodillas, un rugiente huracán de aire como fuego.

Por último el rugido murió. El puente se quedó vacío y en silencio, sólo el viento que volaba algunos desperdicios de arriba abajo a través de la vía. Cordelia se levantó y le tendió una mano para ayudarle a Lucie a levantarse. Delante de ella, todavía podía ver la luz resplandeciente que era el puente de Magnus, y el tráfico mundano seguía haciéndose lugar por allí.

—... Muy fácil —terminó Thomas. Su cara estaba llena de hollín.

—Maldita sea —dijo James, alcanzando un cuchillo, justo cuando el mundo pareció explotar alrededor de ellos.



El Mandikhor apareció repentinamente, como del viento y aire, el doble de grande que antes y envuelto en una andrajosa oscuridad. Se cernía sobre ellos como una sombra dibujada en sangre, su cabeza echada hacia atrás, cada uno de sus talones reluciendo como una daga.

James arrojó su cuchillo justo cuando el Mandikhor corría hacia él, sombras brotaban de él y se arrastraban a través del puente en todas direcciones. El mundo se había vuelto gris y negro nuevamente. James podía ver Londres en cada lado del río, pero era una Londres arruinada, la Torre destruida y rota, incendios ardían a través de los muelles, las espirales ennegrecidas de iglesias que se alzaban como esqueletos contra el cielo lleno de humo. Podía escuchar a todos sus amigos en torno a él, sus gritos y llantos mientras peleaban contra las sombras, pero ya no podía verlos. Estaba solo en su reino de las pesadillas.

El Mandikhor saltó hacia él y se agarró de él. James se había preparado para un ataque, pero esto era distinto: el demonio estaba sosteniéndolo rápidamente, garras clavadas en el frente de su chaqueta indumentaria. Sus labios se separaron de sus dientes. —*Ven conmigo* —siseó el demonio. —*Ven conmigo, hijo de demonios, a donde verdaderamente serás honrado. Ves el mismo mundo que yo. Ves el mundo como es realmente. Yo sé quién es tu madre, y quién es tu abuelo. Ven conmigo.*

James se quedó tieso.

Yo sé quién es tu madre, y quién es tu abuelo. Él pensó en el demonio del parque: «¿Por qué destruir a tu propia clase?»

—Yo soy un Cazador de Sombras —dijo él—. No escucharé tus mentiras.

—*Sabes que sólo hablo con la verdad* —dijo el Mandikhor, su aliento caliente traspasando la piel de James—. *Juro en los nombres de Asmodeus, de Belial, de Belfegor y Sammael, que puedo detener este caos si vienes conmigo. Nadie más tiene que morir.*

James se congeló. Un demonio, jurando por los nombres de los Príncipes del Infierno. Una voz al fondo de su cabeza gritó “¡Hazlo! ¡Ve con él! ¡Ya no habrá más enfermos, ni muertos!”. Otra voz, más silenciosa pero firme, susurró: “Los demonios mienten. Incluso cuando juran, mienten.”

—No —dijo él, pero su voz tembló.

El Mandikhor chistó. —*Tan malagradecido* —dijo—. *Sólo tú puedes caminar entre las dimensiones de la Tierra y el reino oscuro.*

James miró fijamente a los ojos rojo sangre del demonio. —¿Te refieres al reino de Belfegor?

El Mandikhor hizo un sonido horrible; luego de un momento, James se dio cuenta de que eran risitas. —*Es tan de humanos* —dijo—, *saber tanto, y al mismo tiempo tan poco.*

James abrió su boca para hablar, justo cuando una luz dorada ardiente atravesó el aire. — ¡Déjalo en paz! —gritó Cordelia, mientras Cortana dividía la oscuridad.

James se liberó, rodando lejos del demonio y se ponía de pie mientras que Cordelia se lanzaba hacia el Mandikhor. El oro de su espada era el único color en el mundo blanco y negro—el oro y el rojo flama de su cabello. Cortana se movía como látigo de atrás para adelante—su hoja cortó a través del pecho del demonio, abriendo una larga herida negra—el demonio aulló y se agitó, su masiva pata golpeando a Cordelia tanto que la mandó a volar. Cortana cayó de su mano, patinando en el puente mientras ella se precipitaba sobre la barandilla con un grito.

James escuchó a Lucie gritar —¡Daisy! —y el sonido distante de un zambullido. El mundo pareció quedarse en silencio mientras él se agachaba para recoger a Cortana. Cargó en contra del Mandikhor, con la sangre quemándole.

El demonio se había hundido sobre sus patas delanteras. Estaba sangrando de la herida que Cordelia le había causado, icor derramándose como alrededor de él como una sombra. — *No puedes aniquilarme aquí* —gruñó mientras James se acercaba—. *Mis raíces están profundas en otro reino. Mientras me alimente de ahí, más fuerte me hago. Soy una legión que no puede ser tocada.* —con un último silbido, desapareció.

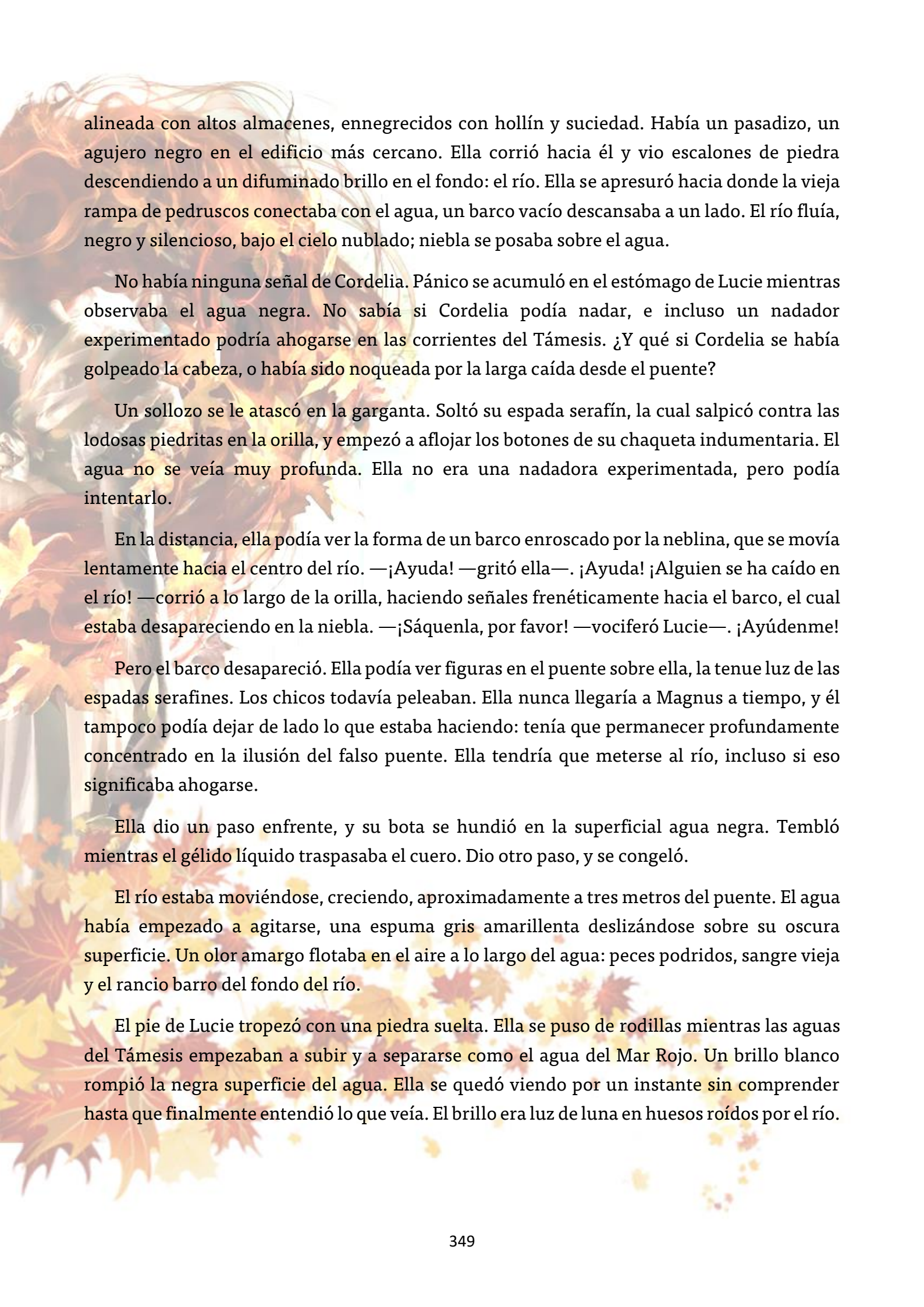
El color volvió al mundo. James se giró, con Cortana en su mano: podía ver el puente donde siempre había estado, aburrido, dorado y blanco a la luz de la luna, y a sus amigos corriendo hacia él. No podía ver a Lucie. Recordó haberla escuchado gritar el nombre de Cordelia. Recordó el sonido del agua. *Cordelia. Cordelia.*

—¿Dónde está ella? —jadeó Matthew mientras se acercaba a James—. ¿Dónde está Cordelia?

—Está en el río —dijo James, y empezó a correr.

* * *

Lucie miró frenéticamente al río. Ella podía ver las escaleras que daban con él desde lo que parecía un pasadizo a través de un edificio a un lado del puente. Ella se precipitó bajando las escaleras hasta el suelo y se encontró en una calle estrecha, vagamente iluminada,



alineada con altos almacenes, ennegrecidos con hollín y suciedad. Había un pasadizo, un agujero negro en el edificio más cercano. Ella corrió hacia él y vio escalones de piedra descendiendo a un difuminado brillo en el fondo: el río. Ella se apresuró hacia donde la vieja rampa de pedruscos conectaba con el agua, un barco vacío descansaba a un lado. El río fluía, negro y silencioso, bajo el cielo nublado; niebla se posaba sobre el agua.

No había ninguna señal de Cordelia. Pánico se acumuló en el estómago de Lucie mientras observaba el agua negra. No sabía si Cordelia podía nadar, e incluso un nadador experimentado podría ahogarse en las corrientes del Támesis. ¿Y qué si Cordelia se había golpeado la cabeza, o había sido noqueada por la larga caída desde el puente?

Un sollozo se le atascó en la garganta. Soltó su espada serafín, la cual salpicó contra las lodosas piedritas en la orilla, y empezó a aflojar los botones de su chaqueta indumentaria. El agua no se veía muy profunda. Ella no era una nadadora experimentada, pero podía intentarlo.

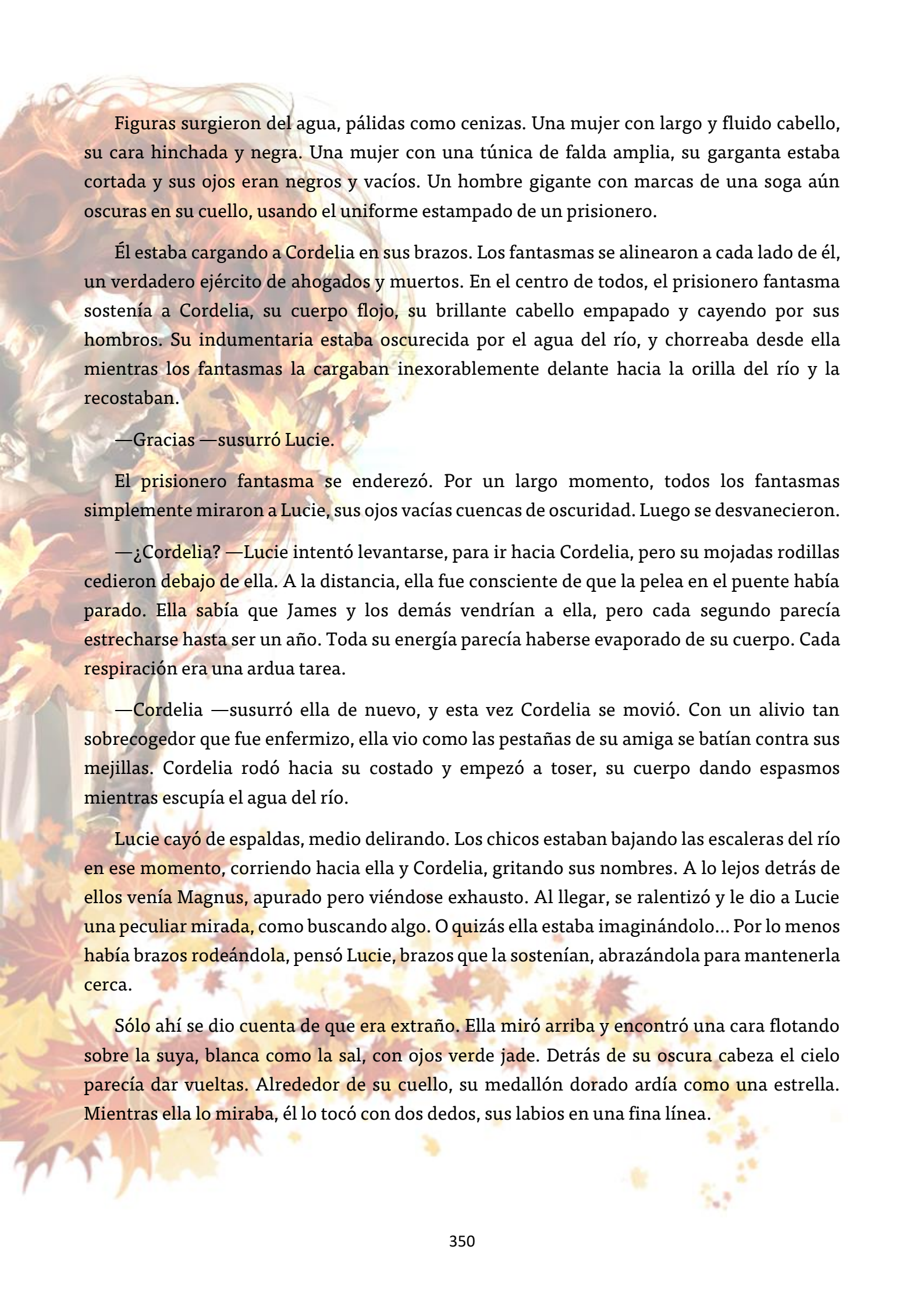
En la distancia, ella podía ver la forma de un barco enroscado por la neblina, que se movía lentamente hacia el centro del río. —¡Ayuda! —gritó ella—. ¡Ayuda! ¡Alguien se ha caído en el río! —corrió a lo largo de la orilla, haciendo señales frenéticamente hacia el barco, el cual estaba desapareciendo en la niebla. —¡Sáquenla, por favor! —vociferó Lucie—. ¡Ayúdenme!

Pero el barco desapareció. Ella podía ver figuras en el puente sobre ella, la tenue luz de las espadas serafines. Los chicos todavía peleaban. Ella nunca llegaría a Magnus a tiempo, y él tampoco podía dejar de lado lo que estaba haciendo: tenía que permanecer profundamente concentrado en la ilusión del falso puente. Ella tendría que meterse al río, incluso si eso significaba ahogarse.

Ella dio un paso enfrente, y su bota se hundió en la superficial agua negra. Tembló mientras el gélido líquido traspasaba el cuero. Dio otro paso, y se congeló.

El río estaba moviéndose, creciendo, aproximadamente a tres metros del puente. El agua había empezado a agitarse, una espuma gris amarillenta deslizándose sobre su oscura superficie. Un olor amargo flotaba en el aire a lo largo del agua: peces podridos, sangre vieja y el rancio barro del fondo del río.

El pie de Lucie tropezó con una piedra suelta. Ella se puso de rodillas mientras las aguas del Támesis empezaban a subir y a separarse como el agua del Mar Rojo. Un brillo blanco rompió la negra superficie del agua. Ella se quedó viendo por un instante sin comprender hasta que finalmente entendió lo que veía. El brillo era luz de luna en huesos roídos por el río.

The background of the page features a soft, artistic illustration. On the left side, there are large, detailed autumn leaves in shades of orange, red, and yellow. A faint, ethereal figure of a person with long, flowing hair is visible behind the leaves. The overall tone is dreamlike and slightly somber, matching the ghostly theme of the text.

Figuras surgieron del agua, pálidas como cenizas. Una mujer con largo y fluido cabello, su cara hinchada y negra. Una mujer con una túnica de falda amplia, su garganta estaba cortada y sus ojos eran negros y vacíos. Un hombre gigante con marcas de una soga aún oscuras en su cuello, usando el uniforme estampado de un prisionero.

Él estaba cargando a Cordelia en sus brazos. Los fantasmas se alinearon a cada lado de él, un verdadero ejército de ahogados y muertos. En el centro de todos, el prisionero fantasma sostenía a Cordelia, su cuerpo flojo, su brillante cabello empapado y cayendo por sus hombros. Su indumentaria estaba oscurecida por el agua del río, y chorreaba desde ella mientras los fantasmas la cargaban inexorablemente delante hacia la orilla del río y la recostaban.

—Gracias —susurró Lucie.


El prisionero fantasma se enderezó. Por un largo momento, todos los fantasmas simplemente miraron a Lucie, sus ojos vacías cuencas de oscuridad. Luego se desvanecieron.

—¿Cordelia? —Lucie intentó levantarse, para ir hacia Cordelia, pero su mojadas rodillas cedieron debajo de ella. A la distancia, ella fue consciente de que la pelea en el puente había parado. Ella sabía que James y los demás vendrían a ella, pero cada segundo parecía estrecharse hasta ser un año. Toda su energía parecía haberse evaporado de su cuerpo. Cada respiración era una ardua tarea.

—Cordelia —susurró ella de nuevo, y esta vez Cordelia se movió. Con un alivio tan sobrecogedor que fue enfermizo, ella vio como las pestañas de su amiga se batían contra sus mejillas. Cordelia rodó hacia su costado y empezó a toser, su cuerpo dando espasmos mientras escupía el agua del río.

Lucie cayó de espaldas, medio delirando. Los chicos estaban bajando las escaleras del río en ese momento, corriendo hacia ella y Cordelia, gritando sus nombres. A lo lejos detrás de ellos venía Magnus, apurado pero viéndose exhausto. Al llegar, se ralentizó y le dio a Lucie una peculiar mirada, como buscando algo. O quizás ella estaba imaginándolo... Por lo menos había brazos rodeándola, pensó Lucie, brazos que la sostenían, abrazándola para mantenerla cerca.

Sólo ahí se dio cuenta de que era extraño. Ella miró arriba y encontró una cara flotando sobre la suya, blanca como la sal, con ojos verde jade. Detrás de su oscura cabeza el cielo parecía dar vueltas. Alrededor de su cuello, su medallón dorado ardía como una estrella. Mientras ella lo miraba, él lo tocó con dos dedos, sus labios en una fina línea.

An illustration on the left side of the page depicts a tree with a gnarled trunk. The branches are heavily laden with autumn leaves in shades of orange, yellow, and red. A human skull is visible, partially obscured by the foliage, hanging from one of the branches. The background is a soft, hazy white, suggesting a misty or ethereal atmosphere. The overall style is painterly and somewhat somber.

—Jesse Blackthorn —susurró Lucie, mientras el mundo se desvanecía y la tenue luz se disipaba. Él había sido, se dio cuenta ella, el que había llamado a los fantasmas. Él había salvado a Cordelia. —¿Por qué hiciste eso?

Pero la penumbra la ahogó antes de que él pudiera contestar.

DÍAS PASADOS: CIRENWORTH HALL, 1900

Traducido por: Fairchild
Corregido por: Helkha Herondale

—¡Es mía!

—¡Ciertamente no lo es! —Furioso, Alastair hizo otro intento para tomar la espada. Cordelia ágilmente dio un paso hacia atrás, sosteniendo a Cortana sobre su cabeza, pero Alastair era más alto. Él le piso el pie y se la arrancó, el cabello negro cayéndole en los ojos mientras gruñía.

—Dile, Padre —dijo él—. ¡Dile que no es de ella!

—*Kerm nariz*, Alastair. Es suficiente. —Alto y desgastado, con su cabello rubio volviéndose plateado, Elias Carstairs tenía una voz perezosa que combinaba con sus perezosos y escasos gestos. Gozaba en buena salud ese día, y Cordelia estaba aliviada. Había muchos días en los cuales su padre estaba ausente de la sala de entrenamientos, yaciendo enfermo en una habitación oscura, con una toalla húmeda sobre sus ojos.

Él se despegó del pilar en donde había estado recostado y les dirigió una mirada llena de reflexiva indulgencia a sus hijos. Elias siempre había sido su maestro de armas, el que los había entrenado en las artes físicas de los Cazadores de Sombras desde que eran muy pequeños.

Él había sido quien había convertido el salón de baile de Cirenworth en un área de entrenamiento. Él había comprado la casa de mundanos y parecía obtener placer removiendo evidencia de su mundanidad. Había arrancado el suelo entarimado y había puesto madera más suave de los árboles en Idris, mejores para acolchar las caídas. Candelabros habían sido reemplazados con ganchos para colgar armas, y las paredes estaban pintadas con un amarillo azafrán, el color de la victoria.

Elias había vivido en Beijing por muchos años y favorecía las armas y estilos de combate de los Nefilims ahí, desde el *zhan madao* a la *jiàn* de doble filo hasta *qiang* de mango largo. Él le había enseñado a sus hijos *shuangdao*, el arte de usar dos espadas al mismo tiempo. Había colgado dardos de cuerda y látigos de cadena desde las vigas y construido un *lei tai*, una plataforma elevada para pelear, al final de la pared occidental de la habitación. Alastair y Cordelia estaban de pie ahora en el *lei tai*, mirándose fijamente el uno al otro.

—Cordelia —dijo Elias, juntando sus manos por detrás de su espalda—. ¿Exactamente por qué quieres a Cortana?

Cordelia pausó por un momento. Ella tenía trece, y raramente se molestaba por entrometerse en el camino de Alastair y las cosas que él quería. No había nadie en el mundo

más testarudo o exigente que su hermano, en su opinión. Pero Cortana era diferente. Ella había estado soñando con ser la portadora de Cortana desde que era una niña pequeña— el peso de su mango dorado, el arco de su hoja a través del aire.

Y Alastair, ella sabía que él nunca había soñado acerca de eso: era un buen peleador, pero mayormente desinteresado. Él prefería seguir la política de los Cazadoras de Sombras y el análisis que las verdaderas cazas de demonios.

—Cortana fue hecha por Wayland el Herrero —dijo ella—. Él hizo espadas para todos los grandes héroes. Excalibur para Arturo. Durendal para Roland y Hector. Sigurd, que destrozó al dragón Fafnir, llevaba una espada llamada Balmung hecha por Wayland—

—Cordelia, todos sabemos esto —dijo Alastair malhumorado—. No hay necesidad de una lección de historia.

Cordelia lo miró feo.

—Así que quieres ser una heroína —dijo Elias, con un brillo de interés.

Cordelia lo consideró. —Cortana tiene un lado afilado y uno romo —dijo ella—. Por esa razón, ha sido frecuentemente llamada una espada de misericordia. Quiero ser una heroína misericordiosa.

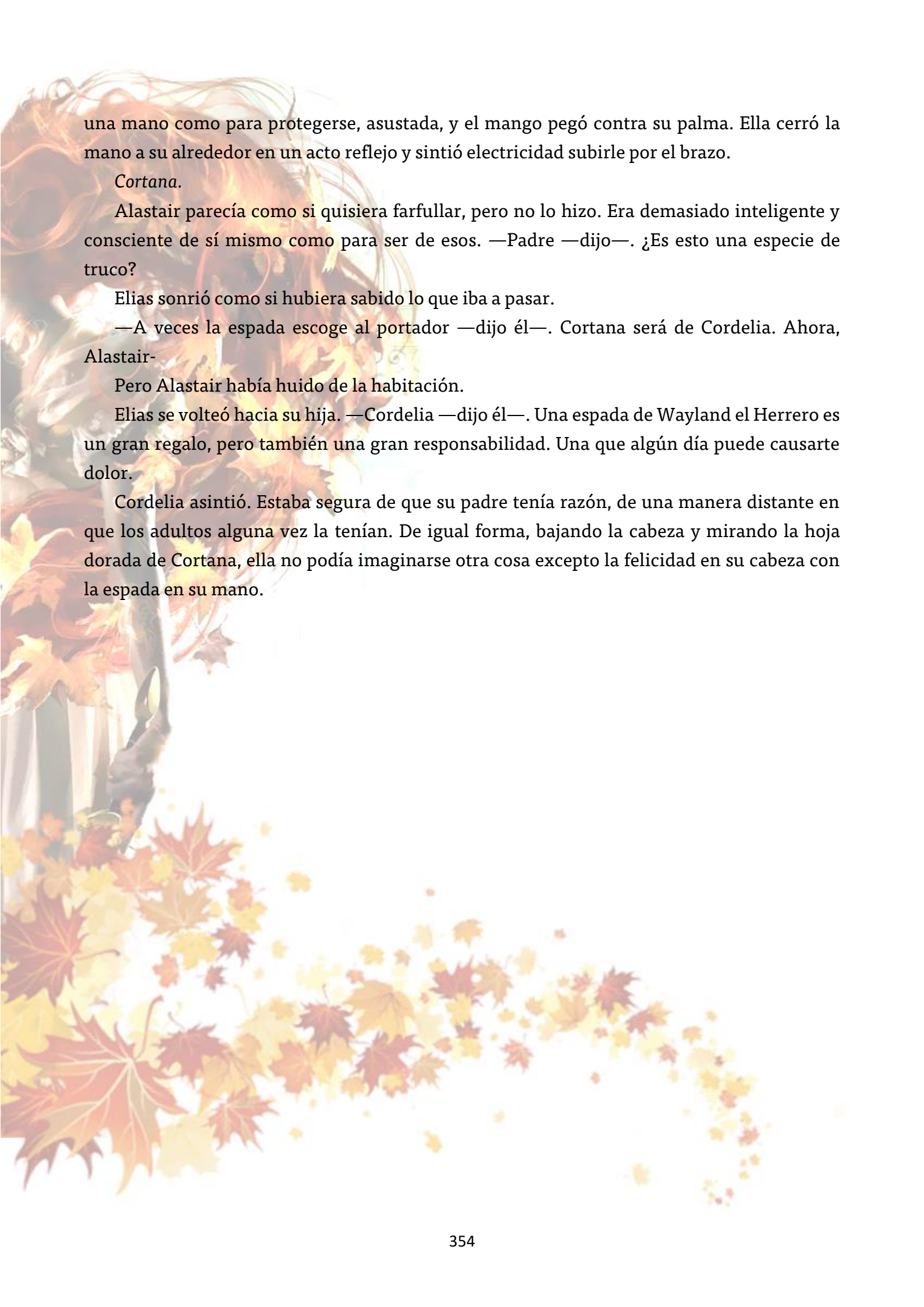
Elias asintió y miró a su hijo. —¿Y tú?

Alastair se sonrojó. —Es una espada Carstairs —dijo él cortamente—. Soy Alastair Carstairs y siempre lo seré. Cuando Cordelia se case y tenga un montón de niños, uno de ellos terminará con Cortana—y no será un Carstairs.

Cordelia hizo un sonido de indignación, pero Elias sostuvo una mano en el aire silenciándola. —Tiene razón —dijo—. Cordelia, deja que tu hermano tenga la espada. Alastair sonrió, giró la espada con su mano, y se dirigió hacia el borde del *lei tai*. Cordelia se quedó de pie donde estaba, con ira e indignación subiéndole por la espalda. Pensó en todas las veces que había entrado a la sala de entrenamientos para observar a Cortana en su caja de cristal, las palabras talladas en su hoja habían sido la primera cosa que ella había aprendido a leer: «*Soy Cortana, del mismo acero y temple que Joyeuse y Durendal*». Ella pensó en la manera en que siempre había tocado la caja, vagamente rozándola con sus dedos, como si le asegurara a la espada que algún día sería sacada y usada de nuevo. Y cuando Elias había abierto finalmente la caja, declarando que hoy era el día en que escogería al dueño de Cortana, su corazón había dolido.

Ella no podía soportarlo. —¡Pero Cortana es mía! —ella soltó mientras su hermano alcanzaba el borde de la plataforma—. ¡Yo sé que lo es!

Alastair abrió su boca para darle una respuesta—pero sólo jadeó mientras la espada se escapaba de sus manos y volaba a través de la habitación hacia su hermana. Cordelia sostuvo



una mano como para protegerse, asustada, y el mango pegó contra su palma. Ella cerró la mano a su alrededor en un acto reflejo y sintió electricidad subirle por el brazo.

Cortana.

Alastair parecía como si quisiera farfullar, pero no lo hizo. Era demasiado inteligente y consciente de sí mismo como para ser de esos. —Padre —dijo—. ¿Es esto una especie de truco?

Elias sonrió como si hubiera sabido lo que iba a pasar.

—A veces la espada escoge al portador —dijo él—. Cortana será de Cordelia. Ahora, Alastair-

Pero Alastair había huido de la habitación.

Elias se volteó hacia su hija. —Cordelia —dijo él—. Una espada de Wayland el Herrero es un gran regalo, pero también una gran responsabilidad. Una que algún día puede causarte dolor.

Cordelia asintió. Estaba segura de que su padre tenía razón, de una manera distante en que los adultos alguna vez la tenían. De igual forma, bajando la cabeza y mirando la hoja dorada de Cortana, ella no podía imaginarse otra cosa excepto la felicidad en su cabeza con la espada en su mano.



17

EL MAR VACÍO

Traducido por: Lady_Herondale ☯ & Roni Turner
Corregido por: Nay Herondale, BLACKTH ☯ RN & ♥Herondale♥

*“—¿Oh, de dónde vienes, mi querido amigo, a mí
Con todo tu cabello dorado caído por debajo de tus rodillas,
Y tu cara tan blanca como las campanillas de invierno encima del prado,
Y tu voz tan vacía como el mar vacío?
—Desde el otro mundo yo regreso por ti:
Mis rizos están desenrollados con goteante rocío empapado,
Tú conoces lo antiguo, mientras yo lo nuevo:
Pero para mañana tú sabrás esto también.”*

—Chrisitna Rossetti, *The Poor Ghost*

—Entonces — dijo Will Herondale, con un tono oscuro en su voz —, por alguna razón, ¿Ustedes pensaron que era una buena idea encargarse de un demonio Mandikhor por sí solos?

Los ojos de Lucie revolotearon. Por un momento pensó que su padre estaba hablándole, y consideró huir. Ella descartó la idea inmediatamente—su cuerpo estaba inmovilizado por pesadas sábanas y mantas. Parpadeó a su entorno familiar; de alguna manera la habían puesto en su propia cama en casa. El cuarto olía confortablemente a té y a la colonia de su padre. No era sorprendente, ya que él estaba sentado en una silla al costado de la cama. Su madre tenía su mano en el hombro de Will, y James se apoyaba contra una pared cercana. Él claramente no se había cambiado de ropa desde la batalla en el puente, aunque sus manos y cara estaban limpias de sangre e icor y una nueva runa de curación brillaba en su garganta.

Alguien había depositado la dorada espada Cortana en el tocador de Lucie. Ella supuso que no había habido oportunidad de regresársela a Cordelia después de su recuperación del río.

—Christopher estaba usando uno de sus nuevos dispositivos —mintió James—. Se suponía que recogía trazos de magia negra. Nosotros no creímos que realmente funcionara. Por eso es que no se lo comentamos.

Las cejas de Will subieron. — ¿Los seis fueron a Tower Bridge en sus trajes de combate, a pesar de que pensaban que no funcionaría?

Lucie apretó sus ojos a medias. Mucho mejor que piensen que ella estaba dormida. James definitivamente podría manejar esto solo: así como él nunca se cansaba de recordárselo, él era el mayor.

—Nosotros pensamos que era mejor estar preparados —dijo James—. Además, yo sé que ustedes hicieron muchas más cosas riesgosas cuando tenían mi edad.

—Es terrible la manera que sigues arrojándome eso en cara —dijo Will.

—Bueno, yo creo que lo hicieron muy bien —dijo Tessa—. Un demonio Mandikhor no es fácil de vencer.

—Y nosotros no lo vencimos —dijo James sombríamente—. Continuará habiendo ataques. Los nefilims estamos todavía en peligro.

—Cariño, la responsabilidad no recae en ustedes para que solucionen todo eso —dijo Tessa, con voz gentil—. El solo saber que el demonio es de hecho un Mandikhor será de gran ayuda.

—Sí, y tú deberías decirle a Christopher que la Clave desea utilizar su nuevo dispositivo— parece que podría ser muy útil —dijo Will.

—Ah —dijo James—. Trágicamente, el aparato fue devorado por el demonio.

Sin poder evitarlo, Lucie se rio.

—¡Estás despierta! —Tessa corrió a la cama y abrazó a su hija ferozmente— ¡Oh, Lucie!

Will se levantó y abrazó a su hija también. Por un momento Lucie se permitió disfrutar estar envuelta por el amor y la atención de sus padres, incluso mientras escuchaba a Will reñirle por haberse lanzado al río sola.

—¡Pero lo hice por Cordelia! —exclamó ella, mientras sus padres la recostaban, su madre sentándose en la cama al lado de Lucie, donde podría sostener su mano—. Tú lo habrías hecho por Jem, Papá, cuando eran parabatai.

Will se apoyó contra un poste de la cama. —Todavía no eres la *parabatai* de Cordelia.

—No solo los chicos deben arriesgar sus vidas el uno por el otro —dijo Lucie con ferocidad—. Tuve que pedir ayuda...

—Sí, y gracias al Ángel uno de los barqueros que pasaba vio a Cordelia y la trajo a la orilla —dijo Tessa—. Sí que ayudaste a salvarla, Lucie.

Lucie miró a James. Ella sabía que él no había visto a los fantasmas que habían sacado a Cordelia del agua—incluso Magnus había estado muy lejos para vislumbrarlos. Sin embargo, él lucía pensativo.

—Cordelia se recompuso una vez tosió y expulsó toda el agua del río —dijo él de manera tranquilizadora—. Matthew, Christopher, y Thomas la llevaron a casa en carruaje.

—Pero Cortana está todavía aquí —dijo Lucie, señalando la brillante espada—. Daisy será miserable sin ella. Es más que solo una espada para ella. —Ella empezó a levantarse—. Debo llevárselo inmediatamente.

—Lucie, no —dijo Tessa—. Necesitas descansar.

—Yo la llevaré a Kensington —dijo James. Había una mirada distante en sus ojos—. Quiero comprobar a Cordelia y asegurarme que se está recuperando de lo del río.

Tessa aún lucía preocupada. —Lleva el carruaje, James, por favor —dijo ella—. Será más seguro.

Los carruajes de los nefilim estaban reforzados con electro¹ repelente de demonios y runas ingeniosamente entretejidas a la madera. James suspiró y asintió.

—Y lleva a Bridget y su masiva lanza —dijo Will, haciendo un trabajo pésimo al tratar de esconder una sonrisa—. ¿Y quizás podrías cambiarte primero? No estaría mal verte de lo mejor para un encuentro social.



Si tan solo hubiera una runa para secar la ropa, Cordelia pensó tristemente. Ella sentía como si estuviera definitivamente aplastada. Estaba apretada contra Matthew en la parte trasera del carruaje en un banco que estaba frente a Thomas y Christopher. Matthew le había amablemente colocado su chaqueta sobre sus hombros ya que el de ella estaba mojado; él estaba en camisa de mangas, un brazo a su alrededor, sosteniéndola firme. Era una extraña pero no desagradable sensación.

Todavía todo se sentía borroso—ella recordó la fuerza con la que la pata del demonio la había golpeado, la sensación de ingravidez cuando sus pies dejaron el puente. La luna volteándose y el río acercándose a una velocidad espeluznante. Oscura agua amarga, el olor de humedad y putrefacción, la lucha por liberarse de lo que ella pensaba ahora que podría haber sido la maleza del río. Su primer recuerdo claro era de James inclinado encima de ella con una estela en una mano y Cortana en la otra. Ella había estado asfixiándose y jadeando, su cuerpo estremeciéndose mientras sus pulmones se vaciaban de agua. James había dibujado iratze tras iratze en su brazo mientras los Ladrones Felices se arremolinaban.

En algún momento Matthew llegó y se hizo cargo mientras James corría hacia Lucie, que se había desmayado en la orilla del río. Magnus también estaba ahí, asegurándoles que Lucie estaba bien y no padecía más que shock. El resplandor del puente que Magnus había creado se había desvanecido, y el tráfico se había reanudado en el real Tower Bridge, así que había

sido fácil para él disponer de dos carruajes y separar con seguridad al grupo: Lucie y James hacia al instituto, y los restantes Ladrones Felices acompañando a Cordelia a Kensington.

Él también le había dicho a James, en términos muy claros, que, si James no le hacía llegar la información a Will y Tessa de que el demonio responsable de los ataques era un Mandikhor, él mismo lo haría.

Cordelia había logrado apretar la mano de Lucie antes de que ella y James hubieran entrado a su carruaje y se hubieran alejado. Cordelia se encontró de camino a casa, temblando de frío, su cabello húmedo y pegajoso de agua del río.

—¿Estás segura de que estás bien? —Dijo Thomas, no por primera vez. Él se sentaba al frente de Cordelia, sus rodillas chocando las de ella. Los carruajes ordinarios no fueron pensados para personas del tamaño de Thomas.

—Estoy bien —insistió Cordelia—. Perfectamente bien.

—Fue impresionante la manera con la que atacaste a ese demonio, absolutamente crucial —dijo Christopher—. Realmente pensé que lo tenías, hasta que te caíste al río, y eso.

Cordelia sintió los hombros de Matthew sacudirse con risas silenciosas.

—Si —dijo Cordelia—. Yo también me engañé con lo mismo.

—¿Qué pasó exactamente? —dijo Thomas— ¿Cómo consiguió Lucie sacarte fuera del agua?

Sorprendida, Cordelia frunció el ceño. —No lo sé —dijo ella lentamente—. Yo tampoco lo entiendo. Sí que Escuché a Lucie diciendo, diciendo mi nombre y luego me desperté en el banco, tosiendo.

—La corriente pudo haberla llevado a la orilla —dijo Christopher—. La corriente del Támesis puede ser bastante fuerte.

Matthew la miró con curiosidad. —Cuando estábamos en el puente, cuando James estaba luchando contra el Mandikhor, parecía como si el demonio le estaba hablando. ¿Lo escuchaste?

Cordelia titubeó. *Ven conmigo, hijo de demonio, a donde serás reverenciado. Tú ves el mismo mundo que yo veo. Ves el mundo como realmente es. Sé quién es tu madre, y sé quién es tu abuelo.*

Ven conmigo.

—No —dijo ella—. Solo gruñidos. Ninguna palabra.

El carruaje se detuvo, habían llegado ya a la casa Kensington, resplandeciente de blanco bajo la luz de la luna. La calle estaba tranquila y pacífica, un viento suave soplando la copa de los árboles.

Cordelia no estaba del todo segura como sucedió, pero Thomas y Christopher terminaron esperando en el carruaje mientras Matthew la acompañaba a su puerta de entrada, más allá de la barandilla negra y dorada que rodeaba el jardín.

—¿Tú madre se enojará? —dijo Matthew.

—¿Has escuchado sobre la muerte por mil cortes? —replicó Cordelia.

—Siempre he preferido una muerte por mil gatos, en donde uno es sepultado bajo los gatitos —dijo Matthew.

Cordelia se rio. Habían llegado a la brillante puerta de entrada negra. Ella empezó a quitarse la chaqueta de Matthew para regresárselo; él levanto una esbelta mano, marcada como todas las manos marcadas de los cazadores de sombras. Ella podía ver su runa *parabatai*, impresa oscuramente en el interior de su muñeca. —Quédatelo —dijo él—. Tengo como diecisiete, y este es uno de los más simples.

Diecisiete abrigos. Él era descabellado. Él era también rico. Cordelia se dio cuenta. Obviamente lo era. Su madre ha sido la Cónsul mucho más tiempo de lo que ellos habían estado vivos. Sus atuendos siempre eran un poco extravagantes, pero también costosos y finamente hechos. Había una flor de seda, teñida de verde y asegurada en el ojal de su camisa. Ella tocó el pétalo delicadamente con la punta del dedo.

—¿Qué significa?

—El clavel verde simboliza el amor por el arte y el artificio, ya que un clavel verde tiene que ser creado en lugar de aparecer en la naturaleza. —Matthew titubeó—. También conmemora el amar a quien elijas escoger, ya sea un hombre o una mujer.

Un hombre o una mujer. Ella miró a Matthew sorprendida por un momento: ¿Era él como Alaistar? Pero no, ella pensó—le parecía a ella que Alastair prefería románticamente solo a hombres, tal como él había dicho que nunca engañaría a una mujer al pretender que la amaba. Matthew estaba claramente diciendo que a él le gustaban tanto hombres como mujeres.

Matthew estaba mirándola vacilante, como si no pudiera descifrar su respuesta o quizás pensaba que ella estaba molesta. Ella pensó en la mirada herida en los ojos de Alastair cuando se había dado cuenta que lo había espiado. Ella pensó en los secretos que las personas mantienen y la manera que eran como cicatrices o heridas debajo de la piel. Uno no siempre puede verlos, pero si se los tocara de forma equivocada, podría causar gran dolor.

—Me gusta eso —dijo ella—. Y estoy segura que cualquiera que escojas para estar en tu vida, ya sea un hombre o una mujer, será una buena persona que me caería muy bien.

—No estaría tan seguro de mí, Cordelia —dijo Matthew—. O de mis elecciones.

—Matthew —dijo ella—. ¿Qué podrías haber hecho que haya sido tan malo?

Él colocó una mano en el marco de la puerta, encima de su cabeza, y la miró. El tenue resplandor de los faroles iluminaba los pómulos marcados de Matthew y la suave, desordenada caída de su cabello. —No me creerías si te lo dijera.

—Yo creo que James no te hubiera escogido como *parabatai* si hubiera algo tan terrible sobre de ti.

Él cerró sus ojos por un momento, como si sintiera un instante de dolor. Cuando los volvió a abrir, él estaba sonriendo, aunque no llegaba a sus ojos. —Has sido toda una sorpresa desde que llegaste a nuestras vidas —dijo él, y ella sabía que por ‘nuestras’ se refería a los 5 de ellos, los Ladrones Felices y Lucie—. No sentía que a nuestro pequeño grupo le faltara algo hasta que llegaste tú, sin embargo, ahora que estas aquí, no puedo imaginarlo sin ti.

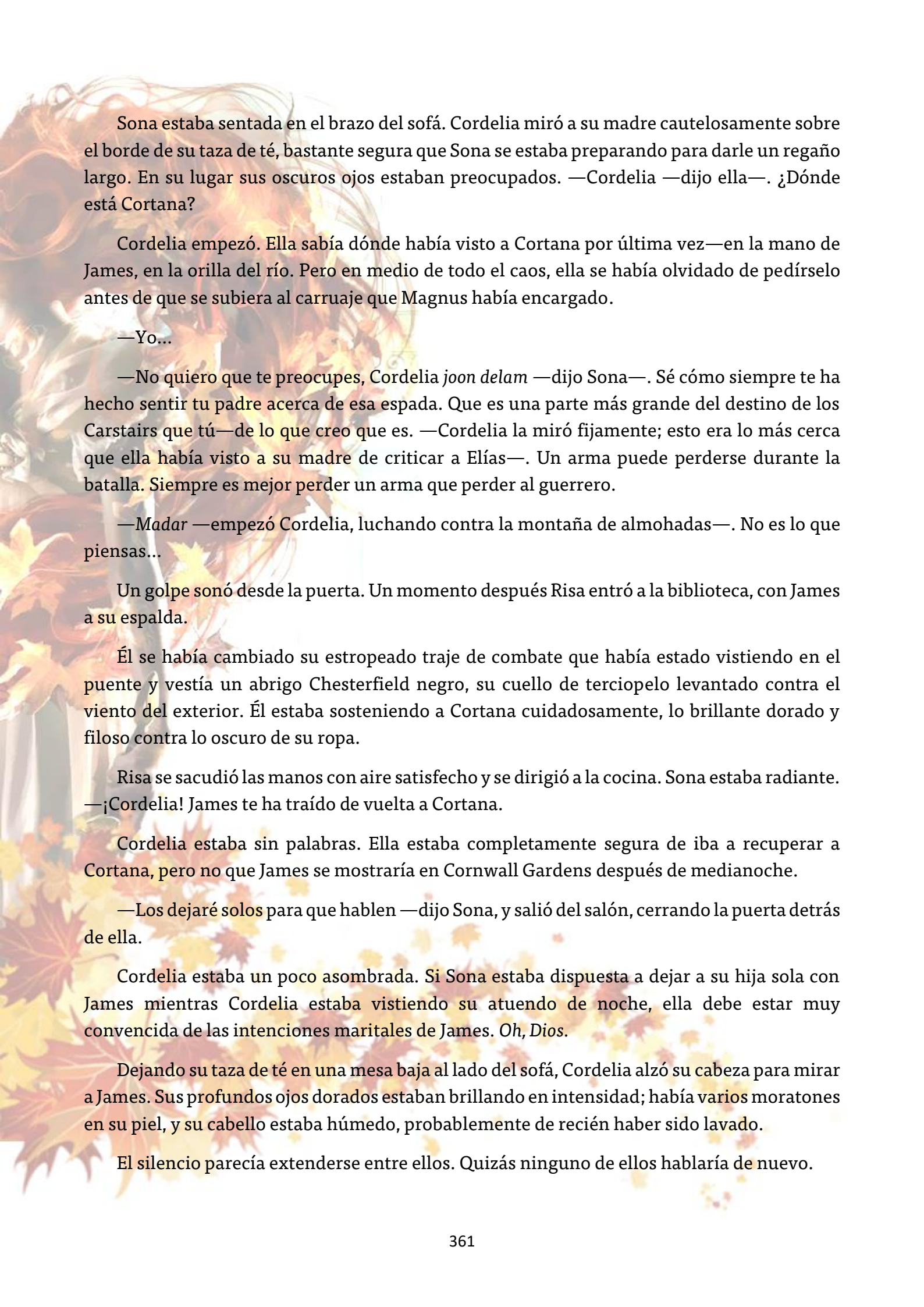
Antes de que Cordelia pudiera responder, la puerta se abrió y Risa estaba ahí. Ella dedicó una mirada atónita a Cordelia, luego llamó por sobre su hombro a Sona. La madre de Cordelia apareció, envuelta en una bata de seda. Ella miró de Matthew a Cordelia, el goteo de agua en los escalones delanteros, y sus ojos oscuros se ampliaron. —Oh —dijo ella, su voz con una mezcla de desaprobación y angustia que solo una madre podría sostener—. Oh, Layla. ¿Qué ha pasado?



Si Cordelia hubiera esperado que su madre se enojara, estaba gratamente sorprendida. Como un hábil maestro elaborador de mentiras, Matthew hiló una historia para Sona sobre valentía, intriga, peligro, y una pizca de romance. Cordelia había estado en el instituto, exclamó él, y se hubiera quedado lealmente al lado de James—debido a que él estaba sufriendo por la pérdida de Barbara con gran pesar—pero al saber que su madre se preocuparía si ella no regresaba a casa. Matthew tuvo que ofrecerse para acompañarla, pero ellos habían sido atacados por demonios en el camino por Támesis. Cordelia luchó valientemente pero fue arrojada al río. Todo había sido bastante dramático.

Sona le dio una barra de Fry's Chocolate Cream y una bufanda gruesa a Matthew antes de que él fuera capaz de librarse. Entonces ella fue a por Cordelia con voluntad glacial, asegurándose que se quitara la ropa mojada y que Risa preparara un baño caliente para ella. No mucho después de que Cordelia finalizó su baño y se vistiera con un camisón y pantuflas se encontraba recostada en el sofá de la biblioteca en frente de un fuego crepitante. Un cómodo albornoz envuelto alrededor de sus hombros, y una fresca taza de té que Risa había puesto en sus manos mientras movía su cabeza con aires de desaprobación.

Cordelia no había sentido tanto calor en su vida.



Sona estaba sentada en el brazo del sofá. Cordelia miró a su madre cautelosamente sobre el borde de su taza de té, bastante segura que Sona se estaba preparando para darle un regaño largo. En su lugar sus oscuros ojos estaban preocupados. —Cordelia —dijo ella—. ¿Dónde está Cortana?

Cordelia empezó. Ella sabía dónde había visto a Cortana por última vez—en la mano de James, en la orilla del río. Pero en medio de todo el caos, ella se había olvidado de pedirselo antes de que se subiera al carruaje que Magnus había encargado.

—Yo...

—No quiero que te preocupes, Cordelia *joon delam* —dijo Sona—. Sé cómo siempre te ha hecho sentir tu padre acerca de esa espada. Que es una parte más grande del destino de los Carstairs que tú—de lo que creo que es. —Cordelia la miró fijamente; esto era lo más cerca que ella había visto a su madre de criticar a Elías—. Un arma puede perderse durante la batalla. Siempre es mejor perder un arma que perder al guerrero.

—*Madar* —empezó Cordelia, luchando contra la montaña de almohadas—. No es lo que piensas...

Un golpe sonó desde la puerta. Un momento después Risa entró a la biblioteca, con James a su espalda.

Él se había cambiado su estropeado traje de combate que había estado vistiendo en el puente y vestía un abrigo Chesterfield negro, su cuello de terciopelo levantado contra el viento del exterior. Él estaba sosteniendo a Cortana cuidadosamente, lo brillante dorado y filoso contra lo oscuro de su ropa.

Risa se sacudió las manos con aire satisfecho y se dirigió a la cocina. Sona estaba radiante. —¡Cordelia! James te ha traído de vuelta a Cortana.

Cordelia estaba sin palabras. Ella estaba completamente segura de iba a recuperar a Cortana, pero no que James se mostraría en Cornwall Gardens después de medianoche.

—Los dejaré solos para que hablen —dijo Sona, y salió del salón, cerrando la puerta detrás de ella.

Cordelia estaba un poco asombrada. Si Sona estaba dispuesta a dejar a su hija sola con James mientras Cordelia estaba vistiendo su atuendo de noche, ella debe estar muy convencida de las intenciones maritales de James. *Oh, Dios.*

Dejando su taza de té en una mesa baja al lado del sofá, Cordelia alzó su cabeza para mirar a James. Sus profundos ojos dorados estaban brillando en intensidad; había varios moratones en su piel, y su cabello estaba húmedo, probablemente de recién haber sido lavado.

El silencio parecía extenderse entre ellos. Quizás ninguno de ellos hablaría de nuevo.

—¿Le dijiste a tus padres? —Preguntó Cordelia—. ¿Acerca del Mandikhor? ¿Y sobre lo que pasó en el puente?

—La mayoría de ello —dijo James—. No sobre la caja Pyxis, por supuesto, o Agaliarept o—bueno, realmente dejé fuera la mayoría de lo que hemos hecho últimamente. Lo que si saben ahora es que el Mandikhor es el responsable de los ataques, y esa es la parte importante.

Cordelia se preguntó por un momento si él les había dicho lo que el Mandikhor le había dicho en el puente. *Hijo de demonio*. Era la segunda vez que ella había escuchado a un demonio burlarse de su herencia. Era la manera de los demonios mayores, encontrar los puntos débiles en los humanos y ahondar en ellos. Ella esperaba que James fuera capaz de desestimar sus palabras, que él no era más un hijo de demonio que Lucie, o Tessa, o Magnus Bane.

—Gracias —dijo James, haciendo que ella lo mire—. Por lo que hiciste en el puente. Eso fue extremadamente valiente.

—¿Qué parte?

Su sonrisa destelló como un rayo ardiente, transformando su cara. —Es cierto. Tú hiciste muchas cosas valientes en el puente.

—Eso no es lo que yo... —Ella empezó a balbucear, luego se estiró cuando él le tendió Cortana. Era maravilloso tenerla otra vez en sus brazos—. Cortana *mohos mohos-am* —dijo ella—. Estoy contenta de que estés de vuelta.

—¿Acabas de usar un término de cariño para tu espada? —dijo James. Él lucía cansado cuando había entrado a la sala, pero ahora parecía muy animado.

—Significa 'ratón', y sí, es una expresión de cariño. Cortana ha estado conmigo durante muchos tiempos difíciles. Debería ser apreciada. —Ella apoyó a Cortana contra la rejilla de la chimenea; el calor no deterioraría el filo. Nada lo haría.

—Desearía saber más persa —dijo James. Se hundió en uno de los sillones—. Me gustaría agradecerte en persa, Daisy, por salvar mi vida y arriesgar la tuya. Y por ayudarnos como lo haces, especialmente cuando nadie que conoces está enfermo. Podrías haber regresado a Paris o a Cirenworth en el momento que todo esto empezó.

Cordelia había a menudo soñado que le enseñaba persa a James. Las expresiones de cariño en inglés eran muy limitadas y sosas en comparación, ella siempre había pensado: Los persas no pensarían en decir a alguien que amaban *fadat besham*, Moriría por ti, o decirle a esa persona *noore cheshmam*, la luz de mis ojos, o *adelbaram*, ladrón de mi corazón. Ella repentinamente pensó en el fuego chispeante de la habitación de susurros y el olor de las rosas. Ella mordió su labio inferior.

—No deberías agradecerme —dijo ella—. O tratarme como si no fuera totalmente egoísta.

James elevó sus oscuras cejas onduladas. —¿Qué quieres decir?

—Tengo mis propias razones para envolverme en la búsqueda de una cura. Desde luego quiero ayudar a los que están enfermos, pero también no puedo evitar pensar que, si fuera capaz de hacer tal servicio a la Clave como contribuir a acabar con la enfermedad demoniaca, seguramente ellos concederían a mi padre indulgencia en su juicio.

—Yo no lo llamaría egoísmo —dijo James—. Lo que estás diciendo es que estas comprometiéndote a algo bueno por el bien de tu padre y de tu familia.

Cordelia sonrió débilmente. —Bueno, estoy segura que añadirás eso a la lista de mis muchas cualidades cuando me ayudes a buscar un esposo.

James no le devolvió la sonrisa. —Daisy —dijo él—. No puedo... No creo que yo... —Él se aclaró la garganta—. Quizá, después de lo que pasó en la habitación de los susurros, no creo que sea la persona correcta para encontrarte un esposo. No puedo imaginar que me confiarías el...

—Yo si confío en ti —habló Cordelia a través de sus labios entumecidos—. Entiendo perfectamente. No te tomaste libertades, James. Era solo pretender. Era falso, lo sé...

—¿Falso? —repitió él.

A pesar del calor, Cordelia se estremeció cuando James se puso de pies. La luz del fuego destellaba a través de su cabello, bordeando los rizos oscuros con escarlata, como si tuviera una corona de llamas.

—Te besé porque quería hacerlo —dijo él—. Porque nunca había querido tanto algo.

Cordelia se sintió enrojecer.

—Ya no estoy atado a Grace —continuó él—. Sin embargo, por muchos años la amé. Lo sé, recuerdo que lo hacía. Ese amor controlaba mi vida.

Los dedos de Cordelia apretaron su albornoz.

—A veces me pregunto si fue un sueño —dijo James—. La idealicé, supongo, como los niños hacen. Quizás era el sueño de un niño de lo que el amor debería y debe ser. Yo creía que el amor era dolor, y cuando sangraba, sangraba por ella.

—No necesita del dolor —susurró Cordelia—. Pero James, si tú amas a Grace...

—No lo sé —dijo James, apartándose del fuego. Sus ojos estaban oscuros, como los habían estado en la habitación de los susurros, y desesperados—. ¿Cómo pude haberla amado tanto, y sentir lo que estoy sintiendo ahora, por...? —Él se quebró—. Quizá no soy quien pensaba que era.

—James... —El dolor en su voz era demasiado. Ella empezó a ponerse de pie.

—No. —Él sacudió su cabeza, voz ronca—. No lo hagas. Si te acercas a mí, Daisy, Yo querré...

La puerta de la biblioteca se abrió de golpe. Cordelia levantó su mirada, esperando ver a su madre.

Pero era Alastair, completamente vestido como para salir en botas y una capa de invierno. Él cerró la puerta de golpe tras él y se volteó para enfrentarlos, su mirada moviéndose de Cordelia a James.

—Mi madre dijo que ambos estaban aquí —dijo él en un acento que indicaba que estaba más allá de furioso. El corazón de Cordelia se hundió. La última vez que había visto a Alastair, él había estado furioso. Él todavía lucía furioso. Ella se preguntaba si él había dejado de sentirse furioso, o si había estado en ese humor todo el día—. Al principio no lo creí, pero ahora veo que es real. —Su mirada oscura se dirigió a James—. Ella podría pensar que es permisible dejarte solo con mi hermana, pero yo no. Tú la trajiste a casa en medio de la noche, lastimada y luciendo como una rata mojada.

James cruzó sus brazos sobre su pecho. Sus ojos eran hendiduras doradas. —De hecho, Matthew fue quien la trajo. Yo acabo de llegar.

Alaistar se quitó su pesado abrigo y lo lanzó furiosamente sobre el brazo de una silla. —Pensé que tenías mejor sentido común, Herondale, que ponerte en una posición que comprometa a mi hermana.

—Él trajo a Cortana —protestó Cordelia.

—Tu madre me dio la bienvenida a esta sala —dijo James, su expresión como el hielo—. Ella es la autoridad aquí, no tú.

—Mi madre no entiende... —la voz de Alastair se quebró. Él estaba quitándose los guantes de sus manos con dedos temblorosos, y Cordelia se dio cuenta con sobresalto que Alastair estaba mucho más furioso de lo que ella creía—. Sé que me odias por cómo te traté en la Academia, y tienes todo el derecho —dijo Alastair, mirando a James con una mirada nivelada—. Pero por mucho que me odies, no te desquites con mi hermana.

Cordelia vio un destello de sorpresa en los ojos de James. —Alastair, tú hiciste mi vida un infierno en la Academia. Pero nunca me desquitaría con Cordelia. Eso es algo que tú harías, no algo que yo haría.

—Veo como es. En la Academia yo tenía el poder, y aquí tú tienes el poder sobre mí. ¿Cuál es tu juego? ¿Qué quieres con mi hermana?

—Tu hermana —dijo James, hablando con una frialdad lenta y pausada—. Tu hermana es lo único que me impide golpearte en la cara. Tu hermana te quiere, solo el Ángel sabe por qué, y tú ni siquiera te muestras un poco agradecido.

La voz de Alastair era ronca. —Tú no tienes idea de lo que he hecho por mi hermana. No tienes ninguna idea sobre nuestra familia. No sabes la primera cosa...

Él se interrumpió y frunció el ceño.

Era como si una sacudida pasara a través de Cordelia. Ella siempre había pensado de su familia como una completamente normal, dejando de lado sus constantes viajes. ¿Qué era lo que Alastair estaba insinuando? —James —dijo ella. El aire estaba chisporroteando con violencia; era solo cuestión de tiempo antes que uno de los chicos golpeará al otro—. James, es mejor que te vayas.

James se giró a ella. —¿Estás segura? —Dijo él en voz baja—. No te dejaré sola, Cordelia, no a menos que lo desees.

—Estaré bien —murmuró—. Los ladridos de Alastair son peores que su mordisco. Te lo prometo.

Él levantó la mano, como si pretendiese ahuecar su mejilla, o peinar hacia atrás un mechón de su cabello. Podía sentir la energía entre ellos, incluso ahora, incluso con su hermano a tres pies de distancia loco de rabia. Se sentía como las chispas de una hoguera.

James dejó caer su mano, y con una última mirada dura a Alastair, salió a zancadas de la sala. Cordelia fue inmediatamente a la puerta, la cerró y giró la llave.

Se volvió para encararlo.

—¿Qué querías decir —espetó— cuando dijiste «no tienes idea de lo que he hecho por mi hermana»?

—Nada —dijo Alastair, recogiendo sus guantes—. No quise decir nada, Cordelia.

—Sí, sí que lo hiciste —dijo ella—. Puedo notar que hay algo que no me estás diciendo, algo que tiene que ver con Padre. Todo este tiempo has actuado como si mis intentos de salvarlo, de *salvarnos*, fueran infantiles y tontos. Tú no lo has defendido en absoluto. ¿Qué es lo que no me estás contando?

Alastair cerró los ojos con fuerza—. Por favor, deja de preguntar.

—No lo haré —dijo Cordelia—. Crees que Padre hizo algo mal. ¿No?

Los guantes que Alastair había estado sosteniendo cayeron al suelo—. No importa lo que pienso, Cordelia...

—¡Importa! —Dijo Cordelia—. Importa cuando me escondes cosas, tú y *Mâmân*. Recibí una carta del Cónsul. Decía que no podían interrogar a Padre con la Espada Mortal porque no recordaba nada sobre la expedición. ¿Cómo es posible? ¿Qué hizo...?

—Estaba borracho —dijo Alastair—. La noche de la expedición, estaba borracho, tan borracho que probablemente envió a esos pobres bastardos a un nido de vampiros porque no sabía lo suficiente como para no hacerlo. Tan borracho que no recuerda nada. Porque *siempre* está borracho como una cuba, Cordelia. La única que no lo sabía que eras tú.

Cordelia se hundió en el sofá. No sentía que sus piernas pudiesen sostenerla—. ¿Por qué no me lo dijiste? —susurró.

—¡Porque nunca quise que lo supieses! —Alastair estalló—. Porque quería que tuvieses una infancia, algo que yo nunca tuve. Quería que fueses capaz de amar y respetar a tu padre como yo nunca pude. Cada vez que hacía un desmadre, ¿quién piensas que tenía que limpiarlo? ¿Quién te decía que Padre estaba enfermo o durmiendo cuando estaba borracho? ¿Quién salió y lo trajo cuando se desmayó en un gin palace⁵² y lo metió de contrabando por la puerta de atrás? ¿Quién aprendió a los diez años a rellenar botellas de coñac con agua cada mañana para que nadie se diese cuenta de que los niveles habían bajado...?

Se interrumpió, respirando con dificultad.

—Alastair —susurró Cordelia. Era todo verdad, lo sabía. No pudo evitar recordar a Padre tumbado día tras día en una habitación a oscuras, su madre diciendo que estaba "enfermo". Las manos de Elias temblando. El vino cesando de aparecer en la mesa de la cena. Elias nunca comiendo. Cordelia topándose con botellas de coñac en sitios extraños: un armario del recibidor, el baúl de la ropa de cama. Alastair nunca admitiendo nada de ello, tomándoselo a broma, desviando su atención a otra dirección, para que no se afligiese. Para que no tuviera que hacerlo.

—Nunca ganará este juicio —dijo Alastair. Estaba temblando—. Aunque la Espada Mortal sea inútil; se inculpará a sí mismo con su apariencia, su hablar. La Clave reconoce a un borracho cuando ven a uno. Por ello Madre quiere que te cases rápido. Para que estés a salvo cuando la vergüenza caiga sobre nosotros.

⁵² Nombre en inglés para un lujoso bar que vende ginebra, luego fue transferido por asociación a pubs victorianos.

—¿Pero qué hay de ti? —Dijo Cordelia—. Ninguna vergüenza debería recaer sobre ti tampoco, la debilidad de Padre no es tu debilidad.

El fuego de la chimenea casi se había apagado. Los ojos de Alastair brillaban en la oscuridad—. Tengo mis propias debilidades, como bien sabes.

—El amor no es una debilidad, Alastair *dâdâsh* —dijo ella, y por un momento vio la duda en Alastair por el uso de la palabra persa.

Entonces su boca se tensó. Las sombras bajo sus ojos parecían cardenales; se preguntó dónde había estado, para regresar tan tarde en la noche.

—¿No lo es? —Dijo él, volviéndose para abandonar la sala—. No le entregues tu corazón a James Herondale, Cordelia. Está enamorado de Grace Blackthorn y siempre lo estará.



—Deberías cepillarte el cabello —dijo Jessamine, empujando un cepillo de fondo plateado a lo largo de la mesilla hacia Lucie—. Se enredará.

—¿Por qué tienes que ser un fantasma tan quisquilloso? —dijo Lucie, deslizándose verticalmente contra las almohadas. Le habían ordenado firmemente que se quedara en la cama, aunque estaba ansiosa por ponerse en pie de un salto, agarrar su pluma y escribir. ¿Qué sentido tiene que te sucedan cosas emocionantes si no pudieras contar una historia sobre ellas?

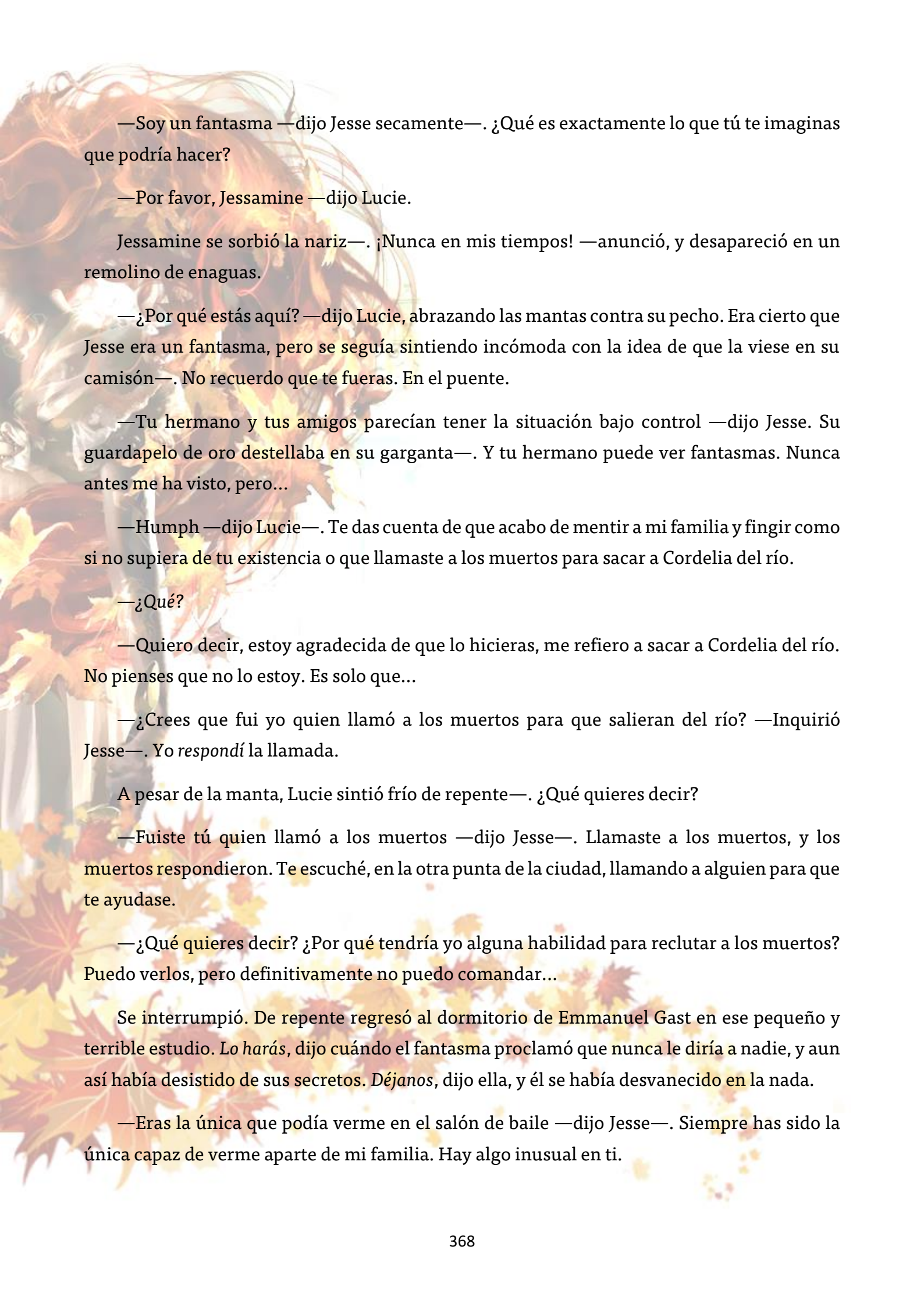
—Cuando era niña, me cepillaba el pelo cien veces al día —dijo Jessamine, que, siendo un fantasma, tenía un pelo que flotaba como fina gasa y nunca necesita ser cepillado—. Por qué, yo...

Chilló y se elevó en el aire, flotando un pie por encima de la mesita de noche. Una brisa fría se cernió sobre Lucie. Levantó las mantas a su alrededor, mirando por la habitación con ansiedad—. ¿Jesse?

Él se materializó a los pies de la cama, con los mismos pantalones negros y mangas de camisa que siempre llevaba. Sus ojos eran verdes y estaban muy serios—. Estoy aquí.

Lucie alzó la vista hacia Jessamine—. ¿Podría tener un momento para hablar con Jesse a solas?

—¿A solas? —Jessamine parecía horrorizada—. Pero él es un caballero. En tu dormitorio.



—Soy un fantasma —dijo Jesse secamente—. ¿Qué es exactamente lo que tú te imaginas que podría hacer?

—Por favor, Jessamine —dijo Lucie.

Jessamine se sorbió la nariz—. ¡Nunca en mis tiempos! —anunció, y desapareció en un remolino de enaguas.

—¿Por qué estás aquí? —dijo Lucie, abrazando las mantas contra su pecho. Era cierto que Jesse era un fantasma, pero se seguía sintiendo incómoda con la idea de que la viese en su camisón—. No recuerdo que te fueras. En el puente.

—Tu hermano y tus amigos parecían tener la situación bajo control —dijo Jesse. Su guardapelo de oro destellaba en su garganta—. Y tu hermano puede ver fantasmas. Nunca antes me ha visto, pero...

—Humph —dijo Lucie—. Te das cuenta de que acabo de mentir a mi familia y fingir como si no supiera de tu existencia o que llamaste a los muertos para sacar a Cordelia del río.

—¿Qué?

—Quiero decir, estoy agradecida de que lo hicieras, me refiero a sacar a Cordelia del río. No pienses que no lo estoy. Es solo que...

—¿Crees que fui yo quien llamó a los muertos para que salieran del río? —Inquirió Jesse—. Yo respondí la llamada.

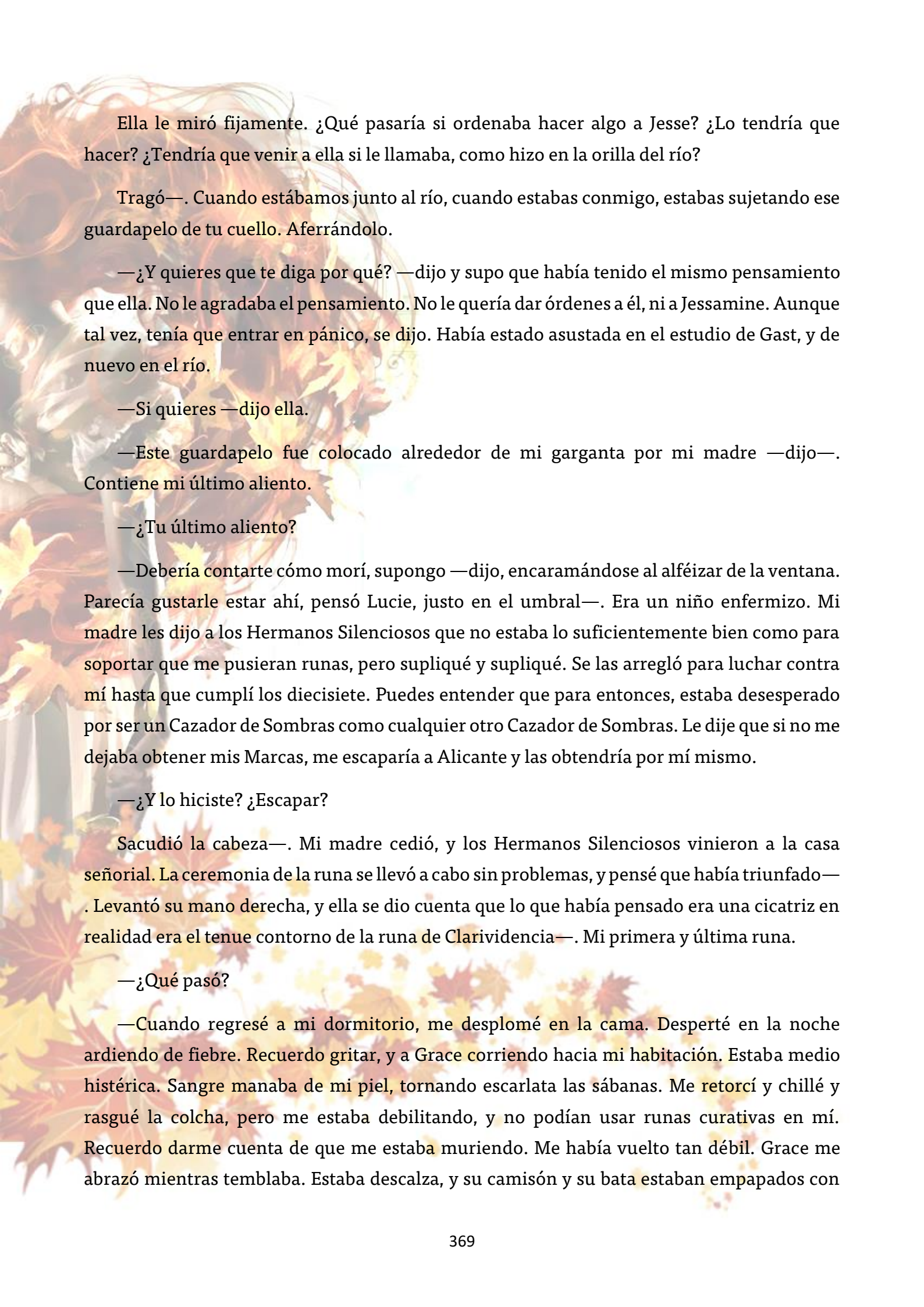
A pesar de la manta, Lucie sintió frío de repente—. ¿Qué quieres decir?

—Fuiste tú quien llamó a los muertos —dijo Jesse—. Llamaste a los muertos, y los muertos respondieron. Te escuché, en la otra punta de la ciudad, llamando a alguien para que te ayudase.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué tendría yo alguna habilidad para reclutar a los muertos? Puedo verlos, pero definitivamente no puedo comandar...

Se interrumpió. De repente regresó al dormitorio de Emmanuel Gast en ese pequeño y terrible estudio. *Lo harás*, dijo cuándo el fantasma proclamó que nunca le diría a nadie, y aun así había desistido de sus secretos. *Déjanos*, dijo ella, y él se había desvanecido en la nada.

—Eras la única que podía verme en el salón de baile —dijo Jesse—. Siempre has sido la única capaz de verme aparte de mi familia. Hay algo inusual en ti.



Ella le miró fijamente. ¿Qué pasaría si ordenaba hacer algo a Jesse? ¿Lo tendría que hacer? ¿Tendría que venir a ella si le llamaba, como hizo en la orilla del río?

Tragó—. Cuando estábamos junto al río, cuando estabas conmigo, estabas sujetando ese guardapelo de tu cuello. Aferrándolo.

—¿Y quieres que te diga por qué? —dijo y supo que había tenido el mismo pensamiento que ella. No le agradaba el pensamiento. No le quería dar órdenes a él, ni a Jessamine. Aunque tal vez, tenía que entrar en pánico, se dijo. Había estado asustada en el estudio de Gast, y de nuevo en el río.

—Si quieres —dijo ella.

—Este guardapelo fue colocado alrededor de mi garganta por mi madre —dijo—. Contiene mi último aliento.

—¿Tu último aliento?

—Debería contarte cómo morí, supongo —dijo, encaramándose al alféizar de la ventana. Parecía gustarle estar ahí, pensó Lucie, justo en el umbral—. Era un niño enfermizo. Mi madre les dijo a los Hermanos Silenciosos que no estaba lo suficientemente bien como para soportar que me pusieran runas, pero supliqué y supliqué. Se las arregló para luchar contra mí hasta que cumplí los diecisiete. Puedes entender que para entonces, estaba desesperado por ser un Cazador de Sombras como cualquier otro Cazador de Sombras. Le dije que si no me dejaba obtener mis Marcas, me escaparía a Alicante y las obtendría por mí mismo.

—¿Y lo hiciste? ¿Escapar?

Sacudió la cabeza—. Mi madre cedió, y los Hermanos Silenciosos vinieron a la casa señorial. La ceremonia de la runa se llevó a cabo sin problemas, y pensé que había triunfado—. Levantó su mano derecha, y ella se dio cuenta que lo que había pensado era una cicatriz en realidad era el tenue contorno de la runa de Clarividencia—. Mi primera y última runa.

—¿Qué pasó?

—Cuando regresé a mi dormitorio, me desplomé en la cama. Desperté en la noche ardiendo de fiebre. Recuerdo gritar, y a Grace corriendo hacia mi habitación. Estaba medio histérica. Sangre manaba de mi piel, tornando escarlata las sábanas. Me retorcí y chillé y rasgué la colcha, pero me estaba debilitando, y no podían usar runas curativas en mí. Recuerdo darme cuenta de que me estaba muriendo. Me había vuelto tan débil. Grace me abrazó mientras temblaba. Estaba descalza, y su camisón y su bata estaban empapados con

mi sangre. Recuerdo a mi madre entrando. Sostuvo el guardapelo contra mis labios, como si quisiera que lo besara...

—¿Lo hiciste? —susurró Lucie.

—No —dijo Jesse impasiblemente—. Morí.

Por primera vez en su vida, Lucie sintió una punzante lástima por Grace. Tener a su hermano muriendo en sus brazos así. No podía imaginar la agonía.

—Comprendí lentamente que era un fantasma tras eso —dijo Jesse—. Y me llevó meses de intentos antes de que mi madre y mi hermana pudieran escucharme y háblame. Incluso entonces, desaparecía cada mañana cuando salía el sol, y solo recuperaba la conciencia por la tarde. Pasé muchas noches caminando solo en el Bosque Brocelind, con solo los muertos para verme. Y tú. Una niña que había caído en una trampa de hadas.

Lucie se ruborizó.

—Estaba sorprendido cuando me viste —dijo él—. E incluso más cuando fui capaz de tocar tu mano y sacarte de ese hoyo. Pensé que tal vez era porque eras tan joven, pero no. Hay algo inusual en ti, Lucie. Tienes un poder ligado a los muertos.

Lucie suspiró—. Si tan solo pudiera haber tenido un poder ligado al pan con mantequilla...

—Eso no habría ayudado a Cordelia la noche pasada —dijo Jesse. Dejó que su cabeza cayera hacia atrás contra el cristal de la ventana, y Lucie vio que, por supuesto, no se reflejaba en el cristal oscuro—. Mi madre cree que una vez todo esté en orden, y tenga todos los ingredientes que un brujo necesite, mi último aliento que está contenido en el guardapelo, puede ser utilizado para resucitarme. Pero en la orilla del río, lo sostenía porque...

Lucie levantó las cejas.

—Al principio pensé que podrías haber estado en el agua. Ahogándote. La fuerza vital del guardapelo podría haber expulsado el agua de los pulmones y permitiéndote respirar —titubeó—. Pensé que, si te estabas muriendo, lo usaría para traerte de vuelta.

Lucie inhaló bruscamente—. ¿Tú harías eso? ¿Por mí?

Sus ojos eran de un insondable verde intenso, como Lucie imaginaba la profundidad del océano. Sus labios se separaron como si pretendiera responder, justo cuando un rayo de luz del amanecer atravesaba el cristal de la ventana. Se puso rígido, sus ojos aún fijos en los de ella, como si le hubieran disparado con una flecha.

—Jesse —susurró, pero él ya había desaparecido.



DÍAS PASADOS: LONDRES, GROSVENOR SQUARE, 1901

Traducido por Roni Turner
Corregido por ♥Herondale♥

Durante la noche de la muerte de la Reina Victoria, las campanas de Londres estallaron en una clamorosa alarma.

Matthew Fairchild también estaba de luto, pero no por la muerte de la reina. Estaba de luto por la pérdida de alguien a quien nunca había conocido, por una vida que había acabado. Por un futuro cuya felicidad estaría siempre mancillada con la sombra de lo que había hecho.

Se arrodilló ante la estatua de Jonathan Cazador de Sombras en el salón de su familia, sus manos cubiertas de ceniza—. Bendíceme —dijo vacilante—, porque he pecado. He... —Se detuvo, incapaz de decir las palabras—. Esta noche alguien ha muerto por mi culpa. Por mis acciones. Alguien a quien amaba. Alguien a quien no conocía. Pero le amaba igual.

Había pensado que la oración podría ayudar. No lo hizo. Había compartido su secreto con Jonathan Cazador de Sombras, pero nunca lo compartiría con nadie más: ni con su *parabatai*, ni con sus padres, ni con ningún amigo o desconocido. A partir de esa noche, un abismo infranqueable se abrió entre Matthew y el mundo entero. Ninguno de ellos lo sabía, pero fue cercenado de ellos para siempre en todas las formas que importaban.

Pero así debía ser, pensó Matthew. Después de todo, había cometido un asesinato.

18

OSCURIDAD SE AGITA

Traducido por Roni Turner, Cortana, Mechanical Angel ☞ & Lovelace

Corregido por ♥Herondale♥ & Lady_Herondale ☞

“Los muertos duermen en sus sepulcros:

Y, pudriéndose mientras duermen, un apasionante sonido,

Mitad sensación, mitad pensamiento, entre la oscuridad se agita,

Respiraban desde sus camas infestadas de gusanos todos los seres vivos,

Y, mezclándose con la tranquila noche y el mudo cielo,

Su terrible silencio se siente inaudible”

—Percy Bysshe Shelley, *Cementerio de tarde de verano, Lechlade, Gloucestershire*

Ya estaba atardeciendo cuando James pudo por fin salir del Instituto, parecía que cada miembro del Enclave que atravesaba las puertas quería interrogarlo sobre los demonios Mandikhor, y se dirigió hacia la Plaza Grosvenor para encontrarse con el resto de los Ladrones Felices⁵³.

Tras entrar en la casa de Matthew con su propia llave, James se detuvo por un momento en los escalones que conducían al sótano. Sabía que sus amigos estaban en el laboratorio: podía escuchar sus voces elevándose hacia él como humo, podía oír a Christopher parlotear, la tonalidad baja y musical de Matthew. Podía sentir la presencia de Matthew, tan cerca de su *parabatai*, como un imán al alcance de otro.

Encontró a sus amigos sentados alrededor de una alta mesa de laboratorio cubierta de mármol. En todas partes había instrumentos de curioso diseño: un galvanómetro para medir corrientes eléctricas, una máquina de equilibrio de torsión, y un planetario mecánico de oro, bronce y plata, un regalo de Charlotte a Henry de hace ya algunos años. Una docena de microscopios, astrolabios, retortas⁵⁴ y dispositivos de medición estaban esparcidos por la mesa y en lo alto del armario. En un pedestal descansaba el revólver Colt Single Action Army⁵⁵ en el que Christopher y Henry habían estado trabajando durante meses antes de que

⁵³ Literalmente, *Merry Thieves*, término inspirado por las historias de Robin Hood.

⁵⁴ Recipiente, generalmente de vidrio, que se usa en la destilación de sustancias. Consiste en una vasija esférica con un "cuello" largo inclinado hacia abajo.

⁵⁵ conocido también como Colt 45 y Colt Peacemaker (pacificador), es un revólver de acción simple (Single Action en inglés) y tambor con capacidad de seis cartuchos que fue muy popular en el viejo oeste estadounidense a finales del siglo XIX. Es el revólver por excelencia y posiblemente se trate de la primera arma corta fiable de la historia.

todo esto sucediera. En su niquelado tono río-gris estaban profundamente grabadas runas y una curvada inscripción: LUCAS 12:49.

Christopher se subió sus gafas de latón contra el pelo; llevaba una camisa y pantalones que habían sido quemados y manchados tantas veces que le habían prohibido llevarlos fuera. Matthew podía haber sido su reflejo opuesto: en chaleco azul y dorado y pantalones a juego, se mantenía bien lejos de las llamas de los mecheros Bunsen, que habían sido encendidos tan alto que la habitación tenía la temperatura de una isla tropical. Oscar dormía la siesta gentilmente a sus pies.

—¿Qué ocurre, Kit? —Dijo James—. ¿Probando a qué temperatura se derriten los Cazadores de Sombras?

—Mi pelo está ciertamente arruinado —dijo Matthew, empujando sus manos a través de los hilos de sudor oscurecido—. Creo que Christopher está trabajando duro en el antídoto. Y yo ayudo proporcionando observaciones ingeniosas y comentarios mordaces.

—Preferiría que me pasases ese matraz —dijo Christopher, señalando. Matthew sacudió la cabeza. James agarró el matraz y se lo pasó a Christopher, quien añadió unas pocas gotas de su contenido al líquido que hervía a fuego lento en una retorta junto a su codo. Frunció el ceño—. No va bien, me temo. Sin ese ingrediente, no es probable que funcione.

—¿Qué ingrediente? —preguntó James.

—Raíz de Malos, una extraña planta. Los Cazadores de Sombras se supone que no deben cultivarla porque hacerlo viola los Acuerdos. He estado buscando, y le pedí a Anna que intentase conseguirme algo en el Submundo, pero no hemos tenido suerte.

—¿Por qué tendría nadie prohibido cultivar una planta tonta? —dijo Matthew.

—Esta planta solo crece en tierra regada con sangre de mundanos asesinados. —dijo Christopher.

—He sido corregido —admitió Matthew—. Ugh.

—Plantas de magia oscura, ¿verdad? —Los ojos de James se entrecerraron—. Christopher... ¿puedes dibujarme un boceto de la raíz?

—Claro —dijo Christopher, como si no fuera una rara petición.

Sacó una libreta del bolsillo interior de su chaqueta y comenzó a garabatear en el reverso. El líquido en la retorta había comenzado a ponerse negro.

James lo miró con cautela.

—Había algunas plantas prohibidas creciendo en el invernadero de Tatiana —explicó James—. Le conté a Charles sobre ello en el momento, y no parecía sentir que fuesen muy preocupantes, pero...

Christopher sostuvo el boceto, con una planta con aspecto casi de tulipán con hojas blancas de reborde afilado y raíz negra.

—Sí —dijo James, aumentando su entusiasmo—. Recuerdo esos, *estaban* en el invernadero de Chiswick. Me llamaron la atención porque las hojas parecían cuchillos. Podríamos ir allí ahora, ¿hay algún carruaje libre?

—Sí. —El entusiasmo de Matthew complementaba al de James—. Charles tenía algo así como una reunión, pero dejó el segundo carruaje en la caballeriza. Quítate las gafas, Christopher... Es momento de un poco de trabajo de campo.

Christopher refunfuñó levemente—. Está bien, está bien... Pero debo cambiarme. No me permiten salir con esta ropa.

—Solo apaga cualquier cosa que pueda incendiar la casa primero —dijo Matthew, agarrando el brazo de James—. Nos encontraremos en el jardín delantero.

James y Matthew corrieron por la casa (perseguidos por Oscar, quien ladraba de la emoción), deteniéndose por un momento en los escalones delanteros, respirando aire fresco. El cielo estaba cargado de nubes; un poco de luz solar se asomaba débilmente, iluminando el camino desde los escalones delanteros de los Fairchilds hasta la pared del jardín delantero, y la puerta que daba a la calle. Había estado lloviendo antes, y la piedra seguía mojada.

—¿Dónde está Thomas? —preguntó James, mientras Matthew volvía su rostro para mirar hacia las nubes: aunque no parecían estar cargadas de lluvia, tenían la energía de una próxima tormenta eléctrica. Pensó James, igual que Matthew.

—Patrullando con Anna —dijo Matthew—. Recuerda, Thomas es el más viejo del grupo. Se le requiere en la patrulla diaria.

—No estoy seguro de que con dieciocho sea precisamente viejo —dijo James—. Le deberían quedar algunos años antes volverse senil.

—A veces tengo la sensación de que le gusta bastante Alastair Carstairs. Lo cual indicaría que ya se ha vuelto senil.

—No estoy seguro de que le guste precisamente —dijo James—, sino más bien siente como si le debiese una segunda oportunidad tras su comportamiento en la escuela —James hizo una pausa, pensando en la cara tensa y los ojos aterrados de Alastair en la biblioteca de los Jardines de Cornwall—. Y quizá tenga razón. Quizá todos merezcamos una.

—Hay personas que no se merecen una. —La voz de Matthew fue feroz—. Si alguna vez te pillo considerando hacerte amigo de Alastair, James...

—¿Entonces qué? —dijo James, arqueando una ceja.

—Entonces tendré que decirte lo que Alastair me dijo el día que dejamos la Academia —dijo Matthew—. Y preferiría no hacerlo. Cordelia nunca debería saberlo, si no hay otra opción. Le ama y debe poder hacerlo.

Cordelia. Había algo en la manera en la que Matthew dijo su nombre. James se volvió hacia él, perplejo. Quería decir que si Alastair realmente hubiera dicho algo tan horrible que amenazaría el afecto que Cordelia le tenía, Matthew no debería sufrirlo en silencio, pero no hubo ninguna oportunidad. Christopher había emergido por la puerta principal, poniéndose unos guantes. Llevaba un sombrero, inclinado de lado sobre su cabeza, y una bufanda verde que no combinaba con ninguna de sus ropas.

—¿Dónde está el carruaje? —preguntó, bajando las escaleras.

—Estábamos esperándote, Christopher, no buscándote un carruaje —dijo James, mientras los tres cruzaban el jardín delantero hacia la caballeriza, donde una gran cochera guardaba los caballos y medios de transporte del Cónsul—. Además, estoy bastante seguro de que Darwin dijo algo al respecto sobre lo saludable que es caminar para los científicos.

Christopher parecía indignado—. Él en realidad no...

La puerta principal repiqueteó. James se giró para ver sombras a lo alto. No, no sombras, demonios, andrajosos y negros. Saltaron silenciosamente hacia el suelo, uno tras otro, acechando a los Cazadores de Sombras.

—Demonios Khora —susurró James; Matthew ya había sacado una espada corta, y Christopher un cuchillo serafín. Crepitó cuando lo nombró, como si fuera un radiómetro roto.

James sacó un cuchillo arrojadizo de su cinturón, dándose cuenta de que habían sido acorralados al retirarse a la casa. Los demonios estaban rodeándolos, igual que habían tratado de rodear a Christopher en el puente.

—No me gusta esto —dijo Matthew. Sus ojos ardían y enseñaba los dientes—. En absoluto.

El sombrero había caído de la cabeza de Christopher; yacía empapado en el húmedo y pedregoso suelo. Lo pateó con frustración—. ¿James? ¿Ahora qué?

James oyó la voz de Cordelia en su cabeza, gentil y segura. *Tú eres el líder*—. Atravesamos el círculo de demonios, allí. —Señaló, hablando rápido—, y entramos en la cochera. Cerrando las puertas tras nosotros con una runa.

—Le da un nuevo significado al dicho «no asustes a los caballos»⁵⁶ —murmuró Matthew—. Bien. Vamos.

Se giraron hacia el área que James había indicado, cuchillos volando de las manos de James como flechas de un arco. Cada uno cumplió su objetivo, hundiéndose profundamente en carne del demonio. Los demonios Khora se escabulleron, aullando, y los chicos echaron a correr por el espacio que les separaba de la caballeriza, justo cuando en el cielo restallaron truenos.

Saltaron a través de blancos bucles de niebla; James alcanzó la puerta de la caballeriza primero y la pateó para abrirla, luego por poco se dobló del dolor que le atravesaba.

Se giró para ver que un Khora había agarrado y arrojado a Matthew. Christopher estaba luchando contra otra de las sombrías criaturas, su cuchillo serafín dibujando un arco de luz centelleante mientras lo rajaba. James se atragantó, Matthew debía haberse quedado sin aliento, y se volvió para correr hacia su *parabatai* mientras el Khora se alza sobre el cuerpo de Matthew...

Un destello dorado brotó entre Matthew y la sombra, haciendo al Khora tambalearse.

Era Oscar. El retriever pasó junto al demonio, evitando un brutal golpe de sus garras por apenas una pulgada, y aterrizó cerca de Matthew.

El Khora regresó a por el chico y el perro. Matthew lanzó su los brazos alrededor de Oscar, el cachorro al que James había salvado y le había entregado hace tanto tiempo, curvando su cuerpo para proteger a su perro. James giró, un cuchillo en cada mano, y los dejó volar.

Los cuchillos se hundieron hasta las empuñaduras en el cráneo del demonio. Voló por el aire; uno de los otros demonios gritó, y Matthew se puso de pie, agarrando su espada caída. James podía escucharlo gritando a Oscar que volviera a entrar en la casa, pero Oscar claramente sintió que había logrado una gran victoria y no tenía intención de escuchar. Gruñó cuando Christopher se detuvo en la puerta de la caballeriza, gritando a los demás que lo siguieran.

James se giró—. *Christopher...*

Detrás de Christopher se elevó, una sombra enorme, el demonio Khora más grande que James había visto. Christopher comenzó a girar, levantando su cuchillo serafín, pero ya era demasiado tarde. El Khora había rodeado a Christopher, casi como si pretendiera abrazarlo, abriendo su cuerpo hacia él. Su arma salió volando.

⁵⁶ Dicho inglés. Es un juego de palabras ya se dirigen a la caballeriza, donde hay caballos, y no deben hacer ruido.

Matthew salió corriendo hacia Christopher, patinando sobre el piso mojado. James no podía moverse, se le habían terminado los cuchillos; sacó la espada serafín de su cinturón, pero no hubo tiempo. La gran garra del demonio arañó el pecho de Christopher.

Christopher gritó y el demonio Khora lo arrojó a un costado. Él se desmoronó en el suelo.

—¡No! —James echó a correr, zigzagueando hacia el cuerpo caído de Christopher. Algo se abalanzó hacia él; escuchó a Matthew gritar y vio cómo su *chakram* cortaba por la mitad a un demonio Khora que se acercaba. James lanzó su espada serafín y se dirigió al demonio que había lastimado a Kit.

El demonio se giró para mirarlo. En sus ojos había complicidad y casi diversión. Mostró sus dientes y desapareció, tal como lo había hecho el demonio Khora en el parque.

—Jamie, se han ido —dijo Matthew—. Todos se han ido.

Las puertas principales se abrieron de golpe con un sonido metálico y un carruaje apareció en el jardín delantero. Las puertas se abrieron y Charles Fairchild emergió de ellas; James casi ni notó que Alastair Carstairs también estaba allí, mirando a su alrededor con expresión atónita. Mientras James caía de rodillas junto a Christopher, podía oír a Charles exigiendo saber que estaba pasando.

Matthew le respondió, también a gritos, si Charles era ciego, ¿No veía que Christopher estaba herido y que necesitaba que lo llevaran a la Ciudad Silenciosa? Charles siguió exigiendo saber qué había pasado con los demonios, ¿A dónde habían ido?, él había visto uno cuando habían atravesado las puertas, pero ¿Dónde estaban ahora?

—Yo lo llevaré —dijo Alastair—. Lo llevaré a la Ciudad Silenciosa. Pero las palabras parecían ecos que venían de algún lugar lejano, un lugar donde James no estaba arrodillado entre la humedad y la niebla junto al cuerpo inmóvil de Christopher, cuyo pecho había sido marcado por líneas irregulares hechas por las garras de un demonio. Algún lugar donde Christopher no estaba quieto y en silencio sin importar cuanto James le rogara que abriera los ojos. Algún lugar donde la sangre de Christopher no se mezclaba con la lluvia que caía sobre los adoquines, como si estuviera en una piscina carmesí. Algún lugar mejor que este.



Cordelia había estado esperando volver a hablar con su hermano, pero se levantó tan tarde que para el momento en que Risa le ayudó a vestirse seguido de mandarla abajo, Alastair ya se había ido.

A pesar de la luz del sol que entraba por la ventana, la casa parecía apagada y sombría, el sonido del reloj sonaba más alto de lo normal mientras comía su avena en el comedor. La avena sabía a aserrín en su boca. Seguía recordando las palabras de Alastair de la noche

anterior: *“Quería que tuvieras una infancia, algo que yo nunca tuve. Quería que pudieras amar y respetar a tu padre como yo nunca pude.”*

Se dio cuenta, con algo de vergüenza que había malinterpretado a su madre y hermano. Había pensado que ellos no defendían a su padre por cobardía o presión social. Ahora entendía que ellos sabían que Elías podría haber actuado incorrectamente, tan ebrio que podría no haber pensado debidamente en la seguridad de aquellos a quienes él estaba enviando en una misión peligrosa.

Ella había pensado que su madre quería que se casara para deshacerse de la vergüenza de ser la hija de un hombre que estaba siendo juzgado en Idris. Ahora entendía que era mucho más complicado.

No había dudas porque Sona y Alastair se habían visto preocupados ante sus intentos de “salvar” a su padre. Habían estado preocupados de que ella se enterará de la verdad. Su sangre se sentía fría en sus venas. Ellos realmente podrían perderlo todo, pensó. Nunca lo había creído del todo. Siempre había pensado que la justicia prevalecería. Pero la justicia no era tan simple como ella había creído.

Se quedó mirando cuando Sona entró al comedor. Su madre miró a Cordelia con consideración antes de decir. —¿Es ese uno de los vestidos que James te envió?

Cordelia asintió. Estaba usando un vestido de día rosa oscuro que era vino dentro del envío que le hizo Anna.

Por un momento, Sona lucía melancólica. —Es un hermoso color —dijo ella—. Los vestidos son, sin lugar a dudas, muy hermosos y probablemente te quedan mucho mejor que los vestidos que yo te he dado.

—¡No! —Cordelia se puso de pie, afligida—. ¡Kha ‘k bar saram! —Era una frase que literalmente significaba “Debo morir”, la forma más extrema de pedir disculpas—. Soy una hija terrible. Sé que hiciste lo mejor que pudiste.

Sé que lo hiciste, Mâmân. Sé que solo intentabas protegerme.

Sona se veía sorprendida. —Por el Ángel. Son solo vestidos, Layla. —ella sonrió—. ¿Aunque quizás podrías recompensarme ayudando en la casa? ¿Así como lo haría una buena hija?

“Engañada, como siempre” pensó Cordelia, pero estaba más que aliviada de tener una distracción. Habían desempacado más y había decisiones que tomar sobre dónde ciertas piezas de poesía de *Isfahan* debían ir o dónde debía ser colocada su alfombra *Tabriz* para su mejor apreciación. Mientras Cordelia observaba a su madre ir y venir, claramente en su elemento, sintió las palabras asomarse a la punta de la lengua: *¿Lo sabías cuando te casaste con él, Mâmân? ¿Te diste cuenta un día, o fue algo que comprendiste con el tiempo, como una terrible*

revelación? Todas esas veces que dijiste que él debía ir a las Basílicas, ¿pensaste que allí podrían curar su adicción? ¿Llorabas cuando él se negaba a ir? ¿Aún lo amas?

Sona dio un paso atrás para admirar una pequeña colección de cuadros miniatura junto a la escalera. —Se ve bien ahí, ¿no? ¿O crees que se veía mejor en la otra habitación?

—Definitivamente se ve mejor ahí —dijo Cordelia sin tener idea de que otra habitación su madre se refería.

Sona se giró y apoyó una mano en su espalda. —¿Has estado prestando atención...? —Empezó y una mueca de dolor apareció repentinamente en su rostro. Se apoyó contra la pared mientras Cordelia se apresuraba a su lado, preocupada.

— ¿Te sientes bien? Te ves cansada.

Sona suspiró. —Estoy perfectamente bien, Cordelia. —Se enderezó, sus manos se cernían como si no supiera qué hacer con ellas. Era algo que solo hacía cuando estaba nerviosa—. Pero... Estoy esperando un bebé.

— ¿Qué?

Sona le dio una sonrisa temblorosa. —Tendrás un pequeño hermano o hermana, Layla. En un par de meses más.

Cordelia quería arrojar sus brazos sobre su madre, pero, de repente, estaba aterrorizada. Su madre tenía cuarenta y dos años, un poco tarde para que una mujer tenga un bebé. Por primera vez en su vida, su imponente madre le pareció frágil. — ¿Hace cuánto lo sabes?

—Tres meses —dijo Sona—. Alastair también lo sabe e igualmente tu padre.

Cordelia tragó saliva. —Pero a mí no me lo dijiste.

—Layla joon. —Su madre se acercó a ella—. No quería preocuparte más de lo que ya estabas por nuestra familia. Sé que has estado tratando... —Se detuvo, acomodando un mechón de cabello del rostro de su hija—. Sabes que no tienes que casarte si no quieres —dijo ella, casi en un susurro—. Nos la arreglaremos, cariño. Siempre lo hacemos.

Cordelia besó la palma de la pequeña mano de su madre, marcada con muchas viejas cicatrices de hace tanto tiempo atrás, cuando había luchado contra demonios. —*Cheshmet roshan, mâdar joon* —ella susurró.

Los ojos de su madre se llenaron de lágrimas. —Gracias, cariño.

Escucharon un fuerte golpe proveniente de la puerta principal. Cordelia intercambió una mirada de sorpresa con su madre antes de dirigirse a la entrada. Risa había atendido la puerta y en el primer escalón estaba el sucio vendedor de diarios a quien Matthew le había dado su

bolso fuera del departamento de Gast. Uno de los Irregulares, recordó ella, el chico subterráneo que trabajaba en la Taberna del Diablo y hacía los mandados de James y del resto.

—Tengo un mensaje para la Srta. Cordelia Carstairs —dijo él, sosteniendo un pedazo de papel doblado.

—Esa soy yo —dijo Cordelia—. ¿Requieres, em... que te pague?

—Nop —dijo el chico, sonriendo alegremente—. Ya me pagó el señor Matthew Fairchild. ¡Aquí tienes!

Entregó el mensaje y se precipitó por las escaleras, silbando. Risa cerró la puerta, dándole una mirada de desconcierto a Cordelia. ¿Por qué Matthew le mandaría una nota de esta forma? Se preguntó Cordelia, desdoblando el papel. ¿Qué podría ser tan urgente?

Cuando abrió la nota, solo había un par de palabras en la página, pero se destacaban con la deslumbrante tinta negra.

Ven enseguida a La Taberna del Diablo. Hubo un ataque.

Christopher está muy mal herido.

—James

— ¿Cordelia? —Sona había ido hacia la entrada—. ¿Qué está pasando?

Con sus temblorosas manos, Cordelia le entregó la nota a su madre. Sona la leyó rápidamente antes de devolverla a la mano de Cordelia. —Debes ir y estar con tus amigos.

Alivio se esparció por el cuerpo de Cordelia. Empezó a caminar hacia arriba para buscar sus cosas pero se detuvo. —Debería usar mi equipo de combate —dijo ella—. Pero sigue mojado desde lo del río.

Sona le sonrió, una sonrisa cansada y preocupada, la sonrisa de tantos padres cazadores de sombras a lo largo de los tiempos cuando llegaba el momento de ver a sus hijos marchar en la noche, llevando espadas bendecidas por los ángeles, sabiendo que podrían nunca regresar. —Layla, mi hija. Puedes usar el mío.



Cordelia se apresuró por las escaleras de La Taberna del Diablo y entró de golpe a la sala club de los Ladrones Felices. Ya era pasado la media tarde y la luz del sol se filtraba por la ventana este, derramando barras doradas de luz sobre el pequeño lugar y sus ocupantes. Matthew estaba tumbado en el sofá, Lucie en una andrajosa butaca. Lucie miró hacia arriba y sonrió cuando Cordelia entró, pero sus ojos estaban rojos. James era el único parado: Estaba apoyado contra la pared junto a la ventana, con sombras profundas bajo sus ojos. Los tres cazadores de sombras vestían sus trajes de combate.

—¿Qué pasó? —preguntó Cordelia, casi sin aliento—. ¿Qué... Qué puedo hacer? —Matthew la miró. Su voz era ronca—. Estábamos en mi casa, usando el laboratorio de mi padre —dijo él—. Ellos, los demonios Khora, estaban esperándonos cuando nos fuimos.

—Debíamos haber estado preparados —dijo James. Estaba abriendo y cerrando su mano derecha, como si deseara destrozar algo en la palma de su mano—. Deberíamos habernos acordado. Estábamos apurándonos hacia el carruaje, nos atacaron en frente de la casa. Uno de ellos le rajó el pecho a Christopher.

Christopher. Cordelia pudo ver su brillante sonrisa, sus abollados lentes, podía oír su ansiosa y emocionada voz, explicando algún nuevo aspecto de la ciencia o de los cazadores de sombras. —Lo... lo siento tanto —ella susurró—. ¿Está enfermo? ¿Qué podemos hacer?

—Ya tenía un poco de fiebre cuando lo llevaron a la Ciudad Silenciosa —dijo Matthew con seriedad—. Las contactamos a ti y a Lucie tan pronto como pudimos y...

Se escucharon pasos por la escalera. La puerta se abrió de golpe y Thomas entró con precipitación. Usaba un largo abrigo Inverness, aunque Cordelia podía ver que estaba usando el traje de combate debajo de ese.

—Lo siento —dijo él sin aliento—. Estaba patrullando con Anna, no recibí su mensaje hasta que no volví a la casa del tío Gabriel. Todos querían ir a la Ciudad Silenciosa, por supuesto, pero llegó el hermano Enoch y dijo que era imposible... —Thomas se hundió en una silla, llevando las manos a su cara—. Todos están desesperados. Anna fue a pedirle ayuda a Magnus para poner protección extra alrededor de la casa. La tía Cecily casi pierde la cabeza con la idea de dejarla ir, pero igualmente fue. El tío Will y la tía Tessa vinieron, desde luego, pero yo no podía seguir ahí, molestándolos a todos, entrometiéndome en su miedo...

—No eres una *molestia*, Thomas —dijo Matthew—. Tú eres familia. Allí y aquí.

La puerta se abrió con un sonido y Polly entró, llevando una botella y un par de copas con los bordes rotos. Los colocó en la mesa, le lanzó a Thomas una mirada preocupada y desapareció.

Matthew se levantó y tomó la botella, para servir su contenido en las copas con la gracia de un viejo hábito. Por primera vez en la memoria de Cordelia, Thomas agarró una y la vació de un sorbo.

James giró una de las sillas y se sentó, sus brazos cruzados sobre el respaldo de la silla y sus largas piernas enganchadas en el frente. —Tom —dijo él, sus ojos ensanchados y decididos—. Necesitamos hacer el antídoto para el veneno Mandikhor. Creo que tú puedes hacerlo.

Thomas se ahogó, tosió y empezó a resoplar mientras Matthew le quitaba la copa y la colocaba de nuevo sobre la mesa. —No puedo —dijo, cuando recuperó el aliento—. No sin Christopher.

—Sí, sí que puedes —dijo James—. Has hecho todo con él. Has estado en el laboratorio con él casi todo el tiempo desde que Bárbara murió. Tú sabes cómo hacerlo.

Thomas se quedó callado por un largo momento. James no se movió. Tenía la mirada fija en su amigo. Era una mirada que Cordelia no podía describir, una intensidad silenciosa mezclada con una convicción inamovible. Esto era lo mejor de James, pensó. La fe en sus amigos era inquebrantable: Era fuerza y compartían esa fuerza entre ellos.

—Quizás —dijo Thomas al final, lentamente—. Pero todavía nos falta un ingrediente. Sin él, el antídoto no funcionará y Kit dijo que era imposible de encontrarlo...

—Raíz Malos —dijo Matthew—. Sabemos dónde hay y cómo conseguirlo. Todo lo que tenemos que hacer es ir a la casa Chiswick. Al invernadero.

—¿La casa de mi abuelo? —dijo Thomas con incredulidad. Pasó sus dedos distraídamente por su cabello marrón claro.

—Al fin Benedict Lightwood será responsable de algo útil —dijo Matthew—. Si nos vamos ahora, podemos llegar en media hora.

—Espera —dijo Thomas, levantándose—. James, casi se me olvidó. Neddy me dio esto.

Le entregó un pedazo de papel vitela doblado, tenía el nombre de James garabateado en el frente con una letra cuidadosa. James desdobló la nota y se levantó con una violenta rapidez, casi derribando la silla.

— ¿Qué es? —dijo Cordelia—. ¿James?

Mientras él le pasaba la nota, Cordelia notó la mirada pensativa de Matthew sobre ellos dos. Ella miró hacia la nota.

Ven a la Ciudad Silenciosa. Te esperaré en la enfermería. No dejes que los otros Hermanos te vean. Te lo explicaré cuando llegues.

Por favor apúrate.

—Jem

Se lo entregó a Lucie sin palabras. James estaba caminando de un lado a otro, con las manos en sus bolsillos.

—Si Jem dice que vaya, entonces debo ir —dijo él, mientras Matthew y Thomas leían el contenido de la nota—. El resto de ustedes vayan a Chiswick...

—No —dijo Matthew. Él se había movido para coger el frasco en su bolsillo, un viejo habito, pero rápidamente dejó caer su mano. Sus dedos estaban un poco temblorosos, pero su voz era suave—. A donde tú vayas, yo iré, James. Incluso si es ir a un tedioso suburbio de Highgate⁵⁷.

Jem, pensó Cordelia. Tenía que hablar con él sobre su padre. No había nadie más con quién pudiera hablar sobre lo que Alaistar le había dicho. No había nadie más a quién pudiera decirle que había cambiado de opinión.

Primo Jem, tengo que decirte algo sobre mi padre. Creo que tiene que estar en las Basilias. Creo que no debería volver de Idris después de todo. Creo que necesito tu ayuda.

Tomó una gran bocanada de aire. —Yo también iré. Debo ver a Jem. Al menos que... —Se giró hacia Lucie—. Si prefieres que vaya contigo a Chiswick...

—Tonterías —dijo Lucie, con simpatía en sus ojos—. Todo lo que vamos a hacer es recoger una planta, y además conozco la casa y sus alrededores... No —agregó apresurada ante la oscura mirada de James—. Porque haya estado acechando o espiando en la propiedad para nada, porque obviamente no lo he hecho.

—Thomas y tú pueden usar mi carruaje —dijo Matthew—. Esta aquí abajo.

—El resto de nosotros podemos tomar un cabriolé⁵⁸ —dijo Cordelia—. ¿Dónde queda la entrada más cercana a la Ciudad Silenciosa?

—En el cementerio de Highgate —dijo James, estirándose por su cinturón de armas mientras el resto tomaba la chaqueta de sus trajes de combate, cinturones y espadas—. Está a una buena distancia. Deberíamos apurarnos, no hay tiempo que perder.



No había mucho que pudiera retrasar a Cordelia y al resto hasta que llegaron a Highgate, donde las calles estrechas estaban paralizadas por el tráfico de la tarde. El conductor, rehusándose a atravesar la boca de botella, los dejó en frente de un pub en Salisbury Road.

James les pidió a Cordelia y Matthew que esperaran allí mientras él iba a buscar la entrada a la Ciudad Silenciosa. Normalmente cambiaba de ubicación dentro del cementerio, él le había dicho a Cordelia durante el viaje, y que se la podía encontrar en distintos lugares dependiendo del día.

⁵⁷ Highgate es un área del norte de Londres y uno de los Barrios más caros para vivir.

⁵⁸ Cabriolé: coche tirado por caballos, generalmente de dos ruedas.

Matthew miró al pub con anhelo, pero fue distraído rápidamente por una gran mesa de piedra en la intersección entre Highgate Hill y Salisbury Road. Estaba rodeada por rejas de hierro y tenía gravadas las palabras “TRES VECES SEÑOR ALCALDE DE LONDRES”

—Dese la vuelta, tres veces Señor alcalde de la ciudad de Londres —dijo Matthew, con un gesto dramático—. Aquí es donde se supone que pasó, donde él escuchó las campanas de la iglesia, me refiero.

Cordelia asintió; le habían contado esa historia seguido cuando era niña. Richard Whittington había sido un chico mundano que había partido de Londres con su gato, determinado a hacer su fortuna en algún otro lado, solo para oír las campanas de Sto. Mary-le-Bow llamándolo, prometiéndole gloria si regresaba. Y así él hizo, se convirtió en alcalde de Londres, tres veces.

Cordelia no estaba segura de qué había pasado con el gato. Todas las historias podrían ser ciertas, pensó, pero sería realmente bueno si a ella se le presentaran señales así de obvias para su destino.

Matthew sacó su petaca plateada de su chaleco y empezó a desenroscarlo. A pesar de estar en traje de combate, no sacrificó sus mocasines azules por el deber. Cordelia solo lo miró mientras él echaba su cabeza hacia atrás y bebía, seguido de volver a cerrar la petaca—. Coraje holandés⁵⁹ —dijo él.

—¿Son los holandeses muy valientes o simplemente muy ebrios? —preguntó ella, su voz salió más filosa de lo que pretendía.

—Un poco de ambos, me imagino. —Su tono era suave, pero guardó la petaca—. ¿Sabías que el gato de Dick Whittington podría no haber existido nunca? Aparentemente, fue todo ficción.

—¿Importa si tenía un gato o no?

—La verdad siempre importa —dijo Matthew.

—No cuando se trata de una historia —dijo Cordelia—. El punto de las historias no es que sean objetivamente ciertas, sino que el alma de la misma es más cierta que la realidad. Aquellos que se burlan de la ficción lo hacen porque tienen miedo de la verdad.

Ella sintió, más que vio, que Matthew se giró a verla en la tenue luz. Su voz era ronca. —James es mi *parabatai* —dijo él—. Y lo amo. Lo único que nunca he entendido acerca de él son sus sentimientos hacia Grace Blackthorn. Por mucho tiempo he deseado que pusiera su afecto en algún otro lado y, sin embargo, cuando lo vi contigo en la Habitación de los Susurros, no estaba feliz.

⁵⁹ Se le dice así al coraje influido por el alcohol.

Cordelia no había esperado tal sinceridad. —¿A qué te refieres?

—Supongo que me pregunto si conoce sus sentimientos —dijo Matthew—. Supongo que me preocupa que te lastime.

—Es tu *parabatai* —dijo Cordelia—. ¿Por qué debería importarte si me lastima?

Matthew inclinó su cabeza hacia atrás para ver el cielo oscureciéndose. —No lo sé —dijo él—. Pero me he dado cuenta que me importa.

Cordelia deseó que estuvieran hablando sobre cualquier otra cosa. —No te preocupes, Alastair me dio la misma advertencia sobre James ayer. Ya he sido avisada.

La mandíbula de Matthew se endureció. —Siempre he dicho que el día en el que esté de acuerdo con Alastair Carstairs sería el día en que arda en el infierno.

— ¿Fue él tan horrible con James en la escuela? —dijo Cordelia.

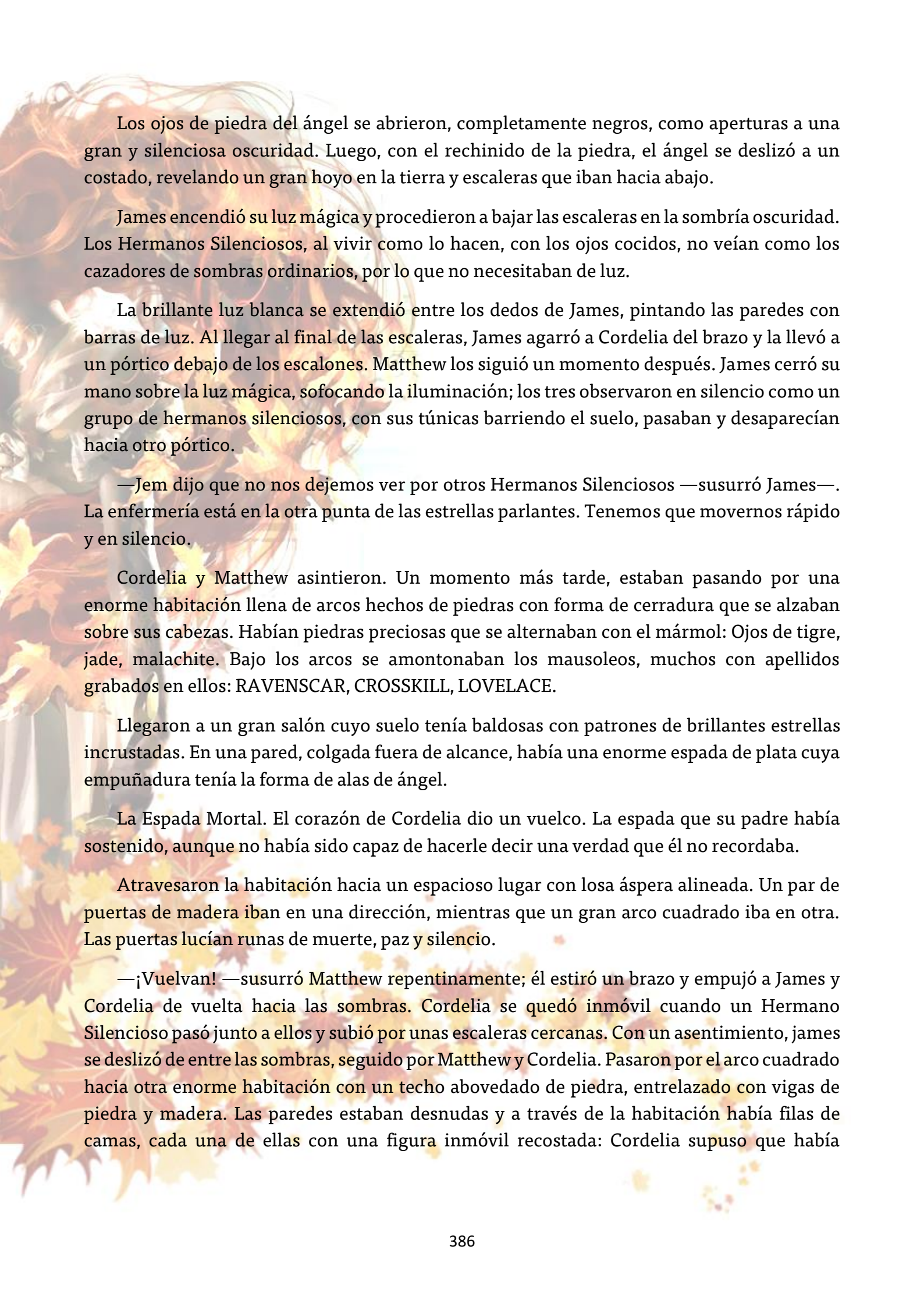
Matthew se giró hacia ella y la mirada en su rostro la sorprendió. Era la furia más pura. —Fue más que eso...

James apareció de entre las sombras haciéndoles señas, con su cabello negro y desarreglado. —Encontré la entrada. Deberíamos apurarnos.

Se apresuraron hacia el cementerio y atravesaron las altas rejas. Árboles ciprés oscuros se disparaban sobre ellas, sus hojas solapadas tapaban lo último de la luz de la tarde. Entre las sombras se elevaban elaborados monumentos a los muertos. Grandes mausoleos y pirámides egipcias se amontonaban junto a columnas de granito rotas, simbolizando la vida que se fue muy pronto. Había lápidas talladas en relojes de arena con alas, urnas griegas y hermosas mujeres con cabello largo. Y por todos lados, por supuesto, había ángeles de piedra: Rellenitos con apariencia sentimental y caras dulces, como de niños. Que poco entendían los mundanos sobre ángeles, pensó Cordelia, abriéndose paso por el camino de ramas caídas detrás de James. Que poco entendían sobre lo aterrador que eran sus poderes.

James giró en una de las avenidas grises, y luego se encontraron en un espacio abierto que parecía estar en lo profundo del bosque, las hojas se estiraban tanto sobre ellos que la poca luz que pasaba estaba teñida de verde. En el centro del claro estaba la estatua de un ángel, pero este no era tan angelical. Era la figura de mármol de un hermoso hombre de gran altura. Tenía una magnífica armadura tallada en su cuerpo. Sostenía una espada en una mano extendida, con las palabras *QUIS UT DEUS*, grabadas en ella y su cabeza estaba echada hacia atrás como si le estuviera llorando al cielo.

James dio un paso adelante, levantando una mano, la que llevaba el anillo Herondale con sus patrones de pájaros. —¿*Quis ut Deus*? —dijo él—. “¿Quién es como Dios?” pregunta el ángel. La respuesta es “Nadie. Nadie es como Dios.”



Los ojos de piedra del ángel se abrieron, completamente negros, como aperturas a una gran y silenciosa oscuridad. Luego, con el rechinado de la piedra, el ángel se deslizó a un costado, revelando un gran hoyo en la tierra y escaleras que iban hacia abajo.

James encendió su luz mágica y procedieron a bajar las escaleras en la sombría oscuridad. Los Hermanos Silenciosos, al vivir como lo hacen, con los ojos cocidos, no veían como los cazadores de sombras ordinarios, por lo que no necesitaban de luz.

La brillante luz blanca se extendió entre los dedos de James, pintando las paredes con barras de luz. Al llegar al final de las escaleras, James agarró a Cordelia del brazo y la llevó a un pórtico debajo de los escalones. Matthew los siguió un momento después. James cerró su mano sobre la luz mágica, sofocando la iluminación; los tres observaron en silencio como un grupo de hermanos silenciosos, con sus túnicas barriendo el suelo, pasaban y desaparecían hacia otro pórtico.

—Jem dijo que no nos dejemos ver por otros Hermanos Silenciosos —susurró James—. La enfermería está en la otra punta de las estrellas parlantes. Tenemos que movernos rápido y en silencio.

Cordelia y Matthew asintieron. Un momento más tarde, estaban pasando por una enorme habitación llena de arcos hechos de piedras con forma de cerradura que se alzaban sobre sus cabezas. Habían piedras preciosas que se alternaban con el mármol: Ojos de tigre, jade, malachite. Bajo los arcos se amontonaban los mausoleos, muchos con apellidos grabados en ellos: RAVENSCAR, CROSSKILL, LOVELACE.

Llegaron a un gran salón cuyo suelo tenía baldosas con patrones de brillantes estrellas incrustadas. En una pared, colgada fuera de alcance, había una enorme espada de plata cuya empuñadura tenía la forma de alas de ángel.

La Espada Mortal. El corazón de Cordelia dio un vuelco. La espada que su padre había sostenido, aunque no había sido capaz de hacerle decir una verdad que él no recordaba.

Atravesaron la habitación hacia un espacioso lugar con losa áspera alineada. Un par de puertas de madera iban en una dirección, mientras que un gran arco cuadrado iba en otra. Las puertas lucían runas de muerte, paz y silencio.

—¡Vuelvan! —susurró Matthew repentinamente; él estiró un brazo y empujó a James y Cordelia de vuelta hacia las sombras. Cordelia se quedó inmóvil cuando un Hermano Silencioso pasó junto a ellos y subió por unas escaleras cercanas. Con un asentimiento, James se deslizó de entre las sombras, seguido por Matthew y Cordelia. Pasaron por el arco cuadrado hacia otra enorme habitación con un techo abovedado de piedra, entrelazado con vigas de piedra y madera. Las paredes estaban desnudas y a través de la habitación había filas de camas, cada una de ellas con una figura inmóvil recostada: Cordelia supuso que había

alrededor de treinta y algo más de personas enfermas allí. Jóvenes y mayores, hombres y mujeres, todos acostados tan quietos y silenciosos como si ya estuvieran muertos.

La habitación estaba en completo silencio. En silencio y vacía. Cordelia se mordió el labio. —¿Dónde está Jem?

Pero los ojos de Matthew se iluminaron al ver una figura familiar. —Christopher —dijo él y salió corriendo, seguido por James. Cordelia fue detrás de ellos, pero más despacio, sin querer interrumpir. Matthew se agazapaba sobre una pequeña cama de hierro; James se paró junto al cabecal, inclinándose sobre Christopher.

Christopher había sido despojado de su camisa. Su estrecho pecho estaba cubierto de vendas blancas; la sangre ya había empapado algunas de ellas, formando una mancha color escarlata sobre su corazón. Sus lentes no estaban y sus ojos parecían estar hundidos en su rostro, sombras de púrpura oscuro debajo de ellos. Venas negras se desplegaban como corales bajo su piel. —Matthew —dijo con ronca incredulidad—. Jamie.

James se estiró para tocar el hombro de su amigo y Christopher atrapó su muñeca. Sus dedos estaban sacudiéndose; agarró ansiosamente el puño de la chaqueta de James.

—Dile a Thomas —él susurró—. Que él puede terminar el antídoto sin mí. Solo necesita la raíz. Díselo.

Matthew estaba en silencio; parecía enfermo de dolor. James dijo—. Thomas lo sabe. Está con Lucie ahora, recogiendo la raíz. Él terminará el antídoto, Kit.

Cordelia se aclaró la garganta, sabiendo que su voz saldría como un susurro de todas formas. Lo cual hizo—. Jem —susurró—. ¿Ha estado Jem aquí, Christopher?

Él le sonrió dulcemente—. James Carstairs —dijo—. Jem.

Cordelia miró nerviosamente a James, quien le dio un asentimiento alentador—. Sí —dijo ella—. James Carstairs. Mi primo.

—James —susurró Christopher, y luego la persona en la cama al lado suyo hizo eco de la palabra.

—James —susurró Piers Wentworth—. James.

Y luego la siguiente persona, en la cama siguiente—. James.

Matthew se puso de pie—. ¿Qué está pasando?

Los ojos color lila de Christopher se abrieron de par en par; apretó la muñeca de James mientras lo empujaba hacia adelante. Su cara a centímetros de la de James, él siseó—. Sal de aquí.... Tienes que salir de aquí. Tienes que irte. James, no lo entiendes. Es sobre ti. Siempre ha sido sobre ti.

—¿Qué significa eso? —Matthew exigió, a medida que más y más voces se fueron uniendo al cántico.

—*James. James. James.*

Matthew agarró la manga de James y lo apartó de Christopher, quien soltó a James a regañadientes. Cordelia colocó su mano sobre la empuñadura de Cortana—. ¿Qué está pasando? —exigió—. ¿Christopher...?

Uno por uno, los enfermos comenzaron a erguirse, aunque no parecía como si lo estuviesen haciendo por propia voluntad. Parecía que eran jalados hacia arriba como marionetas con cuerdas; sus cabezas se balanceaban ligeramente a los lados, con los brazos flácidos y colgando. Sus ojos estaban muy abiertos, blancos y brillantes en la penumbra de la habitación. Cordelia vio con horror que los blancos de sus ojos estaban también veteados de negro.

—James Herondale. —Era la voz de Ariadne Bridgestock. Ella se sentó al borde de su propia estrecha cama, su cuerpo desplomándose hacia adelante. Su voz áspera, y vacía de emoción—. James Herondale, has sido convocado.

—¿Por quién? —Matthew gritó—. ¿Quién lo está convocando?

—El Príncipe —dijo Ariadne—. El Señor de los ladrones. Solo él puede detener las muertes. Solo él puede retraer al Mandikhor, el portador del veneno. Tú llevas la mancha ahora, Herondale. Tu sangre puede abrir el portal. —Ella tomó una profunda y temblorosa respiración—. *No tienes otra opción.*

Alejándose de Matthew, James dio un paso hacia ella—. ¿Qué portal? Ariadne...

Cordelia extendió un brazo para detenerlo—. Esa no es Ariadne.

—¿Qué está pasando aquí?

Todos se volvieron. Era Jem, quien había entrado en la habitación en un remolino de batas de pergamino; llevaba su bastón de roble en la mano. A pesar de la quietud de su rostro, Cordelia pudo sentir cuán furioso estaba. Irradiaba de las palabras que explotaron en su mente—. ¿Qué están haciendo ustedes tres aquí?

—Recibí tu mensaje —dijo James—. Me dijiste que viniera.

—*No envié ningún mensaje* —dijo Jem.

—Sí, lo hiciste —protestó Cordelia indignada—. Todos lo vimos.

—Nuestro maestro envió el mensaje —dijo Ariadne—. Él espera en las sombras. Sin embargo, él lo controla todo.

Jem sacudió la cabeza. Su capucha se había caído, permitiendo que Cordelia pueda ver el mechón blanco en su oscuro cabello.

—*Hay inmundicia trabajando aquí* —dijo. Levantó el bastón de roble en sus manos, y Cordelia pudo ver las letras WH talladas en la empuñadura.

Ahora todos los enfermos estaban coreando el nombre de James, sus voces alzándose en un murmullo brumoso.

Jem dejó caer el bastón y el ruido de la madera golpeando la piedra del piso resonó en sus oídos. El canto cesó; los enfermos se quedaron quietos.

Jem se giró hacia Cordelia y los muchachos—. *Alguna maldad te ha traído aquí* —dijo Jem—. *Sal. Me temo que estás en peligro.*

Ellos corrieron.



La salida de la Ciudad Silenciosa era casi un borrón para Cordelia. James salió primero, la luz mágica en su mano iluminaba el camino mientras salían disparados del camino de varios hermanos silenciosos. Ella y Matthew salieron después; en segundos todos habían llegado a la última escalera, la cual se arqueaba hacia el cielo.

De repente, Matthew jadeó. Se tambaleó, cayendo contra pared de piedra como si hubiera sido empujado. Cordelia lo agarró del brazo—. ¡Matthew! ¿Qué sucede?

Su cara estaba blanca como el papel—. James —susurró—. Hay algo muy malo con James.

Cordelia miró por las escaleras. James fuera de su vista. Él no debió haberse percatado de que ya no lo seguían—. Matthew, él está bien... Ya está fuera de la Ciudad...

Matthew se apartó de la pared—. Debemos apurarnos. —Fue todo lo que dijo, y comenzó a correr de nuevo.

Subieron las escaleras y siguieron corriendo hasta que llegaron al claro de arriba. James no estaba en ningún lado donde pudiera ser visto.

Matthew tomó la mano de Cordelia—. Él está por aquí —dijo, y la atrajo a través de un camino estrecho entre los árboles. Estaba casi negro debajo del dosel de hojas, pero Matthew parecía saber exactamente a dónde estaba yendo.

Surgieron en un bosque oscuro rodeado de tumbas, el cielo encima de ellos era de un azul profundo del crepúsculo tardío. James estaba allí, parado como una estatua. Una estatua de un príncipe oscuro, todo de negro, con el cabello como las plumas de un cuervo. Estaba en el

proceso de quitarse su chaqueta, lo que era desconcertante, ya que hacía frío ahora que era de noche.

No estaba mirando a Matthew o a Cordelia, sino a algo en la distancia. Su expresión era profunda, sus ojos rodeados de oscuridad. Él parecía enfermo, se dio cuenta Cordelia con espanto. Como si, así como Matthew había dicho, hubiera algo muy malo con él.

Matthew se cubrió la boca con las manos—. ¡James!

James se giró lentamente, dejando caer su chaqueta al suelo. Se estaba moviendo mecánicamente, como un autómatas.

La inquietud de Cordelia aumentó. Se dirigió hacia James, lentamente, como si se estuviera acercando a un ciervo asustado en el bosque. Él la miraba con inquietos ojos dorados; había color en sus mejillas, un alto rubor las consumía. Ella escuchó a Matthew maldecir por lo bajo.

—James —dijo ella—. ¿Qué pasa?

Él se arremangó la manga izquierda de su camisa. En el dorso de su muñeca, solo arriba, donde terminaba la manga, había cuatro pequeñas, media luna sangrientas, rodeada por una tracería de venas oscurecidas.

Marcas de uñas.

—Christopher —dijo James, y Cordelia recordó con horror la manera en la que Christopher se había aferrado a James en la habitación de enfermos, agarrándole la muñeca—. Sé que no quiso hacerlo. —su boca se torció en una sonrisa dolorosa—. Nadie se lo dirá. Estaría muy molesto.

«Oh, James, no. Por favor no». Pensó en Oliver Hayward, muerto porque Barbara le había arañado en su última agonía. «No James».

La voz de Matthew tembló—. Tenemos que regresar a la Ciudad Silenciosa. Tenemos que llevarte con Jem...

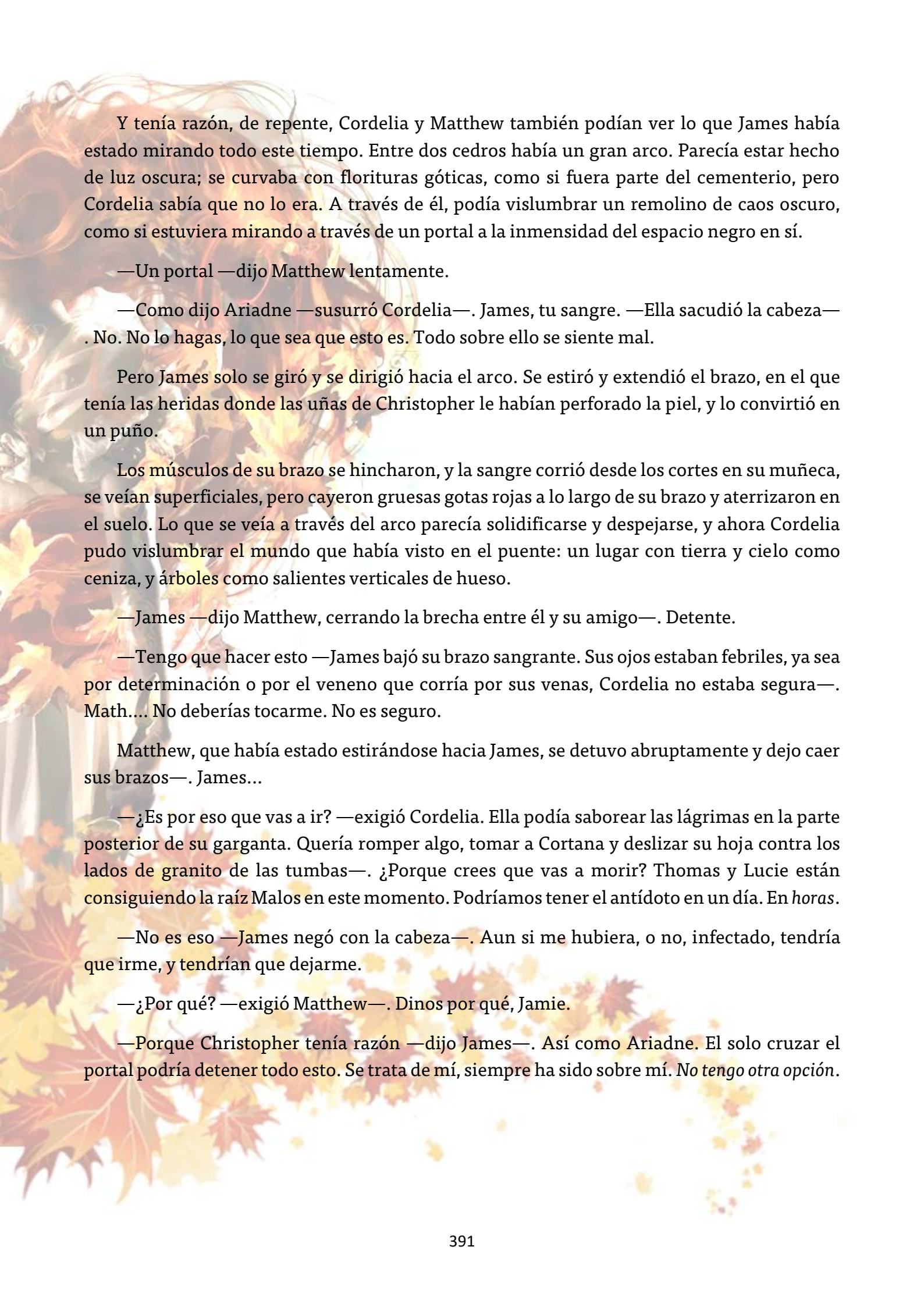
—No —susurró Cordelia—. No es seguro para James ahí. Si fuéramos al Instituto... O traer a Jem aquí...

—Absolutamente no —dijo James con mucha calma—. No voy a ir a ninguna parte. No a cualquier parte de Londres, al menos.

—Maldita sea, está alucinando —dijo Matthew con un gemido.

Pero Cordelia no creía que fuera así. En voz baja, dijo—. James. ¿Qué es lo que ves?

James levantó la mano y señaló—. Ahí. Entre esos dos árboles.



Y tenía razón, de repente, Cordelia y Matthew también podían ver lo que James había estado mirando todo este tiempo. Entre dos cedros había un gran arco. Parecía estar hecho de luz oscura; se curvaba con florituras góticas, como si fuera parte del cementerio, pero Cordelia sabía que no lo era. A través de él, podía vislumbrar un remolino de caos oscuro, como si estuviera mirando a través de un portal a la inmensidad del espacio negro en sí.

—Un portal —dijo Matthew lentamente.

—Como dijo Ariadne —susurró Cordelia—. James, tu sangre. —Ella sacudió la cabeza—. No. No lo hagas, lo que sea que esto es. Todo sobre ello se siente mal.

Pero James solo se giró y se dirigió hacia el arco. Se estiró y extendió el brazo, en el que tenía las heridas donde las uñas de Christopher le habían perforado la piel, y lo convirtió en un puño.

Los músculos de su brazo se hincharon, y la sangre corrió desde los cortes en su muñeca, se veían superficiales, pero cayeron gruesas gotas rojas a lo largo de su brazo y aterrizaron en el suelo. Lo que se veía a través del arco parecía solidificarse y despejarse, y ahora Cordelia pudo vislumbrar el mundo que había visto en el puente: un lugar con tierra y cielo como ceniza, y árboles como salientes verticales de hueso.

—James —dijo Matthew, cerrando la brecha entre él y su amigo—. Detente.

—Tengo que hacer esto —James bajó su brazo sangrante. Sus ojos estaban febriles, ya sea por determinación o por el veneno que corría por sus venas, Cordelia no estaba segura—. Math.... No deberías tocarme. No es seguro.

Matthew, que había estado estirándose hacia James, se detuvo abruptamente y dejó caer sus brazos—. James...

—¿Es por eso que vas a ir? —exigió Cordelia. Ella podía saborear las lágrimas en la parte posterior de su garganta. Quería romper algo, tomar a Cortana y deslizar su hoja contra los lados de granito de las tumbas—. ¿Porque crees que vas a morir? Thomas y Lucie están consiguiendo la raíz Malos en este momento. Podríamos tener el antídoto en un día. En horas.

—No es eso —James negó con la cabeza—. Aun si me hubiera, o no, infectado, tendría que irme, y tendrían que dejarme.

—¿Por qué? —exigió Matthew—. Dinos por qué, Jamie.

—Porque Christopher tenía razón —dijo James—. Así como Ariadne. El solo cruzar el portal podría detener todo esto. Se trata de mí, siempre ha sido sobre mí. *No tengo otra opción.*

19

TODOS LOS LUGARES DEL INFIERNO

Traducido por: Mechanical Angel ✂, Lovelace & Lady_Herondale ☯
Corregido por: Lady_Herondale ☯ & Roni Turner

*“Cuando todo el mundo se disuelva,
Y toda criatura sea purificada,
Todos los lugares serán un infierno que no es el cielo.”*

—Christopher Marlowe, *Doctor Faustus*.

Para el momento en que Lucie y Thomas llegaron a la casa Chiswick, estaba casi oscuro. El sol se había puesto, y la mansión estaba empañado de plateado contra la moribunda luz del sol. Dejando el carruaje en la acera, entraron en silencio por el largo camino, flanqueado los árboles retorcidos hasta la casa principal. De alguna manera, el lugar se veía peor de lo que se vio cuando Lucie había estado aquí con Cordelia.

Lucie pudo ver la sombra jorobada del invernadero en la distancia, y los jardines italianos en ruinas en la otra dirección. Al ver la mansión con mejor luz, Lucie deseó no haberlo hecho. Ella no se podía imaginar viviendo en tal casa.

—Pobre Grace —dijo ella—. Este lugar es un agujero de ratas. De hecho, no se lo desearía ni a una rata.

—Eso es porque te gustan las ratas —dijo Thomas—. ¿Te acuerdas de Marie?

Marie Curie había sido una pequeña rata blanca que Christopher había mantenido en su habitación en la Taberna del Diablo, que se alimentaba de pan y huesos de pollo. Marie había sido lo suficientemente amigable como para descansar sobre el hombro de Lucie y acariciar con su hocico su cabello. Eventualmente, Marie murió por causas naturales y fue enterrada con pompa y circunstancia⁶⁰ en el jardín trasero de Matthew.

—Pero no sé si deberíamos sentir lástima por Grace —dijo Lucie—. Le rompió el corazón a James.

—Para alguien con el corazón roto, parece tener un comportamiento notablemente bueno —dijo Thomas—. Honestamente, en realidad parece *más* animado.

⁶⁰ Describe una forma de celebración muy formal

Lucie no podía negar que eso era cierto—. Aun así —dijo—. Es lo moral.

Llegaron al invernadero, una larga estructura de vidrio y madera. Hasta hace un largo tiempo había proporcionado a la familia Lightwood de piñas y uvas en invierno. Ahora había agujeros rotos en las paredes de cristal, y las, una vez, ventanas limpias estaban emborronadas y oscuras.

Un enorme candado colgaba de la puerta. Lucie comenzó a sacar su estela, pero Thomas le puso una mano en la muñeca—. Puedo ir por la parte de atrás —dijo—. Debería haber un pequeño cobertizo con una entrada al invernadero. Habrían necesitado calentar el lugar por el hipocausto.

—No tengo idea de lo que quieres decir —dijo Lucie—. Pero sospecho que sabes esto por todas las horas que has pasado escuchando a Christopher en el laboratorio. Claramente, y sin duda, vamos a arrastrarnos hacia un cobertizo oscuro e infestado de arañas.

—Lo que me preocupa no son las arañas —dijo Thomas—. Y no vas a arrastrarte. Te necesito aquí afuera como centinela. Si ves alguna actividad inusual, envía una alarma.

—Odio ser la que vigila. ¿Estás seguro de que necesitamos uno?

—Sí —dijo Thomas—. Porque si uno de nosotros va a ser devorado por las raíces de los árboles demoníacos, sería mejor que el otro esté cerca para obtener ayuda, o al menos al para coger la raíz Malos y correr por ella.

Lucie tuvo que admitir que tenía razón—. Ve, entonces.

Thomas se dirigió hacia la parte de atrás del invernadero. Lucie intentó hacer lo que se le dijo al menos cinco minutos, pero era muy aburrido. Solo había un espacio donde podía caminar de un lado a otro frente a la puerta del invernadero antes de sentirse como un pez dorado nadando de aquí para allá en su pecera. Estaba casi aliviada cuando vislumbró algo por la esquina de su ojo.

Parecía una chispa de luz brillante, por los jardines italianos. Se alejó del invernadero y entrecerró los ojos. La luz era de color pálido y vacilante contra el crepúsculo. ¿Una antorcha, tal vez?

Se acercó, manteniéndose en las sombras. Los jardines eran una ruina. Una vez habían sido setos limpios, pero ahora estaban cubiertos de maleza, un desorden de arbustos que conducían por todas las direcciones. Las estatuas de mármol de Virgilio, Sófocles y Ovidio habían sido reducidas a pedazos que sobresalían desde zócalos rotos. En el centro de todo el desastre había una cuadrada estructura de ladrillo, como un viejo cobertizo de almacenamiento.

Mientras avanzaba hacia ella, volvió a ver el destello de luz. Era más fuerte ahora, y parecía elevarse sobre los muros de la pequeña estructura, como si no tuviera techo, aunque

eso no era inusual en edificios antiguos, el techo era, a menudo, lo primero que se iba. Claramente no tenía ventanas, pero la luz continuaba brillando desde adentro.

Consumida por la curiosidad, Lucie llegó al pequeño edificio cuadrado y lo observó fijamente. Parecía haber sido construido hace mucho tiempo, de piedra grande y resistente. Había una puerta a un lado; aunque estaba cerrada, la luz brillaba detrás la puerta.

Mientras Lucie observaba, la luz se movió. Alguien, o algo, estaba definitivamente adentro.

Teniendo cuidado con el viento, Lucie comenzó a escalar una de las paredes.

Alcanzó la cima casi de inmediato. La estructura estaba efectivamente sin techo: abierto a los elementos a pesar de las cuatro gruesas paredes. Lucie se niveló encima de la pared que había escalado y miró hacia el espacio de abajo.

Era una habitación simple, sin ninguna decoración, salvo por una espada que colgaba en una pared que llevaba un travesaño tallado con espinas, el símbolo de la familia Blackthorn. En el centro de la habitación había una mesa, sobre la que descansaba un ataúd. De pie junto al ataúd estaba Grace Blackthorn, con una antorcha de luz mágica en su mano derecha. Su mano izquierda yacía sobre el ataúd, sus delgados dedos extendidos como si pudiera estirarse a través del vidrio y tocar el cuerpo que descansaba dentro.

El ataúd estaba hecho de vidrio, como el ataúd de Blancanieves en los cuentos de hadas. Y acostado dentro estaba Jesse Blackthorn, con cabello tan negro como el ébano y piel blanca como la nieve. Aunque, sus labios no estaban rojos como la sangre, sino pálidos y serenos, sus ojos estaban cerrados. Llevaba un traje de blanco fúnebre, era desconcertante verlo con algo diferente a la ropa con la que había muerto, y sus manos estaban cruzadas sobre su pecho.

Lucie se aferró a la pared con fuerza. El cuerpo de Jesse. Probablemente había estado en este cobertizo por poco tiempo, Tatiana habría mantenido a su hijo con ella en Idris hasta que llegaron a Londres. Pero, ¿por qué simplemente no había puesto a Jesse dentro de la casa principal, en lugar de en esta pequeña estructura extraña? ¿En algún lugar donde habría un techo sobre él?

La idea de la lluvia fría cayendo sobre su ataúd fue casi dolorosa. Jesse no parecía muerto; parecía como si el sueño lo hubiera encontrado mientras descansaba en un jardín. Parecía como si fuera a levantarse en cualquier momento y liberarse de su prisión de vidrio. Parecía... Vivo.

—Jesse —dijo Grace—. Jesse, tengo miedo.

Lucie se congeló. Nunca había escuchado a Grace hablar así. Grace sonaba asustada, era verdad, pero más que eso, sonaba amable.

—Jesse, lo siento. Odio dejarte aquí afuera en el frío, a pesar de que sé que no lo sientes. —Grace sonaba como si estuviera luchando contra las lágrimas—. Charles siempre está deambulando por el interior de la mansión. Supongo que quiere ver qué tipo de propiedad heredaré cuando mamá muera. —Ante su baja voz; Lucie tuvo que inclinarse para escucharla—. Oh, Jesse. Me temo que van a impedirme venir aquí de noche. Charles está constantemente diciendo que no debería estar sola en esta derrumbada casa. Él no sabe que no estoy sola. Tú vienes a hablar conmigo. —Ella deslizó su mano que vestía un guante de encaje hacia atrás del ataúd—. Me preguntaste por qué me iba a casar con Charles. Me preguntaste si era porque temía lo que mamá pudiera hacerle a James.

Lucie se congeló. En la casi oscuridad, era imposible ver la expresión de Grace, parecía cambiar cada vez que la luz mágica parpadeaba: amable por un momento, feroz al siguiente.

—Pero soy mucho más egoísta que eso. —Grace respiró—. Lo estoy haciendo porque me liberará de mamá. Quiero que se recupere, realmente lo quiero, pero cuando lo haga, debo hacer que se dé cuenta de que ahora formo parte de la familia de la Cónsul y no puedo ser tocada. En cuanto a James...

Las sombras se espesaron en la pequeña habitación. Detrás de Grace, había solo oscuridad. Lucie sabía que debía regresar al invernadero, pero estaba desesperada por escuchar más de lo que Grace decía.

—Me has preguntado tantas veces que era lo que realmente sentía por James. Y nunca te lo dije. He escondido mucho de ti. Siempre quise mostrarte mi mejor cara, Jesse. Tú has sido el único que me defendió contra de Mamá. Yo desearía...

Las sombras detrás de Grace parecían moverse.

Lucie jadeó. Grace levantó la vista hacia el ruido, justo cuando una forma agachada emergió desde la oscuridad.

Era un demonio, mitad reptil y mitad humano, con alas de murciélago coriáceo y una barbilla puntiaguda como la punta de un cuchillo. Se cernía sobre Grace, masivo y escamado, ella chilló en voz alta, dejando caer su antorcha de luz mágica. Comenzó a retroceder, pero el demonio fue demasiado rápido. Su garra coriácea salió disparada; agarró a Grace por el cuello y la levantó del suelo. Sus pequeños pies en sus botas de tacón patearon salvajemente.

El demonio habló, su voz resonando en las paredes de ladrillo—. *Grace Blackthorn. Chica tonta.* —Por la luz de la antorcha, Lucie pudo ver que su cara era plana, como la de una serpiente, sus ojos ovoides brillaban como piedras negras. Tenía dos bocas, pero solo la inferior se movía mientras hablaba. Grandes cuernos se curvaban a cada lado de su cabeza, cubierto con escamas negras y grises—. *Nunca debiste haber traicionado las promesas que tu madre juró a aquellos más poderosos que ella. Algunos encantamientos no son tuyos para remover. ¿Entiendes?*

—Ya había comenzado a desvanecerse —Grace jadeó—. No estaba funcionando...

«Ella debe estar hablando de los encantamientos puestos en Jesse», pensó Lucie. ¿Tal vez algo les había pasado cuando Tatiana sucumbió al veneno?

—Harás lo que se te dice. Volverás a poner el encantamiento de regreso donde estaba; Yo, Namtar, me encargaré de su fortalecimiento. —Su voz era como la grava—. De lo contrario, cuando nuestro maestro descubra que fue removido, su ira será mucho peor de lo que puedas imaginarte. Recuerda, todo lo que te importa puede ser destruido con una sola palabra suya. Con un solo movimiento de su muñeca.

Su mano libre salió disparada hacia el ataúd que contenía a Jesse. Grace gimoteó. Y Lucie se arrojó de la pared, aterrizando con fuerza detrás del demonio, los brazos alrededor de su cuello.

Con un rugido de sorpresa, el demonio retrocedió tambaleándose, liberando a Grace. Ella aterrizó con fuerza, sus ojos salvajes, y su cabello rubio cayendo sobre su rostro. El demonio gruñó y agachó la cabeza como si fuera a hundir sus dientes en las manos de Lucie; ella lo soltó, cayendo al suelo y agarrando a Grace por la muñeca.

Grace la miró fijamente con paralizado asombro—. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

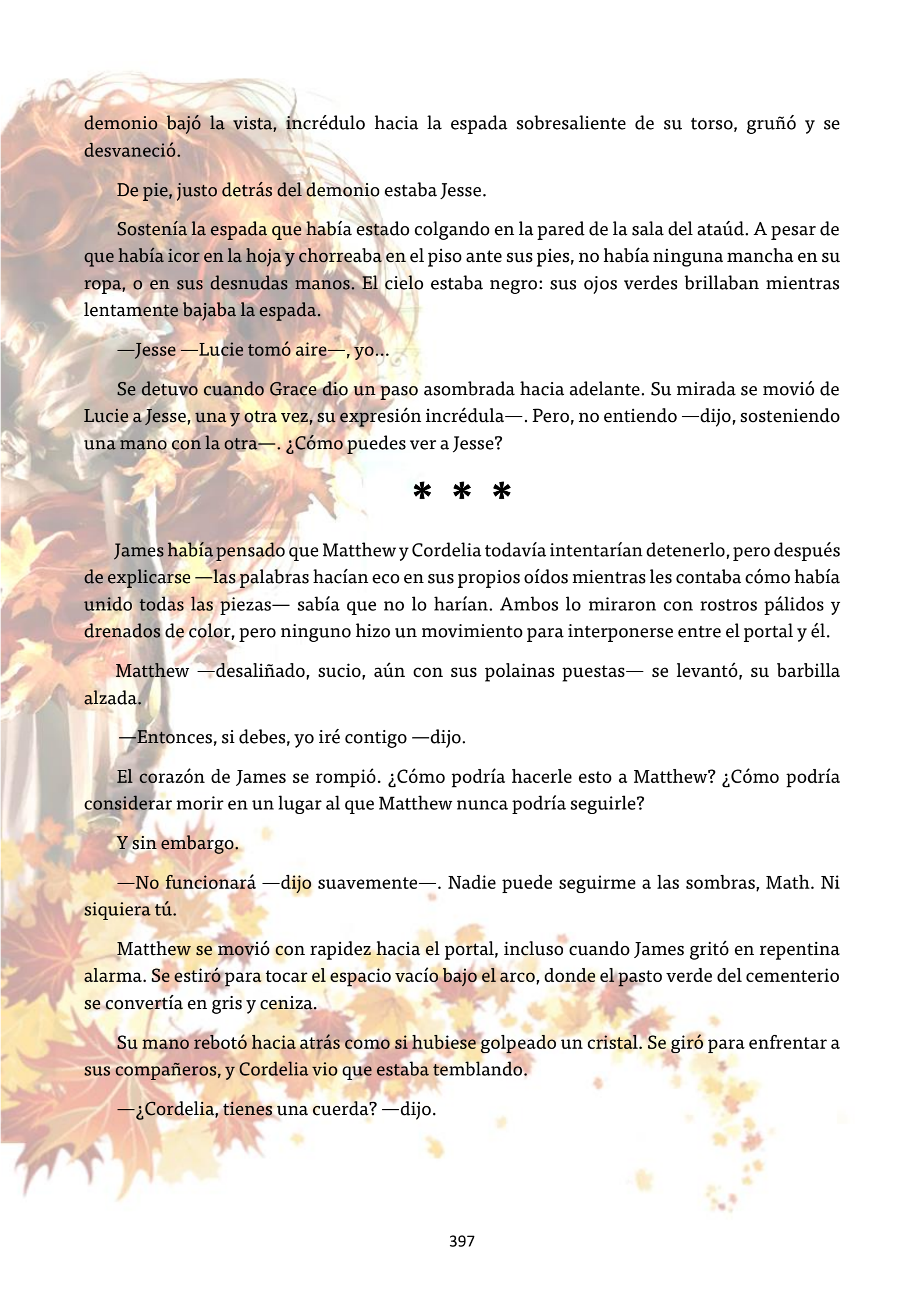
A Lucie no le parecía el problema más apremiante del momento. Apretó los dientes y tiró de Grace hacia la puerta—. ¡Corre, Grace!

Al oír su nombre, Grace se liberó de su parálisis. Comenzó a correr, tirando de Lucie tras ella; irrumpieron por la puerta y entraron el jardín. Grace soltó a Lucie y se dio la vuelta para cerrar la puerta detrás de ellas, pero el demonio ya la había detenido desde el otro lado. Hubo un chillido de metal cuando la puerta fue arrancada de sus bisagras y lanzada hacia un lado.

El demonio avanzó hacia las dos chicas. Lucie casi había esperado que Grace saliera corriendo hacia la casa, pero ella se mantuvo firme. Lucie sacó un cuchillo serafín de su cinturón justo cuando Grace se inclinaba, levantaba una roca y se la lanzaba al demonio. Lucie tuvo que darle puntos por el intento, al menos.

La roca rebotó sobre el pecho curtido del demonio. Sonrió con sus dos bocas y cogió a Lucie del torso, haciendo que su cuchillo serafín salga volando. Fue levantada sobre sus pies mientras la negra mirada del demonio la recorría de arriba hacia abajo. Sus ojos se entrecerraron—. Te conozco —gruñó. Sonaba medio sorprendido—. Tú eres la segunda.

Lucie lanzó una patada, su pie conectando fuertemente contra el torso del demonio. Rugió y ella chilló de dolor cuando su agarre se apretó. Su boca inferior se abrió; ella vio el brillo de colmillos, y luego un torrente de icor negro se derramó. Asombrado, soltó a Lucie; ella cayó al suelo y rodó hacia un lado mientras el cuerpo del demonio se inclinaba hacia atrás. La cuchilla de una espada emergía de su pecho, manchada de icor negro verdoso. El

A background illustration featuring a sword with a hilt wrapped in a red and orange cloth, surrounded by falling autumn leaves in shades of red, orange, and yellow. The scene is set against a light, hazy background.

demonio bajó la vista, incrédulo hacia la espada sobresaliente de su torso, gruñó y se desvaneció.

De pie, justo detrás del demonio estaba Jesse.

Sostenía la espada que había estado colgando en la pared de la sala del ataúd. A pesar de que había icor en la hoja y chorreaba en el piso ante sus pies, no había ninguna mancha en su ropa, o en sus desnudas manos. El cielo estaba negro: sus ojos verdes brillaban mientras lentamente bajaba la espada.

—Jesse —Lucie tomó aire—, yo...

Se detuvo cuando Grace dio un paso asombrada hacia adelante. Su mirada se movió de Lucie a Jesse, una y otra vez, su expresión incrédula—. Pero, no entiendo —dijo, sosteniendo una mano con la otra—. ¿Cómo puedes ver a Jesse?

* * *

James había pensado que Matthew y Cordelia todavía intentarían detenerlo, pero después de explicarse —las palabras hacían eco en sus propios oídos mientras les contaba cómo había unido todas las piezas— sabía que no lo harían. Ambos lo miraron con rostros pálidos y drenados de color, pero ninguno hizo un movimiento para interponerse entre el portal y él.

Matthew —desaliñado, sucio, aún con sus polainas puestas— se levantó, su barbilla alzada.

—Entonces, si debes, yo iré contigo —dijo.

El corazón de James se rompió. ¿Cómo podría hacerle esto a Matthew? ¿Cómo podría considerar morir en un lugar al que Matthew nunca podría seguirle?

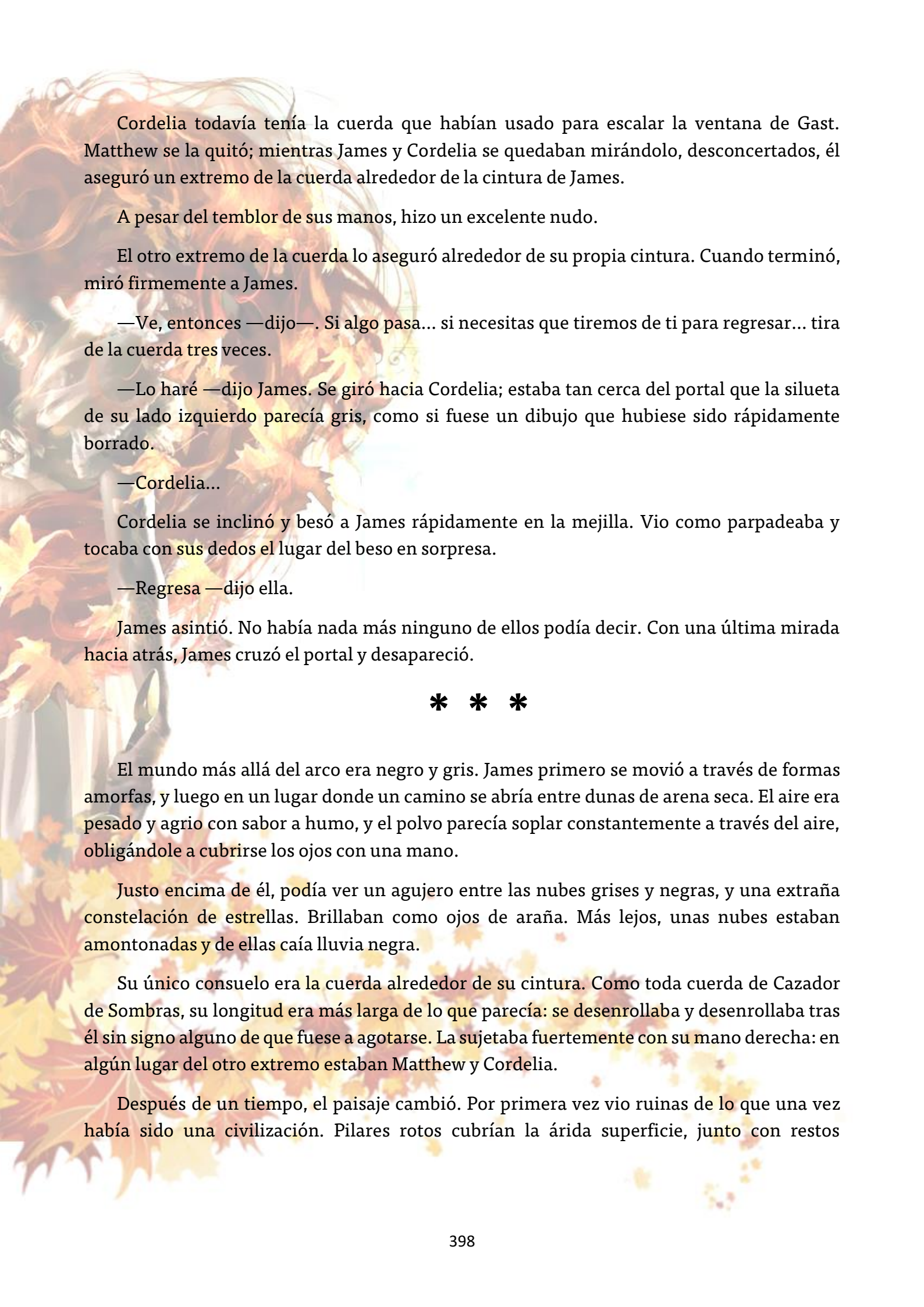
Y sin embargo.

—No funcionará —dijo suavemente—. Nadie puede seguirme a las sombras, Math. Ni siquiera tú.

Matthew se movió con rapidez hacia el portal, incluso cuando James gritó en repentina alarma. Se estiró para tocar el espacio vacío bajo el arco, donde el pasto verde del cementerio se convertía en gris y ceniza.

Su mano rebotó hacia atrás como si hubiese golpeado un cristal. Se giró para enfrentar a sus compañeros, y Cordelia vio que estaba temblando.

—¿Cordelia, tienes una cuerda? —dijo.



Cordelia todavía tenía la cuerda que habían usado para escalar la ventana de Gast. Matthew se la quitó; mientras James y Cordelia se quedaban mirándolo, desconcertados, él aseguró un extremo de la cuerda alrededor de la cintura de James.

A pesar del temblor de sus manos, hizo un excelente nudo.

El otro extremo de la cuerda lo aseguró alrededor de su propia cintura. Cuando terminó, miró firmemente a James.

—Ve, entonces —dijo—. Si algo pasa... si necesitas que tiremos de ti para regresar... tira de la cuerda tres veces.

—Lo haré —dijo James. Se giró hacia Cordelia; estaba tan cerca del portal que la silueta de su lado izquierdo parecía gris, como si fuese un dibujo que hubiese sido rápidamente borrado.

—Cordelia...

Cordelia se inclinó y besó a James rápidamente en la mejilla. Vio como parpadeaba y tocaba con sus dedos el lugar del beso en sorpresa.

—Regresa —dijo ella.

James asintió. No había nada más ninguno de ellos podía decir. Con una última mirada hacia atrás, James cruzó el portal y desapareció.



El mundo más allá del arco era negro y gris. James primero se movió a través de formas amorfas, y luego en un lugar donde un camino se abría entre dunas de arena seca. El aire era pesado y agrio con sabor a humo, y el polvo parecía soplar constantemente a través del aire, obligándolo a cubrirse los ojos con una mano.

Justo encima de él, podía ver un agujero entre las nubes grises y negras, y una extraña constelación de estrellas. Brillaban como ojos de araña. Más lejos, unas nubes estaban amontonadas y de ellas caía lluvia negra.

Su único consuelo era la cuerda alrededor de su cintura. Como toda cuerda de Cazador de Sombras, su longitud era más larga de lo que parecía: se desenrollaba y desenrollaba tras él sin signo alguno de que fuese a agotarse. La sujetaba fuertemente con su mano derecha: en algún lugar del otro extremo estaban Matthew y Cordelia.

Después de un tiempo, el paisaje cambió. Por primera vez vio ruinas de lo que una vez había sido una civilización. Pilares rotos cubrían la árida superficie, junto con restos

desmoronados de antiguas paredes de piedra. Más allá creía distinguir la silueta de una torre de vigilancia.

El camino se curvaba alrededor de una duna. Cuando James emergió del otro lado, pudo ver con claridad la torre. Se alzaba como una lanza contra el rasgado cielo. Frente a él había una plaza rodeada por restos de paredes, y en el medio de la plaza había un hombre.

Estaba vestido todo de blanco, como un Cazador de Sombras de luto. Su cabello era de color gris pálido, aunque no lucía viejo: era del color de las plumas de las palomas, largo con un corte pasado de moda. Sus ojos eran de un familiar gris acero. James recordó las ilustraciones de los príncipes del libro que había estudiado, pero esas habían sido monstruosas representaciones: este era un Príncipe del Infierno mostrándose en su forma más humana. Lucía como una estatua tallada por mano divina: sus rasgos eran atemporales, atractivo, todo en equilibrio. En su cara se podía ver la terrible belleza de los caídos. Incluso sus manos parecían haber sido creadas por acto divino: para la oración y guerra a la vez.

—Hola, abuelo —dijo James.

El demonio se acercó a él, sonriendo cortésmente. El agrio viento alborotó su pálido cabello—. ¿Entonces sabes quién soy?

—Eres Belial —dijo James.

—Qué chico tan inteligente —dijo Belial—. He tenido mucho cuidado en no dejar rastros tras mí. —Su mano describió una elegante curva en el aire; sus nudillos eran como bisagras dobladas—. Pero después de todo, eres *mi* nieto.

—Aunque este no es tu reino —dijo James—. Era el reino de Belphegor, ¿no? Y se lo arrebataste.

Belial se rio entre dientes gentilmente—. Pobre Belphegor —dijo—. Lo herí muy gravemente cuando no se lo esperaba. Sin duda está todavía flotando por el espacio entre los mundos, tratando de encontrar su camino a casa. Un desagradable compañero, Belphegor... No malgastaría tu simpatía en él.

—No es simpatía —dijo James—. Primero pensé que quizás Belphegor era mi abuelo. Pero no encajaba. No del todo. Luego Agaliarept dijo que el reino de su amo había sido arrebatado...

—¿Conociste a Agaliarept? —Belial sonó tremendamente entretenido—. Qué compañero. Pasamos muchos buenos momentos juntos antes de que quedara atrapado en esa caja. Sí que te mueves en círculos interesantes, James.

James ignoró eso—. Y empecé a pensar, ¿quién robaría un mundo entero? ¿Y por qué? —Buscó en la cara de Belial algún cambio, pero el Príncipe del Infierno no mostraba ninguna emoción—. Entonces recordé haber leído un libro donde se te mencionaba.

—Se me menciona en muchos libros —dijo Belial.

—En este particularmente se te mencionaba como el ladrón de reinos, de mundos. Y yo... pensé que era un error. Que quería decir que eras el mejor ladrón del mundo, de cualquier mundo. Pero era correcto, ¿no? Tú *robas reinos*. Le robaste este reino a Belphegor. —James se sentía mareado; su muñeca, donde las uñas de Christopher lo habían arañado, dolía y palpitaba—. Pensaste que nadie adivinaría que eras tú quién estaba detrás de los ataques demoníacos. Pensaste que si dejabas rastros, conducirían a Belphegor. Lo que no entiendo es que durante toda mi vida, has estado mostrándome este lugar, este reino... —Se quebró, luchando por el control—. Veo este mundo sin importar si lo desee o no. Pero, ¿por qué mostrarme un reino que no es tuyo?

Belial hizo una mueca—. Eres mortal, y mides tu vida en días y años. Nosotros los demonios medimos nuestras vidas en siglos y milenios. Cuando le robé este reino a mi hermano, no había cazadores de sombras. No eran siquiera una idea en la estúpida y bonita cabecita de Raziél. A lo largo de los siglos he moldeado este reino a mi voluntad. Cada árbol, cada roca, cada grano de arena está bajo mi dominio, y también, mi niño, lo estás tú. Por eso te traje hasta aquí.

—Vine aquí por mi propia voluntad —dijo James—. Yo *elegí* conocerte cara a cara.

—¿Cuándo supiste que no era Belphegor?

James repentinamente se sintió hastiado—. ¿Realmente importa? Adiviné algo cuando el Mandikhor del puente me habló. No había motivo para que un Príncipe del Infierno quisiera verme tanto a no ser que compartiéramos sangre, y tampoco para que fuera tan cauto acerca de qué príncipe era a no ser que estuviera perpetrando algún tipo de engaño. Agaliarept dijo que el mundo de su amo había sido robado por un demonio más astuto, y ya había oído que mi abuelo era el príncipe más astuto del infierno. Cuando Ariadne habló, cuando ella llamó a su maestro Señor de los Ladrones, lo *supe*. El amo del Mandikhor, el ladrón, el príncipe astuto, mi abuelo... todos ellos eran lo mismo y uno.

—¿Y quién crees que te habló a través de Ariadne, y de los otros? —dijo Belial. agitó una perezosa mano en el aire, y por un momento, James vislumbró la enfermería de la Ciudad Silenciosa. Los enfermos estaban acostados inmóviles en sus camas, Jem protegía la arquera, su vara en mano. La habitación estaba en silencio. James no pudo evitar ver a Christopher, quieto y magullado—. Me aburrí de perder el tiempo —dijo Belial, bajando su mano. La visión desapareció—. Necesitabas entender que si no venías a mí, las muertes no pararían.

James pensó en Matthew y Cordelia. Como lo habían mirado incrédulos cuando les dijo por qué tenía que atravesar el portal, porque no tenía elección. *Debo encontrarme con mi abuelo en su reino, sin importar si es una trampa o no. Algunas trampas deben ser pisadas. Si no me encuentro con él y negocio con él, no habrá fin a esta muerte.*

—Tú eres la razón por la que ha habido tan pocos demonios en Londres todos estos años —dijo James. «*Muy asustados para mostrar sus caras*», había dicho Polly—. Se mantuvieron alejados porque estaban asustados de ti. Pero, ¿por qué?

—Para hacerlos débiles —dijo Belial—. El Mandikhor los cercenó como un cuchillo a un pan, ¿y cómo no? No recuerdan nada acerca de lo que significa ser guerreros.

—Y luego dejaste que regresaran —dijo James lentamente—. Para mantenernos ansiosos y distraídos. Sin prestar atención.

Belial sacudió arena de su manga—. Tú y tus amigos parecen haber prestado un poco más de atención.

James habló fríamente—. Nosotros los humanos no somos tan tontos como piensas

La sonrisa de Belial se ensanchó—. Me malinterpretas, niño, si piensas que creo que los humanos son ingenuos —dijo—. Son la creación más preciada del Cielo. *¡Qué semejante a un ángel en sus acciones! Y en espíritu, ¡qué semejante a Dios!* —citó suavemente—. *Él es sin duda lo más hermoso de la Tierra, el más perfecto de todos los animales.*

—Shakespeare —dijo James—, estaba siendo sarcástico.

—De todas formas, no eres enteramente humano, ¿no? —dijo Belial—. Ningún nefilim lo es. Caminan entre los humanos, se parecen a ellos, pero los poderes de incluso lo peores entre ustedes exceden al del ser humano más fuerte.

James no estaba seguro de lo que había esperado de Belial. Esta actitud hacia los seres humanos seguramente no lo era. Pero los demonios eran criaturas engañosas, así como las hadas: retorcían y moldeaban la verdad para sus propios propósitos. Y los demonios, a diferencia de los hadas, podían mentir.

—¿Por qué querías verme tanto? —dijo James, manteniendo su voz neutral—. ¿Y por qué no venir a mí? ¿Por qué insististe en que yo viniera a ti?

Belial echó su cabeza hacia atrás, pero si se reía, no hacía ningún sonido—. Eres una sorpresa —dijo.

¿Esperabas más miedo? —dijo James—. Entonces no conoces a mi padre. No conoces a mi madre. No conoces a mi familia, o a mí.

—Esperaba más rabia —dijo Belial—. Pero quizás ya has superado esas cosas. Parece como si ya me conocieras. Ustedes los nefilims y todos sus libritos. ¿Qué has aprendido de tu abuelo, entonces?

—*Hiciste a Belial para la fosa, ángel de la enemistad; en la oscuridad está su dominio, su consejo es provocar maldad y culpa. Todos los espíritus de su ventura son ángeles de destrucción, siguen las leyes de las tinieblas; a éstas se dirige su único deseo* —citó James.

Belial parecía entretenido—. ¿Acaso también te has aprendido el significado de mi nombre? *Beli ya'al* en arameo antiguo... ¿o es hebreo? Significa «nunca ascenderá». Solo yo, entre todos los Príncipes del Infierno, no puedo caminar sobre la Tierra en mi verdadera forma. Debo poseer un cuerpo para poder existir en su reino.

—Poseíste a Ariadne —dijo James—. En la enfermería.

—Solo por un momento —dijo Belial amargamente—. Cuando mi espíritu posee un cuerpo humano, es como una hoguera ardiente dentro de una frágil cubierta de papel. El cuerpo sería destruido en cuestión de horas. Lilith, Sammael, todos los otros... pueden caminar sobre la Tierra, incluso en sus verdaderas formas. Soy el único restringido, pues el Cielo nos castiga a todos según sus preceptos. Yo, de entre todos los príncipes, soy el que más ama a los seres humanos, por ello tan solo yo estoy apartado de caminar entre ellos. — Mientras hablaba, gesticulaba. Sus manos eran tan hermosas y atemporales como el resto de él, con esbeltos, largos dedos. Sus uñas eran negro mate—. Y entonces ahí entras tú.

El ardor se intensificó en las venas de James. Podía sentir el sudor de la fiebre goteando entre sus omóplatos, humedeciendo su cabello. No se atrevía a bajar la vista hacia su brazo

—El único cuerpo que puedo hospedar —dijo Belial—, es uno de mi propia sangre. Lo intenté con tu madre, pero ese ángel mecánico que llevaba me impedía acercarme a ella. Incluso cuando se fue, Ithuriel la protegía. Está demasiado contaminada por sangre angelical como para hacerme un hogar. —Sus labios se curvaron—. Pero tú. Podríamos compartir tu cuerpo, James. Mi presencia curaría el veneno de Mandikhor de tus venas. Vivirías, y el poder que tendrías sería inmenso. ¿Pues no eres mi heredero, mi propia carne y sangre?

James sacudió su cabeza—. Los ataques demoníacos, la enfermedad... causaste todo esto porque necesitabas que yo fuese *servicial*. —La última pieza del rompecabezas encajó en su lugar. Todo el cuerpo de James palpitaba de dolor—. Por ello querías incriminar a Belphegor de lo que has estado tratando de hacer. Por todo esto. Has estado intentando de eludir la ley que dice que no puedes ascender. Nunca has tratado de timarnos, a *nosotros*, los Cazadores de Sombras, acerca de quién era mi abuelo. Intentabas timar a otros que son como tú.

—Ángeles arriba y demonios del Infierno —dijo Belial, examinando sus uñas negras—. En efecto, no niego eso.

—Necesitas que me *ofrezca* para la posesión. Que te permita convertirme en mí.

—Exactamente —dijo Belial. Se veía aburrido.

—Le arrebataste la felicidad a mi abuela. Tomaste la vida de mi prima Barbara. Y tú quieres que...

—Me des tu cuerpo para mi ascensión —dijo Belial impacientemente—. Sí, sí. Porque puedo *detener* todo. Así te lo dijo mi criatura del puente.

—El Mandikhor —dijo James—. Poseíste a alguien y lo enviaste a Emmanuel Gast. Haciendo que él invoque al demonio.

—Gast fue un idiota útil —dijo Belial—. De alguna manera pensó que tras invocar al demonio, lo dejaría vivir, aunque finalmente el rastro hubiera conducido a él y difícilmente es del tipo que pudiera soportar la tortura e interrogación. —Bostezó—. Es realmente penoso... Gast era bastante talentoso en magia dimensional. Se las arregló invocando al Mandikhor de tal manera que existe parcialmente en su mundo, y parcialmente aquí, donde se fortalece.

—Por eso puede soportar la luz de sol en nuestro mundo —dijo James.

—Precisamente. Los mundos están superpuestos: el Mandikhor y sus descendientes están protegidos en tu mundo por este. Y aquí me sirven completamente. Cuando les ordene que cesen los ataques a los Nefilim, los ataques pararán. Las muertes pararán. Pero si rehúsas, continuarán. Y tú, mi niño, morirás.

—Detén a lo demonios primero —dijo James con voz áspera—. Tráelo y destrúyelo, y podrás... podrás poseerme. Te lo permitiré.

—No —ronroneó Belial—. Así no es cómo funcionan las cosas, James Herondale. Este es *mi* reino, y no habrá trucos. Primero te conviertes en mi huésped. Entonces...

James sacudió la cabeza—. No. El demonio primero. Y no puedes solo anular tus órdenes a la criatura. Debes destruirla.

La mirada glacial de Belial se endureció. «*Sus ojos se parecen mucho a los de mi madre*», pensó James. Era extraño ver esos ojos llenos de tanta maldad. De tanto odio.

—No es tu lugar darme órdenes —dijo Belial—. Ven aquí, chico.

James no se movió. Belial entrecerró los ojos, luego se movió hacia él, tomando su cara, su traje de combate, su sangrante muñeca.

—Me rechazas —dijo lentamente, casi como si no pudiera creerlo del todo. James habría dicho que parecía horrorizado, si es que un Príncipe del Infierno pudiera estar horrorizado.

—Como dije antes —dijo James—. Vine aquí por mi propia voluntad.

—Ya veo —dijo Belial—. No eres tan manejable como me habían hecho creer. Pero te darás cuenta de la sabiduría de mis planes muy pronto. Hubiese preferido un cuerpo de hombre adulto —añadió, casi como una acotación—. De hecho, hubiese preferido que fueses un poco mayor, pero en tiempos de necesidad no queda más remedio. Como se suele decir. —Sonrió—. Te recuerdo que no eres el único a quien puedo abordar.

Agitó una mano de uñas negras, y una luz multicolor resplandeció a través del oscuro aire. Se convirtió en la forma de Lucie: Lucie en traje de combate, su cabello recogido en un

moño firmemente ajustado. Lucía exactamente como ella, hasta las manchas de tinta de sus manos. El estómago de James se apretó.

—No te atrevas a tocarla —dijo él—. Además... Lucie nunca aceptaría.

Belial se rio—. No estés tan seguro. Considéralo, James. A pesar de la fuerza de tu sangre, el cuerpo que ocupas es frágil. Mira de lo que te estás muriendo. Cuatro pequeños rasguños en tu brazo. Tan poco para terminar con tanto. Vives en una débil coraza que envejece, y muere, y sufre dolor atroz. Pero si te unes a mí, te volverás inmortal. ¿No querías eso para tu hermana? ¿Para ti?

—No —dijo James—. No valdría la pena.

—Ah, la tonta confianza de los Nefilim. —Belial entrecerró los ojos—. Quizá es momento de que te recuerde, chico, lo frágil que realmente eres.

* * *

Había silencio. Jesse se levantó, sin respirar fuerte (sin respirar en absoluto), espada en mano. Miró desde Grace hasta donde Lucie se acucillaba, todavía en el suelo. Entonces inclinó su cabeza hacia Lucie, con el más ligero asentimiento.

Ella se volvió a Grace.

—Sí —dijo Lucie—. Puedo ver a Jesse.

La mano de Grace voló a su boca—. Pero, ¿cómo? —susurró—. James es un Herondale también pero no puede verlo... James nunca pudo verlo...

—Lucie es peculiar —dijo Jesse—. Parece ser capaz de ver más que fantasmas comunes.

Apoyó la espada contra el lado del cobertizo y fue hacia su hermana—. Grace —dijo, poniendo gentilmente sus brazos alrededor de ella. Grace apoyó su cabeza contra sus hombros—. Ese demonio, ¿es obra del abuelo, todavía perenne?

Grace se apartó suavemente—. No —dijo—. Era... —Sacudió la cabeza—. No es seguro. No podemos hablar en frente de ella, acerca de nada. Es la hija de Will Herondale, Jesse; es prácticamente la sobrina de la Cónsul...

Lucie se levantó sigilosamente, sacudiendo la hierba de su ropa. Se sentía incómoda. Pensó en el demonio, sus siseos: *las promesas que tu madre juró a aquellos mucho más poderosos que ella*. El demonio había sido obra de Tatiana, como sabía, y sospechaba por la mirada de Jesse que él lo pensaba también.

—Conozco a Lucie —dijo Jesse, mirando a Lucie sobre la cima de la cabeza rubia de Grace—. Confío en ella. Tanto como tú confías en James.

Grace se apartó y frunció el ceño. —Nunca le hablé sobre ti...

—¡Lucie! —Una voz la llamaba por su nombre; levantó la cabeza para ver a Thomas corriendo hacia ella. Él despejó el seto fácilmente y se acercó, luciendo confundido pero listo para la lucha, las *bolas* en su mano.

Grace se alejó de Jesse rápidamente, limpiándose la cara. Volteó a ver a Thomas—. ¿Por qué has invadido mi casa? —inquirió—. ¿Qué está pasando aquí?

—No pensamos que estuvieses en casa —dijo Thomas.

—Innecesario —dijo Lucie—. Dile acerca del antídoto, Thomas.

—Ah —dijo Thomas, mirando nerviosamente a Grace—. Christopher y yo hemos estado intentando encontrar un antídoto para el veneno demoníaco.

—¿Y? —dijo Grace en un tono borde. Estaba mirando a Jesse por el rabillo del ojo; él se había retirado varios metros y los miraba silenciosamente. Parecía evidente que Thomas no lo podía ver.

—Necesitábamos algo de tu invernadero —dijo Thomas—. Una planta en particular. La extraje y sospecho que no las extrañarán, dado el estado del invernadero.

Jesse levantó sus cejas.

—¿Acostumbras a entrar en la casa de la gente e insultar su jardinería? —inquirió Grace—. ¿Y por qué estaba la Srta. Herondale en los jardines italianos?

—Yo... —comenzó Lucie.

El mundo se volvió blanco. Blanco, y luego gris. Lucie jadeó mientras el jardín frente a ella se desvaneció, reemplazado por un vasto desierto y un cielo nocturno brillando con extrañas estrellas. En frente de ella, podía ver a James, su ropa salpicada de sangre. Se veía cansado, enfermo y febril. Mientras miraba impactada, él se lanzó hacia adelante con una espada en mano.

La visión desapareció. Regresó al suelo de la mansión Chiswick, su cuerpo contorsionado, luchando por respirar. Lo que había visto era real; lo sabía.

—James —se atragantó. *James tiene algún tipo de problema. Tenemos que ayudarlo.* Pero no podía decirlo delante de Thomas; tenía que concentrarse en el antídoto, y además, pensaría que estaba loca. Trató de estabilizar su voz—. Debería ir con él.

Thomas lucía confuso. Así como Grace. Solo Jesse parecía entender.

—¿Dónde está él? —dijo Jesse—. Iré a comprobarlo. Ya sabes cuán rápido viajo.

Lucie y Grace intercambiaron una rápida, casi cómplice mirada—. ¿Dónde está James, por cierto? —preguntó Grace en voz alta—. ¿No está contigo?

—Está en el cementerio de Highgate —dijo Lucie—. Fue a la Ciudad Silenciosa.

Jesse hizo un corto asentimiento y se desvaneció.

—¿Qué demonios, Lucie? —dijo Thomas—. ¿Qué pasa con James?

—Debería unirme a él en Highgate —dijo Lucie—. Ahí seré de más ayuda para nuestros amigos de lo que sería para ti en el laboratorio. Ahora que tenemos el último ingrediente, el tiempo es lo esencial para elaborar este antídoto, ¿no?

—Sí, ¿pero debes ir a Highgate ahora?

—Solo siento que debería estar con él, y con Cordelia. Ya hemos hecho lo que vinimos a hacer... solo seré una distracción para ti en el laboratorio.

—Lucie podría utilizar nuestra carreta —dijo Grace—. Debería ser suficiente para llevarla a la Ciudad Silenciosa en caso de que lo desee.

Sorprendida, Lucie le dedicó una mirada agradecida. Thomas lucía dividido—. Debería ir contigo, Lucie.

—No —protestó Lucie—. Tom, *debes* ir a la casa de la Cónsul. No podría soportarlo si el antídoto se retrasará por mi culpa.

Lo que, Lucie pensó, era relativamente cierto. Al final, Thomas se convenció a despedirse y dirigirse hacia el largo camino de la mansión.

Tan pronto cuando estuvo fuera de vista, Grace dirigió una dura mirada hacia Lucie.

—¿Qué estás planeando? Sé que hiciste que se fuera por una razón. Una real.

—Hice que se fuera por Jesse —dijo Lucie—. Y porque... Te escuché hablándole al demonio, Grace. Te estaba amenazando sobre un hechizo. La Clave...

Grace se puso de un feo color. En los libros, cuando la gente palidecía, era dramático. En este momento, la escena hizo sentir enferma a Lucie—. Ni siquiera digas su nombre —dijo—. Sí, mi madre invocó magia negra para traer a mi hermano de vuelta, y con magia negra vienen demonios... demonios con los que hizo tratos, demonios con demandas, exigiendo promesas. Le pido al Ángel que no haya hecho nada de eso. He tratado de mantener lo peor alejado de Jesse, pero yo... él es todo lo que tengo, y no puedo perderlo. Si la Clave se enterara de lo que mi madre ha estado haciendo...

—Lo sé —dijo Lucie, tratando de hacerlo en una voz calmada—. Entiendo que nadie puede saber que Jesse está aquí, que lo estás escondiendo porque si los Nefilim encuentran

su cuerpo, lo destruirían. ¿Pero debe estar escondido, protegido? El Enclave no lo encontró cuando buscaron por los jardines aquí...

—Madre mantuvo su ataúd en su dormitorio, y el Enclave no entró ahí —dijo Grace en un casi susurro—. Lo moví, después de que enfermara. No podía soportar entrar ahí. Y no podía soportar que él tuviera que despertar allí cada atardecer.

—Eso es horrible... —empezó Lucie, luego dio un grito de sorpresa cuando Jesse reapareció. Grace, claramente más acostumbrada a las idas y venidas fantasmales de Jesse, lucía imperturbable.

—¿Lo encontraste? —preguntó Lucie inmediatamente—. ¿Viste a James?

Jesse vaciló—. No lo vi a él, pero vi a Matthew y a Cordelia. James estaba... desaparecido.

—¿Eso es todo? James estaba *desaparecido* —inquirió Lucie—. Matthew y Cordelia no lo hubieran abandonado.

—Creo que él los abandonó, si es que tuvo elección —dijo Jesse lentamente—. Había... retazos de magia negra.

El estómago de Lucie se encogió. —Debemos ir con ellos. Ahora.

—Podrías llevar nuestra carreta, como sugerí —dijo Grace, aunque Lucie notó que ella no se ofreció a acompañarla.

—No. Gracias, pero... —Lucie se volteó a Jesse—. Por favor, ¿puedes llevarme contigo? ¿En la forma en la que tú viajas?

Jesse fue tomado por sorpresa—. ¿En la forma en la que viajan los *fantasmas*? —dijo él—. No tengo idea de si funcionaría, Lucie. Nunca he llevado a nadie conmigo.

Lucie extendió su mano, Jesse estaba de pie cerca de ella, y pudo colocar su palma contra su pecho. Era sólido, su piel suave donde sus dedos rozaban su clavícula. Sin embargo, no había latido bajo su mano.

Le miró a los ojos. Puede que nunca la perdonase, lo sabía, pero no tenía otra opción.

—Jesse Blackthorn —dijo—. Te ordeno que me lleves contigo frente a mi hermano. Llévame al Cementerio de Highgate.

Se tensó—. Lucie. No.

Grace avanzó un paso hacia ellos, luciendo confundida. Empezó a levantar su mano hacia Jesse.

—Te lo *ordeno* —dijo Lucie ferozmente. Con una mirada encolerizada en su cara, Jesse la atrajo a sus brazos, y el suelo desapareció bajo sus pies.



20

MENOS QUE LOS DIOSES

Traducido por: Lovelace & Lady Bridgestock
Corregido por: Cortana, BLACKTHORN & Jeivi37

*“Una venganza desesperada, una guerra peligrosa
para todo lo que fuera menos que los dioses. De lado opuesto se levantó
Belial, con su continente más gracioso y humano.
Los cielos no han perdido criatura más hermosa: parecía
haber sido creado para las dignidades y los más grandes hechos”*

—John Milton, *El Paraíso Perdido*.

—La cuerda sigue floja — dijo Matthew, después de haber pasado una interminable cantidad de tiempo en el cementerio. Estaba muy pálido; Cordelia estaba preocupada por él. El paso de James hacia el otro mundo parecía estar agotando sus fuerzas.

Cordelia se había acercado lo más que pudo a la entrada. Pensó que tal vez podría divisar a James a través de ésta, pero lo único que vio fue tierra muerta, arboles rotos, y una creciente luna roja.

— ¿Qué si le pasó algo? —preguntó Matthew.

—Le dijiste a James que tirara de la cuerda si necesitaba salir —dijo Cordelia—. Sabe que hacer. —bajó la vista; podía ver a donde se dirigían las borrosas huellas hacia la entrada y desaparecían abruptamente. Se estiró para tocar el espacio debajo del arco, como experimento, ¿Habría un punto débil en la barrera?

No lo había. Era tan firme como el granito. A través de ella, podía ver granos individuales de arena revueltas por el viento del otro del mundo. Parecía tan cercano.

Hubo un chasquido cuando la cuerda se tensó. Cordelia se giró mientras Matthew gritaba, la cuerda azotando hacia adelante, tirando de él. Golpeó fuertemente el piso con su espalda, luchando mientras era arrastrado hacia el arco.

Arañó la tierra, tratando de alentar el proceso, su ropa atorándose y rasgándose con las raíces que sobresalían del suelo. Se estrelló en el arco, con fuerza justo antes de que la cuerda se soltara, rodo gimiendo mientras Cordelia corría hacia él desenfundando a Cortana.

Se echó en sus rodillas junto a Matthew. Había suciedad y sangre en su cabello. Atrapó la cuerda, alzando su espada.

—No, —chilló Matthew—. James...

No quería que cortara su conexión con James, lo sabía. Pero ser repetidamente azotado a la barrera entre este mundo y el siguiente mataría a Matthew. Cordelia sabía eso también; incluso si a Matthew no le importaba, a ella sí.

Hundió a Cortana, cortando la cuerda alrededor de la muñeca de Matthew. Matthew rodo en su estómago, teniendo problemas para ponerse de rodillas, justo cuando Cordelia agarró el extremo de la cuerda, envolviéndola en un bucle suelto alrededor de su muñeca y anudándola tan fuerte como pudo.

—Cordelia —Matthew la alcanzó.

La cuerda se tensó de nuevo. La fuerza era increíble, tiró de Cordelia hacia un lado casi empalándola con su propia espada. Chilló mientras fue arrastrada hasta el arco. Vio la barrera acercándose conforme la cuerda la jalaba hasta ella. El área bajo el arco centelleó. Se giró, torciendo su cuerpo alrededor, alzando a Cortana en su mano; se movía cada vez más rápido.

Recordó la manera en la que la espada se había incrustado en el granito del Puente de la Torre. Y escuchó la voz de su padre, un sonido doloroso en sus oídos. *Esta es una espada que puede atravesar lo que sea.*

Sintió la empuñadura pulsar contra su palma, escuchó a Matthew gritar, y empujó a Cortana hacía adelante, inclinada hacia el arco como si fuera una gruesa capa de papel que podía cortar.

Se escuchó el sonido de algo rompiéndose mientras Cortana abría paso entre ese mundo y el siguiente. Cordelia gritó como si fragmentos de láminas de vidrio pasaran volando sobre ella, cada una con una imagen: vio una playa y una luna sangrante, una cueva subterránea, una ciudadela en una colina, un demonio levantándose ante una torre de vigilancia.

Los fragmentos pasaron rozando y desaparecieron. La cuerda se puso floja, dejando la muñeca y mano de Cordelia ardiendo. Rodó, atragantándose y quedándose sin aliento.

Estaba en el reino de las sombras: el cielo sobre ella estaba desgarrado con nubes grises colgando pesadas como bloques de granito. Por donde quiera se extendían dunas de cenizas y arena. Los huesos blancos de animales extraños, muertos desde hace tiempo, sobresalían de la tierra.

—¿Daisy? —dijo una voz familiar.

La cuerda cayó de su mano mientras luchaba por sentarse. Arrodillándose en la arena a su lado estaba James. Estaba pálido, las sobras bajo sus ojos como moretones, sus mejillas manchadas con tierra.

—¿Cómo es que estas aquí? —susurró—. ¿Cómo es posible que estés aquí?

—Cortana. La espada, cortó a través del arco...

—Daisy —respiró, y la atrapó en sus brazos.

No lo había esperado, soltó la empuñadura de Cortana en sorpresa, lo cual fue oportuno, de otra manera habría apuñalado a uno de ellos o a ambos. Su mejilla se presionó contra la suya; podía sentir su corazón golpeando fuertemente. —Pensé que nunca te volvería a ver —murmuró—. Daisy, ángel...

Envolvió sus brazos alrededor de su cuello.

—James.

Probablemente había estado solo unos segundos en los brazos de James, pero se sintió como todo el tiempo y a la vez nada. Presionó sus labios contra su suave pelo, justo cuando el sonido parecido al de un trueno resonó en lo alto. James salió disparado hasta sus pies, arrastrando a Cordelia con él.

—Regresa, Daisy —dijo, bajando la vista hacia su cara—. Tienes que cortar tu camino de regreso. Salir de aquí.

El sonido del trueno vino de nuevo, ahora más cerca. —James, no. No te dejaré.

James las soltó con un gemido. Alcanzó a Cortana, presionando la empuñadura en su mano. Sus dedos se cerraron automáticamente alrededor del agarre.

—Sé lo que quiere Belial ahora. Te prometo, no hay nada que puedas hacer.

Su mano se apretó alrededor de Cortana. —Solo si vuelves conmigo —dijo obstinadamente. El sonido se escuchó de nuevo; no era un trueno, pero parecía hacer eco a través de la tierra.

—No puedo, —dijo. El viento del desierto había aumentado, revoloteando su sedoso pelo negro contra su frente —Debo destruirlo. Es la única forma de acabar con esto —acarició su cara—. Regresa, mi Daisy. Dile a Matthew...

Un rugido quebró en la noche, sacudiendo la tierra de bajo de ellos. Cordelia jadeó cuando las dunas a su alrededor explotaron de repente. La arena explotó hacia arriba, borrando las estrellas; la tierra se abrió y algo se removió en libertad, rugiendo como un trueno.

Cordelia alzó su mano para cubrirse la cara. Cuando la bajó, su piel y cabello estaban cubiertos de arena, parpadeó y clavó los ojos. Donde antes había habido un desierto vacío, el demonio Mandikhor, tres veces más grande lo que había parecido en el puente, se cernió sobre ella y James, su corpulencia dividiendo el cielo.



La mansión de la Cónsul en Grosvenor Square había sido construida al estilo de los tiempos georgianos, pálido revestimiento de ladrillo de estuco creaba una fachada con columnas que recordaban a la antigua Roma. Era una casa grande: las copas de los árboles rozaban las ventanas del cuarto piso. Para Thomas, había sido un lugar donde había jugado con sus amigos desde que era muy joven, perdiendo la capacidad de impresionarlo o alarmarlo.

O al menos eso pensaba. Mientras descendía del carruaje y comenzaba a subir los amplios escalones hasta la puerta principal, sintió la ansiedad en la boca de su estómago. Él y Lucie habían roto cada regla del *Codex*, y ahora habían huido directamente a la casa de la Cónsul. Debía estar demente.

Pensó en James, en Lucie y Matthew. En Cordelia. Ninguno de ellos habría dudado por ningún momento caminar derecho a la puerta. Pensó en Christopher, muriendo en la Ciudad Silenciosa. Solo en la oscuridad, sin sus amigos, el veneno quemando por sus venas. Christopher, el primo de Thomas y el hermano en su corazón.

Thomas subió corriendo las escaleras y golpeó la puerta principal. —¡Charles! —llamó—. ¡Charles, es Thomas Lightwood, déjame entrar!

Como si Charles hubiera estado esperando en el recibidor, la puerta se abrió inmediatamente.

Charles llevaba un definido traje negro, su cabello pelirrojo peinado hacia atrás. Thomas sintió una mezcla de dolor y enojo, como siempre lo hacía ante la presencia de Charles estos días. Alguna vez Charles solo había sido el molesto hermano mayor de Matthew, raramente pensaba en él. Ahora Thomas miraba la manera en la que Alastair observaba a Charles, y sentía un dolor sordo.

—Si es sobre Christopher, no sé más de lo que tú sabes —dijo Charles, luciendo impaciente—. Está en la Ciudad Silenciosa. Creo que Matthew ha ido al Instituto para estar con James. Te sugiero que hagas lo mismo.

Comenzó a cerrar la puerta. Sin pensarlo, Thomas atoró su considerable hombro en el espacio entre la puerta y el marco. —Ya sé lo de Christopher —dijo—. Necesito usar el laboratorio de abajo. Christopher no puede, entonces yo lo haré.

—No —dijo Charles—. No seas ridículo. Las personas están muriendo. No es tiempo de jugar a...

—Charles —Alastair apareció en el recibidor. Estaba en pantalones y una camisa, no traía saco. Sus antebrazos desnudos eran ligeramente musculosos, su barbilla hizo esa falsa inclinación arrogante, incluso si nadie lo estaba mirando. —Deja a Thomas entrar.

Charles rodó los ojos, pero dio un paso atrás de la puerta. Thomas medio atrapado en el corredor.

—¿Qué es lo que quieres hacer? —dijo Alastair. Estaba mirando a Thomas, sus oscuras cejas fruncidas.

Thomas explicó la idea del antídoto de Christopher rápidamente, saltándose, por supuesto, las partes que involucraba visitas ilegales invernaderos. —Solo necesito el laboratorio para ver si funcionara —terminó — Alastair...

—Thomas, honestamente —dijo Charles —. Tal vez tengas buenas intenciones, pero este no es el tiempo para estar haciendo impulsivos y tontos experimentos. Estoy en camino a reunirme con el Énclave. No tengo el tiempo de quedarme aquí para asegurarme de que no volarás la casa.

Thomas pensó en Christopher, el tímido e inteligente Christopher, y los años y años de silenciosa determinación que lo habían hecho un experto en lo que hacía, respetado por Henry, mucho más capaz de lo que él se había dado crédito.

Thomas sostuvo la caja que contenía la raíz de los malos contra su pecho con determinación.

—Mi hermana y mi primo han sido ambos postrados en cama por esta cosa, el veneno de demonio —dijo Thomas —. Mi hermana está muerta. Christopher está muriendo. ¿Cómo puedes pensar que no estoy siendo serio con esto? ¿Que esto es impulsivo o tonto? Crear un antídoto es la *única* forma en la que podemos salvar a aquellos que siguen con vida.

—El Énclave... —comenzó Charles, abotonando su saco.

—Incluso si el Énclave localiza y mata al demonio Mandikhor, eso no ayudará a los que se encuentran enfermos —dijo Thomas —. No ayudará a Ariadne.

La boca de Charles se aplanó en una línea irritada, y por un momento Thomas tuvo la extraña sensación de que iba a decir que no le importaba Ariadne. Vio a Alastair darle a Charles una oscura mirada, casi como si el mismo pensamiento se le hubiera ocurrido también a él.

Thomas aclaró su garganta —. Alguien alguna vez me dijo que necesitamos dar un paso atrás y dejar a la gente hacer las cosas en las que son buenos, Christopher es bueno en esto. Tengo fe en él. Este antídoto *funcionará*.

Charles simplemente lucía perplejo, pero Thomas no lo había dicho por Charles. Miró a Alastair, quien había comenzado a ponerse un par de guantes. Alastair miró hacia arriba casualmente, sin ver a Thomas.

—Charles, déjalo usar el laboratorio. Me quedaré y me aseguraré de que no incendie la casa.

Charles parecía atónito. —¿Qué harás qué?

—Parece ser lo mejor, y sabes que no me interesa asistir a otra reunión del Énclave.

—Supongo que no —dijo Charles, un poco reluciente—. De acuerdo. Ve cuando puedas, entonces —estiró una mano hacia Alastair, como si fuera una costumbre, después la dejó caer rápidamente. Él y Alastair se miraron con incomodidad haciendo que Thomas sintiera un pinchazo en el corazón.

Charles empezó a descender los escalones. A la mitad se giró y los observó.

—No destruyas nada —le dijo a Thomas, continuó caminando y desapareció a la vuelta de la esquina.

—Será mejor que vayamos al laboratorio —comenzó Thomas, partiendo hacia la sala principal de la casa.

—Para —dijo Alastair. Thomas se detuvo, más sorprendido que nada. Los ojos de Alastair eran como pedazos de hielo negro. —No me importa en lo más mínimo el laboratorio —dijo—. Quiero saber dónde está mi hermana dentro de toda esta locura. ¿A dónde ha ido?

—Al Cementerio de Highgate —dijo Thomas—. La entrada a la Ciudad Silenciosa.

—Maldita sea —dijo Alastair—. ¿Por qué? Sabes qué, no me digas. Solo hará que me enoje más.

—Lo siento —dijo Thomas—. No porque esté allí, si hubiera algún peligro, lo cual no pienso que habrá, Cordelia puede defenderse a sí misma admirablemente. Pero todo lo que está sucediendo, aunque no es nuestra culpa, yo solo, lo lamento.

La mirada de Alastair se suavizó, y por un momento, Thomas se sintió de regreso en París, sus manos en los bolsillos, hablando en voz baja a Alastair Carstairs como si solo estuvieran ellos dos en el mundo.

—También lo lamento —dijo—. Lo de tu hermana. No había tenido la oportunidad de decírtelo antes.

Thomas contuvo el aliento —. Gracias.

—¿En serio piensas que el antídoto funcionara? —preguntó Alastair.

—Sé que lo hará.

Alastair sostuvo la mirada de Thomas por un momento, después asintió. —¿Y cuánto tiempo te tomará hacerlo?

—Veinte minutos, si todo sale bien.

Alastair suspiró.

—De acuerdo —dijo—. Veinte minutos serán. Después de eso, iré a encontrar a Cordelia —ante la mirada confusa de Thomas, hizo un gesto impaciente hacia el camino que llevaba al laboratorio. —Te ayudaré —dijo—. Vamos a trabajar.

* * *

El Mandikhor era gigante. Se alzaba sobre ellos como el humo de una hoguera. No había duda de ello: a pesar de que había crecido tremendamente en tamaño, había sido el mismo escamoso, con cuerpo de león, la misma mandíbula con una triple fila de colmillos. Había algo más en él que era nuevo también, ahí en el reino de las sombras, su cuerpo estaba marcado con mil tipos de enfermedades. Conforme se movía hacia ellos, sus garras rasgaban la arena, Cordelia sintió náuseas. Los demonios como un grupo eran normalmente repugnantes; uno era entrenado para hacer frente al horror. Pero había algo visceral en las marcas de muerte que cubrían a esta criatura: los feos bubones de la Peste Negra adornaban sus brazos, mientras que su torso había sido cubierto de viruela, su pecho agrietado y cubierto de lepra. Pedazos de su piel carcomidos por podredumbre ácida, mientras que otros estaban rojos de la fiebre escarlatina. Icor negro goteaba por sus oídos y boca.

James retrocedió, empujando a Cordelia con él, pero arena y tierra se había apilado alrededor de ellos en dunas escarpadas. No había una verdadera forma de retirarse.

Una risa aguda sonó. Parado sobre la cima de una de las dunas de arena estaba un hombre con claro cabello y ojos grises. Lucía joven, sorprendentemente hermoso, sin embargo, había un borde oscuro en su belleza: era como el encanto de la sangre sobre la nieve, o el brillo de un hueso blanco a través de una sombra.

Se parecía a James. No de una manera específica, pero en la forma de sus ojos, tal vez, los huesos de su rostro, la curva de su boca. Se tenía que recordar así misma: *Este es Belial, Príncipe del Infierno. Si te recuerda a James, esa es su intención. En su verdadera forma, puede que no se vea de esta manera.*

Mientras la tierra se acumulaba alrededor de ellos, tendió una mano hacia el demonio Mandikhor. El demonio parecía quedarse quieto en su lugar cuando Belial se giró observando a Cordelia con una fría mirada.

—Tsk.tsk, James —dijo—. Traer refuerzos como estos es trampa. ¿Qué hay de las reglas del juego justo?

James sacó una reluciente espada corta de su cinturón de armas. Estaba pálido y respirando con dificultad, veteado de tierra y arena, ya no parecía un joven caballero eduardiano, sino algo más primitivo que eso.

—Déjala volver a nuestro mundo —dijo—. Solo déjala en paz. Yo soy con el que tienes negocios.

—No —dijo Cordelia bruscamente—. No te abandonare.

Belial hizo un gesto aburrido, un suelto movimiento con la muñeca. Cordelia jadeó cuando vides negras explotaron de la tierra, retorciéndose alrededor de sus pies y piernas, inmovilizándola en su lugar. James dio un paso hacia ella; alzó a Cortana arrastrándola con la intención de cortar las enredaderas.

La espada se desvaneció de su mano. Perdió el equilibrio, cayendo sobre sus rodillas las enredaderas se apretaron más alrededor de sus piernas y ahogó un grito. El dolor era agonizante, tornando su visión roja. Escuchó a James gritar algo, miró a través de sus ojos borrosos a Belial, sonriendo con una terrible sonrisa, apoderando a Cortana en su mano.

Rió ante su expresión.

—En este reino, todas las cosas me obedecen —dijo—. Incluso una espada de Wayland el herrero —chasqueó los dedos, el sonido fuerte como un disparo.

El demonio Mandikhor retrocedió y saltó sobre James.

* * *

James rodó hacia un lado cuando el demonio saltó. Lo escuchó golpear el suelo junto a él, lanzando olas de tierra y arena. Rodo en su espalda mientras se alzaba sobre él, apuñalando hacia arriba con su espada. Oyó un gruñido, el icor ardiente le salpicó el brazo.

El demonio se echó para atrás, dándole solo suficiente espacio para ponerse de pie. Podía ver a Cordelia, luchando desesperadamente contra las enredaderas. James dio un salto mortal hacia adelante, rodando una y otra vez hasta que se puso en pie y se dio la vuelta: el Mandikhor estaba detrás de él, balanceando una maza y lanzándola con su garra. James se agacho mientras está saltaba por encima, sin golpearlo.

La cabeza le dolía y le palpitaba. Su piel se sentía caliente y tensa, su muñeca le quemaba con agonía. Retrocedió, tratando de centrar su visión en el Mandikhor. Era una sombra moviéndose contra la luz brillante que lastimaba sus ojos. Belial observaba atentamente mientras el Mandikhor daba vueltas, gruñendo.

Cordelia gritó en advertencia. El Mandikhor había saltado en el aire, era peculiarmente rápido, a pesar de sus llagas y heridas, sus garras extendidas. Una arrasó el brazo de James; giró hacia un lado, la cuchilla azotando por encima, cortando el torso del demonio. Lo salpico más icor, mezclándose ahora con su propia sangre. Saboreó el sabor del metal en su boca rodando agachado logrando embestir: el Mandikhor levantó un puño con garras atrapando la hoja de su espada. Aulló, su piel se abrió mientras agarraba la espada empujándola, arrojando a James hacia atrás.

Golpeó el suelo con la fuerza suficiente para sacarle el aliento. Su espada salió de su mano. Se estiró para alcanzarla mientras uno de los pies del Mandikhor se azotó contra ella. Rodo hacia un lado cuando un persistente agarre lo rozo; arrastrándose sobre sus rodillas escupió sangre. Podía escuchar a Belial reír.

Limpió la sangre de su boca. El demonio se había alzado sobre él en toda su altura: miraba hacia abajo a través de sus ojos hendidos.

—Ríndete, James —dijo Belial—. Considérate derrotado. O ordenare que el Mandikhor te aplaste.

James se paró dolorosamente sobre sus rodillas. Vio a Cordelia, sus manos ensangrentadas de tirar de las enredaderas. Se quería disculpar con ella, decirle que lo lamentaba por haberla arrastrado a ese imposible desastre.

Lo miró, era como si estuviera tratando de decirle algo, tratado de comunicarse con sus ojos. Sus manos seguían atrapadas en las vides. No se había dado por vencida, a pesar de la sangre, a pesar del dolor. Ella era Cordelia; nunca se rendiría.

Pelea, se dijo así mismo, pero no podía levantarse: su cuerpo había dejado de funcionar. Sombras habían empezado a aparecer en las orillas de su campo de visión. El Mandikhor se cernió sobre él, esperando una palabra, un gesto de Belial. Belial, quien reinaba sobre todo el lugar, quien manejaba este reino a su voluntad.

James estiró su brazo derecho. El corte hecho por la garra del Mandikhor seguía sangrando sin parar: gotas caían sobre el suelo, y la arena se las bebía. Pensó que podía oír a la arena susurrar, un suave murmullo, pero tal vez solo era el veneno en su cuerpo.

Sombras, la arena susurró, y James pensó en todas las cosas que Jem le había enseñado. Concentración. Claridad. Respirar. *Debes construir un fuerte de control a tu alrededor. Debes saber cuáles son tus poderes entonces podrás dominarlos.*

Belial se había apoderado de ese mundo. Había torcido todo de acuerdo a su voluntad, cada árbol, cada roca, cada grano de arena estaba bajo su control. Cada parte de este reino respondía a él, lo que hacía a Belial quien era.

¿No eres mi heredero, mi propia carne y sangre?

James se concentró. Tiró de toda su concentración como luz siendo atraída a través de una lupa. Se esforzó con todas sus fuerzas, y determinación, con la sangre en sus venas. Sintió que el suelo se movía y cambiaba debajo de él; alcanzó la sustancia del propio reino: la petrificada madera de árboles retorcidos, pilas de huesos tambaleantes, dunas de arena, la sombra del Mandikhor.

Belial gritó: el demonio Mandikhor se disparó hacia arriba. James se puso de pie. Estaba canalizando su propia fuerza en el reino que lo rodeaba, respondiendo con entusiasmo: la tierra rugió bajo sus pies; el aire explotó como fuego oscuro de sus manos, sus dedos. El Mandikhor se abalanzó hacia James, sin embargo, estaba lleno de remolinos de arena, formando un oscuro tornado.

Belial gritó, pero el Mandikhor ya no podía escucharlo: su voz se perdida en el viento desenfrenado. James seguía de pie con sus brazos abiertos de par en par a sus lados, aire y arena corriendo a su alrededor como una tormenta en el desierto. El Mandikhor aullaba y aullaba ahora: toda la sustancia del reino se había vuelto contra él. Ramas se desprendían de los árboles, volando por el aire como navajas; los huesos convirtiéndose en misiles. El demonio soltó un último chillido en la oscuridad, el agitado aire se levantó en un círculo a su alrededor antes de sumergirse hacia dentro, aplastando y desgarrando.

El Mandikhor se desvaneció. Instantáneamente James dejó ir todo: el viento se quedó quieto, la tierra manteniéndose bajo sus pies. Los escombros golpearon suavemente el suelo. Se limpió la arena y sangre de sus ojos, mirando a su alrededor desesperadamente. El paisaje había cambiado completamente: las dunas se habían desplazado, la arena se había aplanado delante de él. Entonces vio a Cordelia: estaba inmóvil, su pelo rojizo como salpicaduras de sangre contra la arena.

—Daisy —dijo James con voz ronca, y comenzó a avanzar.

Apenas pudo dar un paso. Belial apareció frente a él, a pesar de que no había estado ahí un momento antes. No había marcas en la arena que demostraban que había cruzado hasta James. En su mano izquierda se aferraba a Cortana, el profundo dorado de la espada brillaba contra su piel gris.

—Bueno —dijo Belial, su rostro retorciéndose en lo que casi era una sonrisa. —Eres tan, tan inteligente.

James solo lo miró. Podía sentir el cansancio, el veneno en sus venas, esperando a correr de nuevo para reclamarlo. Estaba desesperado por llegar a Cordelia antes de que colapsara.

—Sal de mi camino —gruñó, su voz raspando por su seca garganta.

Belial rió.

—*Resiste al diablo, y huirá de ti.* Es un lindo pensamiento ¿no es así? Del libro de Santiago⁶¹, también —se inclinó hacia James, y James pudo oler su esencia a ceniza quemada—. Veo que comienzas a comprender una fracción del poder que podrías tener si aceptaras tu herencia —susurró—. La sangre que compartes conmigo es mucho más poderosa que la sangre que compartes con Raziel. ¿Qué poder crees que podrás tener si continúas siendo lo que eres ahora?

—Déjame ser —dijo James con voz ronca—. No te dejare...

—Suficiente —rugió Belial. Era como si el demonio hubiera perdido el control de las facciones de su cara: sus ojos parecían extrañamente alargados, igual que su boca, estirándose y estirándose sobre su barbilla con un gruñido de furia terrible — ¿Piensas que te permitiré dejar a ese cuerpo morir? No tienes otra opción, tu...

El brazo izquierdo de Belial dio un tirón hacia atrás. Los ojos de James se ampliaron cuando Cortana salió volando de la mano de Belial, liberándose de sus dedos con garras. Belial grito, girándose para ver lo que James recién había visto: Cordelia parada detrás de ellos, su traje de combate destrozado de las rodillas para abajo. Cortana voló hacia ella como un ave: extendió la mano hacia su espada, y este golpeó de vuelta en casa contra su palma ensangrentada.

—Es muy descortés tomar la espada de alguien más sin preguntar —dijo.

Los ojos de Belial se estrecharon; levantó su mano, y el suelo bajo los pies de Cordelia comenzó a partirse. James se tambaleó hacia adelante a ciegas, queriendo atraparla antes de que cayera, pero Cordelia se mantuvo firme sobre sus pies. Saltó hacia Belial, dirigiendo a Cortana hacia el pecho del demonio en un solo y suave movimiento.


Belial echó su cabeza para atrás y rugió en agonía.

—¡Daisy! —James se lanzó hacia adelante cuando Cordelia retiró la espada; Belial seguía aullando. Sangre del color de oscuros rubíes, un brillante rojo-negro, derramaba de la herida. James agarró a Cordelia, que jadeaba y temblaba, sus ojos fijos en Belial.

—Tontos —siseó Belial—. No tienen idea de lo que han hecho.

Levantó una mano como si fuera a golpear a uno de ellos, pero se desplomó como arena. Belial se quedó boquiabierto cuando su cuerpo se estremeció en pedazos, como las piezas del rompecabezas de un niño siendo arrojadas al aire. Abrió la boca queriendo rugir o gritar, pero su rostro se derrumbó antes de que pudiera hacer cualquier sonido, se desmoronó, disolviéndose en el aire mientras James miraba horrorizado.

⁶¹ James es Santiago en inglés.



Cordelia gritó. El suelo se agitó debajo de ellos. El cielo comenzó a agrietarse, luz roja y negra brotó de las fisuras como la sangre de la herida de Belial. El reino se desmoronaba a su alrededor. James empujó a Cordelia hacia él cuando el fondo del mundo cayó.

* * *

No era como viajar por portal, pensó Lucie, un torbellino de sonidos y colores. El camino que los muertos viajan era silencioso y bastante oscuro. Ella no podía ver o escuchar nada. Si no fuera por los brazos de Jesse alrededor del suyo, el sentimiento sólido de su cuerpo, ella hubiera pensado que había perdido el mundo de los vivos para siempre... que había muerto, o había sido atrapada en un horrible vacío sin rasgos distintivos.

El sentimiento de alivio cuando el mundo volvió a abrirse fue inmenso. Tierra sólida bajo sus pies; se tropezó y los brazos alrededor de ella le ayudaron a mantenerse en pie. Ella pestañeó intentando enfocar su vista y miró alrededor. Vio a Jesse primero. Él la sostenía cerca, pero la expresión en sus ojos le dio a entender que estaba muy furioso.

—Maldita seas, Lucie Herondale — dijo él, y le soltó.

—Jesse... —empezó, y se dio cuenta que no tenía ni idea de donde se encontraba. Miró a su alrededor, ellos estaban en lo que claramente era el medio del cementerio Highgate, bajo un dosel de cedros. Estaba oscuro, las brechas entre las hojas del árbol dejaban entrar algo de luz de las estrellas.

Lucie sacó su luz mágica de su bolsillo con manos temblorosas. La luz ardió: Ahora ella podía ver tumbas alrededor de ellos haciendo la forma de un anillo. La tierra allí estaba rasgada y revuelta, como si una pelea hubiera tomado lugar allí. En el césped, a una distancia de ellos, estaba una figura arrugada.

Lucie jadeó —. ¡Matthew!

Atravesó el claro y se lanzó al lado del parabatai de James. Bajo el brillo de la luz mágica ella alcanzó a ver las heridas en su rostro. Su chaqueta y camisa estaban rotas y llenas de sangre. Ella hurgó por su estela en su cinturón, alcanzándola con su mano.

Su runa parabatai sobresalía dura y negra en el interior de su muñeca. Lucie contuvo las lágrimas.

—Lucie — Jesse se pasó a su lado, el viento moviendo las hojas sobre su cabeza, pero ni su ropa ni su cabello se movía con éste —. Él está bien. Inconsciente pero no en peligro.

Ella presionó la punta de la estela en la palma de Matthew y dibujó rápidamente una *iratze* —. ¿Cómo lo sabes?

—Si se estuviera muriendo, lo vería —dijo Jesse tranquilamente—. Y él podría verme.

Lucie terminó de hacer la iratzte y la vio arder en la piel de Matthew, quien gimió y se movió, sus ojos abriéndose —. Matthew — dijo mientras se inclinaba sobre él. Metió la estela de nuevo en su cinturón y descansó su mano sobre la mejilla del chico, donde las heridas y rasguños empezaban a desaparecer. Sus ojos se fijaron en ella, sus pupilas grandes y desenfocadas.

—¿Cordelia? — susurró.

Ella pestañeó —. Math, no — dijo —. Es Lucie — tomó su mano —. ¿Dónde está Cordelia? ¿Y James? Matthew, ¿Dónde están ellos?

Él intentó sentarse —. El arco — dijo, y Lucie lo miró sin entender nada —. Ellos pasaron por el. Primero James, luego Cordelia. Usó a Cortana — Sus ojos verdes oscuro miraron alrededor del claro —. El arco, — dijo de nuevo, con pánico en su voz —. ¿Dónde está?

Preocupada, Lucie miró a Jesse. Su mandíbula tensa, lleno de ira, pero él no se movió al menos. No desapareció, solo se encogió de hombros... obviamente sin ver arco alguno tampoco.

—Matthew, intenta recordar... — inició ella, y luego el cielo se abrió, silencioso e increíble, por la mitad. Por un momento hubo una grieta en medio del cielo, y por esta Lucie pudo observar las constelaciones de otro mundo. Ella vio sombras que rozaban el aire como torres de fuego estelar ardiendo en la oscuridad. Por un momento, ella pudo observar un par de ojos plateados.

Luego James y Cordelia cayeron del cielo.

Cordelia cayó primero. Ella surgió como una estrella fugaz, apareciendo por un momento y al siguiente se encontraba a diez pies sobre el suelo, golpeando éste fuertemente, Cortana volando de su mano. James le siguió un momento después, su cuerpo flácido. Él cayó al lado de Cordelia y no se movió.

—Levántame — dijo Matthew, buscando la mano de Lucie. Mientras Jesse veía, Lucie ayudó a Matthew a ponerse de pie. James y Cordelia acostados a unas pocas yardas de distancia; Lucie y Matthew corrieron a arrodillarse a su lado.

Cordelia ya se encontraba intentando levantarse. Estaba sucia de arena y polvo. Su cabello se había soltado y se derramaba por sus hombros como fuego —. James — jadeó, sus ojos verdes oscuro abiertos con miedo —. Ayúdenlo, por favor, no a mi... el veneno del demonio...

¿Veneno de demonio? frío se apoderó de ella, Lucie se agachó sobre su hermano. Él seguía inmóvil, sus manos negras con icor, perfectamente pálido y quieto. Su cabello salvaje negro sucio de sangre.

Cordelia intentó levantarse, pero dio un grito de dolor y se cayó nuevamente de rodillas. Lucie, arrodillada al lado de James, le miró con pánico —. Daisy....

—No es nada — dijo Cordelia—. Por favor, debe haber algo que podamos hacer por James... — Ella respiró temblorosa —. El mató a la Manticora. La destruyó, no puede morir, no es justo.

Matthew se arrodilló al lado de James, su estela en su mano. Las runas hechas por tu *parabatai* eran siempre mucho más poderosas. La mano de Matthew se encontraba firme mientras dibujaba una runa de curación sobre las manos de James, su muñeca, la base de su garganta.

Todos se congelaron, conteniendo la respiración. Cordelia, dolorosamente, se acercó, su cabello escarlata colgando y tocando las hojas verdes del suelo, su mirada fija en James.

Las *iratzes* en su piel brillaron... y desaparecieron.

—No servirán — era Jesse. El enojo en su rostro había desaparecido ahora; se encontraba al lado de Cordelia, sin ser visto por nadie más que por Lucie, y había un terrible dolor en sus ojos —. Está muy cerca de la muerte.

Matthew jadeó. Su mano se movió a su pecho, presionando fuerte, como si un cuchillo se hubiera metido en su corazón y estuvieran intentando detener el sangrado. Su rostro completamente blanco —. Se está muriendo — dijo, su voz temblando —. Yo puedo sentirlo.

Lucie tomó las manos de su hermano, estaban frías, sin moverse. Las lágrimas cayeron de sus ojos sobre la cara de James trazando huellas en la mugre. —Por favor, Jamie —susurró —. Por favor no mueras, respira de nuevo. Por mamá y papá, por mí.

—Dale el mío — dijo Jesse.

La cabeza de Lucie se levantó y miró a Jesse. Había una mirada extraña en su cara; una extraña y casi luminosa resignación —. ¿A qué te refieres?

Cordelia miró —. ¿A quién le hablas? ¿Lucie?

Jesse se movió hacia ellos arrodillándose, el césped ni siquiera se movió al peso de su cuerpo. Él sacó una cadena de oro y luego de sacarla por sobre su cabeza, la extendió a Lucie.

Ella recordó lo que él le dijo después de la pelea en Tower Bridge, que él le hubiera dado su último aliento a ella. Que este le hubiera dado suficiente fuerza vital para vaciar sus pulmones de agua si se hubiera ahogado. Como James se estaba ahogando en veneno ahora.

—Pero, ¿Qué pasaría contigo? — susurró ella. Estaba consciente de la mirada que Cordelia le estaba dando; Matthew seguía doblado en agonía, sus respiraciones llegando en jadeos desiguales.

—¿Acaso importa? — dijo Jesse —. Esta es su vida, no la sombra de una vida, no años de espera en la oscuridad.

Lucie extendió su mano, cerrándola sobre el relicario y sintiendo como este caía en su palma, frío y sólido. Por un momento, ella dudó... solo por un momento, sus ojos centrados en Jesse, arrodillado en el césped.

Luego, miró a su hermano. Sus labios estaban azules, sus ojos hundidos en su cabeza. Él apenas respiraba. Cuidadosamente, como si estuviera sosteniendo una copa con la última gota de agua del mundo, Lucie abrió el pequeño relicario y presionó la curva del metal sobre los labios de James.

Hubo una pausa, lo suficiente para un suspiro.

Entonces, el pecho de su hermano subió con el último aliento de Jesse Blackthorn. Sus ojos se abrieron, el color dorado brillante en estos, y de las otras cuatro heridas abiertas de sus muñecas salió un líquido negro: su cuerpo librándose del veneno de la mantícora.

La mano de Lucie se cerró fuertemente alrededor del relicario, tan fuerte que la punta del metal cortó en su mano. Cordelia gritó; Matthew levantó la cabeza, el color volviendo a su rostro. Él se movió hasta el lado de James y puso la cabeza de James en su regazo.

James, desplomado contra el pecho de Matthew, luchó por concentrarse. Lucie sabía lo que veía. Un chico inclinado sobre él: Un chico con cabello tan negro como el suyo propio, un chico con ojos verdes como las hojas del espino, un chico que ya empezaba a desaparecer, como la figura de una nube que desaparecía cuando el viento cambiaba.

—¿Quién eres tú? —susurró James con su voz entrecortada.

Pero Jesse ya se había ido.

* * *

—¿A qué te refieres con *quién eres*? — cuestionó Matthew —. Soy tu *parabatai*, simplón.

Estaba ocupado dibujando runas curativas en cualquier parte de James que pudiera alcanzar, a lo que Cordelia solo podía aplaudir. Ella no tenía idea de lo que Lucie había hecho para curar a su hermano, pero no era como si fuera algo importante ahora.

—No me refería a ti, Matthew— dijo James con sus ojos cerrados, sus pestañas oscuras como alas sobre sus pómulos. —Obviamente.

Matthew pasó su mano anillada por el cabello revuelto de James y sonrió. —¿Vas a decirnos qué sucedió? No es todos los días que un conocido va al reino de los demonios y luego cae del cielo. Creo que deberías compartir la experiencia con tus amigos.

—Créeme cuando te digo que es una historia larga— dijo James —. Yo te prometo que no hay peligro alguno ahora...

—¿Realmente mataste a la mantícora? — preguntó Lucie.

—Si— dijo James —, y Cordelia destruyó a la persona que la invocó— él extendió su mano, marcada con cortes y llena de suciedad —. ¿Daisy? ¿Podrías venir? — él dio una sonrisa torcida —. Iría donde estás, pero no creo tener la fuerza suficiente para caminar.

Cordelia intentó ponerse de pie, pero un caliente dolor recorrió su pierna. Se tragó un quejido —. Mi pierna está rota, creo. Es muy irritante, pero estoy bastante bien.

—¡Oh! ¡Daisy! ¡Tú pierna! — Lucie se levantó y corrió a Cordelia, dejándose caer a su lado y presionando su estela contra el brazo de Cordelia. Ella empezó a dibujar una *iratze* —. Yo soy de lo peor— se quejó —. La pero futura parabatai que alguna vez vivió. Por favor, perdóname, Daisy.

Mientras la runa de curación tomaba efecto, Cordelia pudo sentir el hueso de su pierna empezar a moverse a su posición anterior. No era algo placentero de sentir. Ella jadeó y dijo —, Lucie, no es nada... lo hubiera hecho yo misma, pero mi estela se cayó en... en ese otro lugar.

Lucie quitó el cabello de Cordelia fuera de sus ojos y sonrió —. No hay necesidad de hacerlo tu sola nunca más— dijo ella —. Las runas que te hace tu parabatai son mejores.

—Asqueroso— dijo Matthew —. Míralos, reforzando su eterno enlace de amistad. En público.

—Tengo que cuestionar tu definición de “público”— dijo James. Lucie y Cordelia intercambiaron una sonrisa: si James era capaz de reírse de Matthew, él estaba mejorando —. Esto es un Cementerio desierto.

—Hmmm— dijo Matthew, en un tono sorprendentemente serio, sus ojos se entrecerraron. Se levantó y ayudó a James a sentarse contra un árbol. Mientras Matthew caminaba por el borde del claro, James dijo: —Luce. Déjame hablar con Cordelia por un momento.

Lucie intercambio una mirada con Cordelia, quien asintió y se levantó. Aún le dolía su pierna, pero la *iratze* que hizo Lucie había hecho su trabajo. Lucie se fue con Matthew mientras Cordelia cojeaba al lado de James y se sentaba a su lado bajo el ciprés.

Por un momento, cuando la respiración de James casi había desaparecido, Cordelia había visto la vida dividirse en dos caminos. Uno en el que James estaba muerto: donde el mundo no tenía sentido, donde Lucie tenía el corazón roto y Matthew estaba destruido, donde Christopher y Thomas estaban rotos y la familia Herondale nunca había vuelto a sonreír; Y un segundo camino donde la vida continuaba y era como ahora: imperfecta, confusa pero llena de esperanza.

Estaban en el segundo camino, eso era lo que importaba... Que James estaba respirando, que sus labios ya no estaban azules, que él le miraba con sus ojos dorados. Aun cuando todo su cuerpo dolía, se encontró sonriendo.

—Salvaste mi vida— dijo él —. Como salvaste la de mi hermana hace tiempo. Deberíamos haberte dado un sobrenombre más de guerrera. No Daisy, tal vez Artemisa o Boadicea.

Ella se rió suavemente —. Me gusta Daisy.

—A mí también— dijo y extendió su mano para quitar algo de cabello del Cordelia de su rostro. Ella sintió que su corazón estaba cerca de detenerse. En voz baja, él dijo, —*Y cuando la luna reveló su mejilla, mil corazones se ganaron: no existía orgullo o escudo que no notara su poder. Layla, fue llamada.*

—Layla y Majnun —susurró ella —. ¿Lo... ¿Lo recuerdas?

—Me lo leíste—dijo él —. Tal vez, ahora que todo ha terminado, deberíamos leerlo de nuevo, ¿juntos?

Leer juntos. Cordelia nunca había escuchado algo tan romántico. Empezaba a asentir cuando Matthew llamó bruscamente:

—¡Alguien viene! ¡Veo luces mágicas!

Cordelia volteó a mirar. Las luces habían aparecido entre los árboles, se acercaban. Ella vio la luz de una antorcha. Intentó ponerse de pie, pero la *iratze* perdía poder: su pierna dolía mucho. Se volvió a sentar.

—Oh, cariño— dijo Lucie —. Los hermanos silenciosos no van a estar felices. Ni la Enclave. Seguramente vamos a estar en muchos problemas.

—Tal vez podemos escapar— sugirió Matthew.

—No iré a ningún lado— dijo James —. Me quedaré aquí y aceptaré cualquier castigo que nos den. La dama de hierro, muerte por arañas, lo que sea, pero no me levantaré.

—No creo que yo pueda levantarme tampoco— dijo Cordelia excusándose

—*Las sombras de la prisión empiezan a cerrarse sobre el chico creciente*— entonó Matthew —. Coleridge.

—Wordsworth— corrigió James.

Las luces se acercaron. Una voz aguda sonó por el claro. Una familiar. —¿Qué diablos está pasando?

Cordelia se dio la vuelta, intentando no mover su pierna. Alastair camino por el claro. Se veía muy ordinario en una chaqueta vieja de su padre, como si hubiera venido de patrullar. Su cabello anormalmente pálido brillaba bajo la luz de las estrellas. A su lado estaba Thomas, su cabello desordenado y llevando lo que parecía una maleta de boticario.

—¿Por qué están todos ustedes en el suelo? — preguntó Thomas y luego alzó la maleta —. El antídoto, está listo ¿Cuál es la manera más rápida de llegar a Christopher?

Hubo un murmullo. Matthew se levantó y abrazó fuertemente a Thomas, siendo cuidadoso de no tirar la maleta de sus manos —. Vamos a avisar a los hermanos—dijo él, y empezó a empujar a su amigo al camino que llevaba a la ciudad silenciosa.

—No necesitas venir conmigo— protestó Thomas divertido.

—Solo en caso de que estén cantando —dijo Matthew—. No creo que lo estén, pero nunca se sabe.

Alastair había estado mirando a Thomas y a Mathew hasta que desaparecieron entre las sombras de los árboles. Él negó con su cabeza y volteó a ver a Cordelia —. *Biyâ*⁶²— dijo él, agachándose para tomarla en brazos —. Vamos a casa.

Sorprendida, ella pasó un brazo por su cuello —. Pero, Alastair, no puedo dejar a mis amigos...

⁶² Vamos en persa.

—Layla— dijo Alastair en un inusual tono amable —. Ellos no estarán solos. Thomas y yo nos tomamos la molestia de mandar un mensaje al Instituto. Mira.

Ella miró, y vio que el ancho camino tras las tumbas estaba lleno del brillo de las antorchas de witchlight llevadas por una multitud de cazadores de sombras. Ella reconoció una docena de rostros similares: Will Herondale, su antorcha iluminando su cabello blanco y gris. Tessa, con una espada en su mano, su cabello castaño suelto sobre sus hombros. Gabriel, Cecily, y Anna Lightwood, Anna sonriendo, su cabello tan negro como el equipo de entrenamiento que usaba.

Ella escuchó a Lucie dar un pequeño grito —. ¡Papá!

Will echó a correr. Él agarró a su hija y la tomó en sus brazos. Tessa corrió hacia James, arrodillándose junto a él y preocupada por sus contusiones y cortes. Gabriel y Cecily le siguieron, y pronto, Lucie y James estuvieron rodeados, siendo regañados y abrazados en igual medida.

Cordelia cerró sus ojos aliviada. James y Lucie estaban bien. En todas partes, Cordelia podía oír las conversaciones: Gabriel y Cecily preguntaban por Thomas, y los demás respondían que lo llevaron a la Ciudad Silenciosa, donde se administraría el antídoto. Alguien más, uno de los Rosewains, estaba diciendo que aún estaban en peligro, que el demonio podría atacar de nuevo, aun teniendo el antídoto o no.

—La mantícora fue eliminada —dijo Cordelia—. No va a volver.

—¿Y cómo sabe eso, señorita? — dijo George Penhallow

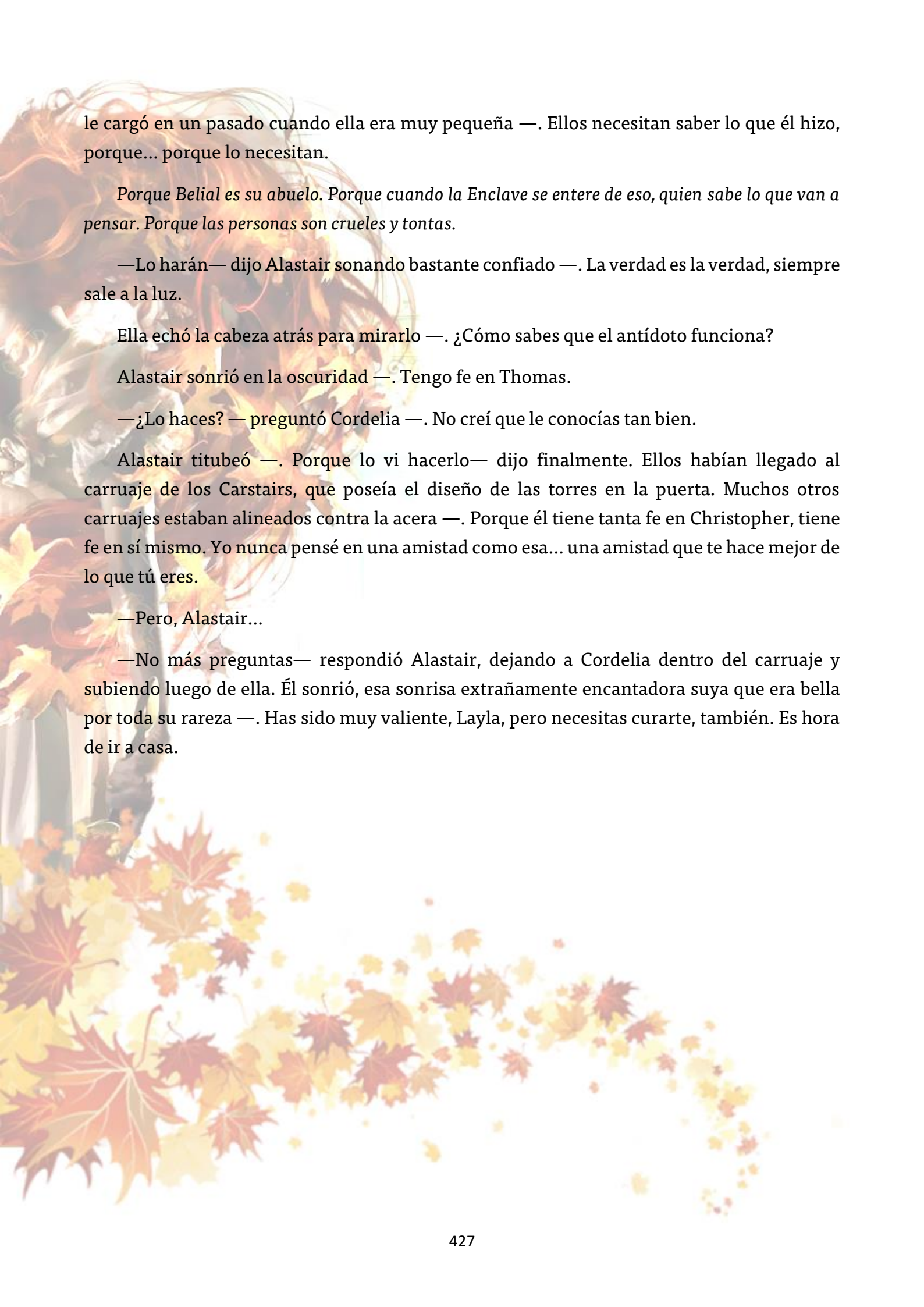
—¡Porque James la mató! — dijo Cordelia, tan fuerte como pudo —. James mató al demonio mantícora. Lo vi morir.

Para ese punto, varias personas estaban amontonadas alrededor de ella; fue Will quien los detuvo, sus manos enfrente, diciendo que ellos no debían estar molestando a una chica herida. Alastair tomó la oportunidad para irse del claro y esconderse en las sombras, aun cargando a Cordelia.

—Te ruego que no te involucres, *khahare azizam*⁶³— dijo Alastair —. Todo saldrá a la luz dentro de poco, pero va a haber un montón de cosas sin sentido antes y tú necesitas descansar.

—Pero ellos necesitan saber que fue James— dijo Cordelia. Era raramente confortable el ser cargada así, con su cabeza contra el hombro de su hermano. La manera en la que su padre

⁶³ Querida hermana en persa.

The background of the page features a soft, artistic illustration. On the left side, there are vibrant autumn leaves in shades of red, orange, and yellow, some of which are falling. To the right, a person's long, wavy hair is visible, rendered in a light, ethereal style that blends with the overall aesthetic. The overall tone is warm and slightly melancholic, typical of a story set in autumn.

le cargó en un pasado cuando ella era muy pequeña —. Ellos necesitan saber lo que él hizo, porque... porque lo necesitan.

Porque Belial es su abuelo. Porque cuando la Enclave se entere de eso, quien sabe lo que van a pensar. Porque las personas son crueles y tontas.

—Lo harán— dijo Alastair sonando bastante confiado —. La verdad es la verdad, siempre sale a la luz.

Ella echó la cabeza atrás para mirarlo —. ¿Cómo sabes que el antídoto funciona?

Alastair sonrió en la oscuridad —. Tengo fe en Thomas.

—¿Lo haces? — preguntó Cordelia —. No creí que le conocías tan bien.

Alastair titubeó —. Porque lo vi hacerlo— dijo finalmente. Ellos habían llegado al carruaje de los Carstairs, que poseía el diseño de las torres en la puerta. Muchos otros carruajes estaban alineados contra la acera —. Porque él tiene tanta fe en Christopher, tiene fe en sí mismo. Yo nunca pensé en una amistad como esa... una amistad que te hace mejor de lo que tú eres.

—Pero, Alastair...

—No más preguntas— respondió Alastair, dejando a Cordelia dentro del carruaje y subiendo luego de ella. Él sonrió, esa sonrisa extrañamente encantadora suya que era bella por toda su rareza —. Has sido muy valiente, Layla, pero necesitas curarte, también. Es hora de ir a casa.

DÍAS PASADOS: CIRENWORTH HALL, 1898

Traducido por: Lady Bridgestock
Corregido por: Jeivi37

Cordelia usualmente se sentía sola cuando estaban sólo ella y sus padres, pero nunca tanto como cuando Alastair se fue a la Academia. Mientras él estaba fuera, el resto de la familia Carstairs viajó a la India, a París, a la Ciudad de Cabo y a Canadá, pero habían estado en Cirenworth por las vacaciones cuando él finalmente regresó.

Ella había esperado meses por su regreso, pero cuando él se bajó del carruaje, más alto, más angular y mejor que nunca, él se veía como una nueva persona. Siempre había tenido mal genio y susceptible, pero ahora él ni siquiera le hablaba. Cuando lo hacía, era más que todo para decirle que no le molestara.

Sus padres ignoraron el cambio. Cuando Cordelia le preguntó a su padre por qué Alastair no quería pasar tiempo con ella, él sonrió y le dijo que los chicos adolescentes pasaban por “tiempos así” y ella lo entendería “cuando creciera” —Se ha estado divirtiendo con chicos de su misma edad todo el año y ahora tiene que volver al campo con gente como nosotros— dijo Elías con una sonrisa —. Lo superará.

No era una respuesta que le satisficiera. Cordelia intentó meterse en el camino de Alastair cada que pudo para obligarlo a que le notara. Aunque, casi nunca conseguía encontrarlo. Él pasaba horas encerrado en su habitación, y cuando ella tocaba la puerta, él ni siquiera se molestaba por decirle que se fuera. Solo la ignoraba. La única manera que ella sabía que él estuvo allí dentro, era cuando salía a comer o para anunciar que iba a salir a una larga caminata solo.

Siguió así por unas pocas semanas. Los sentimientos de Cordelia cambiaron de decepción a pena, a culparse a sí misma, a molestia y por último a enojo. Una vez en la cena ella le tiró una cuchara y le gritó —, ¿Por qué no me hablas? — Alastair agarró la cuchara en el aire y la puso de nuevo en la mesa, mirándole en silencio.

—No tires cosas, Cordelia— dijo su madre.

—¡Mâmân⁶⁴!— protestó Cordelia en un tono traicionado. Su padre ignoró todo y siguió comiendo como si nada pasara. Risa se deslizó y dejó una nueva cuchara al lado de Cordelia, lo que encontró muy irritante.

⁶⁴ Mamá.

La negativa de Alastair a relacionarse con Cordelia, ella entendió, era con la intención de hacer que se rindiera y dejara de intentarlo. Así que ella reforzó sus esfuerzos. “Bueno” ella anunciaba si se encontraba en la misma habitación que él. “Voy a recolectar moras silvestres por el camino.” (Alastair amaba las moras silvestres.) O, “yo creo que practicaré un poco en la sala de entrenamientos luego del almuerzo.” (Alastair siempre estaba para practicar como caer correctamente y por si necesitaba un compañero.)

Un día, cuando él salió en uno de sus caminatas, Cordelia esperó un minuto antes de seguirlo. Era una buena práctica, se dijo a sí misma, moviéndose sigilosamente, tomando conciencia de su entorno, perfeccionando sus sentidos. Lo convirtió un juego: ¿Cuán lejos podía seguir a su hermano antes de que él la notara? ¿Podría ella quedarse escondida lo suficiente para saber a dónde iba?

Resultó que Alastair no iba a ningún lado, él simplemente caminaba y caminaba, conocía tan bien esos bosques que le era imposible perderse. Cordelia empezó a cansarse luego de algunas horas. Entonces, empezó a sentir hambre.

Luego se distrajo y enredó su pie en la raíz de un árbol que sobresalía, para luego caer de golpe en la tierra compacta. Frente suyo, Alastair dio la vuelta por el ruido y la vio, molesta, ponerse de pie. Ella cruzó los brazos y levantó la barbilla, terca y decidida a conservar el orgullo en su cara aún con cualquiera reacción desagradable que Alastair preparaba: Su desprecio, su ira, que le echara.

En su lugar, él dejó salir un suspiro y caminó hasta donde se encontraba. Sin preámbulo él dijo bruscamente —, ¿Estás herida?

Cordelia levantó su pie y lo movió experimentando —. Estaré bien. Solo es una magulladura, creo.

—Vamos — dijo él —. Vamos a casa.

Ellos caminaron en silencio, Alastair algunos pasos delante de ella, sin hablar. Eventualmente, llevada por el silencio, Cordelia explotó —, ¿No quieres saber por qué te estaba siguiendo?

Él giró y lo consideró —. Asumo que pensaste que venía a hacer algo interesante.

—Lo siento —dijo ella, su enojo creciendo, como siempre, por la imperturbable calma en la cara de Alastair —. Lamento que desde que te fuiste a la Academia te hayas convertido en un adulto y madurado y que tengas nuevos y mejores amigos. Lamento que yo solo sea tu estúpida hermanita pequeña.

Alastair le miró un momento y luego dejó salir una risa sin humor —. Tú no tienes idea de lo que estás hablando.

—¡Lamento que seas muy bueno para tu familia ahora! ¡Lamento que seas muy bueno para entrenarme!

Él negó con su cabeza —. No seas tonta, Cordelia.

—¡Solo háblame! — dijo —. No sé por qué estás tan amargado. Tú fuiste el suertudo que se fue, que se divirtió en Idris. ¿Sabes lo sola que estuve todo el año?

Por un momento, Alastair pareció perdido, dudoso. Había pasado un largo tiempo desde que Cordelia vio esa expresión en su rostro. Luego se cerró de golpe como una puerta de hierro —. Todos nosotros estamos solos— dijo —. En el final.

—¿Eso qué significa? — exigió, pero él había empezado a caminar nuevamente. Después de un momento, secándose la humedad de la cara con la manga, le siguió.

Cuando estuvieron de vuelta en la casa, ella lo dejó en la entrada mientras iba a tomar todo el set de cuchillos para lanzar del gabinete chino que servía como armería. Ella caminó frente a su hermano en su camino a la sala de entrenamientos mirándole, apenas capaz de llevar el montón. Él la vio ir en silencio.

En la sala de entrenamiento se instaló y siguió su rutina. *Thunk. Thunk.* Lanzar cuchillos no era su fuerte, pero necesitaba sentir el impacto, el saber que hería algo, aun cuando era una simple diana. Como usualmente sucedía, el ritmo del entrenamiento la calmó. Su respiración siendo más calmada. La repetición le centró: cinco lanzamientos, entonces caminar para recogerlos de la diana y caminar de vuelta para hacerlo de nuevo. Cinco lanzamientos. Caminar. Recoger. Caminar. Cinco lanzamientos.

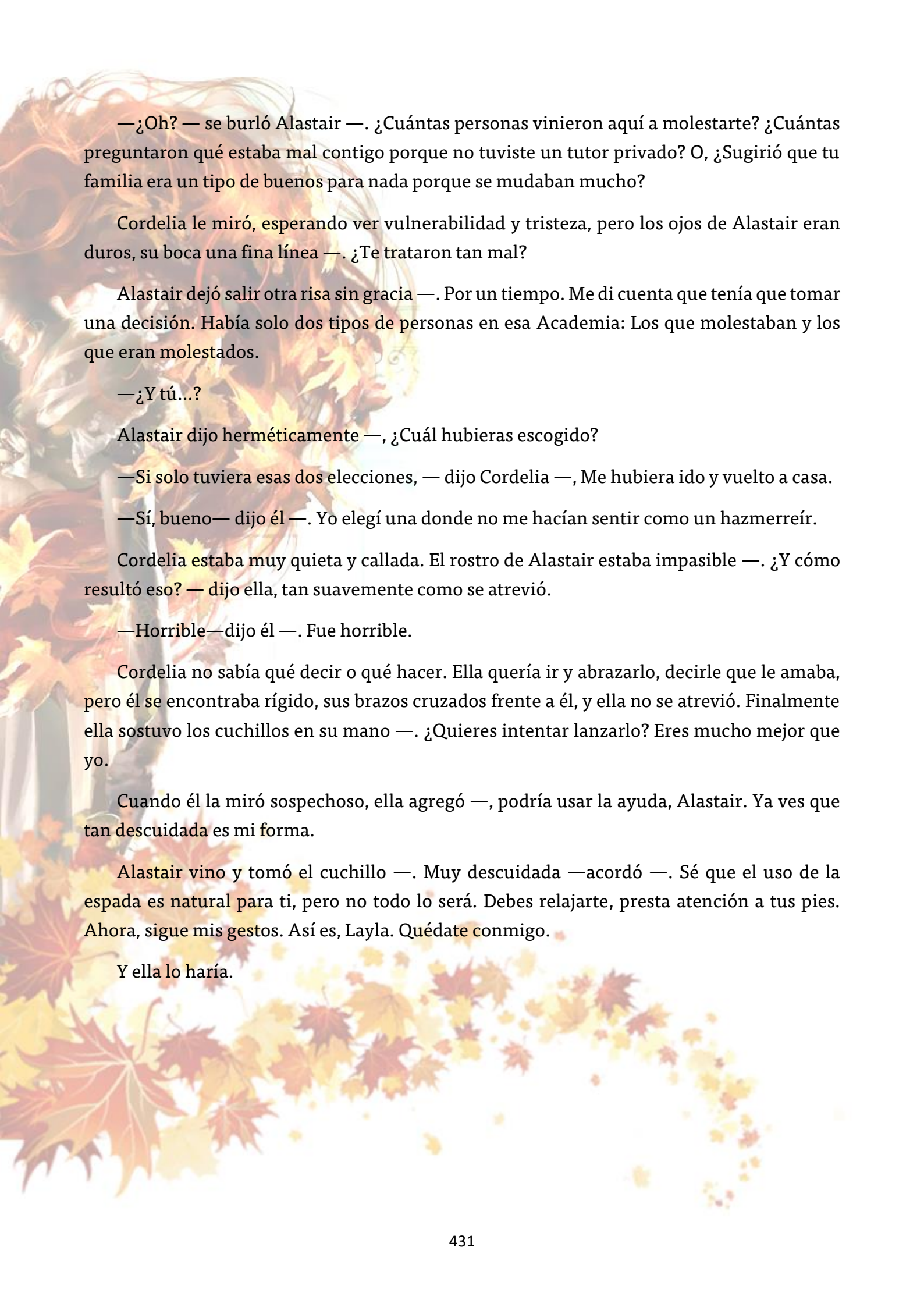
Luego de veinte minutos o algo así, ella se dio cuenta que Alastair estaba viendo desde la puerta. Ella le ignoró.

Alguien más debió decirle que había mejorado desde la última vez que le vio, o preguntó si quería entrenar también. Sin embargo, Alastair eventualmente se aclaró la garganta y dijo —, estás moviendo tu pie izquierdo cuando sueltas, por eso eres tan inconsistente.

Ella le miró y volvió a lanzar, pero prestó más atención a su pie.

Después de un tiempo Alastair dijo —, es estúpido el decir que fui suertudo. No lo soy.

—No estuviste aquí encerrado todo el año.



—¿Oh? — se burló Alastair —. ¿Cuántas personas vinieron aquí a molestarte? ¿Cuántas preguntaron qué estaba mal contigo porque no tuviste un tutor privado? O, ¿Sugirió que tu familia era un tipo de buenos para nada porque se mudaban mucho?

Cordelia le miró, esperando ver vulnerabilidad y tristeza, pero los ojos de Alastair eran duros, su boca una fina línea —. ¿Te trataron tan mal?

Alastair dejó salir otra risa sin gracia —. Por un tiempo. Me di cuenta que tenía que tomar una decisión. Había solo dos tipos de personas en esa Academia: Los que molestaban y los que eran molestados.

—¿Y tú...?

Alastair dijo herméticamente —, ¿Cuál hubieras escogido?

—Si solo tuviera esas dos elecciones, — dijo Cordelia —, Me hubiera ido y vuelto a casa.

—Sí, bueno— dijo él —. Yo elegí una donde no me hacían sentir como un hazmerreír.

Cordelia estaba muy quieta y callada. El rostro de Alastair estaba impasible —. ¿Y cómo resultó eso? — dijo ella, tan suavemente como se atrevió.

—Horrible—dijo él —. Fue horrible.

Cordelia no sabía qué decir o qué hacer. Ella quería ir y abrazarlo, decirle que le amaba, pero él se encontraba rígido, sus brazos cruzados frente a él, y ella no se atrevió. Finalmente ella sostuvo los cuchillos en su mano —. ¿Quieres intentar lanzarlo? Eres mucho mejor que yo.

Cuando él la miró sospechoso, ella agregó —, podría usar la ayuda, Alastair. Ya ves que tan descuidada es mi forma.

Alastair vino y tomó el cuchillo —. Muy descuidada —acordó —. Sé que el uso de la espada es natural para ti, pero no todo lo será. Debes relajarte, presta atención a tus pies. Ahora, sigue mis gestos. Así es, Layla. Quédate conmigo.

Y ella lo haría.

21

QUEMADURA

Traducido por: Helkha Herondale & Lady_Herondale ☯
Corregido por: Lady_Herondale ☯, Roni Turner & BLACKTH ☯RN

“Mi corazón está atado por un hechizo de belleza.

Mi amor indestructible.

Y aunque me guste una vela ardiente,

Y casi convertirme en sombra,

No envidio al corazón que es libre:

Pues las cadenas del amor rodean mi alma.”

—Nizami Ganjavi, *Layla and Majnun*

James yacía en la cama de su habitación, sobre las sábanas, con el brazo colocado detrás de su cabeza. Estaba mirando una grieta familiar en el techo que se parecía un poco a un pato. Su padre estaría horrorizado.

Matthew estaba sentado a su lado, llevaba puesto una chaqueta de terciopelo y pantalones a juego. James había estado deslizándose entre la consciencia e inconsciencia durante los primeros dos días después de su visita al reino de Belial. A veces soñaba con el mundo de los demonios y se despertaba gritando, buscando un arma que no estaba ahí. Puede que sus cuchillos no estuvieran a su lado, pero Matthew siempre lo estaba.

Si había alguien en todo el mundo que entendía sobre los *parabatai*, esos eran los padres de James. En la primera noche de su regreso de Highgate, Matthew había arrastrado una pila de ropa de cama al cuarto de James, se había enrollado en ella, y se había dormido. Nadie intentó hacer que se fuera, cada vez que Tessa le llevaba sopa y té a James, también le llevaba a Matthew. Cada vez que Will venía y traía consigo un juego de cartas para pasar el tiempo, Matthew también jugaba, y usualmente perdía.

Eso no significó que otros no fueran amables también. Cuando Anna le trajo a James una elegante corbata nueva para animarlo, le trajo una a Matthew. Cuando Lucie contrabandeaba tartas de la cocina a medianoche, había extras para Matthew. Era posible que, como resultado, Matthew nunca se fuera a casa. James no podía culparlo: Charles estaba siendo muy fastidioso últimamente. Todos estaban alabando a Christopher como un héroe por haber creado el antídoto para el veneno del Mandikhor, una historia que se había hecho aún más romántica por el hecho de que Christopher había sido herido y se había curado solo. Pocos sabían que Charles casi no había dejado que Thomas usara el laboratorio para hacerlo. Las palabras: “Si no hubiera sido por Alastair Carstairs, todo se habría arruinado”, habían sido

realmente pronunciadas por los labios de Thomas, haciendo que James se preguntara si habría regresado a vagar al reino demoniaco.

Thomas y Christopher los visitaron todos los días, trayendo historias de las secuelas de la enfermedad. Ninguno de los que habían estado enfermos recordaba haber coreado el nombre de James, ni Ariadne recordaba su breve posesión. La cuarentena había terminado, y Charlotte y Henry regresarían dentro de poco; Christopher y James eran los héroes del momento, lo cual enfurecía a James en gran medida ya que, señaló, Cordelia había estado con él en el reino demoniaco y de no ser por ella, habría muerto. Lucie también había salvado el día, al igual que Matthew. Thomas había ayudado a extraer la raíz Malos de Chiswick House y había elaborado el antídoto con sus propias manos. Anna los había llevado al Callejón del Infierno. En su opinión, todos eran héroes.

Fue Matthew quien le preguntó, cuando estuvieron solos, si creía que podría estar extrañando a Cordelia. Solo ella no había venido a visitarlo: resultó que la quebradura de su pierna era una de las malas, y tardaría varios días en curarse. Lucie había ido a verla y les había dicho que estaba de buen ánimo—. Le leí un poco de *La Hermosa Cordelia* y se durmió en seguida —dijo Lucie encantada—. Así que debe de haber estado muy cansada.

Thomas y Christopher habían ido a verla también, y le llevaron chocolates. Le preguntaron a James si quería que ellos le llevaran algo de su parte con sus detalles. Él negó con la cabeza sin hablar, asustado de lo que podría decir si abría la boca. No quería hablar sobre Cordelia con nadie. Él solo quería verla. Si pudiera verla, lo sabría.

—Entonces —dijo Matthew, cruzando los brazos detrás de su cabeza—. Con tu nuevo estatus de héroe de la Clave, ¿planeas solicitar algo? —Él observó la grieta en el yeso del techo—. Yo pediría mi propio ayudante personal y que me trajeran a Oscar Wilde para conversar.

—¿No estaba muerto? —dijo James.

—No hay nada de malo con los muertos vivos. —Matthew se rio entre dientes—. Espera a nuestra próxima visita al Callejón del Infierno.

James se calló por un momento. Él prefería evitar a la Clave, siendo sincero; había mucho que no sabían. Todo lo que se les había dicho, por Lucie, Matthew y Cordelia, fue que él había encontrado y asesinado al Mandikhor en el cementerio de Highgate, con la ayuda de sus amigos. No había necesidad de que se enteraran de más.

Sin embargo, la situación había sido diferente con sus padres. Cuando se encontró lo suficientemente consciente para contarles la historia, se los explicó a ellos, y a Lucie. Les contó la verdad sobre su encuentro con Belial, y la forma en que Belial, al haber sido herido

por Cortana, se había desmenuzado en polvo. Por último, les habló de la relación de sangre que existía entre los Herondale y el Príncipe del Infierno.

Todos habían reaccionado de manera tan suya. Tessa había sido práctica y dijo que por años había estado tratado de descubrir quién era su padre, y que al menos ahora lo sabían. Lucie había lucido conmovida, pero dijo que convertiría la historia en una novela. Will se había enojado con el mundo, y luego se había ido a ver a Jem.

Jem, quien había prometido guardar el secreto del linaje de Tessa, le había dicho a Will que, si bien un Príncipe del Infierno no podía ser asesinado, una herida tan grave mantendría a Belial débil e incorpóreo durante al menos un siglo.

James también se lo había contado a Christopher y Thomas, pero todos habían concordado en que era mejor mantener los detalles que envolvían a Belial en secreto por ahora, especialmente porque el Príncipe del Infierno no suponía una amenaza real por el momento. Su reino se había derrumbado, había explicado Jem, lo que significaba una verdadera pérdida de poder para el Señor de los Ladrones. Era poco probable que James fuera arrastrado al reino demoníaco de nuevo, o siquiera volver a verlo.

—¿James? —La puerta se abrió y su madre se paró en el umbral. Ella sonrió cuando lo vio a él y a Matthew, pero había una línea de preocupación entre sus cejas. Colocó un mechón de su cabello detrás de la oreja y dijo—. Alguien ha venido a verte. Una joven señorita.

James se irguió en la cama—. ¿Cordelia?

Vio que Matthew le dio una mirada de reojo, pero Tessa ya estaba sacudiendo la cabeza.

—No, no es Cordelia —dijo ella—. Es Grace Blackthorn.

Fue el turno de Matthew para sentarse derecho—. Oh no —dijo él—. No, no. Dile que se vaya. Dile que hay una infestación de ratas. Dile que el comportamiento vago y malicioso se ha hecho ilegal en el Instituto y, por lo tanto, no tiene permitido entrar.

Tessa simplemente levantó las cejas—. Ella dijo que se trataba de un asunto importante.

Matthew se giró hacia James, de modo suplicante—. Jaime. No lo hagas. Después de lo que hizo...

James fulminó con la mirada a su *parabatai*. Incluso ahora, Tessa y Will sabían muy poco sobre el acuerdo que una vez había compartido con Grace, y él prefería seguir manteniéndolo de ese modo.

—¿Se trata de su madre? —dijo él—. ¿Tatiana se ha puesto mal de nuevo?

—Ella está bastante bien —dijo Tessa. El antídoto ha sido increíblemente eficaz; por lo que James sabía, ni un solo Cazador de Sombras envenenado no se había recuperado ya—. James, si no quieres verla...

—La veré —dijo James, poniéndose de pie—. Envíala dentro.

Mientras Tessa fue a buscar a Grace, Matthew rodó fuera de la cama y se puso sus zapatos. Se giró desde la puerta para darle a James una mirada brusca—. Ten cuidado —dijo, y se fue, dejando la puerta abierta.

Un momento después, como si hubiera estado esperando a que Matthew se fuera, entró Grace a la habitación.

Se veía hermosa, como siempre. Su cabello blanco-rubio estaba suavemente recogido hacia atrás de su cara ovalada. Sus mejillas estaban sonrojadas de rosa pálido, como el interior de una concha marina. Llevaba puesto un vestido verde, y el dobladillo lo llevaba un poco mojado y arrastrado, había estado lloviendo esporádicamente durante la mayor parte del día, y ahora era bien entrada la tarde.

Una vez, su belleza lo había sacudido como lo habría hecho una tormenta. Ahora, al verla, solo sentía un gran hastío, un nublado cansancio, como si hubiera bebido demasiado la noche anterior. Deseó que no estuviera ahí. No porque le doliera verla, sino porque no lo hacía.

Se había considerado a sí mismo como alguien que amaba mucho más profundo que eso—. Querías hablar conmigo a solas —dijo él—. ¿Estás segura que es una buena idea? Tu madre...

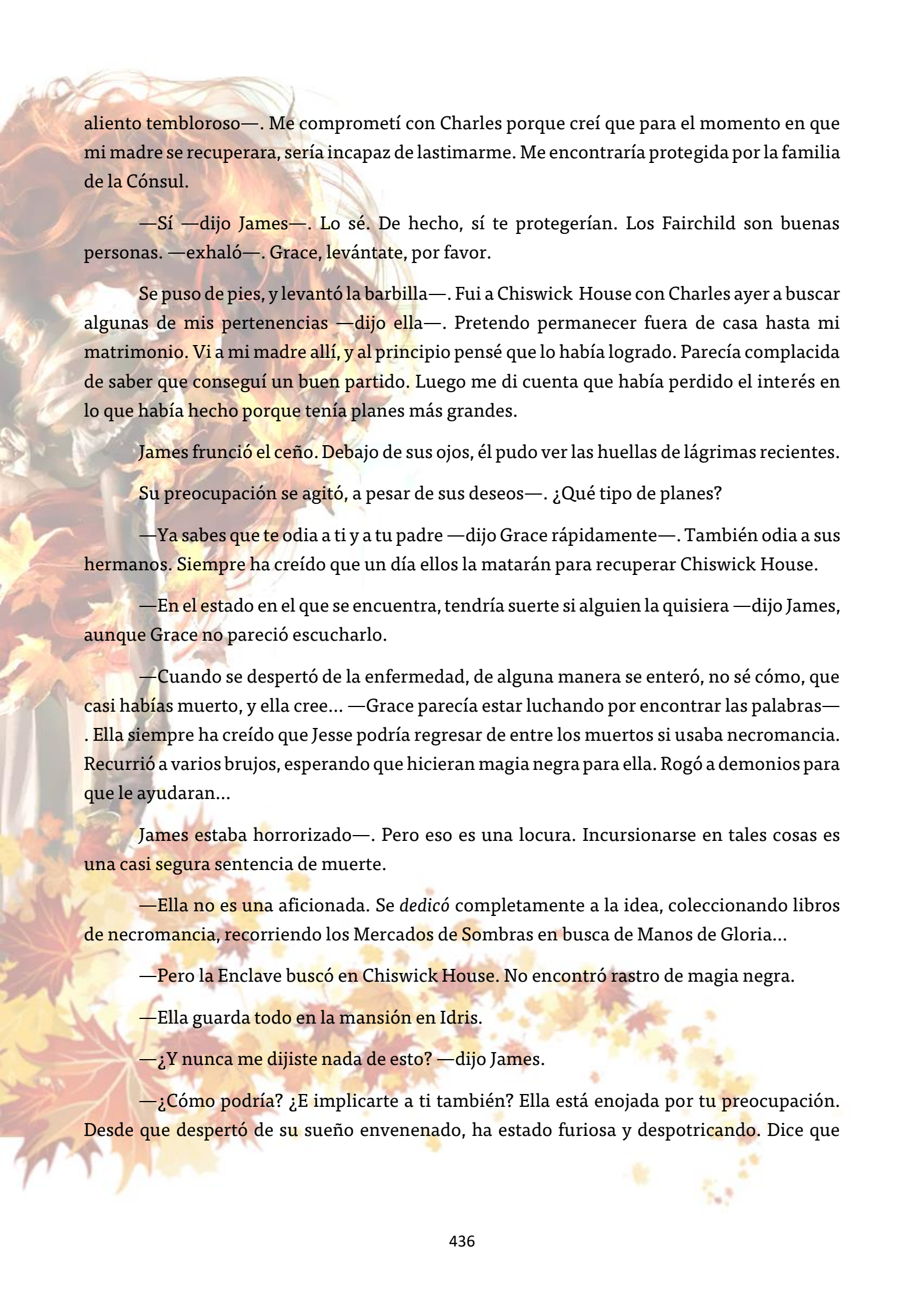
—Se volvería loca si supiera que estoy aquí —dijo Grace—. Sí. Pero tenía que hablar contigo.

—Entonces, será mejor que cierres la puerta —dijo él. Nunca había sido tan cortante con Grace. Se sentía extraño e incómodo, pero, de cualquier modo, se debía sentir raro e incómodo para ella estar aquí en absoluto.

Las manos de Grace temblaban mientras cerraba la puerta. Se giró y, para la gran sorpresa de James, se arrodilló en el suelo frente a él.

Él dio un paso atrás—. Grace. No lo hagas.

—Debo hacerlo —dijo ella. Sus manos cerradas en puños—. Entiendo por qué no quieres escucharme. Tienes toda la razón. Pero debo rogarte que lo hagas. —Ella exhaló un



aliento tembloroso—. Me comprometí con Charles porque creí que para el momento en que mi madre se recuperara, sería incapaz de lastimarme. Me encontraría protegida por la familia de la Cónsul.

—Sí —dijo James—. Lo sé. De hecho, sí te protegerían. Los Fairchild son buenas personas. —exhaló—. Grace, levántate, por favor.

Se puso de pies, y levantó la barbilla—. Fui a Chiswick House con Charles ayer a buscar algunas de mis pertenencias —dijo ella—. Pretendo permanecer fuera de casa hasta mi matrimonio. Vi a mi madre allí, y al principio pensé que lo había logrado. Parecía complacida de saber que conseguí un buen partido. Luego me di cuenta que había perdido el interés en lo que había hecho porque tenía planes más grandes.

James frunció el ceño. Debajo de sus ojos, él pudo ver las huellas de lágrimas recientes.

Su preocupación se agitó, a pesar de sus deseos—. ¿Qué tipo de planes?

—Ya sabes que te odia a ti y a tu padre —dijo Grace rápidamente—. También odia a sus hermanos. Siempre ha creído que un día ellos la matarán para recuperar Chiswick House.

—En el estado en el que se encuentra, tendría suerte si alguien la quisiera —dijo James, aunque Grace no pareció escucharlo.

—Cuando se despertó de la enfermedad, de alguna manera se enteró, no sé cómo, que casi habías muerto, y ella cree... —Grace parecía estar luchando por encontrar las palabras—. Ella siempre ha creído que Jesse podría regresar de entre los muertos si usaba necromancia. Recurrió a varios brujos, esperando que hicieran magia negra para ella. Rogó a demonios para que le ayudaran...

James estaba horrorizado—. Pero eso es una locura. Incursionarse en tales cosas es una casi segura sentencia de muerte.

—Ella no es una aficionada. Se dedicó completamente a la idea, coleccionando libros de necromancia, recorriendo los Mercados de Sombras en busca de Manos de Gloria...

—Pero la Enclave buscó en Chiswick House. No encontró rastro de magia negra.

—Ella guarda todo en la mansión en Idris.

—¿Y nunca me dijiste nada de esto? —dijo James.

—¿Cómo podría? ¿E implicarte a ti también? Ella está enojada por tu preocupación. Desde que despertó de su sueño envenenado, ha estado furiosa y despotricando. Dice que

sabe que no hay oportunidad de que Jesse regrese. Dice que es como si le hubieras robado su último aliento al haber sobrevivido al Mandikhor.

—¿Qué? —La cabeza de James daba vueltas—. ¿Cómo podría ser eso posible?

—Te lo diría si lo supiera. James, ella es *peligrosa* —dijo Grace—. Se ha creado un palacio de sueños y mentiras, y cuando esas mentiras son amenazadas, ella arremete contra ellas. ¿Recuerdas el autómata en el pasillo de la mansión en Idris?

—Sí, aunque no veo que tenga que ver eso con nada...

—Fue hechizado por un brujo hace años —dijo Grace—. En el caso de que muriese, está encantado para despertarse y matar a Cazadores de Sombras. Ahora ha decidido que Jesse nunca revivirá y que no tiene nada por lo que vivir. Planea terminar con su vida esta noche, y cuando lo haga, causará estragos. Irá a Alicante...

El corazón de James empezó a latir con fuerza—. Entiendo lo que hará —dijo él—. Grace, debemos ir a mis padres con esta información.

—¡No! Nadie debe saberlo, James. Si la Clave arresta a mi madre, si buscan en la mansión Blackthorn, verán cuán profundo se ha sumido en la necromancia, y yo también seré incriminada, y Jesse... —Ella se derrumbó, sus manos estaban temblando como polillas en pánico—. Si supiera que conté sus secretos, Madre querría que me culparan a mí, James. Me encerrarían en la Ciudad Silenciosa.

—Eso no tiene por qué suceder. Son los pecados de Tatiana, no los tuyos. Y ella está claramente loca, puede haber piedad para los locos...

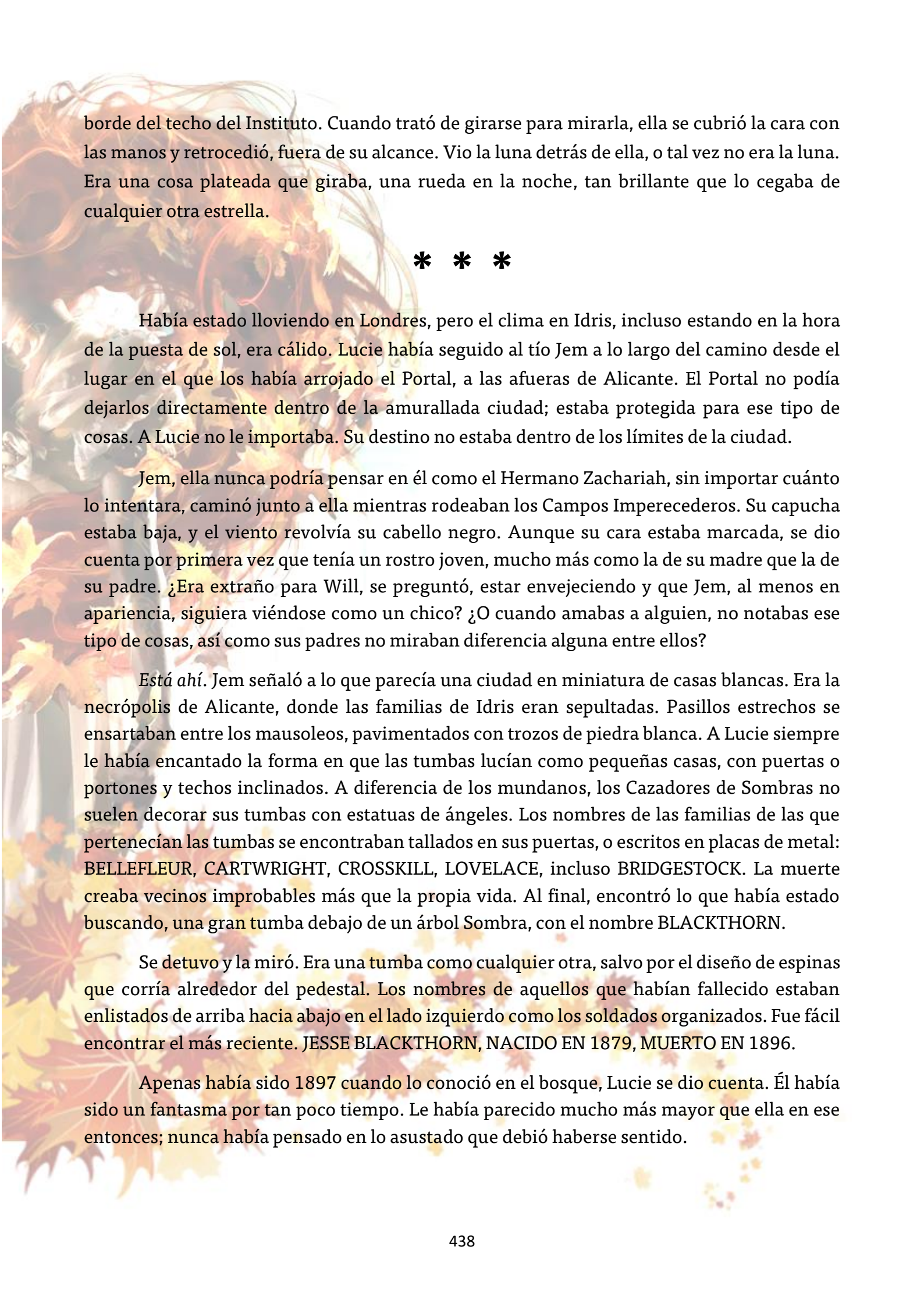
Ella levantó su cara hacia él. Sus ojos brillaban, con lágrimas o determinación, él no pudo decirlo—. James —dijo ella—. Lo siento tanto.

—¿Lo siento? —él repitió—. ¿Por qué?

—Nunca quise hacerte esto a ti —dijo ella—. Pero ella insistió. Y él insistió. Tenías que ser tú. Mi madre me hizo su espada, para cortar cada barrera que se interponga ante ella. Pero tu sangre, su sangre, es una barrera que no puedo cortar. No puedo obligarte sin su cadena.

Algo plateado brilló en su mano. Ella lo agarró del brazo; él trató de soltarse, pero ella lo mantuvo firme. Sintió algo frío contra su piel, y escuchó un clic como un candado cerrándose mientras el círculo de metal se cerraba en su muñeca. Una chispa de dolor viajó por su brazo, como si fuera una repentina descarga de electricidad.

Intentó retroceder. Imágenes sombrías surgieron ante sus ojos. En el último momento antes de que todo cambiara, él vio a Cordelia, ella estaba a cierta distancia, lejos de él, en el



borde del techo del Instituto. Cuando trató de girarse para mirarla, ella se cubrió la cara con las manos y retrocedió, fuera de su alcance. Vio la luna detrás de ella, o tal vez no era la luna. Era una cosa plateada que giraba, una rueda en la noche, tan brillante que lo cegaba de cualquier otra estrella.



Había estado lloviendo en Londres, pero el clima en Idris, incluso estando en la hora de la puesta de sol, era cálido. Lucie había seguido al tío Jem a lo largo del camino desde el lugar en el que los había arrojado el Portal, a las afueras de Alicante. El Portal no podía dejarlos directamente dentro de la amurallada ciudad; estaba protegida para ese tipo de cosas. A Lucie no le importaba. Su destino no estaba dentro de los límites de la ciudad.

Jem, ella nunca podría pensar en él como el Hermano Zachariah, sin importar cuánto lo intentara, caminó junto a ella mientras rodeaban los Campos Imperecederos. Su capucha estaba baja, y el viento revolvía su cabello negro. Aunque su cara estaba marcada, se dio cuenta por primera vez que tenía un rostro joven, mucho más como la de su madre que la de su padre. ¿Era extraño para Will, se preguntó, estar envejeciendo y que Jem, al menos en apariencia, siguiera viéndose como un chico? ¿O cuando amabas a alguien, no notabas ese tipo de cosas, así como sus padres no miraban diferencia alguna entre ellos?

Está ahí. Jem señaló a lo que parecía una ciudad en miniatura de casas blancas. Era la necrópolis de Alicante, donde las familias de Idris eran sepultadas. Pasillos estrechos se ensartaban entre los mausoleos, pavimentados con trozos de piedra blanca. A Lucie siempre le había encantado la forma en que las tumbas lucían como pequeñas casas, con puertas o portones y techos inclinados. A diferencia de los mundanos, los Cazadores de Sombras no suelen decorar sus tumbas con estatuas de ángeles. Los nombres de las familias de las que pertenecían las tumbas se encontraban tallados en sus puertas, o escritos en placas de metal: BELLEFLEUR, CARTWRIGHT, CROSSKILL, LOVELACE, incluso BRIDGESTOCK. La muerte creaba vecinos improbables más que la propia vida. Al final, encontró lo que había estado buscando, una gran tumba debajo de un árbol Sombra, con el nombre BLACKTHORN.

Se detuvo y la miró. Era una tumba como cualquier otra, salvo por el diseño de espinas que corría alrededor del pedestal. Los nombres de aquellos que habían fallecido estaban enlistados de arriba hacia abajo en el lado izquierdo como los soldados organizados. Fue fácil encontrar el más reciente. JESSE BLACKTHORN, NACIDO EN 1879, MUERTO EN 1896.

Apenas había sido 1897 cuando lo conoció en el bosque, Lucie se dio cuenta. Él había sido un fantasma por tan poco tiempo. Le había parecido mucho más mayor que ella en ese entonces; nunca había pensado en lo asustado que debió haberse sentido.

Todos pensaban que Jesse había muerto hace mucho tiempo. Nadie sabía lo que había sacrificado desde entonces.

Tocó el relicario que colgaba alrededor de su cuello y se giró hacia Jem—. ¿Puedo tener un momento a solas, por favor?

Jem la miró, claramente preocupado. Era difícil leer su cara, con sus ojos cerrados, pero él había dudado cuando ella le había pedido que la trajera a Idris a presentar sus condolencias a la tumba, y que no se lo comentara a sus padres. Solo accedió cuando le dijo que, si no lo hacía él, encontraría a un brujo que sí lo hiciera.

Él tocó ligeramente su cabello—. *No te aventures demasiado con la muerte. Lucie significa luz. Mira hacia el día, no hacia la noche.*

—Lo sé, tío Jem —dijo ella—. Solo será un momento.

Él asintió y desapareció entre las sombras, de la forma en que los Hermanos Silenciosos siempre lo hacían.

Lucie se giró hacia la tumba. Sabía que no contenía ninguna parte de Jesse, sin embargo, aun así, el estar ahí la consoló—. No le he dicho a nadie sobre lo que vi en Chiswick House, y nunca lo haré —dijo en voz alta—. No he guardado silencio para proteger a Grace, o a tu madre. Solo lo hice para protegerte a ti. No imaginé que serías un amigo tan verdadero como lo fuiste, Jesse. No imaginé que darías tu vida por la de mi hermano. Sabía que estabas enojado conmigo apenas unos momentos antes, y más que nada, lamento no haber sido capaz de decirte cuánto lo siento. No debí haber usado mi poder así contigo. Es aún difícil imaginar que tengo un poder, e incluso ahora, no lo entiendo del todo. —Ella tocó su nombre con la punta de sus dedos, las letras cortadas perfectamente en el liso mármol—. Sin ti, no estoy segura de que alguna vez lo entienda.

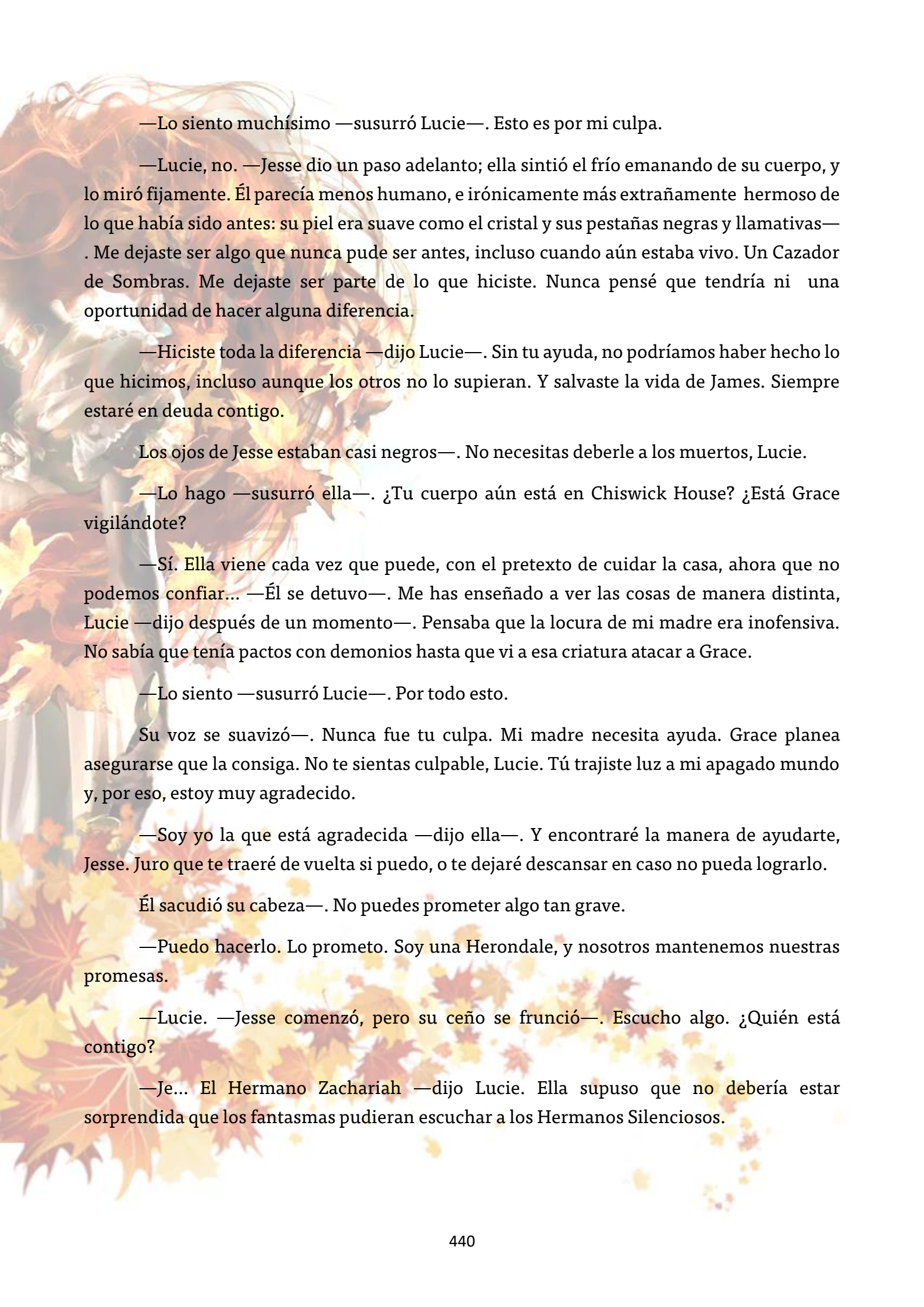
—Lo harás.

Ella levantó la vista, y ahí estaba él. Jesse, apoyado contra el costado de la tumba como un granjero contra una verja. Sonriendo con su extraña pequeña sonrisa, su negro y lacio cabello sobre sus ojos. Lucie dejó caer las flores que estaba sosteniendo y se estiró, sin siquiera pensarlo, para agarrar su mano.

Sus dedos encontraron solo el vacío. Sin contar el camino de aire frío, no había solidez en él, no como la había habido antes.

Ella retiró la mano y la presionó contra su pecho—. Jesse.

—Me he dado cuenta que mi fuerza está disminuyendo —dijo él—. Quizás, había mucho más en ese último aliento de lo que creí.



—Lo siento muchísimo —susurró Lucie—. Esto es por mi culpa.

—Lucie, no. —Jesse dio un paso adelante; ella sintió el frío emanando de su cuerpo, y lo miró fijamente. Él parecía menos humano, e irónicamente más extrañamente hermoso de lo que había sido antes: su piel era suave como el cristal y sus pestañas negras y llamativas—. Me dejaste ser algo que nunca pude ser antes, incluso cuando aún estaba vivo. Un Cazador de Sombras. Me dejaste ser parte de lo que hiciste. Nunca pensé que tendría ni una oportunidad de hacer alguna diferencia.

—Hiciste toda la diferencia —dijo Lucie—. Sin tu ayuda, no podríamos haber hecho lo que hicimos, incluso aunque los otros no lo supieran. Y salvaste la vida de James. Siempre estaré en deuda contigo.

Los ojos de Jesse estaban casi negros—. No necesitas deberle a los muertos, Lucie.

—Lo hago —susurró ella—. ¿Tu cuerpo aún está en Chiswick House? ¿Está Grace vigilándote?

—Sí. Ella viene cada vez que puede, con el pretexto de cuidar la casa, ahora que no podemos confiar... —Él se detuvo—. Me has enseñado a ver las cosas de manera distinta, Lucie —dijo después de un momento—. Pensaba que la locura de mi madre era inofensiva. No sabía que tenía pactos con demonios hasta que vi a esa criatura atacar a Grace.

—Lo siento —susurró Lucie—. Por todo esto.

Su voz se suavizó—. Nunca fue tu culpa. Mi madre necesita ayuda. Grace planea asegurarse que la consiga. No te sientas culpable, Lucie. Tú trajiste luz a mi apagado mundo y, por eso, estoy muy agradecido.

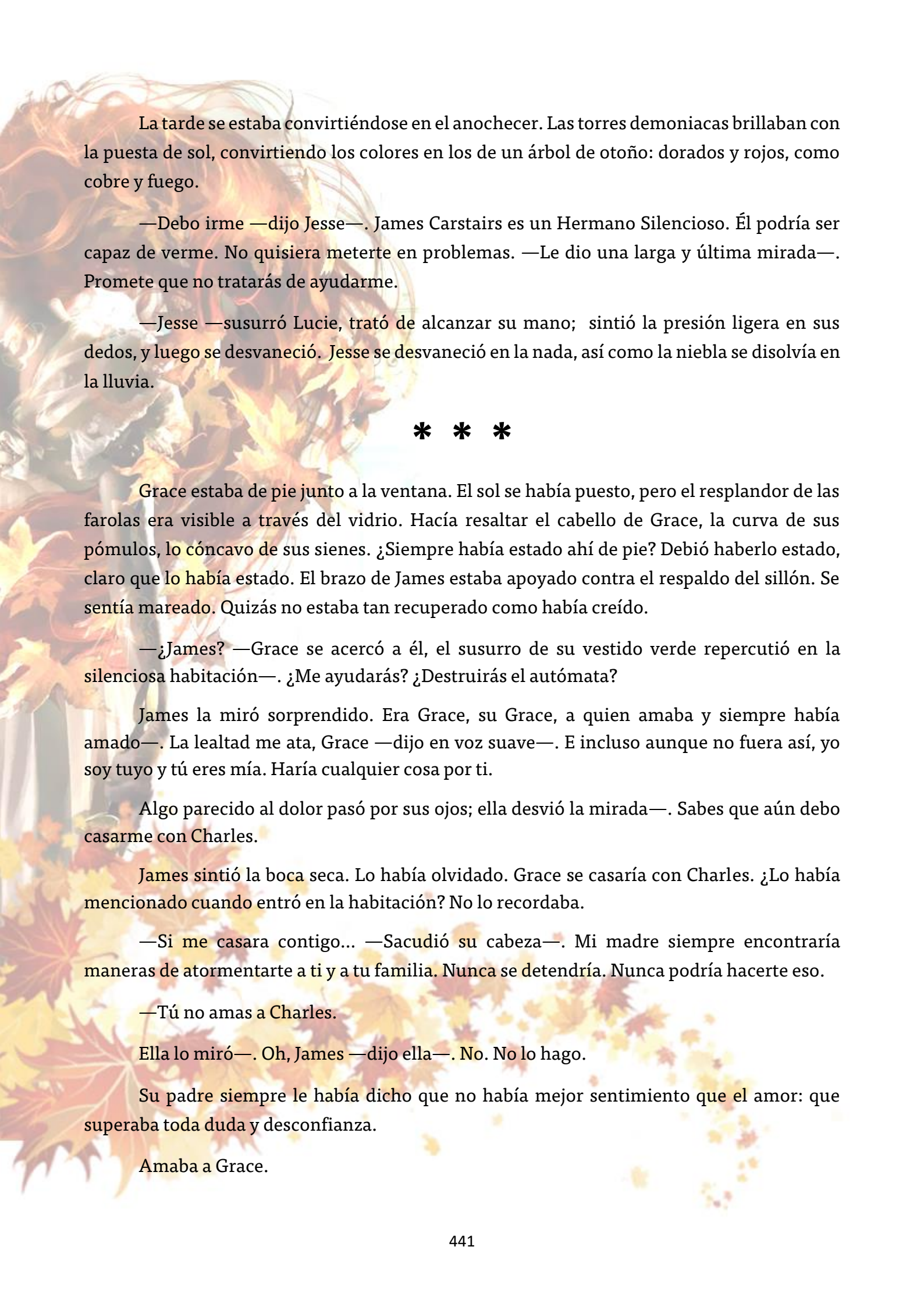
—Soy yo la que está agradecida —dijo ella—. Y encontraré la manera de ayudarte, Jesse. Juro que te traeré de vuelta si puedo, o te dejaré descansar en caso no pueda lograrlo.

Él sacudió su cabeza—. No puedes prometer algo tan grave.

—Puedo hacerlo. Lo prometo. Soy una Herondale, y nosotros mantenemos nuestras promesas.

—Lucie. —Jesse comenzó, pero su ceño se frunció—. Escucho algo. ¿Quién está contigo?

—Je... El Hermano Zachariah —dijo Lucie. Ella supuso que no debería estar sorprendida que los fantasmas pudieran escuchar a los Hermanos Silenciosos.



La tarde se estaba convirtiéndose en el anochecer. Las torres demoniacas brillaban con la puesta de sol, convirtiendo los colores en los de un árbol de otoño: dorados y rojos, como cobre y fuego.

—Debo irme —dijo Jesse—. James Carstairs es un Hermano Silencioso. Él podría ser capaz de verme. No quisiera meterte en problemas. —Le dio una larga y última mirada—. Promete que no tratarás de ayudarme.

—Jesse —susurró Lucie, trató de alcanzar su mano; sintió la presión ligera en sus dedos, y luego se desvaneció. Jesse se desvaneció en la nada, así como la niebla se disolvía en la lluvia.

* * *

Grace estaba de pie junto a la ventana. El sol se había puesto, pero el resplandor de las farolas era visible a través del vidrio. Hacía resaltar el cabello de Grace, la curva de sus pómulos, lo cóncavo de sus sienes. ¿Siempre había estado ahí de pie? Debió haberlo estado, claro que lo había estado. El brazo de James estaba apoyado contra el respaldo del sillón. Se sentía mareado. Quizás no estaba tan recuperado como había creído.

—¿James? —Grace se acercó a él, el susurro de su vestido verde repercutió en la silenciosa habitación—. ¿Me ayudarás? ¿Destruirás el autómata?

James la miró sorprendido. Era Grace, su Grace, a quien amaba y siempre había amado—. La lealtad me ata, Grace —dijo en voz suave—. E incluso aunque no fuera así, yo soy tuyo y tú eres mía. Haría cualquier cosa por ti.

Algo parecido al dolor pasó por sus ojos; ella desvió la mirada—. Sabes que aún debo casarme con Charles.

James sintió la boca seca. Lo había olvidado. Grace se casaría con Charles. ¿Lo había mencionado cuando entró en la habitación? No lo recordaba.

—Si me casara contigo... —Sacudió su cabeza—. Mi madre siempre encontraría maneras de atormentarte a ti y a tu familia. Nunca se detendría. Nunca podría hacerte eso.

—Tú no amas a Charles.

Ella lo miró—. Oh, James —dijo ella—. No. No lo hago.

Su padre siempre le había dicho que no había mejor sentimiento que el amor: que superaba toda duda y desconfianza.

Amaba a Grace.

Él sabía que lo hacía.

Grace deslizó su mano entre la suya—. No tenemos más tiempo —ella murmuró—. Bésame, James. Al menos una vez antes de que te vayas.

Ella era mucho más pequeña que él, así que tuvo que levantarla entre sus brazos para besarla. Ella envolvió los brazos alrededor de su cuello, y por un instante, mientras sus labios tocaban los suyos, él recordó suaves labios que se habían apretado hambrientamente contra los suyos, un cuerpo arqueado contra él, suaves curvas y cabello revuelto. El enloquecedor y devastador deseo que lo había cegado de todo menos de como Cordelia se sentía entre sus brazos, el dulce y suave calor de ella.

Grace retrocedió. Lo besó suavemente en la mejilla. No estaba afectada ni lo más mínimo cuando la dejó en el suelo; Cordelia había estado descalza, su corpiño deslizado hacia un lado, su cabello completamente liberado de sus broches. Pero todo eso había sido fingido, ahora lo entendía. Él y Cordelia habían actuado por el bien de los ojos extraños que habían ingresado al cuarto. E incluso si hubiera deseado a Cordelia en ese momento, había sido natural: el deseo físico no era amor, y él estaba seguro que ella no sentía nada por él. Cordelia era su amiga; ella incluso le había pedido que le ayudara a encontrar esposo.

—Tendremos que decirle a la Clave —dijo él—. Tu madre no puede seguir practicando magia negra en libertad. Incluso aunque se destruya a este autómatas, ella aún habría planeado matar a Cazadores de Sombras. Podría intentar hacerlo de nuevo.

La sonrisa de Grace se desvaneció—. Pero, James... —Ella buscó en su rostro por un momento y luego asintió con la cabeza—. Espera a que mi compromiso con Charles sea haga oficial. Tan pronto como esté completamente a salvo de mi madre, la Clave lo sabrá.

Él sintió un silencioso alivio. Estaba a punto de besarla de nuevo cuando tocaron la puerta. Grace retiró la mano de la de James, mientras él dijo—. Solo un momento.

No lo hizo lo suficientemente rápido, la puerta se abrió de golpe, y Matthew se paró en el umbral. A su lado estaba Cordelia, preciosa en un vestido azul y chaqueta a juego, mirando de James a Grace con ojos sorprendidos.

* * *

—Debería irme —dijo Grace. Sus mejillas estaban sonrosadas, pero por lo demás lucía perfectamente serena. Cordelia no pudo evitar mirarla; sabía que Lucie se había encontrado con ella en el jardín de la Casa Chiswick, y que Lucie no diría más que Grace había estado ansiosa por hacer que Thomas y Lucie se fueran.

Cordelia no había visto a Grace junto a James desde la lucha en el puente Battersea. No había imaginado que dolería tanto.

Se había preparado cuidadosamente para esta muy esperada visita. Había escogido uno de sus nuevos vestidos favoritos, azul brillante; se había puesto sus pendientes dorados más bonitos, y había traído consigo una copia de Layla y Majnun. No eran tan hermoso en inglés como lo era en el persa original, pero sería perfecto para leerlo con James.

Ahora, mientras miraba a James y Grace, estaba aliviada de que el libro estuviera oculto dentro de su chaqueta.

—Señorita Blackthorn —dijo Cordelia, inclinando su cabeza cortésmente. A su costado, Matthew se puso rígido. No dijo nada mientras Grace murmuraba una despedida y salía de la habitación, una nube de esencia a nardos rezagada a su paso.

Cordelia se dijo a sí misma que no fuese tonta. Todos le habían hecho una visita a James para ver cómo estaba, ¿por qué no Grace?

—James —dijo Matthew, en el momento que Grace se había ido—. ¿Estás bien?

James parecía un poco aturdido al verlos. Estaba en mangas de camisa y llevaba unos pantalones a rayas; Cordelia podía ver marcas de contusiones que se desvanecían en su cara y brazos. Un corte cicatrizado recorría su clavícula. Su cabello, el salvaje revoltijo negro de siempre, caía sobre sus ojos, y como siempre, Cordelia luchó contra la necesidad de acomodárselo.

—Estoy bien. Incluso mejor que bien —dijo James, desenrollando sus mangas y abrochando los puños. Cordelia captó un brillo plateado en su muñeca.

El brazalete de Grace. Cordelia sintió como si se estuviera quemando por dentro.

Matthew se quedó mirando—. ¿Ha terminado Grace con mi hermano?

—No. —La sonrisa de James desapareció—. Todavía se van a casar.

—¿Entonces tal vez está planeando matar a Charles? —dijo Matthew.

—Matthew, no suenes esperanzado con la perspectiva del asesinato. —Abriendo su armario, James sacó una chaqueta de combate y la sacudió—. No se va a casar con Charles porque lo ame. Se va a casar para liberarse de su madre. Cree que la influencia y poder de Charles la protegerá.

—Pero sin duda tú podrías protegerla —dijo Cordelia, en voz baja, incapaz de evitarlo.

Si el comentario había impresionado a James, no lo advirtió. La Máscara parecía estar de regreso con mayor fuerza. No pudo interpretar su cara.

—Tatiana quiere que Grace forme una alianza fuerte —dijo James—. Podría no estar completamente complacida, pero si Grace se casara conmigo, sería la guerra. Grace no lo aceptará. —Se abrochó los botones de la chaqueta—. Me ha hecho entender que todo lo que ha hecho, lo ha hecho porque me ama. Ahora yo debo hacer algo por ella.

En el fondo de su cabeza, Cordelia escuchó la voz de Alastair. «Todo lo que hace es para que él y yo podamos estar juntos».

Desde que regresaron a casa de Highgate, Alastair no había mencionado a Charles o nada que tuviese que ver con él. Había pasado la mayor parte del tiempo en casa, a menudo en la habitación de Cordelia mientras su pierna se curaba, leyéndole en voz alta las noticias de los periódicos. No salió en la noche. Vaya par eran Alastair y ella, vaya que sí, pensó Cordelia. Miserables en el amor.

—James —dijo Matthew tensamente—, después de lo que te hizo... No le debes nada.

—No es una deuda —dijo James—. Es porque la amo.

Era como si alguien hubiera tomado el corazón de Cordelia con un pequeño, afilado cuchillo y lo hubiera cortado en pedazos que formasen el nombre de James. Apenas podía respirar; escuchó su voz en la cabeza, suave y dulce:

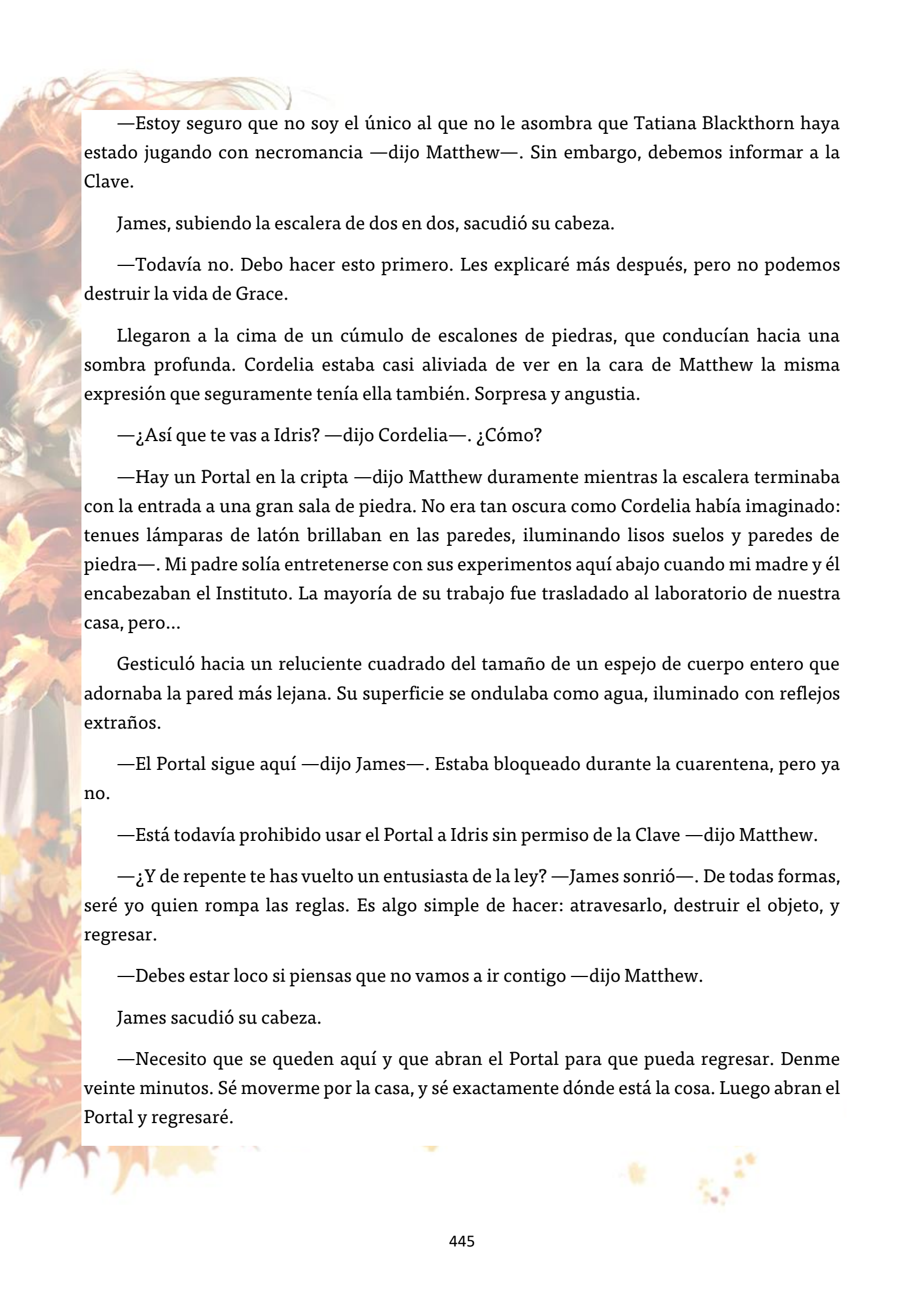
Daisy, mi ángel.

Sacudiendo su cabeza, James salió de la habitación. Después de intercambiar una sola mirada, Cordelia y Matthew lo siguieron. Se apresuraron por el pasillo tras James, a través del Instituto, ocasionalmente zigzagueando para evitar chocarse con los muebles.

—¿Qué está pasando? —inquirió Matthew, esquivando una armadura decorativa—. ¿Qué te ha pedido que hagas?

—Hay un objeto en la Mansión Blackthorn que debe ser destruido —dijo James, y rápidamente les contó la historia de la locura de Tatiana, el autómata mecánico y el hechizo de brujo que espera para darle vida. Que debía destruirlo, mientras Grace hacía todo lo posible para retener a su madre.

Había algo diferente, no solo en la expresión de James, sino en la manera en la que hablaba. No había dicho el nombre de Grace con ese tono desde que se comprometió con Charles. Las uñas de Cordelia cortaron su palma. Quería vomitar; quería gritar. Sabía que no haría ninguna de esas cosas. No gritaría... ¡no! Se habría ridiculizado al hacerlo.



—Estoy seguro que no soy el único al que no le asombra que Tatiana Blackthorn haya estado jugando con necromancia —dijo Matthew—. Sin embargo, debemos informar a la Clave.

James, subiendo la escalera de dos en dos, sacudió su cabeza.

—Todavía no. Debo hacer esto primero. Les explicaré más después, pero no podemos destruir la vida de Grace.

Llegaron a la cima de un cúmulo de escalones de piedras, que conducían hacia una sombra profunda. Cordelia estaba casi aliviada de ver en la cara de Matthew la misma expresión que seguramente tenía ella también. Sorpresa y angustia.

—¿Así que te vas a Idris? —dijo Cordelia—. ¿Cómo?

—Hay un Portal en la cripta —dijo Matthew duramente mientras la escalera terminaba con la entrada a una gran sala de piedra. No era tan oscura como Cordelia había imaginado: tenues lámparas de latón brillaban en las paredes, iluminando lisos suelos y paredes de piedra—. Mi padre solía entretenerse con sus experimentos aquí abajo cuando mi madre y él encabezaban el Instituto. La mayoría de su trabajo fue trasladado al laboratorio de nuestra casa, pero...

Gesticuló hacia un reluciente cuadrado del tamaño de un espejo de cuerpo entero que adornaba la pared más lejana. Su superficie se ondulaba como agua, iluminado con reflejos extraños.

—El Portal sigue aquí —dijo James—. Estaba bloqueado durante la cuarentena, pero ya no.

—Está todavía prohibido usar el Portal a Idris sin permiso de la Clave —dijo Matthew.

—¿Y de repente te has vuelto un entusiasta de la ley? —James sonrió—. De todas formas, seré yo quien rompa las reglas. Es algo simple de hacer: atravesarlo, destruir el objeto, y regresar.

—Debes estar loco si piensas que no vamos a ir contigo —dijo Matthew.

James sacudió su cabeza.

—Necesito que se queden aquí y que abran el Portal para que pueda regresar. Denme veinte minutos. Sé moverme por la casa, y sé exactamente dónde está la cosa. Luego abran el Portal y regresaré.

—No sé si es una buena idea —dijo Cordelia—. Ya nos hemos quedado y visto como desaparecías por un Portal, y mira cómo terminó...

—Sobrevivimos —dijo James—. Matamos al Mandikhor y herimos a Belial. Muchos dirían que terminó muy bien. —Se movió para pararse delante del Portal. Por un momento era solo una silueta, una sombra negra contra la superficie plateada tras él—. Espérenme —dijo, y por segunda vez en una semana, Cordelia observó como James Herondale desaparecía a través de un Portal frente a sus ojos.

Miró a Matthew. Él brillaba como uno de esos muebles amurados de latón con una chaqueta de terciopelo bronce y pantalones. Lucía como si estuviera listo para regresar al Callejón del Infierno, no para hacer guardia en una cripta.

—No trataste de detenerlo —dijo ella.

Matthew sacudió su cabeza.

—Esta vez no —dijo—. No tenía sentido. —La miró—. Realmente pensé que se había acabado. Incluso cuando Grace vino hoy, pensé que la rechazaría. Que quizás tú lo habías curado de esa peculiar enfermedad.

Las palabras aterrizaron como flechas. Pensé que lo habías curado. Había pensado lo mismo, de alguna manera; se había permitido creerlo, se había permitido esperar que el ofrecimiento de James a leer un libro con ella era algo más que el ofrecimiento de una amistad. Había leído sus ojos, sus expresiones, todo mal. ¿Cómo pudo haberse equivocado tanto? ¿Cómo pudo haber creído que él sentía lo mismo que ella cuando sabía que no?

—¿Es por lo de la Habitación de los Susurros? Eso verdaderamente fue solo una excusa. —Las palabras sonaban frágiles a sus propios oídos. No era verdad (no para ella, al menos), pero no dejaría que la compadecieran, ni Matthew ni nadie—. No era nada más.

—Me he dado cuenta que me alegra escuchar eso —dijo Matthew. Sus ojos estaban muy oscuros, el verde era solo un borde alrededor de la pupila mientras la miraba—. Me alegra que no estés herida. Y me alegra...

—No estoy herida. Solo que no lo entiendo —dijo Cordelia. Su voz parecía hacer eco en las paredes—. James parece una persona completamente distinta.

La boca de Matthew se retorció en una amarga media sonrisa.

—Ha sido así por años. A veces es el James de mi corazón, el amigo que siempre he amado. A veces está tras una pared de cristal y no puedo llegar a él sin importar cuanto golpee mis puños contra el cristal.

La Máscara, pensó Cordelia. Así que Matthew también la veía.

—Me debes encontrar ridículo —dijo Matthew—. Los parabatai deberían ser cercanos, y la verdad, no querría vivir en este mundo sin James. Sin embargo, él no me dice nada de lo que siente.

—No te encuentro ridículo, y desearía que no dijeras tales cosas —dijo Cordelia—. Matthew, puedes hablar tan mal como quieras de ti mismo, pero eso no lo hace real. Tú decides la verdad acerca de ti. Nadie más. Y la elección sobre el tipo de persona que serás es solo tuya.

Matthew la miró fijamente; por una vez, parecía estar sin palabras.

Cordelia acechó el Portal.

—¿Sabes cómo es la Mansión Blackthorn?

Matthew parecía como si regresara a la realidad.

—Claro que sí —dijo—. Pero solo han pasado diez minutos.

—No veo por qué debemos hacer lo que diga —dijo Cordelia—. Abre el Portal, Matthew.

Él la miró por un largo tiempo, y finalmente la esquina de su boca se crispó en una sonrisa.

—Eres bastante mandona para una chica cuyo apodo es Daisy —dijo, y se acercó al Portal. Colocó su palma contra la superficie, y brilló como agua agitada. Una imagen apareció lentamente desde el centro: un gran pilote de piedra en una mansión, dispuesto lejos sobre un extenso prado verde. El césped estaba descuidado, y las negras puertas de hierro ante la mansión llenas de zarzas retorcidas. Estaban abiertas, y a través del hueco Cordelia pudo ver la adusta fachada de piedra de la casa, provista con una docena de ventanas.

Mientras miraba, una de las ventanas explotó con llamas anaranjadas. Luego otra. El cielo sobre la mansión se tornó de un rojo oscuro y premonitorio.

Matthew maldijo.

—Está quemando la casa, ¿no? —dijo Cordelia.

—Malditos Herondales —dijo Matthew, con una épica desesperación—. Lo atravesaré...

—No solo, no lo harás —dijo Cordelia, y recogiendo las faldas de su vestido azul, saltó a través del Portal abierto.



Aunque Grace y Tatiana la habían abandonado recientemente, la Mansión Blackthorn tenía el aire de un lugar abandonado hace mucho tiempo. Una de las puertas laterales estaba abierta, y James se encontró en un vestíbulo vacío, iluminado solo por la luz de la luna derramándose a través de las grandes ventanas. El suelo estaba cubierto por un ligero y denso polvo, y encima de él colgaba una araña de cristal, tan enmarañada con telarañas que parecía una bola de lana gris.

Atravesó el vacío vestíbulo en la quietud de la luz de la luna y subió por la extensa curva de la escalera. Cuando llegó al segundo piso una viscosa capa de negrura cayó ante él: las ventanas superiores habían sido cubiertas con gruesas cortinas negras, y ninguna luz se escapaba de sus bordes.

Encendió su runa-piedra mágica; la cual iluminó el largo y polvoriento pasaje que se extendía delante de él. Mientras bajaba, sus botas crujían desagradablemente contra el suelo, y se imaginó a sí mismo pisando los secos huesos de diminutos animales mientras caminaba.

Al final del pasillo, frente a una pared curvada con ventanas cubiertas, estaba la criatura metálica: un alto monstruo de acero y cobre. En la pared de al lado, tal como lo recordaba, colgaba una espada de caballero con un pomo de rueda, una antigüedad oxidada.

James bajó la espada y, sin vacilar, la empuñó.

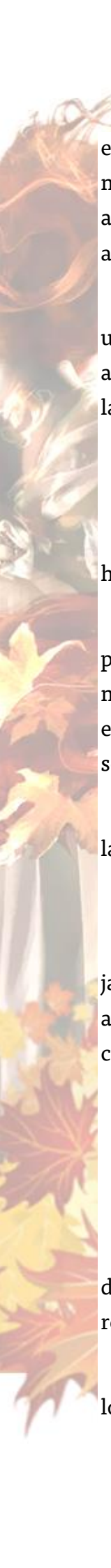
Cortó a través del torso del monstruo mecánico, rebanándolo por la mitad. La parte superior del cuerpo se estampó contra el suelo. James volvió a empuñar la espada, decapitando a la criatura; se sintió medio ridículo, como si estuviera cortando un enorme tarro en pedazos. Pero la otra parte de él estaba llena de rabia: rabia contra la inútil amargura que había consumido a Tatiana Blackthorne, que había convertido esa casa en una prisión para Grace, que había puesto agresivamente a Tatiana en contra de su propia familia y de todo el mundo.

Se detuvo, respirando fuertemente. El traje mecánico era una pila de chatarra metálica a sus pies.

Para, se dijo a sí mismo, y extrañamente, vio a Cordelia en su mente, sintió su mano en el brazo, calmándolo. Para.

Tiró la espada al suelo y se giró para irse; mientras lo hacía, escuchó una suave explosión.

La pila de metal triturado había empezado a arder como si fuera yesca. James dio un paso hacia atrás, mirando fijamente, mientras el fuego daba saltos para llegar a las telarañas



estiradas en las paredes: estas se encendieron como lazos ardientes. James guardó la piedra mágica en su bolsillo; el pasillo ya estaba encendido en carmesí y dorado, sombras extrañas agitando contra las paredes. El humo que se levantó de las ardientes cortinas era pesado y asfixiante, emitiendo una esencia agria y horrible.

Había algo hipnótico en las llamas que saltaban de un conjunto de cortinas a otro, como un ramo de flores siendo arrojado por el pasillo. Si James se quedaba allí, moriría arrodillado, asfixiándose en las cenizas de la amargura de Tatiana Blackthorn. Se giró y se dirigió hacia las escaleras.



Matthew no se molestó con una runa de apertura, solo golpeó la puerta frontal y corrió hacia adentro, Cordelia pisándole los talones. La entrada estaba llena de humo candente.

Cordelia miró a su alrededor horrorizada. Podía ver un salón con una alta chimenea: probablemente una vez fue un gran salón, pero ahora estaba cubierto de polvo y moho. Una mesa colgada de telarañas se encontraba en el medio, todavía con platos servidos: estos estaban cubiertos con comida podrida, y ratones y escarabajos negros corrían libremente sobre la superficie.

El suelo estaba recubierto de pesado polvo gris; un conjunto de pisadas serpenteaban por las escaleras. Cordelia señaló y dio un golpe en el hombro de Matthew.

—Por ahí.

Se dirigieron hacia las pisadas: en la cima se podía ver un infierno rugiente. Cordelia jadeó cuando James apareció desde el corazón de las llamas, corriendo escaleras abajo. Se arrojó sobre la barandilla mientras los escalones superiores se incendiaban, aterrizando en el centro de la entrada. Miró con incredulidad a Cordelia y Matthew.

—¿Qué están haciendo aquí? —inquirió sobre el rugido del fuego.

—¡Vinimos por ti, idiota! —gritó Matthew.

—¿Y cómo esperaban regresar?

—Hay un Portal aquí en el invernadero que conecta con el invernadero de Chiswick —dijo Cordelia. Grace se lo había dicho; se sentía como hace millones de años—. Podemos regresar por ahí.

Desde algún lugar dentro de la mansión vino un profundo y chirriante sonido, como si los huesos de un gigante se desmoronaran en polvo. Los ojos de Matthew se ampliaron.

—La casa...

—¡Está en llamas! ¡Sí, lo sé! —gritó James—. ¡A la puerta, rápido!

El camino hasta la entrada frontal era corto. Corrieron, sus pies levantando nubes de polvo. Casi habían alcanzado la puerta (Matthew estaba en el umbral), cuando la pared más cercana se derrumbó. Cordelia se tambaleó cuando una ola de aire caliente la golpeó; vio una viga de madera cubierta de yeso desprenderse de la pared y precipitarse hacia ella, escuchó a Matthew gritar su nombre, y luego algo la golpeó desde su costado. Rodó por el polvo, enredada con James, mientras la viga golpeaba el suelo con inmensa fuerza, destrozando el parqué.

Se atragantó, jadeó, y levantó la mirada: James la había quitado del camino de la madera que caía. Su cuerpo inmovilizaba el suyo contra el suelo. El color de sus ojos combinaba con el de las llamas a su alrededor; sintió su respiración, corta y fuerte, mientras se miraban el uno al otro a ciegas.

—¡James! —gritó Matthew, y James parpadeó y se puso de pie, agachándose para sujetar la mano de Cordelia. El azul de su vestido brilló tenuemente mientras se levantaba, salpicado con mil puntos diminutos de fuego resplandeciente donde las chispas habían aterrizado.

No era solo su vestido: todo estaba en llamas. Aturdidos, corrieron hacia la puerta frontal, donde Matthew estaba; se había quitado su chaqueta de terciopelo y la estaba usando para apagar las llamas que consumían el umbral. James se giró para levantar a Cordelia en brazos como si estuvieran en un extraño y ardiente ballet, llevándola a través del último estallido de llamas mientras estas se elevaban y consumían las puertas de entrada de la mansión.

Los tres se tambalearon a una buena distancia de la casa hacia la maleza y la descuidada hierba de los jardines. Al final se detuvieron, y James levantó su cabeza para mirar hacia la mansión. Estaba ardiendo alegremente, enviando gotas de humo negro, convirtiendo el cielo en el color de la sangre.


—Puedes bajar ya a Cordelia —dijo Matthew, un tono ácido en su voz. Estaba jadeando, todo su cabello lleno de hollín, su chaqueta de terciopelo abandonada.

James puso a Cordelia cuidadosamente en el suelo.

—¿Tu pierna...? —comenzó...

Ella trató de meter un mechón de su cabello tras su oreja y lo encontró lleno de cenizas.

—Está bien. Está bastante curada —dijo ella—. ¿Has, ah...?



—¿Quemado la casa? No a propósito —dijo James. Sus ya negras pestañas estaban llenas de hollín, su cara cubierta de manchas negras.

—¿Accidentalmente se quemó mientras estabas dentro? —gruñó Matthew.

—Si pudiera explicarme...

—No puedes. —Matthew sacudió su cabeza, esparciendo cenizas—. Se me acabó por completo la paciencia. ¡El banco de paciencia está agotado! ¡Ni siquiera estoy ampliando créditos de paciencia! Tú, yo y Cordelia vamos a ir a casa, y una vez en casa, te voy a regañar durante muchísimo tiempo. Prepárate.

James escondió una sonrisa.

—Haré exactamente eso. Mientras tanto, el invernadero. No deberíamos quedarnos aquí.

Cordelia y Matthew estuvieron de acuerdo fervientemente. Los tres se encaminaron al invernadero, el cual estaba vacío salvo por una vid, algunas botellas, y el Portal mismo, que relucía como un espejo, reflejando la deslumbrante luz roja del fuego.

James puso su mano sobre la superficie. Brilló, y Cordelia vio, como a distancia, la casa Blackthorn en Chiswick, y más allá de eso, el resplandeciente horizonte de Londres.

Ella lo atravesó.



La habitación de la Taberna del Diablo estaba cálida, un pequeño fuego ardiendo en la chimenea; Cordelia había pensado que ya nunca querría ver de nuevo el fuego, pero estaba contenta de tenerlo. Los Ladrones Felices estaban esparcidos a lo largo de los maltratados muebles: Christopher y Thomas encima del viejo sofá de cuero, James en un sillón, y Matthew en un asiento de la mesa redonda.

James se había quitado su chaqueta, la cual tenía muchos agujeros por quemaduras, y se había enrollado las mangas. Todos ellos habían hecho lo posible para limpiarse cuando llegaron a la taberna, pero todavía había hollín en su cuello, y en el pelo de Matthew y Cordelia, y el vestido azul marino Cordelia imaginaba que estaba completamente arruinado.

Matthew estaba girando una copa de cristal en su mano, mirando pensativamente al contenido ámbar pálido.

—Matthew, en serio, deberías beber un poco de agua —dijo Christopher—. El alcohol no te ayudará con la deshidratación después de haber inhalado todo ese humo.

Matthew alzó una ceja. Christopher no parecía afectado; Cordelia había notado cuando Christopher llegó primero que lucía un poco diferente: menos tímido y solemne, más confiado.

—El agua es la cerveza del diablo —dijo Matthew.

Cordelia miró a James, pero él solo dijo—: Por eso siempre estás dispéptico, Math. —Su expresión era ilegible. La Máscara se había caído brevemente en la Mansión Blackthorn, pensó, cuando le había salvado la vida. Ahora había regresado.

Se preguntó si estaba pensando en Grace. El dolor en su pecho había pasado de un dolor agudo a un palpito sordo que la lastimaba con cada latido.

Unos pasos sonaron en las escaleras, y Lucie irrumpió, casi tambaleándose bajo el peso de una pila de ropa: dos trajes para James y Matthew, y un vestido liso de algodón para Cordelia.

Fue recibida con una ronda de aplausos. Cuando Cordelia, James, y Matthew salieron del invernadero de Chiswick por primera vez, se dieron cuenta de que ninguno podría regresar a casa con aquel chamuscado aspecto. Incluso Will estaría apopléjico, James tuvo que admitir.

—Tenemos que empezar a mantener ropa de repuesto en la taberna para este tipo de incidencias —había dicho James.

—Más vale que no haya más de este tipo de incidencias —había dicho Matthew ceñudo.

Habían tomado un carruaje hasta la calle Fleet, donde habían sido recibidos con muchas miradas curiosas por parte de los clientes de la Taberna del Diablo. Matthew y Cordelia se habían refugiado en la habitación superior, mientras James rastreaba a algunos Irregulares y los enviaba a Thomas y Christopher con mensajes que decían que vinieran inmediatamente y trajeran ropa nueva para los tres. Thomas y Christopher, desgraciadamente, no habían podido hacerse con nada: habían venido corriendo, pero sin ropa extra. Un Irregular se envió inmediatamente a Lucie, lo cual, Cordelia señaló, era lo que debería haberse hecho en primer lugar. Lucie supo cómo conseguir las cosas.

Lucie dejó caer la ropa en el regazo de su hermano y lo miró.

—No me puedo creer —dijo—, ¡que hayas quemado la Mansión Blackthorn sin mí!

—Pero no estabas cerca, Luce —protestó James—. Fuiste a ver al tío James.

—Es cierto —dijo Lucie—. Solo que hubiese querido estar contigo. Nunca me gustó la mansión cuando creíamos. Además, siempre he querido quemar una casa.

—Te aseguro —dijo James—, que está sobrevalorado.

Lucie cogió el vestido del regazo de James e hizo un gesto a Cordelia para que la siguiera a la habitación contigua. Se dispuso a ayudar a Cordelia a desabrochar los enganches de la parte de atrás de su vestido azul.

—Lloraré por este —dijo Lucie, mientras se derrumbaba en el suelo en un montón carbonizado, dejando a Cordelia tan solo en enaguas y refajo—. Era muy hermoso.

—¿Huelo como una tostada quemada? —inquirió Cordelia.

—Un poco, sí —dijo Lucie, sosteniéndole a Cordelia el vestido de algodón—. Ponte este, lo tomé prestado del armario de mi madre. Un vestido de té, así que debería quedarte bien. —Observó a Cordelia reflexivamente—. Así que, ¿qué pasó? ¿Cómo terminó James quemando la Mansión Blackthorn?

Cordelia le contó lo que pasó mientras Lucie le ayudaba hábilmente a quitar la ceniza de su cabello y lo recogía en algo parecido a un estilo casual. Cuando terminó el relato, Lucie suspiró.

—Así que fue a petición de Grace —dijo—. Yo pensé... Esperé... Bueno, no importa. —Puso el cepillo en la mesa de noche—. Grace aún se va a casar con Charles, así que solo se puede esperar que James se olvide de ella.

—Sí —dijo Cordelia. Ella, también, había pensado y esperado eso. Ella, también, había estado equivocada. El dolor sordo en su pecho aumentó, como si le faltara una parte de sí misma, algún órgano vital sin el cual podía apenas respirar. Podía sentir el duro contorno de Layla y Majnum todavía asegurado dentro su chaqueta. Quizás debería haberlo tirado a las llamas de la mansión.

Regresaron a la sala principal, donde los Ladrones Felices parecían estar discutiendo entre ellos. Thomas se había unido a Matthew bebiendo brandy; los otros dos no.

—Todavía no puedo creer que hayas quemado una casa —dijo Thomas, brindando por James.

—La mayoría de ustedes nunca vieron la casa por dentro —dijo Lucie, posándose sobre el borde del sofá, cerca de James—. Eché un vistazo por las ventanas cuando era pequeña. Todas las habitaciones estaban llenas de podredumbre seca y escarabajos, y todos los relojes

daban las nueve menos veinte. Nadie pensará que se quemó por otra razón más que por negligencia.

—¿Es eso lo que les vamos a decir? —preguntó Christopher—. Al Enclave, quiero decir. Hay una reunión mañana que considerar.

James colocó sus dedos bajo su barbilla. El brazalete de su muñeca derecha brillaba.

—Debería estar dispuesto a confesar lo que hice, pero me gustaría dejar a Matthew y Cordelia fuera de esto, y no puedo hablar sobre la razón por la que fui en primer lugar. Rompería la promesa que le hice a Grace.

Christopher lucía confundido.

—¿Entonces tenemos que inventarnos una razón?

—Siempre podrías decir que la quemaste para mejorar las vistas de la Mansión Herondale —dijo Matthew—. O quizá para elevar el valor de la propiedad.

—O podrías decir que eres un pirómano incorregible —dijo Lucie animadamente.

Thomas aclaró su garganta.

—Me parece —dijo—, que mucha gente se verá perjudicada si contaras la historia de lo que pasó anoche. Mientras que, si se guardaran la historia, una vieja y malvada casa llena de objetos de magia negra habría sido destruida, junto con un peligroso autómata. Yo les recomendaría encarecidamente que no dijeran nada.

Matthew parecía perplejo.

—¿En serio? ¿Nuestro honrado Thomas, quien tan a menudo aconseja honestidad?


Thomas se encogió de hombros.

—No en todas las situaciones. Sí que creo que la Clave debería enterarse con el tiempo de las peligrosas inclinaciones de Tatiana. Pero parece que la pérdida de la Mansión Blackthorn la dejará inofensiva por un tiempo.

—Una vez que Grace y Charles anuncien su compromiso formalmente —dijo James en voz baja—. Lo podemos hacer entonces.

—Me alegra mantenerlo en silencio por ahora —dijo Cordelia—. Fue, después de todo, la petición de Grace, y deberíamos protegerla.

James le lanzó una mirada de agradecimiento. Ella bajó la mirada, retorciendo la tela de su vestido entre sus dedos.



—Es una pena, en realidad, que nadie vaya a saber cómo James, Cordelia y Matthew son héroes por detener un plan de ataque demoníaco a Idris —dijo Lucie.

—Nosotros siempre lo sabremos —dijo Thomas, y levantó su copa—. Por ser héroes en secreto.

—Por permanecer al lado del otro sin importar qué —dijo Matthew, levantando su copa, y mientras todos vitoreaban y brindaban, Cordelia sintió la banda de acero alrededor de su corazón aflojarse, solo un poquito.

22

LAS REGLAS DEL COMPROMISO

Traducido por: A_herondale & Lost Carstairs

Corregido por: Cortana, BLACKTHORN & Lady_Herondale

“¿Mi querida Melia, de vuelta por fin!

¿Quién esperaría verte por aquí?

¿Con tanta riqueza, con ropas tan bellas?

“Soy una perdida”, le contestó ella.”

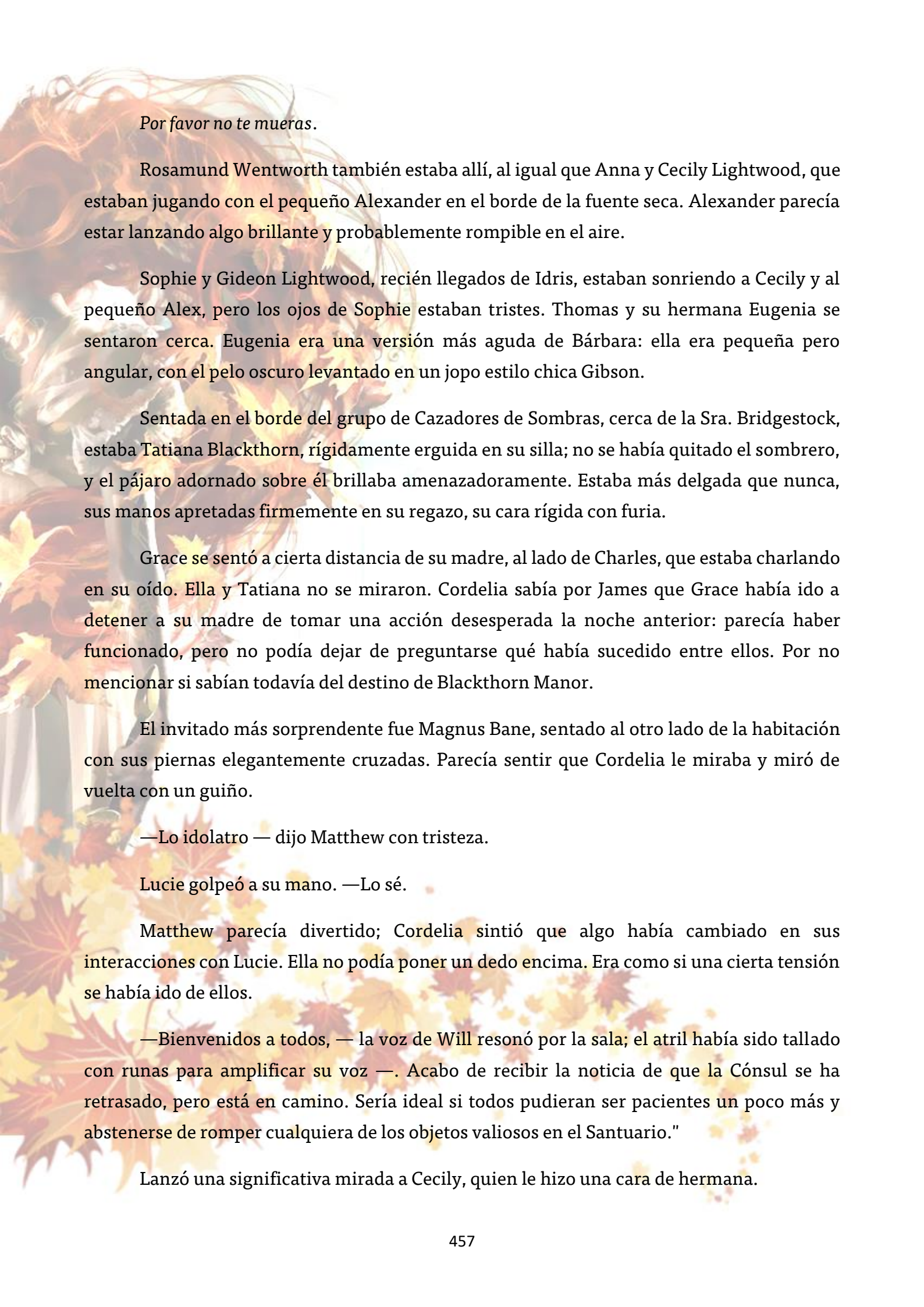
—Thomas Hardy, “La moza perdida”

Cordelia nunca había asistido a una reunión de todo el Énclave. Su familia se había mudado con mucha frecuencia hasta este verano, y ella todavía era menor de edad. Por suerte, como muchos jóvenes Cazadores de Sombras habían estado directamente involucrados con los incidentes bajo discusión, el límite de edad se había eliminado para la reunión. Todos habían aprovechado la oportunidad de asistir; Lucie incluso había traído sus materiales de escritura con ella, en caso de que estuviera inspirada.

El Santuario había sido establecido para ser un lugar de reunión, con filas de sillas frente a un atril. Estatuas doradas de Raziel fueron colocadas en cada alcoba, y Tessa había colgado tapices que mostraban los escudos de todas las familias de cazadores de sombras de Londres en las paredes. James y Christopher habían estado sentados en la parte delantera de la habitación. Cada silla estaba ocupada y muchos estaban de pie; la habitación estaba llena a reventar. Cordelia había ido con su familia, pero se había separado de Alastair y Sona para poder sentarse con Lucie y Matthew.

Will Herondale se levantó en el atril, guapo con un abrigo gris y un chaleco con pantalones a rayas; parecía estar teniendo una discusión amistosa con Gabriel Lightwood mientras Tessa miraba. El Inquisidor Bridgestock no estaba lejos, radiando.

Lucie se apresuró a señalar a Cordelia todos los presentes que se habían recuperado del veneno: Ariadne Bridgestock estaba allí, luciendo tranquila y muy hermosa en un vestido morado profundo, con un lazo a juego en su pelo oscuro. Cordelia no podía dejar de recordar a Anna alcanzando la mano de Ariadne cuando ella yacía inmóvil, sus hinchados ojos cerrados.



Por favor no te mueras.

Rosamund Wentworth también estaba allí, al igual que Anna y Cecily Lightwood, que estaban jugando con el pequeño Alexander en el borde de la fuente seca. Alexander parecía estar lanzando algo brillante y probablemente rompible en el aire.

Sophie y Gideon Lightwood, recién llegados de Idris, estaban sonriendo a Cecily y al pequeño Alex, pero los ojos de Sophie estaban tristes. Thomas y su hermana Eugenia se sentaron cerca. Eugenia era una versión más aguda de Bárbara: ella era pequeña pero angular, con el pelo oscuro levantado en un jopo estilo chica Gibson.

Sentada en el borde del grupo de Cazadores de Sombras, cerca de la Sra. Bridgestock, estaba Tatiana Blackthorn, rígidamente erguida en su silla; no se había quitado el sombrero, y el pájaro adornado sobre él brillaba amenazadoramente. Estaba más delgada que nunca, sus manos apretadas firmemente en su regazo, su cara rígida con furia.

Grace se sentó a cierta distancia de su madre, al lado de Charles, que estaba charlando en su oído. Ella y Tatiana no se miraron. Cordelia sabía por James que Grace había ido a detener a su madre de tomar una acción desesperada la noche anterior: parecía haber funcionado, pero no podía dejar de preguntarse qué había sucedido entre ellos. Por no mencionar si sabían todavía del destino de Blackthorn Manor.

El invitado más sorprendente fue Magnus Bane, sentado al otro lado de la habitación con sus piernas elegantemente cruzadas. Parecía sentir que Cordelia le miraba y miró de vuelta con un guiño.

—Lo idolatro — dijo Matthew con tristeza.

Lucie golpeó a su mano. —Lo sé.

Matthew parecía divertido; Cordelia sintió que algo había cambiado en sus interacciones con Lucie. Ella no podía poner un dedo encima. Era como si una cierta tensión se había ido de ellos.

—Bienvenidos a todos, — la voz de Will resonó por la sala; el atril había sido tallado con runas para amplificar su voz —. Acabo de recibir la noticia de que la Cónsul se ha retrasado, pero está en camino. Sería ideal si todos pudieran ser pacientes un poco más y abstenerse de romper cualquiera de los objetos valiosos en el Santuario."

Lanzó una significativa mirada a Cecily, quien le hizo una cara de hermana.

—Mientras tanto.

Will se quedó sorprendido cuando Charles se le unió en el atril. Llevaba un esmerilado y formal abrigo, su pelo rojo resbalaba hacia atrás y relucía.

—Me gustaría dar las gracias a todo el mundo por depositar su confianza en mí como cónsul en funciones —dijo, su voz resonando por las paredes—. Como todos saben, el antídoto para esta terrible enfermedad fue desarrollado en el laboratorio de mi padre en Grosvenor Square.

Cordelia miró hacia Alastair. Para su grata sorpresa, Alastair giró sus ojos. De hecho, si Charles había estado esperando una ronda de aplausos, no llegó: la sala estaba en silencio.

Charles aclaró su garganta.

—Pero por supuesto hay muchos valientes Cazadores de Sombras que deberían ser reconocidos, además de mí. Christopher Lightwood, por supuesto, así como Cordelia Carstairs y James Herondale.

Tatiana Blackthorn se puso de pie. El pájaro de su sombrero tembló, pero en ese momento no parecía ridícula, como a menudo lo hacía. Parecía amenazadora.

—¡James Herondale es un fraude!— Gritó con voz ronca —¡Tiene lazos con demonios! ¡Sin duda trabajó en junto con ellos para orquestar estos ataques!

Lucie hizo un sonido de asombro. Un murmullo de sorpresa corrió alrededor de la habitación. El Inquisidor Bridgestock parecía absolutamente atónito. Cordelia miró a James: estaba sentado congelado, sin expresión alguna. Christopher tenía la mano en el hombro de James, pero James no se había movido.

Las manos de Matthew se cerraron en puños.

—Cómo se atreve.

Tatiana parecía elevarse sobre la multitud.

— ¡Niégalo, muchacho! —le gritó a James. —Tu abuelo era un demonio.

Cordelia trató de no mirar a ninguno de los Ladrones Felices, o a Lucie, tampoco. ¿Seguramente Tatiana no podía saber acerca de Belial? Seguramente solo estaba repitiendo lo que toda la Clave ya sabía, que Tessa era una bruja, y por lo tanto, James tenía sangre de

demonio.

James le dio una patada a la silla y se puso de pie, mirando hacia la habitación. Detrás de él, Will y Tessa se quedaron atónitos; Tessa estaba agarrando el hombro de Will, como si le rogara que no se moviera.

—No lo negaré —dijo, con una voz que derramaba desprecio—. Todo el mundo lo sabe. Es cierto, siempre ha sido cierto, y nadie aquí ha tratado de ocultarlo.

—¿No lo ves? —enfureció Tatiana. — ¡Conspiró con el enemigo! He estado recogiendo evidencia de sus complots.

—Entonces, ¿dónde está esa evidencia? —exigió Will. Estaba enrojecido de ira. — Maldita sea, Tatiana.

—Estaba en mi casa —siseó ella. — ¡En mi casa en Idris, lo reuní todo, pero entonces este chico, el engendro de este demonio, quemó mi casa hasta los cimientos! ¿Por qué iba a hacer eso, salvo para proteger su secreto?

Cordelia sentía como si su corazón se hubiera detenido. No se atrevía a mirar a ninguno de los otros, ni a Lucie, ni a Matthew, ni a Thomas. Ni siquiera podía mirar a James.

—Tatiana, — dijo Gabriel Lightwood, poniéndose en pie, y Cordelia pensó, "por supuesto, él es su hermano"—Tatiana, esto no tiene sentido. ¿Por qué no hemos oído nada sobre este fuego si ha ocurrido? De hecho, ¿cómo lo sabes?

La cara de Tatiana se retorció de rabia.

—Nunca has creído en mí, Gabriel. Incluso cuando éramos niños, no creíste nada de lo que dije. Sabes tan bien como yo que hay un portal entre Blackthorn Manor y Chiswick House. ¡Esta mañana fui a buscar unos papeles y encontré en la mansión un montón de cenizas humeantes!

Era el turno de Gideon para levantarse. El reciente dolor había puesto líneas profundas en su cara; la mirada dio de vuelta en su hermana era severa.

—Esa maldita casa era una trampa mortal porque te negaste a cuidarla. Al final se iba a quemar. Está muy mal que intentes arrastrar a James a esto, ¡muy mal!

— ¡Basta! ¡Todos ustedes! —gritó Bridgestock. Se había movido al atril, y su voz resonaba en voz alto por la habitación. —James Herondale, ¿hay algo de verdad en lo que dice



la Sra. Blackthorn?

—Por supuesto que no— Will comenzó.

La voz de Tatiana se elevó a un grito. —Le dijo a Grace que lo hizo ¡Pregúntale lo que dijo James!

—Oh Dios —susurró Matthew. Sus manos agarraron los brazos de su silla, sus dedos blancos. Lucie había dejado caer su pluma y su cuaderno: sus manos estaban temblando.

Grace comenzó a ponerse de pie. Sus ojos estaban caídos. Alguien en la multitud gritó que un juicio con la Espada Mortal aclararía las cosas; Tessa seguía agarrando a Will, pero parecía enferma del estómago.

Cordelia echó una mirada a James. Tenía el color de las cenizas viejas, sus ojos parecían arder, su cabeza lanzada hacia atrás. Él no se defendería, pensó. Nunca se explicaría.

Y luego estaba Grace. ¿Y si Grace pretendía decir la verdad? Charles se lanzaría sobre ella como lo había hecho con Ariadne. Él no tenía lealtad. Entonces ella sería presa fácil para su madre. Tenía mucho que perder.

—La verdad es, — Grace comenzó, en una voz apenas por encima de un susurro —. La verdad es que James...

Cordelia se puso de pie.

—La verdad es que James Herondale no quemó la Mansión Blackthorn anoche —dijo, con una voz tan fuerte que pensó que probablemente podrían oírla en la calle Fleet. —James no pudo haber estado en Idris. Estuvo conmigo. En mi dormitorio. *Toda la noche.*

El grito de asombro que rodeó la habitación habría sido casi satisfactorio, bajo otras circunstancias. Sona se desplomó contra Alastair, enterrando su cabeza en su pecho. Las cabezas se dieron la vuelta; ojos curiosos se fijaron en Cordelia. Su corazón latía como un martillo de viaje. Anna la miró con estupefacción. Will y Tessa parecían conmovidos.

Matthew puso su cara en sus manos.

Bridgestock estaba mirando a Cordelia con asombro.

— ¿Está lo suficiente segura de esto, señorita Carstairs?

Cordelia levantó su mentón. Sabía que estaba comprometida ahora, a los ojos de todo

el Enclave. Más que comprometida, estaba arruinada. Nunca estaría casada. Tendría suerte si la recibieran en las fiestas. Los cazadores de sombras eran menos estrictos que los mundanos sobre tales asuntos, pero una mujer joven que pasaba la noche sola con un hombre joven, en su dormitorio, no era material de matrimonio.

—Obviamente, estoy segura —dijo ella. — ¿En qué aspecto crees que estoy confundida?

Bridgestock se sonrojó. Rosamund Wentworth parecía como si hubiera resultado ser su cumpleaños aquel día. Cordelia no se atrevió a mirar a James.

Tatiana estaba parloteando. —Grace, díles que...

En una voz clara, Grace dijo: —Estoy segura que Cordelia está en lo cierto. James tiene que ser inocente.

Tatiana gritó. Fue un sonido horrible, como si hubiera sido apuñalada.

— ¡No! —se lamentó. — ¡Si no fue James, fue uno de ustedes!

—Apuntó con su dedo a la multitud, identificando a los Ladrones. — ¡Matthew Fairchild, Thomas Lightwood, Christopher Lightwood! Uno de ellos, uno de ellos es responsable, ¡lo sé!

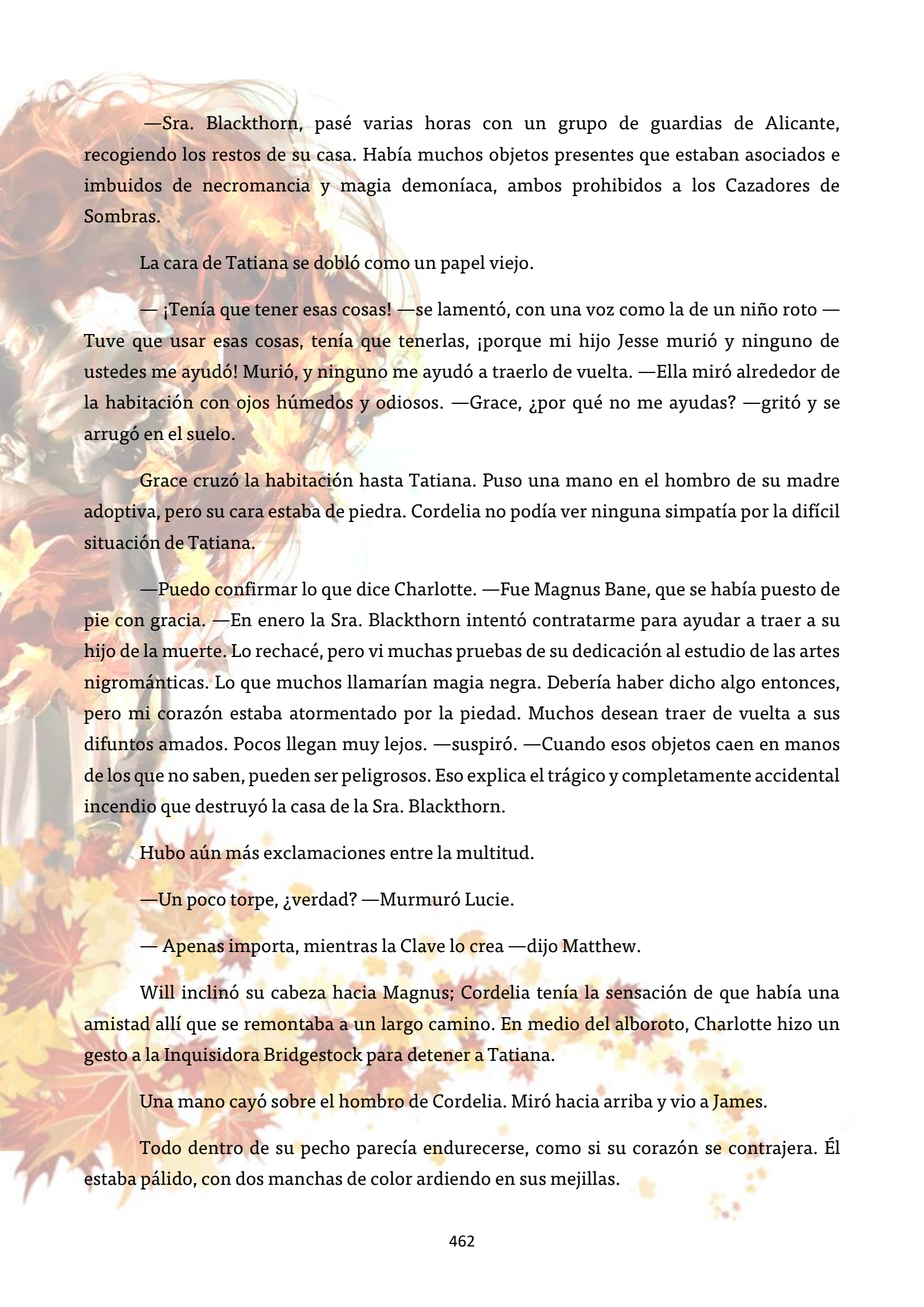
Murmullos de especulación se sacudieron a través de la multitud. Bridgestock estaba pidiendo orden. Cuando el caos se elevó, las puertas del Santuario se abrieron, y Charlotte Fairchild, la Cónsul, entró en la habitación.

Era una mujer pequeña, su pelo castaño oscuro estaba recogido en un simple moño. Había gris en sus sienes. Llevaba una blusa blanca de cuello alto y una falda oscura; todo en ella era limpio y pequeño, desde sus botas hasta sus gafas de montura dorada.

—Siento llegar tarde —dijo ella, en el tono practicado de alguien que solía lanzar su voz en voz alta para ser oída sobre una habitación llena de hombres. —Tenía planeado estar aquí antes, pero se me pidió que permaneciera en Idris para investigar un incendio que atacó a la mansión Blackthorn anoche.

— ¡Te lo dije! ¡Te dije que lo hicieron! —lloró Tatiana.

Charlotte apretó sus labios.



—Sra. Blackthorn, pasé varias horas con un grupo de guardias de Alicante, recogiendo los restos de su casa. Había muchos objetos presentes que estaban asociados e imbuidos de necromancia y magia demoníaca, ambos prohibidos a los Cazadores de Sombras.

La cara de Tatiana se dobló como un papel viejo.

— ¡Tenía que tener esas cosas! —se lamentó, con una voz como la de un niño roto — Tuve que usar esas cosas, tenía que tenerlas, ¡porque mi hijo Jesse murió y ninguno de ustedes me ayudó! Murió, y ninguno me ayudó a traerlo de vuelta. —Ella miró alrededor de la habitación con ojos húmedos y odiosos. —Grace, ¿por qué no me ayudas? —gritó y se arrugó en el suelo.

Grace cruzó la habitación hasta Tatiana. Puso una mano en el hombro de su madre adoptiva, pero su cara estaba de piedra. Cordelia no podía ver ninguna simpatía por la difícil situación de Tatiana.

—Puedo confirmar lo que dice Charlotte. —Fue Magnus Bane, que se había puesto de pie con gracia. —En enero la Sra. Blackthorn intentó contratarme para ayudar a traer a su hijo de la muerte. Lo rechacé, pero vi muchas pruebas de su dedicación al estudio de las artes nigrománticas. Lo que muchos llamarían magia negra. Debería haber dicho algo entonces, pero mi corazón estaba atormentado por la piedad. Muchos desean traer de vuelta a sus difuntos amados. Pocos llegan muy lejos. —suspiró. —Cuando esos objetos caen en manos de los que no saben, pueden ser peligrosos. Eso explica el trágico y completamente accidental incendio que destruyó la casa de la Sra. Blackthorn.

Hubo aún más exclamaciones entre la multitud.

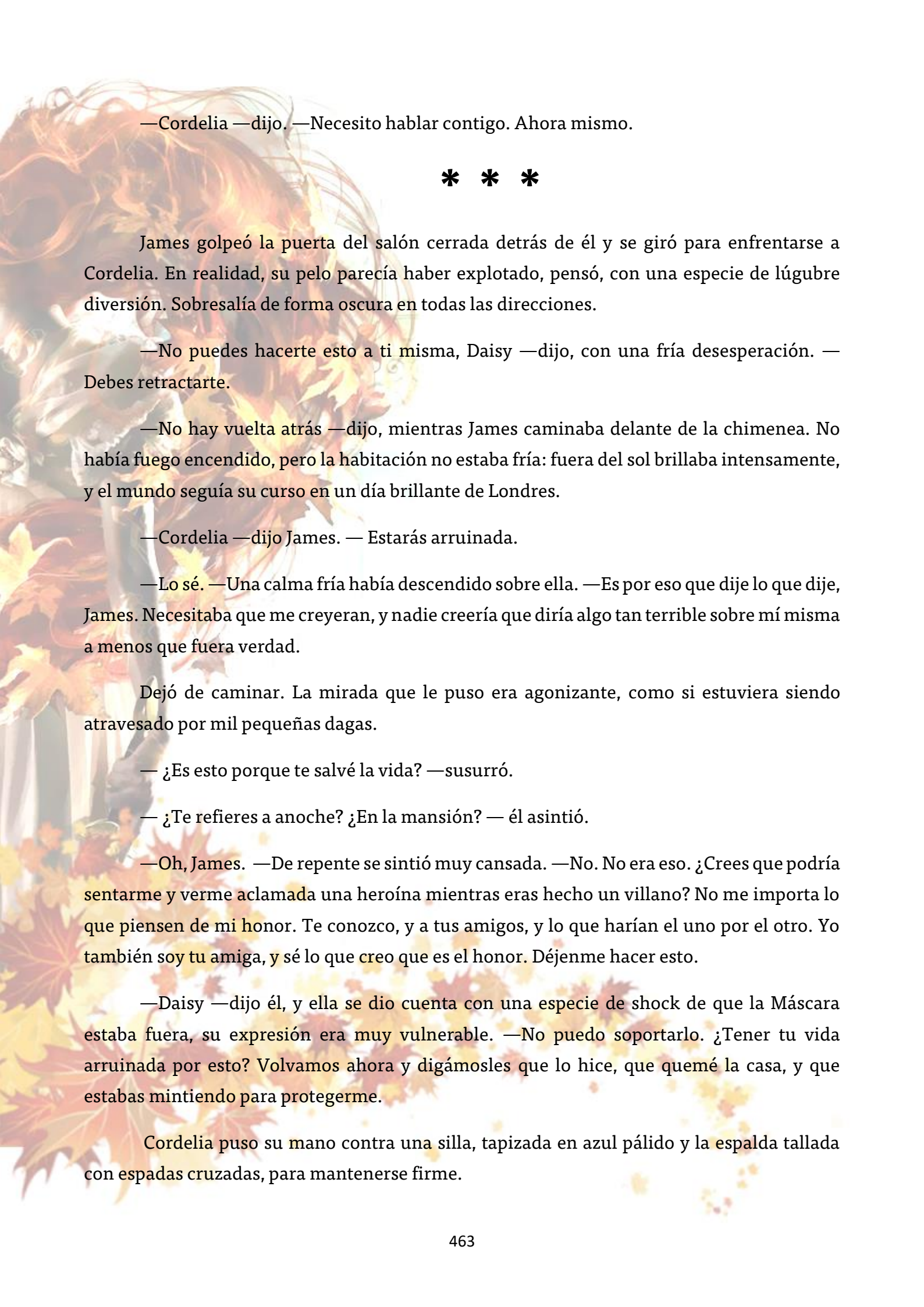
—Un poco torpe, ¿verdad? —Murmuró Lucie.

— Apenas importa, mientras la Clave lo crea —dijo Matthew.

Will inclinó su cabeza hacia Magnus; Cordelia tenía la sensación de que había una amistad allí que se remontaba a un largo camino. En medio del alboroto, Charlotte hizo un gesto a la Inquisidora Bridgestock para detener a Tatiana.

Una mano cayó sobre el hombro de Cordelia. Miró hacia arriba y vio a James.

Todo dentro de su pecho parecía endurecerse, como si su corazón se contrajera. Él estaba pálido, con dos manchas de color ardiendo en sus mejillas.



—Cordelia —dijo. —Necesito hablar contigo. Ahora mismo.

* * *

James golpeó la puerta del salón cerrada detrás de él y se giró para enfrentarse a Cordelia. En realidad, su pelo parecía haber explotado, pensó, con una especie de lúgubre diversión. Sobresalía de forma oscura en todas las direcciones.

—No puedes hacerte esto a ti misma, Daisy —dijo, con una fría desesperación. — Debes retractarte.

—No hay vuelta atrás —dijo, mientras James caminaba delante de la chimenea. No había fuego encendido, pero la habitación no estaba fría: fuera del sol brillaba intensamente, y el mundo seguía su curso en un día brillante de Londres.

—Cordelia —dijo James. — Estarás arruinada.

—Lo sé. —Una calma fría había descendido sobre ella. —Es por eso que dije lo que dije, James. Necesitaba que me creyeran, y nadie creería que diría algo tan terrible sobre mí misma a menos que fuera verdad.

Dejó de caminar. La mirada que le puso era agonizante, como si estuviera siendo atravesado por mil pequeñas dagas.

— ¿Es esto porque te salvé la vida? —susurró.

— ¿Te refieres a anoche? ¿En la mansión? — él asintió.

—Oh, James. —De repente se sintió muy cansada. —No. No era eso. ¿Crees que podría sentarme y verme aclamada una heroína mientras eras hecho un villano? No me importa lo que piensen de mi honor. Te conozco, y a tus amigos, y lo que harían el uno por el otro. Yo también soy tu amiga, y sé lo que creo que es el honor. Déjenme hacer esto.

—Daisy —dijo él, y ella se dio cuenta con una especie de shock de que la Máscara estaba fuera, su expresión era muy vulnerable. —No puedo soportarlo. ¿Tener tu vida arruinada por esto? Volvamos ahora y digámosles que lo hice, que quemé la casa, y que estabas mintiendo para protegerme.

Cordelia puso su mano contra una silla, tapizada en azul pálido y la espalda tallada con espadas cruzadas, para mantenerse firme.

—Nadie lo creerá —dijo ella, dejando caer cada palabra en el silencio entre ellos como piedras en un estanque. Lo vio temblar. —Cuando se trata de la reputación de una mujer, si es sospechosa, es culpable. Así es como funciona el mundo. Sabía que creerían que era culpable, y ahora, no importa lo que digamos, nunca creerán que era inocente. Está hecho, James. No importa tanto. No necesito quedarme en Londres. Puedo volver al pueblo.

Mientras hablaba, sabía que así era como debía ser. Ella no era Anna, capaz de vivir un estilo de vida bohemio salvaje con el apoyo de su familia. Debía volver a Cirenworth, donde hablaba con los espejos por compañía. Ella se ahogaría lentamente en la soledad, y no habría ningún Londres de ensueño para vivir: sin la Taberna del diablo, sin luchar contra los demonios junto a Lucie, sin reírse hasta altas horas de la noche con los Ladrones.

Los ojos de James brillaron.

—Absolutamente no —dijo — ¿Y dejar que el corazón de Lucie se rompa porque ha perdido a su parabatai? ¿Dejaros vivir una vida solitaria de desgracia? No aceptaré eso.

—No puedo arrepentirme de mi elección —Cordelia dijo suavemente. —Haría lo mismo otra vez. Y no hay nada que cualquiera de nosotros puede hacer al respecto ahora, James.

Él no podía hacer el mundo justo, más de lo que ella podía. Sólo en las historias se recompensaba a los héroes; en la vida real, los actos de heroísmo quedaban sin recompensa, o eran castigados, y el mundo se encendía como siempre lo había hecho.

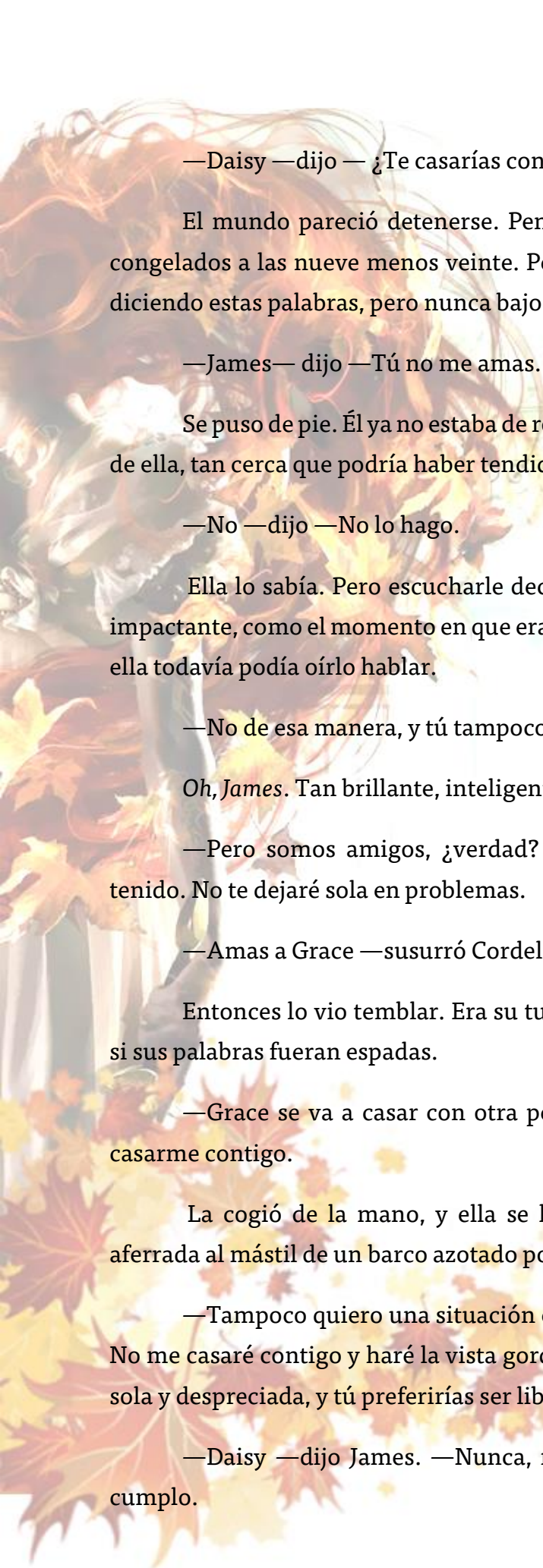
Puede que estuviera enfadado, pero estaba a salvo. Ella no lo sentía.

—Puedo pedirte una última cosa —dijo —Un último sacrificio por mí.

Como esa podría ser la última vez que lo viera, Cordelia dejó que sus ojos permanecieran en la cara de James. La curva de su boca, el arco de sus altos pómulos, las largas pestañas que ensombrecían sus pálidos ojos dorados. La débil marca de la estrella blanca en su cuello, justo donde su pelo oscuro casi tocaba su cuello.

— ¿Qué? —dijo Cordelia. —Si está en mi poder, lo haré.

Él dio un paso hacia ella. Ella podía ver que sus manos estaban temblando ligeramente. Un momento después estaba arrodillado en la alfombra frente a ella, su cabeza inclinada hacia atrás, sus ojos fijos en su cara. Se dio cuenta de lo que estaba a punto de hacer y levantó las manos para protestar, pero ya era demasiado tarde.



—Daisy —dijo — ¿Te casarías conmigo?

El mundo pareció detenerse. Pensó en los relojes de la Mansión Blackthorn, todos congelados a las nueve menos veinte. Pensó en las mil veces que había imaginado a James diciendo estas palabras, pero nunca bajo estas circunstancias. Nunca así.

—James— dijo —Tú no me amas.

Se puso de pie. Él ya no estaba de rodillas, y se alegró por ello, pero todavía estaba cerca de ella, tan cerca que podría haber tendido la mano y ponerla contra su pecho.

—No —dijo —No lo hago.

Ella lo sabía. Pero escucharle decirlo todavía se sentía como un golpe, inesperado e impactante, como el momento en que eras apuñalado. La sorpresa fue cuánto dolía. Distante, ella todavía podía oírlo hablar.

—No de esa manera, y tú tampoco me amas así —continuó James.

Oh, James. Tan brillante, inteligente y tan ciego.

—Pero somos amigos, ¿verdad? —dijo —Eres una de las mejores amigas que he tenido. No te dejaré sola en problemas.

—Amas a Grace —susurró Cordelia. — ¿No es así?

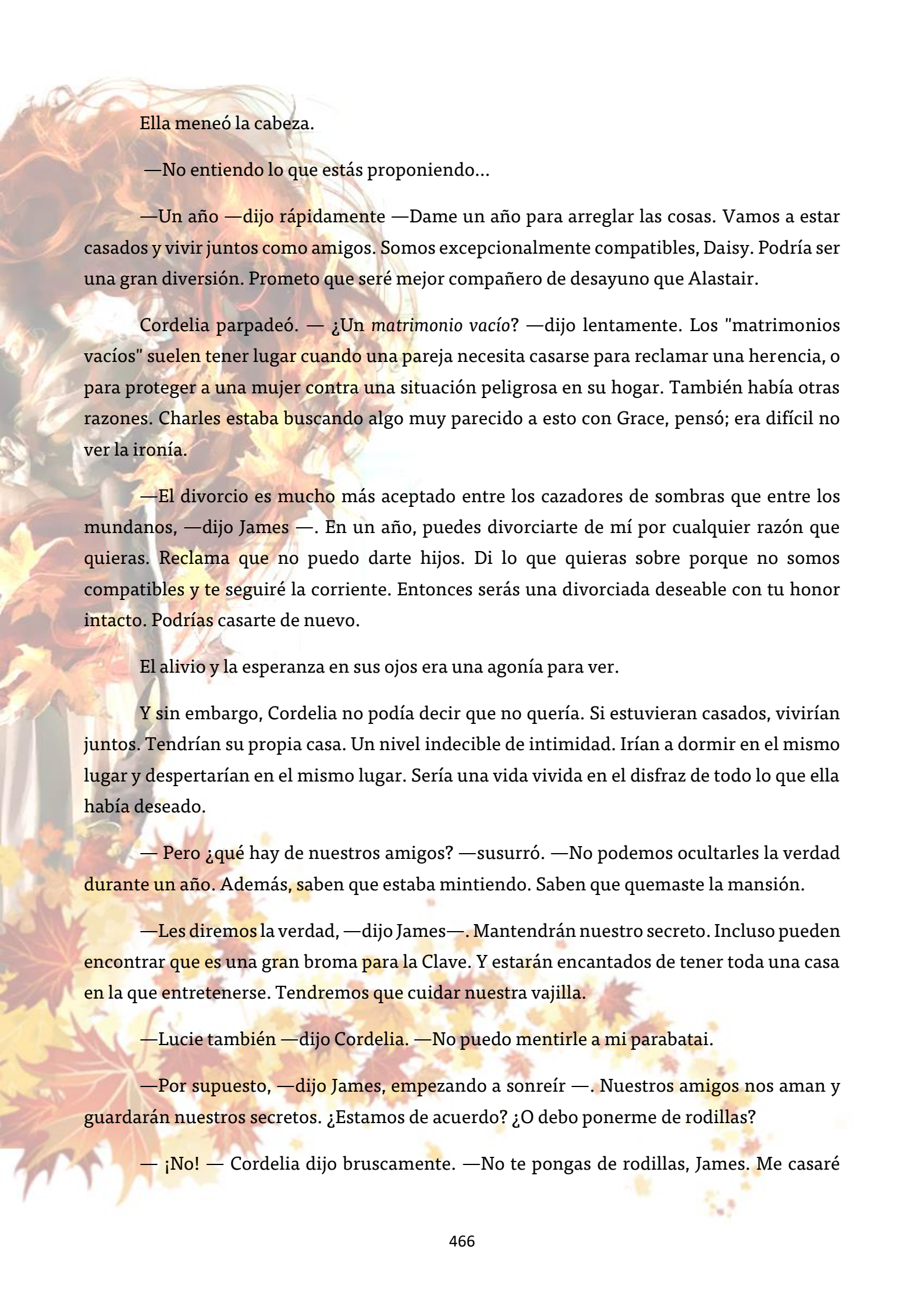
Entonces lo vio temblar. Era su turno de hacerle daño. Solo hablaban, pero era como si sus palabras fueran espadas.

—Grace se va a casar con otra persona —dijo James. —Soy perfectamente libre de casarme contigo.

La cogió de la mano, y ella se lo permitió: se sentía mareada, como si estuviera aferrada al mástil de un barco azotado por la tormenta.

—Tampoco quiero una situación en la que mi marido me sea infiel —dijo Cordelia — No me casaré contigo y haré la vista gorda ante lo que sea que hagas, James. Preferiría estar sola y despreciada, y tú preferirías ser libre.

—Daisy —dijo James. —Nunca, nunca te haría eso. Cuando hago una promesa, la cumplo.



Ella meneó la cabeza.

—No entiendo lo que estás proponiendo...

—Un año —dijo rápidamente —Dame un año para arreglar las cosas. Vamos a estar casados y vivir juntos como amigos. Somos excepcionalmente compatibles, Daisy. Podría ser una gran diversión. Prometo que seré mejor compañero de desayuno que Alastair.

Cordelia parpadeó. — ¿Un *matrimonio vacío*? —dijo lentamente. Los "matrimonios vacíos" suelen tener lugar cuando una pareja necesita casarse para reclamar una herencia, o para proteger a una mujer contra una situación peligrosa en su hogar. También había otras razones. Charles estaba buscando algo muy parecido a esto con Grace, pensó; era difícil no ver la ironía.

—El divorcio es mucho más aceptado entre los cazadores de sombras que entre los mundanos, —dijo James—. En un año, puedes divorciarte de mí por cualquier razón que quieras. Reclama que no puedo darte hijos. Di lo que quieras sobre porque no somos compatibles y te seguiré la corriente. Entonces serás una divorciada deseable con tu honor intacto. Podrías casarte de nuevo.

El alivio y la esperanza en sus ojos era una agonía para ver.

Y sin embargo, Cordelia no podía decir que no quería. Si estuvieran casados, vivirían juntos. Tendrían su propia casa. Un nivel indecible de intimidad. Irían a dormir en el mismo lugar y despertarían en el mismo lugar. Sería una vida vivida en el disfraz de todo lo que ella había deseado.

— Pero ¿qué hay de nuestros amigos? —susurró. —No podemos ocultarles la verdad durante un año. Además, saben que estaba mintiendo. Saben que quemaste la mansión.

—Les diremos la verdad, —dijo James—. Mantendrán nuestro secreto. Incluso pueden encontrar que es una gran broma para la Clave. Y estarán encantados de tener toda una casa en la que entretenerse. Tendremos que cuidar nuestra vajilla.

—Lucie también —dijo Cordelia. —No puedo mentirle a mi parabatai.

—Por supuesto, —dijo James, empezando a sonreír—. Nuestros amigos nos aman y guardarán nuestros secretos. ¿Estamos de acuerdo? ¿O debo ponerme de rodillas?

— ¡No! — Cordelia dijo bruscamente. —No te pongas de rodillas, James. Me casaré

contigo, pero no te pongas de rodillas.

—Por supuesto —dijo, y la comprensión en sus ojos rompió lo que quedaba de su corazón—. Deseas guardar esas cosas para el verdadero matrimonio que encontrarás después de esto. El amor te encontrará, Daisy. Es sólo un año.

—Sí, —dijo ella—. Sólo un año.

Se quitó el anillo Herondale, con su patrón de aves volando. Ella extendió su mano, y James lo deslizó sobre su dedo sin dudarlo. Cordelia miró mientras lo hacía, vio la caída de sus largas pestañas contra su mejilla, como tinta negra contra una página blanca.

El amor te encontrará.

El amor la había encontrado hace años, y ahora, y todos los días desde que había visto a James por primera vez en Londres. *No me amas*, le dijo. No tenía ni idea. Él nunca la tendría.

La puerta se abrió. Cordelia se sobresaltó, y Will entró por la puerta, su cara como un trueno. Tessa lo siguió, más tranquila, y Sona vino tras ella. Todos llevaban expresiones de furia sombría. Bueno, tal vez Tessa no, que parecía más preocupada, pensó Cordelia, y más resignada.

—Tatiana ha sido puesta en custodia por Bridgestock y el Cónsul —anunció Will, con sus ojos azules helados—. Bajo otras circunstancias, esto sería un gran alivio, considerando sus falsas acusaciones contra ti, James.

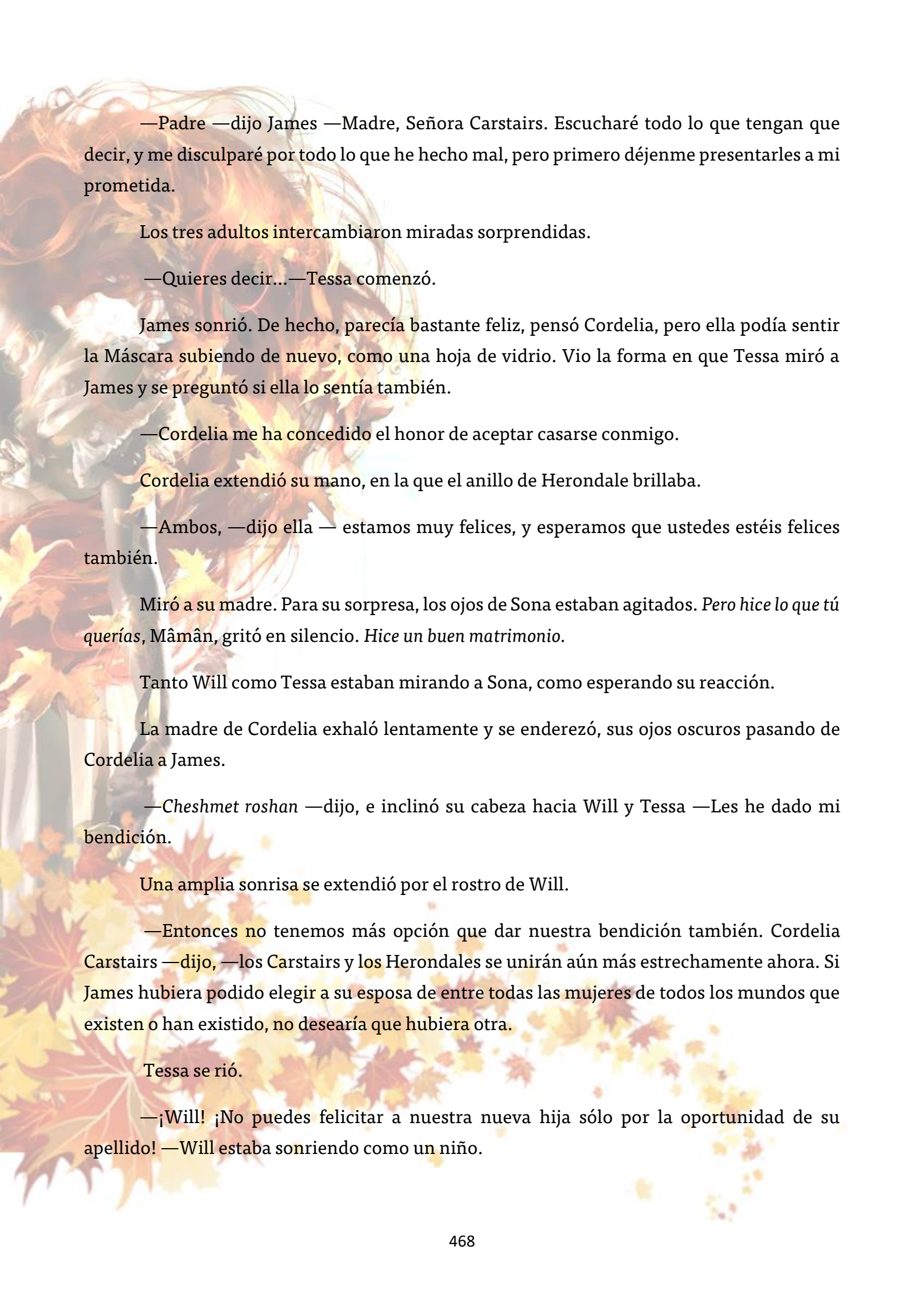
—Padre, entiendo por qué estás enfadado, pero...

—James. —Will dijo su nombre como un látigo. Había más que ira en sus ojos, aunque había una profunda herida que hizo a Cordelia querer encogerse. Solo podía imaginar el dolor que James sentía—. No puedo expresar lo decepcionados que Tessa y yo estamos contigo. Te hemos educado mejor que esto, tanto en cómo tratas a las mujeres como en cómo admites tus errores.

—Oh, Layla —dijo Sona. Su mirada era sombría— *¿Che kar kardi?*

¿Qué has hecho?

— ¡Basta! —James se movió delante de Cordelia para protegerla, pero Cordelia se adelantó para estar de pie junto a él. Debían enfrentar los problemas lado a lado. Si su acuerdo no significaba nada más, debía significar eso al menos.



—Padre —dijo James —Madre, Señora Carstairs. Escucharé todo lo que tengan que decir, y me disculparé por todo lo que he hecho mal, pero primero déjenme presentarles a mi prometida.

Los tres adultos intercambiaron miradas sorprendidas.

—Quieres decir...—Tessa comenzó.

James sonrió. De hecho, parecía bastante feliz, pensó Cordelia, pero ella podía sentir la Máscara subiendo de nuevo, como una hoja de vidrio. Vio la forma en que Tessa miró a James y se preguntó si ella lo sentía también.

—Cordelia me ha concedido el honor de aceptar casarse conmigo.

Cordelia extendió su mano, en la que el anillo de Herondale brillaba.

—Ambos, —dijo ella — estamos muy felices, y esperamos que ustedes estén felices también.

Miró a su madre. Para su sorpresa, los ojos de Sona estaban agitados. *Pero hice lo que tú querías, Mâmân*, gritó en silencio. *Hice un buen matrimonio.*

Tanto Will como Tessa estaban mirando a Sona, como esperando su reacción.

La madre de Cordelia exhaló lentamente y se enderezó, sus ojos oscuros pasando de Cordelia a James.

—*Cheshmet roshan* —dijo, e inclinó su cabeza hacia Will y Tessa —Les he dado mi bendición.

Una amplia sonrisa se extendió por el rostro de Will.

—Entonces no tenemos más opción que dar nuestra bendición también. Cordelia Carstairs —dijo, —los Carstairs y los Herondales se unirán aún más estrechamente ahora. Si James hubiera podido elegir a su esposa de entre todas las mujeres de todos los mundos que existen o han existido, no desearía que hubiera otra.

Tessa se rió.

—¡Will! ¡No puedes felicitar a nuestra nueva hija sólo por la oportunidad de su apellido! —Will estaba sonriendo como un niño.

—Espera a que le diga a Jem...

La puerta se abrió de golpe, y Lucie entró.

—Estaba escuchando en la puerta —anunció, sin vergüenza alguna. — ¡Daisy! ¡Vas a ser mi hermana!

Ella corrió hacia Cordelia y la abrazó. Alastair entró en la habitación, demasiado tranquilo, pero sonriendo cuando Cordelia lo miró. Estaba tan cerca de la alegre escena que Cordelia siempre había soñado. Solo tenía que intentar olvidar que Will podría haber deseado que se uniera a su familia, pero si James hubiera sido libre de elegir, habría elegido a otra persona.



Solo horas más tarde de esa misma noche, Cordelia se enteró de lo que le había pasado a Tatiana, por Alastair, quien, ella asumió, había oído la historia de Charles.

A Tatiana se le había mostrado una relativa indulgencia. La opinión general del Énclave era que la muerte de su hijo le había trastornado la mente, y que, aunque lo que había hecho en respuesta, buscar la ayuda de brujos que practicaban la magia negra para colaborar con ella en la nigromancia, era reprobable, ella se había vuelto loca por el dolor. Todos recordaron la pérdida de Jesse y la compadecieron; en lugar de ser encerrada en la Ciudad Silenciosa, o que le quitaran las marcas, Tatiana sería enviada a vivir con las Hermanas de Hierro en la Ciudadela Infracta.

Casi una prisión, pero no del todo, como lo describió Alastair.

Grace se mudaría con los Bridgestock. Aparentemente Ariadne había insistido; Alastair teorizó que podría ser una forma de que los Bridgestock guardaran las apariencias y dieran la impresión de que el compromiso de Ariadna y Charles se había disuelto amistosamente.

—Qué extraño —dijo Cordelia. Se preguntó por qué Ariadna había hecho tal demanda. Incluso aunque no quisiera casarse con Charles, ¿por qué querría vivir con Grace? Cordelia sospechaba que había más sobre la bella Ariadne Bridgestock de lo que aparentaba.

—Hay más —dijo Alastair. Estaba sentado a los pies de la cama de su hermana. Cordelia estaba apoyada contra sus almohadas, cepillando su largo cabello—. Van a liberar a nuestro padre.

—¿Liberar? —Cordelia se sentó en posición vertical, con el corazón desbocado—. ¿A qué te refieres?

—Los cargos en su contra han sido disueltos —dijo Alastair—, todo el lioso asunto se ha sido considerado un accidente. Volverá a Londres en quince días.

—¿Por qué lo dejarían libre, Alastair?

Él le sonrió, aunque no iluminaba sus ojos—. Es por ti, tal como querías. Lo lograste, Cordelia, ahora eres una heroína. Eso cambia las cosas. Que sentencien a tu padre por un crimen de negligencia que ni siquiera recuerda, sería un gesto mal acogido. La gente quiere ver que las cosas se arreglen, después de tantas pérdidas y horror. Quieren ver familias reunidas—. Aun incluso más por el bebé.

—¿Cómo saben sobre el bebé?

Los ojos de Alastair se alejaron de ella, su distinguida señal, el pequeño gesto que mostraba que estaba mintiendo, el cual tenía desde que era un niño pequeño.

—No lo sé. Alguien debió haberles dicho.

Cordelia no podía hablar. Era todo lo que había querido, durante tanto tiempo. Liberar a su padre, salvar a su familia. Había sido su mantra, las palabras que había cantado una y otra vez para sí misma mientras se dormía por la noche. Ahora no sabía cómo se sentía.

—Alastair —susurró—, la razón por la que fui a la Ciudad Silenciosa con Matthew y James fue para hablar con el primo Jem. Sé que *Mâmân* quería que padre fuera a las Basilias como paciente. Pensé que tal vez si le explicáramos a la Clave sobre su enfermedad, porque es una enfermedad, ellos probablemente lo dejarían ser tratado ahí en lugar de ser encarcelado.

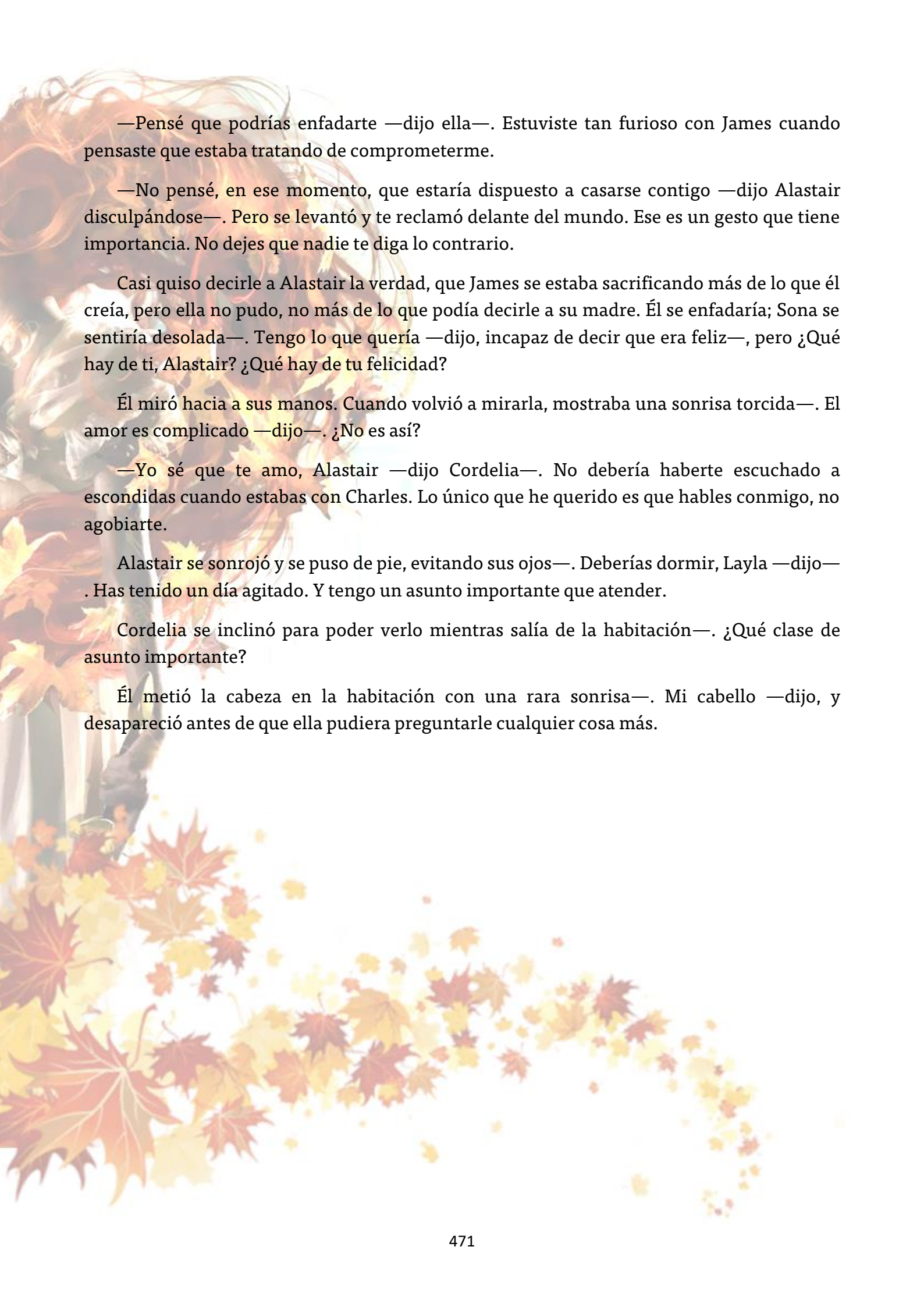
—Ah, por el Ángel, Cordelia. —Alastair se cubrió los ojos con las manos por un largo momento. Cuando las dejó caer, sus oscuros ojos estaban preocupados—. ¿Habrías estado de acuerdo con ello? ¿Con todos sabiendo sobre su problema?

—Así como te dije antes, Alastair. No es nuestra vergüenza. Sino suya.

Alastair suspiró—. No lo sé. Padre siempre se rehusó a ir a las Basilias. Decía que no le gustaban los Hermanos Silenciosos, pero creo que siempre estuvo preocupado de que vieran la verdad a través de él. Imagino que ese es el porqué de siempre mantener al primo Jem alejado de nuestra familia. —Tomó una respiración profunda—. Si lo que quieres, para él, es que vaya a las Basilias, deberías escribirle y decírselo. Tú eres la última en la familia que no sabía su secreto. Lo que hagas ahora podría marcar una diferencia.

Cordelia colocó su cepillo a un costado, el alivio la recorrió finalmente—. Esa es una buena idea. Alastair...

—¿Eres feliz, Layla? —dijo él. Señaló el anillo Herondale en su mano—. Sé que es lo que querías.



—Pensé que podrías enfadarte —dijo ella—. Estuviste tan furioso con James cuando pensaste que estaba tratando de comprometerme.

—No pensé, en ese momento, que estaría dispuesto a casarse contigo —dijo Alastair disculpándose—. Pero se levantó y te reclamó delante del mundo. Ese es un gesto que tiene importancia. No dejes que nadie te diga lo contrario.

Casi quiso decirle a Alastair la verdad, que James se estaba sacrificando más de lo que él creía, pero ella no pudo, no más de lo que podía decirle a su madre. Él se enfadaría; Sona se sentiría desolada—. Tengo lo que quería —dijo, incapaz de decir que era feliz—, pero ¿Qué hay de ti, Alastair? ¿Qué hay de tu felicidad?

Él miró hacia a sus manos. Cuando volvió a mirarla, mostraba una sonrisa torcida—. El amor es complicado —dijo—. ¿No es así?

—Yo sé que te amo, Alastair —dijo Cordelia—. No debería haberte escuchado a escondidas cuando estabas con Charles. Lo único que he querido es que hables conmigo, no agobiarte.

Alastair se sonrojó y se puso de pie, evitando sus ojos—. Deberías dormir, Layla —dijo—. Has tenido un día agitado. Y tengo un asunto importante que atender.

Cordelia se inclinó para poder verlo mientras salía de la habitación—. ¿Qué clase de asunto importante?

Él metió la cabeza en la habitación con una rara sonrisa—. Mi cabello —dijo, y desapareció antes de que ella pudiera preguntarle cualquier cosa más.

23

NADIE QUE AMA

Traducido por: Lost Carstairs, Fairchild, Ale Blackthorn ☯ & Lady_Herondale ☯

Corregido por: Lady_Herondale ☯, Nay Herondale & Lovelace

“No dejes que nadie que ama sea llamado totalmente infeliz. Incluso el amor no correspondido tiene su arcoíris.”

—J. M. Barrie, *El Pequeño Ministro*

Lucie no pudo evitar estar impresionada, a pesar de su creencia de que estaba mal estar impresionado por los padres de uno mismo. Su madre había organizado al unísono la tradicional fiesta de compromiso de James y Cordelia en el momento de la noticia, pero estaba tan encantadora que uno pensaría que había estado planeándolo por semanas. El salón de baile estaba iluminado con festivas luces mágicas y velas, de las paredes colgaban cintas doradas de boda. Las mesas envueltas de encaje llevaban platos con dulces, todos con el tema del amarillo y el oro: pasteles de limón helados rellenos de crema, platos de cristal con fruta cristalizada, bombones en lujosos envoltorios dorados en una tarta de epergne, ciruela amarilla y albaricoque. Había arreglos florales en urnas sobre pilares alrededor del salón de baile: peonías, camelias cremosas, gavillas de altos gladiolos amarillos, rociadas de mimosa, rosas de oro pálido y narcisos. La sala estaba llena de gente feliz, la cuarentena había terminado, todos querían reunirse y chismorrear y felicitar a Will y Tessa por la felicidad de su descendencia.

Sin embargo, Tessa, incluso mientras deslizaba un brazo alrededor de la cintura de Will y sonreía a Ida Rosewain, quien había llegado con un enorme sencillo sombrero, parecía preocupada. Lucie supuso que la mayoría de la gente no lo vería, pero ella era una experta observadora de los estados de ánimo de su madre, y además, ella misma estaba preocupada.

Debería haber estado llena de alegría. Su hermano y su amiga más cercana iban a casarse. Este era un momento para ser feliz para siempre. Pero ella sabía la verdad, la que tanto James como Cordelia le habían dicho, que el matrimonio era una farsa, una formalidad para salvar la reputación de Cordelia. Tessa y Will no lo sabían, ni nadie quería decírselo. Dejemos que piensen que James será feliz con Cordelia. Que piensen que todo era real. Lucie misma deseaba pensar que era real, y si no podía ser el caso, ella deseaba tener alguien con quien hablar de ello. Todo los Ladrones Felices habían decidido pensar de este matrimonio como si fuera una broma por parte de James, y ella apenas podía expresar sus preocupaciones a Cordelia y hacerla sentir incluso peor de lo que seguramente ya se sentía.

Tal vez la vida no era como en los libros. Tal vez la vida nunca iba a ser como en ellos. Su hermano, elegante en blanco y negro, se había unido a sus padres para saludar a los invitados. Gabriel y Cecily acababan recién de llegar con Anna, Alexander, y Christopher y distribuían abrazos y felicitaciones; Thomas ya había llegado con su familia. Los Fairchild también habían llegado más temprano, Matthew se separó inmediatamente de su familia para dirigirse a la sala de juegos. Mientras tanto, Charles estaba deambulando por ahí sacudiendo manos y en general tomando el crédito por el fin de los ataques. El sonido de los carruajes que sonaban en el patio hacía su propio tipo de música extraña mientras la habitación comenzaba a llenarse: los Bridgestock llegaron, Ariadne delgada pero brillante... y con ellos, Grace Blackthorn.

Lucie tiró ansiosamente del medallón alrededor de su garganta. Grace estaba encantadora como la recién primavera en un vestido verde pálido, su pelo blanco-rubio recogido en un cascada de rizos. Habiendo visto Chiswick House de cerca, Lucie de nuevo se preguntó cómo Grace siempre lucía tan espléndida aun cuando vivía en una gran pila de ladrillos sucios.

Bueno, ella *había* vivido allí. Ahora vivía con los Bridgestock, y lo haría hasta su matrimonio con Charles. Esto no era una celebración para Grace, pensó Lucie, mirando el pálido rostro de la otra chica mientras saludaba a Will y Tessa. James estaba perfectamente compuesto, tanto él como Grace casi dolorosamente educados al recibir sus felicitaciones. ¿Si quiera le *importaba* a Grace? se preguntó Lucie. Ella fue la que rompió con James, se iba a casar con Charles, y Lucie no quería perdonarla por romper el corazón de James.

Y sin embargo, vio a Grace excusarse y caminar con dificultad por la habitación hacia Charles. Se saludaron como si fueran extraños o socios de negocios, pensó. Oh, cómo deseaba poder hablar con Jesse. Tal vez él podría decirle cómo se sentía realmente su hermana. Tal vez podría él decirle más que eso...

—Ella está aquí —susurró una voz al oído de Lucie—. La invitada de honor.

—¿Te refieres a Cordelia? —Lucie se giró para ver a Jessamine rondando a su lado cerca de las altas puertas francesas que daban al balcón de piedra. A través de ellas, se podía ver una farola a lo lejos, que proyectaba un extraño halo sobre el cristal. Jessamine, sin embargo, no tenía proyección.

—Se ve encantadora —dijo Jessamine. Sonrió misteriosamente y desapareció en dirección a la mesa de los postres. Los fantasmas no podían comer, pero Jessamine todavía disfrutaba mirando los pasteles.

Cordelia sí que lucía encantadora. Llegó con su madre y su hermano, Sona lucía regia en un vestido verde y *roosari* de terciopelo negro, Alastair... bueno, Lucie apenas notó a Alastair hasta que le entregó su sombrero a la criada y pudo ver que se había vuelto a teñir el cabello a su negro natural. Destacaba de forma llamativa contra el marrón de su piel.

Y luego, ahí estaba Cordelia, vestida con un vestido ceñido de seda azul oscuro y tul dorado, con las mangas fruncidas y un broche opalescente que reunía la seda y gasa en una roseta entre sus pechos. Risa había colocado en su cabello perlas que resplandecían entre las hebras de color rojo oscuro.

James sostuvo sus manos y la besó en la mejilla. Tanto él como Cordelia parecían conscientes de cuánta gente los estaba mirando y probablemente susurrando. El anuncio de Cordelia en la reunión de la Enclave, a pesar de que había llevado al matrimonio, seguía siendo la sorpresa del momento.

Enfadada por sus comportamientos, Lucie comenzó a abrirse camino a través de la habitación hacia su familia. Fue interceptada por Thomas, quien cargaba a su pequeño primo Alexander. La tía Cecily y el tío Gabriel claramente habían asignado responsable de Alexander a Thomas mientras se dedicaban a la fiesta. Era bastante tierno ver al alto y musculoso Thomas cargando cuidadosamente a un niño, aunque Lucie nunca se lo diría para que no se le subiera a la cabeza.

—Luce —dijo Thomas—. Debo ir a saludar a Cordelia y a Alastair. ¿Podrías coger a este horrible mocoso?

—No soy un mocoso —dijo Alexander, que estaba chupando un trozo de regaliz.

—Podría —reconoció Lucie—. Aunque, necesariamente no quiero.

—Matthew —exigió Alexander sombríamente. Matthew era su favorito seudo pariente—. Oscar.

—No creo que Oscar haya sido invitado, amiguito —dijo Thomas—. Ya sabes, siendo él un perro.

—Creo que es mejor que vayas a buscar a Matthew —dijo Lucie, ya que Alexander parecía estar a punto de sumirse en la desesperación. Thomas le dio un sarcástico saludo y se dirigió dentro de la multitud, que no había hecho más que crecer. Lucie vio con cierto placer que Magnus Bane había aparecido, vestido más bien como un pirata, con botones de rubí en su chaleco y joyas de rubí en sus orejas. Él definitivamente elevó el tono de la fiesta.

Estaba en medio del salón cuando Charles, tambaleándose un poco como si hubiera bebido de más, subió a un banco bajo y golpeó su anillo familiar contra su vaso—. ¡Disculpenme! —habló, mientras el ruido de la habitación empezaba a calmarse—. Me gustaría decir algunas palabras.



Los Herondale habían sido apremiantemente amables, dándole la bienvenida a Cordelia a su familia. Ella no sabía cómo mirarlos a la cara, sabiendo que todo era una mentira. No era la nueva hija de Will y Tessa. Ella y James se divorciarían en un año.

James estaba también siendo terriblemente amable. En el tiempo transcurrido desde el compromiso, Cordelia se había convencido a sí misma de que de alguna manera lo había atrapado en matrimonio. Sabía perfectamente bien que, si no hubiera arruinado su reputación para protegerlo, él estaría en las prisiones de la Ciudad Silenciosa. Había estado obligado a proponérsele después de eso.

Él le sonreía cada vez que la miraba, esa encantadora sonrisa que parecía decir que ella era un milagro o una manifestación divina. Pero no ayudaba; James tenía un buen corazón, eso era todo. Él no la amaba, y eso no cambiaría.

Para su inmensa sorpresa, Alastair había sido un gran apoyo a lo largo de los últimos días. Le había llevado té, le había contado chistes, había jugado al ajedrez con ella, y generalmente mantuvo su mente alejada de las cosas. Habían hablado muy poco sobre el regreso de Elías. No creía que él la hubiera dejado sola en casa en absoluto, ni siquiera para ir a ver a Charles.

Hablando del rey de Roma, Charles se había subido a un banco y estaba gritando que tenía algo que decir, creando un alboroto que rápidamente llamó la atención de todos en la sala. Todos parecían inmensamente sorprendidos, incluidos Tessa y Will. Sona frunció el ceño, pensando claramente que Charles estaba siendo grosero. Ella no sabía ni la mitad, Cordelia pensó sombríamente.

—¡Déjenme ser el primero en brindar por la feliz pareja! —dijo Charles, haciendo exactamente eso—. Por James Herondale y Cordelia Carstairs. Deseo añadir personalmente que James, el *parabatai* de mi hermano, siempre ha sido como un hermano menor para mí.

—Un hermano menor al que acusó de hacer vandalismo a los invernaderos de nuestra justa nación —murmuró Will.

—En cuanto a Cordelia Carstairs... ¿Cómo describirla? —continuó Charles.

—Especialmente cuando uno ni se ha tomado la molestia de conocerla en absoluto— murmuró James.

—Es tan hermosa como *leal* —dijo Charles, haciendo que Cordelia se pregunte cuál era la diferencia—, además de ser valiente. Estoy seguro de que hará a James tan feliz como mi adorable Grace me hace a mí. —Sonrió a Grace, que permaneció en silencio cerca de él, su rostro como una máscara—. Así es. Estoy anunciando formalmente mi intención de esposar a Grace Blackthorn. Todos ustedes estarán invitados, por supuesto.

Cordelia miró a Alastair; él estaba inexpresivo, pero sus manos, metidas en los bolsillos, estaban hechas puños. James había entrecerrado los ojos.

Charles siguió alegremente—. Y, por último, mi agradecimiento es hacia la gente de la Enclave, quienes apoyaron mis actos como Cónsul durante nuestros más recientes problemas. Soy joven para tener tanta responsabilidad, pero ¿qué podría haber dicho cuando el deber llama? Solo esto. Me honra la confianza de mi madre, el amor de mi futura esposa y la creencia de mi pueblo...

—¡Gracias, Charles! —James había aparecido al lado de Charles y había hecho algo bastante ingenioso con sus pies que causó que el banco en el que Charles había estado parado se volcara. C cogió a Charles por el hombro mientras se deslizaba por el suelo, palmeándole la espalda. Cordelia dudaba que la mayoría de los que estaban en el salón habían notado nada raro—. ¡Qué excelente discurso!

Magnus Bane, con un aspecto diabólicamente divertido, chasqueó los dedos. Los lazos de cintas doradas que colgaban de las lámparas de araña crearon formas de garzas voladoras mientras que “For He’s Jolly Good Fellow” empezaba a tocar de forma fantasmal en el solitario piano. James alejó a Charles del banco al que se había subido y se lo llevó a una multitud de simpatizantes. El salón, como conjunto, parecía aliviado.

—Hemos criado a un buen hijo, cariño —dijo Will, besando a Tessa en la mejilla. Miró a Cordelia y sonrió—. Y no podríamos haber pedido a una chica más encantadora para que sea su esposa.

Alastair parecía como si quería alejarse. Cordelia no lo culpó—. Gracias, Sr. Herondale —dijo ella—. Espero estar a la altura de sus expectativas.

Tessa parecía sorprendida—. ¿Por qué te preocuparías por eso?

—Cordelia se preocupa —dijo Alastair inesperadamente—. A causa de los idiotas que murmuran sobre nuestro padre y nuestra familia. No debería dejar que la molesten.

Tessa puso una mano suave en el hombro de Cordelia—. Los crueles siempre esparcirán rumores —dijo—. Y otros que se complacen en esa crueldad les creerán y los esparcirán. Pero yo creo que al final, la verdad gana. Además —añadió con una sonrisa—, las mujeres más interesantes son siempre de las que más murmuran.

—¡Muy cierto! —dijo Charles, apareciendo de repente en medio de ellos. Alastair lo miró intensamente—. ¿Puedo hablar con Alastair por un momento? Es un asunto privado.

Tomó a Alastair por el codo y comenzó a llevarlo hacia uno de los rincones más sombríos del salón. La mano de Alastair salió disparada y cogió la muñeca de Cordelia. Para su inmensa sorpresa, se vio arrastrada detrás de ellos.

Cuando Charles se detuvo y se giró para enfrentar a Alastair, se vio tan sorprendido como Cordelia se sentía—. Ah, Cordelia —dijo, con cara perpleja—. Esperaba hablar con tu hermano a solas.

—No —dijo Alastair, sorprendiendo a Cordelia—. Ella se quedará.

—¿*Che kar mikoni*? —Cordelia siseó—. Alastair, ¿qué estás haciendo? Debería ir...

—No quiero hablar contigo a solas, Charles —Empezó Alastair—. Seguramente recibiste mi carta.

Charles se sonrojó—. No creí que lo dijeras en serio.

—Lo hacía —dijo Alastair—. Cualquier otra cosa que tengas que decir puedes hacerlo frente a mi hermana. Ella no le contará a nadie tus secretos.

Charles parecía resignado—. Muy bien —dijo estrechamente—. No te he visto desde la reunión. Pasé por tu casa, pero Risa dijo que no estabas.

—No pienso estar en casa para ti nunca más —dijo Alastair uniformemente. Cordelia intentó volver a liberarse, pero Alastair aún estaba sujetando su muñeca firmemente—. Debí haber terminado contigo cuando te comprometiste con Ariadne —le dijo a Charles, color llameando sus mejillas—. Debí haberlo hecho cuando la abandonaste de una manera tan terrible. Ahora estás comprometido una vez más, y me he dado cuenta de que nunca te importaré o a alguien más, ni la mitad de lo que haces por tu carrera.

Su agarre en Cordelia se había aflojado. Ella pudo haberse ido, si hubiese querido, pero en ese momento entendió que Alastair la necesitaba allí. Se quedó, incluso cuando Charles se puso de color grisáceo.

—Alastair —dijo él—. Eso no es cierto. No hay otra manera.

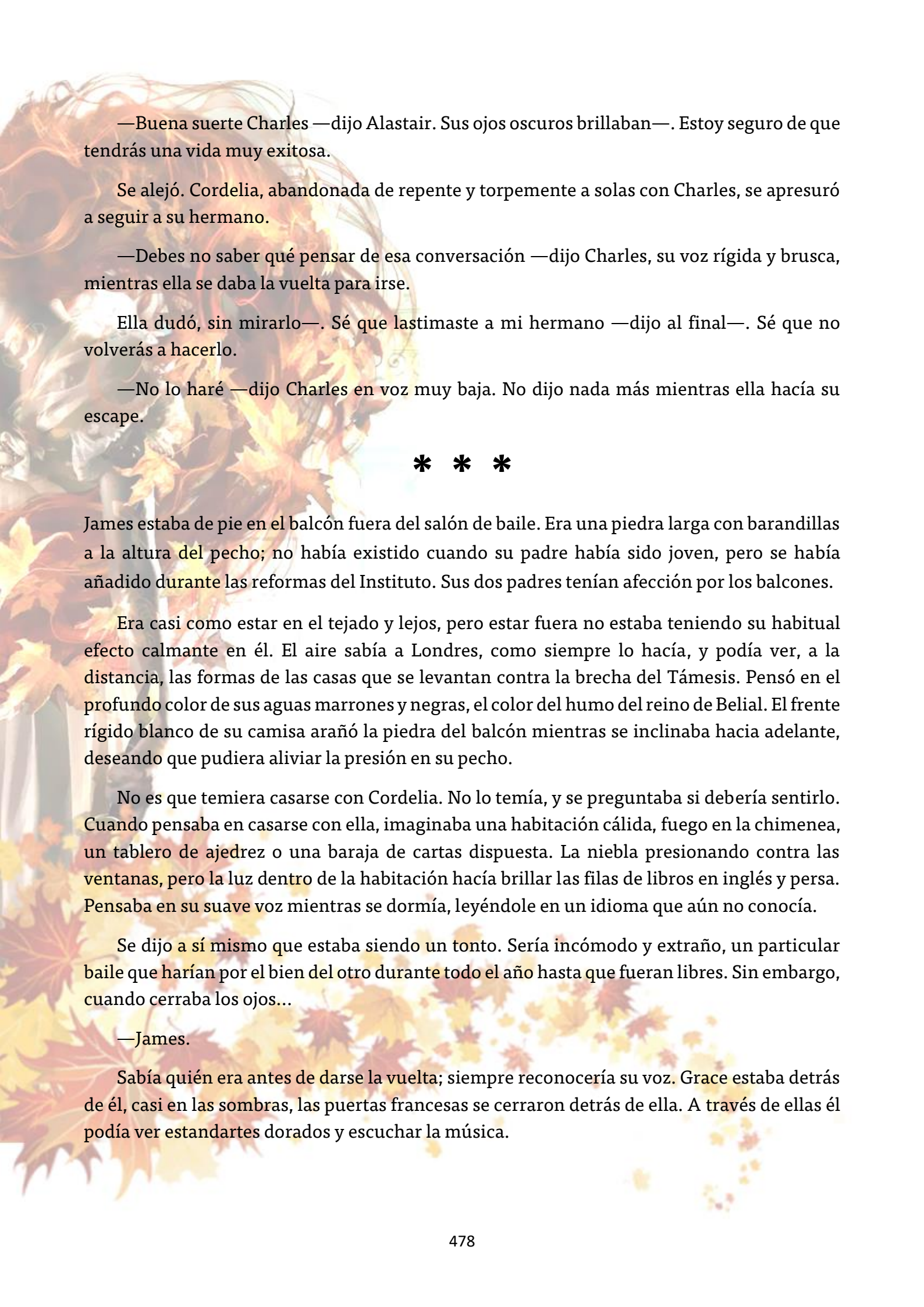
—Hay otros caminos —dijo Alastair—. Mira a Anna. Mira a Magnus Bane.

—No soy un bohemio, dispuesto a ser exiliado a los márgenes de la sociedad. Deseo ser Cónsul. Ser parte de la Clave. Importar.

El sonido que hizo Alastair fue mitad dolor, mitad agotamiento—. Y puedes tener todo lo que desees, Charles. Solo que no puedes tenerme a mí también. Deseo vivir mi vida, no esconderme en las sombras mientras te comprometes con una serie de mujeres en un intento de ocultar quién eres realmente. Si eliges eso para ti, es tu elección, pero no puedes elegir por mí.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme, entonces? ¿Después de estos años? Seguramente eso no puede ser todo —dijo Charles, y en ese momento no estaba siendo ridículo, como lo había sido cuando estaba brindando por sí mismo. Había verdadero dolor en sus ojos, pensó Cordelia. A su manera, amaba a Alastair.

Pero no era suficiente. Algunos tipos de amor no lo eran.



—Buena suerte Charles —dijo Alastair. Sus ojos oscuros brillaban—. Estoy seguro de que tendrás una vida muy exitosa.

Se alejó. Cordelia, abandonada de repente y torpemente a solas con Charles, se apresuró a seguir a su hermano.

—Debes no saber qué pensar de esa conversación —dijo Charles, su voz rígida y brusca, mientras ella se daba la vuelta para irse.

Ella dudó, sin mirarlo—. Sé que lastimaste a mi hermano —dijo al final—. Sé que no volverás a hacerlo.

—No lo haré —dijo Charles en voz muy baja. No dijo nada más mientras ella hacía su escape.



James estaba de pie en el balcón fuera del salón de baile. Era una piedra larga con barandillas a la altura del pecho; no había existido cuando su padre había sido joven, pero se había añadido durante las reformas del Instituto. Sus dos padres tenían afección por los balcones.

Era casi como estar en el tejado y lejos, pero estar fuera no estaba teniendo su habitual efecto calmante en él. El aire sabía a Londres, como siempre lo hacía, y podía ver, a la distancia, las formas de las casas que se levantan contra la brecha del Támesis. Pensó en el profundo color de sus aguas marrones y negras, el color del humo del reino de Belial. El frente rígido blanco de su camisa arañó la piedra del balcón mientras se inclinaba hacia adelante, deseando que pudiera aliviar la presión en su pecho.

No es que temiera casarse con Cordelia. No lo temía, y se preguntaba si debería sentirlo. Cuando pensaba en casarse con ella, imaginaba una habitación cálida, fuego en la chimenea, un tablero de ajedrez o una baraja de cartas dispuesta. La niebla presionando contra las ventanas, pero la luz dentro de la habitación hacía brillar las filas de libros en inglés y persa. Pensaba en su suave voz mientras se dormía, leyéndole en un idioma que aún no conocía.

Se dijo a sí mismo que estaba siendo un tonto. Sería incómodo y extraño, un particular baile que harían por el bien del otro durante todo el año hasta que fueran libres. Sin embargo, cuando cerraba los ojos...

—James.

Sabía quién era antes de darse la vuelta; siempre reconocería su voz. Grace estaba detrás de él, casi en las sombras, las puertas francesas se cerraron detrás de ella. A través de ellas él podía ver estandartes dorados y escuchar la música.

—Magnus Bane ha hecho que el piano funcione de alguna manera —dijo Grace en voz baja—, y la gente está bailando.

James agarró la barandilla de piedra del balcón, mirando hacia la ciudad. No había visto a Grace desde la reunión del Énclave, ni le había enviado ningún tipo de mensaje. Habría sido desleal con Cordelia—. Probablemente sea mejor que no hablemos, ya sabes.

—Puede que esta sea nuestra única oportunidad de poder hablar a solas —dijo Grace. Cuando él no respondió, ella dijo, con voz contraída—. Parece que el Ángel no quiere que estemos juntos, ¿no es así? Primero no pude romper con Charles por mi madre. Luego, en cuanto me liberé de ella, te comprometiste con Cordelia.

—No digas su nombre —dijo James, sorprendiéndose incluso a sí mismo con su vehemencia. Incluyó la cabeza, saboreando la lluvia y el metal—. Ella es la persona más amable...

—Sé que ella lo hizo por ti, James —dijo Grace silenciosamente—. Sé que no estabas con ella esa noche. Estabas en Idris, quemando la Mansión Blackthorn. Sé que ella dijo esa mentira para protegerte. No hubiera pensado que ella tenía tanta astucia, en realidad.

—No es astucia. Es generosidad —dijo James—. Un año perdido de su vida en un matrimonio que ella no podría desear, sólo para protegerme.

—¿Un año? —dijo Grace—. ¿Ese es el arreglo entre ustedes?

—No discutiré esto contigo —dijo James. El pecho le dolía como si se lo estuvieran comprimiendo. Apenas podía respirar.

—Debes odiarme —dijo Grace—, si todo esto es para protegerte de las consecuencias de lo que te pedí que hicieras.

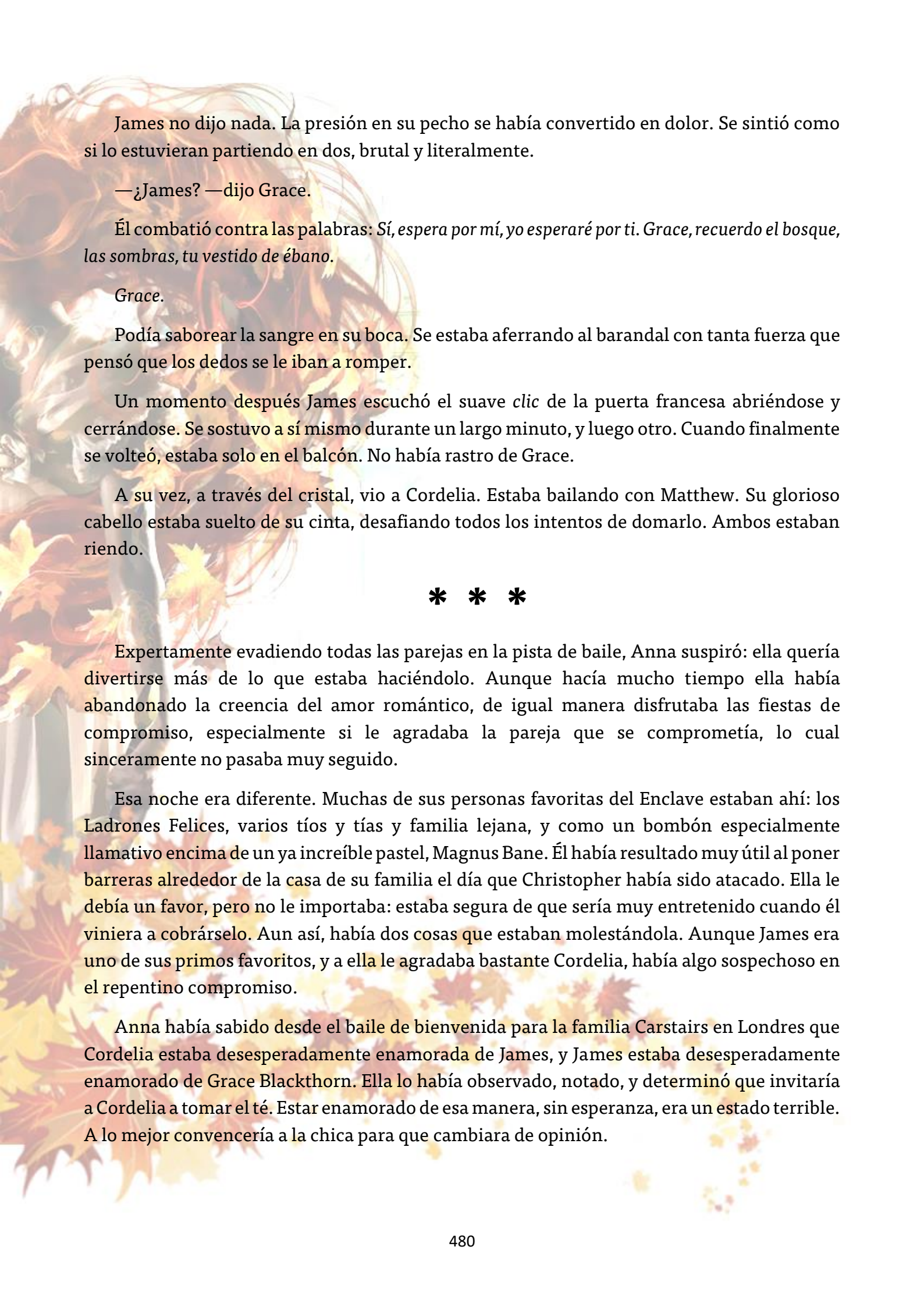
—No te culpo, Grace. Pero no podemos ser amigos. Sólo lo haría más difícil de lo que ya es.

Hubo una pausa. Ella estaba en la sombra, pero él la había visto en el salón de baile, en su vestido verde adornando con esmeraldas sus orejas. Él había reconocido los aretes. Habían sido de Charlotte. Ella debía habérselos dado a Charles como un regalo para Grace.

—Me alegra que tengas a Cordelia —dijo Grace.

—Me gustaría poder decirte lo mismo con respecto a Charles —dijo James—. Cordelia se merece algo mejor que esto. Haré todo lo que pueda en este año para hacerla feliz. Espero que Charles haga lo mismo por ti.

—Podría estar contigo en un año —dijo ella, con la voz casi un susurro—. Un largo compromiso con Charles, tú te divorcias de Cordelia, podría hacerse.



James no dijo nada. La presión en su pecho se había convertido en dolor. Se sintió como si lo estuvieran partiendo en dos, brutal y literalmente.

—¿James? —dijo Grace.

Él combatió contra las palabras: *Sí, espera por mí, yo esperaré por ti. Grace, recuerdo el bosque, las sombras, tu vestido de ébano.*

Grace.

Podía saborear la sangre en su boca. Se estaba aferrando al barandal con tanta fuerza que pensó que los dedos se le iban a romper.

Un momento después James escuchó el suave *clic* de la puerta francesa abriéndose y cerrándose. Se sostuvo a sí mismo durante un largo minuto, y luego otro. Cuando finalmente se volteó, estaba solo en el balcón. No había rastro de Grace.

A su vez, a través del cristal, vio a Cordelia. Estaba bailando con Matthew. Su glorioso cabello estaba suelto de su cinta, desafiando todos los intentos de domarlo. Ambos estaban riendo.



Expertamente evadiendo todas las parejas en la pista de baile, Anna suspiró: ella quería divertirse más de lo que estaba haciéndolo. Aunque hacía mucho tiempo ella había abandonado la creencia del amor romántico, de igual manera disfrutaba las fiestas de compromiso, especialmente si le agradaba la pareja que se comprometía, lo cual sinceramente no pasaba muy seguido.

Esa noche era diferente. Muchas de sus personas favoritas del Enclave estaban ahí: los Ladrones Felices, varios tíos y tías y familia lejana, y como un bombón especialmente llamativo encima de un ya increíble pastel, Magnus Bane. Él había resultado muy útil al poner barreras alrededor de la casa de su familia el día que Christopher había sido atacado. Ella le debía un favor, pero no le importaba: estaba segura de que sería muy entretenido cuando él viniera a cobrarlo. Aun así, había dos cosas que estaban molestándola. Aunque James era uno de sus primos favoritos, y a ella le agradaba bastante Cordelia, había algo sospechoso en el repentino compromiso.

Anna había sabido desde el baile de bienvenida para la familia Carstairs en Londres que Cordelia estaba desesperadamente enamorada de James, y James estaba desesperadamente enamorado de Grace Blackthorn. Ella lo había observado, notado, y determinó que invitaría a Cordelia a tomar el té. Estar enamorado de esa manera, sin esperanza, era un estado terrible. A lo mejor convencería a la chica para que cambiara de opinión.

Ella había notado bastante rápido que Cordelia era fuerte y testaruda, y que, a ella, Anna, le simpatizaba bastante. Lo suficiente como para fervientemente desear que James abriera los ojos y se diera cuenta de lo que tenía frente a él. Había pensado que los vestidos podrían ayudar, y sintió gratificación al ver la mirada anonadada en la cara de James cuando había visto a Cordelia bailar en el Callejón Infernal⁶⁵. De hecho, Anna casi podría haber creído que James se había dado cuenta de que Cordelia era la chica para él—después de todo, Grace se había comprometido con Charles, así que eso estaba fuera de la mesa—de no haber sido por el repentino anuncio de Cordelia en la reunión del Enclave.

Había muchas cosas en las que Anna se sabía excelente, y una de esas era juzgar a la gente. Cordelia Carstairs, quien se sonrojaba ante la vista de un camisón seductivo, no pasaría la noche con un hombre con el que no estaba casada, incluso si era el amor de su vida. Tampoco James pondría en una posición comprometedora a una chica soltera. Anna apostaría su apartamento en la calle Percy sobre eso.

Mientras se deslizaba a través de la puerta hacia el final de la habitación, Anna le dirigió una mirada a Matthew y Cordelia bailando juntos. Cordelia se veía divertida, lo cual no era sorprendente: Matthew hacía reír a todos. No le podía ver la cara a Matthew, pero había algo en la manera en que él se inclinaba hacia Cordelia que perturbaba a Anna. Sin embargo, no podía ponerle nombre.

Will había salido a la pista de baile; todos eran puras sonrisas mientras él interrumpía para bailar con Cordelia. Pobre Cordelia, pensó Anna: era una tradición de los Nefilim bailar con la prospecta novia para dar buena suerte. Cordelia no conseguiría un momento a solas. Ella se veía bastante feliz bailando con su futuro suegro, por lo menos, y Matthew se fue a hablar con Thomas.

Matthew se veía feliz mientras bailaba, pensó Anna, pasando todo el salón hasta la sala de juegos. Esperaba que estuviera ya saliendo de la depresión de tantos años en la que había estado, a ella le había preocupado. Los Ladrones Felices eran como hermanitos menores para ella, y Matthew siempre había sido su compañero en travesuras y aventuras.

La sala de juegos estaba oscura. A Anna le gustaba estar ahí: era una habitación sin aníñar, sin lazos ni rosetones o adornos. El set de ajedrez que su padre le había dado a Will brillaba a la luz de la luna que entraba por la ventana. Se derramaba como pálido fuego sobre el prístino suelo y la mujer joven parada en medio de la habitación.

Ariadne Bridgestock.

Ariadne era lo segundo que había estado molestando a Anna toda la noche. Ya una docena de veces había querido preguntarle a Ariadne si estaba bien, si estaba recuperada, y una docena de veces se había contenido. Si la belleza fuera una medida de bienestar, Ariadne

⁶⁵ Hell Ruelle en el original.

sería la persona más saludable en la fiesta. Su cabello oscuro resplandecía, su suave piel morena parecía de seda, y sus labios rojos y jugosos. Los primeros labios que Anna había besado. Los primeros que había amado.

—Lo siento —dijo Anna, con una mínima pero formal reverencia—. No me di cuenta de que estabas aquí.

Se volteó para irse, pero Ariadne se apresuró a través de la habitación para alcanzarla, alzando una mano. —Anna, por favor. Quiero hablar contigo.

Anna pausó, mirando fijamente la puerta. Su corazón latía ruidosamente en sus oídos. Se maldijo a sí misma silenciosamente; debería haber superado este sentimiento hacía mucho. Tan tonta. Tan joven. *Yo soy Anna Lightwood*, se dijo a sí misma. *Nada me toca*.

—Te escuché —dijo Ariadne suavemente.

Anna se volteó para verla a ella. —¿Qué?

—Te escuché cuando viniste a la enfermería —dijo Ariadne—, y me pediste que no muriera.

Asombrada, Anna dijo: —Así que... ¿escuchaste acerca de la traición de Charles por mí?

Ariadne ondeo la mano quitando importancia, sus delgados brazaletes de oro tintineando como campanitas. —Vagamente significaba algo para mí. La única cosa que me importaba era el darme cuenta de que todavía tienes amor en tu corazón por mí.

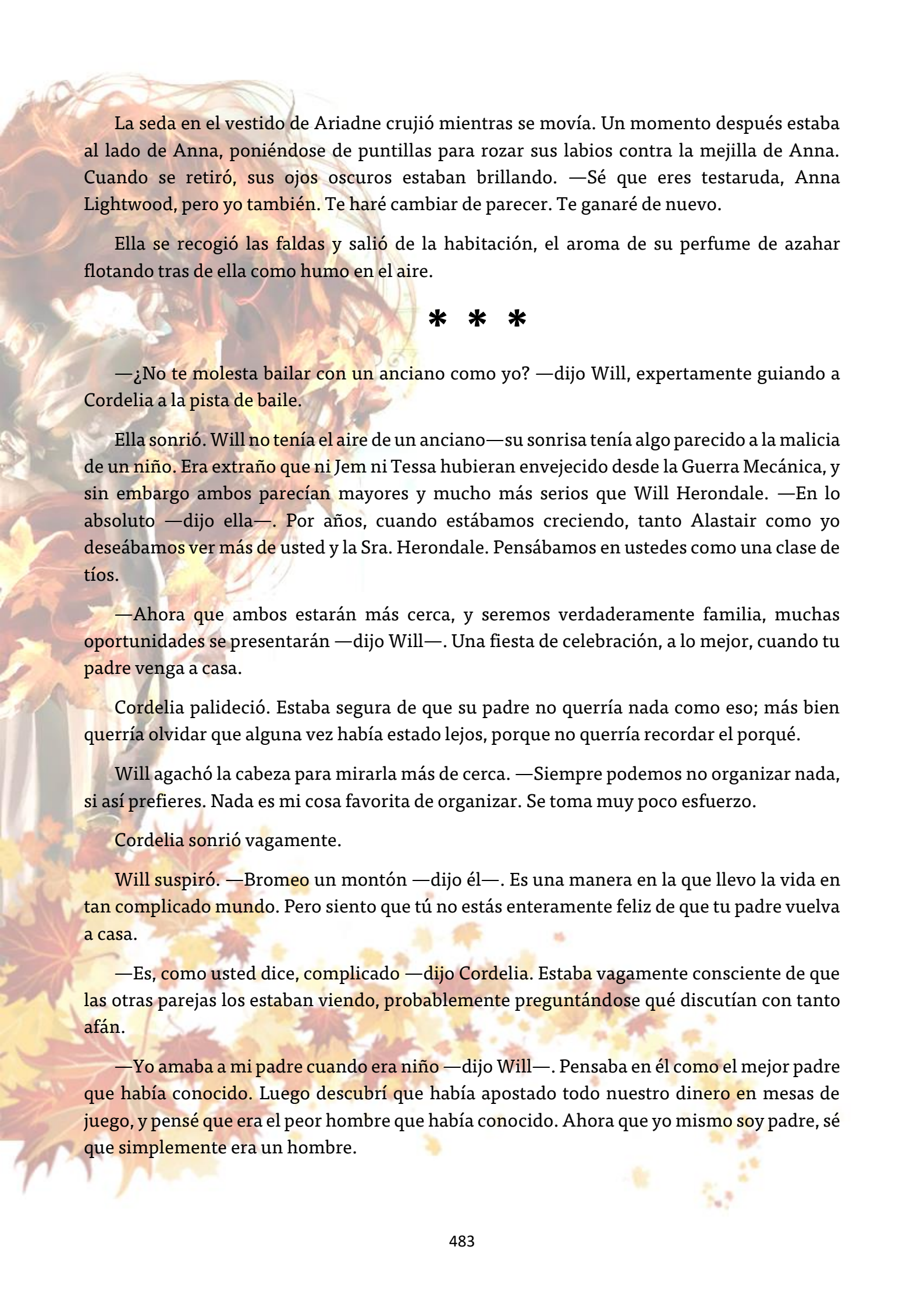
Anna puso una mano en el pendiente de su cuello. Su madre se lo había dado cuando había estado sufriendo la pérdida de Ariadne. La primera y última vez que Anna había dejado que alguien le rompiera el corazón.

—Me di cuenta de que estaba equivocada —dijo Ariadne.

—¿En comprometerte con Charles? —dijo Anna. Ella recordaba, hacía dos años ya, encontrar a Charles en la casa de los Bridgestock cuando ella había llegado con flores en la mano para Ariadne. Como los Bridgestock habían sonreído cuando él había besado la mano de Ariadne, incluso si Anna era empujada fuera de la habitación—. Hay mejores hombres, si es un matrimonio lo que buscas.

—No —dijo Ariadne—. Estaba equivocada acerca de mí y de ti. Equivocada acerca de lo que quería —ella juntó sus manos—. Lo que dije hace años, parte de eso sigue siendo verdad. No deseo herir a mis padres. Sí quiero tener hijos. Pero nada de eso importa si no tengo amor en mi vida —ella sonrió melancólicamente—. Te has creado una reputación llamativa, Anna, como alguien que no cree en el amor.

Anna habló fríamente. —Es así. Pienso que el amor romántico es la causa de todo el dolor y el sufrimiento en este mundo.



La seda en el vestido de Ariadne crujó mientras se movía. Un momento después estaba al lado de Anna, poniéndose de puntillas para rozar sus labios contra la mejilla de Anna. Cuando se retiró, sus ojos oscuros estaban brillando. —Sé que eres testaruda, Anna Lightwood, pero yo también. Te haré cambiar de parecer. Te ganaré de nuevo.

Ella se recogió las faldas y salió de la habitación, el aroma de su perfume de azahar flotando tras de ella como humo en el aire.

* * *

—¿No te molesta bailar con un anciano como yo? —dijo Will, expertamente guiando a Cordelia a la pista de baile.

Ella sonrió. Will no tenía el aire de un anciano—su sonrisa tenía algo parecido a la malicia de un niño. Era extraño que ni Jem ni Tessa hubieran envejecido desde la Guerra Mecánica, y sin embargo ambos parecían mayores y mucho más serios que Will Herondale. —En lo absoluto —dijo ella—. Por años, cuando estábamos creciendo, tanto Alastair como yo deseábamos ver más de usted y la Sra. Herondale. Pensábamos en ustedes como una clase de tíos.

—Ahora que ambos estarán más cerca, y seremos verdaderamente familia, muchas oportunidades se presentarán —dijo Will—. Una fiesta de celebración, a lo mejor, cuando tu padre venga a casa.

Cordelia palideció. Estaba segura de que su padre no querría nada como eso; más bien querría olvidar que alguna vez había estado lejos, porque no querría recordar el porqué.

Will agachó la cabeza para mirarla más de cerca. —Siempre podemos no organizar nada, si así prefieres. Nada es mi cosa favorita de organizar. Se toma muy poco esfuerzo.

Cordelia sonrió vagamente.

Will suspiró. —Bromeo un montón —dijo él—. Es una manera en la que llevo la vida en tan complicado mundo. Pero siento que tú no estás enteramente feliz de que tu padre vuelva a casa.

—Es, como usted dice, complicado —dijo Cordelia. Estaba vagamente consciente de que las otras parejas los estaban viendo, probablemente preguntándose qué discutían con tanto afán.

—Yo amaba a mi padre cuando era niño —dijo Will—. Pensaba en él como el mejor padre que había conocido. Luego descubrí que había apostado todo nuestro dinero en mesas de juego, y pensé que era el peor hombre que había conocido. Ahora que yo mismo soy padre, sé que simplemente era un hombre.

Cordelia alzó el rostro para mirarlo. —Gracias —dijo ella. Quería decirle a Will Herondale lo mucho que apreciaba su honestidad. Ella se preguntó cuánto sabía, o adivinaba, de su padre: seguramente había rumores. Ella deseaba poder ser honesta acerca de su matrimonio con James. Seguramente Will habría notado que James apenas le había hablado en toda la noche—después de todo, era su fiesta de compromiso.

—¿Daisy?

Cordelia y Will pararon de bailar: ella vio con sorpresa que James se les había acercado en la pista de baile de madera. El jet marfil de su atuendo nocturno combinaba perfectamente con su aspecto general, la cual ya era un contraste de bellezas en negro, blanco y dorado.

—¿Daisy? —dijo él de nuevo, tímidamente, y Cordelia apenas notó que Will se alejó de ella. Ella sólo vio la mano extendida de James—. ¿Te gustaría bailar?

* * *

Ellos se veían realmente felices, pensó Lucie. No lo hubiese encontrado raro, salvo porque sabía la verdad: aun así, James y Cordelia *eran* buenos amigos. Mientras los miraba, vio como Cordelia se reía por algo que dijo James, y él se estiraba para colocarle un pequeño mechón de cabello suelto debajo de su bandana.⁶⁶ Quizás los Ladrones Felices habían estado en lo cierto... Quizás, los dos, su mejor amiga y su hermano, encontrarían la manera de que todo aquello fuera como algún tipo de juego.

—¿Qué estás pensando, Luce? —dijo Thomas, quien estaba recostado contra la pared del salón de baile, su corbata suelta. Él había bailado noblemente varios turnos con Esme Hardcastle antes de retirarse a la seguridad de la esquina cercana a la mesa de refrescos. Matthew se le había unido, al igual que Lucie—. Estas mirando muy pensativamente a Jamie y Cordelia.

—Estaba pensando que ella lo hace un mejor bailarín —dijo Lucie.

Matthewladeó su cabeza hacia un lado—. Por el Ángel —dijo—. Matrimonio. ¿Sabían que James me pidió que fuera su *suggenes*?

En las ceremonias de matrimonio de los Cazadores de Sombras, tu *suggenes* es quien te acompaña hasta el altar. Podrías escoger a cualquier persona importante de tu vida, madre, padre, hermano, mejor amigo—. Bueno, eso no es raro —dijo Lucie—. Los *Parabatai* casi siempre se escogen entre ellos.

—Hace que uno se sienta maduro —dijo Matthew. Estaba bebiendo de la petaca en su mano, lo que para Lucie no era una buena señal. Usualmente en las fiestas donde las bebidas eran provistas, a Matthew se le vería con una copa de vino en la mano. Si él estaba

⁶⁶ Probablemente diadema

consiguiendo su “drenaje pálido” de su petaca, era porque estaba determinado a estar lo más borracho posible. Sus ojos estaban brillando también, con sumo peligro. ¿Quizás estaba enojado con Charles? ¿Enojado con sus padres por aceptar el matrimonio de Charles con Grace tan fácilmente?, aunque, ¿cómo podrían saberlo?, se preguntó Lucie, mientras miraba a Henry y a Charlotte, quienes estaban sentados en una mesa a lo lejos del salón. La silla de ruedas de Charles estaba de centinela contra la pared, la Cónsul y su esposo inclinados muy juntos, conversando suavemente, con sus manos entrelazadas—. Aunque —añadió, sus ojos entrecerrándose mientras su mirada pasaba sobre Thomas—, no lo suficiente maduro para soportar a ese.

Lucie miró hacia atrás y vio a Alastair Carstairs moviéndose a través de la multitud hacia ellos. Sus hombros estaban ligeramente encorvados, y su, una vez más, cabello negro lo hacía lucir como una diferente persona.

—Sé cortés con él, Matthew —dijo Thomas, enderezándose—. Él fue de gran ayuda para mí cuando tuve que elaborar el antídoto.

—¿Alguno ha probado las tartas de limón? —dijo Alastair suavemente, mientras llegaba al grupo—. Tienes una excelente cocinera, Lucie.

Lucie parpadeó. Matthew apretó su mandíbula—. No trates de entablar una charla, Alastair —dijo él—. Me dar dolor de cabeza.

—Matthew —dijo Thomas duramente—. ¿Necesitas sentarte?

Matthew guardó la petaca de regreso a su chaqueta con manos temblorosas—. No lo necesito —dijo él—. Necesito que Carstairs nos deje solos. Esta noche es ya lo suficientemente difícil...

No hubo oportunidad para que Lucie preguntará por qué aquella noche podría ser difícil, porque Alastair ya había intervenido. Parecía medio molesto y medio avergonzado, su voz estaba nivelada pero tensa—. ¿No podríamos dejar nuestros días de escuela atrás? —dijo él—. ¿Si admito que fui un canalla, es suficiente? ¿Cómo me puedo disculpar?

—No puedes —dijo Matthew, su voz sumamente extraña, y todos lo miraron. Lucie tenía la sensación de estar viendo a alguien balanceándose en el filo de un cuchillo; Matthew se veía todo ángulos bruscos en ese momento, como si estuviera hecho de dagas bajo de su piel—. No pienses que eres nuestro amigo ahora, o que eres bienvenido entre nosotros, a pesar de todo lo que ha pasado.

Thomas frunció el ceño—. Matthew —dijo él, su usual amable voz en desaprobación—. Eso fue el pasado. Es tiempo de que seamos adultos y olvidemos esas peleas infantiles.

—Thomas, tú eres amable —dijo Matthew—. Demasiado amable, y deseas olvidar. Pero yo no soy amable, y no puedo hacer nada más que recordar.

La luz abandonó los ojos de Alastair. Sin embargo, para la sorpresa de Lucie, no parecía enojado. Lucía casi resignado—. Déjale decir lo que tenga que decir, Thomas.

—No tienes derecho a hablarle a Thomas con ese tono familiar —dijo Matthew—. Nunca te he contado esto, Thomas. No podía soportarlo. Pero es mejor que sepas la verdad que permitirme hacerte amigo de esta serpiente.

—Matthew... —empezó impacientemente Thomas.

—¿Sabes lo que él solía decir en la escuela? —dijo Matthew—. Que mi madre y tu padre eran amantes. Que yo era el bastardo de tu padre. Él me dijo que Henry sólo era la mitad de un hombre y no podía ser padre de niños, entonces, ahí es donde entraba Gideon en la brecha. Dijo que tu madre era tan espantosamente fea debido a su cicatrizada cara, que nadie podía culpar a tu padre por mirar hacia otro lado. Y que tú eras una pequeña y enfermiza fea cosa que había heredado su débil constitución... Porque ella había sido mundana. Una sirvienta y una puta.

Matthew se detuvo en una especie de jadeo, como si no pudiera creer del todo lo que justo acababa de decir. Thomas se quedó quieto, el color drenándose de su rostro. Alastair tampoco se había movido. Fue Lucie quien habló, para su propio asombro—. ¿Él fue el origen de aquel espantoso rumor? ¿Alastair?

—No. No el origen —dijo Alastair, su voz sonaba como si la estuviera esforzando a salir a través de una apretada garganta—. Y nunca le dije todas esas cosas a Matthew...

—Pero sí se las dijiste a los otros —dijo Matthew fríamente—. He escuchado todo al respecto en los años transcurridos.

—Sí —admitió Alastair quedamente—. Sí difundí la historia. Repetí... aquellas palabras. Lo hice. —se giró hacia Thomas—. Yo...

—No digas que lo sientes. —Los labios de Thomas estaban grises—. ¿Crees que nunca escuché las historias? Claro que lo hice, a pesar de que Matthew trató de protegerme. He escuchado a mi madre llorar por ellas. Mi padre desconcertado con rabia y pena, mis hermanas llenas de vergüenza por *mentiras*... —se quebró, jadeante—. Repetiste todas esas palabras sin saber si eran ciertas o no. ¿Cómo pudiste?

—Solo eran palabras —dijo Alastair—. Nunca pensé que...

—No eres quien pensé que eras —dijo Thomas, cada palabra fría y cortante—. Matthew tiene razón. Esta es la fiesta de compromiso de tu hermana, y por el bien de Cordelia, nos procuraremos de nuestros modales contigo, Carstairs. Pero si te acercas a mí o si quiera me hablas después de esto, te golpearé y lanzaré al Támesis.

Lucie en toda su vida nunca había escuchado hablar a Thomas tan fríamente. Alastair retrocedió, su expresión aturdida. Luego se giró y se lanzó hacia la multitud.

Lucie escuchó que Matthew le murmuraba algo a Thomas, pero ella no se quedó allí para escuchar qué era: ya estaba corriendo tras Alastair. Él corría como si tuviera alas en los pies, y se apresuró detrás de él: a través de las puertas del salón de baile, bajando las escaleras de piedra, y finalmente atrapándolo en la puerta de entrada—. ¡Alastair, espera! —chilló.

Él se volvió para mirarla y ella descubrió con sorpresa que había estado llorando. De un extraño modo, ella recordó la primera vez que vio a un hombre llorar: el día que su padre se enteró de que sus padres habían muerto.

Alastair se secó furiosamente las lágrimas de la cara—. ¿Qué quieres?

Lucie estaba casi aliviada de que sonara mucho más a sí mismo—. No te puedes ir.

—¿Qué? —dijo con desprecio—. ¿No me odias tú también?

—No importa lo que yo piense. Esta es la fiesta de compromiso de Cordelia. Tú eres su hermano. Le romperá el corazón si desapareces, por eso te digo que no te vayas.

Él trago fuertemente—. Dile a Layla... Dile a Cordelia que tengo un fuerte dolor de cabeza y que estaré descansando en nuestro carruaje. No hay necesidad de apresurar o arruinar su noche.

—Alastair...

Pero él ya se había ido, engulléndose en la noche. Lucie se volteó hacia las escaleras, desalentada. Al menos Alastair iba a abandonar el Instituto, sin embargo, ella hubiera preferido que...

Se sobresaltó. Parada en un nicho entre las sombras estaba Grace, su pálido vestido verde casi luminoso en la oscuridad. Hizo una mueca cuando vio a Lucie—. Supongo que parece como si hubiera estado escuchando a escondidas —dijo ella—. Te aseguro, sin embargo, no tenía deseo alguno de escuchar todo eso.

Lucie puso sus puños en su cadera.

—¿Entonces, por qué estabas aquí?

—De hecho, estaba en las escaleras —dijo Grace—. Escuché que bajaban y decidí que era preferible ocultarse a involucrarme en una conversación.

—Te estabas yendo —dijo Lucie—. ¿No es así?

Grace no dijo nada. Estaba demasiado recta, no tocaba el muro. Lucie recordó algo que James le había dicho una vez, sobre Tatiana obligando a Grace a caminar de un lado al otro por el salón de la mansión Blackthorn con un libro equilibrado sobre su cabeza para mejorar su postura.

—Sabes —dijo Lucie, sintiéndose muy cansada—, que no tienes que casarte con Charles.

Grace puso sus ojos en blanco—. Por favor, no te preocupes. No estoy impaciente porirme debido a algún exceso de sentimientos heridos. Y no te molestes en decirme que James no quiere realmente casarse con Cordelia; también sé eso.

Lucie se congeló—. Nunca hubiera dicho eso.

—No —dijo Grace—. Supongo que tú no lo harías.

Lucie soltó un exasperado suspiro—. Sé que piensas que no tenemos nada en común —dijo—. Pero soy la otra única persona en el mundo que sabe sobre tu hermano. Quien sabe el secreto que mantienes.

Grace se quedó quieta—. Viste a Jesse en Idris —dijo ella—. Hable con él. Sé que te dijo que no lo ayudarás, y sé que ustedes, los Herondale, son *honorables*. —Prácticamente escupió la palabra—. Si te dijo que no lo ayudarás, no lo harás. ¿Qué uso imaginas que tengo para otra persona que no puede ayudar a mi familia?

Lucie alzó su barbilla—. Eso muestra cuán bien me conoces, señorita Blackthorn. Tengo toda la intención de hacer todo lo que pueda para ayudar a Jesse... Sin importar si lo quiera o no.

Grace camino hacia adelante, fuera de las sombras. Sus pendientes verdes bailaban en la luz, como los ojos enojados de los gatos—. En ese caso —dijo ella—. Cuéntame más.

A Magnus no le tomó mucho tiempo encontrar a Matthew Fairchild, apoyado contra la pared cercana a la puerta del salón, su corbata completamente deshecha.

Magnus se detuvo un momento, mirándolo: Matthew era exactamente el tipo de persona a quién Magnus siempre quería ayudar, y por lo que luego se regañaría a sí mismo rotundamente por haber intentado ayudar. A lo largo de la vida de Magnus había habido cientos de Matthew Fairchild: hombres y mujeres jóvenes que eran tan autodestructivos como hermosos, quienes a pesar de todos los regalos que se les había dado, parecían desear no más que quemar sus propias vidas. Él se dijo a sí mismo una y otra vez que los Matthew Fairchild de este mundo no podían ser salvados, y sin embargo él no pudo evitar intentarlo.

Se apoyó contra la pared junto a Matthew. Se preguntó por qué Matthew había escogido pararse ahí, medio escondido del resto por una columna. Parecía observar fijamente un tanto inexpresivamente a la pista de baile.

—Siempre he escuchado —dijo Magnus—, que es de mala educación que un caballero no se envuelva en una fiesta.

—Entonces debes también saber que por lo general me consideran muy maleducado —dijo Matthew. Había una botella en su mano derecha, y un anillo con la insignia de los Fairchild centellando en su dedo.

Magnus se había dado cuenta hace mucho tiempo que cuando un hombre traía su propia bebida a una fiesta donde las bebidas eran provistas estaba sin duda en un estado penoso. Pero la verdadera cuestión, pensó el, era por qué nadie más parecía notar que Matthew solo se mantenía en pie porque la pared lo estaba sosteniendo.

Generalmente, para Magnus no hubiera sido algo particularmente extraño, ponerse achispado en una fiesta no era nada inusual para un chico de diecisiete años, pero Matthew también había estado embriagado cuando estuvieron en Tower Bridge, aunque alguien con un ojo menos experto como el de Magnus nunca lo hubiera notado. Un ojo aún menos experto no lo notaría ahora. No era el beber, pensó Magnus, tanto como el hecho de que Matthew claramente había estado fingiendo de que no había estado bebiendo.

Magnus dijo levemente —. Había pensado que yo podría ser una excepción, ya que dijiste que admirabas mis chalecos.

Matthew no respondió. Todavía estaba mirando hacia la pista de baile, aunque no a la multitud de parejas bailando en sí, sino a una pareja en específico. Cordelia Carstairs y James Herondale.

Otro Carstairs uniéndose a otro Herondale. Magnus había estado sorprendido cuando había escuchado sobre el compromiso. Recordaba a James murmurándole sobre alguna otra chica la primera vez que se habían conocido, pero el mismo Romeo había creído una vez estar enamorado de una chica llamada Rosalinda. Era claro por la manera en que James y Cordelia se miraban el uno al otro que esto era un compromiso por amor. También era claro porque Matthew estaba parado donde estaba, desde su ventajosa posición, había una perfecta vista de James y Cordelia, su oscura cabeza inclinada sobre su rojo fuego, sus caras muy juntas.

Magnus aclaró su garganta —. Ya veo porque mis chalecos no pueden captar tu atención, Fairchild. He estado donde estás. Querer lo que no puedes tener solo destruirá tu corazón.

Matthew habló en voz baja. —Sería una cosa si James la amara. Me mantendría en la oscuridad como hizo Jem y no hablaría de ella de nuevo. Pero él no la ama.

—¿Qué? —Magnus estaba desagradablemente sorprendido.

—Esto es un matrimonio falso —dijo Matthew—. Solo es por un año.

Magnus guardó la información como un misterio por resolver: No encajaba con lo que él sabía sobre los Herondale, padre o hijo. —Y, sin embargo —dijo Magnus—, durante ese año, ellos serán marido y mujer.

Matthew miró hacia arriba, sus ojos verdes brillando. —Y durante ese año, no haré nada. ¿Qué clase de persona crees que soy?

—Yo creo —dijo Magnus, muy lentamente—, que eres una persona que está increíblemente triste, aunque no sé por qué. Y creo que, como un inmortal, puedo decirte que puede pasar mucho en un año.

Matthew no respondió. Estaba observando a Cordelia y a James. Todos en el salón lo estaban haciendo. Ellos estaban bailando muy juntos, y Magnus habría alegremente apostado mil libras a que estaban enamorados.

Una apuesta, parecía, que él hubiera perdido.

Oh, Dios pensó Magnus. Puede que necesite quedarme en Londres un poco más de tiempo.

Quizás debería mandar a traer a mi gato.



Era como si el tiempo no hubiera pasado desde el primer baile en Londres de Cordelia, no obstante, todo había cambiado.

Ella se sintió a millones de millas de la preocupada chica que había venido a Londres desesperada por hacer amigos y aliados, quien había visto en cada cara a un extraño. Ahora ella tenía amigos, una riqueza de amigos: podía ver a Anna, en la entrada del salón de baile, hablando animadamente con Christopher. Estaba Thomas, sentado al lado de su hermana, y Matthew, al lado de Magnus Bane. Y Lucie, su Lucie, quien un día estaría con ella en el círculo de fuego de la ceremonia parabatai.

—Daisy —dijo James, con una sonrisa. Era una verdadera sonrisa, aunque no podía decir si él estaba feliz o triste o en un punto en medio de los dos—. ¿Qué estás pensando?

Una cosa que no había cambiado: su corazón todavía latía muy rápido cuando ella bailaba con James.

—Estaba pensando —dijo —, que debe ser extraño para ti, que el reino de Belial haya sido destruido.

Una oscura ceja se alzó, como un toque de tinta en una página. —¿Qué quieres decir?

—Era un lugar que solo tú podías ver —dijo ella—. Donde solo tú podías ir. Ahora ya no está. Es como un enemigo que has conocido por demasiado tiempo. Incluso si lo odiaras, debe ser extraño pensar en no verlo otra vez.

—Nadie más ha entendido eso. —James estaba mirándola con una gentil, desconcertante ternura, la máscara completamente fuera ahora. Él la atrajo más cerca. —Debemos pensar de esto como una aventura, Daisy.

Ella podía sentir su corazón latir contra el de ella. —¿Pensar de qué como una aventura?

—Estar casados —dijo James con ferocidad—. Sé que perdiste mucho por mí, y no quiero que te arrepientas nunca. Viviremos juntos como los mejores de los amigos. Te ayudaré a entrenar para tu ceremonia parabatai. Te defenderé y apoyaré, siempre. Nunca necesitarás estar sola. Yo siempre estaré ahí.

Sus labios rozaron su mejilla.

—Acuérdate cuán bien lo hicimos en la Sala de los Susurros —susurró James, y ella se estremeció por la sensación de su cálido aliento contra su piel—. Los engañamos a todos.

Los engañamos. Así que había sido como ella temía, a pesar de lo que él había dicho, y quizás creído, en ese momento: había sido real para ella, pero no para él. Un extraño y amargo placer.

—Supongo —dijo James—, que lo que estoy diciendo es que sé que esto es una experiencia extraña, pero espero que al menos puedas ser un poco feliz, Daisy.

Su cabello caía sobre su frente. Cordelia recordó las miles de veces que ella había querido acomodarlo. Esta vez, lo hizo, estirándose para alejarlo de sus ojos.


Ella sonrió una sonrisa que era tan falsa como brillante. —Yo estoy —dijo —, un poco feliz.

El hoyuelo apareció en su mejilla. —Me alegra escucharlo —dijo él, y la atrajo más cerca para el siguiente paso del baile.

Recordó el baile, cuando él la había dejado sola en la pista y había caminado hacia Grace. No haría eso ahora; él era muy honorable. Lo tendría, por este año, un año de amarga alegría. También tendría a su padre de regreso. Se quedaría en Londres y se convertiría en la parabatai de Lucie. Tenía todo lo que ella había querido y, sin embargo, nada de la manera en la que lo había imaginado.

Pensó en lo que James había dicho sobre la fruta feérica: que entre más lo probabas, más lo querías, y sufrirías más cuando ya no hubiera. Y sin embargo, ¿No era el no saber lo que era probarlo también otra forma de tortura?

Ella amaba a James; siempre lo haría. Muchas personas amaban sin esperanza de que sea correspondido, sin el sueño de un toque o una mirada del objeto de su anhelo. Ellos se quedaban en silencio y miseria como los mortales hambrientos de fruta feérica.



Lo que el destino le estaba ofreciendo ahora era un año de dicha fruta para su mesa. Un año de vivir con James y amarlo podría arruinarla para otro amor, pero oh, al menos ella ardería en gloria. Por un año ella compartiría su vida con la de él. Ellos caminarían juntos, leerían juntos, comerían juntos, y vivirían juntos. Ellos se reirían juntos. Por un año, ella permanecería cerca del fuego y sabría lo que era quemarse.



EPÍLOGO

CASA CHISWICK, LONDRES

Traducido por: Cortana
Corregido por: Jeivi37

No muy lejos de las luces de Londres, los guardias nefilim escoltaron a Tatiana a la casa Chiswick, sus rejas y caminos estaban obstruidos por espinas, haciéndolos casi intransitables. Los brezos tapaban la luz del sol en cada ventana, impidiendo que los guardias (incluyendo sus hermanos, Gabriel y Gideon) vieran hacia adentro mientras Tatiana tomaba sus cosas y reaparecía en la puerta principal de la casa, con una pequeña bolsa de viaje marrón en sus manos.

Miró hacia abajo desde lo más alto de las escaleras—. Me gustaría que se me permitiera ir una vez más al jardín—, dijo. No creyó que el odio que sentía por ellos se reflejara en su rostro—. Para despedirme de las memorias de mi marido y mi padre.

Una especie de espasmo pareció cruzar la cara de Gabriel. Gideon puso una mano en el hombro de su hermano. Ellos nunca habían respetado a su padre propiamente. Nunca lo lloraron después de dejar que Will Herondale y Jem Carstairs lo mataran.

Gideon asintió—. Adelante —dijo, con un pequeño asentimiento—. Esperaremos aquí.

Herondales, pensó Tatiana mientras se hacía camino al jardín italiano. Corría sangre corrompida por sus venas. En su opinión, su nombre dominaba los libros de historia más de lo que debería. Tendrían que haber más ejemplos del nombre “Lightwood” y menos del nombre “Herondale.” Después de todo no se sorprendería si la esposa bruja de Will Herondale no era la primera vez que hubiera corrompido la línea con sangre de subterráneos.

Había alcanzado la pequeña, amurallada estructura en el centro del jardín. La puerta estaba sin llave, maldijo a Grace en silencio. *Estúpida, niña vaga*. Y se apresuró adentro para ver si se había hecho algún daño. Para su alivio, el ataúd de Jesse estaba impecable: la madera brillaba, el polvo no había tocado el vidrio. La antigua espada Blackthorn que algún día sería de su hijo colgaba brillante en la pared.

Apoyó una mano en la superficie. Allí yacía su niño, su príncipe durmiente. Se parecía a su marido, en su opinión. Rupert poseía huesos tan finos, esa forma y rasgos tan delicados y perfectos. El día que fue arrebatado de este mundo fue una tragedia. Ella había parado cada reloj en esta casa y en la casa de campo a la hora en la que se habían llevado su cuerpo, ya que su mundo se había terminado.

Excepto por Jesse, vivía por Jesse ahora y por venganza

—No te preocupes—, dijo una voz sedosa.

Tatiana supo quién había hablado antes de levantar la vista.

Era un torbellino de polvo al principio, un montón de arena brillante que se acomodó para formar la silueta de un hermoso hombre vestido en gris, con ojos como vidrios rotos.

—Grace lo cuidará—, dijo Tatiana—. Se preocupa por su hermano como tú te preocupas por nadie.

—No dejaré que nada lastime a Jesse—, dijo el Príncipe del infierno—. Lo que él tiene es muypreciado.

Tatiana sabía que él no estaba allí realmente, que Belial no podía caminar por la tierra de otra forma más que como una ilusión de sí mismo. De todas formas, era brillante como el vidrio roto, como ciudades ardiendo. Se dice que Lucifer fue el ángel más hermoso que había perdido el cielo, pero Tatiana no creía eso. No podía haber un ángel más hermoso que Belial, al ser tan cambiante. Tenía miles de formas.

—¿Por qué debería creer eso? — demandó ella—. Me dejaste enfermar con ese veneno y pude haber muerto. Me prometiste que solo mis enemigos saldrían lastimados. Y mira: movió sus brazos en dirección a donde Gideon y Gabriel esperaban por ella— ¡Todavía viven!

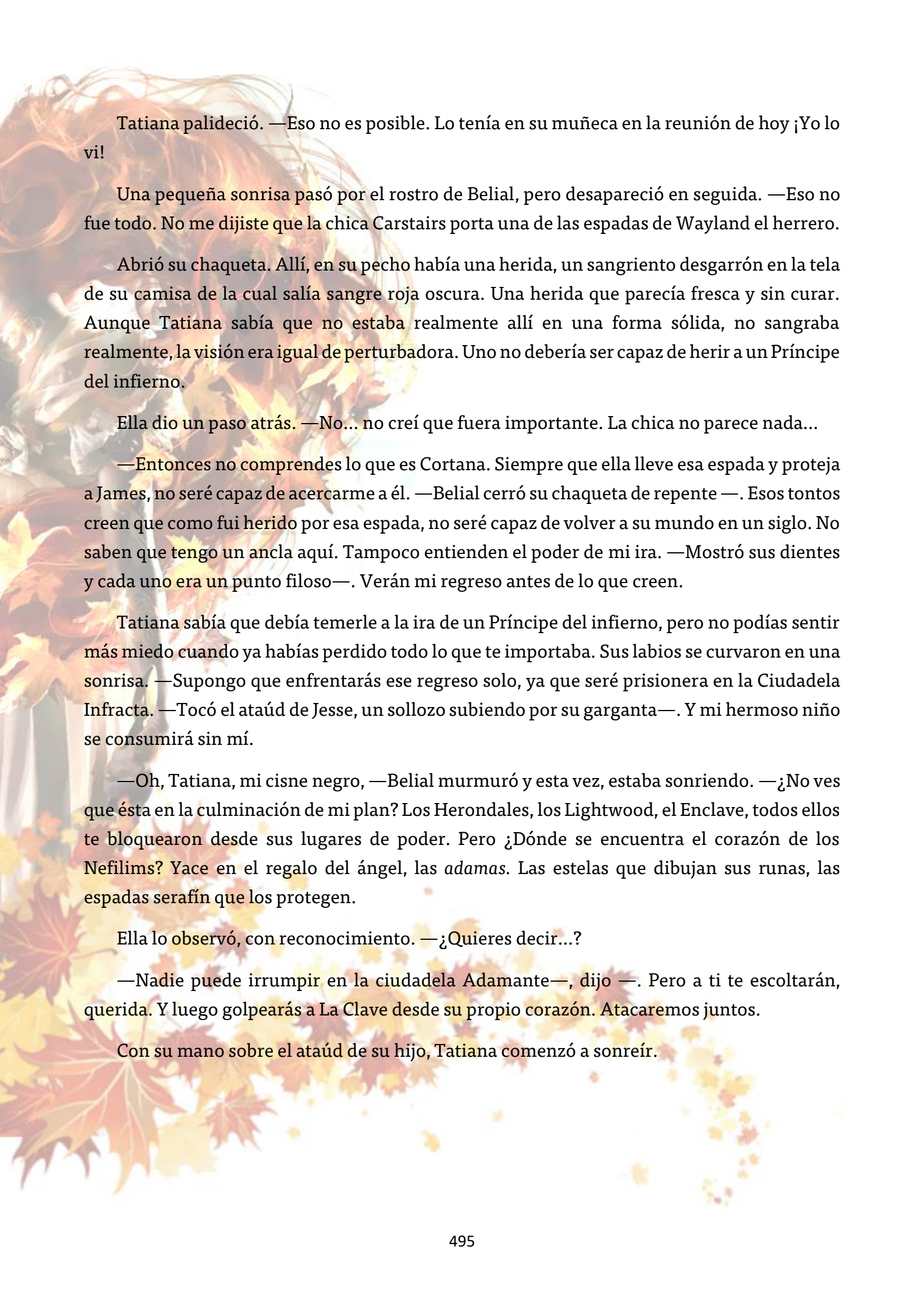
—Nunca te hubiera dejado morir, —dijo Belial—. Era necesario para evitar que la sospecha cayera en ti. Lo que hice, lo hice para salvarte.

La amargura endureció su voz. —¿Salvarme de qué? ¿De pudrirme en la prisión mientras mis enemigos prosperan?

Belial apoyó sus manos en el ataúd de Jesse. Sus dedos eran largos, como patas de arañas. —Ya hemos discutido esto, Tatiana. La muerte de Bárbara fue mi regalo hacia ti, pero fue solo el inicio. Lo que tenemos en mente para los Herondales, Lightwoods y Carstairs es mucho más grande y terrible que la simple muerte.

—Pero tu plan de llevar a James Herondale a la oscuridad parece haber fallado. Incluso cuando lo preparé para ti...

Por un momento la expresión de Belial perdió su compostura, y en ese espacio Tatiana pareció ser capaz de ver a través del abismo hacia la visible oscuridad del hoyo—. ¿Tú lo preparaste? — dijo con desdén—. Cuando vino a mí en mi reino no había brazalete en su muñeca. Estaba protegido.



Tatiana palideció. —Eso no es posible. Lo tenía en su muñeca en la reunión de hoy ¡Yo lo vi!

Una pequeña sonrisa pasó por el rostro de Belial, pero desapareció en seguida. —Eso no fue todo. No me dijiste que la chica Carstairs porta una de las espadas de Wayland el herrero.

Abrió su chaqueta. Allí, en su pecho había una herida, un sangriento desgarrón en la tela de su camisa de la cual salía sangre roja oscura. Una herida que parecía fresca y sin curar. Aunque Tatiana sabía que no estaba realmente allí en una forma sólida, no sangraba realmente, la visión era igual de perturbadora. Uno no debería ser capaz de herir a un Príncipe del infierno.

Ella dio un paso atrás. —No... no creí que fuera importante. La chica no parece nada...

—Entonces no comprendes lo que es Cortana. Siempre que ella lleve esa espada y proteja a James, no seré capaz de acercarme a él. —Belial cerró su chaqueta de repente—. Esos tontos creen que como fui herido por esa espada, no seré capaz de volver a su mundo en un siglo. No saben que tengo un ancla aquí. Tampoco entienden el poder de mi ira. —Mostró sus dientes y cada uno era un punto filoso—. Verán mi regreso antes de lo que creen.

Tatiana sabía que debía temerle a la ira de un Príncipe del infierno, pero no podía sentir más miedo cuando ya habías perdido todo lo que te importaba. Sus labios se curvaron en una sonrisa. —Supongo que enfrentarás ese regreso solo, ya que seré prisionera en la Ciudadela Infracta. —Tocó el ataúd de Jesse, un sollozo subiendo por su garganta—. Y mi hermoso niño se consumirá sin mí.

—Oh, Tatiana, mi cisne negro, —Belial murmuró y esta vez, estaba sonriendo. —¿No ves que ésta es la culminación de mi plan? Los Herondales, los Lightwood, el Enclave, todos ellos te bloquearon desde sus lugares de poder. Pero ¿Dónde se encuentra el corazón de los Nefilims? Yace en el regalo del ángel, las *adamas*. Las estelas que dibujan sus runas, las espadas serafín que los protegen.

Ella lo observó, con reconocimiento. —¿Quieres decir...?

—Nadie puede irrumpir en la ciudadela Adamante—, dijo—. Pero a ti te escoltarán, querida. Y luego golpearás a La Clave desde su propio corazón. Atacaremos juntos.

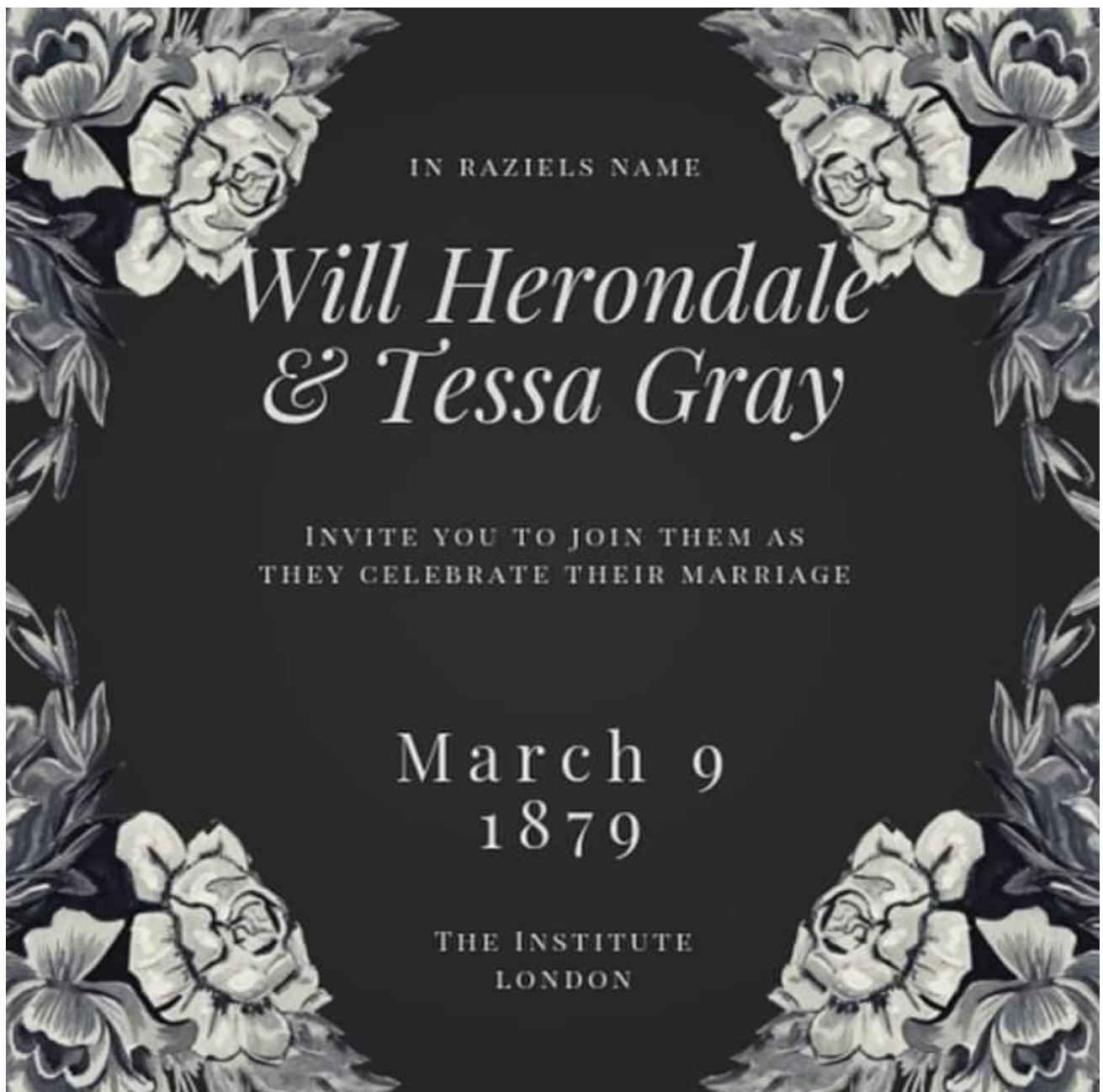
Con su mano sobre el ataúd de su hijo, Tatiana comenzó a sonreír.

Pasa la página para leer

Un cuento de hadas en Londres

Una historia extra protagonizada por

WILL Y TESSA.



LONDRES, 3 DE MARZO DE 1880

Traducido por: ♡Herondale♡, Jeivi37, Lady_Herondale☯ & BLACKTH☯RN & Lady_Herondale☯

Corregido por: Roni Turner & BLACKTH☯RN

Will Herondale estaba sentado en la ventana de su nuevo dormitorio mirando al congelado Londres bajo el frígido cielo invernal. La nieve se amontonaba sobre los tejados de las casas a lo lejos en la pálida estela del Támesis, otorgándole al paisaje un aire de cuento de hadas.

Aunque, en ese momento, Will no se sentía muy contento con los cuentos de hadas.

Bien sabía que debería estar feliz... después de todo, era el día de su boda. Y había sido feliz, desde el momento en que se despertó, incluso cuando Henry, Gabriel y Gideon irrumpieron en su habitación y lo molestaron con bromas y consejos mientras se vestía, todo el camino hasta la recepción. Fue cuando pasó. Por eso estaba sentado en la cornisa de la ventana mirando hacia el Londres invernal en lugar de estar abajo besando a su esposa junto al fuego. Su nueva esposa.

Tessa.

* * *

Todo había comenzado perfectamente bien. No era estrictamente una boda de Cazadores de Sombras, porque Tessa no era estrictamente una Cazadora de Sombras.

Pero Will había decidido de todas formas, usar un uniforme de boda, porque iba a convertirse en la cabeza del Instituto de Londres, sus hijos serían Cazadores de sombras, y Tessa dirigiría el Instituto a su lado siendo parte de toda su vida como Cazador de Sombras y en su opinión, debían comenzar todo esto con el pie derecho.

Henry, empuñando una estala desde su silla de ruedas, ayudó a Will dibujándole las runas de Amor y Suerte que decoraban sus manos y brazos antes de que se enfundara en su camisa y su chaqueta de combate. Gideon y Gabriel bromeaban sobre el horrible partido que Tessa estaba eligiendo con Will y sobre cómo ellos amablemente tomarían su lugar, si no fuera porque ambos hermanos Lightwood estaban comprometidos y Henry estaba felizmente casado y con un pequeño y gritón hijo, Charles Buford, quien constantemente demandaba atención de sus padres.

Will sonriendo y riendo, echó una mirada al espejo para asegurarse que su cabello no lucía desarreglado, y pensó en Jem, y su corazón se encogió en el pecho.

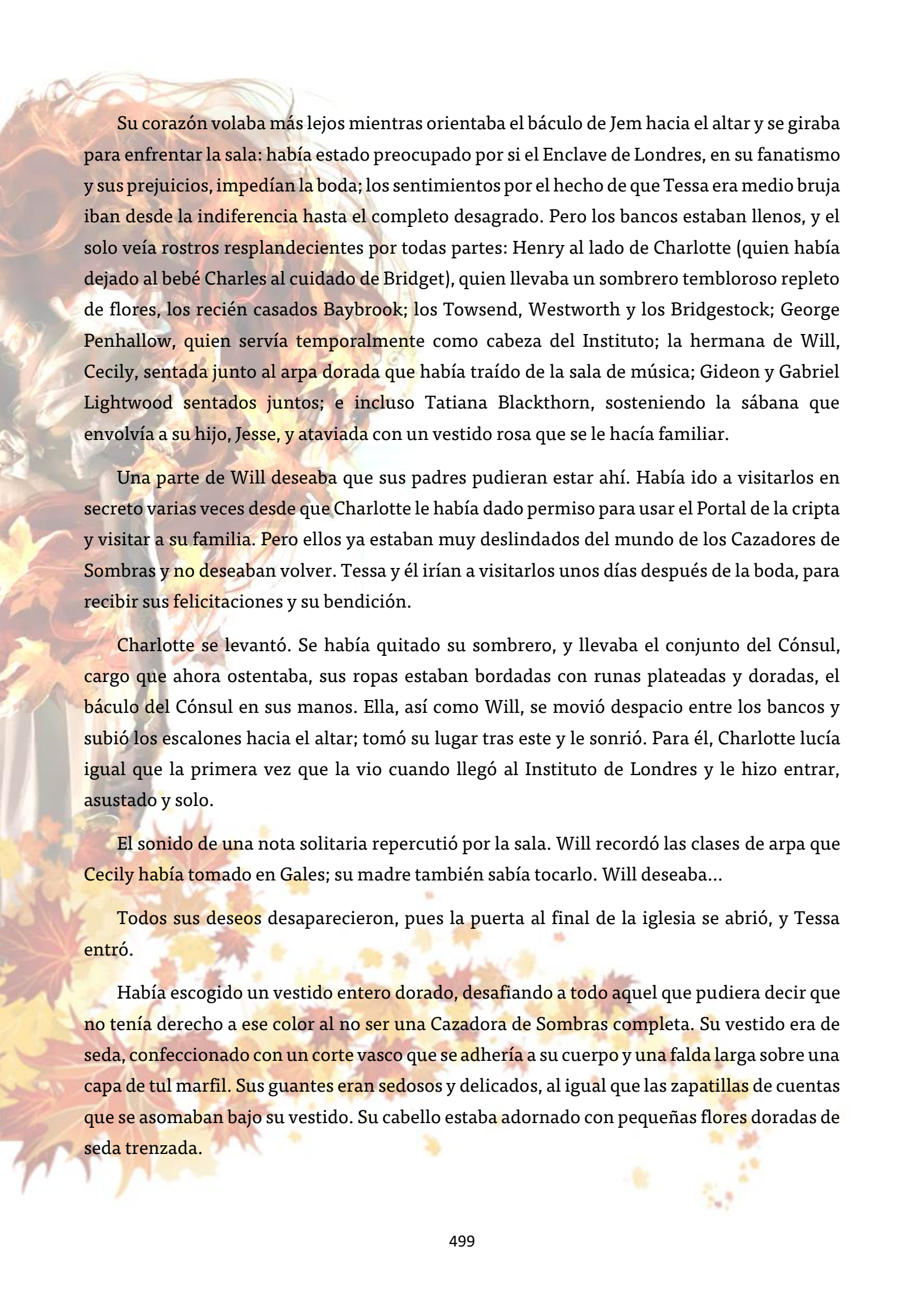
Era una tradición de los Cazadores de Sombras tener un *suggenes*, alguien que caminaba a su lado por el pasillo hasta la ceremonia de la boda. Usualmente era un hermano, o un amigo cercano pero... si tenías un *parabatai*, la elección ya estaba tomada. Sin embargo, el *parabatai* de Will era ahora un Hermano Silencioso, y los Hermanos Silenciosos no podían ser *suggenes*. Así que el lado de Will permanecería vacío mientras caminaba por la catedral.

O al menos parecería vacío para cualquier persona que lo viera. Pero para Will, estaría lleno de la memoria de Jem: su sonrisa, su mano sobre su brazo, su lealtad inquebrantable.

En el espejo, vio a un Will Herondale, de diecinueve años, en uniforme azul oscuro (una clara referencia al linaje de brujo de Tessa), revestido de dorado. El traje estaba cortado como una levita, los puños y el dobladillo finamente tejidos con patrones de runas doradas. Eslabones de oro destellaban en sus muñecas. Su rebelde cabello negro había sido aplacado para el momento; se veía calmado y sereno, pero en el fondo, su alma respiraba júbilo y amor. Hasta el último año, nunca había pensado que su corazón pudiera sentir tanta alegría y preocupación al mismo momento, y aun así había llorado a Jem y amado a Tessa, lo sentía a partes iguales. Sabía que ella también, y era reconfortante para los dos estar juntos y compartir lo que pocos habían llegado a sentir, pues aunque Will creía fieramente que se podía sentir una profunda pena y una gran alegría al mismo momento, como en el propio amor, esto no podía ser algo común.

—No olvides el báculo, Will —dijo Henry, sacando a Will de su ensueño, y pasándole el báculo con empuñadura de cabeza de dragón que había pertenecido a Jem. Will se inclinó ante Henry, su corazón lleno, y prosiguió su camino bajando las escaleras hacia el corazón de la iglesia.

La sala estaba decorada con estandartes bordados con runas doradas de Amor, Matrimonio y Lealtad. El sol brillaba, iluminando el camino entre los asientos hacia el altar. Pilas de flores blancas traídas de Idris lo adornaban. Llenaban la sala con un aroma que le recordaba a la Mansión Herondale, localizada en la campiña de Idris, un gran montón de piedras doradas que había heredado al cumplir dieciocho años. Su corazón se alegraba al recordar: Tessa y él habían visitado la mansión el verano pasado, cuando el Bosque Brocelind se había cubierto de verde y los campos estaban llenos de color. Le hacía recordar a su niñez en Gales; esperaba que a partir de ahora Tessa y él pudieran pasar todos los meses de verano ahí.



Su corazón volaba más lejos mientras orientaba el báculo de Jem hacia el altar y se giraba para enfrentar la sala: había estado preocupado por si el Enclave de Londres, en su fanatismo y sus prejuicios, impedían la boda; los sentimientos por el hecho de que Tessa era medio bruja iban desde la indiferencia hasta el completo desagrado. Pero los bancos estaban llenos, y el solo veía rostros resplandecientes por todas partes: Henry al lado de Charlotte (quien había dejado al bebé Charles al cuidado de Bridget), quien llevaba un sombrero tembloroso repleto de flores, los recién casados Baybrook; los Towsend, Westworth y los Bridgestock; George Penhallow, quien servía temporalmente como cabeza del Instituto; la hermana de Will, Cecily, sentada junto al arpa dorada que había traído de la sala de música; Gideon y Gabriel Lightwood sentados juntos; e incluso Tatiana Blackthorn, sosteniendo la sábana que envolvía a su hijo, Jesse, y ataviada con un vestido rosa que se le hacía familiar.

Una parte de Will deseaba que sus padres pudieran estar ahí. Había ido a visitarlos en secreto varias veces desde que Charlotte le había dado permiso para usar el Portal de la cripta y visitar a su familia. Pero ellos ya estaban muy deslindados del mundo de los Cazadores de Sombras y no deseaban volver. Tessa y él irían a visitarlos unos días después de la boda, para recibir sus felicitaciones y su bendición.

Charlotte se levantó. Se había quitado su sombrero, y llevaba el conjunto del Cónsul, cargo que ahora ostentaba, sus ropas estaban bordadas con runas plateadas y doradas, el báculo del Cónsul en sus manos. Ella, así como Will, se movió despacio entre los bancos y subió los escalones hacia el altar; tomó su lugar tras este y le sonrió. Para él, Charlotte lucía igual que la primera vez que la vio cuando llegó al Instituto de Londres y le hizo entrar, asustado y solo.

El sonido de una nota solitaria repercutió por la sala. Will recordó las clases de arpa que Cecily había tomado en Gales; su madre también sabía tocarlo. Will deseaba...

Todos sus deseos desaparecieron, pues la puerta al final de la iglesia se abrió, y Tessa entró.

Había escogido un vestido entero dorado, desafiando a todo aquel que pudiera decir que no tenía derecho a ese color al no ser una Cazadora de Sombras completa. Su vestido era de seda, confeccionado con un corte vasco que se adhería a su cuerpo y una falda larga sobre una capa de tul marfil. Sus guantes eran sedosos y delicados, al igual que las zapatillas de cuentas que se asomaban bajo su vestido. Su cabello estaba adornado con pequeñas flores doradas de seda trenzada.

Nunca había visto a nada o a nadie, tan hermoso.

Caminaba con la cabeza en alto, orgullosa, sus ojos puestos en Will. Esos ojos grises: la primera vez que miró en ellos, lo atravesaron con la nitidez del metal al que se parecían. Sus mejillas estaban sonrojadas; sostenía firmemente el brazo de Sophie, quien la acompañaba calmadamente por el pasillo. A Will no le había sorprendido que Tessa escogiera a Sophie como su *suggenes*. A él también le agradaba Sophie, pero en este momento sólo tenía ojos para Tessa.

Ella se unió a él en el altar, Sophie se deslizó a un lado. Will podía sentir su corazón bombeando en su pecho. Tessa miraba al suelo, y lo único que podía ver de ella, era la coronilla de su cabeza y las flores entrelazadas en los bucles de su cabello.

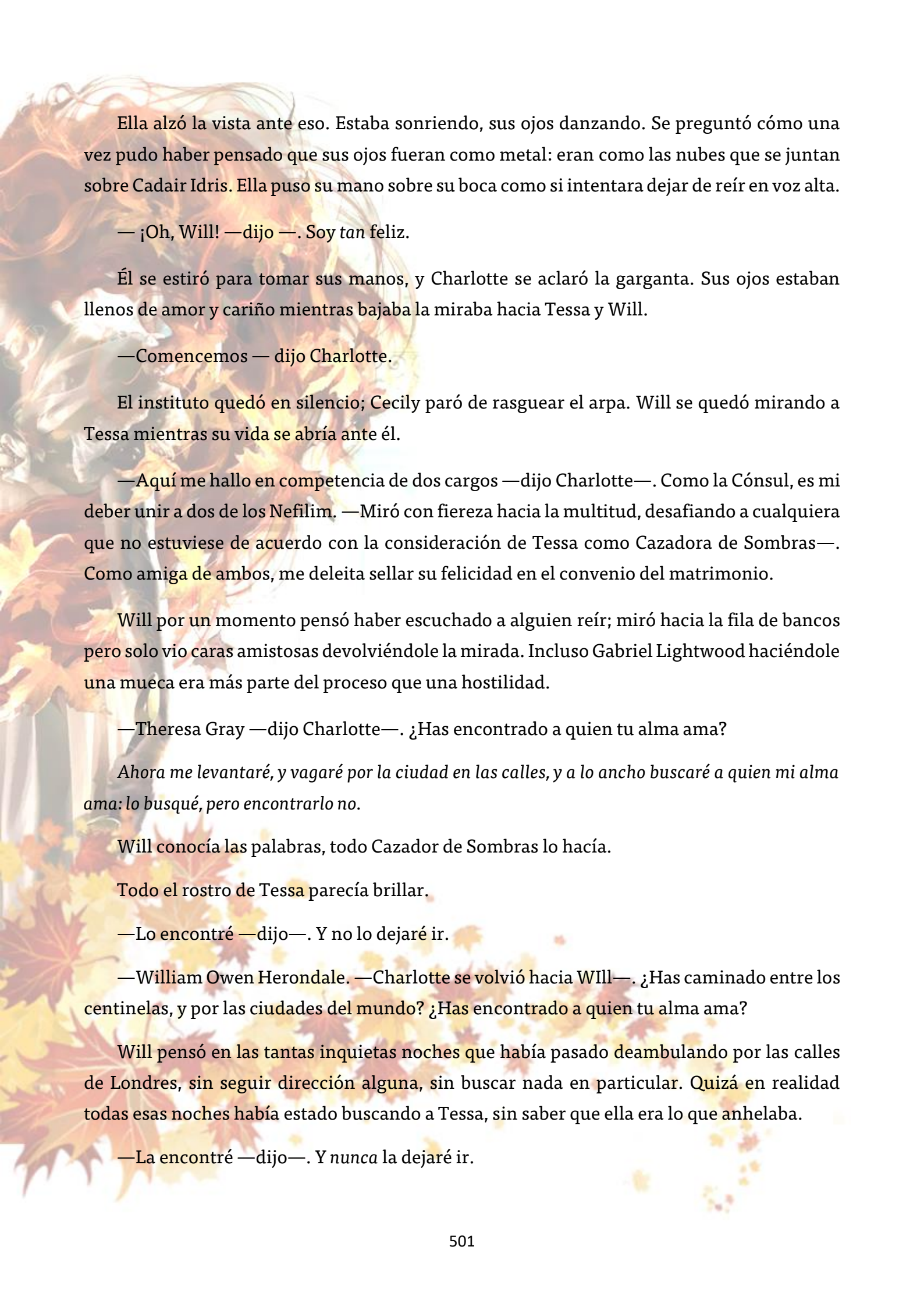
Nunca pensó que esto pasaría. No realmente, en lo profundo de su corazón, donde la oscuridad de sus miedos se escondía. Por mucho tiempo había aceptado que nunca dejaría de amar a Tessa, pero que ese amor no llegaría a ningún lado. Estaría oculto, quizá para arder por siempre en la agonía, quizá para vivir como una vid asfixiaste lentamente destruyendo su capacidad de sentir alegría. Ella sería la única en sus sueños; el recuerdo de haberla besado serían los únicos besos que conocería.

Los Herondale amaban solo una vez, y él le había dado su corazón a Tessa. Pero ella podría no quererlo.

Cuando todo cambió, había sido una danza lenta hacia la dicha. Una luz atravesando las nubes de pérdida que portaban el nombre de su *parabatai*. Se despertaría llorando por Jem, y algunas veces Tessa iría desde su habitación para sentarse junto a él. Sosteniendo su mano hasta que volviera a dormir. Algunas veces sería ella quien sufriera y él quien la reconfortaría.

Y entonces se preocupó de que el amor no pudiera crecer en un suelo tan infértil. Pero creció, más rico y profundo que antes. Cuando le pidió a Tessa que se casara con él, se convirtieron en oro forjado por el fuego. El tiempo desde ese día, anticipando la boda, había sido un delirio de felicidad, un aturdimiento de planes y risas.

Pero Tessa no lo estaba mirando, y por un momento se vió asaltado por las viejas dudas: en una voz tan baja que dudó que Charlotte o Sophie lo hubieran escuchado dijo—: ¿Tess, *cariad*? —¿Tess, *cariño*?



Ella alzó la vista ante eso. Estaba sonriendo, sus ojos danzando. Se preguntó cómo una vez pudo haber pensado que sus ojos fueran como metal: eran como las nubes que se juntan sobre Cadair Idris. Ella puso su mano sobre su boca como si intentara dejar de reír en voz alta.

— ¡Oh, Will! —dijo—. Soy tan feliz.

Él se estiró para tomar sus manos, y Charlotte se aclaró la garganta. Sus ojos estaban llenos de amor y cariño mientras bajaba la mirada hacia Tessa y Will.

—Comencemos —dijo Charlotte.

El instituto quedó en silencio; Cecily paró de rasguear el arpa. Will se quedó mirando a Tessa mientras su vida se abría ante él.

—Aquí me hallo en competencia de dos cargos —dijo Charlotte—. Como la Cónsul, es mi deber unir a dos de los Nefilim. —Miró con fiereza hacia la multitud, desafiando a cualquiera que no estuviese de acuerdo con la consideración de Tessa como Cazadora de Sombras—. Como amiga de ambos, me deleita sellar su felicidad en el convenio del matrimonio.

Will por un momento pensó haber escuchado a alguien reír; miró hacia la fila de bancos pero solo vio caras amistosas devolviéndole la mirada. Incluso Gabriel Lightwood haciéndole una mueca era más parte del proceso que una hostilidad.

—Theresa Gray —dijo Charlotte—. ¿Has encontrado a quien tu alma ama?

Ahora me levantaré, y vagaré por la ciudad en las calles, y a lo ancho buscaré a quien mi alma ama: lo busqué, pero encontrarlo no.

Will conocía las palabras, todo Cazador de Sombras lo hacía.

Todo el rostro de Tessa parecía brillar.

—Lo encontré —dijo—. Y no lo dejaré ir.

—William Owen Herondale. —Charlotte se volvió hacia Will—. ¿Has caminado entre los centinelas, y por las ciudades del mundo? ¿Has encontrado a quien tu alma ama?

Will pensó en las tantas inquietas noches que había pasado deambulando por las calles de Londres, sin seguir dirección alguna, sin buscar nada en particular. Quizá en realidad todas esas noches había estado buscando a Tessa, sin saber que ella era lo que anhelaba.

—La encontré —dijo—. Y nunca la dejaré ir.



Charlotte sonrió.

—Ahora es momento de intercambiar los anillos.

Hubo un cierto murmullo de interés entre aquellos reunidos en la sala: Tessa, pese a que su madre había sido una Cazadora de Sombras, no podía llevar las runas angelicales. La audiencia sin duda se había preguntado cómo se las habían ingeniado con las runas que tradicionalmente eran intercambiadas en una boda (una en el brazo y otra sobre el corazón), con la novia y el novio marcándose entre ellos con estelas. Se decepcionarían, pensó Will; Tessa y él habían decidido colocarse las runas después de la ceremonia. La runa sobre el corazón a menudo se dibujaba en privado, y así se haría.

Sophie dio un paso adelante, sosteniendo una somera caja aterciopelada en la que se habían colocado dos anillos, ambos con el diseño Herondale. Dentro de cada anillo se había grabado una única imagen de un rayo, un guiño a la herencia de Tessa Starkweather, y seis palabras: *el último sueño de mi alma*.

A Will no le importaba si la cita no significaba nada para otras personas. Lo significaba todo para ellos dos.

Tessa tomó el anillo más grande primero y lo deslizó en el dedo de Will. Él siempre había llevado su anillo familiar, pero se sentía diferente ahora, cargado de nueva importancia. Ella se quitó el guante con torpeza, y para cuando sostuvo su mano desnuda sobre la suya, deslizando el anillo Herondale en su mano izquierda, ya estaba saltando sobre sus pies con impaciencia.

El anillo se deslizó. Tessa miró su mano y luego a Will, su rostro con solemne alegría.

—Theresa Gray Herondale y William Owen Herondale —dijo Charlotte—. Están ahora casados. Alegrémonos.

Un aplauso subió desde los bancos; Cecily comenzó a rasguear una alta y probablemente inapropiada canción de marcha con el arpa. Will tomó a Tessa entre sus brazos: era un bulto de suave seda, tul resbaladizo, y cálidos labios que llegaron a él para un rápido beso. Respiró su esencia a lavanda y deseó que pudieran estar lejos de todo aquello, solos en la habitación que había sido preparada y amueblada para su uso privado. La habitación que ocuparían como pareja casada por el resto de sus vidas.

Pero estaba todavía el lujoso banquete de cena que debía superar. Will enganchó el brazo de Tessa con el suyo y comenzó a guiarla por los escalones del altar.

Charlotte se había superado a ella misma con la decoración del salón de baile. Estandartes de seda dorada colgaba sobre ventanas, puertas y chimeneas. Una única mesa enorme recorría el centro de la sala. Había sido cubierta con tela color damasco, y los platos, fuentes, candelabros y cubertería eran todos dorados.

Los ojos de Tessa eran enormes—. Charlotte no debería haber gastado tanto *dinero* —murmuró mientras Will y ella inspeccionaban los arreglos florales: ramos de rosas de invernadero colgaban de cada superficie disponible en tonos en tonos oro, crema y rosa.

—Con suerte asaltó el tesoro de la Clave —dijo Will con equidad, sirviéndose pastel de reina⁶⁷. Tessa rió y apuntó hacia un par de sillas a juego, enormes piezas de madera con forma de trono con respaldos puntiagudos e incrustaciones doradas. Tras conversar en susurros, Will y Tessa se sentaron regiamente justo cuando las puertas del salón de baile se abrieron a los invitados.

Hubo exclamaciones de admiración mientras todos entraban, vestidos con sus mejores galas. Cecily, en un vestido azul que combinaba con sus ojos, se acercó a ellos bailando para abrazarlos, besarlos y felicitarlos a ambos. Gabriel la seguía, mirándola como un ciervo enamorado en el bosque. Gideon y Sophie, felizmente comprometidos, estaban riendo juntos en una esquina, y Charlotte y Henry se quejaban del Charles bebé, quien tenía cólicos y deseaba que todos lo supieran.

Cecily dio una palmada cuando dos de los sirvientes que Charlotte había contratado para la boda se acercaron a la mesa, trayendo dos escandalosas tartas.

—¿Por qué dos? —susurró Tessa en el oído de Will.

—Uno para los invitados de la boda y otra para la novia —explicó—. El de los invitados se cortará, y todos serán enviados a casa con una porción para la buena suerte. El tuyo se comerá a excepción de un trozo, que guardaremos para nuestro vigésimo quinto aniversario.

—Me estás tomando el pelo, Will Herondale —dijo Tessa—. Nadie quiere comer un trozo de tarta de veinticinco años.

—Con suerte te sentirás diferente cuando ambos seamos viejos y horrendos —dijo Will. Recordó entonces, solo por un momento, que Tessa nunca sería vieja u horrenda. Solo él envejecería y moriría. Era un extraño e intrusivo pensamiento. Miró hacia otro lado y llamó

⁶⁷ Tipo de pastel suave, popular especialmente en el siglo XVIII.

la atención de Tatiana Blackthorn, quien se había sentado al extremo de la mesa. Estaba agarrando a Jesse, sus ojos verdes paseando sospechosamente por la habitación. Sabía que solo tendría unos diecinueve años, pero se veía mucho mayor.

Le dedicó una mirada insondable y desvió la vista.

Will tembló y posó su mano sobre la de Tessa, justo cuando Henry comenzó bondadosamente golpeando su vaso con algo que se parecía bastante a un tubo de ensayo. Probablemente era un tubo de ensayo; Henry ya había instalado un laboratorio en el sótano de la casa del Cónsul en la plaza Grosvenor.

—Un brindis —comenzó—. Por la feliz pareja...

Tessa había entrelazado sus dedos con los de Will, pero él todavía se sentía frío, como si la mirada de Tatiana hubiese derramado agua fría por sus venas. Cecily había regresado a Gabriel, y por el brillo en sus ojos, diría que tramaba algo.

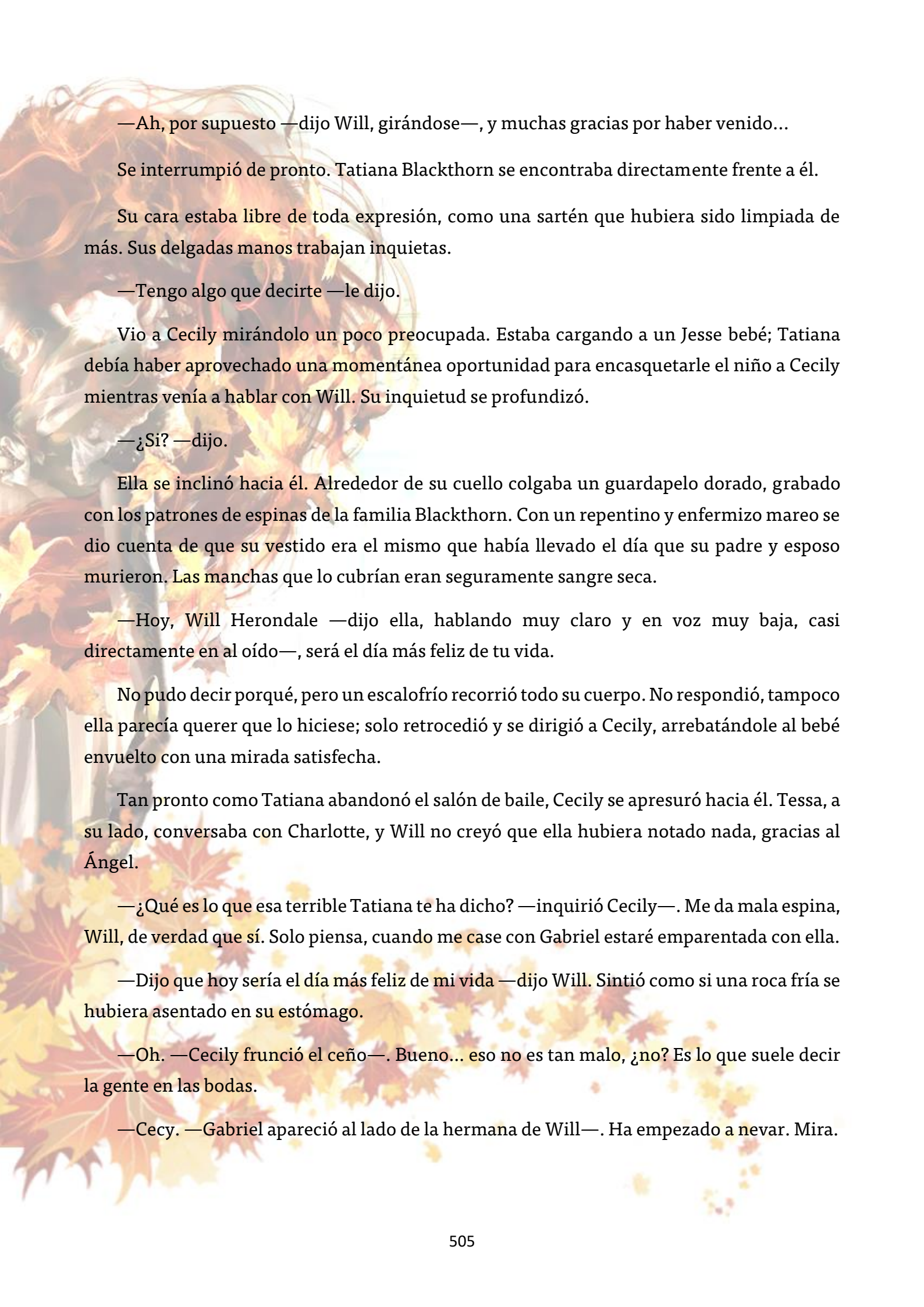
Al final resultó que todos sus amigos lo estaban. Después del brindis de Henry vino el de Charlotte, y el de Gideon y Sophie, y el de Cecily y Gabriel. Elogiaron a Tessa y se burlaron amablemente de Will, pero era el tipo de broma nacida del amor, y Will se rió tanto como cualquiera; bueno, cualquiera salvo quizá Jessamine. Estaba presente en forma fantasmal, y Will podía verla balanceándose de lado a lado con diversión, su cabello rubio flotaba en una brisa invisible.

Mientras la cena llegaba a su fin, los silencios entre Will y Tessa crecieron más y más. No eran silencios incómodos; estaban lejos de serlo. Había algo más, algo entre ellos que crepitaba como luz de fuego. Cada vez que Tessa miraba a Will, sus mejillas se sonrosaban y se mordía el labio. Will se preguntó si le considerarían rudo si saltara sobre la mesa y ordenara a todos que se fueran el Instituto ya que necesitaba urgentemente tener una conversación privada con su esposa.

Decidió que lo harían. Sin embargo, golpeaba impacientemente sus zapatos pulidos contra el suelo cuando los invitados comenzaron a acercarse a Will y Tessa para disculparse.

—¡Cuán absolutamente encantador! —dijo Will a Lilian Highsmith. «Verlos retirarse», pensó.

—Oh, sí, es muy sabio irse antes de que los caminos se congelen —dijo Tessa a Martin Wentworth—. Lo entendemos totalmente.



—Ah, por supuesto —dijo Will, girándose—, y muchas gracias por haber venido...

Se interrumpió de pronto. Tatiana Blackthorn se encontraba directamente frente a él.

Su cara estaba libre de toda expresión, como una sartén que hubiera sido limpiada de más. Sus delgadas manos trabajan inquietas.

—Tengo algo que decirte —le dijo.

Vio a Cecily mirándolo un poco preocupada. Estaba cargando a un Jesse bebé; Tatiana debía haber aprovechado una momentánea oportunidad para encasquetarle el niño a Cecily mientras venía a hablar con Will. Su inquietud se profundizó.

—¿Sí? —dijo.

Ella se inclinó hacia él. Alrededor de su cuello colgaba un guardapelo dorado, grabado con los patrones de espinas de la familia Blackthorn. Con un repentino y enfermizo mareo se dio cuenta de que su vestido era el mismo que había llevado el día que su padre y esposo murieron. Las manchas que lo cubrían eran seguramente sangre seca.

—Hoy, Will Herondale —dijo ella, hablando muy claro y en voz muy baja, casi directamente en al oído—, será el día más feliz de tu vida.

No pudo decir porqué, pero un escalofrío recorrió todo su cuerpo. No respondió, tampoco ella parecía querer que lo hiciese; solo retrocedió y se dirigió a Cecily, arrebatándole al bebé envuelto con una mirada satisfecha.

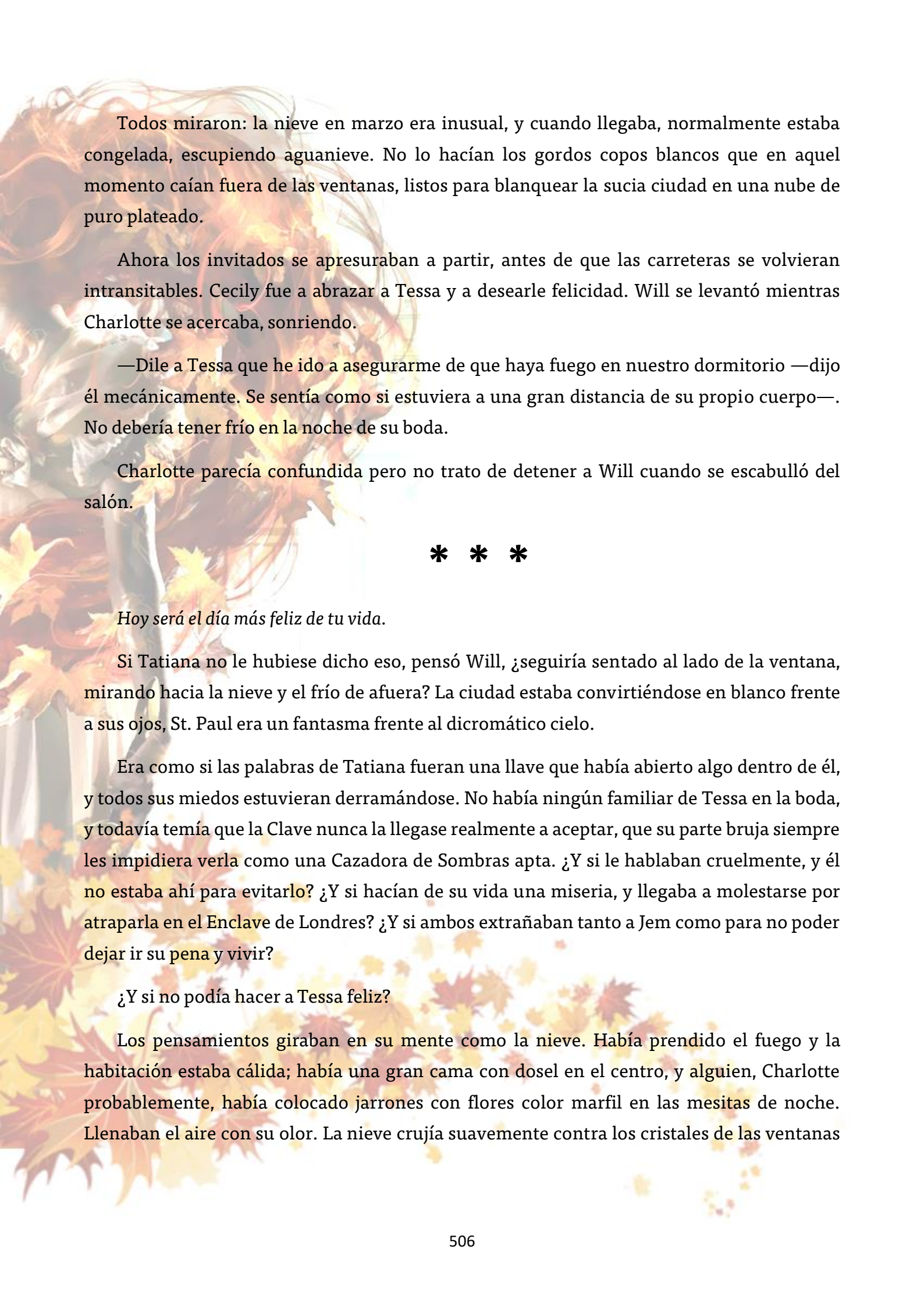
Tan pronto como Tatiana abandonó el salón de baile, Cecily se apresuró hacia él. Tessa, a su lado, conversaba con Charlotte, y Will no creyó que ella hubiera notado nada, gracias al Ángel.

—¿Qué es lo que esa terrible Tatiana te ha dicho? —inquirió Cecily—. Me da mala espina, Will, de verdad que sí. Solo piensa, cuando me case con Gabriel estaré emparentada con ella.

—Dijo que hoy sería el día más feliz de mi vida —dijo Will. Sintió como si una roca fría se hubiera asentado en su estómago.

—Oh. —Cecily frunció el ceño—. Bueno... eso no es tan malo, ¿no? Es lo que suele decir la gente en las bodas.

—Cecy. —Gabriel apareció al lado de la hermana de Will—. Ha empezado a nevar. Mira.



Todos miraron: la nieve en marzo era inusual, y cuando llegaba, normalmente estaba congelada, escupiendo aguanieve. No lo hacían los gordos copos blancos que en aquel momento caían fuera de las ventanas, listos para blanquear la sucia ciudad en una nube de puro plateado.

Ahora los invitados se apresuraban a partir, antes de que las carreteras se volvieran intransitables. Cecily fue a abrazar a Tessa y a desearle felicidad. Will se levantó mientras Charlotte se acercaba, sonriendo.

—Dile a Tessa que he ido a asegurarme de que haya fuego en nuestro dormitorio —dijo él mecánicamente. Se sentía como si estuviera a una gran distancia de su propio cuerpo—. No debería tener frío en la noche de su boda.

Charlotte parecía confundida pero no trato de detener a Will cuando se escabulló del salón.

* * *

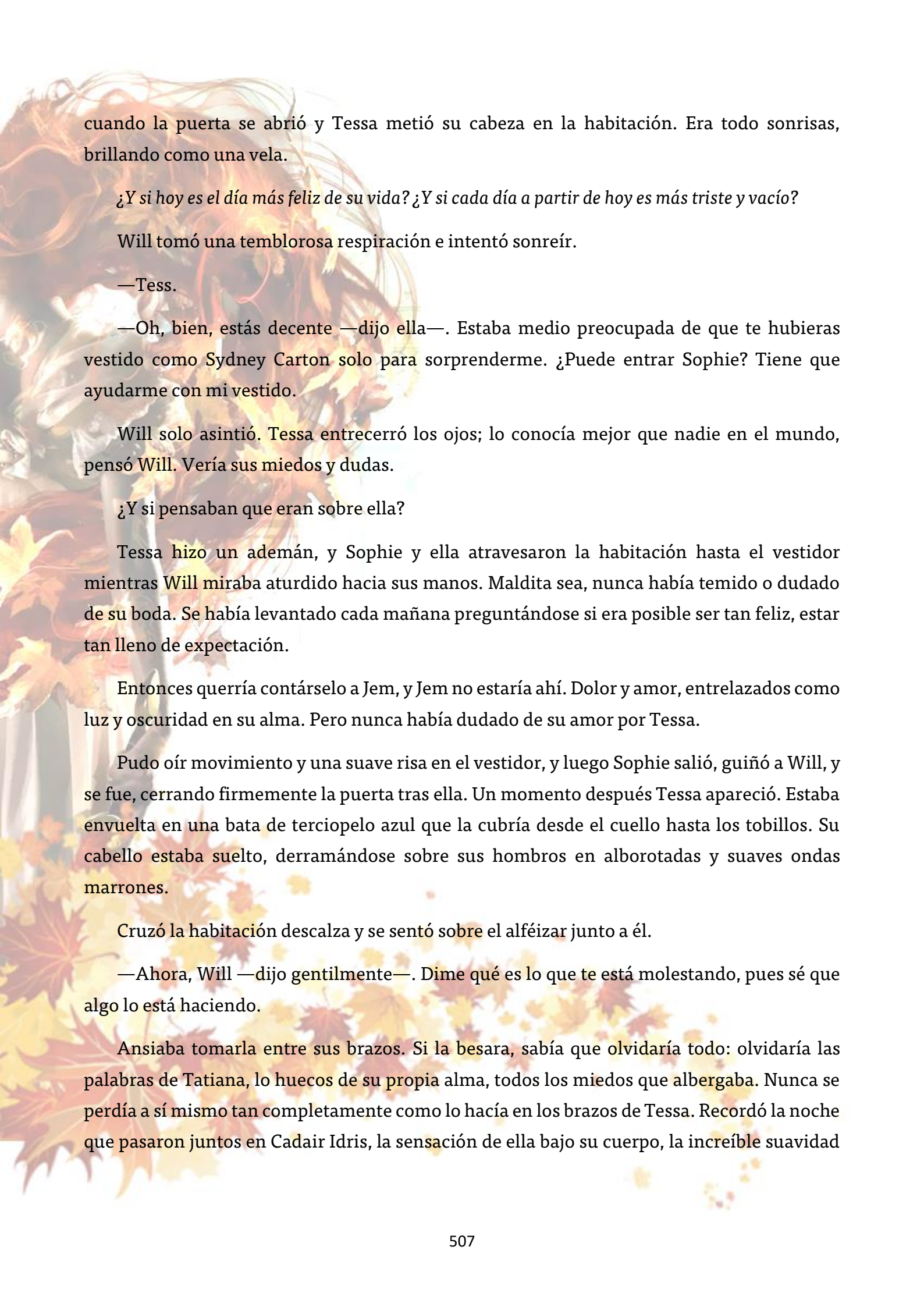
Hoy será el día más feliz de tu vida.

Si Tatiana no le hubiese dicho eso, pensó Will, ¿seguiría sentado al lado de la ventana, mirando hacia la nieve y el frío de afuera? La ciudad estaba convirtiéndose en blanco frente a sus ojos, St. Paul era un fantasma frente al dicromático cielo.

Era como si las palabras de Tatiana fueran una llave que había abierto algo dentro de él, y todos sus miedos estuvieran derramándose. No había ningún familiar de Tessa en la boda, y todavía temía que la Clave nunca la llegase realmente a aceptar, que su parte bruja siempre les impidiera verla como una Cazadora de Sombras apta. ¿Y si le hablaban cruelmente, y él no estaba ahí para evitarlo? ¿Y si hacían de su vida una miseria, y llegaba a molestarse por atraparla en el Enclave de Londres? ¿Y si ambos extrañaban tanto a Jem como para no poder dejar ir su pena y vivir?

¿Y si no podía hacer a Tessa feliz?

Los pensamientos giraban en su mente como la nieve. Había prendido el fuego y la habitación estaba cálida; había una gran cama con dosel en el centro, y alguien, Charlotte probablemente, había colocado jarrones con flores color marfil en las mesitas de noche. Llenaban el aire con su olor. La nieve crujía suavemente contra los cristales de las ventanas



cuando la puerta se abrió y Tessa metió su cabeza en la habitación. Era todo sonrisas, brillando como una vela.

¿Y si hoy es el día más feliz de su vida? ¿Y si cada día a partir de hoy es más triste y vacío?

Will tomó una temblorosa respiración e intentó sonreír.

—Tess.

—Oh, bien, estás decente —dijo ella—. Estaba medio preocupada de que te hubieras vestido como Sydney Carton solo para sorprenderme. ¿Puede entrar Sophie? Tiene que ayudarme con mi vestido.

Will solo asintió. Tessa entrecerró los ojos; lo conocía mejor que nadie en el mundo, pensó Will. Vería sus miedos y dudas.

¿Y si pensaban que eran sobre ella?

Tessa hizo un ademán, y Sophie y ella atravesaron la habitación hasta el vestidor mientras Will miraba aturdido hacia sus manos. Maldita sea, nunca había temido o dudado de su boda. Se había levantado cada mañana preguntándose si era posible ser tan feliz, estar tan lleno de expectación.

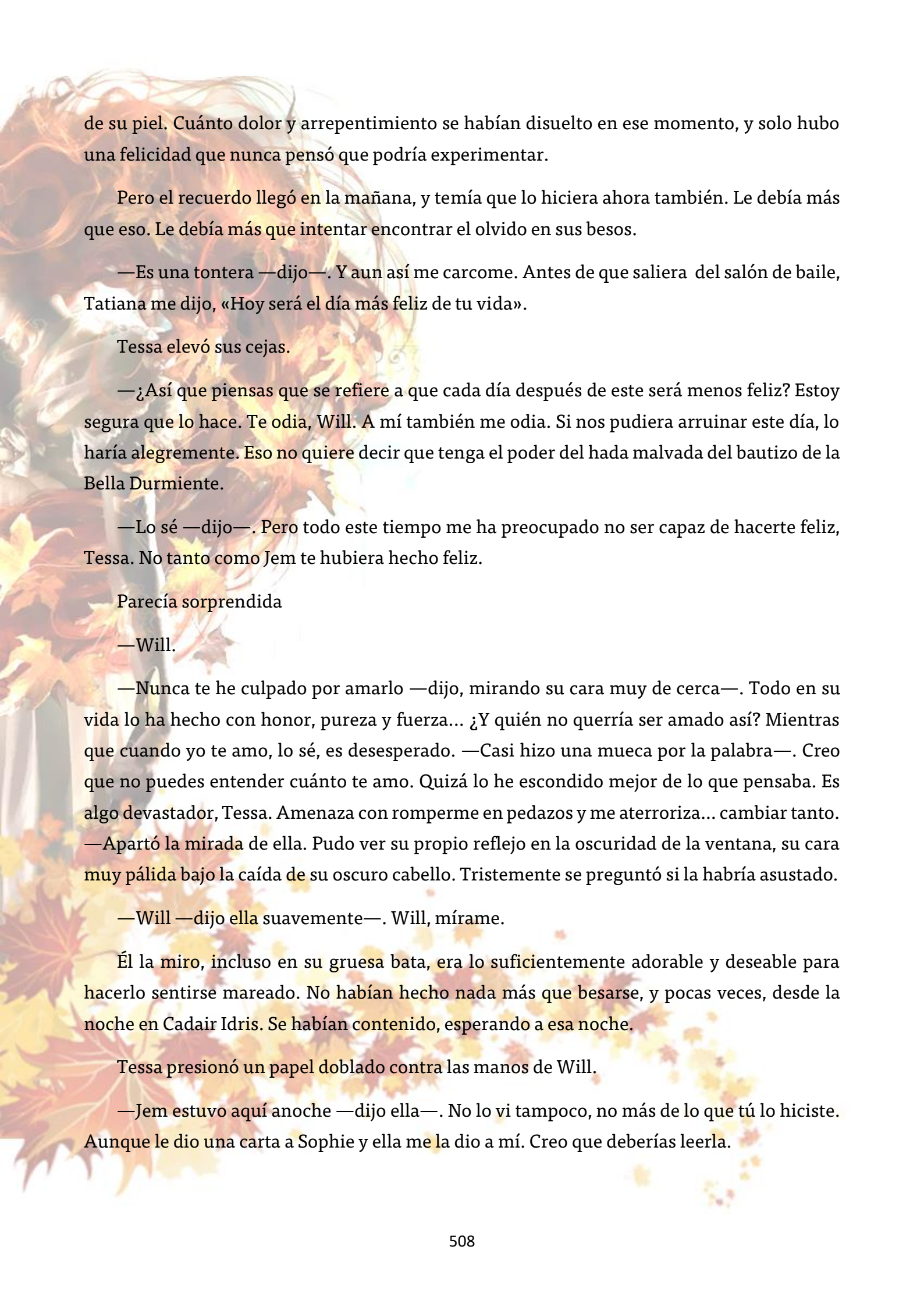
Entonces querría contárselo a Jem, y Jem no estaría ahí. Dolor y amor, entrelazados como luz y oscuridad en su alma. Pero nunca había dudado de su amor por Tessa.

Pudo oír movimiento y una suave risa en el vestidor, y luego Sophie salió, guiñó a Will, y se fue, cerrando firmemente la puerta tras ella. Un momento después Tessa apareció. Estaba envuelta en una bata de terciopelo azul que la cubría desde el cuello hasta los tobillos. Su cabello estaba suelto, derramándose sobre sus hombros en alborotadas y suaves ondas marrones.

Cruzó la habitación descalza y se sentó sobre el alféizar junto a él.

—Ahora, Will —dijo gentilmente—. Dime qué es lo que te está molestando, pues sé que algo lo está haciendo.

Ansiaba tomarla entre sus brazos. Si la besara, sabía que olvidaría todo: olvidaría las palabras de Tatiana, lo huecos de su propia alma, todos los miedos que albergaba. Nunca se perdía a sí mismo tan completamente como lo hacía en los brazos de Tessa. Recordó la noche que pasaron juntos en Cadair Idris, la sensación de ella bajo su cuerpo, la increíble suavidad



de su piel. Cuánto dolor y arrepentimiento se habían disuelto en ese momento, y solo hubo una felicidad que nunca pensó que podría experimentar.

Pero el recuerdo llegó en la mañana, y temía que lo hiciera ahora también. Le debía más que eso. Le debía más que intentar encontrar el olvido en sus besos.

—Es una tontera —dijo—. Y aun así me carcome. Antes de que saliera del salón de baile, Tatiana me dijo, «Hoy será el día más feliz de tu vida».

Tessa elevó sus cejas.

—¿Así que piensas que se refiere a que cada día después de este será menos feliz? Estoy segura que lo hace. Te odia, Will. A mí también me odia. Si nos pudiera arruinar este día, lo haría alegremente. Eso no quiere decir que tenga el poder del hada malvada del bautizo de la Bella Durmiente.

—Lo sé —dijo—. Pero todo este tiempo me ha preocupado no ser capaz de hacerte feliz, Tessa. No tanto como Jem te hubiera hecho feliz.

Parecía sorprendida

—Will.

—Nunca te he culpado por amarlo —dijo, mirando su cara muy de cerca—. Todo en su vida lo ha hecho con honor, pureza y fuerza... ¿Y quién no querría ser amado así? Mientras que cuando yo te amo, lo sé, es desesperado. —Casi hizo una mueca por la palabra—. Creo que no puedes entender cuánto te amo. Quizá lo he escondido mejor de lo que pensaba. Es algo devastador, Tessa. Amenaza con romperme en pedazos y me aterroriza... cambiar tanto. —Apartó la mirada de ella. Pudo ver su propio reflejo en la oscuridad de la ventana, su cara muy pálida bajo la caída de su oscuro cabello. Tristemente se preguntó si la habría asustado.

—Will —dijo ella suavemente—. Will, mírame.

Él la miro, incluso en su gruesa bata, era lo suficientemente adorable y deseable para hacerlo sentirse mareado. No habían hecho nada más que besarse, y pocas veces, desde la noche en Cadair Idris. Se habían contenido, esperando a esa noche.

Tessa presionó un papel doblado contra las manos de Will.

—Jem estuvo aquí anoche —dijo ella—. No lo vi tampoco, no más de lo que tú lo hiciste. Aunque le dio una carta a Sophie y ella me la dio a mí. Creo que deberías leerla.

Will tomó la carta lentamente. ¿Cuánto había pasado desde la última vez que vio los familiares bucles y líneas de la caligrafía de su parabatai?

Will,

Si que hoy debes estar feliz, porque, ¿cómo podrías no estarlo? Mas el miedo a que no pudieras aceptar tu felicidad me ha tenido paseando por la Ciudad Silenciosa. Nunca has creído ser merecedor del amor, Will, tú quien amas con toda tu alma y corazón. Temo por el resultado de dichas dudas, pues Tessa te ama, y ambos deben tener fe el uno en el otro, tal como yo tengo fe en ustedes.

Me detuve fuera del Instituto para mostrar mis respetos. Miré a través de la ventana y les vi, a ti y a Tessa sentados uno al lado del otro. Nunca les he visto tan felices. Si que cada día de su vida juntos serán más felices.

Wo men shi sheng si ji jiao.⁶⁸

Jem

Will aspiró con dificultad y le tendió la nota a Tessa. Era como si Jem hubiera atravesado la oscura y fría noche y hubiera tomado su mano. El lugar sobre su corazón donde su runa parabatai hubo estado pareció brillar y arder. Repentinamente recordó la última vez que Jem y él estuvieron juntos en el Instituto y Will había dicho que Tessa podría no querer casarse con él. Jem había sonreído y dijo: “Bueno, esa parte depende de ti.”

Todavía dependía de él. Quería casarse con Tessa más que cualquier otra cosa que hubiera querido, y no dejaría que sus miedos destruyeran eso.

Tessa puso la nota a un lado y estaba mirando a Will, sus ojos grises muy serios.

—Bueno —dijo ella—. Es eso, entonces, ¿A quién vas a escuchar, Will? ¿A Tatiana o a Jem?

Él encontró su mirada con la de ella—. Voy a escuchar a mi corazón —dijo—. Porque me trajo a ti.

Ella sonrió brillantemente y luego jadeó una carcajada cuando él la alcanzó y la puso sobre su regazo.

⁶⁸ El conductor de las mujeres y los maestros llamó.

—Espera—dijo ella, levantándose, lo que a Will no le gustó del todo, estaban destinados a permanecer cerca el uno del otro, no lejos.

Tiró de la faja que mantenía cerrada la bata, Will se sentó recto, su espalda apoyada contra la fría ventana. El material de terciopelo azul se deslizó por sus hombros, revelándola vestida en un peignoir⁶⁹ de encaje blanco semi transparente, unido en la parte delantera con una hilera de cintas de raso azules atadas con lazos.

Claramente no estaba usando nada más. Las curvas de su cuerpo estaban delineadas por el blanco material, rozándola como telarañas. Will ahora entendió por qué Sophie le había guiñado el ojo.

—Tess—dijo con voz ronca y extendió sus brazos, ella regresó a ellos, riendo suavemente.

—¿Te gusta? —preguntó, acariciando su oreja—. Charlotte me llevó al lugar más escandaloso de la calle Bond...

—Lo amo —dijo, atrapando sus labios en un suave beso—. Te amo... aunque no quiero pensar en Charlotte con camisón —dejó que su cabeza se recargara contra el vidrio de la ventana—. Quítame la camisa, Tess.

Ella se sonrojó y alcanzó los botones de madreperla. Todo en Cadair Idris había sido rápido, un borrón de calentura y contacto. Esto era lento, sus dedos arrastrándose de un botón al siguiente lentamente, sus labios presionándose gentilmente contra la piel que iba siendo descubierta, pulgada tras pulgada. Para el momento en que la camisa cayó al suelo, no quería nada más que cargarla y llevársela a la cama.

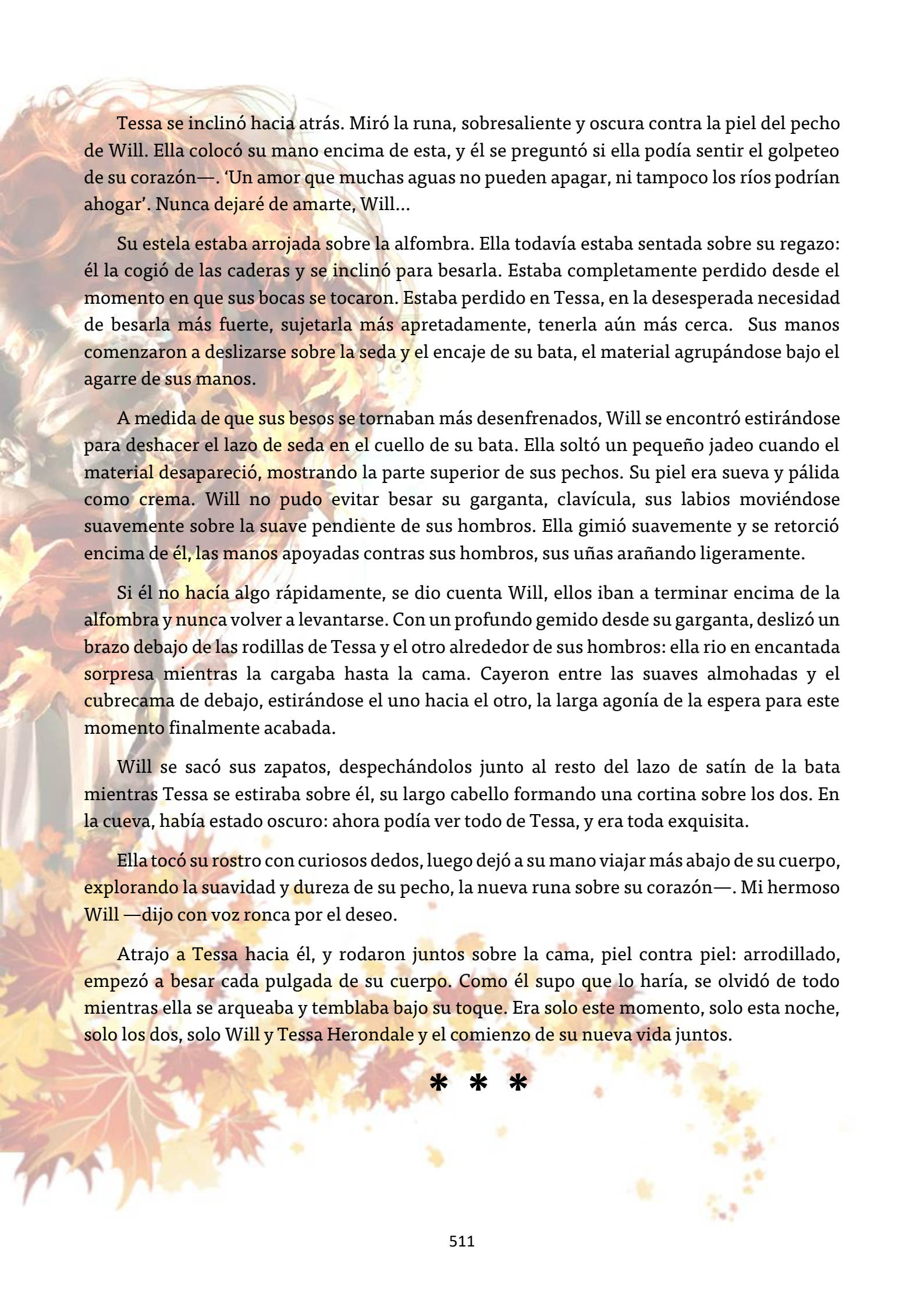
Pero todavía no estaban listos. Will buscó su estela en su bolsillo y se la extendió a Tessa, quien se veía confundida.

—Las últimas runas de matrimonio —dijo—. Quiero que me las pongas.

—Pero...

Puso su mano sobre las suyas y llevó la estela a su brazo, donde había trazado la primera runa de matrimonio, la estela chisporroteó contra su piel, mezclando placer con dolor. La cara de Tessa estaba sonrojada cuando movieron la estela al lugar sobre su corazón, a un lado de la pálida cicatriz donde su runa *parabatai* había estado—. “Ponme como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo” —susurró, mientras dibujaban la siguiente marca juntos—. “Porque el amor es fuerte como la muerte, sus brasas son brasas de fuego, que tienen una llama muy vehemente.”

⁶⁹ Bata en francés



Tessa se inclinó hacia atrás. Miró la runa, sobresaliente y oscura contra la piel del pecho de Will. Ella colocó su mano encima de esta, y él se preguntó si ella podía sentir el golpeteo de su corazón—. ‘Un amor que muchas aguas no pueden apagar, ni tampoco los ríos podrían ahogar’. Nunca dejaré de amarte, Will...

Su estela estaba arrojada sobre la alfombra. Ella todavía estaba sentada sobre su regazo: él la cogió de las caderas y se inclinó para besarla. Estaba completamente perdido desde el momento en que sus bocas se tocaron. Estaba perdido en Tessa, en la desesperada necesidad de besarla más fuerte, sujetarla más apretadamente, tenerla aún más cerca. Sus manos comenzaron a deslizarse sobre la seda y el encaje de su bata, el material agrupándose bajo el agarre de sus manos.

A medida de que sus besos se tornaban más desenfrenados, Will se encontró estirándose para deshacer el lazo de seda en el cuello de su bata. Ella soltó un pequeño jadeo cuando el material desapareció, mostrando la parte superior de sus pechos. Su piel era sueva y pálida como crema. Will no pudo evitar besar su garganta, clavícula, sus labios moviéndose suavemente sobre la suave pendiente de sus hombros. Ella gimió suavemente y se retorció encima de él, las manos apoyadas contras sus hombros, sus uñas arañando ligeramente.

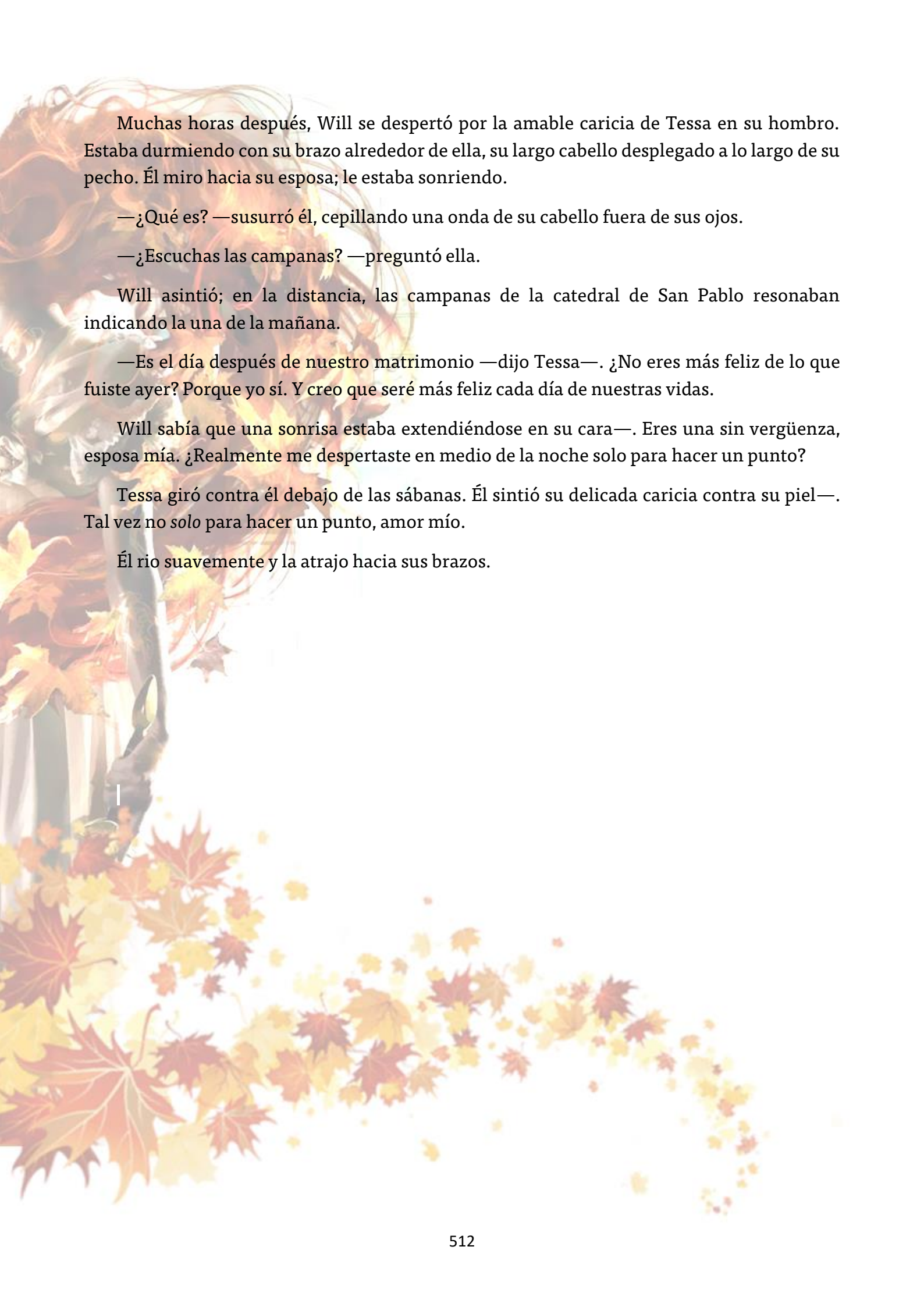
Si él no hacía algo rápidamente, se dio cuenta Will, ellos iban a terminar encima de la alfombra y nunca volver a levantarse. Con un profundo gemido desde su garganta, deslizó un brazo debajo de las rodillas de Tessa y el otro alrededor de sus hombros: ella rio en encantada sorpresa mientras la cargaba hasta la cama. Cayeron entre las suaves almohadas y el cubrecama de debajo, estirándose el uno hacia el otro, la larga agonía de la espera para este momento finalmente acabada.

Will se sacó sus zapatos, despechándolos junto al resto del lazo de satín de la bata mientras Tessa se estiraba sobre él, su largo cabello formando una cortina sobre los dos. En la cueva, había estado oscuro: ahora podía ver todo de Tessa, y era toda exquisita.

Ella tocó su rostro con curiosos dedos, luego dejó a su mano viajar más abajo de su cuerpo, explorando la suavidad y dureza de su pecho, la nueva runa sobre su corazón—. Mi hermoso Will —dijo con voz ronca por el deseo.

Atrajo a Tessa hacia él, y rodaron juntos sobre la cama, piel contra piel: arrodillado, empezó a besar cada pulgada de su cuerpo. Como él supo que lo haría, se olvidó de todo mientras ella se arqueaba y temblaba bajo su toque. Era solo este momento, solo esta noche, solo los dos, solo Will y Tessa Herondale y el comienzo de su nueva vida juntos.

* * *



Muchas horas después, Will se despertó por la amable caricia de Tessa en su hombro. Estaba durmiendo con su brazo alrededor de ella, su largo cabello desplegado a lo largo de su pecho. Él miró hacia su esposa; le estaba sonriendo.

—¿Qué es? —susurró él, cepillando una onda de su cabello fuera de sus ojos.

—¿Escuchas las campanas? —preguntó ella.

Will asintió; en la distancia, las campanas de la catedral de San Pablo resonaban indicando la una de la mañana.

—Es el día después de nuestro matrimonio —dijo Tessa—. ¿No eres más feliz de lo que fuiste ayer? Porque yo sí. Y creo que seré más feliz cada día de nuestras vidas.

Will sabía que una sonrisa estaba extendiéndose en su cara—. Eres una sin vergüenza, esposa mía. ¿Realmente me despertaste en medio de la noche solo para hacer un punto?

Tessa giró contra él debajo de las sábanas. Él sintió su delicada caricia contra su piel—. Tal vez no solo para hacer un punto, amor mío.

Él rio suavemente y la atrajo hacia sus brazos.

The background of the page features a soft, artistic illustration of autumn. On the left, a tree trunk is visible, surrounded by a dense collection of fallen leaves in various shades of orange, red, and yellow. These leaves are scattered across the lower half of the page, creating a sense of depth and texture. The overall lighting is warm and gentle, typical of a sunset or sunrise scene.

NOTAS DEL TEXTO

La mayoría de los lugares en el Londres de *Chain of Gold* son reales: Hubo una Taberna del Diablo en la calle Fleet y Chancery, donde Samuel Pepys y el Dr. Samuel Johnson bebían. Aunque fue demolido en 1787, me gusta pensar que continuó como un lugar frecuentado por Subterráneos, invisible a los mundanos. El poema que recita Cordelia cuando baila en el Hell Ruelle es de “*El libro de Las mil y una noche*” de Sir Richard Francis Burton, publicado en 1885. La piedra de Dick Whittington es real y está ubicada a los pies de la Highgate Hill. *Layla and Majnum* es un poema épico en persa, escrito en 1188 por el poeta Nizami Ganjavi. He usado el exónimo “Persa” para referirme al idioma que hablan Cordelia y su familia, ya que Cordelia y Alastair no crecieron en Irán y “Persa” era la forma en que todo aquel que hablara en inglés en 1903 hubiera llamado al idioma. También me gustaría aprovechar este momento para agradecerle a Tomedes Traducciones y Fariba Kooklan por su ayuda con el Persa en este libro. Los extractos de *Layla y Majnum* fueron tomados de la traducción de James Atkinson de 1836, la cual es la más probable que Cordelia haya poseído.

SOBRE EL AUTOR



Cassandra Clare es la #1 en New York Times y USA today y autora de bestsellers como *Renacimiento*, *Los Instrumentos Mortales* y *Los Orígenes*. Es coautora de *Los pergaminos rojos de la magia* con Wesley Chu; *Las Crónicas de Bane* con Sarah Rees Brennan, Maureen Johnson; *Academia de Cazadores de Sombras* con Sarah Rees Brennan, Maureen Johnson y Robin Wasserman; y *Fantasmas del Mercado de las Sombras* con Sarah Rees Brennan, Maureen Johnson, Kelly Link y Robin Wasserman. Sus libros tienen más de 50 millones de

copias impresas en todo el mundo, fueron traducidos a más de 35 idiomas y se hizo una película y un programa de TV. Cassandra vive en Western Massachusetts. Visita su página en CassandraClare.com Entérate más sobre el mundo de Cazadores de Sombras en Shadowhunters.com.

CIUDAD DEL FUEGO CELESTIAL



Para más de nuestras traducciones, visita nuestros siguientes sitios:

Blogger: www.cdsciudadelfuegocelstial.blogspot.com

Twitter: <https://twitter.com/CIUDADDELFUEGO2?s=09>

Página de Facebook:

<https://m.facebook.com/ciudadelfuegocelstial/?ref=bookmarks>

Grupo de Facebook:

<https://www.facebook.com/groups/598923177112885/?ref=share>

Instagram:

<https://www.instagram.com/ciudadelfuegocelstial/?hl=es>

Si quieres unírte a nuestro staff, envíanos un correo a ciudadelfuegocelstial@yahoo.com con el asunto "CDFC: Traducciones"